ÉL LA ODIA... CASI TANTO COMO LA DESEA

twisted HATE

TWISTED
LIBRO TRES

ANA HUANG

CROSS BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Playlist
Jules
2. Josh
3. Josh
4. Jules
5. Jules
6. Josh
7. Jules
8. Josh
9. Jules
10. Josh
11. Jules
12. Josh
13. Josh
14. Jules
15. Jules
16. Josh
17. Jules
18. Jules
19. Josh
20. Jules
21. Jules
22. Jules
23. Josh
24. Jules
25. Josh
26. Josh
27. Jules
28. Josh
29. Josh
30. Jules
31. Jules
32. Josh

33. Jules
34. Josh
35. Jules
36. Josh
37. Josh
38. Jules
39. Josh
40. Jules
41. Jules
42. Jules
43. Josh
44. Jules
45. Jules
46. Josh
47. Jules
48. Jules
49. Josh
50. Josh
51. Jules
52. Jules
53. Josh
54. Josh
55. Josh
56. Jules
57. Jules
58. Josh
Epílogo
Escena extra 1
Escena extra 2
Contacta con Ana Huang
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Josh Chen es ambicioso, arrogante y no se le resiste ninguna mujer. Ninguna excepto Jules Ambrose. La enemistad entre ellos es tan obvia como lo es su deseo que, desde que se conocen, no hace más que aumentar. Y, cuando la tensión por fin estalle, Josh propondrá un trato imposible de rechazar: un acuerdo entre enemigos con beneficios y 3 sencillas reglas:

Sin celos

Sin condiciones.

Y, por supuesto, sin enamorarse.

Extrovertida y ambiciosa, Jules Ambrose ha dejado atrás un pasado de desenfreno para centrarse en un objetivo: convertirse en abogada. Y ahora mismo, lo último que necesita es involucrarse con un hombre que es tan insufrible como atractivo. Pero con el paso del tiempo, se dará cuenta de que Josh es mucho más de lo que aparenta.

El hermano de su mejor amiga.

Su némesis.

Y su único refugio

La suya es una pareja hecha en el infierno, y cuando los demonios de su pasado los alcancen, se enfrentarán a verdades que podrían salvarlos… o destruirlos por completo.

ANA HUANG

TWISTED
HATE

TWISTED
LIBRO TRES



A todas aquellas personas que alguna vez han sentido que no eran suficientes

Playlist

Don’t Blame Me - Taylor Swift
Talk - Salvatore Ganacci
Free - Broods
Daddy Issues - The Neighbourhood
You Make Me Sick - P!nk
Animals - Maroon 5
Give You What You Like - Avril Lavigne
wRoNg - Zayn
Waves - Normani featuring 6LACK
50 Shades - Boy Epic
Only You - Ellie Goulding
One More Night - Maroon 5
I Hate U, I Love U - Gnash
Wanted - Hunter Hayes

Jules

Deslizar hacia la derecha al ver una foto de un tío sujetando un pez en una aplicación de citas no podía aportar nada bueno. Y la *red flag* era aún mayor si el tío en cuestión se llamaba ni más ni menos que Todd.

Debería haberlo visto venir, pero ahí estaba yo: sola, sentada en el Bronze Gear, el bar de moda de Washington D. C., tomándome un combinado con vodka, que me había costado un riñón y medio, después de que me dejaran plantada.

Así, como os lo cuento.

Me habían dejado plantada por primera vez en la vida y lo había hecho un caballero de la pesca llamado Todd. Lo cual ya era suficiente como para que una chica dijera «a la mierda» y se puliera dieciséis dólares en una bebida a pesar de no trabajar a tiempo completo todavía.

¿Qué les pasaba a los tíos con las fotos de pesca? ¿No podían poner algo más creativo, como, por ejemplo, bucear en jaulas entre tiburones? También tiene que ver con el mar, pero está menos visto.

¿Que me pillara una lluvia torrencial de camino al campus sin paraguas ni sitio donde refugiarme? Hecho. (Cinco por ciento de probabilidad de lluvia, y un bledo. Debería denunciar a la empresa de la aplicación de meteorología.)

¿Quedarme encerrada durante cuarenta minutos en un metro atiborrado que apestaba a sudor por culpa de un problema eléctrico? Hecho.

¿Ir a ver apartamentos durante tres horas para acabar con los pies llenos de ampollas sin haber encontrado ninguna opción que me gustara? Hecho.

Después de un día tan catastrófico como este, lo único que me apetecía era cancelar la cita con Todd, pero no lo hice porque ya le había pedido que la pospusiéramos un par de veces: primero porque habían cambiado la hora de mi grupo de estudio y luego porque no me encontraba muy bien. Así que me aguanté y me presenté a la cita, total para que me dejara plantada.

El universo también tenía sentido del humor. Y era pésimo.

Me terminé la bebida y paré al camarero con un gesto.

—La cuenta, por favor.

Justo acababa de empezar la hora feliz, pero yo me moría de ganas de irme a casa y acurrucarme con mis dos amores de verdad: Netflix y Ben & Jerry’s. Ellos nunca me fallaban.

—Ya está pagado.

Arqueé las cejas y el camarero señaló con la cabeza hacia una mesa que había en una esquina, con unos cuantos veinteañeros bastante pijos. A juzgar por su indumentaria, tenían toda la pinta de trabajar en una consultoría. Uno de ellos, que llevaba una camisa de cuadros muy finos y tenía un aire a Clark Kent, levantó el vaso y me sonrió.

—Cortesía de Clark, el consultor.

Reprimí las ganas de reír, levanté el vaso y le devolví la sonrisa. Conque yo no era la única

que creía que se parecía al *alter ego* de Superman...

—Clark, el consultor, me ha salvado de cenar ramen instantáneo, así que me lo voy a tomar en su honor —anuncié.

Dieciséis dólares que me había ahorrado, aunque dejé algo de propina. Como tenía experiencia en el sector de la hostelería, me había obsesionado con dejar propina de más. Nadie en este mundo tiene que aguantar a más capullos constantemente que quienes trabajan de cara al público.

Me terminé la bebida y clavé los ojos en Clark, el consultor, quien también me estudió atentamente la cara, el pelo y el cuerpo.

No creía en la falsa humildad; sabía que era guapa. Y sabía que, si me acercaba ahora mismo a esa mesa, podría calmar mi dañado ego con unas cuantas bebidas más, cumplidos y quizás, más tarde, un orgasmo o dos, siempre que el chaval supiera lo que se hacía.

Tentador..., pero no. Estaba demasiado cansada como para tener que ir hasta allí y currármelo para enrollarme con un tío.

Me alejé, no sin antes ver la mueca de decepción que se le dibujó en la cara. Hay que agradecerle a Clark, el consultor, que pillara el mensaje («Gracias por la bebida, pero no estoy interesada y no quiero nada más») y no intentara acercarse a mí, lo cual ya era mucho más de lo que podía decir de otros hombres.

Me colgué el asa del bolso en el hombro y, justo cuando iba a coger el abrigo que había colgado debajo de la barra, alguien rompió el silencio arrastrando las palabras con una voz grave y fanfarrona que hizo que se me erizara toda la piel.

—Hey, J. R.

Tres palabras. Conseguía ponerme en alerta con solo tres palabras. Para ser sincera, ahora ya era más bien como un reflejo condicionado de Pavlov. A la que oía su voz, la presión me subía hasta las nubes.

Cada-vez.

«El día mejora por momentos.»

Me agarré con fuerza al asa del bolso y luego me obligué a relajar la mano. No pensaba darle el gusto de que viera en mí el mínimo indicio de reacción.

Teniendo eso claro, cogí una bocanada de aire, me recompuse para mostrarme inexpresiva y me di la vuelta lentamente. Me recibió la vista más molesta del mundo junto con el sonido también más molesto del mundo.

El maldito Josh Chen.

Con su más de metro ochenta, vestido con vaqueros oscuros y una camisa de botones blanca que le quedaba perfectamente entallada para que pudiera presumir de músculos. No me cabía ninguna duda de que lo había hecho a propósito. Seguro que se preocupaba más por su apariencia que yo por la mía, y eso que yo le prestaba mucha atención. El Merriam-Webster debería poner una foto suya al lado de la palabra «vanidoso».

Lo peor era que, técnicamente, Josh era atractivo. Tenía el pelo grueso y oscuro, unos pómulos marcados y un cuerpo esculpido. Todo lo que me haría babear... si no fuera porque iban de la mano de un ego de tan sumas dimensiones que era digno de tener su propio código postal.

—Hola, Joshy —canturreé a sabiendas de lo mucho que detestaba ese apodo. Tendría que darle las gracias a Ava, mi mejor amiga y hermana de Josh, por esa valiosísima pizca de información.

Un haz de molestia le atravesó la mirada y sonreí. Ahora sí que empezaba a mejorar algo el

día.

En mi defensa diré que fue Josh quien insistió en llamarme J. R. Era el diminutivo de Jessica Rabbit, el personaje de dibujos animados. Quizás otra persona se lo hubiese tomado como un cumplido; sin embargo, cuando eres pelirroja y tienes una copa D, la incesante comparación acababa haciéndose muy pesada, y Josh lo sabía.

—¿Has ido de copas sola? —Josh miró hacia los taburetes vacíos que tenía a ambos lados. Era la hora feliz del bar, pero aún no estaba en su máximo apogeo, y los asientos más buscados eran los que había en los reservados a lo largo de las paredes con paneles de roble, no los de la barra—. ¿O es que ya has asustado a todo el que estuviera en un radio de siete kilómetros?

—Tiene gracia que seas tú quien hable de asustar a la gente. —Miré a la mujer que había al lado de Josh. Era guapa, tenía el pelo castaño, los ojos marrones y una figura esbelta, y lucía un impresionante vestido cruzado con estampado. Qué pena que su buen gusto no se aplicara también a los hombres, suponiendo que estuviera en una cita con Josh—. Veo que ya te has recuperado del brote de sífilis y has podido engatusar a otra pobre ingenua para que tuviera una cita contigo. —Miré a la chica y le dije—: No sé tú, pero ya te digo yo que puedes conseguir a alguien muchísimo mejor. Créeme.

¿Habría pillado Josh sífilis de verdad? A lo mejor. O a lo mejor no. Se acostaba con muchas chicas, de modo que tampoco me sorprendería, y no estaría manteniendo el código de chicas si no avisara a Vestido Cruzado sobre la posibilidad de que acabara pillando una ETS.

En lugar de echarse atrás, la chica se rio.

—Gracias por tu advertencia, pero creo que no me pasará nada.

—Haciendo bromitas de ETS, qué original. —Si a Josh le había molestado que lo hubiese insultado delante de la tía con la que había salido, no se le notó lo más mínimo—. Espero que tus alegatos orales sean más creativos o no lo pasarás demasiado bien en el mundo legal. Eso suponiendo que apruebes el examen de abogacía, claro.

Sonrió con suficiencia y se le marcó el hoyuelo izquierdo.

Me contuve las ganas de hacer una mueca. Odiaba ese hoyuelo con todo mi ser. Cada vez que se lo veía, era como si se estuviera burlando de mí y me entraban unas ganas enormes de clavarle un cuchillo en ese mismo punto.

—Aprobaré —respondí fríamente, controlando mis violentos pensamientos. Josh siempre sacaba lo peor de mí—. Yo que tú esperaría que no te denunciaran nunca por mala praxis, Joshy, o seré la primera en ofrecer mis servicios a la parte demandante.

Había trabajado lo que no estaba escrito para estudiar Derecho en Thayer y para conseguir las prácticas en Silver & Klein, un prestigioso bufete de abogados donde había trabajado el verano pasado. Ahora que casi podía tocarlo con la punta de los dedos, no iba a dejar escapar mi sueño de convertirme en abogada.

Ni de coña.

Aprobaría el examen de abogacía y Josh Chen tendría que tragarse sus propias palabras. Con un poco de suerte, incluso se ahogaría con ellas.

—Teniendo en cuenta que todavía no te has graduado, hablas mucho. —Josh se recostó en la barra y apoyó el antebrazo en la encimera; parecía un modelo posando para *GQ* y eso resultaba irritante. Cambió de tema antes de que pudiera devolverle la pullita—. Vas muy arreglada para estar sola.

Me estudió el pelo rizado y el maquillaje que me había puesto para la cita. Luego posó su mirada en el collar dorado que me colgaba por el canalillo.

Me quedé petrificada. A diferencia de Clark, el consultor, sentir el escrutinio socarrón de Josh hacía que me ardiera el cuerpo. Notaba el metal del collar como brasas contra la piel e hice todo cuanto pude por no arrancármelo de un tirón y lanzárselo a esa cara de engreído que tenía.

Aun así y sin saber muy bien por qué, permanecí inmóvil mientras Josh continuaba mirándome. Y no lo hacía con lujuria, sino más bien como si me estuviera juzgando, como si estuviera recopilando todas las piezas de un puzle y las estuviera ordenando mentalmente para crear cierta imagen en su cabeza.

Josh reposó la vista en el vestido verde de cachemir que se me ajustaba al torso y la fue bajando por las medias negras que me cubrían las piernas hasta detenerse en las botas de tacón también negras para luego volver a subir los ojos y clavarlos en los míos, de color avellana. Le desapareció la sonrisa y en la cara se le dibujó una expresión que no supe descifrar.

Entre nosotros se acomodó un silencio ensordecedor que Josh rompió:

—Vas arreglada porque tienes una cita. —No se movió ni un ápice de esa posición relajada, pero en sus ojos aparecieron unos destellos oscuros que amenazaban con revelar toda la vergüenza que sentía yo en ese momento—. Pero estabas a punto de marcharte y solo son las cinco y media.

Levanté la barbilla y sentí que se me encendía la piel de tanto bochorno. Josh era muchas cosas (exasperante, arrogante, el vástago de Satanás...), pero no era tonto, y era la última persona que quería que supiera que me habían dejado plantada.

Me lo recordaría toda la vida.

—No me digas que no se ha presentado —dijo con un tono extraño en la voz.

El calor se intensificó. Dios mío, no debería haberme puesto algo de cachemir. Me estaba asando con ese estúpido vestido.

—Deberías preocuparte menos por mi vida amorosa y más por tu cita.

Desde que había aparecido, Josh no había mirado a Vestido Cruzado, aunque a ella no parecía importarle. La chica estaba demasiado ocupada charlando y riendo con la barman.

—Te aseguro que, de todas las cosas que tengo en mi lista de quehaceres, preocuparme por tu vida amorosa no está ni entre las primeras cinco mil. —A pesar del sarcasmo con el que lo dijo, Josh siguió mirándome con esa confusa expresión.

Me dio un vuelco el estómago sin ninguna razón aparente.

—Perfecto. —Fue una respuesta penosa, pero tenía el cerebro algo aturdido. Lo achaqué al cansancio. O al alcohol. O a un millón de cosas más que nada tenían que ver con el hombre que estaba sentado delante de mí.

Cogí el abrigo y bajé del taburete con la intención de irme sin cruzar ni una palabra más.

Por desgracia, calculé mal la distancia entre el reposapiés del taburete y el suelo. Me resbaló el pie y ahogué un grito mientras mi cuerpo se echaba hacia atrás sin que yo pudiera evitarlo. Estaba a nada de caerme de culo justo cuando alguien me agarró por la muñeca y tiró de mí hasta quedar otra vez de pie.

Josh y yo nos detuvimos al instante y ambos nos quedamos con la vista puesta en su mano alrededor de mi muñeca. No me acordaba de la última vez que nos habíamos tocado por voluntad propia. Quizás había sido hacía tres veranos, cuando él me empujó a la piscina durante una fiesta, con ropa y todo, y yo se la había devuelto dándole un codazo «sin querer» en la ingle.

Cuando no me sentía demasiado bien, pensar en Josh retorciéndose de dolor me levantaba el ánimo. Sin embargo, ahora no estaba pensando en eso.

En lo que sí estaba pensando era en lo alarmantemente cerca que estaba, suficiente como para

que pudiera olerle el perfume. Era un aroma agradable y con toques cítricos, y no me recordaba al fuego y al azufre, tal y como me había imaginado.

La adrenalina provocada por esa casi caída me recorrió de arriba abajo e hizo que el corazón se me acelerara tanto que no podía ser ni saludable.

—Ya puedes soltarme. —Me esforcé en igualar mi respiración a pesar del sofocante calor que sentía—. Antes de que me dé urticaria.

Josh me agarró con más fuerza una milésima de segundo y luego me soltó el brazo como si fuera una patata ardiente. Su rostro se llenó de enfado e hizo desaparecer la inexpresividad de hacía dos segundos.

—De nada. Por haberte ahorrado que te rompieras el coxis, J. R.

—No seas dramático, Joshy. Me habría agarrado a algún sitio yo solita.

—Seguro. No vaya a ser que se te escape un *gracias* de la boca —respondió con un sarcasmo cada vez más agudo—. Eres insoportable, ¿lo sabías?

—Es mejor que ser un capullo.

Todo el mundo veía a Josh como a un médico encantador y guapísimo. Yo, en cambio, cuando lo miraba veía a un capullo falso y criticón.

Encontrarás a otras amigas, Ava. Esta chica te traerá malos rollos. No te conviene tener a alguien así en tu vida.

Me ruboricé. Hacía siete años desde que había oído a Josh hablando sobre mí con Ava, justo cuando se empezó a forjar nuestra amistad; acordarme de eso aún me dolía. Aunque nunca les dije que los había oído; lo único que habría conseguido hubiese sido que Ava se sintiera mal. Además, Josh no tenía que enterarse del daño que me habían hecho sus palabras.

No era la primera persona que creía que yo no era suficientemente buena, pero sí que había sido el primero en intentar arruinar una de mis incipientes amistades solo por eso.

Sonreí como buenamente pude.

—Si me disculpas, ya he excedido el límite de mi tolerancia diaria hacia tu presencia. —Me puse el abrigo y los guantes y me coloqué bien el bolso—. Dale a tu cita mi más sentido pésame.

Antes de que pudiera responder, me alejé por su lado a toda prisa; salí y me recibió el aire fresco del mes de marzo. Una vez fuera, me permití relajarme a pesar de que seguía teniendo el pulso frenéticamente acelerado.

De toda la gente que me podría haber encontrado en el bar, tenía que dar con Josh Chen. ¿Podía empeorar aún más el día?

¿Te acuerdas de cuando te dejaron plantada, J. R.?

¿Te acuerdas de cuando te quedaste sentada en la barra de un bar durante una hora, completamente sola, cual pringada?

¿Te acuerdas de cuando te arreglaste y acabaste lo poco que quedaba de tu sombra de ojos favorita para un tío que se llamaba Todd?

Vale, Josh no sabía nada de los dos últimos puntos, pero tampoco me sorprendería que se acabase enterando.

Hundí un poco más las manos en los bolsillos y me fui de ahí. Tenía unas ganas inmensas de poner la máxima distancia posible entre el vástago de Satanás y yo.

Habían construido el Bronze Gear en una calle muy concurrida, llena de restaurantes, donde la música inundaba el aire y las aceras se llenaban de gente incluso en invierno. La calle por la cual estaba caminando en ese momento, que era justo la de encima, estaba sumida en un silencio escalofriante. Las tiendas que se amontonaban a ambos lados estaban cerradas y algunos brotes

de malas hierbas se asomaban por las grietas que había en el suelo. El sol todavía no se había puesto, pero las largas sombras que lo envolvían todo le daban al ambiente un aspecto un tanto siniestro.

Eché a andar más deprisa por inercia, aunque seguía distraída no solo por mi encontronazo con Josh, sino también por todas las cosas que tenía que hacer. Cuando estaba sola, mis preocupaciones y tareas por completar se me amontaban en el cerebro como si fueran un niño pequeño queriendo llamar la atención de sus padres.

«La graduación, estudiar para el examen de abogacía, seguramente enviarle un mensaje a Todd para cantarle las cuarenta (no, no vale la pena), seguir mirando por Internet a ver si encuentro un apartamento, la fiesta sorpresa de este fin de semana para celebrar el cumpleaños de Ava...»

«Espera.»

«Cumpleaños. Marzo.»

Frené en seco.

Madre mía.

Además de Ava, conocía a otra persona que cumplía años a principios de marzo, pero...

Cogí el móvil del bolsillo con la mano temblorosa y me dio un vuelco el estómago al ver la fecha: 2 de marzo.

Hoy era su cumpleaños. Se me había olvidado por completo.

La culpabilidad se arremolinó en mi interior y me pregunté, como hacía cada año, si debería llamarla. Nunca lo hacía, pero... quizás esta vez sería distinto.

Ya, eso también me lo repetía año tras año.

No debería sentirme culpable. Ella tampoco me llamaba nunca por mi cumpleaños. Ni por Navidad. Ni en ninguna otra festividad. Hacía siete años que no había visto ni hablado con Adeline.

«Llama. No llames. Llama. No llames.»

Me mordí el labio inferior.

Hoy cumplía cuarenta y cinco años. Era una fecha importante, ¿no? Lo suficientemente importante como para justificar que su hija le deseara feliz cumpleaños... siempre y cuando quisiera algo de mi parte.

Estaba tan ocupada debatiéndome sobre si llamarla o no que no me di cuenta de que alguien se me estaba acercando hasta que noté la dureza del cañón de una pistola en la espalda y oí la orden de una voz áspera:

—Dame el móvil y la cartera. Venga.

Me dio un vuelco el corazón y casi se me cae el móvil al suelo. Me quedé petrificada; no me lo podía creer.

«¿Es coña?»

Nunca le hagáis preguntas cuya respuesta no queréis saber al universo porque, por lo visto, el maldito día sí que podía empeorar más aún.

2

Josh

—Ahórratelo. —Abrí el botellín de cerveza e hice caso omiso a la divertida expresión de Clara. La barman con la que había estado tonteando antes, una chica joven, había tenido que salir para ocuparse del montón de clientes que atraía la hora feliz al bar y, desde entonces, Clara no había parado de mirarme con una sonrisa socarrona en los labios.

—Vale, me lo ahorro. —Se cruzó de piernas y le dio un pequeño sorbo a la bebida.

Clara trabajaba como enfermera en las urgencias del Hospital de la Universidad de Thayer, donde yo estaba haciendo el tercer año de residencia y me estaba especializando en Medicina de Urgencias y Emergencias, de modo que nos veíamos a menudo. Éramos amigos desde mi primer año de residencia y nos empezamos a llevar bien gracias a nuestra compartida pasión por los deportes de acción y las películas cursis de los noventa; sin embargo, el interés sexual que le despertaba yo o cualquier otro tío era el mismo que le podía despertar una piedra.

Clara y yo no teníamos una cita ni por asomo; al menos, no en el plano romántico, pero tampoco me había esmerado en corregir a Jules. Mi vida personal no le incumbía lo más mínimo. Maldita sea, si es que a veces incluso desearía que no me incumbiera ni a mí.

—Mejor. —Vi que una rubia guapa me estaba mirando desde la otra punta de la barra y le dediqué una insinuante sonrisa, a lo que ella me respondió con otra.

Justo lo que necesitaba esta noche. Alcohol, ver el partido de los Wizards con Clara y tontear un poco con alguna chica. Lo que fuera con tal de no pensar en la carta que tenía esperándome en casa.

Me corrijo: las cartas. En plural.

24 de diciembre. 16 de enero. 20 de febrero. 2 de marzo. Por mi mente fueron pasando las fechas de las cartas más recientes que me había mandado Michael.

Recibía una al mes, sin falta, y me odiaba a mí mismo por no tirarlas a la basura tal cual iban llegando.

Le di un sorbo considerable a la cerveza para intentar olvidarme del fajo de cartas por abrir que tenía aguardándome en el cajón del escritorio. Ya era la segunda birra que me tomaba en menos de diez minutos, pero, eh, a la mierda: había sido un día muy largo. Tenía que despejarme.

—Siempre me han gustado las pelirrojas —señaló Clara, reanudando una conversación que no me apetecía tener—. Quizás porque, de pequeña, mi peli favorita era *La sirenita*.

Exhalé con pesadez y Clara dibujó una sonrisa ante mi reacción.

—Tu falta de sutileza es increíble.

—Me gusta que como mínimo uno de mis rasgos sea increíble. —Me dedicó una sonrisa aún más amplia—. Bueno, y ¿quién era?

No hacía falta ni que intentara esquivar la pregunta. A la que Clara se olisqueaba que un tema

podía ser jugoso, se ponía peor que un pitbull con un hueso.

—La mejor amiga de mi hermana y una que siempre me toca los cojones. —Una tensión considerable se aposentó encima de mis hombros al acordarme del trompazo con Jules.

Típico de ella: gruñona incluso cuando intentaba ayudarla. Es que nada de darle una rama de olivo. Debería ofrecerle un ramo entero de espinas y esperar que la pinchara como se merece.

Cada vez que intentaba hacer un buen gesto con ella (que, a decir verdad, no solía ser demasiado a menudo), Jules me recordaba por qué nunca seríamos amigos. Éramos los dos demasiado tozudos y teníamos personalidades demasiado parecidas. Era como intentar combatir el fuego con más fuego.

Por desgracia, Jules y mi hermana, Ava, llevaban siendo uña y carne desde que compartieron habitación en su primer año de universidad. Y eso significaba que yo tendría que apechugar con tener a Jules en mi vida a pesar de que nos sacáramos de quicio el uno al otro.

No sabía lo que le pasaba a esa chica conmigo, pero lo que sí sabía era que tenía cierta inclinación a meter a Ava en problemas.

Se conocían desde hacía siete años, y en ese tiempo ya había visto a Ava colocada y prácticamente corriendo en bolas en medio de una fiesta por culpa de los *brownies* de maría de Jules; la había consolado después de que, borracha en la fiesta de los veinte de Jules, se tiñera el pelo de un naranja semipermanente, y las había rescatado del lado de una carretera en Bumfuck (Maryland), cuando a Jules se le ocurrió la brillante idea de irse con unos cuantos tíos a los que habían conocido en un bar durante un viaje por carretera a Nueva York planeado en el último minuto. Resulta que, de camino, el coche se estropeó y, por suerte, esos tíos no resultaron ser problemáticos, pero aun así... La cosa podría haber salido mal, pero que muy mal.

Y eso eran solo algunos ejemplos. Podría hablar de miles de ocasiones más en las que Jules había convencido a mi hermana para se uniera a uno de sus descabellados planes.

Ava ya era adulta y podía tomar sus propias decisiones, pero también confiaba demasiado en los demás. Y mi trabajo como hermano mayor era protegerla, sobre todo tras la muerte de nuestra madre y después de que nuestro padre resultara ser un puto psicópata.

Y yo estaba completamente convencido de que Jules era una mala influencia. Punto.

A Clara se le curvaron los labios.

—¿Y esa que siempre te toca los cojones cómo se llama?

Volví a dar un trago a la cerveza y luego respondí seco:

—Jules.

—Mmm. Pues Jules es muy guapa.

—La mayoría de los súcubos carnívoros lo son —respondí cabreado.

Sí, Jules era guapa, pero también lo eran los acónitos y los pulpos de anillos azules. Eran todos bonitos por fuera, aunque escondían un veneno letal en su interior. Y, en el caso de Jules, el veneno salía por su viperina lengua.

A la mayoría de los tíos los cegaban sus curvas y esos grandes ojos de color avellana, pero eso a mí no me ocurría. La conocía demasiado bien como para morder el anzuelo. Los pobres idiotas a quienes había roto el corazón en Thayer eran una prueba viviente de que me tenía que mantener alejado de ella por mi propio bienestar mental.

—Nunca te había visto tan malhumorado por una mujer. —Clara tenía cara de satisfacción total—. Espérate a que se lo cuente al resto del equipo de enfermería.

Ay, señor...

Gossip Girl no tenía nada que envidiarle al grupo de enfermeras de Thayer. En cuanto se

enteraban de algo, lo iban contando por todo el hospital y las noticias se esparcían ávidas como las llamas de un incendio.

—Ni estoy malhumorado ni hay nada que contar. —Cambié de tema antes de que pudiera seguir insistiendo. No me apetecía seguir hablando de Jules Ambrose ni un segundo más de lo necesario—. Si quieres enterarte de algo que sea cierto de verdad, yo te lo digo: ya sé dónde me iré de vacaciones.

Clara puso los ojos en blanco.

—A diferencia de tu vida amorosa, esto no es para nada interesante. Tienes a la mitad de las enfermeras loquitas por ti. Es que no lo pillo.

—Mujer, pero si yo soy un partidazo.

No es que fuera un arrogante, es que era verdad. Aunque jamás me acostaría con alguien que trabajara en el hospital. Era eso de «donde metas la olla, no metas la polla».

—Sí, y humilde también. —Clara se acabó rindiendo, dejó de intentar sonsacarme más información sobre Jules y cedió ante mi evidente cambio de tema—. Vale, te seguiré el rollo. ¿Dónde te irás de vacaciones?

Sonreí, esta vez de verdad.

—A Nueva Zelanda.

Había estado debatiéndome sobre si ir a Nueva Zelanda a hacer *puenting* o a Sudáfrica para bucear en jaulas entre tiburones. Al final me decidí por la primera y anoche compré los billetes.

Los residentes de Medicina tenían unos horarios de mierda, pero los de Medicina de Urgencias y Emergencias los tenían algo mejores que los cirujanos, por poner un ejemplo. Trabajaba en turnos de entre ocho y doce horas; cada seis días, tenía uno libre por obligación, y tenía cuatro tandas de cinco días de vacaciones al año. A cambio, teníamos que trabajar los turnos enteros sin parar, pero a mí me daba igual. Me gustaba estar ocupado. Así no pensaba en otras cosas.

Sin embargo, este año me moría de ganas de mis primeras vacaciones. Había pedido una semana en primavera y me la habían concedido. Ya me imaginaba cómo sería estar en Nueva Zelanda: cielos azules sin una nube, montañas con las cimas nevadas, la sensación de ingravidez mientras me precipitaba en caída libre por el aire y la adrenalina que me corría por las venas cada vez que disfrutaba practicando uno de mis deportes favoritos.

—Cállate —se quejó Clara—. Qué envidia. ¿Qué excursiones tienes pensado hacer?

Había buscado información de sobra acerca de cuáles eran las mejores excursiones para hacer allí, y le fui contando mis planes a Clara hasta que la camarera volvió y mi compañera se distrajo. Como no quería cortarles el rollo (y arrebatarles la posibilidad de algo), me centré en mi bebida y en el partido de baloncesto entre los Wizards y los Raptors que tenían puesto en la tele.

Justo cuando iba a pedir otra cerveza, la dulce voz de una mujer me interrumpió.

—¿Está ocupado? —preguntó refiriéndose a un asiento.

Me di la vuelta y vi a la guapa rubia con la que había establecido contacto visual hacía un rato. No me había dado cuenta de que se había levantado de donde estaba, pero ahora la tenía tan cerca que podía apreciar las pecas que le bailaban por la nariz.

La costumbre me llevó a dedicarle una vaga sonrisa y ella se sonrojó de inmediato.

—Todo tuyo —contesté.

A estas alturas, conocía tan bien las técnicas de flirteo que apenas tenía que esmerarme. Estas cosas no se olvidan. La invité a una bebida, le pregunté un poco sobre ella misma, escuché

atentamente (o fingí hacerlo) y fui asintiendo e intercambiando alguna que otra opinión de vez en cuando, le acaricié la mano con la mía para establecer contacto físico...

Antes, todo esto solía divertirme, pero ahora lo hacía porque..., bueno, la verdad es que no sabía muy bien por qué. Supongo que porque era lo que había hecho siempre.

—Quiero ser veterinaria...

Volví a asentir intentando no bostezar con todas mis fuerzas. ¿Qué narices me pasaba?

Robin, la rubia, estaba buena y, si entendíamos que había reposado la mano en mi muslo como una indirecta, hubiera dicho que también estaba dispuesta a que nos fuéramos a algún sitio con algo más de privacidad. Sus aventuras de cuando montaba a caballo de pequeña no es que fueran exactamente fascinantes, pero se me solía dar bien eso de encontrar aunque solo fuera un dato interesante en cada conversación.

Quizás era yo. Últimamente, el aburrimiento me acompañaba allí donde fuera y no sabía cómo deshacerme de esta maldita sensación.

Las fiestas a las que iba eran siempre más de lo mismo. Las chicas con las que me acostaba no me satisfacían. Las citas que tenía se habían acabado convirtiendo en acontecimientos rutinarios. Solo sentía algo cuando estaba en urgencias.

Desvié la vista hacia Clara. Seguía tonteando con la camarera, que estaba ignorando vivamente a sus clientes y mirando a Clara con cara de enamorada.

—No me acabo de decidir entre un pomerano o un chihuahua... —continuó diciendo Robin, que no había dejado de hablar.

—Los pomeranos están bien. —Hice ademán de mirar la hora en el reloj que llevaba en la muñeca y añadí—: Oye, perdona que te corte, pero tengo que ir a recoger a mi primo al aeropuerto. —No era una gran excusa, pero era la primera que se me había ocurrido.

A Robin le cambió la expresión.

—Oh, vaya. Igual podríamos vernos algún día. —Garabateó su número de teléfono en una servilleta y me la pasó—. Llámame.

Le respondí con una sonrisa evasiva. No me gustaba prometer cosas que no iba a cumplir.

«Diviértete», le articulé a Clara con los labios al salir. Me hizo un gesto con la cabeza y sonrió discretamente antes de volver a centrar su atención en la barman.

Hacía tiempo que no salía de forma tan escopeteada de un bar. No es que estuviera enfadado por cómo había ido la noche. Clara y yo solíamos salir a tomar algo juntos, y cuando nos... distraíamos íbamos por caminos separados; pero hoy yo tendría que pensar dónde ir.

Todavía era temprano y aún no quería volver a casa. Y tampoco quería ir a ninguno de los otros bares que había en esta calle por si acaso Robin hacía lo mismo al cabo de un rato.

«A la mierda. Acabaré de ver el partido en el antro que hay al lado de mi casa.» La cerveza y la tele eran eso: cerveza y tele, daba igual dónde. Con un poco de suerte, el metro iría bien de tiempo y no me perdería el resto del partido.

Me fui y me adentré en una calle más silenciosa que daba a la estación de metro. A medio camino vi, en el callejón que había al lado de lo que en su día había sido una tienda de zapatos, el destello de una melena pelirroja y un abrigo lila que me resultaba familiar.

Ralenticé el paso. ¿Qué narices seguía haciendo Jules aquí? Se había ido unos veinte minutos largos antes que yo.

Y entonces me di cuenta de que le resplandecía algo metalizado en la mano. Una pistola. Apuntando directamente al hombre con barba desaliñada que tenía delante.

—Pero ¿qué coño...? —Mi expresión de incredulidad resonó por la calle vacía y rebotó contra

las persianas de los escaparates.

¿De dónde narices había sacado Jules una pistola?

Esta se dio la vuelta para poder mirarme sin tener que apartar la vista del hombre. El debilucho se había cubierto su media melena castaña con una boina andrajosa y llevaba un abrigo negro que le quedaba enorme.

—Ha intentado atracarme —me informó.

Mr. Boina la miró con desprecio, pero fue lo suficientemente listo como para cerrar el pico.

Me apreté la sien con la esperanza de que me sacara de la realidad alternativa en la que parecía haber saltado. *Nop*. Seguía en el mismo maldito lugar.

—Y esa pistola supongo que será suya, ¿no?

Por alguna razón, no me sorprendía que Jules hubiera cambiado las reglas del juego con el que técnicamente había intentado robarle. Si la secuestraran, seguro que la devolverían en menos de una hora de lo insoportable que era.

—Sí, Sherlock. —Jules agarró el arma con más fuerza—. Ya he llamado a la policía. Están de camino.

Acto seguido, oímos el estridente ruido de unas sirenas.

Mr. Boina se quedó petrificado, entró en pánico y miró a su alrededor.

—Ni se te ocurra —lo advirtió Jules—. O te disparo. Yo no me ando con faroles.

—Lo hará —le aseguré—. Una vez vi cómo disparaba a un tío en el culo con una Smith & Wesson porque le había robado una bolsa de patatas. —Bajé la voz hasta susurrar en modo conspiratorio—: No sabes lo mucho que llega a cabrearse cuando tiene hambre.

La situación no podía ser más absurda. Ya puestos, me entretendría un rato.

Como decía antes: estaba aburrido.

Al escuchar lo que acababa de inventarme, Jules dibujó una rápida mueca antes de volver a ponerse seria y fruncir el ceño.

Mr. Boina abrió los ojos a más no poder.

—¿En serio? —Fue paseando la vista entre ella y yo—. ¿De qué os conocéis? ¿Folláis?

Jules y yo retrocedimos al mismo tiempo.

O Mr. Boina nos acababa de preguntar algo tan estúpido y fuera de lugar para distraernos, o quería que vomitara. Y, en caso de que fuera la segunda opción, casi lo había logrado. Las tripas me empezaron a dar vueltas como una hormigonera a toda máquina.

—Nunca jamás. Míralo. —Jules me señaló con la mano que tenía libre—. No le pondría la mano encima a este ni de coña.

Mr. Boina me miró con los ojos entrecerrados y preguntó:

—¿Qué le pasa?

—No dejaría que me pusieras la mano encima ni que te ofrecieras a pagarme todos los préstamos universitarios —gruñí.

Aunque Jules Ambrose fuera la última mujer en la tierra; me daba igual. Era la única persona con la que nunca me acostaría. Jamás.

Ella me ignoró.

—¿Has oído alguna vez eso de que cuanto más grande tienen el ego más pequeño tienen el pene? —le preguntó a Mr. Boina—. Pues a él le va como anillo al dedo.

—Pfff, qué putada. —Mr. Boina me miró con compasión—. Lo siento, tío.

Sentí cómo me latía una vena en la sien. Abrí la boca para informar a Jules de que preferiría bañarme en lejía que dejar que se me acercara al pene, pero el portazo de un coche me

interrumpió.

Un poli de las mismas dimensiones que Hulk salió apuntando con la pistola.

—¡Quieta! Baja el arma.

Gruñí y casi vuelvo a apretarme la sien antes de recomponerme.

Por el amor de Dios.

Si es que debería haberme ido cuando aún tenía la oportunidad.

Ahora me perdería lo que quedaba de partido sí o sí.

3

Josh

Al cabo de cuarenta y cinco minutos y tras haber respondido a decenas de preguntas, al final la poli nos dejó marchar.

Habían detenido a Mr. Boina, y Jules y yo nos dirigimos en silencio hasta la estación de metro que se encontraba en la calle contigua. Gran parte de la población estaría histérica tras haber sido víctima de un intento de robo; Jules, en cambio, parecía que acabara de salir de hacer la compra.

Yo estaba menos calmado. No solo había perdido una hora con el interrogatorio policial, sino que también me había perdido el partido.

—Cuéntame por qué cada vez que me meto en un lío, tú estás involucrada —le dije a Jules entre dientes cuando se acercó el metro.

—No es mi culpa que decidieras tomar esa calle, ni que decidieras quedarte para disfrutar de un grato interludio en lugar de seguir caminando —me reprendió—. Lo tenía todo bajo control.

Reí por la nariz mientras seguía descendiendo, furioso. Podría haber cogido las escaleras mecánicas, pero necesitaba sacarme el cabreo de encima. A Jules debía ocurrirle lo mismo, porque ahí estaba: a mi lado, tocándome las narices.

—¿Un grato interludio? ¿Quién habla así? Además, de grato nada, te lo aseguro. —Al llegar al torniquete, saqué la cartera—. Qué pena que la poli no te haya arrestado a ti también. Eres una amenaza para la sociedad.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Tú? —Me miró con desdén.

—Sí. —Sonreí con frialdad—. Yo y cualquier persona que haya tenido el infortunio de conocerte.

Lo que dije fue horrible, pero entre las cartas, mi interminable turno en el hospital y la crisis existencial en la que estaba sumido, no me sentía con ganas de ser especialmente benévolo.

—Joder. Eres... —Jules deslizó la tarjeta del metro por el lector con una fuerza innecesaria—. Lo-peor.

Pasé por el torniquete detrás de ella.

—No, lo peor es tu instinto de supervivencia. Lo lógico sería que le hubieras dado al atracador ese lo que quería. —Cuanto más pensaba en lo que había hecho Jules, más desconcertante y cabreado estaba—. ¿Y si no hubieras podido desarmarlo? ¿Y si el tipo hubiese llevado otra arma escondida? ¡Podrías haber muerto, leches!

A Jules le subieron los colores.

—Deja de gritarme. No eres mi padre.

—¡No estoy gritando!

Nos detuvimos justo debajo del tablón donde se anunciaba que el próximo tren llegaría en ocho minutos. La estación estaba prácticamente vacía; solo había una pareja enrollándose en uno

de los bancos y un empresario vestido con traje al final del andén, y el silencio me permitía oír cómo me llegaba la sangre a los oídos.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro, respirando pesadamente. Quería pegarle una sacudida por haber sido tan idiota como para poner su vida en peligro total por un puñetero móvil y la cartera.

Que no me cayera bien no significaba que quisiera que se muriera.

Al menos, no siempre.

Esperaba que me respondiera de mala gana, pero se dio la vuelta y guardó silencio.

Era absolutamente impropio de Jules y perturbador a más no poder. Ni siquiera me acordaba de la última vez que me había dejado tener la última palabra.

Exhalé con fuerza por la nariz y me obligué a tranquilizarme y a pensar con claridad sobre la situación.

Daba igual que me cayera bien o no; Jules era amiga de Ava y acababan de intentar atracarla. A no ser que fuera un maldito robot, lo que le acababa de ocurrir no podía haberla dejado tan impasible como parecía.

La miré por el rabillo del ojo y me fijé en que tenía la mandíbula apretada y la espalda recta como un palo. Y tenía una expresión vacía. Demasiado vacía.

Me disminuyó un poco el enfado y me pasé la mano por la mandíbula, indeciso. Jules y yo no nos reconfortábamos el uno al otro. Ni siquiera decíamos «salud» cuando el otro estornudaba. Pero...

Joder.

—¿Estás bien? —pregunté bruscamente. No podía no preocuparme por alguien después de que casi hubiera muerto, daba igual de quién se tratara. Iba en contra de todo en cuanto creía como médico y como ser humano.

—Sí —respondió Jules como si nada, aunque cuando se acomodó el pelo detrás de la oreja vi que le temblaba sutilmente la mano.

Las descargas de adrenalina eran extrañas. Te hacían más fuerte, aumentaban tu atención. Te hacían sentir invencible. Sin embargo, cuando desaparecían y volvías a tener los pies en el suelo, te tocaba lidiar con todo lo que había dejado a su paso: las manos temblorosas, las piernas que empezaban a fallar, las preocupaciones que habías mantenido a raya aunque fuera un segundo antes de que arremetieran contra ti de nuevo.

Apostaría hasta mi último centavo a que Jules se encontraba en una crisis postadrenalina.

—¿Te ha hecho daño?

—No. Le he quitado la pistola antes de que pudiera hacerme algo. —Se quedó con la vista puesta al frente y en los ojos le brillaba una intensidad tan potente que incluso pensé que sería capaz de agujerear la pared de la estación con solo mirarla.

—No sabía que eras una supersoldado secreta. —Traté de suavizar un poco la tensión, aunque sentía una tremenda curiosidad por saber qué diantres había pasado. Habíamos hablado con la policía individualmente, de modo que yo no había oído su historia sobre cómo había desarmado a Mr. Boina.

—No hay que ser una supersoldado para desarmar a alguien. —Arrugó la nariz. Por fin. Algo que denotaba normalidad—. Fui a clases de defensa personal de pequeña. Y también nos enseñaron a enfrentarnos a ladrones.

Vaya. Nunca me habría imaginado que Jules fuera una de esas personas que hace clases de defensa personal.

El tren llegó a la estación antes de que pudiera responder. Como la parada anterior siempre estaba llenísima de gente, no quedaba ni un asiento vacío, así que permanecimos de pie cerca de las puertas, uno al lado del otro, hasta que llegamos a Hazelburg, a las afueras de Maryland, donde se encontraba el campus de Thayer.

Ava y Jules vivieron juntas en su último año de universidad, época en la que fuimos vecinos. Pero luego Ava se mudó a la ciudad y yo alquilé otro apartamento. Tenía demasiados recuerdos en mi antigua casa que prefería olvidar.

Aun así, Hazelburg era pequeño y solo había veinte minutos andando entre mi casa y la de Jules.

Al salir de la estación echamos a andar, instintivamente, uno al lado del otro.

—No le cuentes a Ava ni a nadie lo que ha pasado —dijo Jules cuando llegamos a la esquina a partir de la cual teníamos que tomar caminos separados: ella iría hacia la izquierda y yo, hacia la derecha—. No quiero que se preocupen.

—No se lo diré. —Jules llevaba razón. Ava se preocuparía y no tenía ningún sentido que se rayara por algo que ya había ocurrido—. ¿Seguro que estás bien?

Casi me ofrecí a acompañarla a casa, pero quizás habría sido demasiado. Ya habíamos sobrepasado el límite de educación con el otro, lo cual evidenciaron sus siguientes palabras.

—Sí. —Se pasó el pulgar y el dedo índice de una mano por la manga del abrigo del otro brazo con expresión distraída—. No llegues tarde a la fiesta de Ava del sábado. Sé que eso de ser puntual no forma parte de tus limitadas virtudes, pero es importante que estés allí a la hora.

Mi compasión se evaporó y dejó paso a una ráfaga de enojo.

—No llegaré tarde —contesté entre dientes—. No te preocupes por mí.

Me alejé antes de que pudiera responder y ni siquiera me molesté en decir adiós. Jules siempre lo jodía todo. Cada-puta-vez.

Quizás utilizaba esta hosquedad como mecanismo de defensa, pero a mí me traía sin cuidado. Yo no estaba ahí para ir despojándola de sus capas como si esto fuera una de esas malditas novelas románticas que tanto le gustaban a Ava.

Si Jules quería ser insoportable, yo tenía todo el derecho del mundo de ahorrarme el sufrimiento alejándome de ella.

El viento me abofeteó la cara y silbó entre los árboles, realzando aún más el latente silencio que reinaba en las calles. Hazelburg era una de las ciudades más seguras de Estados Unidos, pero...

La mano temblorosa de Jules mientras esperábamos a que llegase el metro. Lo tensos que tenía los hombros. Lo pálida que estaba.

Dejé de caminar a paso ligero y fui más bien merodeando por la calle.

«Le estás dando demasiadas vueltas a un solo movimiento. Vete a casa y ya, tío.»

¿Qué más daba que ya hubiese caído la noche y Jules estuviera sola? La posibilidad de que le ocurriera algo era ínfima, aunque cierto era que Jules era un imán para los problemas.

Cerré los ojos. No me podía creer que estuviera siquiera contemplando la posibilidad de hacer lo que estaba a punto de hacer.

—Me cago en la leche, joder —escupí antes de detenerme y pegar media vuelta en la dirección por donde se había ido Jules. Apreté la mandíbula y fui gruñendo cada vez más enfadado a medida que avanzaba.

Enfadado con mi conciencia, que había decidido hacer acto de presencia en el peor momento. Enfadado con Jules por existir y con Ava por ser su amiga, y enfadado con la coordinadora de

alojamiento por haberlas puesto en la misma habitación hacía un montón de años y, por consiguiente, haber contribuido al hecho de que acabaran forjando esta amistad de forma inevitable.

Al destino le gustaba tocarme las narices y nunca me las había tocado más que el día en que metió a cierta pelirroja en mi vida.

No tardé demasiado en alcanzar a Jules. Me quedé lo suficientemente alejado de ella para que no se diera cuenta de mi presencia, pero seguía estando bastante cerca como para verla. Incluso en la oscuridad, y gracias a los llamativos colores de su pelo y de su abrigo, era fácil distinguirla.

Me sentía intimidante a niveles escandalosos, pero es que si Jules se enteraba de que la estaba siguiendo volveríamos a discutir y yo ya estaba harto de tanta tontería.

Por suerte llegamos a su casa en menos de diez minutos y, al ver la luz que resplandecía tras las cortinas, me relajé. Stella ya debería de haber llegado; era otra amiga de la universidad de Ava que ahora compartía casa con Jules.

Jules se acercó al porche, metió la mano en el bolso... y se detuvo.

Me tensé de nuevo y me escondí detrás de un árbol al otro lado de la acera por si se daba la vuelta, aunque no lo hizo. Se quedó ahí, inmóvil, durante un largo minuto.

¿Qué narices hacía?

Ya estaba a punto de cruzar la calle por si se había quedado en *shock* o le había pasado algo, pero entonces volvió a moverse. Sacó las llaves del bolso, abrió la puerta y desapareció en el interior.

Exhalé un largo suspiro, lentamente, y este formó una diminuta nube blanca en el aire invernal. Me esperé un minuto más con la vista puesta en el mismo sitio donde Jules se había quedado quieta; luego me di la vuelta y me fui para casa.

4

Jules

—¿Qué tal la cita? —Stella levantó la vista del móvil justo cuando yo entré en el salón.

—No ha aparecido. —Me desabroché el abrigo y lo colgué en el perchero de metal que teníamos al lado de la puerta principal. Tuve que intentarlo dos veces, cortesía del temblor de mi mano.

«Es por el frío.» Nada del intento de atraco ni la breve parálisis que acababa de sufrir en el porche cuando...

«Basta. No lo pienses.»

Stella abrió los ojos de par en par.

—¿Qué dices? Menudo gilipollas.

Esbocé una sonrisa. Stella casi nunca decía palabrotas, así que, cuando se le escapaba una, me parecía lo más.

—Da igual. Me he librado de una buena. ¿Tú has visto la foto que tiene en esa *app* para ligar? Con el maldito pez. Te juro que no sé en qué estaba pensando. —Me quité los guantes y los zapatos y evité mirar a mi amiga a los ojos mientras trataba de coger todo el oxígeno que necesitaban mis pulmones.

Había desarmado al ladrón con bastante rapidez, pero la sensación de sentirme desamparada, aunque fuera solo durante unos minutos, había hecho aflorar algunos recuerdos que más valía que siguieran guardados en su cajón.

La madera clavándoseme en la espalda. Su rancio aliento en mi cuello. Las manos en...

—Jules.

Me sobresalté y casi tiro el perchero al suelo.

Justo después de que intentaran robarme, había mantenido la calma. Sin embargo, ahora que estaba en casa, en un lugar seguro, mi cuerpo por fin empezaba a procesar todo lo que había ocurrido.

Y no era algo agradable.

El corazón me latía desbocado en el pecho y estaba comenzando a sentir una marabunta de náuseas en el estómago. Lo único que hacía que no me desmoronara era la presencia de Stella.

Esta frunció el ceño.

—¿Estás bien? Llevas cinco minutos mirando a la nada. Y te he llamado dos veces.

—*Sip*. —Forcé una amplia sonrisa—. Había desconectado. Estaba pensando en cómo devolvérsela a Todd.

No iba a gastar ni un miligramo más de energía en ese capullo, pero eso Stella no lo sabía.

Ladeó la cabeza y entrecerró sus verdes ojos de gata. Como *fashion blogger* e *influencer*, se pasaba la mayor parte del tiempo pegada al móvil, pero era más observadora de lo que la gente creía.

—Tú no desperdiciarías más energía en un tío así —me reprendió.

Vale, una cosa era ser observadora y la otra llegar a unos niveles de percepción que daban miedo. A lo mejor esos asquerosos *smoothies* de pasto de trigo que tanto le gustaban le habían dado superpoderes y ahora podía leer la mente de los demás.

—Estoy bien, en serio. —Estiré todavía más mi sonrisa. No es que estuviera llena de escrúpulos y no quisiera pedirles consejo a mis amigas, pero solo lo hacía cuando realmente podían ayudarme; de lo contrario, no merecía la pena que se preocuparan—. Ahora solo me apetece ver una peli, comer helado y olvidarme de Todd el sapo.

En los ojos de Stella aún se podía entrever un ápice de sospecha, pero, por suerte, no insistió más.

—Nos queda un tarro de helado de caramelo salado —me informó—. ¿Volvemos a ver *Una rubia muy legal* mientras nos lo terminamos?

—Por supuesto. —Nunca me cansaba de ver a una Elle Woods perfectamente peinada siendo la jefa—. Me voy a duchar primero. Tú haz lo que tengas que hacer.

—Estoy leyendo mensajes directos —exhaló—. Aunque nunca acabaré de leerlos todos.

—Oye, tampoco hace falta que respondas a todo el mundo.

Stella tenía cientos de miles de seguidores. Me resultaba imposible imaginarme la inmensa cantidad de mensajes que seguro que recibía a diario.

—Pero quiero hacerlo. A no ser que sean de acosadores. —Sacudió la mano en el aire—. Tú ve a lo tuyo. Te espero aquí.

Mientras Stella volvía a centrarse en el móvil, yo me metí en el baño que compartíamos, abrí la ducha y dejé de sonreír.

Esperé a que el vapor espesase un poco más el aire antes de meterme en la bañera y apoyar la frente en los resbaladizos azulejos de la pared mientras dejaba que el sonido del agua se llevara esos recuerdos no deseados.

Mi último año de instituto. Alastair y Max y Adeline...

«Basta.»

—Recomponte, Jules —susurré con vehemencia.

Ya no era una niña pequeña e indefensa atrapada en Ohio.

Estaba en otro estado completamente distinto y a punto de conseguir todo lo que siempre había soñado.

Dinero. Libertad. Seguridad.

Y no pensaba dejar que nadie me lo arrebatara.

5

Jules

Cuando empezó la fiesta sorpresa de Ava, yo ya me había deshecho del recuerdo del intento de atraco que había sufrido y lo había guardado en un sombrío rincón de mi mente. Estar ocupada era ideal para mantener los recuerdos a raya y, por suerte, yo tenía distracciones de sobra como para seguir ocupada durante los próximos cinco años.

—No me puedo creer que hayáis hecho todo esto. —Ava se dio la vuelta lentamente y estudió el restaurante, que habíamos convertido en un auténtico salón de fiestas, con los ojos abiertos a más no poder. Y por «salón de fiestas» me refería a que incluía una escultura de hielo de más de dos metros, distintas mesas de comida, un DJ, una fuente de chocolate y una pista de baile provisional, todo cortesía del ricachón de su novio—. No hacía falta, de verdad.

—Ya, pero queríamos hacerlo. —Sonreí con picardía—. Además, era la excusa ideal para traer una fuente de chocolate; siempre había querido ver una. —La abracé y el familiar aroma de su perfume hizo que me invadiera una ola de nostalgia.

Ava fue la primera persona que conocí en Thayer. Nos llevamos bien enseguida y yo jamás olvidaría que siguió a mi lado a pesar de que Josh le insistiera para que dejara de ser mi amiga. Ella y Josh tenían una relación verdaderamente estrecha, de modo que verla enfrentarse a él por mí significaba muchísimo más de lo que Ava podría imaginarse nunca.

Tras la graduación, seguimos quedando, pero nos veíamos menos de lo que me gustaría. Una parte de mí deseaba poder volver atrás en el tiempo, a cuando Ava, Stella, Bridge y yo nos quedábamos toda la noche despiertas, comiendo bolas de queso sin parar y escuchando cómo gritaban las chicas que había en la habitación de al lado porque una se había acostado con el novio de la otra.

—Feliz cumpleaños, cariño. —Sonreí; no quería que se notara que la melancolía se había apoderado de mí—. ¿Te hemos sorprendido?

—Totalmente. —Ava se giró hacia su novio y le dio un golpe en el brazo, a pesar de que le brillaban los ojos de la ilusión—. ¡Me has dicho que íbamos a comer!

—Y vamos a comer. —Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de Alex Volkov. Era bastante probable que Ava fuese la única persona capaz de causarle tanta emoción (sí, lo decía en plan sarcástico) y la única que pudiera pegarle, aunque fuera de broma, sin acabar perdiendo una extremidad—. Técnicamente.

Ahogué un grito.

—¿Esto ha sido una broma? —Miré a Ava y a Stella, y pasé de Josh, que estaba al otro lado de Ava—. Alex ha hecho una broma. Rápido, que alguien apunte el día y la hora.

—Qué graciosa —respondió él con tono monocorde.

Incluso cuando iba vestido con vaqueros y una camisa de botones, que era lo más casual que veríais jamás a Alex, seguía irradiando vibras de director ejecutivo. El rostro de Alex podría

haber sido esculpido por el mismísimo Miguel Ángel y, si bien su expresión era tan fría que incluso podría quemar a alguien, sus ojos verde jade brillaron.

Qué más daba. Alex podía mirarme así tanto como quisiera, pero, como amiga de Ava, era inmune a su cólera, y él lo sabía.

—Tú me hiciste una fiesta sorpresa una vez —le dijo a Ava con una voz ligeramente más dulce—, así que he pensado que ya era hora de que te devolviera el favor.

Ava estaba a punto de derretirse.

—Creo que me duelen los dientes de tanta dulzura —dijo Stella mientras Alex le susurraba algo a Ava al oído, haciéndola sonrojar.

—Tenemos que pedir cita al dentista enseguida —contesté coincidiendo con ella.

A pesar de nuestras bromas, sonreíamos como idiotas. Alex y Ava habían pasado por muchas cosas, y nos gustaba verlos así de felices, aunque hablar de Alex feliz era algo un tanto relativo.

Josh, a su vez, estaba apoyado en la mesa de postres con una expresión más oscura que la camiseta negra que se había puesto.

Él y Alex habían sido mejores amigos hasta que discutieron, pero eso era ya otra historia aparte. Ahora, cuando estaban juntos, se comportaban, aunque *comportarse* y *ser amigos* eran cosas completamente distintas.

—Quita esa cara de amargado, Dr. Aguafiestas —le dije—. Estás cortando el rollo.

—Si tanto te molesta mi cara, no me mires —me respondió arrastrando las palabras—. A no ser que no puedas evitarlo, lo cual sería comprensible.

Fruncí el ceño. Había organizado la fiesta con la ayuda de Stella y de Alex y, aunque me había sentido tentada de no incluir a Josh en la lista de invitados, no dejaba de ser el hermano de Ava. La gente esperaría que viniera, al igual que se espera que un pollo semicrudo tenga *E. coli*.

Antes de que pudiera contestar a su presuntuosidad, el grito entusiasmado de alguien perforó el aire, y a este le siguió un montón de ruido y veintipico cabezas girándose a la vez hacia la entrada.

Seguí las miradas ojipláticas de los invitados hasta que di con la pareja que acababa de entrar, escoltada por dos guardaespaldas altos como un par de torres.

Y me cambió la expresión a una mucho más alegre.

—¡Bridget!

Esta sonrió y saludó con la mano.

—Sorpresa.

—¡Madre mía! —Ava, Stella y yo corrimos hacia nuestra amiga y, riendo, nos envolvimos en un caótico abrazo grupal. De no haber sido porque Rhys, el prometido de Bridget, y Booth, su guardaespaldas, nos sujetaron, habríamos acabado todas en el suelo—. ¡Pensaba que no podías venir!

—Mi coordinadora dio con un acontecimiento en la embajada este fin de semana que, casualmente, «requería» mi presencia. —Los ojos azules de Bridget brillaron con picardía—. La reunión con el embajador se ha alargado; si no, habría llegado antes. —Después de soltarnos, le dio un abrazo a Ava—. Feliz cumpleaños, cielo.

—No me puedo creer que estés aquí. —Ava la estrechó con fuerza—. Seguro que andas muy liada...

Bridget von Ascheberg había cursado sus estudios universitarios en Thayer, como nosotras, pero ahí terminaron nuestras similitudes. Ahora era una reina de verdad.

Cuando la conocimos, era princesa; no obstante, después de que su hermano mayor abdicara,

Bridget pasó a ser la primera en la lista de sucesión al trono de Eldorra, un pequeño reino en Europa. Su abuelo, el rey Edvard, había dado un paso al lado por cuestiones de salud, y Bridget había sido coronada reina hacía un par de meses.

—No me perdería tu fiesta por nada en el mundo. Además, así me doy un respiro. —Bridget se apartó un mechón de su dorada melena del ojo. Con el azul de su mirada y su belleza y elegancia, se parecía a Grace Kelly—. El Parlamento no me lo está poniendo fácil. Para variar.

—La he sacado de palacio justo a tiempo. De lo contrario, se le habría roto alguna arteria —añadió Rhys con un tono monocorde que nada tenía que ver con el afecto que le brillaba en los ojos mientras miraba a Bridget.

Con su más de metro noventa y cinco y sus tatuados músculos, Rhys Larsen era uno de los hombres más peligrosamente atractivos que había conocido jamás y, bajo su áspera coraza, se escondía un corazón de oro. Había sido el guardaespaldas de Bridget hasta que se enamoraron, y ahora era el futuro príncipe consorte, pues el título de rey consorte no existía en Eldorra. Habían tenido que superar numerosos obstáculos para poder estar juntos, ya que nuestra amiga era de la realeza, pero él no; sin embargo, ahora formaban una de las parejas más queridas en todo el mundo.

El sonido del obturador de una cámara interrumpió nuestra reunión y, de repente, me acordé de que no estábamos solos. El resto de los invitados seguía, boquiabierto, mirando a Bridget y a Rhys.

Que una reina de las de verdad apareciera sin previo aviso en una fiesta de cumpleaños podía, efectivamente, causar cierto estupor.

Aunque nadie se movió de donde estaba, a excepción de Josh, que saludó a Bridget con un abrazo cualquiera y a Rhys con uno de esos apretones de manos y abrazos que tanto les gustan a los tíos. Me imagino que Booth y el guardaespaldas de Rhys eran tan intimidantes que a la gente le daba miedo acercarse.

—Bueno. —Bridget entrelazó el brazo con el de Ava y fue hacia la mesa más cercana—. Cuéntame, ¿qué me he perdido?

Nos pasamos los siguientes treinta minutos poniéndonos al día de nuestras vidas. Josh se acercó a la barra, y Alex y Rhys permanecieron en silencio, sentados al otro lado de la mesa; intercambiaron alguna palabra de vez en cuando, pero ambos se pasaron la mayor parte del tiempo mirando a Ava y a Bridget con cara de enamorados perdidos. A ver, con cara de enamorados perdidos teniendo en cuenta que estábamos hablando de alguien tan frío como Alex y de alguien tan arisco como Rhys.

Hice caso omiso de la punzada de dolor que sentí en el corazón al ver el evidente amor que profesaban a mis amigas y volví a centrarme en la conversación.

Ya hacía muchísimo tiempo que había renunciado al amor. No valía la pena anhelarlo.

—Jules y yo estamos buscando piso para cuando se nos acabe el contrato de alquiler —dijo Stella. Aún vivíamos en Hazelburg porque yo seguía estudiando en la Facultad de Derecho de Thayer, pero el contrato se acababa en abril, yo me graduaba a finales de mayo y, después de eso, ambas estaríamos trabajando en la ciudad, de modo que lo lógico era que buscáramos algo en Washington—. Pero aún no ha habido suerte.

Todo lo que habíamos encontrado quedaba demasiado lejos de donde trabajábamos, era demasiado caro o estaba hecho una pocilga. Estaba bastante segura de que uno de los pisos que habíamos ido a ver había sido uno de esos antros donde se fabrica y se vende droga.

Lo de buscar piso en la ciudad era una maravilla.

—¿Y dónde tenéis pensado mudaros? —quiso saber Rhys.

—Nos gustaría encontrar algo por el centro, cerca de la línea roja —respondí. Esa línea me dejaba justo en Thayer, y cuantos menos transbordos de metro tuviera que hacer, mejor.

Se le iluminó la cara, como si acabara de tener una idea, y dijo:

—Conozco al dueño de un edificio en el centro de la ciudad; quizás él pueda echaros un cable. A lo mejor no sabe de ningún piso en alquiler, pero se lo puedo preguntar.

Stella arqueó las cejas a más no poder.

—¿Es el dueño de un edificio entero?

Rhys se encogió de hombros. Los tenía tan sumamente grandes que fue como ver temblar una montaña.

—Le gusta invertir en el sector inmobiliario.

—Pues sería genial. —Miré a Alex con dureza—. Al menos hay alguien del sector que puede ayudarnos.

Alex era el director ejecutivo del Grupo Archer, la mayor empresa de desarrollo inmobiliario del país.

La pullita que le acababa de soltar no era más que una broma, pero, en lugar de ignorarme, Alex respondió:

—Tengo todos los inmuebles alquilados, a no ser que queráis dormir en un centro comercial o en un edificio de oficinas.

—Mmm. —Me di golpecitos en la barbilla con un dedo—. El centro comercial no estaría mal. Me encanta la ropa.

—Y a mí —añadió Stella.

No parecía que a Alex le hubiera hecho ni la más mínima gracia.

—Hablando de desarrollo inmobiliario... —intervino Ava justo en el momento en el que Josh volvió a aparecer bebida en mano. Este se sentó en la silla que había al lado de Alex y se aseguró de no mirar al que antes había sido su mejor amigo—. Uno de los socios empresariales de Alex ha abierto una nueva estación de esquí en Vermont y hemos comprado tiques para estar a su lado el día de la inauguración. Cuatro tiques, para ser exactos, así que podemos ir con dos acompañantes. Bridget y Rhys, sé que vosotros no estaréis aquí; y tú, Stella, dijiste que el último fin de semana de marzo tenías un evento importante en Nueva York...

Gracias a su blog, a Stella siempre la invitaban a sofisticados eventos de moda, pero si ni ella ni Bridget ni Rhys podían acompañarlos, solo quedarían...

Oh, no.

—Josh, Jules, ¿qué os parece? Podemos ir todos juntos. —Ava sonrió—. ¡Será superdivertido!

¿Irme de fin de semana con Josh? Antes preferiría que me hicieran una endodoncia sin procaína, pero Ava parecía tan ilusionada que no supe decir que no, y menos aún el día de su cumpleaños.

—Genial —respondí tratando de sonar tan entusiasmada como fuera posible—. Me muero de ganas.

—Me encantaría, pero... —Josh hizo un mohín en el peor intento por fingir arrepentimiento que he visto en mi vida—. Ese fin de semana tengo turno.

¡Gracias a Dios! No me importaría tanto hacer de sujetavelas si esto significaba no tener que...

—Qué pena. —Ava ni siquiera pestañeó ante la réplica de su hermano—. La estación tiene una pista de triple diamante negro.

Josh, que se estaba llevando el vaso a la boca, detuvo el movimiento de inmediato.

—Estás de coña.

Me dio un vuelco el estómago. Josh era adicto a la adrenalina y pocas cosas ofrecían más adrenalina que las pistas de esquí más peligrosas del mundo. Eso era como ponerle a un adicto harina de primera calidad debajo de la nariz.

—*Nop*. —Ava dio un sorbo a la bebida, Stella sonrió con la vista clavada en el móvil, y Rhys y Bridget intercambiaron una mirada divertida. Alex fue el único que no mostró ningún tipo de reacción—. Sé que siempre has querido esquiar en este tipo de pistas, pero como tendrás que trabajar...

—Creo que podré pedir un cambio de turno —anunció Josh tras una larga pausa.

—¡Perfecto! —A Ava le brillaron los ojos de tal forma que me saltaron las alarmas—. Decidido, entonces. Nos vamos a Vermont; tú, yo, Alex y Jules.

La sonrisa forzada de Josh fue un claro reflejo de la mía. No estábamos de acuerdo en casi nada, pero no tuvo que decirme que en lo que sí estábamos de acuerdo era en una cosa.

Ese viaje no acabaría bien. Nada bien.

6

Josh

La lista de cosas que preferiría hacer antes que irme de fin de semana con mi ex mejor amigo y esa amenaza pelirroja incluía (aunque no se limitaba a): pasar la mano por una trituradora, comerme un kilo de larvas crudas y que me pusieran celo en los párpados para ver *Glitter* una y otra vez sin cesar.

Pero (y era un *pero* muy grande) era el cumpleaños de Ava, y la estación contaba con una pista de triple diamante negro. Nunca había esquiado en una pista de triple diamante negro.

Pensé en ese reto y sentí cómo me corría la adrenalina por las venas. Tendría que ser imbécil para rechazar una oportunidad como esta.

—Josh.

Apareció Alex con un cubata de Coca-Cola y *whisky* en la mano, igual que el mío, y entré en tensión.

—Alex.

Seguí con la vista puesta en la pista de baile, donde Ava y sus amigas estaban dándolo todo. Ya hacía rato que nos habíamos levantado de la mesa. El resto de los invitados había dejado de mirar boquiabierto a Bridget y ahora solo le echaba algún que otro vistazo entre canciones. El segurata de Bridget había confiscado temporalmente los móviles de todos los asistentes, pero yo estaba seguro de que alguien le habría sacado algunas fotos al llegar, fotos que seguro que mañana por la mañana aparecerían publicadas en las páginas webs de la prensa rosa.

—Me sorprende que no estés ahí con todo el mundo. —Alex se apoyó contra la pared sin quitar los ojos de la fiesta, aunque en realidad estaba mirando exclusivamente a Ava—. Antes eras el primero en salir a bailar.

—Ya, bueno. —Le di un gran sorbo a la bebida y me la terminé—. Han cambiado muchas cosas desde que iba a la uni.

El trasfondo de mis palabras quedó suspendido en el aire, pesado y afilado cual guillotina a punto de caer.

En su día, Alex y yo habíamos sido amigos.

Ahora no éramos más que dos extraños a quienes solo unía una única cosa.

Si no fuera por Ava, yo no volvería a ver ni a hablar con Alex y estaría la mar de contento.

O, al menos, eso me decía a mí mismo.

—Lo de Vermont no ha sido idea mía —dijo Alex, esquivando el tema en cuestión.

—Lo sé. Ava no es tan astuta como cree.

Llevaba más de un año intentando que Alex y yo nos reconciliáramos. Quizás ella había sido capaz de perdonarle que nos mintiera para acercarse a mi padre pensando que él había estado detrás del asesinato de su familia, pero, para mí, esa traición había hecho mella.

Ava y Alex solo llevaban unos cuantos meses saliendo cuando este descubrió que su tío había

sido el verdadero culpable y nos contó la verdad que se escondía tras su plan de venganza. Pero es que él y yo llevábamos siendo amigos ocho años.

Había invitado a Alex a mi casa. Lo había tratado como a un hermano. Le había confesado secretos, le había aconsejado y le había contado cosas de las cuales jamás había hablado con mi propia familia. Y, durante todo ese tiempo, Alex me había estado mintiendo. Me había estado utilizando.

Sentí el regusto del *whisky* cada vez más amargo en la lengua.

—Te echa de menos —confesó Alex en voz baja.

—Me tiene aquí mismo. —Miré a la barra—. Nos escribimos constantemente.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Pues no, la verdad.

Sus labios dibujaron una fina línea recta.

—Últimamente te estás comportando de una forma distinta. A Ava le preocupa que...

—Tío, déjalo. —Levanté la mano—. Si Ava está preocupada por mí, que me lo diga ella misma, pero no me vengas a hablar como si todavía fueras mi mejor amigo porque no lo eres. ¿Sabes lo que hace falta para que dos personas sean amigas? Confianza. Y tú perdiste la mía hace muchísimo tiempo.

Pasé por su lado antes de que pudiera responderme y fui directo hacia la barra con un nudo en la garganta y el corazón en un puño. Alex no me siguió; tampoco esperaba que lo hiciera. Él no iba detrás de nadie, solo de Ava. Por eso no ofrecí más resistencia cuando volvieron juntos.

A pesar de todas sus cagadas, Alex quería a mi hermana de verdad. Yo quería que Ava estuviera bien y fuera feliz, y si estaba bien y era feliz con él, a mí me tocaba aguantarme y comportarme decentemente.

Lo cual no significaba que tuviera que tener una sentida conversación con él al lado de la pista de baile.

—Hey —saludé al camarero e hice un gesto con la cabeza—. Un chupito de tequila. Doble.

Necesitaba algo más fuerte que el *whisky* para aguantar lo que quedaba de fiesta.

—Marchando.

Acababa de meter un par de dólares en el tarro de propinas cuando, de nuevo, me interrumpió otra persona entrometida e inoportuna a más no poder.

—¿Problemillas entre *bros*? —Ese susurro aterciopelado hizo que una descarga de irritación y algo que no sabría nombrar me recorriera la espalda.

—Pírate, J. R. No estoy de humor. —No giré la cabeza en dirección a Jules, pero de reojo vi esa inconfundible melena pelirroja y el destello dorado de su vestido.

—Tus dotes para poner apodos dejan mucho que desear, Joshy. —Jules se me acercó y sonrió al camarero, que dejó de prepararme la bebida a mí para poder sonreírle a ella—. Me tomaré un sex on the beach, si no es demasiado pedir. —Dio un golpecito con la uña a la carta, cuya lista incluía bebidas simples, como destornilladores o cócteles de vodka con arándanos rojos, y donde desde luego no aparecía el puñetero sex on the beach.

Al camarero le brillaron los ojos.

—Para una preciosidad como tú, lo que sea.

Esa frase me sonó tan a cliché que casi no pude evitar las ganas de reír por lo bajo.

—Gracias. —A Jules se le ensanchó la sonrisa.

Estaba seguro de que, si no hubiese sido por el grupo de invitados que vino a pedir a la barra, habría presenciado cómo esos dos continuaban ligando y me habrían entrado náuseas. Por suerte,

el camarero se distrajo y enseguida terminó de prepararnos las bebidas antes de atender a la media docena de personas que se estaban peleando para que les sirvieran primero.

—¿Tan bajo has caído ya? Tsss... —dije fingiendo estar decepcionado—. Esperaba más de ti.

—¿Por qué? ¿Porque trabaja como camarero en lugar de ser médico? —Jules arqueó una ceja —. Telita con tu esnobismo.

—No. Porque su forma de ligar es igual de penosa que tu intento de humillarme. —Me bebí el chupito y ni siquiera tomé nada más para quitarme el sabor de la boca—. Pero, eh, que si te pone eso...

—No trates de desviarte de tu propia relación fallida.

—Yo no estoy en ninguna relación. —Y no tenía interés alguno en meterme en una a corto plazo. El sexo no era más que eso: sexo. No era un preludio antes de empezar a salir con alguien o de ligar con alguien con quien conjuntar la ropa o lo que fuera que hiciera la gente. Me aseguraba de que cada mujer con la que me acostaba supiera lo que había, porque a mí no me iba eso de dar falsas esperanzas a los demás.

Ser residente me ocupaba la mayor parte del tiempo y, aunque no hubiese estado tan ajetreado, mi deseo por tener una pareja estable era inferior a cero. Yo no estaba hecho para atarme. Al cabo de unas semanas, siempre terminaba aburriéndome, y todo ese rollo de tener pareja me parecía agotador. Tantas citas, llamadas, el preocuparte por la otra persona...

Me estremecí con solo pensarlo.

Me alegraba por aquellas personas que estaban enamoradas y eran felices así, pero yo no era una de ellas y no lo sería nunca.

—Estoy hablando de Alex. —El camarero le pasó la bebida a Jules y esta le sonrió con picardía antes de girarse de nuevo hacia mí—. Aún recuerdo esa época en la que parecía que vivierais pegados el uno al otro.

Noté una punzada en el corazón, pero respondí de forma liviana:

—No me había dado cuenta de que te interesara tanto mi vida privada, J. R.

—Es que no me interesa, siempre y cuando no afecte a la calidad de la mía. —Jules dio un fino sorbo a su cóctel—. Y, como vamos a irnos todos juntos de fin de semana, este estúpido rencor que le sigues guardando a Alex nos concierne directamente a Ava y a mí.

Agarré el vaso con más fuerza e imaginé que era la garganta de Jules.

—¿Estúpido? —Mi palabra fue acompañada por un punzante filo que la tiñó de ira—. Estúpido es pelearse por qué película ver. Estúpido será el pobre idiota que se acabe casando contigo. Pero te aseguro que no es para nada aplicable a lo que ocurrió con Alex. No hables de cosas de las que no tienes ni idea.

La fulminé con la mirada, pero Jules no apartó la vista.

—Puede que no haya estado personalmente involucrada en tu... situación —dijo con más tacto del que creía que tenía—, pero soy una de las mejores amigas de Ava. Sé lo que ocurrió, y ocurrió hace ya casi tres años. Ella ha perdonado a Alex. Él se ha disculpado. Es hora de superarlo y avanzar.

Me dio un consejo sin tapujos y, por una vez, no noté sarcasmo en sus palabras. Aun así, sentí que se me tensaban todos los músculos.

—A ti te resulta fácil decirlo. —Joder, necesitaba beber más—. Dímelo cuando te haya traicionado alguien cercano.

Una oscura sombra titiló en los ojos de Jules.

—¿Y cómo sabes que no me han traicionado ya?

Me quedé helado.

¿Y cómo sabes que no me han traicionado ya?

No sabía mucha cosa del pasado de Jules. Vamos, si es que casi no sabía nada de ella más allá de lo que le dejaba ver a los demás: esa actitud descarada, su desvergonzada forma de ligar y una mezcla extraña de chica despiadadamente ambiciosa y fiestera imprudente.

Me quedé mirándola. Sus grandes ojos y la forma en la que separaba ligeramente los labios desvelaban lo sorprendida que estaba tras haber dejado que esas palabras se le escaparan de la boca.

Reprimí las ganas imperiosas de preguntarle qué había ocurrido mientras el aire que nos separaba se cargaba de... no exactamente de compañerismo, sino más bien de una pizca de comprensión que alivió ligeramente la presión que sentía en el pecho.

No teníamos una de esas relaciones en las que la gente habla de sus problemas con el otro. Y, aunque la hubiésemos tenido, dudaba de que Jules fuera a responderme. Lo de mostrarse vulnerable no iba con ella.

Se irguió y le cambió la expresión por completo, deshaciéndose de cualquier rastro que hubiera podido quedar de su previa fragilidad.

—Que perdones o no a Alex es cosa tuya. Pero no nos jorobes la diversión a los demás con tu malhumor, aunque quizás lo consigues solo con tu presencia.

Y, dicho eso, se dio media vuelta y se fue meneando las caderas y con la cabeza bien alta.

Antes de que pudiera recomponerme, un silencioso gruñido se apoderó de mi garganta. No merecía la pena que desperdiciara mi energía en cabrearme con ella. Tenía que guardar todas mis fuerzas para asegurarme de que no la mataba en Vermont. Por más gratificante que pudiera ser, no iba a lanzar mi futuro por la borda solo por un momento de extrema satisfacción.

Volví a centrar mi atención en el camarero, deseando pedir otro chupito, pero lo encontré con cara de enamorado perdido y la vista clavada en un punto en concreto de la pista de baile.

No, en un punto no. En una persona.

Jules tenía los brazos en alto y meneaba las caderas al ritmo de la música, haciendo babear a todos los tíos que tenía alrededor. Desvió la vista por encima del hombro, le guiñó el ojo al camarero y luego me miró a mí, engreída.

Le respondí de la forma más madura que se me ocurrió: haciéndole la peineta.

Jules se rio con una expresión más petulante si cabe y a continuación me dio la espalda.

—Está buenísima. —Al camarero le brillaron los ojos de tal forma que se me pusieron los pelos de punta, más de lo que ya lo estaban—. Por favor, dime que está soltera.

Camuflé mi enervamiento con una prieta sonrisa.

—¿Sabes lo que es un súcubo?

El tipo se frotó la barbilla. El grupo que había venido a pedir antes ya volvía a estar divirtiéndose en la fiesta y nos habíamos quedado solos en la barra.

—¿Te refieres a esas plantas pequeñitas? A mi hermana le flipan. Tiene un alféizar entero lleno.

—No, tío. Tú estás hablando de suculentas. —Bajé la voz—. Un súcubo es un demonio que adopta la forma de una mujer espectacular para seducir a los hombres y chuparles toda la energía. Se supone que no es más que mitología, pero... —Señalé a Jules—. Esta es un súcubo de los de verdad. No caigas en su trampa. Bajo esa cara mona se esconde un demonio despiadado.

Era imposible que un ser humano tuviera un pelo tan rojizo, una mirada tan feroz y unas curvas tan exuberantes. Lo único que podía explicar la apariencia de Jules era cualquier cosa

sobrenatural.

—Oh. —El camarero abrió los ojos—. ¿Con eso quieres decir que se acostará conmigo?

Tócate los cojones.

—Pregúntaselo a ella. —Me incliné como si fuera a contarle un secreto—. Voy a darte un consejo: le encanta que la comparen con Jessica Rabbit. Dile que siempre has deseado tirarte a una J. R. en la vida real y la tendrás en el bolsillo. Y si la llamas J. R., aún te saldrá mejor la jugada. Es su apodo favorito.

El chaval frunció el ceño.

—¿En serio?

—Créeme. —Me pasé la mano por la boca para esconder mi pretenciosa sonrisa. Era como robarle los caramelos a un niño—. La conozco desde hace años. Le pone muchísimo esa comparación.

—Genial. —La expresión de recelo que se había dibujado en la cara del camarero se disipó y, en su lugar, apareció una amplia sonrisa—. Gracias, tío. —Me dio una palmada en el hombro y me sirvió otro chupito—. Invita la casa.

Había barra libre, de modo que, técnicamente, la casa invitaba a todas las bebidas, pero no dije nada. En lugar de eso, levanté el vaso en señal de agradecimiento y sonreí con más brío al imaginarme la reacción de Jules cuando el camarero la llamara J. R.

Era una chica tan predecible que, ya puestos, podía cubrir todos los hilos de los que le podría tirar con tela fosforescente, para que se vieran a la legua.

Aun así...

¿Y cómo sabes que no me han traicionado ya?

Tenía el vaso rozándome los labios, pero detuve la mano una milésima de segundo. Acto seguido, sacudí la cabeza, recibí el intenso sabor del tequila y este me quemó la garganta al tragar.

No obstante, sus palabras seguían retumbando en mi mente y su ambigüedad continuaba despertándome curiosidad.

¿Quién podría haber traicionado a Jules? Nunca había tenido ninguna bronca fuerte con Ava, Bridget o Stella, y tampoco había tenido ningún novio serio desde que la conocía. Nuestra aversión a una relación con ataduras era una de las pocas cosas que teníamos en común.

¿Le habría roto el corazón algún novio de instituto? ¿Le habría hecho alguna putada algún familiar?

Volví a pasear la mirada por la pista. Jules seguía bailando despreocupada al son de un *remix* de uno de los últimos temazos de pop. Ava le dijo algo, y Jules echó la cabeza hacia atrás, dejando que el ronco sonido de su risa se oyera por encima de la música.

Con su vestido brillante. Sus ojos brillantes. Jules se presentaba al mundo como una chica guapísima y sin preocupaciones que tenía a todo quisqui a sus pies.

¿Y cómo sabes que no me han traicionado ya?

Me pregunté qué secretos escondería Jules bajo esa fachada de fiestera.

Y lo que era más importante aún: me pregunté por qué me importaba.

7

Jules

El cumpleaños de Ava supuso un cambio de rumbo importante porque, después de unas semanas de mierda, todo empezó a ir sobre ruedas otra vez. Alguien un poco más supersticioso que yo habría dicho que estaba yendo demasiado bien, pero yo creía firmemente que a caballo regalado no hay que mirarle el diente. Pensaba aprovechar cada segundo de ese maravilloso tiempo que estaba haciendo, cada elogio de mis profesores y cada golpe de suerte mientras durara.

Por ejemplo: la búsqueda de apartamento, que quizás acabaría dando sus frutos gracias a Rhys.

El fin de semana después de la fiesta de Ava me encontraba en el vestíbulo del Mirage, el edificio de apartamentos de lujo propiedad del amigo de Rhys. Nos había conseguido una muy anhelada cita para que nos lo enseñaran a Stella y a mí, y yo había llegado temprano no solo porque tuviera pánico a llegar tarde (el metro de Washington era de todo menos fiable), sino también porque necesitaba un lugar tranquilo donde poder hacer la entrevista con el Centro de Alianza Médico-Legal.

Aunque el verano pasado me hubieran ofrecido un puesto de trabajo en Silver & Klein, no podía trabajar con ellos ejerciendo como abogada hasta que aprobase el examen de abogacía. Casi todos los bufetes aceptaban a graduados de Derecho antes de que salieran los resultados de los exámenes, pero Silver & Klein era una excepción.

Tenía que buscarme un trabajo a corto plazo para salir del apuro entre la graduación y la publicación de las notas del examen en octubre. El puesto temporal de investigadora asociada en el CAML, una sociedad donde médicos y abogados aunaban sus conocimientos para atender a los colectivos desfavorecidos, era ideal.

—No tengo más preguntas para hoy —dije cuando Lisa, la directora jurídica, hubo terminado de describir cómo era el día a día en el Centro. Me hundí un poco más en el sofá aterciopelado del vestíbulo, alegre de que no hubiera nadie más allí, aparte del recepcionista. No quería ser una de esas personas que hacían llamadas de trabajo detestables en público, pero, por desgracia y si quería llegar puntual a la visita del apartamento, no tenía otro sitio al que ir a hacer la entrevista —. Muchísimas gracias por su tiempo.

—No hay de qué —respondió Lisa amablemente—. Como eres la última persona a quien vamos a entrevistar, voy a ser sincera contigo. Eres la mejor candidata con la que he hablado. Tu experiencia laboral es muy buena, al igual que tus notas, y creo que encajarás perfectamente con el resto del personal. —Se quedó un segundo dubitativa y luego añadió—: No suelo terminar así las entrevistas, pero me gustaría extenderte una oferta no oficial para que te unieras a nuestro equipo. Luego te enviaré un correo electrónico de forma oficial y tú piénsatelo...

—¡Acepto! —Al oír lo entusiasmada que había sonado, me sonrojé, pero me importaba una mierda. Si conseguía trabajo me quitaría un peso enorme de encima. No tendría que seguir

buscando y podría centrarme en estudiar para el examen de abogacía, a lo cual pensaba destinar todo mi tiempo libre.

Lisa rio.

—¡Perfecto! ¿Podrías empezar el lunes? ¿A las ocho en punto?

—Por supuesto. —Me había organizado las clases para tenerlas todas los martes y los jueves, así me quedaba el resto de la semana libre.

—Muy bien. Dentro de un rato te enviaré un *e-mail* con más detalles. Encantada de trabajar contigo, Jules.

—Igualmente. —Colgué con una sonrisa en los labios y reprimí las ganas de ponerme a bailar en medio del recibidor.

No sé qué polvo de hadas pulverizaron en el cumple de Ava, pero necesitaba un barril entero cuanto antes. Nunca había tenido una racha de suerte tan larga.

Aunque también podía ser que el universo me estuviera compensando por la forma en la que ese camarero se había puesto a ligar conmigo cuando terminó la fiesta. Me llamó J. R. y me dijo que le encantaba que me pareciera tanto a la puñetera Jessica Rabbit. Casi le tiré la bebida en la cara.

Apostaría lo que fuera a que Josh había tenido algo que ver con todo eso. Seguro que le había contado alguna mentira de mierda, como que me gustaba que me llamasen J. R.

Menudo imbécil.

No. No iba a dejar que unos cuantos pensamientos de Josh arruinaran lo que, dejando eso aparte, había sido una semana increíble.

Cogí una profunda bocanada de aire e intenté volver a pensar en positivo justo cuando el hombre que estaba detrás de la recepción hizo cierto ruido.

Levanté la cabeza y vi a Stella entrando por las puertas giratorias.

—Perdón, me he retrasado en el trabajo y he salido tan rápido como he podido —me contó casi sin aliento y sin prestar atención a la forma en que el recepcionista se la estaba comiendo con los ojos. Stella tenía las piernas tan largas que solo tuvo que dar un par de zancadas para acercarse a donde estaba yo—. ¿Llego tarde?

—*Nop*. El arrendatario no ha...

No había ni terminado la frase cuando una mujer muy arreglada con un elegante traje gris se nos acercó a paso ligero y con una sonrisa en la cara.

—Señorita Ambrose, señorita Alonso. Soy Pam, la jefa de arrendamientos del Mirage.

—Encantada, Pam —dije arrastrando las palabras asombrada por cómo nos hablaba, como si fuera la directora de la Agencia de Seguridad Nacional del país en lugar de la de un edificio de viviendas. Y esto en Washington era el pan de cada día. Todo el mundo fingía ser más importante de lo que realmente era, lo cual no resultaba sorprendente en una ciudad donde lo primero que te preguntaba la gente justo después de haberte conocido era siempre: «¿A qué te dedicas?».

Era una ciudad de currículums andantes y escaladores de carreras profesionales, y no me daba vergüenza alguna decir que yo también formaba parte de ese colectivo. Tener una buena carrera profesional significaba ganar dinero, y ganar dinero era sinónimo de seguridad, de tener un techo bajo el cual dormir y comida en la mesa. Si a alguien le apetecía humillarme porque quisiera todo eso, podía irse a tomar por culo.

Stella me dio un codazo y me encogí ante el dolor.

—Aparta tus puntiagudos codos de mí —susurré.

—No te cargues la oportunidad que tenemos de conseguir este piso —respondió también en voz baja.

—Solo le he dicho «encantada».

—La cuestión es cómo lo has dicho. —Stella me advirtió con la mirada mientras seguíamos a Pam hacia el ascensor.

—¿Cómo lo he dicho? —Me llevé una mano al pecho—. Pero si siempre hablo de forma impoluta.

Stella suspiró y yo reprimí una sonrisa. De todas mis amigas, era la más impasible, así que conseguir sacarla de sus casillas era todo un logro. Aunque cierto era también que, en los últimos meses, había sido un poquito menos impasible que de normal. Nuestra casa brillaba de lo impecable que estaba, y eso era una clara señal de que Stella estaba estresada.

No la culpaba. Por lo que me había contado, su jefa en *DC Style* no le estaba poniendo las cosas fáciles.

Mientras subíamos a la décima planta en el ascensor, Pam continuó divagando sobre las comodidades del edificio entre las cuales se encontraban un bar-cafetería y una piscina en la azotea, un gimnasio de última generación y un servicio de portería y conserjería veinticuatro horas.

Cuanto más hablaba, más nerviosa me iba poniendo yo y más me iba preocupando. En la página web del Mirage no aparecían los precios de alquiler, pero me apostaba mi inminente carrera profesional a que era caro de narices. Rhys había dicho que su amigo nos haría un generoso descuento, pero no había especificado cómo de generoso iba a ser.

Madre mía, ojalá pudiéramos permitírnoslo. Mataría por tener una piscina en la azotea; lo del gimnasio ya me daba más igual. El único ejercicio que me gustaba hacer era el que se hacía en la cama y, aun así, llevaba un tiempo sin practicarlo. No había nada como estudiar Derecho para acabar con la vida amorosa de cualquiera.

Nos detuvimos delante de una puerta de madera oscura con el número 1022 grabado en dorado.

—Ya hemos llegado. Es el último apartamento disponible en el Mirage —nos informó Pam con orgullo. Abrió la puerta y Stella y yo ahogamos un grito simultáneamente.

Madre-mía.

Era como si alguien hubiera cogido nuestro piso de ensueños y lo hubiese impreso en 3D en la vida real. Paredes enteras con ventanales que iban del techo al suelo, balcón, resplandecientes suelos de parqué y una cocina sin estrenar con una isla en medio. Siempre había querido una.

No cocinaba, pero solo porque nunca había tenido una isla. Ya me imaginaba lo bien que quedaría mi comida a domicilio —quiero decir, mi comida casera— esparcida por esa maravillosa extensión de mármol.

Y aunque intentaba ahorrar y sabía que no debería derrochar en comida a domicilio, siempre era mejor eso que gastar el dinero haciendo la compra y dejar que se acabara pudriendo todo porque no sabía cómo cocinarlo. ¿O no?

—Precioso, ¿a que sí? —Pam irradiaba entusiasmo; parecía la dueña de un caniche que presume de su perrito de primera en Westminster.

Me las apañé para asentir. Quizás también estaba babeando. No estaba del todo segura.

Pam nos enseñó las habitaciones y ahí confirmé que estaba babeando, seguro, porque las habitaciones tenían vestidores. Pequeños, pero ahí estaban. Había vestidores.

A Stella se le escapó un sonido gutural.

Como era *blogger* de moda, tenía más ropa y accesorios que los que deberían estar permitidos. Ya me la imaginaba ordenando su vestimenta por colores mentalmente.

En la lista de cosas por las cuales Stella renunciaría a su brazo izquierdo, tener un vestidor ocupaba el tercer puesto, justo por detrás de conseguir una colaboración con Delamonte —su marca favorita— y hacer un largo viaje por Italia, comiendo pasta, comprando y bebiendo vino mientras disfrutaba de las puestas de sol.

No me lo estaba inventando. Stella había hecho una lista a mano y la había clavado en el tablero de su cuarto.

—El apartamento no está mal. —Intenté sonar tan despreocupada como pude—. ¿Me podría repetir a cuánto subía el alquiler?

Pam respondió y casi me ahogo con mi propia saliva. Incluso Stella se encogió al oír la cifra.

Siete mil quinientos dólares. Al mes. Sin gastos.

Eso no era un alquiler. Era un robo.

—Vaya —dijo Stella casi imperceptiblemente—. Mmm, creo recordar que nuestro amigo nos comentó que quizás podrían ofrecernos un descuento especial. ¿A cuánto nos saldría el alquiler en ese caso?

Pam arqueó una ceja bien maquillada y nos dedicó una lánguida sonrisa.

—Este es el precio con el descuento ya aplicado, cielo. —Acompañó la última palabra con un tono condescendiente que hizo que Stella se encogiera de nuevo.

Le puse una mano en el brazo a modo protector y le lancé una mirada asesina a Pam. ¿Quién se creía que era? No tenía ningún derecho de menospreciarnos así. Que no fuéramos obscenamente ricas no significaba que fuéramos menos que los residentes del Mirage.

—No es tu cielo —contesté con frialdad—. ¿Y cómo puede ser legal cobrar tantísimo por un solo apartamento?

A Pam se le dilataron los orificios nasales. Se irguió completamente y se dirigió a mí con la voz temblorosa y llena de rabia:

—Señorita Ambrose, le aseguro que todo lo que hacemos aquí en el Mirage es legítimo. Si el alquiler se sale de su presupuesto, déjenme que les sugiera que contemplen la posibilidad de algún sitio más...

—¿Todo bien, Pam? —intervino alguien con un tono grave y calmado que cortó el aire como si de un cuchillo recién afilado se tratara.

—Señor Harper. —El tono indulgente de Pam desapareció cual llama de una vela que alguien acabara de soplar y fue sustituido por uno de increíble sumisión—. Pensaba que estaba en Nueva York.

Madre mía del amor hermoso.

Pelo grueso, ondulado y de un castaño oscuro. Pómulos que podrían esculpir hielo. Ojos del color del *whisky* y unos hombros tan amplios que encajaban perfectamente en el carísimo traje de lana italiana que llevaba, como si se lo hubiesen hecho a medida, que seguramente era el caso. Todo en él irradiaba riqueza y poder, y su atractivo sexual era tan potente que casi podía saborearlo.

Había conocido a un montón de tíos atractivos, pero el hombre que tenía delante en ese momento... Guau.

—He terminado lo que tenía que hacer allí antes de lo previsto. —El hombre con aspecto divino me sonrió—. Christian Harper. El propietario del Mirage.

Harper... ¿Por qué me resultaba tan familiar ese apellido?

—Jules Ambrose. La futura propietaria de uno de los áticos del Mirage —solté.

Eso ocurriría después de que me hicieran socia de Silver & Klein, claro está. Porque pasaría. Stella era la mística de las dos, con sus cristales y sus horóscopos; yo creía discretamente en el poder de la manifestación, siempre y cuando se mezclara con una sana dosis de esfuerzo. A fin de cuentas, era lo que me había sacado de Ohio y gracias a lo cual había podido estudiar Derecho en Thayer.

A Christian le brillaron los ojos.

—Encantado, Jules. Pues espero que me compre el ático en algunos años.

Arqueé las cejas. Conque sí que vivía en el Mirage. Esperaba que reinara desde una mansión en las afueras de la ciudad, pero ahora que volvía a mirarlo, Christian Harper no parecía un tío que viviese en la periferia. Bastaba con mirarlo para saber que era un hombre de ciudad.

De café solo. De relojes caros. De coches rápidos.

Christian se giró hacia Stella. El dueño del edificio permaneció con una expresión calmada, pero en sus ojos resplandeció algo con una fogosidad y un brillo que hicieron desaparecer la diversión que se vislumbraba en su cara hacía un segundo.

Le tendió la mano. Tras dudar un segundo, Stella se la estrechó.

—Soy Stella.

—Stella —repitió él en voz baja y lentamente, como si estuviera saboreando cada sílaba. No se movió ni un ápice, pero la intensidad de su mirada era tan fuerte que se notaba en el aire. Fue como si el tiempo se hubiera ralentizado y me pregunté si los ricos tenían ese superpoder: el de manipular la realidad hasta que esta sucumbía a sus deseos.

Un tono rosado se posó en las mejillas de Stella. Abrió la boca y volvió a cerrarla antes de bajar la vista hasta la mano de Christian, que seguía enredada con la suya.

Pasó otro largo segundo antes de que Christian le soltara la mano y diera un paso hacia atrás con una expresión indescifrable dibujada en los perfectos rasgos de su cara.

Alguien le volvió a dar al *play* y el tiempo y el movimiento volvieron a su curso normal. Pam se movió, las bocinas de los coches que se oían diez plantas más abajo empezaron a colarse por las ventanas de cristal de nuevo y yo exhalé con fuerza.

La mirada de Christian, extrañamente recelosa, permaneció puesta en Stella una milésima de segundo más antes de que el propietario volviera a centrar la atención en mí. La tensión desapareció y fue reemplazada, otra vez, por su amable carisma y hospitalidad.

—¿Qué os parece el apartamento? —se interesó.

—Es precioso, aunque se nos va de precio —admití—. Pero muchísimas gracias por enseñárnoslo. Ha sido un detalle.

—Bueno. —Pam carraspeó—. Señor Harper, ya me sigo ocupando yo. Seguro que usted tiene muchas...

—¿Con qué presupuesto contáis? —quiso saber Christian, ignorando a su jefa de arrendamientos por completo.

Stella y yo cruzamos la mirada antes de responder.

—Dos mil quinientos al mes. Todo incluido. —Casi me dio hasta vergüenza decirlo en voz alta. Era una ridiculez en comparación con lo que pedían.

Esperaba que Christian se riera en nuestra cara y nos echara del edificio. No obstante, se pasó el pulgar por el labio inferior, reflexivo.

El silencio volvió a envolverlo todo, pero esta vez el ambiente estaba cargado con una expectativa asfixiante (sobre todo para mí, aunque me fijé en Stella y vi que en sus ojos también

brillaba un rayo de esperanza).

Intenté rebajar mis expectativas. No aceptaría nuestra oferta ni de coña. Christian era un hombre de negocios y los hombres de negocios no...

—Hecho —sentenció.

A Pam se le cayó la boca al suelo del *shock*.

No me gustaba nada admitirlo, pero a mí me ocurrió lo mismo que a ella.

—¿Perdón?

No mirarle el diente a caballo regalado y cuestionar algo que era una locura absoluta eran dos cosas distintas. Que sí, que Christian era amigo de Rhys y este formaría parte de la realeza en el futuro, con lo cual no le venía mal tenerlo de su parte, pero nosotras dos no éramos familia de Rhys ni nada por el estilo. Si Christian nos alquilaba aquel piso por un precio así de bajo, eso supondría un golpe financiero considerable para el Mirage.

O quizás no. No tenía ni idea. Por algo había estudiado Derecho y no ADE o Economía.

—Dos mil quinientos al mes. Hecho —repitió Christian tan tranquilo, como quien está comprándose un café en Starbucks—. Pam, redacta los documentos.

A la directora le palpitó una vena en la sien.

—Señor Harper, creo que deberíamos hablar de...

Esos ojos color *whisky* se afilaron y le lanzaron una mirada poco amigable a Pam.

Esta guardó silencio, pero seguía pareciendo claramente soliviantada.

—Te espero aquí. —A pesar del tono generalmente afable de Christian, sus palabras estuvieron acompañadas por un matiz cortante cual filo de navaja.

Otra advertencia, y esta había sido menos discreta.

—Por supuesto. —Pam le dedicó una prieta sonrisa—. Enseguida vuelvo.

Esperé a que se hubiera ido antes de cruzarme de brazos, mirar a Christian con los ojos entrecerrados y preguntarle:

—¿Cuál es el truco?

Se estiró la manga del traje y respondió:

—Explíquese.

—Dos mil quinientos al mes apenas darían para cubrir los gastos, así que no hablemos ya del alquiler. Sé que somos las amigas de su amigo y tal, pero económicamente no tiene ningún sentido.

Cuando algo parecía demasiado bueno para ser verdad, era por algo. Seguro que había un truco.

A Christian se le encorvó la comisura de los labios.

—A no ser que monten un parque acuático interior y lo tengan todo el día en funcionamiento, dudo que sus gastos mensuales suban tanto. Y no hay ningún truco. Rhys es un viejo amigo y le debo un favor.

—¿De qué lo conoce? —intervino Stella.

Christian guardó silencio un segundo y esa indescifrable expresión que se le había dibujado en la cara anteriormente volvió a hacer acto de presencia antes de que se limitara a responder:

—Hace tiempo trabajábamos juntos.

Y entonces caí.

—Seguridad Harper —dije refiriéndome a la empresa de seguridad privada de alto *standing* para la cual Rhys trabajaba cuando le hizo de guardaespaldas a Bridget—. Usted es el director.

—A su servicio —respondió lentamente.

—Más vale que no. —Si en algún momento Stella o yo necesitábamos un guardaespaldas, sería porque nos encontrábamos en una situación un tanto peliaguda—. ¿En serio que no hay gato encerrado?

—No. Lo único que pido es que firmen hoy. No creo que a la gente que está en la lista de espera para venir a vivir al Mirage le guste que les haya dado prioridad, y no puedo asegurarles que mañana, o incluso esta misma noche, mi oferta siga en pie.

Stella y yo volvimos a mirarnos. No me gustaba nada hacer las cosas apresuradamente, pero este apartamento era de ensueño. ¿Y si Christian cambiaba de opinión más tarde? Jamás me perdonaría haber dejado escapar esta oportunidad.

Pam regresó con los papeles y la frente arrugada.

Una pena. Si tenía algún problema con esto, tendría que hablarlo con su jefe, aunque dudaba que fuera a hacerlo. Christian no tenía pinta de tolerar el desacato.

—Tome. —La mujer casi me tiró los papeles en la mano.

—Gracias, Pam —le dije y le dediqué una sonrisa cortés—. Me hace muchísima ilusión que vayamos a ser sus inquilinas. —Guardé silencio un momento—. Perdón, quería decir las de Christian.

Pam apretó aún más los labios, pero fue lo suficientemente lista como para no responder.

Al cabo de media hora, después de que Stella y yo hubiéramos estudiado meticulosamente cada frase del contrato de arrendamiento en busca de alguna cláusula que nos pudiera hacer saltar las alarmas como, por ejemplo, «las inquilinas deberán ofrecer servicios sexuales al dueño del edificio cada mes para compensar la ridiculez de alquiler que pagan» y no encontrar ni una, firmamos donde correspondía.

Pam firmó justo después de nosotras y quedó todo hecho.

Éramos oficialmente arrendatarias del Mirage, lo cual se haría efectivo en cinco semanas.

Surrealista.

—Me alegro de que hayamos podido llegar a un acuerdo. —Christian sonrió de medio lado—. Llego tarde a una reunión, así que os dejo con Pam; estaréis en buenas manos. Ya nos veremos por aquí, seguro. —Antes de irse, miró brevemente hacia Stella.

Cuando él y su alta y esbelta complexión hubieron desaparecido pasillo abajo, Pam exhaló sarcásticamente.

—Felicidades —dijo escueta—. Acabáis de conseguir uno de los apartamentos más codiciados de la ciudad por cuatro duros.

—A mí la suerte siempre me sonríe. —No era cierto, pero valió la pena verle ese tic en el ojo.

Salimos del piso, cogimos el ascensor y bajamos hasta el vestíbulo en silencio. Al llegar abajo, Pam se despidió de la manera más sosa del mundo, pero a mí me dio igual.

—¡Lo tenemos! —Esperé a que tanto Stella como yo hubiéramos salido del Mirage antes de lanzarme a ella y envolverla en un abrazo. Ya no podía seguir reprimiendo la ilusión. Entre el piso y mi nuevo puesto en el CAML, hoy era el mejor día del mundo. Y punto—. ¡Es el piso de nuestros sueños! —Suspiré ilusionada al pensar en las posibilidades que había de que lo consiguiéramos.

Subir a tomar una copa por la noche en la azotea. Bañarnos en la piscina por las mañanas. Zambullirme en una pila de ropa en mi vestidor, porque ahora tendría vestidor.

—Pellízcame —dije—. Creo que estoy soña... ¡Au!

—Me has pedido que te pellizcara —respondió Stella con cara de no haber roto nunca un plato. Se echó a reír y esquivó mi falso intento de pegarle—. Ahora en serio: estoy supercontenta

de que ya tengamos piso, pero...

—¿Pero?

—¿No te parece que ha sido demasiado fácil? Mira cómo ha aceptado nuestra oferta, así, sin más. —Se mordió el labio inferior y unos pliegues le atravesaron la frente.

—Sí, sí ha sido demasiado fácil —admití—, pero tanto tú como yo hemos revisado el contrato dos veces y no había nada fuera de lo normal. Puede que Christian solo esté siendo majo porque somos amigas de Rhys.

—Puede. —La mirada de Stella se llenó de dudas.

—Nos irá bien. —Entrelacé el brazo con el suyo y me puse a andar en dirección al Crumble & Bake que había unas calles más abajo para celebrar nuestra victoria con *cupcakes*—. Y, si no, resulta que conozco a un montón de abogados.

8

Josh

Como residente en urgencias, veía cosas muy pero que muy fuertes, y la de esa última semana no había sido ninguna excepción.

¿Un hombre que, mientras conducía, había chocado con una valla y luego había llegado al hospital con el poste de la valla clavado? Visto. (Ahora estaba en la UCI, pero era bastante probable que sobreviviera.)

¿Un paciente que se había quitado absolutamente toda la ropa y se había puesto a correr desnudo por los pasillos antes de que un par de enfermeras consiguieran pillarlo? Visto.

¿Alguien que no se podía quitar un pepino partido del recto? Visto.

Una locura sin igual, pero por eso me había decantado por Medicina de Urgencias y Emergencias y no por Cirugía, que era en lo que tanto había insistido mi padre. Quería presumir de tener a un cirujano cardiovascular como hijo, pero a mí me iba más el caos. Ir a trabajar cada día sin saber con qué reto iba a encontrarme en las próximas horas me hacía permanecer en alerta, aunque tampoco pasaría nada si no tenía que quitar verduras de los orificios de la gente en mucho mucho tiempo.

—Descansa un poco —me dijo Clara mientras yo fichaba tras otro extenuante turno de noche —. Pareces un zombi.

—Mentira. Yo siempre estoy guapísimo. ¿Verdad que sí, Luce? —Le guiñé un ojo a Lucy, otra enfermera. Esta rio nerviosamente, dándome la razón, y Clara puso los ojos en blanco—. Nos vemos mañana. Intentad no echarme demasiado de menos. —Al salir, di un golpecito en el mostrador con los nudillos de la mano.

—Para nada —contestó Clara.

—¡Lo intentaremos! —dijo a su vez Lucy, con un tono alegre y agudo.

Me entraron ganas de reír, pero cuando salí fuera ya habían desaparecido y habían sido reemplazadas por un cansancio agotador. Sin embargo, en lugar de irme a casa a dormir, que era lo que realmente necesitaba, giré hacia la izquierda y subí hacia la parte norte del campus, donde se encontraba el Centro de Alianza Médico-Legal.

No sé dónde había metido el cargador antes de que empezara mi turno y solo tenía un ocho por ciento de batería en el móvil. La única esperanza que tenía de mantener mi preciadísimo teléfono con vida era el cargador de recambio que tenía en el CAML.

Cuando llegué vi que en el diminuto parking que se encontraba pegado al lado del edificio solo estaba el coche de Barbs. El resto de los trabajadores solía ir apareciendo pasadas las ocho y media, pero ella abría y cerraba la oficina cada día, de modo que pasaba más tiempo aquí que los demás.

—Hola, preciosa —saludé al entrar en la recepción.

—Hola, guaperas —me respondió guiñándome el ojo.

Empecé a hacer de voluntario en el CAML cuando estudiaba Medicina; Barbs siempre me traía dulces caseros y me dio un sabio consejo: «Cuando la vida te dé limones, haz limonada y queda con alguien a quien la vida le haya dado vodka». Ella era una de las razones por las cuales había seguido haciendo de voluntario a pesar del frenético horario que tenía con la residencia. Con el paso de los años, el personal del Centro se había convertido en mi otra familia y, aunque solo podía pasarme por ahí entre turnos, una o dos veces por semana, hacían que siguiera con los pies en la tierra.

—No esperaba verte hoy. —Barbs se puso el boli detrás de la oreja—. Un pajarito me ha dicho que acabas de salir del turno de noche.

No le pregunté cómo lo sabía. Barbs era la persona mejor informada de todo el Hospital de Thayer. Sabía cosas de la gente incluso antes de que ellos mismos lo supieran.

—Créeme, en breve me voy a casa a dormir. —Me froté la cara con la mano en un intento por mantener los ojos abiertos—. Solo he venido a por el cargador.

Llevaba tanto tiempo como voluntario en el CAML que incluso tenía mi propio escritorio. Mi trabajo consistía mayoritariamente en encontrar trabajadores para su centro de salud a coste cero para aquellos pacientes que no tenían seguro médico, pero también ayudaba en algunos casos legales que requerían opinión médica.

—Antes de irte deberías saludar a nuestra nueva investigadora asociada. —Barbs señaló con la cabeza la puerta de la cocina que había al final del pasillo—. Te caerá bien. Es peleona.

Arqueé las cejas.

—¿Ya tenemos a una nueva asociada?

Últimamente, al CAML no habían parado de llegarle nuevos casos. Lisa, la directora jurídica, había mencionado que quería contratar a algún asociado temporal para que nos echara un cable hasta que se redujera un poco la carga de trabajo, pero no me imaginé que fueran a encontrar a alguien con tanta rapidez.

—Así es. Una alumna de tercero de Derecho en Thayer. —La forma en que le brillaron los ojos a Barbs hizo que me pusiera en alerta automáticamente—. Es lista. Y también guapa, aunque un poco ansiosa. Empezó el lunes y me la encontré esperando fuera quince minutos antes de que abriéramos.

—Felicidades. Acabas de describir a la mitad de las chicas de Thayer. —La mayoría del alumnado de Thayer es perfeccionista hasta la saciedad—. Ni se te ocurra —añadí al ver que Barbs ya abría la boca—. Yo no me lío con gente del trabajo.

Tenía la reputación de ser un donjuán, pero jamás me enrollaría con alguien con quien trabajaba; daba igual que lo de CAML lo hiciera como voluntario.

Barbs puso cara de decepción. Le gustaba ser la alcahueta del hospital y llevaba años intentando juntarme con alguien.

—Además, suponiendo que acabara con alguien del Centro, sería contigo —espeté seductor.

Continuó con el ceño fruncido diez segundos más, pero luego se derritió y me dedicó una sonrisa.

—Mientes fatal.

—¿Mentir? ¿Yo? —Me llevé la mano al pecho—. Eso nunca.

Negó con la cabeza.

—Tira. Llévate ese encanto a otra parte. Eres demasiado joven para mí. Y cuando la hayas visto ven a hablarme —soltó. Giré la cara para mirarla, desesperado, y Barbs se echó a reír.

Cogí el cargador que tenía en mi escritorio y me lo guardé en el bolsillo. Y entonces, muy a

mi pesar, me entró la curiosidad y fui hacia la cocina para conocer a la nueva trabajadora. Al menos sabría de dónde salía tanto alboroto.

Empujé la puerta y en mi boca se dibujó una son... Qué-cojones.

Mi sonrisa duró menos que los caramelos en una fiesta de cumpleaños de niños pequeños.

Sentada en medio de la cocina, tomando café con mi taza favorita y estudiando un fajo de papeles: Jules Ambrose.

Se me disparó la presión.

No. No, joder. Debía de haberme quedado dormido después del turno y estaba teniendo una pesadilla muy vívida, porque Jules no podía ser la nueva asociada ni de coña. El universo no podía ser tan cruel.

Al oír que se había abierto la puerta, levantó la vista. Me habría hecho muchísima gracia que empalideciera de esa forma si no hubiera sido porque yo estaba igual de atónito.

—¿Qué narices haces aquí? —Nuestras voces se sobrepusieron la una a la otra en una melodía disonante: su voz, aguda a causa de los nervios, y la mía, grave a causa del pavor.

Sentí un espasmo en la mandíbula.

—Trabajo aquí. —Solté el pomo de la puerta y me crucé de brazos—. ¿Qué excusa tienes tú?

—La que trabaja aquí soy yo —dijo enfatizando la última palabra—. Tú trabajas en urgencias. —Jules arqueó una ceja—. Veo que ya estás perdiendo la memoria. Es lo que pasa cuando tu cerebro tira de todas sus limitadas capacidades para hacer cosas de lo más básicas.

Me cago en... No tenía tiempo para esto. Había venido a por el cargador y ahora estaba aquí atrapado discutiendo con el diablo en forma de mujer cuando lo único que quería era dormir.

Pero ya era demasiado tarde. Ya no podía echarme atrás a no ser que quisiera que Jules me restregara por la cara, hasta el fin de los tiempos, que había sido ella quien había tenido la última palabra.

—No proyectes tu vida en la de los demás. Es ruin. Que tú tengas una capacidad intelectual inferior a la media no significa que a los demás nos suceda lo mismo. —Le tembló un ojo y sonreí con superioridad—. Y en cuanto al Centro, llevo haciendo de voluntario desde que estudiaba Medicina.

Traducción: ese lugar era mío. Yo había llegado antes.

¿Que era un punto de vista un tanto infantil? Quizás. Pero había pocos lugares en los que me sintiera como en casa. El Centro era uno de ellos, y la presencia de Jules reduciría a cenizas la paz que sentía aquí.

—Aún estás a tiempo de dejarlo. —Me apoyé contra la pared y seguí aguantándole la mirada en un silencioso reto—. Disfrutarías más de tu tiempo libre en otra parte. Si te aburres, seguro que hay algún pobre idiota que está dispuesto a cubrir los huecos que aún tienes en la agenda.

—Mira, igual que tú, don Criticón. —Jules le dio un sorbo al maldito café que se había preparado en mi taza—. ¿O es que ya no encuentras a más mujeres que se crean toda tu mierda? A no ser que utilices esto de ser voluntario como una excusa para ligar, lo cual ya sería tristísimo.

Di tres zancadas para acortar la distancia que nos separaba y planté las manos en la mesa con tanta fuerza que incluso se movieron los subrayadores que había al lado de los papeles que estaba estudiando Jules. Me incliné hasta que mi cara quedó a pocos centímetros de la suya y mi aliento y el suyo se mezclaron en una nube de hostilidad.

—Márchate —le exigí con voz tensa y furiosa, dejando que esa palabra retumbara entre nosotros.

A Jules le brillaron los ojos ante mi reto.

—No —enunció de forma lenta y precisa, lo cual hizo que se me acelerara la presión un poco más todavía.

Apreté los nudillos contra la dura superficie de madera y cerré los puños. El corazón me latía con tanta fuerza que oía el eco en mi cabeza, provocándome.

No entendía por qué esta nimiedad me molestaba tanto. Jules era la nueva investigadora asociada. Vale, ¿y qué? Yo no venía aquí a menudo, ni tampoco tenía por qué hablar con ella si no quería. Además, el puesto que estaba cubriendo tenía fecha de caducidad. En unos meses ya se habría ido.

Aun así, la simple idea de que estuviera aquí, en mi lugar de paz, bebiendo café con mi taza, riéndose con mis amigos y llenando cada molécula de aire con su presencia hacía que me costara respirar.

«Uno. Dos. Tres.» Fui contando, obligándome a coger aire.

La nevera, ajena a la batalla que se estaba librando en la cocina, zumbaba a lo lejos. Y, a su vez, el tictac del reloj seguía avanzando hacia las ocho y media para recordarme que hacía rato que debería haberme ido.

La ducha. La cama. El tan ansiado sueño.

Todos me llamaban, pero aquí seguía yo, plantado delante de Jules y sin ninguna intención de ondear la bandera blanca en esa sigilosa guerra.

Incluso teniéndola tan cerca era incapaz de encontrar una sola imperfección en su cremosa piel. Sin embargo, de lo que sí era capaz era de contar cada una de las pestañas que le envolvían esos ojos de color avellana, y también vi que tenía un lunar diminuto justo encima del labio superior.

Haberme fijado en todo eso me cabreó aún más.

—Pensaba que lo tuyo era el derecho de sociedades. Peces grandes. Prestigio. —Las sílabas me salieron de la boca afiladas y con tanta frialdad que incluso cortaban—. Puede que CAML no sea un lugar tan sofisticado como Silver & Klein, pero nuestro trabajo también es importante. No es un lugar donde pasar el rato hasta que te marches y entres en una liga superior.

Fue un golpe bajo. Lo supe incluso al pronunciar esas palabras.

Jules seguramente necesitaba un trabajo que la ayudara a mantenerse hasta que aprobara el examen de abogacía, lo cual no tenía nada de malo.

Sin embargo, mi frustración —por lo de mi padre, por lo de Alex, por esa incesante sensación de vacío que sentía en el pecho y que se había apoderado de mí más noches de las que realmente quería reconocer— me había convertido en alguien a quien no reconocía y que no me caía especialmente bien. En otro momento, habría hecho como si siguiera siendo el mismo chaval del instituto, un Josh sin preocupación alguna; sin embargo, y aunque no sabía muy bien por qué, cuando estaba cerca de Jules, esa máscara no tardaba demasiado en caerse.

A lo mejor era porque no me importaba lo más mínimo que viera lo peor de mí. Y el hecho de que me diera absolutamente igual lo que pensaran los demás de mí era, en parte, liberador.

—Qué típico de ti, eso de dar por hecho mi lado más oscuro. —Si antes yo había sido frío al hablar, Jules acababa de ser como una asadera y había quemado los afilados bordes de mi enfado hasta reducirlos a cenizas de remordimiento—. ¿Qué pasa? ¿Crees que voy a venir aquí cada semana, dar un par de vueltas, ojear unos cuantos papeles y fingir que hago algo solo porque es un curro temporal? Pues entérate, imbécil: cuando me comprometo con algo, lo hago bien. Me da igual que sea un bufete de abogados superimportante, una organización sin ánimo de lucro o un

puto puesto de limonada en un callejón sin salida. Ni tú eres mejor que yo por el simple hecho de ser médico, ni yo soy solo la mala de la película por querer trabajar en un sector donde los salarios sean altos. Así que deja de ir de superior y métete tus sermones por el culo, Josh Chen, porque ya me tienes harta.

La cocina se sumió en un profundo silencio que solo cortaba la andrajosa respiración de Jules. La indiferencia que había aparentado antes la amiga de mi hermana se había evaporado y ahora tenía las mejillas sonrojadas y la mirada fogosa. Esta vez, no me regodeé sacándola de quicio.

Abrí la boca para decir algo, lo que fuera, pero me había quedado demasiado anonadado como para formular una respuesta adecuada.

Me resultaba imposible contar todas las pullas que Jules y yo nos habíamos lanzado a lo largo de los años. Siempre se defendía con toda la fuerza del mundo, pero lo que acababa de ocurrir... Si no fuera porque la conocía, habría jurado que estaba dolida de verdad.

Una fuerte punzada de culpabilidad se me clavó en el pecho.

Me erguí, me pasé la mano por la cara y me pregunté en qué momento mi vida se había vuelto tan complicada. Echaba de menos los días en los que Jules y yo nos insultábamos sin remordimiento ni culpa alguna, cuando mi hermana no estaba enamorada de mi ex mejor amigo y cuando yo todavía me llevaba bien con él.

Echaba de menos los días en los que yo todavía era yo.

Y, ahora, aquí estaba: a punto de hacer algo que el Josh del pasado jamás hubiese hecho porque antes se habría amputado el brazo.

—No debería haber dicho eso —reconocí finalmente—. Ha sido un golpe bajo y... —Se me contrajo un músculo en la mandíbula. Maldita sea—. Lo siento.

Escupí las palabras. Nunca antes me había disculpado con Jules y quería quitármelo de encima de inmediato.

Que hiciera lo correcto no significaba que tuviera que gustarme.

Me preparé para ver a Jules regodeándose, pero no lo hizo. En lugar de eso, se me quedó mirando como si no le hubiera dicho nada.

Insistí.

—Lo que pasa es que el CAML es importante para mí y no quiero que nuestras... diferencias interfieran en el trabajo. Así que te propongo una tregua.

Proponerle una tregua era como rendirse, pero me negaba a que nuestra enemistad contaminara el tiempo que pasaba yo aquí. Que ocurriera en cualquier otra parte no me importaba. Pero en el Centro no.

Arrugó la frente y repitió:

—Una tregua.

—Solo cuando nos encontremos aquí. —No era tan ingenuo como para pensar que íbamos a ser capaces de mantener una relación relativamente pacífica fuera del entorno laboral—. Nada de insultos ni de comentarios hirientes. Seremos profesionales. ¿Trato hecho? —Le tendí la mano.

Jules se la quedó mirando como si fuera una cobra enrollada lista para atacar.

—A no ser, claro está, que creas que no serás capaz de hacerlo.

Al ver que apretaba los labios, la satisfacción me invadió. Sabía que le tocaría el nervio competitivo que tenía, y lo había hecho.

Me aguantó la mirada y me dio un apretón. Uno fuerte.

Joder. Para ser tan pequeña, tenía una fuerza descomunal.

—Trato hecho —respondió con una sonrisa.

Le devolví el gesto con los dientes apretados y le estreché la mano con más presión todavía mientras disfrutaba de cómo se le dilataban las fosas nasales ante mi reacción.

—Perfecto.

Ni caso de lo que había dicho de estar aburrido.

Teníamos unos interesantes meses por delante.

9

Jules

Si hace un mes alguien me hubiera dicho que aceptaría una tregua con Josh Chen me hubiera reído en su cara y le hubiera preguntado qué se fumaba. Un tigre tenía las mismas posibilidades de cambiar sus rayas que Josh y yo de comportarnos civilizadamente con el otro.

Pero, aunque odiara admitirlo, su razonamiento había sido lógico. Estaba orgullosa de mi trabajo y lo último que quería era que mis emociones interfirieran en mi entorno laboral. Además, su disculpa me había pillado tan por sorpresa que no había sido capaz de pensar con claridad, y menos aún de sopesar las consecuencias que podía acarrear un alto al fuego con Josh Chen.

Por asombroso que pareciera, no habían sido tan malas, aunque quizás eso se debía al hecho de que no había visto a Josh desde el día en que nos dimos una tregua. Según Barbs, solo venía cuando libraba o al acabar algún turno, si no estaba reventado.

Lo cual me parecía bien. Cuanto menos tuviera que verle, mejor. Una parte de mí seguía avergonzada por cómo había reaccionado después de que me acusara de no tomarme mi trabajo en serio. Nos habíamos dicho cosas peores a lo largo de los años y, sin embargo, esa había sido la que me había hecho estallar.

No era la primera vez que alguien me juzgaba; ya lo habían hecho antes por mi apariencia, mi familia, la carrera que había escogido, cómo me vestía, porque me reía con mucho ímpetu cuando debería ser más modesta y porque actuaba de forma demasiado audaz cuando debería ser invisible. Estaba acostumbrada a ignorar las críticas, pero, con el paso del tiempo, había ido acumulando miradas de reojo y llenas de desdén, y ahora ya estaba harta.

Estaba harta de tener que currármelo el doble que los demás para que me tomaran en serio y tener que trabajar con más ahínco para demostrar lo que valía.

Sacudí la cabeza y traté de volver a concentrarme en los documentos que tenía delante. No tenía tiempo para rayarme. Tenía que acabar de verificar la información de un caso y el Centro cerraba en tres horas.

Ya iba por la mitad cuando las puertas se abrieron de par en par y entró Josh con una cajita de Crumble & Bake en la mano.

—Anda, mira, pero si es... —mi vástago del demonio favorito— el hermano de mi mejor amiga —sentencié al observar que Josh arqueaba una ceja a la espera de ver cómo acababa la frase.

Tardaría un poco en lograr refrenar ese instinto de insultarle con solo ver su cara.

—Una observación muy astuta. —Dejó la caja en la mesa y se sentó a mi lado. El olor de su colonia inundó el aire y se mezcló con el dulce aroma que emanaba del recipiente—. Déjame adivinar... Has molestado tanto al resto del personal que te han castigado en la cocina.

—Si tuvieras la más mínima capacidad de observación te habrías dado cuenta de que todavía

no tengo escritorio. —Me obligué a no mirar hacia los dulces. No caigas en la tentación—. Trabajaré desde aquí hasta que llegue. Y —lo señalé con el bolígrafo, con una sensación de triunfo recorriéndome las venas— has roto la tregua.

—No. —Josh se remangó, dejando a la vista la piel morena de sus antebrazos ligeramente venosos. Un pesado reloj relució en su muñeca y, como tengo cierta debilidad por los hombres que llevan relojes, ver eso me habría parecido sexi si no fuera porque se trataba de..., bueno, de él—. Decir algo con sarcasmo no es lo mismo que insultar. Yo soy sarcástico con todos mis amigos. Es una forma de expresarles mi amor.

Puse los ojos en blanco con tanto afán que hasta me sorprendió no acabar en otra dimensión.

—Claro, porque tu intención era demostrarme tu amor hacia mí con ese comentario, por supuesto.

—No, mi intención era demostrarte mi amor hacia ti con esto. —Josh pronunció esas palabras con una lentitud suprema, como si estuviese hablando con una niña pequeña. Abrió la caja y me quedé ojiplática al ver el *cupcake* que había justo en medio.

De caramelo salado. Mi favorito.

Mi estómago rugió sutilmente en señal de aprobación. El trabajo me había absorbido tanto que no había ingerido nada aparte de una irrisoria ensalada para comer y un *smoothie* hacía unas horas.

Josh sonrió con suficiencia al verme remover los papeles vehementemente para ahogar el ruido de mis tripas. No quería darle la satisfacción de verme salivar por algo que había comprado él.

—Considéralo mi ofrenda de paz. —Me acercó la caja—. Eso y el hecho de que no haya dicho nada cuando tú sí que has roto la tregua al insultar mis capacidades de observación que, por cierto, son extraordinarias.

Solo Josh podía atribuirse el mérito de no haber hecho algo que realmente acababa de hacer.

En lugar de llevarle la contraria, toqué el *cupcake* con recelo.

—¿Lo has envenenado? —Comportarnos de forma civilizada era algo muy distinto a comprarle a alguien su *cupcake* favorito porque sí.

—*Nah*, iba con prisas. La próxima vez, quizás.

—Qué gracioso. Netflix debería ofrecerte algún monólogo. —Lo saqué de la caja y lo examiné para ver si encontraba alguna señal que me demostrara que el *cupcake* había sido manipulado.

—No, si ya. —Josh rebosaba arrogancia—. Es uno de mis muchos increíbles talentos.

Me contuve para no volver a poner los ojos en blanco. Seguramente hubiera cientos de pobres almas en pena con poca autoestima porque se la había quedado toda Josh Chen para ir por la vida con un ego del mismo tamaño que Júpiter. Satanás debió distraerse el día que creó a su vástago infernal y echó, en el vaso de Josh, demasiado de eso que lo hacía tan detestable.

—¿Cómo sabías que mi favorito era el de caramelo salado? —Entorné los ojos al ver una diminuta mancha negra en el envoltorio del *cupcake*.

¿Era solo la marca de algún boli o la prueba de que lo había envenenado? Mmm...

—Tampoco cuesta tanto. —Josh señaló la bebida venti que tenía en la mesa con la cabeza—. Cada vez que te veo estás inhalando un moka de caramelo que mide lo mismo que tu cara.

Vale, ahí llevaba razón. Me encantaba todo lo que tuviera sabor a caramelo, y eso lo sabía casi todo el mundo.

—Como sigas así acabarás con diabetes —añadió—. Tanto azúcar no es bueno para el cuerpo.

—O sea, que me traes algo dulce con la esperanza de que me vuelva diabética. —Di un golpecito en la mesa con el boli que tenía en la otra mano—. Ya sabía yo que venías con intenciones malvadas.

Josh suspiró y se agarró el puente de la nariz.

—Jules, cómete el maldito *cupcake*.

Reprimí una sonrisa. Ahora ya estaba vacilándolo, más que nada, y me estaba muriendo de hambre. Si tenía que morir, al menos me moriría comiendo algo que me encantaba.

Aparté el envoltorio y di un pequeño mordisco. Un delicioso y tibio dulzor me recorrió la lengua y fui incapaz de contener un gemido ante tal sensación.

No había absolutamente nada mejor que un *cupcake* de caramelo salado después de horas de trabajo.

Josh se me quedó mirando mientras comía y esa expresión de enfurecido dio paso a algo que no supe identificar.

Una especie de vergüenza a la que no estaba muy acostumbrada se abrió paso dentro de mí.

—¿Qué?

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla, se recostó en la silla y, con las manos detrás de la cabeza, entrelazó los dedos.

—Me caes mucho mejor cuando no hablas. Debería traerte comida más a menudo.

—Pues menos mal que me da igual si te caigo bien o no. —Las palabras me salieron solas de la boca—. Aunque si quieres comprarme comida, adelante, pero ten en cuenta que lo inspeccionaré absolutamente todo antes de metérmelo en la boca.

Me di cuenta de mi error antes incluso de que acabara de pronunciar la frase entera.

Mierda. Había sonado peor de lo que esperaba.

A Josh se le dibujó una sonrisa diabólica en la cara.

—Para. —Levanté una mano y sentí cómo me sonrojaba—. Ahórrate cualquier broma infantil que tuvieras la intención de soltarme.

Y, por sorpresa, lo hizo.

Josh le dio un golpecito al montón de papeles que había delante de mí con un dedo.

—Sabes que puedes trabajar en otros sitios aparte de la cocina, ¿no?

—¿Dónde? ¿En el baño? —El CAML era un lugar diminuto y no quería quitarle la mesa a nadie—. Da igual. Aquí estoy bien.

Eso si hacía la vista gorda y no me fijaba en el frío antártico que hacía, pasaba del hecho de que la mesa cojeara e ignoraba lo incómodas que eran esas sillas de madera. Pero, aun así, era mejor que trabajar desde la taza del váter.

—Claro, si lo comparas con el bosque siberiano...

Exhalé molesta.

—¿Has venido a trabajar o a fastidiarme?

—Puedo hacer ambas cosas. Se me da genial eso del *multitasking* —respondió Josh antes de que su mirada volviese a recuperar su seriedad—. Me han dicho que hoy tenemos un nuevo caso.

—Ajá. —Le pasé los papeles y activé el chip de trabajo—. Los Bower. La madre, Laura Bower, se cayó por las escaleras y tiene que estar dos meses de baja. No tienen seguro, así que se les están acumulando las facturas médicas, y es la única que trabaja de la familia. Su marido, Terence, salió de la cárcel hace unos cuantos años, pero con sus antecedentes penales le ha resultado imposible que lo contrataran. Tienen dos hijos, Daisy y Tommy, de seis y nueve años.

—Y quieren desahuciarlos —señaló Josh revisando los documentos.

Asentí.

—Laura necesita un lugar seguro donde poder recuperarse de su caída, por no hablar de todo lo que conlleva el quedarse sin hogar.

Unos recuerdos turbios y no deseados me inundaron el cerebro al pronunciar esas últimas tres palabras.

Noches frías. El estómago vacío. Esa continua sensación de ansiedad envolviéndome entera.

Mi situación no había sido la misma que la de los Bower, pero me acordaba vívidamente de cómo era despertarme cada mañana preguntándome si sería el último día que tendría un techo bajo el cual dormir y comida en la mesa.

A mi madre, camarera en un bar de cócteles, le había parecido más interesante pulirse su escaso sueldo en compras que en pagar las facturas. A veces, mientras yo hacía deberes, nos cortaban la luz porque resultaba que se le había olvidado pagar el recibo. Al final, a la avanzada edad de diez años, aprendí a pinchar la electricidad de nuestro vecino. No era la solución más ética, pero no tenía alternativa.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

«No pasa nada. Ya no eres esa niña.»

—La conozco. —Josh dio un golpe con el nudillo al papel donde había una foto de Laura grapada y eso me devolvió al presente—. La atendí yo cuando vino. Tenía varios huesos rotos, unos moratones considerables y se había torcido el tobillo, y aun así estaba animada y hacía bromas para intentar que sus hijos no se asustaran. —Se le relajó la expresión—. A veces, al trabajar en urgencias, es fácil olvidar a los pacientes, pero de ella sí me acuerdo.

—Ya... —dije en voz baja—. Parece muy maja.

A pesar de que no conocía a Laura, se veía cómo era. Yo habría matado por tener una madre así.

Me aclaré la voz para intentar deshacer el nudo que se me había formado con la emoción y proseguí:

—Desde un punto de vista legal, la solución obvia sería limpiar los antecedentes penales de Terence para que pueda encontrar trabajo. —Ahora que ejercía como abogada en el CAML, Lisa tenía que autorizar todos mis actos, y ya habíamos acordado que limpiar los antecedentes de su marido era la mejor opción—. Lo acusaron de posesión de marihuana. Se pasó un año en prisión por veintiocho gramos. —Empecé a encenderme de nuevo, igual que me había ocurrido al enterarme de los detalles del caso por primera vez. Había pocas cosas que me cabrearan más que la injusticia de la draconiana legislación sobre drogas—. No tiene ningún sentido. Hay violadores a quienes solo encierran unos meses, pero como lleves algo de maría encima cargarás con esa mancha en tus antecedentes de por vida. Menuda gilipollez. En Colorado hay cultivadores de marihuana que se embolsan un dineral por vender maría mientras otros denigran a gente como Terence. Dime dónde ves tú la justicia aquí. Yo... ¿Qué? —Interrumpí mi discurso al ver que Josh me estaba mirando con una ligerísima sonrisa que casi le hacía parecer hasta fascinado.

—Nunca te había visto tan cabreada por algo que no fuera yo.

—Para variar, tu egocentrismo no tiene límite. —Se me bajó un poco el rubor del enfado, pero seguía indignada por la injusticia de todo aquello—. Y no estoy rompiendo la tregua —señalé—. Es un hecho.

—Claro que sí —contestó Josh con indiferencia—. Aunque llevas razón. Lo que le ocurrió a Terence no es para nada justo.

Ladeé la cabeza. Seguro que lo había entendido mal.

—Repite eso. Lo segundo que has dicho.

Primero se había disculpado y luego había admitido que yo tenía razón. ¿El que tenía sentado delante era Josh de verdad o lo habían abducido los álienes, le habían dejado el mismo cuerpo y le habían cambiado la personalidad por la de alguien que era más amable?

—No.

—Repítelo. —Le di una patada en el pie y frunció el ceño—. Quiero volver a oír cómo lo dices.

—Y precisamente por eso no pienso hacerlo.

—Venga. —Le puse los mejores ojitos que pude—. Es viernes.

—¿Y qué más da? —Al ver que me esforzaba aún más en poner ojitos, Josh suspiró con pesadez—. He dicho —dijo acompañando sus palabras con una breve pausa— que llevas razón. —Sonó tan contrariado que casi me río—. Aunque solo, única y exclusivamente con esto. Con nada más.

—¿Ves? Tampoco ha sido tan complicado. —Doblé el envoltorio del *cupcake* con cuidado hasta formar un cuadrado y lo dejé a un lado para tirarlo luego—. Tienes una sonrisa decente cuando no vas de capullo —añadí, ya que estábamos siendo simpáticos.

—Gracias.

Hice caso omiso al sarcasmo de Josh y volví a centrarme en el caso. Quería dejar el trabajo terminado antes de irme para no tener que pasarme el fin de semana preocupándome por eso. Mañana nos íbamos a Vermont y, aunque no es que me entusiasmara ir a pasar dos días en la misma cabaña que Josh, sí que tenía muchísimas ganas de disfrutar de mis primeras vacaciones del año.

El viaje a Eldorra para la coronación de Bridget no contaba. Solo estuve allí un fin de semana y a duras penas pude dormir de lo ocupada que estaba, o sea, que no hablemos ya de hacer turismo.

—A ver, lo de los Bower... —Le di al papel con el boli—. Lisa me dijo que podíamos ofrecerle revisiones médicas a Laura mientras siguiera recuperándose.

—Así es. Normalmente les pedimos que vengan a las visitas gratuitas del Centro. —Josh señaló hacia la salida y en ese instante caí en que debería de haberse pasado el día buscando personal. La carpa estaba justo fuera del CAML, así que por eso no lo habría visto llegar—. Sin embargo, dada la situación de Laura, podemos ir a visitarla en su casa; lo único que hay que hacer es rellenar los formularios necesarios...

Nos pasamos la siguiente hora trabajando codo con codo en el caso de los Bower. Josh preparó un horario de seguimiento y se ocupó de los documentos médicos, y yo terminé de revisar los detalles y recopilé la información necesaria para limpiar los antecedentes de Terence.

Miré un segundo a Josh mientras él anotaba algo en una hoja de papel en blanco. Estaba concentrado y tenía el ceño fruncido, y en ese instante me di cuenta de que era la primera vez que lo veía trabajar.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó sin apartar la vista del papel.

Sentí un calor en el cuello que no era de enfado, sino de vergüenza.

—Como el diccionario no haya cambiado la definición de «gustar» por la de «aborrecer»...

Se le encorvaron muy ligeramente los labios.

—La tregua, J. R.

No fui capaz de distinguir si ese sutil recordatorio era una burla o no, pero me dio un vuelco

el estómago. Quizás sí que le había metido algo al *cupcake*.

Subrayé un párrafo del caso con más agresividad de la necesaria. Josh y yo formábamos un equipo sorprendentemente bueno, pero no fui tan tonta como para pensar que nuestra tregua sería la predecesora de una amistad.

En esta vida, solo unas cuantas cosas eran seguras: la muerte, los impuestos y el hecho de que Josh Chen y yo jamás seríamos amigos.

10

Josh

El breve compañerismo que Jules y yo experimentamos en el Centro no duró ni veinticuatro horas. Cuando llegué a la terminal del *jet* privado, me la encontré entusiasmadísima y petulante a más no poder porque se había personado allí antes que yo.

—Llegas tarde. —Jules le dio un sorbo al café. Seguro que era un moka de caramelo con extra de trocitos crujientes y leche de avena, porque era intolerante a la lactosa y detestaba el sabor de la leche de almendra.

Qué predecible.

—Aún no hemos embarcado, lo cual significa que no he llegado tarde. —Me senté delante de ella y fruncí el ceño al ver su vestimenta. Pantalones de yoga y botas, todo combinado con una chaqueta de borrego lila y unas gafas de sol enormes que llevaba puestas cual diadema—. ¿De dónde diablos has sacado esta chaqueta? Pareces el dinosaurio Barney.

—Tampoco esperaba que alguien que se planta en el aeropuerto en pantalones de chándal —enfatizó esa última palabra— entendiera algo de moda. —Jules miró hacia la prenda en cuestión y mi cabreo se fue transformando en alarde al ver que reposaba la vista un poco más de lo necesario en cierta zona.

—Sácale una foto. La tendrás de recuerdo —dije arrastrando las palabras.

Levantó la vista de repente y me miró a los ojos.

—Gracias por la oferta, pero solo estaba pensando en lo fácil que sería cortarte tu apreciado órgano. —Sonrió—. Duerme con un ojo abierto este fin de semana, Joshy. Nunca sabes lo que esconde la noche.

Ni siquiera me preocupé por responder a su ridícula amenaza. Al ver que cogía una pequeña bolsa de cartón blanco y me la lanzaba sin previo aviso, levanté las cejas.

La pillé sin problema. Tantos años de practicar deporte me habían servido para perfeccionar mis reflejos.

Abrí la bolsa y arqueé aún más las cejas al ver la magdalena de arándanos que había dentro.

—Para compensarte por lo del *cupcake*. —Igual fue cosa de la iluminación que me hizo ver lo que no era, pero me dio la sensación de que Jules se había sonrojado sutilmente—. No me gusta deberle nada a la gente.

—Era un *cupcake*, J. R., no un préstamo. —Sacudí la bolsa—. ¿La has envenenado? —le pregunté recuperando la misma pregunta que me había hecho ella el día anterior—. Vas a destrozar a Ava como su querido hermano se muera durante su viaje de cumpleaños, y eso significa que Alex tampoco estará de humor y que tú acabarás muerta.

El suspiro que soltó pesaba una tonelada.

—Josh, cómete la maldita magdalena.

Dudé un par de segundos antes de encogerme de hombros.

¿Qué diablos? Había peores formas de morir que comiendo una magdalena de arándanos.

—Gracias —dije a regañadientes.

Cogí un trozo y me lo metí en la boca mientras paseaba la vista por la terminal.

—¿Dónde está la parejita?

—Seguramente estén susurrándose cursiladas el uno a la otra mientras desayunan. —Jules echó la cabeza hacia un restaurante que parecía sofisticado y que había al final de la terminal.

Reí por la nariz con solo pensar en Alex susurrándole cursiladas a alguien, aunque ese alguien fuese mi hermana.

—¿Y tú no te has unido a ellos?

—No me apetecía hacer de sujetavelas.

—No sería la primera vez que lo hicieras.

En lugar de contestarme, me miró por encima del borde de su vaso y se le formó una pequeña hendidura entre las cejas.

—¿Te resulta extraño? —quiso saber—. Esto de ir de viaje con Alex.

Me quedé quieto y se me tensó la mandíbula un segundo antes de continuar masticando.

—Es lo que hay. Ava me lo pidió y aquí estoy. Fin —le contesté al terminar de comer.

Un tirante silencio se abrió entre nosotros, cargado de palabras no dichas.

Jules bajó la bebida y luego se la volvió a acercar a la boca como si quisiera protegerse de lo que estaba a punto de decir.

—Eres un buen hermano.

No había sarcasmo, solo sinceridad, pero esas palabras removieron algo en mi interior.

—Tu hermana está en el hospital...

—Casi se ahoga...

—Lo siento, hijo, pero tu madre... ha sufrido una sobredosis...

—Nos ha mentido. —Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Ava—. Nos ha mentido a los dos.

—Ven con nosotros por las fiestas. —Le puse una mano en el hombro a Alex—. No puedes pasar la Navidad solo.

—Me quedaría más tranquilo si alguien la vigilara, ¿sabes?

—Eres la única persona en quien confío, además de mi familia. Y sabes cómo me preocupa Ava...

Unos cuantos recuerdos inconexos me asaltaron la mente.

¿Era un buen hermano?

Ava casi muere, no solo en una ocasión, sino en dos, y yo no estaba allí cuando sucedió. Estuve demasiado ciego durante todos esos años como para ver quién era nuestro padre en realidad. Lo había admirado y había hecho todo cuanto podía para que estuviese orgulloso de mí. E incluso había empujado a Ava a los brazos de Alex porque, para variar, había confiado en alguien que luego acabó traicionándome.

Al final, la relación entre Alex y Ava había salido bien, pero yo jamás olvidaría los meses en los que mi hermana se paseaba por casa cual alma en pena. Callada, apagada y sin esa chispa tan suya. Me despertaba cada día con el miedo de encontrármela como encontré a mi madre: con demasiadas pastillas en el estómago y sin las ganas suficientes para vivir.

Y todo porque yo había sido tan rematadamente estúpido como para confiar en quien no debía.

Sabía que, técnicamente, yo no tenía la culpa de que Michael hubiese intentado matar a Ava,

así como tampoco la tenía de que mi madre se hubiese suicidado ni de que Ava se hubiese enamorado de Alex. Pero con la culpabilidad siempre pasaba lo mismo: daban igual las razones y los hechos; germinaba de las diminutas semillas de la duda que se filtraban por las grietas de tu mente y, cuando te dabas cuenta de qué era esa horrible oscuridad que te supuraba por las venas, ya se te había metido tan dentro que te sería imposible deshacerte de ella sin perder una parte de ti.

—Josh. —La voz de Jules sonó lejana—. ¡Josh!

Volvió a llamarme más fuerte y con más claridad, apartándome de mis propios pensamientos y devolviéndome a la soleada terminal.

Pestañeé y el corazón me latió con tanta fuerza contra la caja torácica que incluso sentí cómo me retumbaban los huesos.

—¿Sí?

La hendidura que se le había formado entre las cejas se había agudizado y en su mirada se asomó algo parecido a la preocupación.

—Llevo cinco minutos llamándote. ¿Estás... bien?

—Sí. —Me pasé la mano por el pelo y me obligué a respirar profundamente hasta que conseguí ralentizar mi ritmo cardíaco—. Solo estaba pensando.

De todas las respuestas que le podría haber dado, esa era la más patética, pero Jules no me juzgó. En lugar de eso, se me quedó mirando un poco antes de desviar la vista por encima de mi hombro y anunciar:

—Alex y Ava ya están aquí.

Giré la cabeza y vi cómo se acercaba la pareja en cuestión.

—¡Hey! —Ava se separó de Alex y me abrazó—. Pero si has llegado a tiempo.

—Pero ¿por qué todo el mundo piensa que no soy puntual? Sí que lo soy —refunfuñé.

Ahora en serio: llegas tarde a una fiesta, a una sola, y de repente todo el mundo piensa que siempre llegas tarde a todo.

—Claro que sí. —Mi hermana me dio una palmada en el brazo y luego se dirigió a todo el grupo—: ¿Listos para embarcar?

—*Sip*. —Jules se levantó y tiró el vaso vacío en una papelera que tenía cerca—. Vámonos.

Ava y Jules se adelantaron y me dejaron con Alex, a quien saludé con un agarrotado gesto con la cabeza.

—Alex.

—Josh —lo dijo inexpresivo, como siempre, pero la tensión que le pesaba en los hombros dejaba entrever que yo no era el único a quien este fin de semana le inspiraba recelo.

Lo único que esperaba era que saliéramos todos indemnes del viaje.

Cuando aterrizamos en Vermont una hora y media después, yo ya había ahogado mis preocupaciones sobre el fin de semana gracias a un par de mimosas sin zumo de naranja, cortesía del servicio del *jet* privado.

Un Range Rover negro nos estaba esperando a la salida del aeropuerto, que se hallaba a solo treinta minutos en coche del complejo. Ava se pasó la mayor parte del trayecto hablándonos de todas las comodidades de lujo del complejo: un *spa* de primera categoría, dos restaurantes *gourmet*, la famosa pista de triple diamante y un montón de cosas más que no escuché porque ya había desconectado.

Lo único que me interesaba a mí eran las pistas de esquí. La primera vez que bajaría por una pista de triple diamante negro. Sería legendario.

Me moría de ganas de deshacer la maleta e ir a las pistas, pero, por desgracia, tuvimos nuestro primer imprevisto incluso antes de hacer el *check in*.

—¿Cómo que la cabaña está ocupada? —Alex fue soltando cada palabra como si fueran carámbanos de hielo cayendo uno detrás de otro mientras fulminaba al recepcionista (Henry, según ponía en la placa) con la mirada.

—Lo siento muchísimo, señor Volkov, pero parece que ha habido una equivocación en el sistema y tenemos una doble reserva para este fin de semana. —Henry tragó saliva—. Los otros huéspedes hicieron el *check in* anoche, cuando llegaron.

—Ya veo... —respondió Alex con un tono de voz con diez grados de frialdad más que antes —. ¿Y dónde se supone que tendremos que quedarnos exactamente, teniendo en cuenta que ya me había dejado una suma bastante considerable de dinero para la cabaña Presidencial?

Henry volvió a tragar saliva y se puso a teclear desesperadamente en el ordenador.

Ava tiró a Alex de la mano y le susurró algo al oído. Él relajó los hombros, pero siguió sin apartar la vista de Henry.

Me apoyé en el mostrador y fui lo suficientemente listo como para mantener el pico cerrado en vista de la hostilidad que gastaba Alex. Hasta Jules permaneció en silencio, aunque quizás fue porque estaba demasiado ocupada mirando sugestivamente a un tío que había al otro lado del vestíbulo.

Eché un vistazo rápido al chaval. Rubio, con una sonrisa de un blanco que era imposible que fuera natural, y el mismo uniforme que el resto del personal: camisa celeste y pantalones caquis. Me apostaba hasta el último centavo a que era profesor de esquí. Tenía esa mirada irritante e impaciente que tienen todos.

—Deja de babear, J. R. Te entrarán moscas en la boca.

—Yo no babeo. —Jules sonrió al esquiador chulopiscinas y este le devolvió el gesto.

Una sensación de rabia se me arremolinó en el estómago. Este fin de semana inauguraban las pistas y el chaval estaba merodeando por la entrada y tonteando con los huéspedes. ¿Acaso no tenía trabajo que hacer?

—Nos queda una cabaña vip —anunció Henry—. La cabaña del Águila no es tan grande como la Presidencial, pero disfruta de mejores vistas y cuenta con los mismos servicios. Y, por supuesto, les devolveremos la diferencia de precio, les invitaremos a una comida y les regalaremos un vale para que puedan ir al *spa* para compensarles por las molestias.

Estaba convencido de que, de no haber estado Ava allí, Alex le habría cantado las cuarenta al recepcionista; sin embargo, se limitó a responder:

—¿Qué quiere decir con que no es tan grande como la Presidencial?

—No dispone de cuatro habitaciones, sino de dos. Sin embargo, en el salón hay un sofá cama —se apresuró a decir Henry al ver que Alex arrugaba las cejas.

—Nos sirve. —Ava colocó una de sus manos en el antebrazo de Alex—. Es solo un fin de semana.

A Alex se le dilataron las fosas nasales, pero asintió con brevedad.

—La cabaña del Águila nos sirve.

—Genial. —El sosiego de Henry era palpable—. Aquí tienen las llaves...

Nos fue contando cómo llegar a la cabaña, pero yo desvié la vista hacia Jules.

—¿Estás ya tirándote a ese tío en medio del vestíbulo?

Jules continuaba ligando en silencio con el esquiador chulopiscinas, pero al oír mi comentario apartó la vista del tipo.

—Si crees que ahora mismo me estoy tirando a ese tío, con razón las tías salen descontentas de tu habitación.

Touché.

Sonreí discretamente. Si los deportes de aventura me servían para quemar energía físicamente, chinchar a Jules me ayudaba a hacerlo a nivel mental. Nada me provocaba la misma adrenalina.

—Las tías salen de mi habitación sintiéndose de muchas maneras, pero te aseguro que descontentas no.

—Eso creéis siempre los tíos —se burló—. Lamento informarte de que seguramente estén fingiendo.

—Sé diferenciar perfectamente un orgasmo fingido de uno real, J. R.

—O sea que me estás diciendo que hay mujeres que sí que han fingido un orgasmo contigo —respondió con una voz dulce como el veneno.

—Las primeras veces. —No me avergonzaba admitirlo. Todo el mundo había empezado de cero en esto—. Pero la práctica lleva a la perfección. Con un poco de suerte, puede que algún día lo descubras por ti misma.

Jules fingió tener arcadas mientras seguíamos a Alex y a Ava y nos marchábamos del vestíbulo en dirección a nuestra cabaña.

—No me hagas potar. Acabamos de llegar. Además, odio el vómito.

Me entraron ganas de reír. Sacarla de quicio era fácil de narices.

Sin embargo, en cuanto llegamos a la cabaña, nos encontramos con el segundo contratiempo y mi risa desapareció: el sofá no era un sofá cama. Era un maldito sofá y punto, y eso quería decir que teníamos dos habitaciones para cuatro personas; me imaginé cómo podríamos repartirlas, pero cada opción que se me ocurría era peor que la anterior.

—Yo puedo dormir con Jules. —Ava miró hacia Alex pesarosamente—. Y tú compartes con Josh.

—No —salté yo. Preferiría bañarme desnudo en el río helado que había al lado de las pistas que dormir en la misma habitación que Alex.

—¿Tienes otra alternativa? —me rebatió mi hermana—. No quiero pasarme todo el día discutiendo sobre quién dormirá con quién.

Solo había dos opciones más: compartir habitación con Ava o compartirla con Jules. Si elegía dormir en el mismo cuarto que Ava, Alex y Jules tendrían que compartir y eso sería raro de cojones.

—Compartiré habitación con J. R. —Señalé a Jules con la cabeza—. Tú y Alex os quedáis la principal. La de invitados tiene dos camas; ya nos apañaremos.

No era la mejor solución, pero al menos no era tan horrible como la otra alternativa.

Jules hizo eco de mi opinión con el mismo entusiasmo con el que un ratón habría entrado en la jaula de una serpiente.

—¿Estás seguro? —Ava era plenamente consciente de la animosidad que existía entre nosotros y seguramente se estaría imaginando cómo nos matábamos el uno al otro mientras dormíamos.

Sinceramente, entraba dentro de las posibilidades.

—Sí. Quitémonos este tema de encima y así podemos ir a esquiar. —Total, tampoco

estaríamos tanto tiempo en la habitación. Podía aparecer por la noche y hacer como si Jules ni estuviera.

Pero, por mala suerte, el universo y su jodido sentido del humor tenían otros planes.

Cuando abrimos la puerta del cuarto de invitados, nos recibió una tercera pega, es decir: lo peor que podría haber visto en toda mi vida.

—Ni de puta coña —dijo Jules a la vez que yo refunfuñaba—. Tiene que ser una broma.

Justo en medio de lo que, de no haber sido por eso, hubiese sido una habitación muy bonita, descansaba, decorada con blandos cojines y una lujosa colcha azul marino, una cama con dosel.

Cama. En singular. En el sentido de que solo había una.

Y tenía que compartirla con Jules Ambrose.

«Matadme.»

11

Jules

Dios me estaba castigando por pecados que había cometido en mi vida anterior. Era la única explicación que se me ocurría dadas las circunstancias.

Tanto Josh como yo nos negamos a bajar del burro y dormir en el sofá, así que tendríamos que compartir no solo habitación, sino también cama durante las siguientes dos noches. Un caballero se hubiese ofrecido a dormir en otra parte, pero Josh no era un caballero. Era el vástago de Satanás... y ahora mismo me estaba mirando fijamente con los ojos entrecerrados mientras yo intentaba escaquearme, con sutileza, de ir a esquiar.

—Id tirando vosotros —le dije a Ava tratando de ignorar con todas mis fuerzas la mirada desconfiada de Josh—. Acabo de acordarme de que me he olvidado algo en la cabaña.

—¿Segura? Si quieres te acompaño.

—Qué va. Ya hemos perdido suficiente tiempo con todo lo de la habitación y creo que primero me quedaré un ratito en el vestíbulo. —Agité la mano en el aire—. Id tirando. No me pasará nada.

—Vale. —Ava no parecía del todo convencida—. Nosotros estaremos por aquí.

Cogí aire, esperé a que Alex y Ava hubieran desaparecido con el telesilla y luego exhalé. Mientras miraba el extenso paraje cubierto de nieve que reposaba ante mis ojos, una espina cargada de ansiedad se me clavó hondo.

No pensaba que me fuera a afectar tanto, teniendo en cuenta que hacía siete años desde el último fin de semana que había ido a esquiar, pero ese viaje me había dejado recuerdos terribles. Además, también estaba lo del vídeo...

No lo pienses.

—¿Qué narices te has dejado en la cabaña? —Josh interrumpió mi ensimismamiento. Para que le entusiasmase tanto esquiar, no parecía tener prisa alguna por empezar a bajar pistas.

Iba de punta en blanco con su equipación de primera calidad: pantalones negros, un anorak azul, que envolvía sus anchos hombros, y unas gafas de esquí que se había sacado y ahora descansaban encima de su gorro gris. Esa indumentaria le daba un encanto atlético y masculino que hacía que la mitad de las mujeres que había alrededor lo mirasen como hechizadas.

—El móvil. —Metí las manos en los bolsillos y agarré el teléfono, que estaba en el fondo del bolsillo derecho.

—Lo llevabas en la mano mientras veníamos hacia aquí.

Mierda.

—¿Por qué te interesa tanto saber qué me he olvidado? —solté para cambiar de tema—. ¿No hay una pista de diamante negro esperándote?

—De triple diamante negro —me corrigió Josh—. Y ahí precisamente estaba intentando llegar.

—Bueno, pues no te entretengo más.

Me estudió con la mirada.

—Espera... —dijo lentamente mientras me observaba de tal forma que hasta sentí que me picaba todo el cuerpo—. ¿Sabes esquiar?

—Claro que sé esquiar. —Las cejas de Josh se arquearon a más no poder, revelando su escepticismo, y yo añadí de mala gana—: Dependiendo de qué entiendas por *saber*.

Mi exnovio Max me había enseñado a esquiar aquel fin de semana, a mis dieciocho años. Y, desde ese día, nunca había vuelto a ponerme unos esquís.

Fui agobiándome cada vez más y esa sensación me fue comiendo por dentro, pero eso no me impidió fulminar a Josh con la mirada cuando este se echó a reír a carcajada limpia.

No dignifiqué su burla con una respuesta. En lugar de eso, me di la vuelta y me fui ofendida lo mejor que pude con esas malditas botas de esquí puestas, levantando airadas nubes de nieve a cada paso que daba.

—Vamos, Jules. Me quieres, ¿a que sí? —Max me besó y me estrujó el culo—. Si me quisieras, harías esto por mí. Por nosotros.

—Es una cuestión de seguridad, cariño. Por si decide presentar cargos.

—Te prometo que nunca se lo enseñaré a nadie.

Al acordarme de eso, el sudor se deslizó por mi columna vertebral; sin embargo, volví a meter esos recuerdos en su caja antes de que siguieran reproduciéndose en mi mente. Ya los había vivido una vez y no quería repetir la experiencia.

—Espera. —Josh me alcanzó. Seguía riéndose y, al oírlo, las huellas que había dejado mi indeseado viaje al baúl de los recuerdos se fueron desdibujando; por una vez en la vida, no quise darle una bofetada, aunque las palabras que pronunció a continuación me devolvieron las ganas de hacerlo—: ¿Me estás diciendo que te has vestido con este traje, has alquilado unos esquís y has venido hasta aquí..., pero no sabes esquiar? ¿Por qué diablos no has dicho nada antes? Podrías haberte apuntado a clases o algo.

—Pensaba que lo haría sobre la marcha. —No era el plan perfecto, pero era un plan. Más o menos.

—¿Pensabas que podrías esquiar sobre la marcha?

Sentí que me ardían las mejillas.

—Evidentemente, he cambiado de opinión.

—Y menos mal porque, de lo contrario, igual acababas muerta. —Josh dejó de reír, por fin, pero la comisura de sus labios dejaba entrever lo mucho que se estaba divirtiendo y su característico hoyuelo se asomó discretamente.

Me dio un vuelco el estómago. Jamás había visto a Josh divirtiéndose de forma genuina. Su expresión, a falta de sarcasmo o de maldad, era... desconcertante, aunque no llegara a ser ni media sonrisa.

—Me pasaré lo que queda de día en la cabaña. Tranquilo, no me voy a morir. —Me crucé de brazos—. Quizás encuentre a algún chico que pueda enseñarme a esquiar.

—¿Como el que te tenía babeando en el vestíbulo? —me preguntó con brusquedad.

—Puede. —No me dignéa reconocer lo que acababa de decir Josh sobre si yo antes estaba «babeando». Parecía extrañamente obsesionado con mi breve interacción con un desconocido, aunque el chico en cuestión era mono. A lo mejor luego podía ir a ver dónde estaba. Ligar siempre me animaba, y me vendría bien cierta acción que no fuera cortesía de mi mano o de aparatos que van con pilas.

Josh se pasó la mano por la mandíbula. Tenía las cejas arrugadas y, al lado del fondo nevado, sus pómulos parecían aún más afilados.

—Yo te enseñaré a esquiar.

—Seguro.

—Lo digo en serio.

Me detuve y esperé a que estallara y se pusiera a alardear de cómo me había engañado y a decirme: «No pensabas que lo decía en serio, ¿no?».

Pero ese momento no llegó.

—¿Y por qué ibas a enseñarme tú a esquiar? —El estómago me dio otro vuelco sin razón alguna—. ¿Qué hay de tu queridísima pista de triple diamante negro?

Que Josh se ofreciera a ayudarme no tenía ningún sentido, sobre todo porque llevaba toda la mañana hablando de esa maldita pista. Si me enseñaba a esquiar, no nos moveríamos de la de principiantes.

—Porque soy buena persona. Me encanta ayudar a las amigas de mi hermana —dijo como quien no quiere la cosa. Ya, claro. Y yo era la reina de Inglaterra, ¿no te jode?—. Además, la cuestión es esquiar. Da igual en qué pista.

—Estoy bastante convencida de que eso no es verdad. —Incluso yo, que era una esquiadora novel, lo sabía.

Josh exhaló desesperadamente.

—A ver, ¿quieres aprender a esquiar, sí o no?

—Yo te enseñaré a esquiar. —Los blancos dientes de Max contrastaban con su piel—. Confía en mí. No dejaré que te caigas.

Sentí cómo se me cerraba el corazón cual puño. Detestaba que Max siguiera infectando mi presente cuando debería estar pudriéndose en el pasado, que era su lugar.

Por su culpa, hacía siete años que no había vuelto a esquiar. Había sido una elección inconsciente, pero no me había dado cuenta de lo profundas que eran esas heridas hasta ahora. Todo lo que me recordaba a Max hacía que quisiera vomitar, pero quizás había llegado el momento de reemplazar todos esos malos recuerdos por otros nuevos.

No quería que fuera Josh quien me enseñara a esquiar, pero tenía que aprender. Así me distraería. Cuando me ponía así —cuando mi cabeza no podía dejar de pensar obsesivamente en el pasado hasta tal punto que apenas podía disfrutar del presente—, mi única cuerda salvavidas eran las distracciones.

—Vale. —Me acaricié la manga del anorak con el pulgar y el dedo índice, reconfortándome con la sensación de esa recia y gruesa tela—. Pero, como me muera, mi fantasma te perseguirá hasta el final de tus días.

—Me lo apunto. Me sorprende que no sepas esquiar —señaló mientras caminábamos hacia la pista infantil—. Pensaba que te habías criado cerca de Blue Mills.

Blue Mills era el complejo de esquí más famoso de Ohio y estaba a menos de una hora de Whittlesburg, el barrio de las afueras de Columbus donde crecí.

—A mi familia no le iba demasiado el esquí. —Me subí y luego me bajé la cremallera del anorak para quemar un poco de la inquieta energía que me recorría las venas—. Y, aunque nos hubiese gustado, tampoco nos lo hubiésemos podido permitir.

Me gustaría haberme podido retractar de aquella confesión accidental en cuanto lo dije, pero

ya era demasiado tarde.

Josh frunció el ceño.

Sabía que había estudiado en Thayer gracias a una beca por necesidad financiera, pero lo que ni él ni mis amigas más cercanas sabían era lo difícil que había sido mi vida cuando no era más que una cría, antes de que mi madre se casara con Alastair. Y menos aún sabían lo mucho que se había complicado todo después de que mi madre contrajera matrimonio con él, a pesar de que Alastair fuese el hombre más rico de toda la ciudad.

—No hablas mucho de tu familia. —Josh no hizo ningún comentario al respecto sobre lo que yo acababa de decir de no tener dinero para ir a esquiar; fue un diminuto acto de amabilidad que no había visto venir, pero que, sin embargo, agradecí.

—No hay mucho que contar. —Me mordí el interior de la mejilla hasta que un sutil sabor a cobre me anegó la boca—. La familia es la familia. Ya sabes cómo son esas cosas.

Una expresión sombría se apoderó de su cara, atenuó la luz de su mirada y le borró cualquier rastro que hubiese dejado su hoyuelo.

—Creo que mi situación familiar no es muy común.

Reprimí las ganas de hacer una mueca.

Ya. El psicópata de su padre había intentado matar a Ava no una, sino dos veces, y ahora estaba entre rejas. Desde luego no era algo habitual.

Michael Chen parecía una persona normal, pero los peores monstruos siempre se esconden bajo las apariencias menos misteriosas.

Josh y yo no volvimos a cruzar ni una palabra hasta que llegamos a la pista para principiantes.

—Antes de subir te enseñaré lo esencial —me informó—. No hace falta que te choques con un pobre niño y lo traumatices. Tienes la suerte de que soy un profesor de primera, así que no creo que esto nos vaya a llevar mucho tiempo.

—Tu hilaridad y modestia son de otro mundo —dije con un tono monocorde—. Venga, profesor de primera, veamos qué sabes hacer. Y recuerda —lo señalé—: como me muera, te perseguiré el culo toda la eternidad.

Josh se llevó una mano al corazón con expresión escandalizada. Ya nada quedaba del aspecto un poco cabizbajo que le había visto antes.

—J. R., por favor, que esto está lleno de criaturas. Intenta mantener tu obsesión con mi culo para tus adentros hasta que volvamos a la habitación.

Fingí tener arcadas.

—A no ser que quieras que tu sofisticado traje de esquí acabe engalanado con mi vómito, te sugiero que dejes de hablar y empieces a enseñarme algo.

—Te puedo enseñar algo sin hablar, listilla.

—Cállate, anda. Ya sabes a qué me refiero.

Tras haber discutido unos minutos más, nos pusimos los esquís y empezamos con las clases. Como tampoco era una novata de manual, pillé las cuatro cosas básicas enseguida. Al menos, la teoría.

Eso lo llevaba bien, pero cuando Josh me enseñó algunos ejercicios para que me sintiera más cómoda con los esquís, topamos con un minúsculo bache.

—¡Joder! —Caí de culo por, creo que, duodécima vez, y la frustración pudo conmigo.

No recordaba que me hubiese costado tanto hacía años. Me enorgullecía de aprender rápido, pero llevábamos buena parte de la mañana con esto y mi mejora era muy relativa.

—Inténtalo de nuevo.

Me sorprendió que Josh permaneciera tan tranquilo durante toda la clase; no me gritó en ningún momento ni se rio de mí por no pillar lo que estaban haciendo de forma impecable los críos de once años que teníamos alrededor. Cada vez que me equivocaba, repetía las mismas tres palabras: «Inténtalo de nuevo».

Por primera vez, vi cómo debía ser Josh en urgencias: una persona calmada, sensata, paciente. Era curiosamente reconfortante, pero yo eso no lo admitiría jamás.

—Creo que no estoy hecha para esto. —Me levanté e hice una mueca—. Propongo cambiar las pistas por una taza de chocolate caliente mientras observamos a la gente. Podemos intentar adivinar quién ha venido con su amante y quién será el primero en tirarse a alguien del personal.

Eso de hablar en plural me salió sin pensarlo. ¿Desde cuándo incluía a Josh en mis actividades y de forma voluntaria? Aunque eso de observar a la gente no era divertido si no podía hacerlo con alguien que valorara mis aportaciones y, como Ava estaba ocupada, no me quedaba más remedio que proponérselo a su hermano.

Josh se me acercó, lento pero decidido, hasta que lo tuve tan cerca que incluso pude oler el sutil aunque delicioso aroma de su perfume.

Me obligué a no moverme bajo el peso de su escrutinio.

—Podríamos hacerlo, pero eso significaría que te rindes —anunció—. ¿Eres de rajarte, Jules?

Al oír esa voz profunda y ligeramente ronca pronunciar mi nombre, se me aceleró el pulso. ¿Josh siempre había tenido esa voz? Antes era como si oyera a alguien rascar una pizarra con las uñas y me perforaba los tímpanos, pero ahora era...

«*Nop*. Nada de pensar en eso.»

—No. —Le aguanté la mirada a pesar de la gota de sudor que me recorría la espalda y dejaba, a su paso, un rastro de calor y electricidad—. Yo no me rajo.

La simple insinuación de que fuera de las que se rinden hacía que me rechinaran los dientes.

—Bien —sentenció Josh con voz serena—. Vuelve a intentarlo.

Lo hice una y otra vez, hasta que sentí que me ardían los músculos y el agotamiento me caló hasta los huesos. Pero lo conseguiría. Había aprendido a hacer cosas más difíciles que esquiar y tirar la toalla no era una opción. Tenía que demostrarme a mí misma que podía hacerlo. Era demasiado orgullosa como para claudicar.

Al final, tanto sufrimiento valió la pena. Al cabo de una hora, después de haber hecho todos los ejercicios sin caerme, Josh me dijo que ya estaba lista para bajar la pista infantil.

—Bien hecho. —La comisura de los labios se le encorvó de la forma más sutil posible—. Lo has pillado más rápido que la mayoría de las personas.

Entrecerré los ojos en un intento por encontrar cualquier indicio de sarcasmo, pero parecía sincero.

Vaya...

Subimos la colina a pie y, desde allí, Josh señaló hacia un punto lejano.

—Lo haremos paso a paso —me contó—. Yo me colocaré allí y quiero que bajes esquiando y que te detengas delante de mí haciendo cuña. ¿Necesitas que te vuelva a explicar cómo se hace?

—No. Ya lo he pillado.

Al ver a Josh posicionarse donde me había dicho y señalándome para que fuera hacia él, me puse muy nerviosa y sentí que se me removían las tripas.

«Allá vamos.»

Cogí una bocanada de aire y empecé a bajar. Iba un poquito más rápido de lo que debería, dada la corta distancia que había entre él y yo, pero no pasaba nada. Podría hacer cuña y frenar

antes.

La verdad, tampoco estaba tan mal. En parte, era excitante: el viento en la cara, el aire fresco de las montañas, cuán hábilmente se deslizaban los esquís por la nieve... No se parecía en nada a aquel fin de semana con Max. Incluso podría ser que...

—¡Para!

El grito de Josh me apartó de mis pensamientos inconexos y, al ver lo rápido que iba hacia él, me saltaron las alarmas.

Mierda. Separé los pies con fuerza para formar una V invertida, tal y como Josh me había enseñado, pero ya era demasiado tarde. Fui descendiendo cada vez más y más acelerada hasta que...

—¡Mierda! —Me choqué con Josh con tanta fuerza que acabamos los dos en el suelo.

El aire me salió disparado de los pulmones y él soltó un sonoro gruñido cuando le caí encima, ambos espatarrados de brazos y piernas. La nieve salió volando por los aires y luego fue cayendo y rociándonos con diminutos cristales blancos.

—¿Qué parte de *para* no has entendido? —refunfuñó visiblemente cabreado.

—Lo he intentado —me defendí—. No he podido.

—Eso ya lo veo. —Josh tosió un poco—. Joder, creo que me has magullado las costillas.

—Déjate de dramas. No te ha pasado nada. —Aun así, bajé la mirada para asegurarme de que no estuviera sangrando o de que ninguno de los dos tuviera las extremidades en un ángulo inusual. No podía ver si le había magullado las costillas, pero por su expresión no parecía que se hubiese hecho daño ni nada por el estilo, así que di por sentado que no se estaba muriendo.

—Me podrías haber matado.

Puse los ojos en blanco. Y la gente me llamaba a mí *drama queen*.

—Ha sido una caída, Chen. Te podrías haber apartado.

—No sé por qué no me sorprende que me culpes por algo que tú has hecho mal. Lo tuyo es de otro nivel, J. R.

—Deja de llamarme J. R. —Era inútil tener esa discusión mientras estábamos pegados el uno al otro y envueltos de nieve, pero estaba hasta las narices de ese apodo. Cada vez que lo oía me volvía un poco menos cuerda.

—Está bien. —En su cara se desdibujó el enfado y a este lo sustituyó una sutil expresión juguetona—. Lo tuyo es de otro nivel, Pelirroja.

—Pelirroja. Cuánta imaginación —respondí con voz monótona—. Me deja anonada lo rápido que se te ocurren estos apodos tan particulares y para nada evidentes.

—No sabía que le dedicaras tanto tiempo a pensar en los apodos que te pongo. —Josh me agarró un mechón de pelo y un brillo pícaro le iluminó la mirada—. Y, más allá de que seas pelirroja, la mitad de las veces que te veo haces que vea el color rojo. Además, es más fácil que decir «J. R.».

La sonrisa que se apoderó de mis labios estaba tan azucarada que podría haberle causado diabetes de inmediato.

—Claro, es que decir dos letras puede ser muy complicado para tu diminuto cerebro.

—Cielo, yo no tengo nada diminuto. —Josh bajó la mano y la paseó por mi hombro, donde la dejó el tiempo justo para que su calor atravesara las capas de tela y me calara hasta los huesos.

Se me cortó la respiración. Una imagen no deseada de su «nada» me azotó la mente y una descarga eléctrica me recorrió las venas tan rauda e inesperada que me quedé sin palabras.

Por primera vez en toda mi vida, no se me ocurrió qué contestar.

De repente me di cuenta de lo dolorosamente cerca que estábamos. Yo seguía encima de Josh, en la misma posición que nos habíamos caído, con el pecho tan pegado al suyo que incluso le notaba el ritmo cardíaco: rápido, errático y totalmente opuesto a su forma de hablar, lenta y pausada. Las nubes de humo que formaban nuestros alientos se mezclaron en la microscópica distancia que existía entre su cara y la mía, y una sutil sensación de sorpresa me recorrió al verlo.

Teniendo en cuenta el nudo que sentía en el corazón, no estaba del todo segura de estar respirando.

Josh dejó de sonreír, pero no apartó su mano de mi hombro. Su tacto era extremadamente sutil en comparación con la forma en la que me había agarrado antes el pelo; sin embargo, lo notaba de pies a cabeza.

Tenía los labios secos; me los humedecí y vi cómo a Josh se le ensombrecía la mirada antes de bajarla hasta mi boca.

La descarga eléctrica que me había recorrido las venas se convirtió ahora en unos relámpagos descontrolados que me encendían desde mi interior.

Debería apartarme. Tenía que apartarme antes de que mis pensamientos tomaran una dirección aún más inquietante, pero sentir el sólido peso de su cuerpo bajo el mío era incluso tranquilizante. Josh olía a invierno y a calor a la vez, y esa sensación me estaba dejando aturdida.

Es el aire de las montañas. Ubícate.

—Jules —dijo en voz baja.

—Dime. —Esa palabra se quedó un segundo en mi garganta antes de que la dijera de la peor forma posible. Mi voz sonó extraña y ronca, distinta a más no poder de como era normalmente.

—En una escala del uno al diez, ¿cuántas ganas tienes de follarme ahora mismo?

Y todo se desmoronó de inmediato.

Me ardía la piel y me aparté de Josh, no sin asegurarme de que le clavaba el codo en la cara al hacerlo.

—Menos mil. Y multiplicado por infinito —respondí entre dientes.

Josh rio y cualquier tipo de benevolencia que pudiese haber acumulado a lo largo de nuestra clase de esquí se desvaneció.

No me podía creer que hubiese llegado a pensar que a lo mejor era hasta un poco tolerable. Que hubiéramos pasado una mañana medio decente no quitaba el hecho de que Josh siguiera siendo el mismo capullo engreído e insoportable de siempre.

Y lo peor es que no estaba del todo equivocado. Por un momento, aunque fuese solo un segundo, me había imaginado cómo sería sentir sus manos acariciándome la piel. Cómo sabría su boca, y si le gustaría hacerlo lento y suave o rápido y duro.

Sentí un nudo de vergüenza y cabreo en la garganta. Necesitaba echar un polvo, claramente, y, en vista de que estaba fantaseando con el maldito Josh Chen, más valía que fuera rápido.

—Me parece a mí que esta señorita protesta demasiado. —Josh se levantó y sonrió presumido, aunque sus ojos delataban una ardiente mirada que se iba cociendo a fuego lento. Verlo así me hizo sentir un poco mejor. Al menos estar tan cerca no solo me había afectado a mí —. Podemos hacerlo, eh. Ya no me opongo a la idea. Estamos avanzando en nuestra relación.

—La única relación que hay entre tú y yo es la que tenemos en tus sueños. —Me quité el gorro de mala gana y me pasé la mano por mi enmarañado pelo—. Se han acabado las clases.

—Rajada. —Esa sutil burla me tocó las narices, pero no mordí el anzuelo.

—No me estoy rajando. Lo estoy posponiendo. —Hice un gesto con la barbilla—. Mañana me apuntaré a clases de verdad. Quizás el tipo del vestíbulo sea mi profe. —Rubio, con una sonrisa

entusiasta y un cuerpo musculado. Ya puestos, al tío de la entrada le podían grabar «esquiador chulopiscinas» en la frente—. Seguro que con él me divierto en serio.

Su sonrisa dejó paso a una expresión más seria.

—Tú créete lo que quieras, Pelirroja.

En lugar de responder, me di la vuelta y salí iracunda, pero con tanta elegancia como pude con los esquís puestos. Debería habérmelos quitado antes de mi salida triunfal, pero ahora ya era demasiado tarde.

El ligero mal sabor de estómago que me había provocado el enfado se fue intensificando a medida que me acercaba a la cabaña. Por el amor de Dios, pero qué tonta llegaba a ser. No debería haber...

De repente, esa sensación se convirtió en un dolor apabullante. Fue abriéndose paso en mi interior cual cuchillo de filo dentado y me obligó a acurrucarme en mí misma y a ahogar un grito.

«No. No, no, no.»

Sentía el pulso en los oídos.

Era demasiado temprano. Todavía faltaba una semana.

Pero cuando otra punzada de dolor hizo que se me humedecieran los ojos vi con claridad que a la madre naturaleza le importaban un carajo mis horarios.

Iba a ocurrir ahora y yo no podría evitarlo de ninguna forma.

12

Josh

Después de que Jules se marchara enfadada, hice una bajada por la pista de esquiadores avanzados y luego quedé con Alex y Ava para comer.

Di por hecho que Jules había vuelto a la cabaña después de nuestra clase de esquí fallida, pero el cuarto asiento en la mesa resultaba perceptiblemente vacío.

Me lo quedé mirando mientras respondía distraídamente a las preguntas de Ava sobre cómo me había ido la mañana antes de que fuera yo quien preguntase:

—¿Dónde está la amenaza pelirroja? ¿Se ha ido por ahí a clavarle agujas a una muñeca de vudú?

Teniendo en cuenta cómo se había marchado, no me sorprendería que la muñeca de vudú fuera una representación mía.

Para empezar, no sabía qué me había empujado a ofrecerle mi ayuda para que aprendiera a esquiar. Le eché la culpa a la presión de las alturas y al champán que me había tomado durante el vuelo, pero pasar la mañana con Jules no había resultado tan catastrófico como me lo había imaginado. Además, ver su reacción cuando le había preguntado si quería follarme ya había hecho que mereciera la pena.

Se me dibujó una sonrisa al acordarme de cómo se había sonrojado. Jules podía negarlo tanto como quisiera, pero esa idea le había cruzado por la mente. Se lo había visto en la mirada y lo había notado por la forma en la que su pecho se hinchaba encima del mío al respirar.

No era la única que había tenido pensamientos impuros.

Que nos cayéramos no había sido más que un accidente, pero la forma en la que sus curvas encajaban con mi cuerpo había sido una revelación. Ambos íbamos abrigados con ropa de invierno, pero, en mi cabeza, había sido como si no lleváramos nada. Me lo podía imaginar clarísimamente: su sedosa piel, sus exuberantes curvas, su fastidioso sarcasmo derritiéndose hasta convertirse en un gemido mientras me la follaba sin miramiento alguno...

Mierda.

Sacudí la servilleta y me cubrí el regazo con ella. La polla me hacía presión contra la cremallera y recé porque ni Alex ni Ava se hubiesen percatado de que mi respiración se había vuelto un tanto agitada mientras volvía a coger el vaso.

A saber qué pasaba con el aire de las montañas para que me hiciera fantasear tanto con Jules hoy, pero me estaba volviendo loco. Antes había estado a puntísimo de cometer una locura como...

—Me ha escrito para decirme que no se encontraba bien. —Ava le dio un sorbo al agua con expresión dubitativa—. Está descansando en la cabaña.

Mi excitación disminuyó ante la nueva información.

—Hace una hora estaba bien.

Alex arqueó una ceja.

—¿Cómo lo sabes?

Mierda.

—Eh... Porque me la he cruzado por las pistas.

—Jules dice que no ha esquiado. —La mirada de Ava se llenó de suspicacia—. Me ha contado que había ido a por el móvil a la cabaña y luego se había quedado por ahí.

Mierda. Otra vez.

—A lo mejor ha ido a esquiar primero y luego ha cambiado de opinión. —Me encogí de hombros con la esperanza de parecer lo suficientemente despreocupado—. A saber. Esa chica hace cosas muy raras.

Alex sonrió con suficiencia muy sutilmente.

Por suerte, el camarero llegó y evitó que continuaran con el interrogatorio. Pedimos y saqué a colación el nuevo encargo que Ava tenía para la revista *World Geographic*, donde trabajaba como fotógrafa júnior, para cambiar de tema. No había nada que le gustara más que hablar de fotografía.

Escuché a medias lo que iba contando Ava acerca de su proyecto sobre retratar las calles y los rincones de la ciudad. Quería a mi hermana, pero me importaba una mierda la fotografía.

Volví a desviar la vista hacia el asiento vacío de Jules. Conociéndola, solo tendría algo de jaqueca e iría diciendo que estaba a punto de morirse.

Seguramente.

Quizás.

«No le pasa nada.» Corté el pollo con más fuerza de la necesaria.

Me traía sin cuidado que Jules estuviese siendo dramática como de costumbre para saltarse la comida o que se estuviera muriendo de verdad. Todo eso no tenía absolutamente nada que ver conmigo.

Cuando acabamos de comer ya me había olvidado de Jules... casi por completo. Ava se levantó para ir a ver cómo seguía su amiga y llevarle la comida, y ni siquiera pestañeé; sin embargo, cuando insistió en que Alex y yo fuéramos a esquiar sin ella, se me tensó el cuerpo entero.

Me había pasado la mañana evitando quedarme a solas con Alex. Pero se me había acabado la suerte.

Me quedé mirando al horizonte mientras nos dirigíamos hacia la pista de triple diamante negro. Ni siquiera hablamos; todo lo que se oía era el suave crujido de nuestras botas al chafar la nieve.

Durante la comida habíamos intercambiado alguna que otra frase, pero Ava y yo habíamos liderado la conversación y Alex había permanecido en silencio mientras comía.

Siempre habíamos seguido la misma dinámica, incluso antes de que nos enfadáramos. Yo hablaba; él escuchaba. Yo era el extrovertido y él, el introvertido. Ava solía llamarnos el *yin* y el *yang* en broma.

Yo podría decir lo mismo de su relación con Alex. Su soleado optimismo era completamente opuesto al helado cinismo de Alex, igual que el sol y la luna, y, aun así, conseguían que les fuera bien.

—Cincuenta pavos a que Ava se queda con Jules y no vuelve con nosotros —dijo Alex cuando ya nos acercábamos a la pista.

Reí por la nariz.

—Yo no apuesto. Jules siempre la convence para cualquier cosa. No me extrañaría que al volver encontráramos la cabaña en llamas.

A no ser, claro está, que Jules estuviera incapacitada de verdad. Ava no había entrado en detalles al decir que Jules no se encontraba bien.

¿Sería migraña? ¿Dolor de tripa? ¿Se habría hecho daño al caerse encima de mí por la mañana?

Me preocupé y sentí un nudo en la garganta, pero tragué saliva para deshacerme de él. Tras mi broma, Jules se había marchado sin problema alguno. Estaba bien. De lo contrario, Ava se hubiese alarmado más.

Antes de que Alex pudiera responder nos sonaron los móviles a la vez. Leímos los mensajes y negué con la cabeza al leer lo que ponían:

Ava: Me quedaré con Jules un rato. No me esperéis. Nos vemos en la cena.
Ava: ¡Pasadlo bien! Mua.

—Tenías razón. —Me guardé el móvil en el bolsillo. No estaba seguro de si Jules necesitaba que Ava se quedase con ella o si era otro intento de Ava para obligarnos a Alex y a mí a reconciliarnos. Seguramente sería una mezcla de ambas opciones—. Pero ¿qué le pasa a Jules? Ava no ha dicho nada —dije tratando de sonar lo más despreocupado posible.

—No se lo he preguntado.

Claro que no. A Alex solo le preocupaban dos personas, y en ambos casos el nombre empezaba por A.

—Bueno, seguro que está bien. —Me quité las gafas de la cabeza y me las puse en la cara para cubrirme los ojos.

—Pareces más preocupado por su bienestar de lo normal. Creía que la odiabas.

Su insinuación me dejó petrificado.

—No lo estoy y sí que la odio.

—Ya.

Pasé de su mirada de complicidad e hice un gesto con la cabeza para señalar dónde terminaba la pista.

—A ver quién llega primero abajo.

En parte era una ofrenda de paz y, en parte, una distracción. Últimamente estaba siendo muy generoso con lo primero. Pero si conseguía desbloquear mi relación con Jules, aunque solo fuera un poco y durante breves periodos de tiempo, quizás podría hacer lo mismo con Alex.

Eso no significaba que fuera a perdonarlo. No tenía ningún problema en aferrarme a ese rencor, pero odiar a alguien con todas tus fuerzas era agotador, sobre todo si tenías que pasarte mucho tiempo cerca de esa persona. Y ya me sentía demasiado cansado constantemente. Incluso cuando me encontraba bien físicamente, me sentía consumido en el plano mental.

La vida me estaba desgastando lentamente y no tenía ni idea de cómo reclamar los pedazos de mí que iba perdiendo.

Alex pareció sorprendido, pero luego se le encorvaron los labios en una minúscula sonrisa.

—El que llegue último pagará las bebidas lo que queda de fin de semana.

—Teniendo en cuenta que yo soy un pobre residente de medicina y tú un puto millonario, no es que la situación me favorezca mucho —refunfuñé.

—No me insultes. Soy multimillonario —me corrigió—. Pero si tan poco confías en tus habilidades como esquiador... —se encogió de hombros—, podemos dejar la apuesta.

Arrugué la frente. Aunque no me gustaban nada sus gilipolleces de psicología inversa, siempre acababa cediendo.

—Confío plenamente en mi deportividad, señor Me Paso El Día Detrás De Mi Escritorio. —Le tendí la mano—. Trato hecho.

Alex rio discretamente y pasó de mi ofensa. Ganaba un pastizal sentado detrás de su escritorio, así que supongo que, de haber estado en su lugar, yo tampoco le habría dado más bola al asunto.

Me dio un apretón de manos y me miró con aires de competitividad.

—Trato hecho.

Dicho esto, nos pusimos a esquiar.

Los dos éramos muy buenos, así que no tardamos demasiado en bajar.

No teníamos que esquiar por una pista tan difícil ni tampoco tan rápido, pero a ninguno nos importaron las reglas.

El estrés del trabajo, la tensión con Alex, mi reciente y molesta fijación con Jules... Todo se desvaneció en cuanto me puse a esquiar.

La adrenalina me corría por las venas alimentada por el viento que me azotaba la cara y el frío aire que se me colaba en los pulmones. Mi corazón era como un animal salvaje en libertad y mis sentidos como hojas afiladas que se percataban de todos los detalles que el mundo disponía a mi alrededor: los copos de nieve que se alzaban hacia mí, el silbido del viento y el silencioso rugido de mi corazón, cada cresta y cada bache que me encontraba mientras descendía por mi primera pista de triple diamante negro.

Una silueta vestida de negro pasó volando por mi lado.

Alex.

Se me dibujó una sonrisa en los labios a la vez que mi sentido de competitividad se agudizaba un poco más. Hice un poco de presión con el esquí exterior y lo adelanté.

Creí oír cómo se reía detrás de mí, pero el viento ahogó el sonido antes de que mis orejas pudieran reconocerlo al cien por cien.

Pegué un giro cerrado para esquivar una roca que sobresalía y luego repetí el gesto para seguir por el circuito. La mayoría de la gente se habría asustado al ir tan rápido por una pista de estas características, pero, para mí, no había nada mejor que la adrenalina que se sentía al burlar la muerte tan de cerca.

Entre la vez que Ava casi se ahoga, el suicidio de mi madre y la gente a quien le salvaba la vida en urgencias (y a quien no se la podía salvar), la muerte y yo éramos ya viejos conocidos. La odiaba y cada vez que sobrevivía a una de mis correrías era como mandar a la parca a la mierda metafóricamente.

Uno de estos días me pillaría, igual que a todo el mundo. Pero hoy no.

Seguí girando. Fui encontrándome más obstáculos que, de no haber sido tan experimentado, me hubieran llevado directo a urgencias como paciente en lugar de como médico. Fui esquivándolos a medida que iban apareciendo, sin frenar, aunque no iba igual de rápido que cuando esquiaba en una pista normal.

Alex y yo fuimos avanzando más o menos a la misma velocidad hasta el final, cuando le gané por menos de cinco segundos.

Yo rebosaba satisfacción.

—Por lo que parece, el que pagará las bebidas este finde vas a ser tú. —Me volví a colocar las gafas en la cabeza mientras respiraba con pesadez—. Menos mal que eres multimillonario, con el «multi» delante, porque pienso pedirle al camarero lo más caro que tengan. Todo el finde.

—Todavía no. —Alex entornó los ojos. Me divertía soberanamente ver cómo reaccionaba cada vez que perdía, porque no solía pasar a menudo—. Al mejor de tres.

—Cambiando las reglas después del resultado... Tsss. —dije decepcionado—. Eres un puto resentido cuando pierdes, Volkov.

—Yo no pierdo.

—¿Y cómo le llamarías a lo que acaba de pasar? —señalé hacia el serpenteante y empinado circuito que teníamos detrás.

Un travieso destello poco habitual en él le atravesó la mirada.

—Victoria alternativa.

—Venga ya. Déjate de tantas gilipolleces. —Sin embargo, no pude sino reírme.

Como yo nunca me achicaba ante un reto, acepté que nos jugáramos las bebidas al mejor de tres, aunque cuando Alex me ganó por un minuto en la segunda bajada me arrepentí de haber cedido.

La tercera esquiada estuvo más reñida que la primera. Fuimos literalmente al mismo ritmo hasta el último segundo, cuando me adelanté por un pelo.

Sonreí con suficiencia y abrí la boca para hablar, pero Alex me cortó:

—Ni una palabra —me advirtió.

—No iba a hacerlo. —Mi expresión hablaba por sí sola—. No te sientas mal. —Le di una palmada en la espalda mientras volvíamos al complejo para cenar—. Las victorias alternativas no están tan mal. Tú pregúntaselo a cualquier atleta que haya conseguido una medalla de plata.

—No me siento mal. Y, de lo contrario, ya me compraré una medalla de oro. De veinticuatro quilates. Cartier.

—Mira que eres cabrón.

—Eso siempre.

Sacudí la cabeza mientras reía. Hacía tanto tiempo que no quedaba con Alex que se me había olvidado el sentido del humor de mierda que tenía, aunque yo era de las pocas personas que lo consideraban «humor». En su mayoría, la gente atribuía su inexpresividad a que era un capullo, lo cual..., bueno, tenía sentido. Ava solía decir que era un robot...

Dejé de sonreír.

Ava. Michael. Secuestros y secretos y miles de mentiras que mancharon todos los recuerdos de nuestra amistad.

Esa tarde había sido lo más cerca que habíamos estado de echar el rato como en los viejos tiempos desde hacía muchísimo, y casi se me había olvidado por qué Alex y yo ya no éramos amigos.

Casi.

Alex debió de notar la tirantez en el ambiente porque a él se le desdibujó la sonrisa a la vez que a mí y se le puso rígida la mandíbula.

La tensión se desplomó entre nosotros cual cortina de hierro.

Ojalá pudiera olvidar lo ocurrido y empezar de cero. Tenía muchos amigos, pero a lo largo de toda mi vida solo había tenido un mejor amigo, y a veces lo echaba tantísimo de menos que incluso me dolía.

Sin embargo, ahora yo ya no era el mismo que hacía tres años, y Alex tampoco. Por más que

quisiera, no sabía cómo avanzar. Cada vez que notaba cierto progreso, un yugo del pasado me hacía retroceder y sentir como si fuera un amante celoso.

De todos modos, nuestra carrera de esquí había demostrado que Alex y yo podíamos actuar como dos personas normales el uno con el otro, incluso sin que Ava estuviera aquí. No lo arreglaba todo, pero era un comienzo.

—Me lo he pasado bien —reconocí con frialdad, tanteando el terreno tanto para mí como para Alex.

No respondió de inmediato. Lo había vuelto a sorprender. Dos veces en un solo día; seguro que acababa de batir un récord.

—Yo también.

Después de eso, no volvimos a mediar palabra.

13

Josh

Jules tampoco vino a cenar, pero como no quería que Alex continuara preguntándome por qué me preocupaba tanto por Jules (que realmente no lo hacía, sencillamente me picaba la curiosidad), esperé a volver a la cabaña para interrogar a Ava.

—¿Qué le pasa a J. R.? —dije en voz baja.

Alex estaba en el baño porque se había ido a duchar, pero no me sorprendería que tuviera un oído supersónico.

Mi hermana se mordió el labio inferior.

—Ava. —La miré fijamente con seriedad—. Si se va a morir a mi lado en medio de la noche, tienes que decírmelo para que pueda planear mis horas de sueño alrededor de los hechos.

—Qué gracioso. —Desvió la mirada hacia la puerta, que estaba cerrada—. Vale, pero no te lo digo porque seas médico. Además, esta tarde ha empeorado, pero como es demasiado orgullosa no quiere pedir ayuda.

La semilla de preocupación que había sentido antes floreció hasta convertirse en un puto árbol, follaje incluido.

—¿Ha empeorado en qué sentido?

Mi hermana dudó un segundo y luego respondió:

—A Jules le duele mucho... la regla. Mucho más de lo normal. Los dolores suelen durarle un día más o menos y luego se van, pero durante ese día...

—Es inaguantable —acabé la frase por ella. Sentí que se me encogía el corazón—. ¿Endometriosis?

Gran parte de las mujeres sufrían dismenorrea primaria y dolores menstruales. La dismenorrea secundaria, como la endometriosis, se daba cuando el aparato reproductor no funcionaba bien y solía ser muchísimo más doloroso.

Ava negó con la cabeza.

—Creo que no, pero no quiero poner palabras en boca de Jules. No le gusta hablar del tema.

—Entendido.

Había cierto estigma social en cuanto a la menstruación, y muchísima gente, tanto hombres como mujeres, se sentía incómoda hablando del tema.

Tras años de estudiar Medicina y de hacer de médico residente, a mí no me suponía problema alguno hablar sobre las funciones del cuerpo, pero no iba a sacar un tema del que la otra persona no quería hablar.

—Déjate de insultos esta noche, ¿vale? —Ava me miró seria—. No está de humor.

—No soy un monstruo, hermanita. —La despeiné y Ava frunció el ceño—. Tranquila.

Después de que Ava se fuera a dormir, me quedé de pie frente a mi habitación y llamé a la puerta por si Jules se estaba cambiando. No obtuve respuesta.

Esperé un poco y luego abrí la puerta sigilosamente. La lámpara estaba encendida y enseguida distinguí a Jules hecha un ovillo. Estaba tumbada de costado, en posición fetal y abrazada a una almohada que se había colocado a la altura del estómago. No le veía la cara, pero vi cómo se ponía rígida al oírme entrar.

«Sigue despierta.»

—Hey —saludé amablemente—. ¿Cómo te encuentras?

—B-bien. Es solo dolor de tripa —balbuceó.

Acorté la distancia que había entre nosotros hasta que estuve cara a cara con Jules y, al ver que respiraba entrecortadamente y que agarraba la almohada con tanta fuerza que incluso tenía los nudillos de las manos blancos, sentí una punzada en el corazón.

—¿Te has tomado un ibuprofeno? Yo he traído. —Siempre llevaba un kit de primeros auxilios con vendas, calmantes y cuatro cosas básicas más.

—Sí. —Jules me miró con la frente arrugada—. Te lo ha dicho Ava, ¿a que sí?

—Sí. —No tenía sentido que le mintiera.

Jules refunfuñó.

—Debería haberle pedido que no dijera nada.

—Estoy bastante convencido de que yo solito me habría dado cuenta de que te pasaba algo al verte tumbada así, como si fueras una gamba deforme.

Si lo decía en un intento por hacerla sentir mejor, no contaba como insulto. Así tenía la oportunidad perfecta para devolvérmela, y discutir conmigo siempre la hacía sentir mejor.

Al ver que no respondía, mi sonrisa desapareció.

Vale, quizás el comentario de la gamba deforme no había servido de tanta ayuda como yo creía.

¿Debería intentar ayudarla o era mejor que la dejara sola? No existía ningún método infalible para aliviar los dolores menstruales agudos y Jules ya se había tomado el ibuprofeno, pero lo que sí había eran otros remedios que a lo mejor podrían ayudarla.

La pregunta era: ¿quería Jules mi ayuda?

Al ver la mueca de dolor que se dibujó en su cara y cómo se aferraba con más fuerza aún a la almohada, tomé yo las riendas de la situación.

A la mierda. La ayudaría, le gustara o no. Sería incapaz de dormir a su lado a sabiendas de que estaba agonizando. No era tan cabrón.

Fui al baño y estudié todo lo que había en la encimera de mármol. Habría jurado que, al dejar las maletas, había visto... Bingo. Cogí la botellita de aceite esencial de lavanda y me coloqué al lado de Jules.

—Quizás te ayude con los dolores —le conté—. Date la vuelta.

—¿Por qué?

—Confía en mí. —Jules abrió la boca para protestar, pero levanté la mano que me quedaba libre y le dije—: Sí, ya sé que no confías en mí. Pero soy un profesional de la salud y te prometo que no tengo intenciones perversas. Así que, a no ser que quieras pasarte la noche en vela dando vueltas en la cama...

—Mucho profesional de la salud, pero tu forma de tratar a los pacientes podría mejorar con creces. —A pesar de su comentario, hizo lo que le había pedido y se tumbó bocarriba.

—Hasta ahora no se me había quejado nadie. —Me senté en la cama, a su lado, y puse una almohada al otro costado. Señalé el dobladillo de la camiseta con la cabeza—. ¿Puedo?

Jules no estaba para nada convencida, pero asintió con otro breve gesto de cabeza.

Le levanté la camiseta para dejarle el vientre al aire. Abrí la botella de aceite y me eché unas cuantas gotas en la mano para calentarlas. Teóricamente era para bañarse, pero, dadas las circunstancias, también serviría como aceite para masajes.

Le pasé las palmas de las manos por el abdomen y dibujé círculos cuidadosamente antes de ejercer más presión en un área en concreto. No era masajista, pero con los años había aprendido lo básico y unos cuantos trucos.

A Jules se le tensaron los músculos al notar mi tacto, pero a medida que iban avanzando los minutos se fue relajando poco a poco.

—Así —murmuré—. Respira profundamente. ¿Qué tal?

—Mejor. —Tenía los ojos cerrados, pero se le movían las pestañas—. Se te da bien esto —dijo con un tono que dejaba entrever admiración y recelo a partes iguales.

—Se me da bien todo —contesté. Ella rio por la nariz y yo sonreí.

Nos sumimos en un cómodo silencio mientras yo continuaba masajeándola. La piel de Jules era suave y cálida, y su respiración se fue igualando hasta sostener un ritmo firme.

La miré un segundo a la cara. Seguía con los ojos cerrados, así que me permití observar con más detenimiento la extensión de sus largas y oscuras pestañas y cómo contrastaban con sus mejillas, la frondosa curva de su labio inferior y el sedoso abanico de su cabello rojizo descansando encima de la almohada. Ya no tenía el ceño fruncido a causa del dolor, y yo dejé de sentir esa presión en el pecho.

Era la primera vez que veía a Jules tan indefensa. Era... perturbador. Estaba tan acostumbrado a nuestras riñas que nunca había pensado demasiado en cómo sería Jules detrás de toda esa vivacidad y audacia.

¿Y cómo sabes que no me han traicionado ya?

A mi familia no nos iba demasiado el esquí. Y, aunque nos hubiese gustado, tampoco nos lo hubiésemos podido permitir.

A Jules le duele mucho... la regla. Mucho más de lo normal.

Hacía años que conocía a Jules, pero casi no sabía nada de ella. De su familia, de su historia, de sus secretos, de sus fantasmas. ¿Qué escondía tras esa fogosa fachada? Algo me decía que no todo era de color de rosa.

Volví a centrarme en mi tarea e intenté controlar mis pensamientos errantes.

—¿Te sientes mejor? —La voz me salió extrañamente ronca.

—Mmm, hum. —La adormilada respuesta de Jules fue la causante de otra sonrisa.

Volví a levantar la vista y, al ver que me estaba mirando con una expresión relajada y soñolienta, una ola de calor se arremolinó en la parte baja de mi vientre.

Jules entreabrió la boca mientras nos mirábamos a los ojos. Aguantándonos la mirada. Ardiente.

Una corriente eléctrica atravesó el aire que hasta el momento había estado calmado y me acarició la piel, que de repente sentía demasiado tensa alrededor de los huesos. El corazón me latía desbocado.

Jules comenzó a respirar de forma arrítmica de nuevo. No solo oía cómo inspiraba y espiraba rápidamente, sino que lo notaba bajo las manos. Su respiración y la mía, ambas desiguales, se unieron en una.

Se humedeció los labios y ni siquiera el mismísimo Dios hubiese logrado detener las imágenes pornográficas que me inundaron el cerebro.

Esos labios carnosos alrededor del glande de mi pene, esa delicada lengua rosada

chupándomela entera mientras Jules me miraba con esos grandes ojos de color avellana...

Mis manos detuvieron el movimiento y cerré los puños sutilmente. Era inútil que fingiera que seguía dándole un masaje. Lo único en lo que me podía centrar era en la erección que se me estaba formando bajo la cremallera y en cómo evitar que Jules la viera.

Manda cojones. Jules no se encontraba bien y yo aquí, duro como una roca. Lo cual demostraba que el cuerpo y la mente solían discrepar más a menudo de lo que pudiera parecer.

Pero tampoco parecía que Jules siguiera encontrándose mal. Me estaba mirando como si...

«Ni lo pienses.»

—Ahora ya deberías sentirte mejor. —Me aclaré la garganta para que mi voz no sonara tan áspera y luego añadí—: Te traeré una toalla caliente para que te ayude por la noche.

Me levanté y fui hacia el baño antes de que le diera tiempo a responder, y lo hice girándome para que no pudiera ver la inoportuna tienda de campaña que tenía bajo los pantalones. Cuando salí con la toalla, Jules ya estaba profundamente dormida.

Una ola de alivio y otra de decepción se apoderaron de mí a partes iguales.

Le coloqué la toalla con cuidado sobre la barriga y le puse las manos encima para que no se le cayera. Subí el edredón, apagué la lámpara y regresé al baño; una vez allí, abrí el agua al máximo y dejé que me deshiciera la tensión que sentía en el cuerpo.

Me froté la cara con las manos para intentar encontrarle algo de sentido a lo ocurrido en las últimas catorce horas.

Aquella mañana, Jules y yo habíamos intercambiado insultos como de costumbre; sin embargo, a medida que había ido avanzando el día, le había enseñado a esquiar por voluntad propia, me había preocupado por su bienestar y le había dado un puto masaje de aromaterapia. Por no hablar de que seguía con una erección espectacular.

«¿Qué narices me está pasando?»

En lugar de ceder y ocuparme de lo que me ocurría en la parte baja del cuerpo, me acabé de duchar y me puse los pantalones de chándal.

No podía pajearme pensando en Jules; uno, porque estaba durmiendo en la habitación contigua, y, dos, porque ni siquiera me gustaba. Aunque cierto es que la lujuria y el hecho de que te gustase alguien no siempre tenían por qué ir de la mano.

Me metí en la cama e intenté mantenerme tan alejado de ella como pude. Traté de dormirme, pero mi maldito cerebro no se callaba.

Jules. Alex. Las cartas de Michael. Jules. La puta erección que no se me bajaba. Jules.

La polla me empezó a palpitar con más fuerza y sentí cómo un sutil gruñido se iba apoderando de mi garganta.

Iba a ser una noche muy larga.

14

Jules

Al despertarme olía ligeramente a lavanda y sentí el peso de un brazo fuerte alrededor de mi cintura. Ni siquiera me acordaba de la última vez que me había despertado con un tío en la cama. Normalmente no dormía con el chico después de acostarme.

Aunque tenía un buen brazo. Fuerte, firme y reconfortante, como si pudiera protegerme de cualquier adversidad. Y el chico olía genial.

Exhalé contenta y me acurruqué más a la persona que me estaba abrazando. Sin abrir los ojos. Aún no estaba preparada para de salir de ese agradable nido y enfrentarme a la realidad.

El chico en cuestión me agarró con más fuerza y me acercó a él hasta que mi espalda quedó bien alineada y presionada contra su torso. Cuando soltó un somnoliento y masculino gruñido y hundió la cara en mi cuello, mis labios se encorvaron en una sonrisa. A su vez, como consecuencia de la forma en que las esculpidas y fuertes líneas de su cuerpo se ajustaban a las del mío, más suave, una ola de calor se fue abriendo paso en la parte inferior de mi estómago.

¿Quién era? ¿Nos habíamos enrollado por la noche?

Aún no tenía el cerebro en pleno funcionamiento y ponerme a indagar entre los recuerdos de las últimas veinticuatro horas tan temprano me parecía una tarea demasiado sobrecogedora a estas horas.

Me estiré y rocé algo suave y esponjoso. Abrí un ojo, curiosa, y vi que había una toalla de manos doblada a mi lado, encima de la cama.

¿Qué hacía yo con una toalla en...?

Vermont. Lío de habitaciones. Clases de esquí. Regla. Josh. Masaje.

El cerebro se me despertó de golpe y los acontecimientos del día anterior empezaron a bombardearme la mente a la velocidad de la luz.

Abrí los ojos a más no poder. Si Josh y yo habíamos tenido que compartir habitación, significaba que quien me estaba abrazando...

—¡Aaah! —Lo aparté de un tirón, salté de la cama y, con las prisas, me di en la barbilla con la mesita de noche.

Algún día volvería la vista atrás y me moriría de vergüenza de haber pegado un grito tan soez, pero ahora solo podía pensar en que me había acostado con Josh Chen. Solo literalmente, gracias a Dios, pero aun así...

—Joder —refunfuñó y se tapó los ojos con el antebrazo. Las sábanas resbalaron y revelaron su desnudo y musculado pecho—. Es demasiado temprano para tus gritos de loca, Pelirroja.

Exhalé agitadamente a causa de la indignación.

—Me estabas a-bra-zan-do —le reproché—. Y vas sin camiseta.

Me obligué a mirarlo a la cara en lugar de fijarme en cómo se le tensaban los músculos con cada movimiento que hacía. Esbeltos y potentes; eran los músculos de alguien que se tonificaba

practicando deporte y saliendo al exterior, no de quien se encerraba en el gimnasio.

Hombros anchos, pectorales definidos, la tableta de los abdominales que se asomaba entre las arrugadas sábanas que le envolvían la cintura...

«Basta.»

—Estabas aquí y desprendías calor. Es el instinto. —Josh bostezó y estiró los brazos por encima de la cabeza—. Bueno, me alegro de ver que sigues viva. Ayer estabas que no estabas.

A pesar de haber sonado pasota, me miró fijamente, como si estuviera buscando cualquier indicio del malestar que sentí anoche.

Por suerte, la regla me provocaba un dolor insoportable durante un único día, aproximadamente. Luego, el dolor iba disminuyendo hasta ser normal. Llevaba así desde que tenía once años, de modo que ya había aprendido a organizarme según la fecha prevista en la que me tenía que llegar la menstruación, pero este mes se me había adelantado cuatro días y por eso me había pillado tan desprevenida.

—Ya, pero, bueno, tampoco puedes librarte de mí tan fácilmente. —Mi enfado se disipó un poco al recordar lo que hizo por mí la noche anterior. No sabía si era eso o el simple hecho de tener a alguien que me reconfortara, porque normalmente detestaba estar con gente el primer día de regla, pero su masaje me había aliviado el dolor más que cualquier otra cosa que hubiese intentado a lo largo de los años. Y también debió de haber preparado la toalla con agua caliente después de que me quedara frita.

No tenía por qué haberlo hecho y, aun así, lo hizo.

—Gracias —dije sinceramente y con recelo a partes iguales— por... Ya sabes. —Me señalé el estómago.

Esperaba que Josh se regodeara de mi agradecimiento (el primero que le había ofrecido en toda la vida), pero se limitó a responder:

—De nada.

El silencio se abrió paso entre nosotros. Me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja; de repente, me sentía cohibida. Estaba hinchada de narices a causa de la menstruación y seguro que tenía unas pintas tremendas, grogui a más no poder y con el pelo revuelto de toda la noche.

En lugar de apartar los ojos, Josh se me quedó mirando con una intensidad que me atravesó la piel e hizo que se prendiera una hoguera en mi estómago, parecida a lo que había sentido antes de dormirme anoche.

Estuve a punto de desmayarme, pero la combinación de sus fuertes manos, su acogedora mirada y el dolor que se fue aliviando hicieron que mis fantasías se adentraran por unos senderos vírgenes. Fantasías de cómo sería notarlo en otras partes de mi cuerpo y de si su lengua sería tan hábil como sus manos...

Alguien llamó a la puerta y me sacó de mis inapropiadas cavilaciones.

Josh y yo apartamos la vista el uno del otro. La evidente tensión de sus hombros le hacía la competencia a la rigidez de mis músculos. No estábamos haciendo nada malo, pero no por eso dejé de sentirme como una niña a quien han pillado con la mano en el tarro de las galletas cuando la voz de Ava atravesó la gruesa puerta de roble.

—¿Estáis despiertos? El desayuno recoge en media hora.

Miré hacia el reloj que había en la pared automáticamente. Mierda. Nos habíamos quedado dormidos más de lo que creía.

—Sí —respondí—. Enseguida salimos.

Josh y yo nos cambiamos sin cruzar palabra. Hoy no iba a esquiar ni de broma, así que me

puse unas mallas de yoga y un jersey *oversize*. Cuando me venía la regla, las ganas de arreglarme se reducían a cero.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Ava mientras íbamos a desayunar.

—Mucho mejor. —Gracias a tu hermano—. Gracias, cuqui.

Entrelazó el brazo con el mío.

—¿Qué te parece si, en lugar de ir a esquiar, nos vamos al *spa* después de desayunar? Todavía tenemos el vale por amortizar.

Ay, gracias a Dios, joder.

—Ava, no se lo digas a Alex, pero aquí la más lista de la relación eres tú —le confesé.

Mi amiga se rio.

El resto de la mañana pasó volando. Alex y Josh se fueron a esquiar, y Ava y yo disfrutamos de un masaje y tratamientos faciales en el *spa*. No obstante, a pesar de que la masajista que me tocó estaba perfectamente cualificada, no dio en el mismo punto que Josh.

—Un poco más a la izquierda, por favor... Ahora a la derecha... Un poco más fuerte... —Traté con todas mis fuerzas de descifrar por qué no acababa de disfrutar de la sesión.

—¿Así? —La masajista siguió mis instrucciones al pie de la letra, pero nada de lo que hacía se podía comparar a como lo había hecho Josh—. ¿Qué te parece?

—Genial —musité, tirando la toalla—. Gracias.

Quizás era por el aceite que Josh había utilizado. Olía mejor que los aceites florales del *spa*.

Cuando Ava y yo nos unimos a los chicos para comer, yo estaba más molesta que relajada por mis incesantes pensamientos acerca de cierto médico.

No estaba del todo convencida de que no hubiese mezclado algún tipo de poción sexual con el aceite para masajes antes de untármelo. Era la única explicación que le encontraba al hecho de no poder dejar de pensar en él.

Seguro que había sido tan majo porque quería sacar algo de ello.

—¿Qué tal el *spa*? —Alex apoyó la mano en el respaldo de la silla de Ava y le acarició la mejilla con los labios.

—Súper. —Mi amiga sonrió y se le iluminó la cara con tanto amor que hasta sentí que me dolía el corazón—. ¿Y la esquiada? ¿Habéis vuelto a la pista de triple diamante negro?

—Sí —dijo Josh.

—No —contestó Alex al unísono—. Yo he hecho *snowboard*.

—Ah. —Ava alternó la vista entre uno y otro—. Vaya.

Incómodo de cojones.

Permanecimos en silencio mientras íbamos leyendo la carta. Josh estaba a mi lado y, cada vez que uno de los dos se movía, la pierna de uno se iba rozando con la del otro.

Hamburguesa de la casa, salmón a la plancha...

Cuando apareció el camarero, dinámico y alegre, yo ya había leído la descripción del mismo plato una decena de veces.

—Para mí, el salmón —farfullé cuando todos habían terminado de pedir—. Gracias.

Odiaba el salmón.

Miré a Josh. Esto era culpa suya. Si no me hubiese distraído, no habría tenido problema alguno en acabar de leer la carta entera y habría pedido algo que me gustara.

Él arqueó las cejas.

—Veo que ya vuelves a estar en modo peleona —me dijo mientras Alex y Ava hablaban en voz baja justo delante de nosotros—. Echaba de menos esa mirada llena de enfado. Es como

bálsamo para mi alma.

—Porque estás acostumbrado a vérsela a cualquiera que se cruce contigo.

Discutir con Josh era como ponerme un viejo par de vaqueros: cómodo y familiar.

Josh sonrió y se le marcó el hoyuelo.

—Para nada. Eso tú, Pelirroja. El resto del mundo me adora.

—Te aseguro que eso no es cierto.

Me llegó un mensaje al móvil. Lo miré, deseando distraerme con algo más, pero al leer lo que ponía fruncí el ceño a más no poder.

Número desconocido: Hola, Jules.

Según el prefijo, se trataba de un número de teléfono de Ohio.

Todo lo que tenía alrededor desapareció y un fuerte zumbido se apoderó de mis oídos. Escribí la respuesta con los dedos temblorosos.

Yo: ¿Quién es?

La esperanza, el miedo y la angustia se me arremolinaron en el estómago. Quizás fuese mi madre...

Al cabo de diez segundos que me parecieron una eternidad recibí una contestación y, al verla, casi se me cae el teléfono al suelo.

Número desconocido: Soy Max.

Max. Mi exnovio. ¿Cómo había conseguido mi número de teléfono? ¿Por qué me escribía ahora, después de siete años de absoluto silencio?

Solo podía ser por una cosa y, con solo pensarlo, me subió la bilis a la boca.

Max: Tenemos que hablar.

Metí el teléfono en el bolso. Sentí un sudor frío en las palmas de las manos y me las froté contra los pantalones en un intento por recomponerme.

—Eh.

Al oír la voz de Josh, levanté la cabeza.

Se inclinó hacia mí con la frente arrugada y una expresión que, de haber sido otra persona, hubiese creído que estaba preocupado.

—¿Quién era? Parece que hayas visto un fantasma. —Desvió la vista hacia mi bolso, que ardía con mi móvil dentro.

No iba a responder a Max. No sabía qué decirle ni tampoco quería saber qué quería decirme él. Quizás, si lo ignoraba, desaparecería otros siete años más.

A la mierda los diamantes; el mejor amigo de una mujer era la negación.

—Nadie. *Spam* —mentí.

Josh no volvió a sacar el tema, pero no apartó el peso de su mirada de mí en toda la comida.

Cargué el tenedor de salmón, me lo llevé a la boca y mastiqué. Sabía a cartón.

Me apostaba lo que fuera a que Max todavía tenía ese vídeo. Lo había guardado durante años. ¿Y si de repente había decidido que ya era hora de empezar a ganar dinero a base de chantaje? ¿Y si yo no podía satisfacer sus demandas?

Como ese vídeo viera la luz, arruinaría mi carrera profesional incluso antes de que alzara el

vuelo. Todo por lo que tanto había trabajado se iría al traste en un segundo.

Me empezó a doler el estómago y no solo por la menstruación.

«Creo que voy a vomitar.»

Eché la silla hacia atrás y salí pitando dirección al baño, haciendo caso omiso de las miradas de mis amigos. Llegué justo a tiempo para que mi comida reapareciera. Incluso después de haber sacado todo lo que acababa de ingerir, seguí vomitando hasta irritarme la garganta.

Pensaba que había escapado de mi pasado, pero, a fin de cuentas, nuestros demonios siempre nos acaban encontrando.

15

Jules

Max no volvió a ponerse en contacto conmigo tras aquellos primeros mensajes. Quien lo ignoró primero fui yo, pero su silencio fue haciendo mella en mí hasta que, al embarcar en el avión para volver a Washington, la ansiedad me superaba.

Cuando salí pitando de la comida, puse como excusa la menstruación; nadie me hizo ninguna pregunta, pero el escepticismo de Josh era más que evidente. Pasé del tema; tenía problemas más grandes de los que preocuparme en lugar de rayarme por lo que pensara Josh de mí.

Di un golpecito en el escritorio con el boli y me quedé mirando la pantalla que tenía delante. Mi escritorio había llegado el día anterior y por fin estaba trabajando desde el primer piso del CAML, desde donde oía ligeramente el ruido de la cadena del baño que había al final del pasillo y el tintineo de las campanas que había en el dintel de la puerta cada vez que alguien la abría. Era más caótico que trabajar sola desde la cocina, pero el ruido de fondo hacía que me pusiera las pilas.

A no ser, por supuesto, que me distrajera algo más.

La mirada se me iba al móvil. Lo tenía bloqueado y en silencio al lado de mi taza llena de bolis, pero yo seguía esperando ahí sentada como si en cualquier momento se fuera a iluminar la pantalla con un mensaje de Max.

Debería llamarlo directamente y quitarme esto de encima, pero no era capaz de salir de mi círculo de ignorancia en parte miserable y en parte dichosa.

«Céntrate.»

Respiré profundamente y enderecé los hombros. Me acababa de poner a teclear de nuevo cuando Ellie gritó desde detrás de mí:

—¡Josh! No sabía que venías hoy.

—Hola, El. —La profunda, insinuante y calmada voz de Josh hizo que se me erizara la piel—. ¿Te has cortado el pelo?

Ella rio nerviosamente, halagada.

—Sí. Qué fuerte que te hayas dado cuenta.

La mueca que hice me saludó al reflejarse en la pantalla de mi ordenador. Ellie era maja, pero el *crush* que tenía por Josh era tan evidente que hasta dolía.

—Te queda bien —comentó Josh—. El pelo corto te favorece.

—Gracias. —Otra risita.

Empecé a teclear más rápidamente y el sonido del teclado fue adoptando un ritmo furioso a medida que los pasos de Josh se fueron acercando. Y se detuvo a mi lado.

Pum. Pum. Pum...

—Jules.

Esperé un poco antes de levantar la cabeza y mirar a Josh a los ojos. En lo primero que me fijé

fue en su indumentaria. Era la primera vez que lo veía vestido de médico, ya que normalmente se cambiaba antes de llegar al CAML. Ese uniforme de color azul era demasiado recto como para ser objetivamente favorecedor, pero...

Sentí que me daba una especie de vuelco el corazón.

«Ay, no. Ay, no, no, no.»

Me escandalicé y se me cerró el estómago. No podía sentirme... atraída hacia Josh Chen. Aquí, en Washington, no. Lo de Vermont lo podía atribuir a una pérdida del juicio momentánea debido a la presión atmosférica en las montañas, pero no había ninguna excusa para que me ocurriera aquí.

Cualquier mariposa, cualquier aleteo y cualquier vuelco de corazón eran inaceptables. Impensables. Absolutamente repugnantes.

—Veo que ya te ha llegado el escritorio. —Josh paseó la mirada de mi cara a mi boli rosa peludo favorito. Se le encorvó sutilmente la comisura de los labios—. Parece que seremos vecinos. Mira qué suerte has tenido.

Hizo un gesto con la cabeza y señaló la mesa que había justo delante de la mía, al otro lado del pasillo. Me había preguntado de quién sería, pues la escasa decoración que lo adornaba daba pocas pistas acerca de la identidad del propietario.

—Qué ilusión —respondí con un tono monocorde. Me recosté en la silla y entrecerré los ojos —. No sabía que los voluntarios también tenían su propia mesa.

—No tienen; solo yo —me contó con un deje engreído—. Me quieren mucho por aquí, Pelirroja.

Por desgracia, era verdad. El resto del personal lo adulaba como si fuera la segunda llegada del Mesías. Lo suficiente como para que me entraran ganas de potar.

—Pues no sé por qué. —«No te olvides de la tregua»—. Bueno, por más agradable que sea esta conversación, más vale que siga trabajando. Tengo mucho por hacer —dije tratando de sonar enérgica.

Un destello de diversión atravesó la mirada de Josh cuando respondió:

—Por supuesto.

Se acomodó en su escritorio y no volvimos a hablar en toda la tarde.

Cuando el reloj ya casi marcaba las cinco, yo ya tenía los ojos cansados de haberme pasado tanto rato mirando la pantalla y las muñecas me dolían de tanto teclear. Quizás había sido un poquito agresiva con mi teclado, pero me había servido para descargar la tensión acumulada.

—Menudo día. —Ellie bostezó—. No me vendría mal salir a tomar una copa. ¿Alguien se apunta? La oferta de la hora feliz del Black Fox no está nada mal.

El Black Fox era el bar que había al otro lado de la calle y un antro muy conocido entre el personal del hospital.

—Yo. —Marshall desprendía entusiasmo por los poros. Al igual que Ellie, era investigador asociado a tiempo completo y, si el interés de Ellie por Josh era como una señal de neón intermitente, el interés de Marshall por Ellie era como una valla publicitaria en toda regla, con focos incluidos y letras de tres metros que decían: «TE QUIERO, ELLIE»—. Yo te acompaño.

—Genial —respondió Ellie—. ¿Josh?

—Claro. Yo nunca le digo que no a una copa a buen precio. —Su hoyuelo hizo una breve aparición—. ¿Te animas, Pelirroja?

Dudé. Tenía que estudiar para los finales y hacer las cajas de la mudanza, que estaba a la vuelta de la esquina, pero cierto era que me vendría bien desestresarme un poco.

—Claro, ¿por qué no?

Nadie más pudo venir, de modo que, al cabo de media hora ya estábamos los cuatro alrededor de una mesa en el Black Fox, alargando unas copas un tanto diluidas, pero exageradamente baratas.

—Propongo un juego. —Se suponía que Ellie estaba hablando con todos los ahí presentes, pero tenía la vista puesta en Josh.

Este hizo una mueca con los labios.

—¿Cuál?

Lo tenía sentado a mi lado, con un brazo alrededor de la silla que tenía al costado y, en la otra mano, un cubata de *whisky* y Coca-Cola. Se había quitado el uniforme y, entre su posición, su enmarañado pelo oscuro y la nueva vestimenta (un jersey azul marino de cachemir que se había remangado y el reloj que le relucía en la muñeca), parecía que estuviera posando para una revista de moda masculina.

Me terminé lo que me quedaba de bebida de un trago para intentar estabilizar el calor que se estaba adueñando de mi estómago.

—Verdad o atrevimiento —resolvió Ellie.

—No sé si es buena idea, El. —Marshall, que continuaba sentado, se movió un poco—. Trabajamos juntos. Es poco apropiado.

Contuve las ganas de hacer una mueca. Marshall solo tenía unos cuantos años más que Ellie, pero aleccionar a alguien sobre qué es o no apropiado en un bar en medio de la hora feliz no era la mejor forma de llamar la atención de una chica.

—Pero si solo estamos nosotros. Lisa no está. —Ellie hizo un gesto despreocupado con la mano—. Bueno, ¿qué os parece?

Josh se acercó el vaso a la boca y, con una mirada divertida, sentenció:

—Claro que sí.

—Perfecto. —Ella sonrió y luego se giró hacia mí—: ¿Jules?

—Adelante. —Normalmente habría sido yo la primera en sugerir un juego, pero como me había pasado una semana preocupada, ya no tenía ni energía para eso y lo mejor que podía hacer era seguirles el rollo.

—¿Marshall? —Ellie le dio un codazo y él se sonrojó.

—Vale. —Parecía resignado.

Ellie decidió que debía empezar Josh, lo cual fue una sorpresa para... nadie.

—¿Verdad o atrevimiento? —le preguntó.

—Verdad.

Vaya. Fingí no estar sorprendida. Creía que Josh elegiría atrevimiento.

Ellie se inclinó hacia él de una forma en la que Josh podía verle el canalillo perfectamente. Se había quitado el *blazer* hacía rato y los pechos casi se le salían del top.

Me quedé mirando a Josh, que seguía con la vista clavada en la cara de Ellie. Él ni siquiera pestañeó.

A Marshall le ocurría todo lo contrario. Parecía que fuera a estallar.

—¿Te interesa alguien del Centro? —preguntó Ellie.

Qué sutil.

Josh arqueó las cejas.

—¿Alguien voluntario o del personal que trabaja allí?

Me removí y el plástico emitió un bochornoso ruido cuando desenganché las piernas de la

silla. Josh desvió la vista hacia mí; resultaba evidente que ahora estaba divirtiéndose más aún. Levanté la barbilla, desafiándolo.

—Da igual —respondió Ellie, reclamando de nuevo su atención—. Del personal mismo, por ejemplo.

—Me interesáis todos los del Centro —contestó él—. Sois todos geniales.

Ellie se quedó desanimada porque se acababa de dar cuenta de que debería haber especificado un poco más.

—Jules. —Josh me miró y yo me enderecé, preparándome por lo que pudiera venir—. ¿Verdad o atrevimiento?

—Atrevimiento —contesté sin dudar siquiera.

Una sonrisa se fue formando lentamente en sus labios.

—Te reto a que beses a alguien de esta mesa durante treinta segundos.

Reconocí el satisfecho brillo que tenía en la mirada. Esperaba que fuera a echarme atrás.

Pues qué pena por él, porque yo nunca me había echado atrás ante un reto.

Le aguanté la mirada, me eché hacia delante y acorté el espacio que nos separaba angustiosamente, centímetro a centímetro, hasta que se le escurrió la sonrisa de la cara y se le incendió la mirada.

Esperé a tener la cara prácticamente pegada a la suya antes de girarme bruscamente y besar a un Marshall sobresaltado.

—Mmmphng —gruñó este.

—¿Te importa? —le susurré con los labios pegados a su boca.

—Mmmphng —repitió con un tono un poco más agudo que antes. Como no se apartó, me lo tomé como un «no».

Fui besándolo hasta que pasaron los treinta segundos; luego me aparté. Al ver las reacciones de quienes me rodeaban, sonreí ufana. Ellie tenía la boca prácticamente descolocada y Josh me estaba mirando con una expresión imperturbable que nada revelaba de la diversión anterior. Marshall, a su vez, seguía petrificado en su asiento, boquiabierto y con la mirada perdida.

—Perdona por haberme lanzado así —le dije—. Pero besas muy bien. Te doy un sobresaliente.

—N-n-no pasa nada —tartamudeó—. Esto, eh... Yo... —Miró a Ellie, que lo estaba mirando con algo más de interés que antes.

Reprimí mis ganas de sonreír. La mejor forma de despertar el interés de una mujer era demostrándole que tenía algo de competencia.

—Creo que esto han sido treinta segundos, ¿no? —le pregunté a Josh.

—Más de treinta —replicó—. Debes de haberlo disfrutado muchísimo.

—Como he dicho... —Jugueteé con mi vaso, que ahora ya no contenía líquido alguno dentro —. Marshall besa muy bien.

—Te creo. —Desvió la vista hacia Marshall—. Marshall, tío, te toca.

Jugamos tres rondas más antes de que Ellie se disculpara a regañadientes porque tenía que coger un vuelo a primera hora al día siguiente. Por lo visto, su abuela cumplía ochenta y cinco años y se iba a casa, a Milwaukee, para celebrarlo.

Miró a Josh como si quisiera que se fuera con ella, pero él se limitó a desearle buenas noches y que tuviera un buen vuelo. Marshall, cómo no, se ofreció a compartir un Uber con Ellie, ya que ambos se iban en la misma dirección.

Y nos quedamos solo los dos.

—Está pillada por ti —le confesé a Josh cuando ya se hubieron ido nuestros compañeros. Pillé la última patata frita de la cesta y me la metí en la boca. No estaba rompiendo ningún código de chicas porque estaba completamente segura de que Josh ya lo sabía. Vamos a ver, si es que era tan arrogante que seguramente creería que cualquier mujer hetero iba detrás de él, aunque no fuera el caso.

Sonrió ligeramente.

—Lo sé.

—¿Y a ti te interesa ella?

—¿Te importa?

Mastiqué lentamente y me tragué la patata antes de responder con un deliberado:

—Ni lo más mínimo.

La hostilidad se acomodó entre nosotros, escondiendo a su vez otra sensación.

—Por supuesto que no —contestó Josh en voz baja antes de terminarse la bebida sin apartarme la mirada—. Bonito espectáculo te has montado antes con Marshall.

—No sé de qué me hablas.

—No te hagas la tonta. Es indecoroso.

—No me hago la tonta. ¿Crees que no habría besado a Marshall voluntariamente solo porque no tiene una cara perfecta ni un *six-pack*? —Le lancé una intensa mirada a Josh—. El físico no lo es todo. Al menos Marshall es un chico dulce.

Sonrió con más firmeza.

—Ni quieres ni necesitas a un chico dulce, Pelirroja. Te morirías del aburrimiento.

—¿Eso crees? —Las palabras me salieron de la boca cual dulce veneno—. Pues, por favor, ilumíname: ¿qué quiero y necesito? Como me conoces tan bien...

Josh se inclinó hacia mí hasta prácticamente rozarme la oreja con los labios y me costó la vida y milagros no apartarme. El corazón me empezó a latir con tanta fuerza que, si su voz no se hubiese colado en mí cual oscura seda, peligrosa pero seductora, casi no habría oído su respuesta cuando dijo:

—Quieres a alguien que te desafíe. Que te excite. Que te mantenga en alerta. Y en cuanto a lo que necesitas... —Al notar su aliento con sabor a *whisky* en la piel, se me puso el vello de punta —. Necesitas a alguien que te abra de piernas y te folle hasta que se te quite toda esta mala leche.

Mi reacción fue instantánea.

Los pezones se me convirtieron en unas piedras duras y dolorosas y se me escapó una cálida humedad que me empapó las bragas. Cada vez que notaba su aliento sobre mi delicada piel, la sensación de necesidad que sentía en la parte inferior del estómago se intensificaba aún más.

—¿Crees que Marshall puede hacerlo? —La voz de Josh me envolvió como un abrazo aterciopelado—. ¿Crees que puede follarte como necesitas?

—¿Y tú sí? —conseguí responder. Oxígeno. Necesitaba oxígeno—. Sigue soñando.

—No estaba ofreciéndome. —Josh me rozó la rodilla con la mano una milésima de segundo, pero fue suficiente para encenderme de pies a cabeza—. Pero me gusta saber que se te ha pasado por la cabeza.

Alguien cortó nuestra conversación y me salvó de tener que dar con una respuesta ingeniosa en el estado de aturdimiento en el que me encontraba ahora.

—¿Jules?

Aquella voz desconocida surtió el mismo efecto que un cubo de agua fría.

Me eché hacia atrás de un tirón con el corazón a mil por hora mientras Josh se volvía a

acomodar en su asiento con una enigmática sonrisa de satisfacción.

Menudo cabrón de mierda.

Cuando el intruso se hubiera ido, se la devolvería. Ya encontraría la forma.

Mientras tanto, tenía que atender a alguien más.

Me fijé en el pijo que nos había interrumpido y que me resultaba, en cierto modo, familiar. Llevaba el uniforme masculino no oficial de Washington: una camisa azul y blanca de cuadros finos, unos pantalones caquis y el pelo echado hacia atrás, algo que no le favorecía en absoluto.

Me miraba fijamente, impaciente, y yo lo miré como si nada hasta que fui juntando las piezas en mi mente y caí en quién era.

Todd... El chaval que me había dejado plantada hacía semanas.

16

Josh

Había conocido a un montón de capullos, pero podía afirmar con total seguridad que el tío que tenía delante los ganaba a todos por goleada.

Quizás fuera por su empalagosa sonrisa o por cómo se había repeinado el pelo hacia atrás, como si fuera un político zalamero en las listas de las próximas elecciones. O quizás fuera por cómo miraba a Jules con lujuria, como si fuese un suculento bistec y el tipo llevara días sin comer.

Mi previa satisfacción tras haber conseguido hacer enfadar a Jules dio paso a un odio irracional.

Necesitas a alguien que te abra de piernas y te folle hasta que se te quite toda esta mala leche.

El *whisky* me había soltado la lengua, y el beso entre Jules y Marshall me había dado el empujón final para que dijera lo que ya llevaba un rato pensando. Para que dijera lo que ambos llevábamos pensando desde Vermont.

Jules podía ir tan de gruñona como quisiera, pero no podía esconder el deseo que sentía. Me deseaba tanto como yo a ella, y ambos nos odiábamos por eso.

—Todd. —Jules llenó esa única palabra con todo el desdén del mundo.

Sonreí involuntariamente y luego recuperé una expresión de indiferencia.

¿Jules lo conocía?

—Me ha parecido que eras tú, pero no estaba convencido. Eres aún más guapa en persona —le dijo el chaval sin quitarle los ojos del pecho.

Apreté la mandíbula. Me gustaban los pechos de una chica tanto como a cualquier otro tío, pero ese chaval era maleducado de narices. No la había mirado a los ojos desde que había llegado.

Una parte de mí agradecía la interrupción, que me había salvado de hacer algo de lo que me hubiera arrepentido. Sin embargo, otra parte de mí, una más oscura, quería arrancarle los ojos por mirarla así.

Removí el líquido del vaso que tenía en la mano, molesto por mis violentos e indeseados pensamientos. ¿De dónde diablos salían? ¿Desde cuándo me importaba cómo mirasen los otros tíos a Jules?

«No me importa. La cara de Todd es de esas que te gritan que le pegues una bofetada. Nada más.»

—Tú no. —La voz de Jules contenía tanto veneno que podría haber tumbado a un elefante—. Supongo que las fotos pueden decepcionar de verdad.

Esta vez, a pesar de mi fastidio, no pude evitar sonreír ampliamente.

Jules era agresiva. Y, joder, eso me encantaba.

Si a Todd le molestó el comentario, no lo exteriorizó. Ni siquiera estaba seguro de que la hubiese oído; el tío estaba demasiado ocupado babeando con el pecho de Jules, que amenazaba con hacer saltar los botones de la camisa que llevaba puesta.

—Siento lo de la cita del otro día —le dijo y, tal y como había llegado, mi sonrisa desapareció de inmediato—. Se me estropeó el coche y se me murió el móvil. Te escribí varios mensajes luego, pero no respondiste a ninguno.

Encajé las piezas de aquel rompecabezas antes de que a Jules le diera tiempo a responder. ¿Este tío era el que la había dejado plantada en el Bronze Gear?

Santo Cielo. Pensaba que Jules tenía mejor gusto.

—Si con «el otro día» te refieres a hace casi un mes, disculpa no aceptada —respondió Jules con frialdad—. Además, no me mandaste ningún mensaje, pero eso da igual. Mi juicio debió de estar severamente afectado cuando deslicé hacia la derecha al ver tu perfil. Ahora ya vuelvo a ser la de siempre, así que puedes ir tirando. —Le hizo un gesto con la mano para que se apartara—. Ah, y los ojos los tengo aquí arriba, imbécil.

A Todd le cambió el color de la cara y pasó a un morado que revelaba su enfado.

—Estaba intentando ser majo por lo ocurrido. No hace falta que seas tan cabrona por eso.

Un gruñido grave me subió por la garganta.

Abrí la boca para responder, pero Jules se me adelantó:

—Me da a mí que el único que está siendo un cabrón aquí eres tú. Yo solo estoy tomándome una copa. —Arqueó una ceja—. Sigue molestándome y llamaré a los de seguridad para que te echen a la calle por acoso. Así que, a no ser que quieras que te humille delante de toda esta gente —señaló a la multitud que teníamos alrededor—, te sugiero que sigas mi consejo y te vayas. Ya.

Todd apretó los labios, pero fue lo suficientemente listo como para no poner a prueba la amenaza de Jules.

—Calla —me dijo Jules después de que Todd se fuera cabreado, y se terminó lo que le quedaba del cóctel de un trago sin ni siquiera mirarme.

Levanté las manos en señal de rendición. La tensión que se había apoderado de mis músculos se fue relajando con la marcha de Todd, pero la rabia que me corría por las venas se fue cociendo a fuego lento en mi interior.

—No diré ni mu. —Tras una larga pausa, añadí—: ¿Deslizaste a la derecha por ese tío?

A Jules le subieron los colores.

—Ando liada con Derecho... —soltó—. Mis opciones son limitadas y una tiene ciertas necesidades, así que...

—¿Bajaste el listón al máximo?

—Puede, pero al menos aún no he llegado a ti —dijo dulcemente—. Por cierto, últimamente no te he visto quedar con nadie. ¿Qué ha pasado, Joshy? ¿Ya no encuentras a más mujeres que se crean todas tus chorradas?

—Es por decisión propia, Pelirroja. Puedo conseguir a cualquier tía que quiera en cualquier momento.

—Mentira. A mí no.

—Tampoco lo he intentado.

Nos quedamos mirando el uno al otro y nuestro implícito desafío se quedó flotando en el aire con pesadez.

Si lo intentara..., ¿sucumbiría Jules a lo que sus ojos me decían que quería? ¿Me dejaría abrirle las piernas y hacérselo como había dicho antes o se pelearía conmigo para tener el control

a cada paso que diera?

Se me encorvaron los labios.

Algo me decía que ya sabía la respuesta. Jules nunca ponía nada fácil. Y esa era una de las cosas que, en secreto, me gustaban de ella.

—Menudo arrogante de mierda. —Me estudió con una mirada calculadora—. Ya que confías tanto en tus habilidades con las mujeres, juguemos a algo distinto.

La intriga se apoderó de mí.

—¿A qué?

—Es simple. Vamos a ver quién consigue más números de teléfono en una hora. —Jules ladeó la cabeza y unas cuantas ondas de su sedoso pelo cobrizo le resbalaron por el hombro—. El que gane tendrá permiso para fanfarronear.

Desde fuera podía parecer una tontería, pero, para nosotros, tener permiso para fanfarronear suponía disfrutar de algo con el mismo prestigio que un Rolex o un Lamborghini. Quizás más.

Nuestro bien más preciado era el orgullo.

—Trato hecho. —Sonreí jactancioso. Jules era buena, pero iba a ganar yo.

Como siempre.

—Genial. —Miró hacia el enorme reloj que colgaba de la pared—. Nos volvemos a encontrar a las siete menos diez.

Antes de que terminara la frase, yo ya me había ido. Cuando Jules había empezado a contar las reglas del juego, yo ya me había puesto a mirar a mi alrededor y a trazar mi plan, así que no dudé en ir directamente hacia el grupo de veinteañeras que había en una esquina.

Por suerte, en ese bar había el doble de chicas que de chicos, de modo que tenía ventaja incluso acercándome solo a aquellas chicas que no estaban allí con sus parejas.

Mantuve mis conversaciones breves e insinuantes. Yo nunca prometía más de lo que podía ofrecer, y hacía que las mujeres con las que hablaba se sintieran lo suficientemente cómodas para que no dudaran en darme su número de teléfono al cabo de pocos minutos. Teniendo en cuenta lo rápido que iba de una chica a otra, diría que algunas sabían que tramaba algo, pero eso no les impidió coquetear conmigo.

Cuando dieron las seis y media, yo ya había conseguido más de una docena de contactos. Debería de haberme alegrado, pero al ver que Jules no se movía de su asiento, empecé a sospechar. Le dio un trago a la bebida y me miró, tranquila, mientras yo me iba paseando por el bar.

¿Qué estaba tramando?

Al final ya no aguantaba más, así que terminé la conversación que había entablado con una mujer y fui directo hacia Jules. Apoyé las manos de mala gana en la mesa de madera y entrecerré los ojos.

—Vale, ¿a qué juegas?

—¿Cómo que a qué juego? —me preguntó Jules con cara de inocente como un corderito que acababa de llegar al mundo.

—Nos quedan —volví a mirar el reloj— diez minutos y tú no has intentado hablar ni con un tío. No me digas que estás aquí sentada esperando a que se te acerquen ellos.

Algunos lo habían hecho, pero Jules era de las que tomaban la iniciativa. Le gustaba ir siempre a por todas, en cualquier situación.

—No.

—¿O sea que te rindes? Si te preocupa que vayas a perder, tú solo dímelo. No hace falta

montar un numerito.

—Uy, de rendirme nada. —Al final, Jules dejó la bebida en la mesa, se levantó de la silla y se quitó la chaqueta con unos movimientos que recordaban a la miel deslizándose por una botella de cristal.

De forma lenta, delicada, sensual.

Hostia puta.

Al ver lo que tenía delante, se me secó la garganta.

Jules iba vestida de trabajo: camisa blanca abotonada metida por dentro de una falda gris, tacones negros y un discreto collar dorado que se asomaba por el cuello de la camisa. Pero con ese cuerpo y esa seguridad en sí misma, Jules podría haber ido vestida con la lencería de encaje más sexi del mundo.

Por más que lo intentara, no pude evitar devorarle ese llamativo escote con la mirada, ni la forma en la que la ropa abrazaba sus abundantes curvas. Su voluptuoso cuerpo no era esbelto ni estaba tonificado como el de muchas de las chicas que iban al mismo gimnasio que yo; era más mullido. Abundante. Y demasiado atrayente.

La sangre me corrió caliente por las venas al imaginarme levantándola y empotrándola contra una pared, levantándole esa corta y apretada falda, y follándomela hasta que me explotara la cabeza de oírla gritar.

Me deshice de ese pensamiento de inmediato, pero ya era demasiado tarde. La polla ya se me estaba poniendo dura y la excitación se estaba abriendo paso en la parte baja de mi vientre.

Tensé la mandíbula con fuerza. Odiaba este nuevo efecto que me causaba ahora Jules. Durante años, la amiga de mi hermana no me había puesto nunca, y ahora no podía dejar de fantasear con ella. No sabía qué había cambiado, pero me cabreaba soberanamente.

—Voy a ganar la apuesta. Mira y aprende, Chen —murmuró Jules antes de pavonearse en dirección al DJ.

Verla marchar no me alivió el dolor que sentía en la ingle.

De todas las cosas horripilantes que me podrían pasar, sentirme atraído sexualmente por Jules Ambrose era la peor. Sin duda.

La necesidad, la frustración y la curiosidad se peleaban en mi interior mientras veía cómo Jules le decía algo al DJ. Este asintió y puso cara de compasión.

Cuando se paró la música, una repentina sensación de sospecha se unió a todas las anteriores. «¿Por qué...?»

Al darme cuenta de cuál era su plan, levanté la cabeza de inmediato.

«No es capaz. Ni de puta coña.»

—Siento interrumpir vuestra hora feliz, así que seré breve. —La voz de Jules sonó clara y serena, aunque con cierto deje de vulnerabilidad por todo el bar, ahora en silencio, y todo el mundo se acercó para escucharla—. En resumen: acabo de salir de una relación horrorosa y muy larga, y mi amigo —me señaló y decenas de personas se giraron para mirarme— me ha recordado que la mejor forma de superar una ruptura es con eso de que un clavo saca a otro clavo. Así que busco un revolcón. —La mezcla de titubeo premeditado y provocación que desprendía su voz era suficiente para volver loco a cualquier tío con la mente un poco sucia. Joder, sí que era buena—. Si a alguien le interesa pasar una noche o dos conmigo sin ningún tipo de compromiso, que me dé su número. Gracias.

Fue directa al grano, aunque se hubiese servido de una mentira. Típico de Jules.

Un silencio ensordecedor se apoderó del bar durante uno, dos, tres segundos antes de que se

desatara el caos. Aclamaciones y aplausos reverberaron por la sala mientras decenas de hombres se lanzaban a Jules, casi tropezándose con las prisas por poder ser su «revolcón».

Sacudí la cabeza, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo. Me sentía como si acabara de aterrizar en medio de una inverosímil escena de película. Ver para creer.

Resultaba evidente que ese era el plan de Jules. Era la única persona que conocía que fuera capaz de hacer algo así.

Me miró entre la multitud y sonrió engreída. «Perder es una mierda», articuló con los labios sin llegar a emitir sonido alguno.

Pues sí. Detestaba perder. Pero ni siquiera podía cabrearme por lo que había hecho. Era lista de cojones.

Me pasé la mano por la boca, riéndome por la reticente admiración que sentía.

Jules Ambrose era la pera.

17

Jules

¿Que cuál fue el resultado de nuestro juego? Josh consiguió dieciséis números de teléfono; yo, veintisiete.

—Has hecho trampa. —A pesar de su afirmación, el brillo en los ojos de Josh me decía que estaba más enfadado por no haber pensado antes en mi idea que por el hecho de que yo hubiera optado por una estrategia poco convencional.

—No se puede hacer trampa cuando no hay reglas. —Mi ilusión por la victoria hizo que pegara un pequeño salto al andar.

Nos habíamos marchado del bar después de haber hecho el recuento de números conseguidos y ahora estábamos andando desde la estación de metro de Hazelburg hasta nuestras respectivas casas. Quizás fuera el alcohol o el calor que emanaba el cuerpo de Josh mientras caminaba a mi lado, pero yo me estaba asando con el abrigo puesto, a pesar de que la temperatura de esa tarde noche no llegara a los diez grados. No obstante, como no me apetecía tener que ir arrastrándolo, no me lo quité.

—Debería haberme imaginado que encontrarías un vacío legal. —Josh hizo un gesto con la barbilla y señaló mi bolso, donde había guardado decenas de servilletas con los números de teléfono de varios tíos—. ¿Llamarás a alguno?

—Puede. Peor que intentar conocer a alguien a través de una *app* no será. —La sonrisa se me borró de los labios al recordar mi encuentro con Todd. Menudas narices tenía el chaval para acercarse a mí de esa forma. Aunque, pensándolo bien, el descaro de los tíos era algo sin igual.

—Mmm...

El contrariado sonido de la voz de Josh me caló hasta los huesos e hizo que se me disparara el pulso. ¿Estaba... celoso?

No. Menuda tontería. Para estar celoso, tendría que gustarle y, aunque ahora habíamos desarrollado cierto respeto mutuo (si bien de mala gana), no nos gustábamos. Cada vez que lo veía seguía queriendo abofetearle esa petulante sonrisa de superioridad hasta que le desapareciera de la cara.

—¿Y tú? ¿Vas a llamar a alguno de los teléfonos que te han dado? —pregunté como quien no quiere la cosa.

—Puede —respondió Josh—. Aún no lo he pensado.

—Mmm...

Mierda. El sonido se me escapó de la boca sin pensarlo. Ahora parecía que la celosa fuese yo.

—Bueno, ¿y a ti qué te pasa últimamente? —Me apresuré a añadir para desviar su atención de mi pifia—. Antes te cepillabas a una chica y la cambiabas por otra distinta cada semana, pero ahora hace meses que no te veo con nadie.

—Qué exagerada. Y no me la cepillaba y la cambiaba por otra; dejaba claras mis intenciones

desde el primer momento. No buscaba una relación ni un compromiso, y eso lo sabían todas antes de que hiciéramos nada. —Me miró—. Tú ya me entiendes.

Sí. Nuestro punto de vista en cuanto al sexo y las relaciones era una de las pocas cosas que teníamos en común. Al igual que Josh, a mí nunca me había interesado tener una relación duradera. Tenía demasiados objetivos por conseguir, demasiado mundo por ver y demasiada vida por delante como para atarme a alguien.

Además, después de mi única experiencia en una relación seria, no tenía prisa alguna por meterme en otra.

—¿Quieres estudiar Derecho? —Max hizo una mueca—. ¿Por qué?

—Creo que sería buena abogada. —Jugueteé con el dobladillo de la camisa. Era nueva; me la había comprado con la paga que me daba Alastair, mi padrastro. Después de años de vestirme como una pordiosera, no podía evitar ir tocando la ropa para asegurarme de que no estaba soñando, de que realmente llevaba una camisa de marca que valía más que todo el dinero que me podría haber gastado en comida durante un mes tiempo atrás—. Si me meto en derecho de sociedades, cobraré bien y podré ayudar...

Una estridente risa me cortó.

—Venga ya, Jules.

—¿Qué? —Arqueé una ceja, confundida y algo dolida.

—Eres monísima. —Me sonrió condescendiente, como si yo fuera una niña diciéndole que iba a presentarme a las elecciones presidenciales—. Pero sé realista, cielo: ¿cómo vas a querer ser abogada?

Cogí la camisa con más fuerza.

—Hablo en serio.

—Pues hablemos en serio. —Max me pasó la mano por el hombro y me acarició el brazo con ternura antes de estrujarme el pecho y de que se le iluminaran los ojos con esa mirada de lujuria típica en él—. Estás demasiado buena como para pasarte el día encerrada en una sala de audiencia que apesta a humedad. Deberías ser modelo. Sacarle provecho a esta cara y a este cuerpo. No todo el mundo tiene la suerte de haber nacido tan guapa.

Me obligué a sonreír. Sí, había nacido con un atractivo superior al de la mayoría de la gente, pero no por eso me sentía afortunada. Y menos cuando mi físico era lo único que veían los demás cuando me miraban, o cuando mi propia madre me veía como su competencia en lugar de verme como familia.

Pero a lo mejor Max tenía razón. A lo mejor me estaba precipitando. ¿Qué me hacía pensar que podría ser abogada? Mis notas eran buenas, pero no era lo mismo sacar un sobresaliente en un pequeño instituto de Ohio que conseguir graduarse en una de las mejores universidades de Derecho.

—Venga, ya basta de charlas aburridas. —A Max se le alteró la respiración mientras me desabotonaba la camisa—. Se me ocurre una cosa que podemos hacer con la boca...

Un agrio sabor me inundó la boca. Qué joven e inocente era en esa época. Ya no era la misma que cuando tenía diecisiete años; sin embargo, en algunas ocasiones, los susurros del pasado se

reafirmaban y hacían que me cuestionara todo lo que había conseguido y por lo que tanto había luchado.

Y los recientes mensajes de Max tampoco habían ayudado. Era como el ex que no moría nunca. Metafóricamente hablando, no en sentido literal.

El zumbido que notaba en la cabeza a causa del alcohol se fue intensificando. Quizás debería llamarlo para ver qué quería. Así podría dejarlo atrás de una vez y...

—¡Jules!

El grito de pánico de Josh me perforó el oído al mismo tiempo que oí unos neumáticos chirriar en medio de la noche. Levanté la cabeza y abrí los ojos como platos al ver cómo unos faros se acercaban a mí a toda velocidad.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que había acabado caminando por el medio de la carretera sin darme cuenta.

«¡Muévete!», me gritó mi conciencia; sin embargo, mi cuerpo, no obedeció. Me quedé ahí pasmada, helada, hasta que alguien me cogió el brazo con fuerza y tiró de mí hacia la acera un milisegundo antes de que un camión pasara por delante a toda velocidad y pitando.

Con el impulso, acabé con la cara empotrada en el pecho de Josh. Fue como chocar con un muro de ladrillos. La fuerza del movimiento, combinada con la descarga de adrenalina que había supuesto el estar a punto de morir, me dejaron sin aliento y sin palabras. Y no fui capaz de hacer nada más que no fuera quedarme ahí, apoyada en el pecho de Josh mientras él me envolvía en un fuerte abrazo.

—¿Estás bien? —Sentí que el corazón le latía con fuerza bajo mi mejilla.

—Sí —contesté con la voz ronca y demasiado aturdida como para formular una respuesta más elaborada.

Levanté la cabeza y tragué saliva al ver la expresión de su cara. Tenía la frente arrugada en señal de preocupación, pero le ardía la mirada y una vena le palpitaba visiblemente en la sien.

—Mejor. —Estrechó su abrazo hasta dejarme sin aliento otra vez—. ¿En qué narices estabas pensando? ¿Cómo vas andando así por el medio de la carretera? —Había un hilo de enfado en su voz—. ¡Casi te matan!

—Yo... —No se me ocurrió ninguna respuesta válida.

¿Qué se suponía que tenía que decir? ¿«Estaba demasiado perdida en los recuerdos del imbécil de mi ex como para prestar atención a por dónde andaba»?

Me daba a mí que no se lo iba a tragar.

Joder, si Max fuera la última persona en quien pensara antes de morir, estaría cabreadísima.

—Te he llamado dos veces y ni te has inmutado. —El tenue resplandor de las farolas de la calle le iluminaron el rostro a Josh, perfilando nítidamente el relieve de sus afilados pómulos y la esculpida y marcada línea de su mandíbula—. ¿Qué coño ha pasado?

—Nada. Que me he distraído. —Técnicamente, era cierto. De todos modos, se me retorcieron las tripas al pensar en lo que habría pasado si Josh no hubiese estado ahí—. Gracias por salvarme, aunque me sorprende que lo hayas hecho —añadí para intentar destensar un poco el ambiente—. Veía más probable que me empujaras para que me atropellaran que que lo evitaras.

—No tiene gracia.

—Un poco sí.

—No-tiene-gracia —repitió Josh escupiendo cada palabra como si le dejaran mal sabor de boca—. ¿Crees que morir es divertido? ¿Crees que a mí me resulta divertido ver cómo casi se muere alguien?

Se me desdibujó la sonrisa.

—No —respondí en voz baja.

Tuve la impresión de que ya no estábamos hablando de mí.

Al ser médico en urgencias, Josh tenía que lidiar con la vida y la muerte más que cualquier otra persona a quien yo conociera. No podía ni imaginarme todo lo que presenciaba en el hospital, las llamadas que tenía que hacer y los pacientes a quienes no podía salvar. Pero, como siempre hacía comentarios sarcásticos y lo veía tan alegre, nunca me había parado a pensar en cómo le afectaría.

Josh me soltó y dio un paso hacia atrás con cara seria.

—Te acompaño a casa —anunció en un tono monocorde—. A saber en qué lío acabas metiéndote como te deje sola.

Estábamos a solo un par de manzanas, así que ni siquiera me molesté en protestar. Sabía cuándo librar una batalla y cuándo no.

Caminamos en silencio hasta mi casa. Al llegar, lo encontré todo a oscuras; Stella debía de seguir en la oficina o quizás estuviera en algún evento. Entre la revista y su blog, era como si tuviera dos trabajos.

Una vez en el porche, busqué las llaves en el bolso con la mano temblorosa.

—Me has traído hasta casa sana y salva. Cinco estrellas por tu servicio, dos por la conversación —bromeé mientras metía la llave en la cerradura—. Te daría una estrella por la charla, pero como me has salvado la vida voy a ser generosa.

A lo mejor debería haber sido más seria, en vista del humor de Josh, pero cuando no sabía cómo actuar siempre acababa tirando por el sarcasmo. No podía evitarlo.

Vi cómo se le tensaba la mandíbula.

—¿A ti todo te parece gracioso o es que eres así de inconsciente de verdad? —me interrogó —. Te aceptaron en Thayer para estudiar Derecho, así que entiendo que sí eres algo consciente del mundo que te rodea. Déjate de tantas tonterías, Pelirroja. A nadie le interesa esta fachada.

Me quedé petrificada. Reconocía ese tono de voz. Era el mismo que había utilizado cuando le dijo a Ava que dejara de ser mi amiga. El mismo que siempre utilizaba cuando me veía haciendo algo que, según él, era una «mala influencia», como si no fuera suficientemente buena para él o para sus amigos.

Cortante. Moralista. Hipócrita.

Sentí que me ardía la cara.

—¿Y qué quieres decir con esto? —La puerta de la entrada se abrió justo cuando mi voz adoptó un tono firme y defensivo.

—Significa que vas de tía dura y a quien no le afecta nunca nada cuando, en realidad, todo eso no es más que una fachada. —Dio un paso hacia mí, uno diminuto, pero que fue suficiente para que las puntas de sus zapatos rozaran las de los míos. Ese punto de contacto sirvió de conducto para canalizar todo su enfado, que se trasladó a mí y avivó las brasas de irritación que me quemaban en el estómago—. Lo cual me importaría un bledo si no fuera porque tu imprudencia no solo te afecta a ti. También afecta a quienes te rodean. Pero nunca has pensado en eso, ¿a que no? —Tenía las mejillas sutilmente sonrojadas—. Tú solo piensas en ti. No sé qué cojones te ocurrió en el pasado, pero no hay que ser ingeniero para darse cuenta. Eres una niñita asustada que se lanza a cualquier reto con tal de escapar de tus propios demonios y te da igual los destrozos que causes a tu paso. Típico de la maldita Jules Ambrose.

Un dolor que me caló hondo, hasta los huesos, me dejó sin aliento y me empezaron a escocer

los ojos.

Cualquier tipo de aprecio que hubiésemos mostrado hacia el otro en las últimas semanas se evaporó, calcinado hasta quedar reducido a cenizas por la tormenta de emociones que azotaban el aire a nuestro alrededor.

Ni era únicamente por lo de esta noche ni era tampoco por nosotros. Era por los últimos siete años: por cada insulto, cada mirada con desdén, cada discusión y frustración que habían marcado nuestras vidas, aunque no tuviera nada que ver con el otro. Todo fue hirviendo en mi interior hasta que lo único que pude ver fue una neblina carmesí ante mis ojos como manifestación de lo sumamente enfadada que estaba.

En lugar de intentar tranquilizarme, me recreé con esa sensación.

Estar enfadada me venía bien. Si seguía enfadada, no le daría vueltas a la parte de verdad que escondía su comentario. Y, cuando volví a hablar, las palabras me salieron de la boca envenenadas por ese mismo enfado:

—Mira quién fue a hablar. —Levanté la barbilla y clavé los ojos, con una mirada incendiaria, en los suyos, oscuros como una noche infinita—. Josh Chen, el niño prodigio. El yonqui de la adrenalina. ¿Tú me vas a dar lecciones sobre lanzarme a cualquier reto? ¿Qué hay de las veces que has puesto tu vida en peligro por hacer alguna nueva actividad imprudente a pesar de que eres el único familiar que le queda a Ava? ¿Qué hay de las lecciones morales con las que vas por la vida porque eres médico y se supone que todo lo que haces es lo mejor de lo mejor? —Apreté los puños con tanta fuerza que me clavé las uñas en las palmas de las manos—. Quien no puede pasar página de lo que le ocurrió hace años eres tú. «Me mintió.» «Me traicionó» —dije imitándolo—. Pues te aguantas. Así es la vida. Apechugas y lo superas, o te quedas revolviéndote en tu propio martirio. ¿Crees que yo me escondo tras una fachada? Pues yo diría que tú guardas tanto rencor porque es lo único que te queda. Es lo único que te mantiene vivo y te importa una mierda que eso le haga daño a la gente a la que se supone que quieres.

Fue un golpe bajo, a la misma altura que el otro golpe bajo. Ambos estábamos en la miseria, atascados en la culminación de años de aversión y palabras que jamás le habríamos dicho a alguien más que no fuera el otro. Mentiras que colgaban de un hilo, verdades que salían a la luz y que acababan enmascaradas por insultos.

Una parte de mí estaba hastiada. La otra estaba eufórica a más no poder.

En un mundo donde se esperaba que fuéramos educados y donde saber cuáles eran los límites era lo más importante, no había nada más liberador que soltarlo todo. Sin tapujos.

La ira se apoderó de la cara de Josh.

—Que-te-follen.

—En-tus-sueños.

El frío dejó ver las blancas nubes que se escapaban de nuestros alientos. El aire que nos rodeaba estaba extrañamente calmado, como si estuviera esperando ver cuál sería nuestro próximo movimiento con el alma en vilo.

—No necesito soñar, Pelirroja. —Su voz adoptó un tono oscuro. Ahumado. Se escurrió entre mis defensas y despertó cierto calor en la zona inferior de mi estómago, que en parte no tenía nada que ver con mi enfado y, en parte, estaba completamente relacionado con este—. Podría follarte hasta los sesos ahora mismo. Podría hacer que retiraras todo lo que acabas de decir y que me suplicaras que quieres más cuando ya hubiera acabado.

Era una advertencia, no un arma de seducción. E hizo que la sangre me ardiera todavía más.

—Ya sabes qué dicen de los que presumen tanto. —Sentí un serpenteo en la espalda al notar

el peligro que se respiraba en el aire. Estábamos a nada de cruzar una línea de la que no podríamos regresar, y yo estaba tan alterada que ya me daba igual—. Que la tienen pequeña.

En la cara de Josh se dibujó una sonrisa tan mezquina que incluso me hizo sentir cierta inquietud.

—Uy, Pelirroja. Estás a punto de descubrir lo equivocada que estás —dijo en voz baja.

Se movió con tanta agilidad que ni siquiera pude coger aire antes de que me acercara de un tirón a él y empotrara su boca contra la mía.

Y mi mundo, tal y como lo conocía, se fragmentó en un millón de pedazos.

18

Jules

Me quedé en *shock* y no fui capaz de mover los pies del suelo. Había temido que esto ocurriera, que lo presionara tanto que Josh acabara cruzando su propio límite. Al fin y al cabo, lo había chinchado sin parar.

Pero ahora que estaba ocurriendo de verdad, no supe reaccionar. No me venían las palabras, no me podía mover; solo sentía una completa incredulidad y una misteriosa e inquietante fogosidad que se propagaba rápidamente por mis venas.

El calor de antes se había convertido en un volcán en erupción que no paraba de escupir lava hasta cubrir de emoción todas y cada una de mis terminaciones nerviosas. El corazón me palpitaba con la fuerza de mil caballos al galope y esta misma sensación fue expandiéndose hasta que sentí los latidos por todo el cuerpo: en la cabeza, en la garganta y, de repente, en un lugar dolorosamente sensible entre las piernas.

Josh me agarró por detrás del cuello, haciéndome prisionera mientras me saqueaba la boca.

La forma en que besaba era igual que la forma en la que discutía. Vehemente. Brusca. Explosiva.

Me encantaba, y lo odiaba.

Retomé el control de mis extremidades y levanté las manos para apartarlo, pero, para mi sorpresa, en lugar de hacer eso lo agarré por la camisa. Cerré los puños alrededor del algodón blanco y lo acerqué todavía más a mí hasta que quedamos el uno contra el otro, tan cerca que no sabía dónde acababa yo y dónde empezaba él.

Josh movió las caderas sutilmente; su erección me rozó el sexo y se me escapó un pequeño gemido.

—No tienes suficiente, ¿a que no? —La dulzura de esa burla susurrada a mis labios era completamente opuesta a la fuerza con la que me agarraba el pelo.

Sentí una punzada de dolor y se me humedecieron los ojos. Las pulsaciones que sentía en la parte inferior de mi vientre se intensificaron.

—Que te jodan —respondí entre dientes.

—Ya sé que eso es lo que quieres, Pelirroja. —Me mordió el labio inferior y tiró de él con la fuerza suficiente para hacer que otro escalofrío lleno de dolor y placer me recorriera entera—. No hace falta que ruegues.

Un grave gruñido me subió por la garganta. Al final lo aparté con el corazón a mil por hora y los labios y el coño palpitándome por igual.

—Nunca te rogaré nada a ti.

Josh se secó la boca con el dorso de la mano con un movimiento tan lento y deliberado que resultó más sensual de lo que debería haber sido. La excitación le sonrojó sus marcados pómulos

y la intensidad de su mirada me quemó la piel mientras me recorría la cara hasta llegar al punto donde se me abría el abrigo.

—Yo no estaría tan seguro. —Las brasas de sus ojos ardían con más fuerza aún—. Hagamos otra apuesta, Pelirroja. Apuesto a que si te abro de piernas y te levanto esta faldita que llevas, veré que estás empapada. Y apuesto a que podría hacer que me suplicaras para que te la metiera, para que haga que te corras con tanto ímpetu que incluso verás las estrellas antes de que se haga de día.

Apreté los dientes, molesta. No me gustaba nada su ego, su arrogante sonrisa de superioridad, absolutamente nada que proviniera de él. Y, aun así, estaba tan mojada que sentía cómo chorreaba con solo imaginarme que las obscenas palabras que acababa de pronunciar se hicieran realidad.

—Buen intento, Joshy, pero no pienso morder el anzuelo.

Fue una respuesta de cobarde, pero estaba a nada de estallar y me negaba a darle la satisfacción de ser él quien lo causara.

—Ya decía yo... —me provocó—. ¿Te da miedo, Jules?

—¿No pillas las indirectas, Josh?

Nos aguantamos una fulminante mirada. Nuestro enfado se palpó en el frío aire de la noche antes de que el espacio que nos separaba volviera a desaparecer y nuestras bocas colisionaran de nuevo la una con la otra. Con más fuerza, más desesperadamente que la primera vez y con nuestras lenguas peleándose por tomar el control mientras, con las manos, nos recorríamos toda la piel.

Josh me empujó hacia la puerta, que estaba medio abierta, y la cerró con una patada detrás de nosotros sin dejar de besarme.

Fuimos serpenteando los dedos por encima de la ropa en unas prisas frenéticas por deshacernos de ella.

Mi abrigo. Su camisa. Mi falda. Sus pantalones. Todo fue cayendo al suelo del salón hasta que estuvimos desnudos y un zumbido eléctrico que me recorría las venas e inundaba el aire nos envolvió cálidamente la piel.

—Ponte a cuatro patas.

Se me puso la piel de gallina al oír la tosca orden de Josh, pero, en lugar de obedecer, levanté la barbilla desafiante y le dije:

—Oblígame.

Casi no me dio tiempo de acabar de pronunciar la palabra. Josh dio dos zancadas, acortó la distancia entre nosotros y me dio la vuelta. Apoyó su rodilla en la parte trasera de la mía y me obligó a agacharme. Intenté resistirme, pero no podía competir con la fuerza de Josh.

Me inmovilizó ambas muñecas detrás de la espalda con una mano y coló la otra entre mis piernas para acariciarme el clítoris.

La sacudida de placer que sentí se transformó en algo a medio camino entre un gemido y un grito ahogado.

—¿Qué decías? —Se burló Josh. Se abrió paso dentro de mí con un dedo y, con el pulgar, siguió rozándome el clítoris. Estaba tan húmeda que no sentí ningún tipo de fricción cuando me metió el dedo entero—. Justo como me lo imaginaba. Estás mojada de cojones.

Apreté los puños. Ya estaba jadeando y tan cachonda que apenas podía pensar con claridad, y eso que esto solo acababa de empezar.

—Suplícame, Pelirroja. —Encorvó el dedo y dio en el punto más sensible de mi interior,

desencadenando otro gemido antes de sacarlo lentamente y metérmelo de nuevo. Su respiración se volvió más pesada—. Suplícame que te folle. Que haga que te corras alrededor de mi polla de la forma que tanto anhelas.

—Ya te gustaría. —Me clavé las uñas en las palmas de las manos—. Mi vibrador lo hace mejor que tú. Incluso cuando lo tengo en el modo más lento.

Josh soltó una sutil risa.

—Siempre tienes que ponerlo difícil. —Me soltó las muñecas, me agarró del pelo y me tiró la cabeza hacia atrás hasta que su boca quedó cerca de mi oreja—. Pero a mí me encantan las peleas.

La respuesta que quise darle murió en mi lengua en el preciso momento en que Josh me metió otro dedo con fuerza. Dentro, fuera, dentro, fuera, cada vez más rápido hasta que un hormigueo me avisó del inminente orgasmo que se estaba formando en mi interior. Josh estiró el brazo y me pellizcó un pezón; un escalofrío me recorrió de pies a cabeza justo cuando el...

Josh apartó las manos.

«¡No!»

Al soltarme, caí de cuatro patas y solté un pequeño grito, frustrada porque me hubiera arruinado el orgasmo. Giré la cabeza y lo miré cabreada:

—Capullo de mierda.

Mi único consuelo era saber que yo no era la única que lo estaba pasando mal. Josh respiraba entrecortadamente, cogiendo profundas bocanadas de aire que hacían que se le moviera el pecho al compás, y tenía la polla tan empalmada y dura que seguro que le dolía. Un rayo de luz de luna atravesó las ventanas y dibujó afiladas sombras en el rostro de Josh, resaltando su firme mandíbula y la fogosa lujuria que le brillaba en los ojos.

—Ya sabes lo que tienes que hacer si quieres correrte. —Una sonrisa se le dibujó en los labios mientras Josh me abría más de piernas—. Mírate. Menudas pintas.

No tenía ni que mirarme a mí misma para saber que tenía razón. La humedad me resbalaba por los muslos y cada vez que el aire me rozaba mi desnudo coño otro escalofrío me recorría entera, recordándome que necesitaba más.

Aun así, me aferré con fuerza a la parte racional de mi cerebro para darle la vuelta a la tortilla.

Si quería jugar a manipular, podía irse preparando.

—¿Te da miedo no poder estar a la altura de tu promesa, Chen? —murmuré—. ¿Qué hay de lo de follarme hasta que se me quite toda esta mala leche? Hablas mucho, pero veo que lo de terminar lo que empiezas no acabas de llevarlo demasiado bien. —Señalé su erección con la mirada.

A pesar de haberlo provocado así, el sexo se me encogió al ver lo que tenía delante.

El cuerpo de Josh podría servir de molde para esculpir la estatua de un dios griego. Hombros anchos, unos abdominales perfectamente marcados, unos brazos tonificados... y una polla larga y gorda que tenía toda la pinta de poder dejarme destrozada sin demasiado esfuerzo.

Joder. Se me secó la boca.

Se inclinó hacia mí y, sin apartarme la mirada de encima, me agarró el cuello con una mano. Me apretó con la fuerza suficiente como para dejarme sin aliento unos cuantos segundos antes de dejar de presionar tanto. Cogí aire profundamente para llenarme los pulmones con la cabeza un poco aturdida por la breve falta de oxígeno.

—Un día de estos —dijo—, esa boquita que tienes te acabará metiendo en problemas.

No tuve ni tiempo de contestar antes de que se hundiera en mí desde atrás con un violento

empellón. Se me escapó un grito al notar su tamaño y la brutalidad con la que me follaba. Se me humedecieron los ojos, pero mi grito acabó convirtiéndose en una sarta de gemidos y chillidos mientras me penetraba.

—¿Qué dices? —El aliento de Josh me acarició la mejilla—. Tú siempre tienes muchas cosas por decir. ¿Dónde están ahora tus palabras, eh?

—Vete-al-infierno —jadeé. Fue la única frase que conseguí decir antes de que otra fuerte embestida me desordenara los pensamientos.

Se rio por lo bajo, lúgubre, y ese sonido me caló hasta los huesos.

—Tú eres mi infierno personal, Pelirroja. —Volvió a tirarme del pelo bruscamente—. Y no quiero irme de aquí.

Antes de que pudiera deducir el significado de sus palabras, Josh me dio la vuelta y me quedé bocarriba. Siguió sin apartarme la mano del cuello para inmovilizarme mientras me levantaba una pierna y me la acomodaba en su hombro. Con esta postura, llegó a puntos que ni siquiera sabía que existían.

Le clavé las uñas en la piel, en parte por instinto y en parte para devolverle que me hubiese mareado tanto. Una sensación de satisfacción se apoderó de mis labios al oírlo sisear de dolor mientras le recorría la espalda con las uñas. Como represalia, empezó a follarme más abruptamente hasta que nuestros gemidos y los furiosos choques de nuestros cuerpos fueron el único ruido que se oía en mi oscuro salón.

Me contraje a propósito alrededor de su miembro hasta que Josh soltó un siseo grave. Tenía la frente cubierta de sudor y una expresión tan tensa en la cara que parecía que estuviera rígido como el mármol.

—Por lo que parece, no soy la única que tiene que correrse —lo vacilé.

Volví a contraer mi sexo y el siseo de Josh se transformó en una maldición.

—Iba a tomármelo con calma contigo, pero ahora... —Hizo más presión en mi cuello hasta que se me empezó a nublar la visión y me subió la temperatura corporal—. Tendremos que hacerlo a las malas.

El siguiente empellón fue tan violento que acabé de soltar el poco aliento que me quedaba.

Lo que estábamos haciendo no tenía nada de cariñoso o sensual. No se trataba de ningún vínculo afectivo. Ni siquiera se trataba de atracción física, por más húmeda que estuviera o por más que me penetrara.

No. Estábamos follando como si esto fuera nuestra catarsis, como si nos estuviésemos deshaciendo de todas las experiencias oscuras y horribles que habíamos ido acumulando a lo largo de los años. En parte era liberador que no te importara una mierda lo que pensara la otra persona de ti. Podíamos ser las peores y más descontroladas versiones de nosotros mismos y, en un mundo donde la gente intentaba ponerle etiquetas a todo, era estimulante y doloroso por igual.

Pero, por muy bien que me sintiera, mi orgasmo seguía sin llegar. Cada vez que estaba a punto de alcanzarlo, Josh ralentizaba el ritmo, prolongando nuestra sesión de exquisita tortura furiosa.

—Suplícame, Pelirroja. —Josh coló una mano entre nosotros y me acarició el clítoris, lo cual hizo que otra explosión de placer se apoderara de mi cuerpo—. Dime lo mucho que necesitas correrte. —Me rozó el cuello con los dientes y chupó con fuerza—. Dime lo mucho que necesitas que haga que te corras.

En otro momento le habría soltado alguna broma sobre problemas de autoestima, pero estaba demasiado ida como para pensar con claridad.

—No. —La negación salió de mi boca en un tono que me pareció débil incluso a mí. Quería sentirme aliviada desesperadamente. Tardaría nada y menos en ceder, pero antes de hacerlo iba a oponer algo más de resistencia.

—¿No? —Josh ralentizó sus embestidas y otro grito lleno de frustración se asomó a mi garganta.

Menudo gilipollas, sádico de mierda.

—Te odio —gemí. Meneé las caderas inútilmente en busca de la fricción que tanto necesitaba.

—Eso espero. —Me miró con un brillo en los ojos—. Utiliza esa boquita, Pelirroja, o estaremos aquí toda la noche.

«No lo digas.»

Volvió a penetrarme con una lentitud martirizadora.

No fui capaz de reprimir mis lastimosos gemidos mientras él iba jugando conmigo, llevándome al extremo hasta que prácticamente me hizo perder la cabeza.

«No lo digas, no lo digas, no-lo-di-gas...»

—Por favor —escupí.

—¿«Por favor» qué?

—Por favor, deja que me corra. —Mis palabras se convirtieron en un gemido a la vez que Josh fue acelerando el ritmo.

—Puedes hacerlo mejor. —Le resplandecía la piel del sudor y se le tensaron los músculos del cuello. Contenerse lo estaba torturando tanto a él como a mí, pero no podía alegrarme por eso cuando estaba a punto de volverme loca.

Una descarga eléctrica estalló dentro de mí cuando dio justo en ESE punto.

—Josh, por favor... —sollocé; ya me daba todo igual—. No puedo... Necesito... Por favor...

Que lo llamara por su nombre debió de despertar algo en su interior, porque por fin dejó de vacilarme y empezó a follarme con todas sus fuerzas otra vez.

—Es increíble, joder —gruñó—. Te encanta sentir mi polla en tu apretado coñito, ¿a que sí?

—Sí —jadeé—. Sí, joder, por favor... Voy a... a... ¡Oh, Dios! ¡Oh, joder!

Grité mientras un incandescente placer se apoderaba de mí, quemaba cada pensamiento y cada recuerdo, y dejaba una soporífera sensación de placer a su paso.

Josh continuó follándome y un segundo orgasmo siguió al anterior, y luego le siguió un tercero. Fueron encadenándose uno tras otro, escurriéndome hasta que no fui más que un montón de carne en el suelo.

Después de mi tercer o cuarto orgasmo, Josh se corrió y nos quedamos ahí tumbados, respirando pesadamente en medio del repentino silencio antes de que se diera impulso para levantarse y tirase el preservativo a la basura que tenía no demasiado lejos de aquí. Ni siquiera me había dado cuenta de que se lo había puesto.

La neblina que me había provocado la lujuria abandonó mi mente. Yo siempre siempre me aseguraba de que los tíos utilizaran protección, aunque me tomase la píldora anticonceptiva. Gracias a Dios, Josh se lo había puesto, pero el hecho de que ni siquiera se me hubiese ocurrido preguntárselo...

Mierda.

Me quedé mirando cómo se vestía en silencio y por fin caí en lo que acabábamos de hacer.

Acababa de acostarme con JOSH CHEN. El hermano de mi mejor amiga y una de las personas a quienes más despreciaba.

Y no solo acababa de acostarme con él sin más. Había sido sexo enfadado, de ese que te hace encoger los dedos de los pies y que te nubla la mente. Le había pedido más y me había corrido con tanto ímpetu que todavía me duraban las secuelas.

«Dios mío...» Se me retorcieron las tripas. «¿Qué he hecho?»

19

Josh

Existían, por lo menos, doce tipos distintos de sexo.

Existía la opción de hacer el amor de forma dulce y sensual. Existía el sexo duro. Existían los polvos rápidos y los interludios emocionales, y entre estos cabía cualquier tipo de relación íntima imaginable. Después de veintinueve años en este mundo, creía que ya me había tirado a chicas de todas las formas posibles.

Hasta que llegó Jules.

Ni siquiera sabía cómo llamar a lo que habíamos hecho. Describirlo como «sexo» me parecía demasiado anodino y general. Había sido algo más carnal, más primitivo. Algo que se coló hasta el nido de espinas que tenía escondido en los recovecos de mi conciencia y las arrancó de ahí para que estuvieran a la vista de todo el mundo. Cada una de mis sombras y de los pedazos rotos de mi ser quedaron al descubierto.

Jules había desenterrado una versión de mí más oscura que ni yo mismo reconocía y, ahora que había salido a la luz, no estaba convencido de poder volver a esconderla nunca más.

Debería haberme aterrorizado, pero fue algo más bien liberador. El mayor subidón que había experimentado hasta entonces.

Mejor que hacer salto base. Mejor que hacer ciclismo de montaña por el infame Camino de la Muerte en Bolivia. Un millón de veces mejor que cualquier noche que hubiera compartido con otra mujer en el pasado.

Antes de que me fuera esa noche, Jules y yo no volvimos a hablar. Sin embargo, al cabo de unos días, me consumió la necesidad de repetirlo.

—Tierra llamando a Josh. —Ava me chasqueó los dedos en la cara—. ¿Estás aquí? ¿O ya estás en Nueva Zelanda? —bromeó.

Me obligué a volver al presente. Habíamos quedado para comer porque era uno de esos pocos días en que ambos librábamos.

—Sí. —Le di un sorbo al agua, aunque deseaba que fuese algo más fuerte. ¿Era demasiado temprano para empezar a beber? En algún lugar del mundo ya serían las cinco de la tarde, ¿no? —. Ojalá estuviera en Nueva Zelanda. Me muero de ganas, joder.

Ya solo quedaban siete semanas para que me fuera de viaje. Estaba entusiasmadísimo, pero no era capaz de trasladar ese entusiasmo a las ganas de hablar del tema. Los pensamientos de Jules me tenían demasiado distraído.

A lo mejor no me equivocaba cuando decía que esa chica era un súcubo. Era la única explicación que se me ocurría para entender cómo se había infiltrado en mi mente cada segundo del día que pasaba despierto, e incluso cada segundo que pasaba durmiendo.

—Te lo pasarás genial. —Ava cogió un trozo de pan y se lo metió en la boca—. Pero te advierto: como te olvides de traerme un recuerdo de *El señor de los anillos* no te perdonaré

nunca.

—Ni siquiera te gusta *El señor de los anillos*. Te quedaste dormida a mitad de la primera peli.

—Ya, pero no puedes ir a Nueva Zelanda y no traer un recuerdo relacionado con eso. Sería inhumano.

—«Inhumano.» No creo que signifique lo que tú crees —dije citando una de nuestras películas favoritas.

Sí, *La princesa prometida* era una de mis películas favoritas. No me daba vergüenza admitirlo. Esa peli era un puto clásico.

Ava hizo una mueca.

—Lo que tú digas. Por cierto, ¿dónde estabas el miércoles por la noche? No respondiste a ninguno de mis mensajes.

Mierda. Le había contestado a la mañana siguiente, pero tenía la esperanza de que no me preguntara por qué había desaparecido cuando habíamos dicho que quizás podríamos ver la última película de Marvel juntos.

—Perdona. Surgió algo que tuve que gestionar inmediatamente.

¿Qué diría Ava si supiera que me había acostado con su mejor amiga? Seguro que nada bueno. Era extremadamente protectora con sus amigas, y sabía que Jules y yo éramos como el agua y el aceite.

Menos en la cama, por lo visto.

—Y el premio a la respuesta más difusa va para... —Le saltó la alarma del móvil e hizo una mueca—. Vaya, tengo que irme. He quedado con Alex para ir a ver una exposición en la Galería Renwick. Me ha gustado que nos hayamos puesto al día. —Se levantó y me dio un breve abrazo —. Descansa un poco, ¿vale? Tienes cara de estar reventado.

—¿Qué dices? Qué va. —Observé mi reflejo en la ventana de hoja de vidrio y me relajé. No estaba pálido ni tenía ojeras o bolsas en los ojos. Tenía un aspecto estupendo.

—He hecho que te mires. —Ava sonrió al ver que fruncía el ceño—. Mira que llegas a ser creído.

—Eso lo dice Carly Simon en su canción *You're So Vain*, pero la descripción no se ajusta a mí. —Que me preocupara por mi apariencia no significaba que fuera creído. En este mundo, las apariencias lo eran todo; era lógico que quisiera estar guapo—. Pensaba que te tenías que ir —señalé.

Adoraba a Ava, pero, igual que cualquier hermana pequeña, a veces podía ser una tocapelotas de narices.

Con razón se llevaba bien con Jules.

—Vale, ya pillo la indirecta. Pero te lo digo en serio —me dijo por encima del hombro mientras se iba—, descansa. No puedes depender toda la vida del café.

—¡Pero puedo intentarlo! —grité a sus espaldas y los comensales que había a mi alrededor me miraron con caras raras.

Ava siempre se quejaba de mi ciclo de sueño, pero yo era residente de Medicina. En mi vida no existía semejante cosa como un «ciclo de sueño».

Pagué y me fui poco después que mi hermana. Habíamos compartido un buen rato mientras comíamos, pero me hubiera gustado que pudiéramos hablar de algo más que no fuera nuestro trabajo y nuestros planes para el fin de semana. Antes siempre nos pedíamos opinión el uno al otro, pero ahora ella tenía a Alex y yo, un sinfín de mierdas de las que no le podía hablar. Sobre

todo lo que había ocurrido con Jules y las cartas de Michael, que precisamente había recibido otra ayer.

Ya habían pasado tres años y todavía era incapaz de sacarlo de mi vida por completo. No iba nunca a verlo a la cárcel, pero guardaba su correspondencia como si fuera un indicio de..., bueno, ni idea. Pero cada día tenía más curiosidad. Era cuestión de tiempo que acabara abriendo una de sus cartas algún día, y ya odiaba a mi futuro yo por eso. Lo veía como una traición.

Michael había intentado matar a mi hermana y había incriminado a mi madre, y yo seguía aferrándome a la otra parte que describía al hombre que había sido. Al hombre que me había enseñado a montar en bici y me había llevado a ver mi primer partido de baloncesto cuando tenía siete años. El que no era un criminal, sino mi padre.

Tragué saliva amargamente mientras entraba en la estación de metro justo a tiempo para coger el siguiente tren hacia Hazelburg. Aparté los pensamientos de Michael y decidí centrarme en los planes que tenía para el resto de la tarde. Cada vez que pensaba en mi padre entraba en bucle, y no quería desperdiciar mi valioso día de descanso agonizando al respecto.

Me fui dando golpecitos en el muslo con los dedos, inquieto. Ya era demasiado tarde para ir a hacer senderismo. Quizás podía llamar a algunos viejos amigos de la universidad para ver si estaban libres y si les apetecía echar el rato.

«O puedes volver a ver a Jules.»

Apreté los dientes. Joder, ¿qué narices me pasaba? Habíamos follado. Y había sido increíble, pero solo había sido sexo. No debería obsesionarme tanto por haberme enrollado con ella una sola noche.

Cogí el móvil y abrí una guía de viaje de Nueva Zelanda con la intención de quitarme a cierta pelirroja de la cabeza.

No funcionó.

Cada vez que veía una cascada, me imaginaba a la maldita Jules debajo.

Cada vez que veía un restaurante, me imaginaba a Jules y a mí comiendo ahí, juntos, como una puñetera pareja.

Cada vez que veía un sendero, me imaginaba... Bueno, ya os hacéis a la idea.

—Joder. —Me estaba volviendo loco.

La mujer que estaba sentada a mi lado con su hija pequeña me fulminó con la mirada antes de alejarse vagón abajo.

En otra ocasión me habría disculpado, pero estaba demasiado molesto como para hacer algo más aparte de un pesaroso mohín.

Solo había una opción para quitarme a Jules de la cabeza. No me gustaba, pero era la única que quedaba.

Cuando llegué a Hazelburg, fui directo hacia la casa de Jules. Estaba a punto de hacer algo que seguramente fuese una mala idea, pero prefería eso a tener a Jules viviendo en mi cabeza a saber cuánto tiempo más.

Llamé a la puerta. Al cabo de un minuto, esta se abrió y detrás de ella aparecieron unos rizos morenos y unos sorprendidos ojos verdes.

—Hey, Josh —me saludó Stella—. ¿Qué haces aquí?

Mierda. Se me había olvidado que Jules tenía una compañera de piso. Al igual que todo el mundo, Stella pensaba que Jules y yo nos odiábamos (en realidad, era cierto), así que sería raro que dijera que me había presentado ahí para ver a Jules. A no ser que...

—Tengo que hablar con Jules sobre un caso del Centro —mentí—. Es urgente. ¿Está aquí?

En caso de que Stella sospechara algo, no lo demostró. Aunque, en realidad, de toda la gente que conocía, Stella era una de las que más confiaba en los demás, así que probablemente no se le ocurriera que quizás no estaba diciendo la verdad.

—Sí. Pasa. —Abrió la puerta de par en par e hizo un gesto con el brazo para que entrara—. Jules está arriba, en su habitación.

—Gracias. —Subí los escalones de dos en dos hasta que llegué al cuarto de Jules.

Llamé a la puerta con los nudillos y esperé.

—¡Adelante!

Entré y cerré la puerta tras de mí.

Jules estaba sentada en su escritorio y menos arreglada de lo habitual. Pantalones de chándal, una camiseta *oversize*, sin maquillaje, y con el pelo recogido y revuelto en un moño. A pesar de que me gustara la ropa reveladora, también me gustaba esa versión de Jules. Era más auténtica. Más humana.

Al verme ahí, le cambió la cara. Volvió a centrar la vista en su ordenador y siguió escribiendo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó como si nada, como si no tuviera sus uñas marcadas en toda la espalda de cuando me la había follado hacía unos días.

Me deshice del enfado, me apoyé en la cómoda y me crucé de brazos.

Tenía trabajo por hacer, viajes por planear y horas de sueño por dormir. Sin embargo, hacía cuatro días, once horas y treinta y dos minutos desde que nos habíamos acostado y desde entonces todo habían sido recuerdos de canela y calor y cómo se deslizaban mis manos por su sedosa piel.

No sabía qué clase de hechizo de vudú me había echado Jules, pero tenía que quitármelo de encima. Si una noche no había bastado, tiraría de todas las noches que hiciera falta para deshacerme de mi alarmante obsesión por ella.

—Tengo una propuesta para ti —anuncié.

—No. —Jules no levantó la vista de la pantalla.

—Te propongo que lleguemos a un acuerdo beneficioso para los dos —proseguí haciendo caso omiso de su directa negativa—. Por más que me duela aceptarlo, no fuiste terriblemente mala el otro día, y sé que yo tampoco lo soy. Ambos estamos demasiado ocupados como para salir con alguien o tener que lidiar con lo de buscar a una persona por Internet. Así que deberíamos llegar a un acuerdo de amigos con derecho a roce, pero sin lo de ser amigos.

Mi idea era increíble, si se me permitía decirlo. La atracción física estaba ahí y ninguno de los dos tenía que preocuparse por que el otro no fuera a pillarse. Podíamos follar hasta que nos cansáramos.

Sinceramente, Mensa debería ofrecerme una membresía por haber trazado un plan tan brillante.

—Josh. —Jules cerró el ordenador y me miró—. Preferiría arder en las abrasadoras profundidades del infierno que volver a dormir contigo.

Sonreí con suficiencia.

—No vamos a dormir demasiado, Pelirroja. ¿O se te ha olvidado?

En un momento en concreto, se acordó de la otra noche juntos y lo vi.

Se le dilataron las pupilas, se le aceleró la respiración y un sutil color rosado le acarició las mejillas. Una persona cualquiera no se habría dado cuenta de esos mínimos cambios, pero yo no era una persona cualquiera. Quisiera o no, me daba cuenta de todo lo que tenía que ver con Jules.

Los labios se me encorvaron, llenos de satisfacción.

—No vamos a hacer demasiado de nada más allá de tolerar la presencia del otro por el bien de Ava —respondió entre dientes—. Tienes suerte de que no te arrancara la polla de un mordisco.

—De haberlo hecho, no habrías podido correrte con tanta fuerza con mi polla dentro de ti. En múltiples ocasiones —contesté con voz aterciopelada—. Y habría sido una terrible pena. Tus gritos son muy dulces.

Jules gruñó y yo sonreí.

—Eres una persona racional. Piénsalo —proseguí—: los dos tenemos nuestras necesidades y esta es la forma perfecta de satisfacerlas sin el dolor de cabeza que implica el encontrar a alguien con quien enrollarse. Menos Todds, más orgasmos. Los dos salimos ganando.

Jules permaneció en silencio. Se lo estaba planteando.

Me apresuré y aproveché la situación para acabar de rematar:

—Aunque si tienes miedo de que vayas a acabar enamorándote de mí, tampoco te culpo. —Me encogí de hombros como si nada—. Soy bastante irresistible.

Al ver cómo le brillaba la mirada, se me ensanchó la sonrisa. Los retos eran la debilidad de Jules, y la mía también.

—Ni en tus mejores sueños. —Jules se recostó en la silla—. ¿Te acuerdas del juego del otro día? Gané yo. Tú perdiste.

—Yo no tengo sueños contigo, Pelirroja. Solo pesadillas.

—Podrías haberme embaucado, teniendo en cuenta cómo te corriste tú el otro día. —Jules se deshizo el moño para soltarse el pelo y este le cayó en cascada por encima de los hombros. Ese movimiento le estiró la camiseta alrededor del pecho y mis ojos se deslizaron involuntariamente hasta donde la fina tela dejaba entreverle los pezones, duros como dos piedras.

Cuando volví a levantar la vista, se me habían tensado los pantalones y Jules sonreía engreída.

—Si vamos a seguir adelante con esto, tenemos que estipular unas cuantas normas.

Bingo. Misión cumplida.

Saboreé el triunfo un segundo antes de inclinar la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Las damas primero.

Había aprendido mi lección tras nuestra apuesta en el Black Fox. Siempre había que estipular las normas.

—Es un acuerdo estrictamente físico —dijo Jules—. No le pediremos nada al otro más allá del sexo, así que no me preguntes ni dónde estoy ni qué hago cuando no estemos juntos.

—De acuerdo. —No tenía pensado hacer nada de eso—. Esto se queda entre tú y yo. No se lo puedes decir a nadie: ni a tus amigos, ni a la gente del Centro y, sobre todo, tampoco a Ava.

—Claro que no se lo diré a nadie. —Jules arrugó la nariz—. No quiero que la gente sepa que me relaciono contigo.

—Ya te gustaría tener esa suerte.

Seguimos dictando el resto de las normas rápidamente.

—Utilizaremos siempre protección.

—Nada de quedarse a dormir en casa del otro.

—Nada de tener celos si la otra persona tiene una cita con alguien más.

Me parecía bien. Un rollo cerrado de amigos-sin-ser-amigos con derecho a roce se parecería demasiado a una de esas relaciones en las que estás con el otro solo para tener a alguien.

—Si quieres acabar con el acuerdo, dímelo sin tapujos. Nada de *ghosting* o de andarse por las ramas. Es inmaduro de cojones.

—Nada de enamorarse.

Me burlé:

—Pelirroja, tú te enamorarás de mí antes de que a mí se me pase la idea por la cabeza siquiera. —Me parecía absurdo solo pensarlo.

Jules era la mujer más complicada que había conocido en la vida. Que Dios pillara confesado al pobre idiota que acabara enamorándose de ella.

—Pero, por favor... —Resopló—. Tienes a tu polla en un pedestal demasiado alto, pero demasiado, Chen. Hace lo que tiene que hacer, pero tampoco es un revólver mágico.

—Última norma: no vuelvas a referirte a mi polla como «revólver» nunca más.

Hay jerga que debería estar prohibida en este idioma.

—Lo que tú digas, Joshy McRevólver. —Jules me dedicó una sonrisa falsamente dulce—. ¿Trato hecho? —Me tendió la mano.

—Trato hecho. —Le cogí la mano y le di un apretón. Jules hizo lo propio con el doble de fuerza, lo cual me recordó a la vez que hicimos lo mismo al pactar nuestra tregua mientras estuviéramos en el CAML. No sabía por qué, pero últimamente estábamos llegando a una barbaridad de acuerdos—. Es solo sexo; nada de sentimientos de por medio.

Tenía más claro que el agua que yo sería capaz de cumplir mi parte del trato. La mayoría de la gente acababa pillándose cuando hacía estas cosas, y por eso nunca duraban.

Pero si había algo que sabía a ciencia cierta era que yo nunca, pero nunca jamás, me enamoraría de Jules Ambrose.

20

Jules

La definición de manual de «locura» era hacer lo mismo una y otra vez y esperar resultados distintos.

Mi definición de «locura» era haber aceptado tener un acuerdo sexual con Josh Chen.

Le eché la culpa a las hormonas y a mis estudios. Si no estuviera tan ocupada, no tendría que recurrir a acostarme con el enemigo. Literalmente.

No nos habíamos enrollado desde que habíamos llegado a ese pacto la semana anterior, pero acabaría sucediendo en algún momento. Me ponía nerviosa solo con pensarlo. Cuando no tenía nada más, mis vibradores hacían la función, pero ahora que podía enrollarme con alguien recurrentemente y que, además, por más que odiara admitirlo, lo hacía genial, mi cuerpo me pedía a gritos que recuperara todos los orgasmos que me había perdido durante los años que había dedicado a estudiar Derecho.

Intenté pasar del hormigueo que me recorría las venas mientras Alex, Ava, Stella y yo entrábamos en el Hyacinth, un club superchulo que habían abierto hacía poco en la calle Catorce.

Esta noche no iba a pensar en él; no con Ava al lado. Estaba mal y punto.

Además, me había emparanoiado con la idea de que mi amiga hubiese desarrollado poderes psíquicos y ahora pudiera leerme la mente y descubrir que estaba pensando en su hermano en cualquier momento.

La miré rápidamente, pero ella estaba demasiado ocupada hablando con Alex como para caer en la expresión de culpabilidad que llevaba dibujada en la cara.

—Este lugar mola un montón. —Stella levantó la cabeza para estudiar la lámpara de araña en cascada que colgaba justo encima de nuestras cabezas. Había tres niveles de lágrimas de cristal que reflejaban la luz por toda la sala. La música se escuchaba por todas partes y notaba la vibración en los huesos, lo cual hizo que una energía contagiosa me subiera por la columna vertebral.

Lo había echado de menos. Había echado de menos la sensación de estar viva y de disfrutar del mundo exterior en lugar de quedarme encerrada en una biblioteca. A Ava y a Stella les gustaba disfrutar de un rato a solas, pero yo era más de moverme donde hubiera mucha gente. Me daba más energía que cualquier chute de cafeína o adrenalina.

—Es la mejor forma de celebrar que tenemos piso nuevo. —Meneé la cadera y le di un golpe a la misma altura—. ¿Te lo puedes creer? Pensaba que le daría un infarto a Pam.

Tras semanas de espera, Stella y yo por fin nos habíamos mudado al Mirage. Aquella misma mañana nos había entregado las llaves una Pam molesta, y habíamos dedicado el resto del día a deshacer cajas con la ayuda de nuestros amigos. Ahora estábamos celebrándolo con una merecidísima noche de bebidas y bailando en este nuevo y chulísimo local de la ciudad.

Stella sacudió la cabeza.

—Eres la única persona que puede sonar contenta diciendo esto.

—No puedo evitarlo. Me lo pone muy fácil. —Sonreí traviesa—. Te prometo que seremos las mejores inquilinas que hayan tenido nunca.

—J., te juro por Dios que como nos echen del edificio por tu culpa...

—Que no. Confía un poco más en mí. Pero si se le sube la tensión cada vez que nos ve... —me encogí de hombros—, ¿qué culpa tenemos nosotras?

Stella suspiró y volvió a sacudir la cabeza.

Ava me tocó el brazo.

—Alex y yo vamos a por una mesa. ¿Venís? —Las mesas estaban en la zona vip, que estaba acordonada, pero no me sorprendería que Alex consiguiera que nos dejaran pasar.

Lo que sí me había sorprendido había sido que nos ayudara a desempaquetar las cosas, aunque estaba convencidísima de que había sido cosa de Ava. Se había pasado todo el día con los mismos morros que ahora.

—Luego. Primero voy a ir a ver qué tal es la pista de baile. —Me gustaban las zonas vip tanto como a cualquier otra persona, pero no pensaba aislarme después de meses sin salir—. Id tirando; voy en un rato. —Le di un golpecito a Alex en el hombro—. Sonríe. No es ilegal.

Su expresión imperturbable no cedió ni un ápice.

Bueno. Lo había intentado.

Mientras Alex, Ava y Stella iban hacia la zona vip, yo me acerqué a la barra. Ya iría más tarde a ver qué tal era la pista de baile, si había algo interesante, y luego me reuniría con ellos.

La que había sugerido que saliéramos hoy había sido yo, por más cansados que estuviéramos todos tras la mudanza, así que tampoco iba a culparlos si querían descansar un poco. A decir verdad, deberíamos habernos quedado en casa, pero era la última noche que tenía medianamente libre antes de graduarme. Tenía que hacer algo, lo que fuera, antes de que mi vida se viera consumida por el estudio para aprobar el examen de abogacía, y habernos mudado al Mirage era una excusa perfecta para una noche de celebración.

Pedí un *whisky sour* y miré a mi alrededor mientras esperaba a que me lo sirvieran. Unos bocetos dorados de jacintos decoraban, serpenteantes, las negras paredes del local y las mesas modulares que había por toda la sala estaban adornadas con ramos frescos de esta misma flor. Un DJ con el pelo verde iba poniendo *remixes* desde su alta tarima, y las camareras, vestidas con uniformes negros cortísimos, iban de un lado a otro con bandejas llenas de chupitos. Estaba muy por encima de lo que tenían que ofrecer el resto de los locales de Washington; no me extrañaba que Hyacinth fuera tan popu...

Me llegó un mensaje al móvil y este vibró.

Cuando vi de quién era sentí cierta molestia y algo de nervios a la altura del pecho.

Josh: Hoy, a medianoche.

Habíamos acordado que nos comunicaríamos de forma breve, directa y sin detalles para que, si alguien veía algún mensaje, pudiéramos salirnos de rositas con cualquier excusa creativa. Su mensaje cumplía con todos los requisitos, pero aun así...

¿Dónde había quedado lo de mandar el típico «Hey, ¿cómo vas?» antes?

Yo: No puedo. Estoy ocupada.

Josh: ¿Tanto como para perderte un orgasmo?

Yo: ¿Tu frágil ego no es capaz de soportar que le pospongan el plan? Porque si es así, esto no irá a ninguna parte...

Por una vez en la vida, Josh ignoró mi pulla.

Josh: Mañana, 22.00 h. En mi casa.
Josh: P. D.: Me las pagarás por lo que has dicho de tener un ego frágil...

Se me entrecortó la respiración y, a la que me puse a teclear una respuesta, oí mi nombre alto y claro por encima de la música.

—Jules.

Me quedé petrificada y se me congeló la sangre al oír esa voz.

No podía ser él. Yo estaba en Washington. ¿Cómo podía haberme encontrado, aquí y ahora?

Mi cabeza me la estaba jugando. Tenía que ser eso.

No obstante, al levantar la vista, mis ojos confirmaron lo que mi cerebro tan desesperadamente quería negar.

Pelo castaño claro. Ojos azules. Hendidura en el mentón.

«No.» Entré en pánico y enmudecí.

—Hey, J. —Max sonrió y, en lugar de tranquilizarme, me atemoricé más—. Cuánto tiempo.

21

Jules

—¿Qué...? ¿Tú...? —Mi capacidad para formular una frase coherente sufrió una muerte para nada digna mientras yo seguía mirando a mi exnovio.

Estaba aquí. En Washington. A poco más de medio metro de mí y con una expresión alarmantemente calmada.

—Sorpresa. —Se metió las manos en los bolsillos y se inclinó hacia atrás, apoyándose en los talones. Los pantalones que llevaba estaban más descoloridos de lo que solía gustarle a él y la camisa, más arrugada. Su cara había perdido todos los rasgos jóvenes y había adquirido un aspecto más demacrado.

Por lo demás, era el mismo Max de siempre.

Atractivo, encantador y extremadamente manipulador.

Algunas personas cambiaban, pero Max seguiría siendo de la misma forma que había sido siempre. Si estaba en Washington era porque quería algo de mí, y no se iría hasta conseguirlo.

—Jules Miller sin palabras. Ver para creer. —La forma en la que se rio hizo saltar una decena de alarmas en mi mente—. ¿O debería decir Jules Ambrose? Bonito cambio, aunque me sorprende que no te lo cambiaras por completo.

Se me tensaron los músculos.

—Fue un cambio de nombre lícito. —Me lo cambié al mudarme a Maryland y, como en esa época solo tenía dieciocho años, ninguna hipoteca, ninguna tarjeta de crédito ni deuda alguna, no me costó demasiado deshacerme del nombre de «Jules Miller» y cambiarlo por «Jules Ambrose».

A lo mejor debería haberme cambiado también el nombre de pila, pero me gustaba el nombre de Jules y no tuve el valor de deshacerme por completo de mi antigua identidad.

—Una de las pocas cosas legales que hiciste —bromeó Max, aunque sus palabras no fueron nada graciosas.

La energía del local, tan extraordinaria hasta hacía nada, se transformó en algo siniestro, como si estuviera a solo una nota discordante de explotar y desatar el caos. Sentí que la música y el resto de la gente me iban encerrando hasta dejarme atrapaba en una jaula invisible.

Max era una de las pocas personas que conocía mi pasado. Con un simple soplo podía derrumbar mi mundo como si fuera un castillo de naipes.

—Tú deberías estar... —Volví a buscar palabras que nunca llegaron a mi boca.

—¿En Ohio? —Max sonrió con más vehemencia—. Ya. Tenemos mucho de qué hablar. —Miró a nuestro alrededor, pero la gente estaba demasiado ocupada intentando llamar al camarero como para prestarnos atención alguna. Sin embargo, Max hizo un gesto con la cabeza y señaló hacia una oscura esquina de la sala—. Ven.

Lo seguí hasta un silencioso pasillo que había cerca de la salida trasera. Quedaba a solo unos

pasos de la sala principal, pero estaba tan a oscuras y en silencio que incluso parecía un mundo completamente distinto.

Volví a guardar el móvil en el bolso, olvidándome temporalmente de Josh, y me froté las palmas de las manos con el vestido.

De ser lista, habría salido corriendo sin mirar atrás, pero Max ya había dado conmigo. Salir corriendo solo retrasaría lo inevitable.

—Me ha dolido que no me contestaras a los mensajes —me dijo Max sin perder esa expresión afable—. Teniendo en cuenta nuestro pasado, esperaba como mínimo una respuesta.

—No tengo nada que decirte. —Traté de mantener la voz tan serena como pude a pesar del temblor de la mano—. ¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo has conseguido mi número de teléfono?

—Tsss. Esas no son las preguntas que deberías estar haciéndome. Pregúntame por qué no me he puesto en contacto contigo hasta ahora. Pregúntame dónde he estado estos siete años. —Al ver que no lo hacía, se le ensombreció la mirada—. Pregúntamelo.

Una sensación que no me gustó nada se apoderó de mi estómago.

—¿Dónde has estado estos siete años?

—En la cárcel, Jules. —Su sonrisa no llegó a su fría e inexpresiva mirada—. He estado en la cárcel por lo que tú hiciste —dijo enfatizando el *tú*—. Salí hace pocos meses.

—Es imposible. —La suspicacia hizo que se me cerrara la garganta—. Nos escapamos.

—Tú te escapaste. Tú te marchaste de Maryland y creaste una vida perfecta para ti con el dinero que robamos los dos. —Me enseñó los dientes un momento y luego volvió a relajar su expresión—. Te fuiste sin avisar, me dejaste ahí y yo tuve que arreglar el pollo que tú habías montado.

Me mordí la lengua para no devolverle una respuesta hiriente. No quería provocarlo hasta saber qué era lo que quería; sin embargo, a pesar de que fuera cierto que me había escapado sin decirle nada ni dejarle una nota siquiera, la idea de robar a Alastair juntos había sido de los dos. A quien le pudo la codicia fue a Max, y se desvió del plan.

—Volverán pronto. —Miré alrededor de la oficina de mi padrastro, hecha un manojo de nervios —. Tenemos que irnos ya.

Ya habíamos conseguido lo que queríamos. Cincuenta mil dólares en efectivo que Alastair tenía guardados en su caja fuerte «secreta». Él pensaba que nadie sabía de su existencia, pero yo me había empeñado en explorar hasta el último rincón de la mansión cuando vivía aquí. Y eso incluía todos aquellos lugares en los que Alastair pudiera esconder sus secretos. Incluso descubrí la combinación de la caja fuerte: 0495, el mes y el año en el que fundó su empresa textil.

Abrir la caja fuerte no era complicado, y los cincuenta mil dólares que tenía ahí no eran ningún secreto. Lo que sí representaba ese dinero, sin embargo, era una suma descomunal, incluso después de que Max y yo nos la repartiéramos equitativamente.

—Espera. Casi... lo... tengo —gruñó Max mientras forzaba el candado hecho a medida de la cajita de metal que estaba unido al interior de la caja fuerte. Era una segunda capa de seguridad para el artículo más preciado de Alastair: un antiguo collar de diamantes que había ganado en una subasta hacía unos cuantos años después de haber ofrecido cien mil dólares por esa misma pieza.

Ya me arrepentía de haberle contado a Max lo del collar. Debería haberme imaginado que cincuenta mil dólares no le bastarían. A Max nunca nada le parecía suficiente. Siempre quería más dinero, más poder. Más, más, más, aunque eso supusiera meterse en líos.

—Déjalo —dije entre dientes—. Ni siquiera podemos empeñarlo sin que las autoridades acaben descubriéndonos. Tenemos que...

Un brillante rayo de luz atravesó las ventanas y nos enfocó directamente a nosotros, que nos quedamos petrificados. A esto le siguió el portazo de un coche y la inconfundible y profunda voz de Alastair.

Él y mi madre iban a cenar a la ciudad cada viernes, pero normalmente no solían volver hasta las diez. Todavía eran las nueve y media.

—¡Mierda! —Se me cerró la garganta del miedo que tenía—. Deja el puto collar, Max. ¡Tenemos que irnos!

—Ya casi estoy. Con esta preciosidad tendremos la vida solucionada durante años. —Max tiró violentamente del candado con una sonrisa triunfal en la cara y sacó los diamantes—. ¡Lo tengo!

Ni siquiera me molesté en responder. Yo ya estaba fuera de la habitación, escabulléndome por el pasillo en dirección a la puerta trasera. La bolsa de deporte llena de dinero me iba golpeando la cadera a cada paso que daba.

Aun así, pegué un frenazo al oír que se abría la puerta delantera y Max casi se choca conmigo.

—Qué restaurante tan malo, Alastair. —Mi madre sorbió por la nariz—. El pato estaba frío y el vino, malísimo. La semana que viene tenemos que elegir mejor.

Agarré la tira de la bolsa con fuerza al oír la voz de Adeline.

No había hablado con ella desde que me había echado de casa hacía un año, justo después de que yo cumpliera los diecisiete. A pesar de los malos términos en los que habíamos acabado, su dulce tono familiar hizo que me escocieran los ojos.

Mi padrastro susurró algo que no conseguí oír.

Estaban cerca. Demasiado cerca. El vestíbulo y el pasillo estaban separados únicamente por una sola pared, y Max y yo teníamos que atravesar el arco que conectaba ambos espacios para poder llegar a la salida. Si mi madre y Alastair se adentraban en el pasillo en lugar de ir directos hacia el salón, estaríamos jodidos.

Mamá continuó quejándose del restaurante, pero su voz se fue desvaneciendo cada vez más.

Se habían ido al salón.

En lugar de sentirme aliviada, un dolor familiar se apoderó de mi pecho. Yo era su única hija; sin embargo, mi madre había elegido a su nuevo marido antes que a mí y ni siquiera me había buscado ni una sola vez desde que me había echado de casa por algo que había sido culpa de Alastair.

Adeline nunca había sido la madre más cariñosa o empática del mundo, pero la indolencia de sus acciones me dolía más de lo que habría imaginado. La dureza de sus palabras no me importaba; se suponía que debíamos estar ella y yo juntas.

Pero al final resultó que prefería quedarse con el dinero. O con su ego. Daba igual. Lo único que importaba era que yo no era ni nunca había sido su prioridad.

—¿Qué haces? —Max pasó por mi lado—. ¡Vámonos!

Sacudí la cabeza para salir de ese trance y lo seguí. Ahora no era momento de autocompadecerme. Alastair no tardaría en descubrir que tanto su dinero como sus valiosas

joyas habían desaparecido y, para cuando esto ocurriera, nosotros queríamos estar bien lejos de aquí.

Cuando vi la salida, me dio un vuelco el estómago. Lo conseguiríamos. Unos pasos más y...

¡Crac!

Abrí los ojos como platos, horrorizada. Max había chocado con una mesilla mientras escapaba. El jarrón de porcelana que había encima se había caído al suelo y se había roto con tanta fuerza que habría podido despertar a un muerto.

Max cayó contra los trozos rotos del jarrón y soltó una palabrota.

—¡¿Qué ha sido eso?! —gritó Alastair, cuya voz atravesó toda la casa—. ¡¿Quién está ahí?!

—¡Mierda! —Cogí a Max de la mano y lo fui arrastrando por el pasillo—. ¡Tenemos que irnos!

Se resistió.

—¡El collar!

Miré por encima del hombro y vi que los relucientes diamantes estaban entre los dentados fragmentos de porcelana.

—No hay tiempo. Alastair está aquí mismo —gruñí.

Los pasos enfadados de mi padrastro empezaron a escucharse cada vez más y más fuerte. Nos alcanzaría en menos de un minuto, y entonces ya podríamos olvidarnos de tener libertad alguna, a no ser que hoy se mostrara indulgente.

Me subió la bilis por la garganta solo con pensar que mi futuro estaba a merced de ese cerdo.

Max era avaro, pero no idiota. Siguió mi consejo y abandonó la idea de ir a por el collar.

Mientras salíamos corriendo hacia la puerta trasera vi el poco pelo rubio de Alastair y su expresión enfurecida. No obstante, no me detuve hasta que tanto Max como yo hubimos atravesado el bosque que colindaba con la finca y llegamos al lado de la carretera donde habíamos dejado el coche aparcado para escaparnos.

Y en ese momento vi que la manga de Max estaba manchada de sangre.

—Utilizaron la sangre de la herida que me hice al cortarme con ese maldito jarrón y me pillaron. —La voz de Max estaba llena de resentimiento—. Unas cuantas manchas de sangre de mierda me hicieron perder siete años de vida. Resulta que el juez era un buen amigo de Alastair, así que se encargó de que me cayera una pena dura de cojones. Claro que, cuando llegó la policía, tú ya estabas muy lejos de ahí. No había nada que demostrara que tú también habías estado implicada en el robo, las cámaras de seguridad ni siquiera te captaron la cara y, en cuanto Alastair me pilló como cabeza de turco, no quiso alargar más el caso. Así que tú acabaste saliéndote de rositas.

No me gustaba nada la sensación de culpabilidad que se había adueñado de mi estómago. Nos habíamos equivocado los dos, pero el único que había pagado las consecuencias había sido él.

Entendía que estuviera cabreado, pero no me arrepentía de haberme escapado en cuanto pude.

Si me había metido en líos de ese tipo, había sido por culpa de Max. Yo necesitaba el dinero y, cuando la gente de la ciudad se enteró de que mi madre me había echado de casa, me fue imposible encontrar trabajo. Mi madre nunca le contó a nadie el motivo de sus actos, así que los rumores se fueron esparciendo e iban desde la patraña de que vendía droga a la de que me había quedado embarazada y había perdido al bebé por culpa de mi supuesta adicción a la coca. Conclusión: nadie quería tocarme ni con un palo de tres metros.

Por suerte, había ahorrado el dinero suficiente como para apañármelas hasta que conocí a

Max, dos semanas después de que me hubieran echado de casa. Me habían cautivado su atractivo, su encanto y su llamativo coche, y enseguida empezamos a estafar a la gente en Columbus.

Sin embargo, nuestra escapada de esquí un fin de semana rompió su hechizo y seguí con él solo hasta que tuve los recursos suficientes como para irme de Ohio de una vez por todas. Que me aceptaran en Thayer y contara con el dinero de Alastair me dieron todo cuanto necesitaba, y me escabullí esa misma noche, tras haber entrado a robar en la mansión de mi padrastro.

Me subí a un bus que salía a medianoche dirección a Columbus, compré un billete de avión para coger el siguiente vuelto a Washington y nunca volví la vista atrás.

—Si crees que estoy enfadado —el Max del presente se pasó la mano por el pelo—, que sepas que no. He tenido mucho tiempo para pensar a lo largo de estos años. Para convertirme en mejor persona. He aprendido a dejar el pasado atrás. Dicho esto...

Allá iba.

Cerré los puños y me preparé para lo que fuera a decir a continuación.

—Estás en deuda conmigo. Me comí el marrón por ti.

—¿Qué quieres, Max? —Ni siquiera señalé que, en realidad, él había cometido un delito y se había comido su propio marrón. No merecía la pena—. Siento que te pillaran. En serio. Pero no puedo devolverte estos siete años.

—No —dijo entrando un poco en razón—. Pero sí que puedes hacerme un favor. Qué menos.

Me entraron todos los males.

—¿Qué favor, exactamente?

—No sería divertido si te lo dijera ahora, ¿no crees? —Sonrió—. Ya verás. Te lo contaré llegado el momento.

—No me acostaré contigo. —Se me revolvían las tripas con solo pensarlo.

—Oh, no. —Su risa retumbó a nuestro alrededor y me raspó la piel como si fueran unas uñas chirriando en una pizarra—. ¿Con lo desgastada que estarás ya de todos estos años? No, gracias.

Me hirvió la sangre y tuve que reprimir la necesidad de pegarle una patada en los cojones con uno de mis *stilettos*.

—Aunque un talento sí que tienes: siempre has sido muy entusiasta en la cama. —Al ver que sacaba el móvil, me dio un vuelco el estómago—. Incluso tengo pruebas que lo demuestran.

Le dio a un botón y se me revolvieron las tripas al oír cómo los gemidos de mi antigua yo llenaban el aire a mi alrededor.

—Ahí, ahí —jadeaba mi yo de la pantalla, que sonaba asquerosamente sincera a pesar de que odié cada segundo de ese polvo—. Es increíble.

—¿Sí? ¿Te gusta? —La grave voz del hombre hizo que me entraran ganas de vomitar—. Supe que eras una puta zorra desde el momento en que te vi.

La calidad del vídeo no era demasiado buena, pero se veía lo suficientemente bien como para que se nos reconocieran las caras y se le viera la polla mientras me la iba metiendo y sacando. Yo apenas conocía al tipo, pero Max me había convencido de que me acostara con él y, además, de grabarlo.

Y yo había sido tan sumamente idiota ese día...

—Apágalo. —No soportaba el sonido de mis falsos gemidos. Se me colaban uno a uno en el cerebro y me devolvían a un pasado oscuro en el que buscaba tan desesperadamente la aprobación de los demás que habría hecho cualquier cosa con tal de conseguirlo, incluido acostarme con un tío que me doblaba la edad solo para poder robarle.

—Pero si todavía no hemos llegado a la mejor parte. —A Max se le ensanchó la sonrisa—. Me encanta cuando dejas que te folle de...

—¡Que lo apagues! —Un sudor frío me recorrió el cuerpo—. Y te haré ese puto favor.

Por fin, y menos mal, paró el vídeo.

—Bien. Ya sabía yo que eras lista. —Max se guardó el móvil en el bolsillo. No era tan tonta como para robárselo porque, de ser el caso, sabía que lo único que conseguiría sería que se cabrease. Seguro que tenía copias de ese vídeo guardadas en alguna parte—. A fin de cuentas, no querrás perder tu trabajo en Silver & Klein, ¿a que no? Dudo que a un bufete de alto *standing* como ese le gustara que hubiese un vídeo circulando por ahí de una de sus empleadas manteniendo relaciones sexuales.

La bilis se me repitió todavía más.

—¿Cómo sabes lo de Silver & Klein? ¿Cómo conseguiste mi teléfono?

Max se encogió de hombros.

—En Internet hay fotos tuyas con una reina —enfatizó esa última palabra—, sobre todo ahora que se acerca la boda real, de modo que no ha sido difícil rastrearte. Cuando descubrí cómo te llamabas ahora, solo tuve que teclearlo en Google y enseguida encontré lo que andaba buscando. Jules Ambrose, miembro de la *Revista Jurídica de Thayer*. Jules Ambrose, ganadora de una beca completa para estudiar Derecho en Thayer. —Su sonrisa se volvió más fría—. Tienes una buena vida, J. Y en cuanto a tu número de teléfono... Bueno, estas cosas no es que sean del todo privadas. Pagué algo de dinero en un servicio en línea y *voilà*. Conseguido.

Mierda. Nunca me había planteado cuáles podían ser las consecuencias de que se hubiera hablado tan públicamente de mi amistad con Bridget. Sin embargo, nunca había esperado que Max fuera a buscarme después de tantos años. Me había preocupado por que lo hiciera, pero no lo había esperado como tal.

—¿Y Hyacinth? ¿Cómo has sabido que estaría aquí?

«Respira, Jules. Respira.»

Max puso los ojos en blanco.

—He venido aquí a divertirme, J. Además, tengo... asuntos que hacer en Washington. No todo gira a tu alrededor. Que nos hayamos encontrado aquí ha sido pura coincidencia, aunque sí que tenía en mente volverte a escribir en algún momento. Lo que pasa es que estas semanas he estado... ocupado.

Su trivial irritación era más siniestra que cualquier amenaza descarada o cualquier acto violento, por más que Max nunca hubiera sido propenso a la violencia física. Esta era demasiado vulgar para él; prefería manipular a la gente psicológicamente, lo cual evidenciaba nuestra conversación actual.

Aunque podía imaginarme a qué tipo de «asuntos» se refería. Me apostaba mi nuevo apartamento a que era algo ilegal.

—¿Y cuándo tienes pensado pedirme ese favor? —Si tenía que hacerlo, prefería quitármelo cuanto antes de encima.

—Cuando me dé la gana. Puede que en unos días. O en unas semanas. O meses. —Max se encogió de hombros calmadamente—. Me da a mí que tendrás que tener el móvil cerca a partir de ahora para asegurarte de que ves mi mensaje. No vaya a ser que un día te despiertes y veas que tu vídeo está colgado en Internet.

Me dio un vuelco el estómago. La idea de que la amenaza de Max se fuera paseando por mi mente durante un periodo de tiempo indeterminado hizo que me entraran ganas de vomitar.

—Si lo hago, tú borrarás el vídeo —exigí.

Tenía que intentarlo.

Él se puso más serio.

—Borraré el vídeo cuando quiera, si es que quiero. —Me apartó un mechón de pelo del ojo con un gesto grotescamente tierno dadas las circunstancias—. No tienes ninguna ventaja, cariño. Te has construido esta lujosa vida a base de mentiras y sigues estando igual de desamparada que cuando tenías diecisiete años. —Me bajó la mano por el cuello y me acarició el hombro. Una plaga de arañas invisibles me recorrió la piel—. Harás...

Una voz profunda le cortó con un seco:

—¿Interrumpo algo?

22

Jules

Me cedieron las rodillas, aliviadas. Jamás pensé que agradecería oír esa voz; en ese momento, en cambio, le habría construido un santuario y la habría adorado en su propio altar.

Miré por encima del hombro de Max y el oxígeno volvió a llenarme los pulmones al ver el pelo alborotado de Josh y su esbelta y fuerte figura.

—Josh —dije como si fuera mi salvación.

En parte, lo era.

A Max le cambió la mirada, bajó la mano y se dio la vuelta para señalar a Josh con un amable gesto con la cabeza. Josh no se lo devolvió.

—No interrumpes nada. Solo estaba saludando a una vieja amiga. —Se le veía en los ojos que estaba muerto de curiosidad y paseó la mirada entre él y yo, pero no volvió a dirigirle la palabra a Josh—. Me alegro de verte, J. Y recuerda... —Le dio un toquecito a su móvil, sonrió engreído y se marchó.

Esperé a que hubiese desaparecido y me dejé caer contra la pared. El corazón me iba a mil por hora y la cena amenazaba con salir disparada de mi estómago de una forma poco elegante.

Josh acortó la distancia entre nosotros y me agarró por los brazos. Me estudió la cara con la mirada, preocupado y con el ceño fruncido.

—Tienes pinta de estar a punto de vomitar.

Me obligué a sonreír.

—Es la reacción que tengo siempre que te veo —solté.

Sin convicción para demostrarlo, mi insulto sonó vacío. En realidad, quería hundirme en el pecho de Josh y fingir que la última media hora no había existido. Josh y yo no éramos amigos, pero era un pilar de estabilidad en un mundo que, de repente, se había puesto patas arriba.

No hizo ningún comentario al respecto de mi lamentable intento de sarcasmo.

—¿Te estaba haciendo daño? —El tono más bien sombrío de su voz derritió un poco el bloque de hielo en el que se había convertido mi piel.

—No. —Al menos, no físicamente—. Como ha dicho, es... alguien a quien conocía. Nos estábamos poniendo al día.

No podía dejar que nadie se enterara de quién era Max en realidad, ni tampoco cuál era mi pasado. Josh ya pensaba lo peor de mí. No quería ni imaginarme cuál sería su reacción si descubría que antes era una ladrona.

—¿En el sentido bíblico? —El tono de su voz pasó de ser sombrío o tenebroso a más no poder.

—Cuidado, Josh —lo advertí haciendo caso omiso de cómo me latía el corazón en ese momento a pesar de todo lo que acababa de ocurrir—, o al final pensaré que estás celoso.

Una apretada sonrisa se le dibujó en los labios.

—Yo no me pongo celoso.

—Siempre hay una primera vez para todo. —Me erguí y disfruté de la preocupación de Josh más de lo que debería haberlo hecho—. Por cierto, ¿qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, supongo —respondió con retintín—. Quería ver cómo era el local, pero no me estaba divirtiendo del todo y ya me estaba yendo cuando te he visto.

—Ah. —Estábamos cerca de la salida, así que lo que decía tenía sentido.

Aunque Max se hubiera ido, su presencia y la de su ultimátum eran como el olor a podrido: no acababan de marcharse.

¿En serio quería que le hiciera un favor que tenía ya en mente o iría improvisando a medida que avanzaran los días? Había dicho que no era algo relacionado con el sexo, pero podía ser algo ilegal. ¿Y si quería que volviera a robar algo por él? Además, ¿por qué quería que le hiciera un único favor? Se había pasado siete años entre rejas.

Pensé que querría más. ¿De verdad quería que le hiciera un favor o eso no era más que una excusa para conseguir algo más? Y, en caso de que así fuera, ¿qué era ese «algo más»?

Miles de preguntas sin respuesta me bombardearon la mente.

«Respira. Céntrate.»

Ya me ocuparía de lo de Max más adelante, cuando me hubiera relajado un poco y se me hubiesen aclarado las ideas. Ahora mismo tampoco podía hacer demasiado al respecto.

Pestañeé y aparté los pensamientos de mi ex a un lado a pesar de que intentaran aferrarse con uñas y dientes para no perder el primer puesto en mi mente.

Si en los Juegos Olímpicos se dieran medallas por represión, yo ganaría una cada cuatro años.

—Dijiste que estabas ocupada. —Josh apoyó el antebrazo en la pared, por encima de mi cabeza, y me miró fijamente a los ojos.

—Porque lo estoy. —Me acomodé el pelo en el hombro y sonreí descaradamente—. O quizás es que no me apetecía quedar contigo. Mira por dónde, nunca lo sabrás.

—¿Intentas provocarme, Pelirroja? —Su lóbrega advertencia me recorrió de arriba abajo.

«Sí.»

—Solo provoco a la gente que me importa. —Pestañeé y lo miré con cara de no haber roto nunca un plato—. Y tú no entras en ese grupo, Joshy.

Me puse un poco en alerta al ver que se le escapaba un gruñido.

—No quiero importarte; quiero otra cosa.

Reclamó mis labios con un severo beso. Tal arremetida hizo que me ardiera la sangre y, cuando su lengua obligó a la mía a acatar sus órdenes, le tiré del pelo a modo de represalia hasta que Josh siseó y gruñó de dolor.

—Uy. —Me reí—. Ya no me acordaba de lo delicado que eras. Intentaré ser menos brusca la próxima vez.

Josh se enderezó y se lamió el labio inferior justo en la parte que tenía ensangrentada. Lo había mordisqueado con tanta fuerza mientras nos besábamos que le había hecho un corte.

—Tranquila, Pelirroja —me dijo sonriente—. Ya te enseñaré lo delicado que puedo llegar a ser.

Me agarró con fuerza por la cintura y me empujó hacia una puerta que pasaba desapercibida al otro lado del pasillo. Por sorprendente que pareciera, no estaba cerrada con llave.

Josh me empujó hacia dentro.

Era una especie de despensa-barra-sala de escucha. Las estanterías negras metálicas estaban repletas de papeles y otros utensilios; en la esquina, entre una alfombra enrollada y una lámpara

de araña destartalada, había una máquina de humo, y en la pared que había frente a la puerta descansaba un espejo, justo encima de una pequeña mesa.

Al oír un clic detrás de mí que me indicaba que se había cerrado la puerta con pestillo, volví a centrar mi atención en Josh. Su presencia llenaba cada rincón de la habitación y hacía que ese cuarto, pequeño de por sí, aún lo pareciera más. Incluso podía notar el calor que irradiaba su cuerpo y cómo se colaba en el mío por cada poro de la piel.

O, quizás, lo que provocara ese calor fuera la forma en que me miraba, como si quisiera devorarme entera.

Sentí un montón de chispas bailando dentro de mí.

Me notaba el pulso en los oídos y la sangre me corría eufórica por las venas. Los pensamientos de Max se fueron desvaneciendo hasta quedar en el éter al cual pertenecían.

Eso era exactamente lo que necesitaba.

—¿Vas a quedarte ahí sin más o piensas hacer algo? —pregunté con el tono más monocorde que pude.

Bajo la tenue luz, los ojos de Josh destellaron. Se me acercó lentamente y, con cada paso que daba, yo iba asustándome y poniéndome un poco más nerviosa.

No tuvo que dar demasiadas zancadas para llegar a mí. Sin embargo, cuando lo tuve delante, me dio la sensación de que se me iba a salir el corazón del sitio.

Me levantó el vestido bruscamente sin apartarme la mirada y me arrancó la ropa interior.

Al oír cómo la delgada seda se desgarraba sin resistencia alguna, siseé en señal de protesta.

—Estas bragas eran buenas, capullo.

Josh acercó la boca a la mía.

—Mira lo que me importa. —Se tragó la respuesta malhumorada que quería darle con otro agresivo beso mientras hurgaba con los dedos entre mis piernas. Me encontró húmeda y muriéndome por tenerlo dentro.

«Menudo gilipollas de mierda.» Pensar eso no me hizo desearlo menos, pero tampoco significaba que tuviera que ponérselo fácil.

Lo aparté y le pegué una bofetada. No fue demasiado fuerte, pero sí lo suficiente como para que el satisfactorio golpe de mi mano contra su piel hiciera eco en ese diminuto espacio.

Al ver que su expresión cambiaba de estar confundida, muy brevemente, a otra llena de ira, la adrenalina me volvió a llenar por dentro.

El miedo avivó mi excitación hasta convertirla en una llama al rojo vivo. Una llama que ardió con más fuerza todavía cuando Josh me obligó a arrodillarme y se desabrochó el cinturón y los pantalones.

La tela del suelo alfombrado se me clavó en la piel. Empecé a respirar con pesadez y agitadamente en cuanto vi que se sacaba la polla, dura y rígida, y que ya estaba preeyaculando.

—Abre la boca.

Unas palpitaciones llenas de ganas de lo que estaba a punto de ocurrir se abrieron paso dentro de mí como si tuvieran vida propia, pero levanté la vista hacia Josh y la clavé en sus ojos con una mirada desafiante. Permanecí con los labios apretados, sin acatar sus órdenes.

El mensaje era claro.

«Oblígame.»

Lo mismo que le dije la primera vez que nos acostamos y una señal para que entendiera qué me apetecía.

A Josh se le incendió todavía más la mirada. Me agarró por el cuello y apretó hasta que ya no

pude aguantarlo más. Abrí la boca para respirar y conseguí coger una bocanada de aire antes de que me metiera la polla dentro.

Oh, Dios.

La lujuria se apoderó de mí a pesar de las arcadas. Notaba el grosor de su polla entre las paredes de mi garganta, y la saliva me resbalaba por las comisuras de los labios hasta la barbilla.

—*Guemajiago gangue*. —Demasiado grande. El sonido de mi lamento quedó amortiguado. Hice un tímido intento de presionar las manos contra sus muslos a la vez que los míos se iban empapando de mis propios fluidos.

No me gustaba nada tener tantas ganas de esto. De él.

La dureza del suelo, la punzada de dolor que sentí cuando Josh me agarró del pelo con ambas manos, la sensación de tener la garganta a punto de explotar... Era demasiado.

Los pezones se me endurecieron como diamantes, pero resistí la tentación de frotarme el clítoris.

Estaba a punto de llegar al orgasmo y Josh aún no me había ni tocado.

Me echó la cabeza hacia atrás hasta que pudo mirarme directamente a los ojos, ya vidriosos.

—Pienso follarte esa hábil boca que tienes hasta que el único sonido que consigas articular sea el que emitas mientras te ahogas con mi polla —anunció calmadamente antes de secarme una lágrima con el pulgar.

Una corriente eléctrica me recorrió la columna vertebral ante el contraste que acababa de provocar su dulce aunque letal amenaza y el suave tacto de su mano.

—La próxima vez que quieras insultarme, piensa en esto. —Se apartó hasta dejarme exclusivamente la punta de la polla en la boca; luego se detuvo y volvió a metérmela con una fuerte embestida. Volví a sentir náuseas, las lágrimas me brotaron más rápidamente aún de los ojos y el color que sentía en el vientre empezó a arder con más vehemencia—. En cómo estás arrodillada, con mi polla entera metida en la boca mientras te follo esa estrecha garganta que tienes.

Lloriqueé. Tenía los pezones y el coño tan sensibles que una fuerte ráfaga de viento podría hacerme explotar sin problema alguno.

—*Vece a la miega*. —Vete a la mierda.

Josh sonrió y el miedo que sentía se intensificó hasta que mi cuerpo entero se convirtió en una especie de cable de alta tensión.

—Qué bien lo vamos a pasar.

Ese fue su último aviso antes de que empezara a follarme la boca con tan poca piedad que lo único que podía hacer yo era coger aire por la nariz antes de que volviera a metérmela hasta el fondo.

Mis gorgojeos se mezclaron con los fuertes gemidos de Josh y los golpes obscenos de sus huevos contra mi mandíbula mientras me castigaba el cuello a base de embestidas tal y como había prometido.

Con fuerza. Raudo. Implacable.

Me retorcí e intenté aliviar el dolor que sentía en la mandíbula, pero Josh la tenía demasiado grande y me estaba follando con demasiada fiereza. Sabía que podría haberle dicho que parase en cualquier momento, pero ansiaba el desatino del momento. La mezcla de ese intenso placer con el apacible dolor que hacía que cada uno de mis pensamientos ajenos a eso se redujeran a cenizas.

Al final, se me fue abriendo la garganta y Josh pudo metérmela aún más honda con menos

resistencia.

—Así, muy bien —gimió Josh—. Hasta el fondo, así. Sabía que te entraría.

Gemí como respuesta a su elogio. Las lágrimas me nublaban la vista y no veía del todo bien, pero el hormigueo que sentía en la entrepierna era tan fuerte que me resultaba imposible ignorarlo.

Bajé una mano para acariciarme el clítoris.

Antes siquiera de que pudiera tocármelo, Josh me la sacó de la boca, me levantó, me inclinó encima de la mesa e hizo caso omiso de mi protesta.

—Estabas disfrutando demasiado de tu castigo, Pelirroja. Eso no puede ser. —Me separó todavía más las piernas con la rodilla y me dijo con la voz llena de lujuria—: Mírate. Estás empapadísima por mí.

—No es por ti, imbécil. —Mi réplica, jadeante, sonó poco convincente incluso para mí—. Te odio.

La última «o» se convirtió en un aullido en cuanto la palma de su mano colisionó con fuerza contra mi culo.

—Eso, por la broma de antes sobre que tenía un ego frágil. Esto —zas— por lo del pasillo. Y esto —dijo acompañando sus palabras con el golpe más fuerte que me había dado hasta ahora y que hizo que me sobresaltara— es por volverme loco de cojones. —Se me escapó un sollozo que sonó a súplica en cuanto Josh me echó la cabeza hacia atrás y acercó la boca a mi oreja—. Dime: ¿por qué no puedo dejar de pensar en ti, eh? ¿Qué coño me has hecho?

Sacudí la cabeza incapaz de formular una respuesta o de entender el dolor y el placer que sentía por todo el cuerpo.

Estaba excitadísima. La piel me ardía, y las lágrimas y la saliva se acumulaban en la mesa que tenía justo debajo; aun así, todo me abrasaba de una forma tan exquisita que no quería que se acabase nunca.

El grave rugido de Josh me recorrió la columna vertebral hasta hacerme encorvar los dedos de los pies.

—Agárrate a la mesa.

Oí cómo rompía un envoltorio. Apenas me dio tiempo a agarrarme a la fría madera; enseguida lo noté dentro de mí, penetrándome hondo y con fuerza con cada empellón que daba.

Grité y mi mente se quedó desprovista de cualquier pensamiento. Solo sentía su polla embistiéndome y el roce de su piel con la mía.

Nada de Max. Nada de secretos. Nada de mentiras. Solo éxtasis en su estado más puro.

—¿Aún me odias? —se interesó Josh ejerciendo la presión suficiente en mi cuello para intensificar las palpitaciones que sentía en la entrepierna.

—Eso siempre —dije casi sin aliento. Me estaba empezando a marear, pero cuando le agarré la muñeca no sabía si lo hacía para apartarlo de mí... o para que no se moviera de donde estaba.

Josh me estaba mirando en el espejo que había encima de la pared y vi cómo se le dibujaba una sutil sonrisa de superioridad en los labios. Le brillaban los ojos con lujuria y la piel que le envolvía esos afilados pómulos se tensó en una expresión de enfado.

—Bien.

La mesa fue chocando con la pared a cada empellón. Yo tenía los ojos cerrados y me temblaban los párpados a causa de aquella descomunal sobrecarga de emociones; sin embargo, cuando Josh volvió a tirarme del pelo con fuerza, los abrí.

—Abre los ojos, Pelirroja. —Con la otra mano, me agarró el cuello con más fuerza todavía y

una nueva oleada de fogosidad me nubló la vista. La presión, la facilidad con la que su mano me envolvía el cuello entero... Todo me hacía sentir horripilantemente bien, como si hubiera nacido para vivir con sus dedos alrededor del cuello—. Quiero que veas claramente de quién es la polla que te estás follando.

Me ardió la piel aún más intensamente. Me quedé mirando nuestro reflejo y me fijé en lo vidriosos que tenía los ojos y lo hinchados que se me habían quedado los labios. Con las manos en la mesa, mi espalda arqueada y la cabeza echada hacia atrás porque Josh continuaba tirándome del pelo. Parecía humillantemente lasciva, como si me hubiesen follado hasta casi matarme y siguiera queriendo más.

Detrás de mí, el deseo se dibujaba en el rostro de Josh. Clavó los ojos en los míos para mirarme con fervor y retomó los empellones. Esta vez fue más lento, llenándome centímetro a centímetro con su polla hasta que la hundió por completo.

Se inclinó y tiró suavemente del lóbulo de mi oreja con los dientes.

—¿De quién es esta polla, Pelirroja?

—Tuya —gemí.

—Exacto. A ver, dime... —La sacó y me la volvió a meter con tanto ímpetu que, si no fuera porque no me soltó el cuello, me habría resbalado hacia el otro lado de la mesa—. ¿Te parece frágil?

—Mpff. —Logré articular una respuesta incoherente, pero incluso ese sonido se convirtió en una retahíla de gemidos en el momento en que Josh aceleró y adoptó un ritmo belicoso.

El primer orgasmo me azotó cual relámpago, tan explosivo e inesperado que ni siquiera me dio tiempo a procesarlo antes de llegar al segundo. Ese fue gestándose más lentamente hasta apoderarse de mí y dejar que un placer soporífero me arrollara.

Cuando Josh hubo terminado conmigo, me había corrido ya tantas veces que no era más que un manojo de carne. Me desplomé encima de la mesa y me estremecí al notar el tacto de sus manos frotándome las nalgas para aliviar el escozor que habían provocado sus despiadados azotes previamente.

—Estás tan guapa así... —La suavidad de su voz se oponía firmemente a la rudeza con la que me había follado, pero me envolvió como una agradable manta. Siguió acariciándome con suavidad hasta que la quemazón hubo desaparecido y mi respiración recobró un ritmo normal.

Me dio la vuelta y me limpió con una de las servilletas que había en las estanterías. A continuación me bajó el vestido para cubrirme los muslos y me sentó en la mesa.

—¿Mejor? —preguntó como si nada, como si no acabara de darme por todas partes en la despensa de un club.

—Ajá. —Estaba demasiado aturdida como para pronunciar una respuesta más coherente, aunque una parte de mí se dio cuenta de que Josh había tenido claro en todo momento lo que era eso: una distracción a la que yo misma lo había incitado para que me diera tan fuerte como pudiera.

Se le encorvó la boca, divertido, pero la pesadez de sus párpados relevaba el deseo que todavía se escondía en su mirada.

—Bien. Ahora dile adiós a la gente con quien hayas venido. Tengo planes para una segunda ronda y para ello necesitamos más espacio del que hay aquí.

Una segunda ronda. Claro.

Todavía tenía el cerebro nublado, pero eso de una segunda ronda me parecía bien.

Debería pasar la primera noche tras la mudanza en mi nuevo apartamento, pero la idea de

quedarme dando vueltas en la cama mientras me asolaban preguntas sobre qué hacer con Max era lo último que quería en ese momento.

Volver a pensar en Max y en su amorfo «favor» me hicieron bajar de la nube en la que estaba subida y me dio un vuelco el estómago.

No. Mañana. Ya me ocuparía de eso mañana.

Esperé unos cuantos minutos después de que Josh saliera hasta que conseguí aunar la fuerza necesaria para recuperarme. Me atusé el pelo y me arreglé el maquillaje lo mejor que pude, pero milagros, a Lourdes. No podía volver a la sala principal con esas pintas ni de broma.

Para ahorrármelo, le mandé un mensaje rápido a mis amigas para decirles que había conocido a un tío y que ya les escribiría más tarde. Estaban acostumbradas a que hiciera esto en la universidad, así que no dudaron de nada.

Me escabullí de la despensa y me marché por la salida trasera.

Cuando vi a Josh esperándome, con su esbelta y musculada silueta iluminada por la luz de la luna, sentí mariposas en el estómago.

No podía creerme que me estuviera escapando a escondidas de mis amigos para acostarme con él. Ni siquiera me gustaba este tío.

Pero que te gustara alguien y tener ciertas necesidades eran cosas distintas y, ahora mismo, yo necesitaba algo que solo él podía darme.

Solo esperaba no engancharme mientras eso durara.

23

Josh

A Jules y a mí apenas nos dio tiempo a entrar en mi casa antes de que volviera a estar dentro de ella.

Ya nos habíamos enrollado una vez en lo que iba de noche, lo cual debería de haberme saciado las ganas, pero me había vuelto un adicto a esto. A ella. A su sabor, a su olor, a los gemidos entrecortados que soltaba cada vez que yo pegaba un empellón y a cómo se ceñía su coño alrededor de mi polla como si estuviera hecho para mí. Lo quería todo a todas horas.

No me acordaba de la última vez que había sentido tantas ganas de estar con una misma mujer. Si me hubiera importado lo más mínimo, me habría preocupado, pero yo seguía aferrado a la filosofía de que uno tenía que disfrutar de lo bueno mientras duraba. Y yo estaba disfrutando muchísimo... con un bache en el camino.

—¿Quién era ese tío, Pelirroja? —Ralenticé las embestidas, estiré el brazo, lo colé entre nuestros cuerpos y le acaricié el clítoris. Una siniestra sonrisa se apoderó de mí al ver que Jules echaba la cabeza hacia atrás y separaba los labios al notar mi tacto.

Su evidente provocación en el Hyacinth me había distraído. Ahora, aquí en mi casa, recordé cómo ese «viejo amigo» le había apartado el pelo de la cara y sentí una punzada en el corazón. Había sido un gesto íntimo, cómplice, y se lo había apartado de la misma forma que se lo aparta alguien a otra persona con quien se ha acostado.

A juzgar por la reacción de Jules después de que el chico se marchara, se notaba que a ella no le había hecho demasiada ilusión verlo. Sin embargo, eso no consiguió que la bestia irracional que vivía dentro de mí se mantuviera en la retaguardia.

—¿Qué tío? —dijo con la voz llena de aire. Tenía el pelo revuelto, los labios hinchados y la piel sudada y con las marcas que le había hecho yo con los dientes.

Era la cosa más bella que había visto en toda mi vida.

Pasé completamente del extraño pinchazo que noté en el corazón e incliné la cabeza hasta rozarle los labios con los míos.

—El amigo ese del club.

Jules no me había dado detalle alguno; solo sabía que eran «viejos amigos», y me había dado la sensación de que con eso bastaba. Pero ahora, al cabo de un tiempo, seguía sin poder deshacerme de esa sensación de malestar que me había causado el verlos juntos.

Se puso rígida. Estaba agarrándose a mí con brazos y piernas mientras yo la sujetaba contra la pared del salón, y notaba lo tensa que estaba.

—Lo que tú has dicho: un amigo. —Arqueó una ceja—. ¿En serio me estás hablando de otro tío cuando sigues dentro de mí?

—Haré lo que me dé la gana estando dentro de ti. —Le pellizqué un pezón con fuerza a modo de castigo—. ¿Tenéis una relación muy estrecha?

A Jules le brillaron los ojos y, al notar mi rugoso tacto, entreabrió la boca.

—¿Celoso?

—Ni lo más mínimo.

Esta conversación era como la que habíamos tenido en el Hyacinth y, al igual que había ocurrido allí, me burlé cuando insinuó que estaba celoso. Yo no tenía celos, y menos con las mujeres. La gente tenía celos de mí.

—Solo llevamos una semana con el acuerdo y ya estás rompiendo las normas —señaló Jules —. Esperaba más de ti.

—Que-no-soy-celoso —gruñí enfatizando cada palabra con un empellón.

Se le entrecortó la respiración.

—Pues no lo pa...

Jules soltó un lloriqueo amortiguado en señal de protesta cuando le tapé la boca con la mano.

—Solo quiero oír cómo me suplicas y cómo te corres, Pelirroja. —Sonreí al ver lo indignada que estaba, pero en cuanto un agudo dolor me recorrió la palma de la mano mi sonrisa se desvaneció.

Aparté la mano de repente y siseé estupefacto. ¡Me había mordido, joder!

—Disculpa. —Un sutil brillo lleno de satisfacción reemplazó el enfado que se le había dibujado antes en la cara—. Tu mano me molestaba.

Gruñí. Volví a pellizcarle el pezón hasta que gritó con fuerza y en su cara se mezclaron expresiones de placer y de dolor.

—Eso mismo es lo que quiero oír —apunté.

Aceleré el ritmo, metiéndole y sacándole la polla con mayor velocidad para castigarla hasta que Jules se quedó sin palabras, soltó una sarta de gemidos y se corrió otra vez.

Echó la cabeza hacia atrás con la boca abierta y gritó en voz baja debido al orgasmo. Mierda. La sensación de su coño contrayéndose a mi alrededor fue demasiado y me corrí justo después de ella con un fuerte gemido.

La sangre me bombeaba con una mezcla de lujuria y cabreo, y hundí los dientes en la hendidura de su cuello mientras se me pasaba la exaltación que me había provocado el orgasmo. Jules olía a canela y a especias, y ese olor era como una droga, casi tanto como sus deliciosos gritos.

—Para ser verdad que me odias tanto, gritas un montón para mí. —Levanté la cabeza y le pasé el pulgar, satisfactoriamente, por el chupetón que ya se le empezaba a marcar.

Mi parte primitiva y territorial estaba encantada de haber marcado a Jules. Quería restregárselo a su «viejo amigo» a la cara y decirle que no podía acercarse a ella a no ser que quisiera probar el amargo sabor de mi puño.

Que no me gustara Jules no significaba que quisiera que alguien más la viera así. Que viera ese lánguido cuerpo, esa somnolienta y alegre cara que ponía mientras se abría para mí. Sin la armadura llena de espinas que presentaba al mundo exterior.

Esa era una parte secreta que solo unos pocos llegaban a ver, y nadie más estaba en esta exclusiva lista.

—Grito de repulsión, Chen —señaló arrastrando las palabras—. Seguro que ya estás acostumbrado a eso.

Salí de dentro de ella y me reí por lo bajo al ver que casi se cayó al suelo si no la hubiera sujetado yo.

Me fulminó con la mirada y llamaradas de fuego le brotaron de los ojos.

—Pues debes de tener algún fetiche por la repulsión, porque bien que sigues queriendo más. —Tiré el preservativo a la basura que tenía cerca y me subí los pantalones—. Se acabó por esta noche, Pelirroja; a ver si al final tendré que empezar a cobrarte por cada orgasmo. Aunque, si quieres seguir disfrutando de mi polla, quizás puedas convencerme, siempre y cuando me supliques amablemente.

—Vete a la mierda. —Cogió el vestido del suelo, malhumorada.

—Mmm, no es tu frase más elaborada. Quizás deberías practicar más lo de suplicarme amablemente —dije haciendo hincapié en la última palabra.

Al ver cómo pasaba por mi lado cabreada y con la cabeza bien alta para ir al baño, mi risita se convirtió en una carcajada a pleno pulmón.

Qué fácil era molestarla.

Como Jules tardó lo que no estaba escrito en ducharse, aproveché esa oportunidad para ordenar el salón, que acabábamos de dejar patas arriba tras tirar el perchero y unos cuantos cuadros.

Justo al terminar, un estridente trueno rompió el silencio. Levanté la cabeza de golpe, fui hacia la ventana y descorrí las cortinas.

—Mierda.

De alguna forma, la llovizna que estaba cayendo hasta hacía un rato se había convertido en una tormenta en toda regla. Otro trueno sacudió los cimientos de la casa y la lluvia empezó a aporrear las ventanas con tanta fuerza que las gotas empezaron a hacer veloces carreras por los cristales.

—¿Qué pasa?

Me giré y vi a Jules que acababa de salir de la ducha. El pelo, mojado, le caía por encima de los hombros y se había envuelto el cuerpo con una minúscula toalla.

La cachonda de mi polla se reavivó interesada, pero hice caso omiso del gesto. Ya había tenido suficiente por hoy. Era hora de que mi cerebro volviera a tomar las riendas de la situación, y mi cerebro me decía que, cuanto antes se fuera Jules de mi casa, mejor.

Por desgracia, no podía dejar que se fuera con la que estaba cayendo fuera.

—Mientras estábamos follando, ha llegado el apocalipsis —anuncié.

Ella miró por encima de mi hombro y puso los ojos en blanco.

—Mira que eres dramático. Solo llueve un poco. —Cogió el teléfono de la mesa donde lo había dejado antes.

—¿Qué haces?

—Llamar a un taxi. —Arrugó la frente—. Es increíble lo mucho que llegan a hinchar los precios cuando llueve... ¡Eh!

Le arrebaté el móvil de las manos e ignoré su protesta.

—A no ser que quieras morir, no te vas a subir a ningún coche con este tiempo.

—No es más que lluvia, Josh. Agua. No me pasará nada.

—Agua que puede hacer que los coches resbalen y acaben accidentándose —rugí—. Trabajo en urgencias. ¿Sabes a cuántos pacientes visito que han tenido un accidente de coche mientras llovía? A muchísimos.

—Paranoias. Yo no...

Nos sonaron los móviles: habíamos recibido un mensaje de alerta por inundación repentina.

—Hala. —Me guardé su teléfono en el bolsillo—. Te quedarás aquí hasta que amaine la lluvia.

No dejaría que nadie, ni siquiera mi peor enemigo, se fuera a casa en estas circunstancias. Era muy poco probable que ocurriera, pero como le pasara algo a Jules...

Sentí un nudo en la garganta.

No podría cargar con otra muerte más.

Debió de delatarme la mirada, porque Jules suspiró resignada.

—¿Me prestas por lo menos algo que pueda ponerme mientras espero? No pienso pasarme a saber cuántas horas más vestida de fiesta.

Al cabo de media hora, Jules ya se había cambiado y llevaba una de mis camisetas viejas. Nos sentamos en el sofá y nos pusimos a discutir sobre qué película ver.

—Aburridísima.

—Supercursi.

—De terror no. No me gusta nada.

—Esa es una peli de niños, Pelirroja.

—¿Y? Las pelis de niños también pueden ser buenas.

—Sí. Si eres un puñetero crío.

Jules contestó con una dulce sonrisa.

—Es gracioso que tú digas eso después de haber llorado desconsoladamente con *El rey león*. El año pasado.

Arrugué la frente. Ava. ¿Cuántas veces tenía que decirle que no compartiera absolutamente cada puto detalle de mi vida con sus amigas?

—Mufasa no merecía morir, ¿vale? —solté—. Al menos no soy una nenaza y me tapo la cara con las manos cada vez que aparece un póster de alguna película de terror.

—No soy una nenaza. Es solo que no me gusta ver cosas feas, y por eso intento no mirarte a... ¡Ni se te ocurra poner *La señal*!

—Intenta impedírmelo.

Después de discutir inútilmente durante un rato más, decidimos que la forma más justa de elegir qué película poner era cerrando los ojos y bajando la lista hasta que le diéramos al botón y saliera la elegida.

Que fue... *Buscando a Nemo*.

«Tiene que ser coña.»

Mantuve el rostro inexpresivo, aunque los músculos se me tensaron de arriba abajo mientras la escena inicial de la película aparecía en pantalla.

—¿Por qué estás tan callado? —Jules me miró de reojo—. No me digas que tampoco te gusta esta película. Es un clásico.

Tenía una decena de excusas en la punta de la lengua, pero la verdad las pisoteó todas y me salió de la boca antes de que pudiera evitarlo:

—Era mi película favorita y la de mi padre —confesé—. La veíamos cada año por mi cumpleaños. Era una tradición.

A Jules se le relajó la expresión por primera vez en todo lo que iba de noche.

—Podemos poner otra.

—*Nah*, da igual. Solo es una peli.

En la pantalla, Marlin, el pez payaso, seguía, en vano, el barco que se había llevado a su hijo Nemo.

Me parecía paradójico que una película sobre un padre que era un ejemplo a seguir fuera la que más me recordara a Michael, teniendo en cuenta que él era justamente lo contrario a lo que

se consideraría un buen padre.

—*Buscando a Nemo* no es más que propaganda marina —señaló Jules de la nada—. ¿Sabías que los peces, en la vida real, son unos padres terribles? La mayoría de las especies abandonan a sus crías recién nacidas para que se espabilen por su cuenta y son la mar de felices. Creen que no les merece la pena desperdiciar energía y poner su vida en riesgo para intentar proteger a sus bebés.

Se me escapó una sonrisa, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hice una reseña sobre el tema en el instituto. Saqué un sobresaliente —añadió orgullosa.

Contuve otra sonrisa.

—Cómo no. —Cambié de postura y, al hacerlo, le rocé la pierna con la mía; una chispa cargada de energía me subió por el muslo y lo aparté de inmediato—. ¿A qué se dedica tu padre? —pregunté para intentar disimular mi exabrupto.

Aunque una parte de mí también sentía cierta curiosidad, genuinamente. Jules nunca hablaba de su familia.

Se encogió de hombros y contestó:

—Ni idea. Se fue cuando yo era muy pequeña.

—Hostia. Lo siento. —«Menuda metedura de pata, Chen.»

—Qué va. Total, por lo que me han contado, se ve que era un capullo.

—Padres capullos los crían, y ellos se juntan —solté y ella rio discretamente.

Nos sumimos en un agradable silencio mientras veíamos la película. Estaba prestando parcialmente atención a lo que ocurría en la pantalla porque, cuando llegaban mis escenas favoritas, me fijaba en cuál era la reacción de Jules. Cómo rio cuando Marlin conoce a Dory, cómo ahogó un grito cuando el tiburón empezó a perseguirlos, cómo fue tarareando la melodía mientras Dory iba repitiendo su famoso mantra «sigue nadando».

Debía de haber visto ya la peli, pero las reacciones que iba teniendo eran las mismas que habría tenido si fuera la primera vez que la veía. Era extrañamente encantador.

Volví a posar la vista en la pantalla. «Céntrate.»

Cuando ya casi se estaba acabando la película me di cuenta de que había parado de llover. Miré a Jules y la encontré dormida con la cabeza apoyada en el cojín decorativo que tenía al otro lado.

Una de las normas que habíamos estipulado era que no nos quedaríamos a dormir en casa del otro, pero parecía que estaba descansando tan plácidamente que no me atreví a despertarla.

Era solo una noche y se había tenido que quedar aquí por el tiempo, no por voluntad propia. Tampoco es que esto de quedarse a dormir en casa del otro fuera a convertirse en algo recurrente.

«Solo una noche. Y punto.»

24

Jules

Cuando me desperté, olía a beicon y a café, mi olor favorito en todo el mundo. Por separado, eran geniales, pero ¿combinados? La más absoluta perfección.

Aunque me sorprendía que Stella estuviera preparando beicon. Mi amiga comía carne una vez cada mil años. Y, ahora que lo pensaba, Stella tampoco tomaba café, solo té y sus monstruosos herbáceos *smoothies* verdes.

Qué raro. A lo mejor estaba entrando en una etapa en la que empezaría a beber té y comer carne.

Abrí los ojos y me estiré, lista para disfrutar de la maravilla de mi preciosa habitación en el Mirage. Sin embargo, me recibió el cuadro más horripilante del mundo: una mezcla de marrón y verde en la cual parecía que acabaran de vomitar un montón de gatos.

¿Qué diantres?

Me levanté de inmediato, asustada y con el corazón aceleradísimo hasta que empecé a recordar, lentamente, la noche anterior.

Hyacinth. Max. Josh. La tormenta.

Debí de quedarme dormida mientras veíamos la peli y Josh debió de haberme traído a este cuarto.

Se me ralentizó el ritmo cardíaco. Menos mal que no estaba en el calabozo sexual de algún asesino psicópata, aunque tampoco estaba segura de que dormir en casa de Josh fuera mucho mejor.

Miré a mi alrededor. Los muebles de la habitación eran simples, de madera; la colcha era de color azul marino y las paredes estaban pintadas de un gris claro. Dejando de lado el espantoso arte que la decoraba, parecía la típica habitación de tío, aunque el sutil aroma a cítrico y a jabón que se respiraba en el ambiente era tan deleitoso que me dieron ganas de meterlo en una botella para disfrutar de él más adelante.

Desvié la vista hasta el reloj digital que había en la mesita de noche. Las 9.30. Mierda. Ya debería haberme ido hacía rato.

Salté de la cama y me lavé la cara y los dientes en el baño, apresuradamente, antes de entrar en la cocina. Abrí la boca, dispuesta a despedirme de Josh con rapidez, pero cuando vi lo que tenía delante me quedé sin palabras.

Josh estaba cocinando. Sin camiseta.

Madre-mía.

Creo que en ese momento desbloqueé un nuevo fetiche, porque de repente me pareció que lo más sexi del universo era un cocinero descamisado.

Estiró el brazo para coger la sal, que tenía al lado del horno, y, al hacerlo, se le tensaron los tonificados músculos de la espalda. Llevaba el pelo más enmarañado que de costumbre y la luz

del sol que se colaba por la ventana hacía que la piel le brillara con un profundo destello dorado. La tira de unos pantalones de chándal negros se asomaba por encima de la mesa de la isla, cubriéndole la parte inferior del cuerpo. Los llevaba lo suficientemente bajos como para dar rienda suelta a mi imaginación, que empezó a visualizar todo tipo de escenarios pornográficos.

Me lo quedé mirando en silencio, fascinada por la naturalidad y elegancia de sus gestos. Creía que Josh subsistía a base de pizza y cerveza, igual que en la uni, pero a juzgar por las resplandecientes ollas y sartenes que colgaban de los ganchos que había encima de la isla y por los botes de especias marcados cuidadosamente con etiquetas que descansaban en la encimera, resultaba que Josh sí sabía cocinar.

Lo cual era insólitamente atractivo.

Con el trance, choqué con uno de los taburetes que rodeaban la isla y, al oír cómo chirriaba la madera con la baldosa del suelo, Josh se dio la vuelta. Me miró de arriba abajo y luego apartó la vista.

—Si ya estás despierta.

—Nunca había dormido hasta tan tarde. —Me senté en el taburete e intenté no bajar la mirada más allá de su cintura. «No pienses en el sexo. No pienses en el sexo»—. Gracias por dejar que me quedara —añadí con torpeza.

Lo de quedarnos a dormir en casa del otro no formaba parte del acuerdo y no tenía muy claro cómo gestionar la situación, sobre todo después de lo..., ejem, agresivas que habían sido las actividades que habíamos llevado a cabo la noche anterior.

No era que hubiéramos hecho el amor dulcemente y durante mucho rato y me hubiese despertado esta mañana para encontrarme a Josh preparándome el desayuno. Era más bien como..., bueno, como si me hubiera follado con dureza hasta la saciedad y me hubiese quedado atrapada en su casa por culpa de una tormenta.

—No iba a ponerte de patitas en la calle cuando llovía, Pelirroja. —Josh hizo deslizar un plato lleno a rebosar con huevos, beicon, una tostada y unas crujientes croquetas de patata por la isla.

Me rugieron las tripas y miré hacia el horno por encima del hombro de Josh.

—¿Por casualidad no tendrás otro plato? —pregunté esperanzada—. Me muero de hambre.

—*Nop*. —Se metió un trozo de beicon en la boca—. He hecho la cantidad justa para una persona. Si te preparara el desayuno parecería que estuviésemos saliendo, y ya has incumplido las normas quedándote a dormir hoy. He tenido que dormir en el sofá por tu culpa. Pero te puedes comer lo que me sobre.

Me quedé boquiabierta.

—¿Me lo dices en serio?

La incredulidad se llevó por delante cualquier pizca de adormecimiento que quedara en mi cuerpo. Evidentemente, no porque me hubiese quedado a dormir tenía que ofrecerme desayuno, pero que se pusiera a comer delante de mí sin ni siquiera ofrecerme nada era bastante descortés.

—¿A ti te parece que esté bromeando?

—Lo que me parece es que estás a dos segundos de morir lenta y dolorosamente —gruñí—. Tienes un montón de cuchillos y sé cómo usarlos.

—Pues utilízalos para prepararte algo —soltó mientras seguía comiendo como si nada.

Me tembló un ojo. Dios, era tan... tan... ¡Aggg!

—Mira que llegas a ser capullo.

—Creo recordar que anoche también me llamaste así. —Le dio un sorbo al café—. Justo antes de que te follara sin piedad. Es como si te gustaran los capullos, Pelirroja.

Sentí que me ardían la cara y el cuello.

—Eso fue anoche. Ahora estamos en el presente. Y mi intención no era quedarme a dormir —solté molesta porque Josh llevaba razón—. Me quedé dormida y punto.

—Sí, esto es justo lo que ocurre cuando te quedas a dormir en alguna parte —respondió él despacio—. Con esos razonamientos, enseguida irás ganando casos. —Se irguió y se limpió la boca con una servilleta antes de tirarla a la basura—. Voy a ducharme; empiezo el turno en una hora. —Señaló el plato con la barbilla—. Zámpatelo, si quieres.

Cuando se marchó, dándome la espalda, fruncí el ceño.

Mi orgullo me suplicaba que me fuera, pero, para variar, ganó el hambre.

Me acerqué el plato y me di cuenta de que Josh prácticamente no lo había ni tocado. Solo se había comido unas lonchas de beicon. Qué raro. Josh solía comer más que una lima. Una vez vi cómo engullía una hamburguesa triple, una ración grande de patatas fritas, dos perritos calientes y un batido de chocolate en menos de veinte minutos.

Para ser médico, comía fatal.

Ingerí la mitad de lo que había en el plato y regresé al cuarto de Josh para cambiarme y ponerme la ropa de la noche anterior. Mi vestido era extremadamente incómodo en comparación con la camiseta de Josh, pero resistí la tentación de robarle la ropa. Eso era lo que hacían las novias y, Dios estaba por testigo, yo no estaba saliendo con Josh.

Cuando ya estaba lista para marcharme, Josh todavía no había salido de la ducha.

Me planteé quedarme hasta que saliera para decirle adiós, pero me pareció demasiado extraño, así que me limité a mandarle un escueto mensaje y salí sigilosamente de su casa.

En cuanto subí al Uber, recibí un mensaje.

No había nada escrito; era solo una foto. Una foto de la grabación, para ser exactos. Salía yo de rodillas mientras...

Lo borré de inmediato, pero el beicon y los huevos que me había comido hacía un rato hicieron acto de presencia en mi garganta.

Max.

Lo había apartado a un rincón de mi memoria mientras estaba con Josh, pero la angustia de anoche acababa de regresar en forma de náuseas.

Tenía clarísimo por qué me había enviado esa foto. Para tocarme los cojones y recordarme que seguía presente en mi vida, siniestro y acechante. Ese era su *modus operandi*. Le gustaba jugar con los demás hasta hacerlos añicos; entonces, la gente cedía y le hacía el trabajo sucio.

Cerré los ojos e intenté relajarme, pero el ambientador del coche era excesivamente dulce e hizo que todavía me entraran más ganas de vomitar.

Deseé poder volver atrás en el tiempo y congelarlo; me quedaría en el cómodo olvido de la casa de Josh para siempre. Sin embargo, era imposible esconderse de la verdad a plena luz del día.

Lo único que podía hacer era esperar que el «favor» que Max tenía en mente fuera algo que yo pudiera hacer..., o mi vida cambiaría y se iría al traste para siempre.

25

Josh

¿Esperé a que Jules se hubiera ido antes de salir de la ducha cual cobarde? Es probable.

Pero prefería ser un cobarde a tener que enfrentarme a la incomodidad que suponía despedirte al día siguiente de la persona con quien te habías acostado la noche anterior. En teoría, nuestro acuerdo no contaba con puntos incómodos porque los límites estaban claros y no había lugar para las expectativas, pero el tiempo lo había tenido que joder todo ya en la primera noche, cómo no.

Si acababa yendo al cielo, hablaría largo y tendido con Dios y tendría una seria conversación con él sobre cuándo se pueden hacer ciertas cosas y cuándo no.

Al llegar al hospital, seguía enfadado conmigo mismo por haber dejado que Jules se quedara a dormir. Sin embargo, el ajetreo de urgencias logró que me olvidara de inmediato de mi vida personal.

Embolias. Cuchilladas. Brazos, piernas y narices rotas, y todo lo habido y por haber. No paraban de llegar casos a urgencias y la semana laboral después de esa noche en el Hyacinth fue tal locura que no tuve ni un segundo para darle vueltas al acuerdo sexual al cual había llegado con la mejor amiga de mi hermana pequeña.

Jules y yo nos las apañamos para echar algún que otro polvo rápido tras los cuales nunca había carantoñas ni nos quedábamos a dormir en casa del otro, gracias a Dios. Aun así, pasé la mayor parte del tiempo trabajando.

La mayoría de la gente detestaría currar tanto, pero a mí me encantaba el estímulo que me aportaba, hasta que tenía uno de Esos Días.

En urgencias había días buenos, días malos y Esos Días, con mayúscula inicial. Los días buenos eran esos en los que acababa el turno a sabiendas de que había hecho lo correcto en el momento correcto para salvarle la vida a alguien. Los días malos incluían desde pacientes que intentaban atacarme a accidentes con múltiples víctimas que tenían que ser atendidas y solo estábamos el médico adjunto, unas cuantas enfermeras de guardia y yo.

Y luego estaban Esos Días. Solían darse poco y cada mucho tiempo, pero cuando se daban...

Eran devastadores.

La interminable línea horizontal que aparecía en el monitor era como un taladro que me atravesaba el cráneo y se mezclaba con el rugido de mis oídos mientras me quedaba mirando los ojos cerrados y la pálida tez de mi paciente.

Tanya, diecisiete años. Estaba regresando a casa en coche cuando sufrió una colisión lateral por culpa de otro conductor que iba bebido.

Había hecho todo cuanto había estado en mis manos, pero no había sido suficiente.

Estaba muerta.

Antes estaba viva y, de repente, había muerto. Así, sin más.

Empecé a respirar y a jadear. Después de lo que me pareció una eternidad (aunque en realidad fue, a lo sumo, un minuto), levanté la cabeza y vi que Clara y los técnicos me estaban mirando alicaídos. A Clara le brillaron sutilmente los ojos y uno de los técnicos tragó saliva con fuerza.

Nadie dijo nada.

—Hora de la muerte: 15.16 h —lo dije yo, pero mi voz sonó extraña, como si las palabras hubiesen salido de la boca de otra persona.

Al cabo de un momento de silencio, me fui. Eché a andar por el pasillo, giré en una esquina y entré en la sala donde aguardaban los padres de Tanya.

Pum. Pum. Pum.

Lo oía todo amortiguado, excepto el sonido de mis pasos al andar por ese suelo de linóleo.

Pum. Pum. Pum.

Ya había perdido a otra persona en urgencias. Fue durante mi primer año de residencia: un paciente a quien habían disparado en el pecho desde otro vehículo; el tiroteo fue completamente aleatorio. Las heridas le quitaron la vida minutos después de que llegara al hospital.

No habría podido hacer nada para salvarlo; estaba muy herido. Aun así, salí de la sala, fui al baño y vomité.

Todos los médicos perdían a algún paciente a lo largo de su carrera, y todas las muertes suponían un golpe duro, pero la de Tanya me dolió más aún.

Quizás porque estaba convencido de que saldría de esta. O quizás porque la chica apenas había tenido tiempo de vivir la vida antes de que la muerte se la arrebatara de una forma tan cruel.

Fuera por el motivo que fuera, no pude evitar que una destructiva plaga de «y si...» me invadiese el cerebro.

«¿Y si hubiera decidido optar por otra alternativa para tratarla? ¿Y si la hubiese atendido antes? ¿Y si fuera mejor médico?»

Y si, y si, y si.

Pum. Pum. Pum.

Mis pies se detuvieron un segundo fuera de la sala antes de agarrar el pomo y girarlo. Era como si estuviese viendo una película de mí mismo, pero desde fuera; estaba ahí sin estarlo.

Al verme, los padres de Tanya se levantaron de inmediato, preocupados. Al cabo de un minuto, su preocupación se convirtió en terror.

—Lo siento... Hemos hecho todo lo que hemos podido...

Seguí hablando, tratando de sonar empático y profesional, cualquier cosa que no me hiciera parecer insensible, pero apenas oía mis propias palabras. Solo oí el lamento de la madre y los gritos de negación de un padre enfadado que se convirtieron en agitados clamores de aflicción mientras rodeaba a su mujer con los brazos.

Cada sonido fue clavándose en mí como espinas fantasmales hasta que ya no pude ni respirar.

—Mi niña. Mi niña no —sollozó la madre—. Está aquí. Sigue aquí. Lo sé.

—Lo siento muchísimo —repetí.

Pam. Pam. Pam.

No eran mis pasos, sino el latido de un corazón roto.

Mantuve mi estoica máscara hasta que me quedé sin palabras y dejé que la familia asimilara el duelo. Tenía decenas de pacientes más a los que visitar, pero necesitaba un minuto, solo uno, para mí.

Aceleré el paso hasta llegar al baño más cercano. El entumecimiento que sentía en el pecho se

expandió hasta las extremidades, pero cuando cerré la puerta tras de mí, el sutil clic del pestillo desató un agudo sollozo que cortó el aire.

Tardé unos segundos en asimilar que lo había emitido yo.

La presión que sentía detrás de la caja torácica acabó explotando. Me incliné encima del lavamanos y fui repitiendo arcadas hasta que me irrité la garganta y me silbaron los oídos.

El cuerpo sin vida de Tanya en la camilla. Ava en urgencias después de que casi se ahogara. Los ojos abiertos y la mirada vacía de mi madre después de que muriera por una sobredosis de pastillas.

Los recuerdos me arrollaron macabramente.

Volví a sentir ganas de vomitar y lo intenté, pero no eché nada porque no había comido desde que había empezado mi turno hacía ocho horas.

Cuando dejé de sentir náuseas, estaba empapado en sudor y sentía tanta presión en la cabeza que incluso notaba cómo me palpitaba.

Abrí el grifo y me salpiqué la cara con agua fría antes de secarme con un poco de papel. El áspero material marrón me raspó la piel y, cuando me miré en el espejo, vi que tenía la mejilla un poco roja a causa del roce.

Ojeras violetas, la tez amarillenta y unas blancas líneas de tensión alrededor de la boca. Tenía una pinta horrible.

Dios, necesitaba beber algo fuerte. O, mejor aún: unas vacaciones y varias bebidas.

Me recompuse y tiré el papel arrugado a la basura. En cuanto regresé a la planta principal, ya volvía a llevar mi máscara de profesional puesta.

No tenía el placer de poder recrearme en el dolor o en la autocompasión. Tenía trabajo que hacer.

—Buenas. —Sonreí a mi nuevo paciente y le tendí la mano—. Soy el doctor Chen...

El resto del turno avanzó sin mayores incidentes, pero no logré deshacerme de la pegajosidad que notaba en la piel ni de los erráticos latidos de mi corazón.

—¿Estás bien? —se interesó Clara cuando fiché para salir.

—Sí. —Evité su compasiva mirada—. Hasta mañana.

No le di la oportunidad de responder y fui directo al vestuario. Por norma general, me duchaba en casa; sin embargo, hoy estaba desesperado por quitarme la sangre de encima. La notaba pegada a la piel, densa y empalagosa, invisible a ojos de cualquier otra persona que no fuera yo.

Cerré los ojos con fuerza y me quedé bajo la ducha hasta que bajó la temperatura del agua y el frío me caló hasta los huesos. Normalmente me moría de ganas de salir del edificio al terminar un turno, pero ahora mismo nada me parecía peor que estar solo.

Todos mis amigos estaban trabajando y era demasiado temprano como para ir a un bar, así que solo me quedaba una opción.

Me quité la toalla, me vestí y cogí el móvil que tenía guardado en el bolsillo de los vaqueros para mandarle un mensaje a Jules, pero entonces vi que ya tenía un mensaje suyo esperando a ser respondido; me lo había enviado hacía veinte minutos.

Jules: ¿Has salido ya del curro?

Yo: Ahora mismo.
Yo: ¿Dónde estás?

Era martes, y los martes Jules no trabaja en el Centro.

Jules: En la biblio de Ciencias, al fondo.

Me sentí aliviado. Podía ir andando; estaba cerca.

Yo: No te muevas. Llego en quince minutos.

26

Josh

El hospital estaba justo al lado del campus de Thayer, así que no tardé demasiado en llegar a la biblioteca, formalmente bautizada bajo el nombre de Biblioteca George Hancock, en honor a un donante que había fallecido hacía muchísimo tiempo, e informalmente conocida como «biblio de Ciencias». Era una joya escondida en el tercer piso del edificio de Biología. Fulton, la biblioteca principal de la escuela, estaba hasta los topes en época de exámenes; la biblio de Ciencias era siempre un lugar mucho más tranquilo.

El paseo hasta allí me ayudó a dejar de lado los continuos pensamientos de la muerte de Tanya. Salir del hospital y rodearme de alumnos que charlaban entre ellos y sonreían me ayudó. Fue como si hubiera aparecido en el set de una película en la que podía fingir ser quien yo quería en lugar de quien realmente era.

Cuando llegué a la biblio, vi que solo había algunos alumnos por aquí y por allá. Las paredes estaban repletas de tomos que llegaban hasta el techo de doble altura; dos pisos de libros que se aireaban solo gracias a unos vitrales enormes colocados en intervalos simétricos. El resplandor del cristal verde de las lámparas de escritorio se mezclaba con la luz del sol y daba paso a un cálido y calinoso brillo que iluminaba ese silencioso santuario.

La gruesa moqueta de color esmeralda amortiguó mis pasos mientras me dirigía hacia el fondo de la sala, donde Jules estaba sentada completamente sola.

—Te veo aplicada —dije al acercarme. A su lado había un montón de libros apilados, el moka de caramelo que la acompañaba a todas partes, y hojas y fichas sueltas que ocupaban toda la superficie de roble.

—Alguien tiene que estarlo. —Levantó la cabeza y sentí una punzada en el corazón al ver que tenía los ojos rojos e hinchados.

—¿Por qué lloras?

¿Qué cojones pasaba en la Facultad de Derecho? Estaba prácticamente seguro de que el objetivo del temario no era hacer llorar a los alumnos, a no ser que Jules estuviera frustrada, pero no era el tipo de chica que se desmoronaba por el estrés académico.

—No. —Golpeteó sutilmente la libreta con el subrayador—. Tengo alergia.

—Y una mierda.

Hablamos en voz baja porque estábamos en la biblioteca, pero la gente estaba tan centrada en sus asuntos y tan lejos de nosotros que tampoco es que fuera necesario.

Jules empezó a repiquetear el subrayador con más rapidez.

—¿Y a ti qué te importa? Te he llamado para enrollarnos, no para sincerarme contigo.

—No me importa en absoluto. —Me dejé caer en la silla que tenía Jules al lado y bajé todavía más la voz—. Pero preferiría no follarme a una mujer que está llorando, a no ser que llores por placer. Cualquier otro tipo de lágrimas cortan muchísimo el rollo.

—Qué encantador.

—¿Preferirías que me pusiera la aflicción ajena? —Me zambullí en esa conversación con una facilidad sorprendente, teniendo en cuenta cómo me había ido el día en urgencias. Cuando estaba cerca de Jules, todo lo demás desaparecía.

Para bien o para mal.

—No estoy de humor para discutir hoy contigo, ¿vale? —soltó. En su voz se notaba la ausencia de esa chispa tan suya—. O me follas o ya te puedes ir.

La breve llama de buen humor abandonó mi cuerpo. En otra ocasión no habría dudado en aceptar su oferta sexual, pero lo de hoy no era normal.

—Adivina qué, Pelirroja. No eres la única que tiene semanas de mierda, así que deja de actuar como si fueras especial —le reproché fríamente—. Lo que tenemos es un acuerdo beneficioso mutuo —dije enfatizando la última palabra—, de modo que no puedes llamarme y esperar que venga corriendo a satisfacer tus necesidades como un puto *gigolo*.

—Yo no he hecho eso.

—Nadie lo diría.

Nos fulminamos el uno al otro con la mirada y el aire que pasaba entre los dos crepitó con una fina capa de frustración. Jules bajó los hombros y soltó el subrayador para frotarse la cara con la mano.

Esa simple acción hizo que mi enfado se desvaneciera. Exhalé con fuerza, incapaz de continuar con esa alocada montaña rusa de emociones a la que llevaba todo el día subido.

—¿Mal día en el curro? —se interesó.

Reí sin gracia alguna.

—Algo así.

No hablaba de los aspectos negativos de mi trabajo a no ser que fuera con alguien del sector. No había nada más desmoralizador que decir: «Bueno, pues resulta que hoy se me ha muerto un paciente».

Pero la presión que había sentido antes en el pecho estaba volviendo a hacer acto de presencia y necesitaba deshacerme de ella antes de que acabara explotando.

—Hoy he perdido a alguien. —Me recosté en la silla y miré hacia el techo; no podía mirar a Jules mientras admitía que había fallado—. Una chica de diecisiete años. Un conductor bebido se le echó encima.

Decir eso en voz alta me resultó extraño. *He perdido a alguien*. Sonaba muy genérico. Se perdían juguetes o las llaves de casa, pero no se perdían vidas. La vida te la arrebataban, te la robaban las manos crueles de un dios despiadado.

Pero supongo que las palabras que me salieron de la boca no fueron tan bonitas.

—Lo siento mucho —dijo Jules en voz baja—. No quería... No puedo ni imaginarme...

—No pasa nada. Soy médico. Son cosas que ocurren.

—Josh...

—¿Y tú? —la interrumpí girando la cabeza para mirarla—. ¿Qué te ha pasado? Y no me vengas otra vez con la tontería de la alergia.

—Tengo alergia de verdad. —Pasaron unos cuantos segundos antes de que admitiera algo más—: A lo mejor tengo que hacer algo... de lo que no me siento orgullosa. Me prometí que no volvería a hacerlo, pero puede que no tenga elección. Pero... —Tragó saliva con fuerza y se le tensaron las finas líneas de la garganta—. No quiero ser esa persona.

Había sido imprecisa de narices, pero Jules estaba claramente angustiada y esa sensación me

atravesó la piel y se me clavó en lugares en los que no pintaba nada.

—Seguro que no es tan malo como crees —dije—. Siempre y cuando no tengas que asesinar a alguien o prender fuego a alguna cosa.

—Guau. Eso ya sería infernal, eh.

Sonreí delicadamente por primera vez en lo que iba de día.

—Al menos en el infierno se está calentito.

Jules rio por la nariz.

—Ojalá fuera igual de optimista que tú.

—Ya te gustaría. —Hice un gesto con la cabeza y señalé hacia una pequeña biblioteca de consulta que estaba apartada de la principal—. Bueno, qué, ¿aún quieres follar?

Un buen polvo siempre le daba la vuelta a un día de mierda.

Además, entre que se había quedado a dormir en mi casa por motivos inesperados y que acabábamos de bajar un poco la guardia los dos, nos estábamos alejando demasiado de las normas que habíamos establecido. Ya era hora de que volviéramos a centrarnos en el tema principal del acuerdo: el sexo. Rápido, transaccional y mutuamente gratificante.

A juzgar por la tensión que se apreciaba en el cuello y los hombros de Jules, ella necesitaba desestresarse tanto como yo.

A modo de respuesta, recogió los apuntes y los guardó en la mochila. Dejamos sus libros en la mesa (dudaba mucho que alguien quisiera robar un volumen de derecho de sociedades) y echamos a andar con tanta naturalidad como pudimos hacia la zona de la biblioteca que yo había indicado.

Escogí una estantería que quedaba resguardada de las cámaras de seguridad; empotré a Jules contra esta y pegué la boca a la suya. Empecé con un beso casto y frío, algo que sirviera para olvidarnos de los problemas que nos atormentaban y punto.

Sin embargo, solo podía pensar en lo agotada que parecía Jules antes o en lo reconfortante que había sido sentir su mano encima de la mía y, antes de que me diera cuenta, mi beso se volvió menos brusco y se convirtió en algo más... no tierno, exactamente, pero sí indulgente.

Era la primera vez que nos besábamos sin aires de cabreo y fue mejor de lo que me habría imaginado.

Le agarré la cara con ambas manos y le recorrí la unión de sus labios con la lengua hasta que ella los separó. Joder, Jules sabía genial; era una mezcla de picante, intensidad y dulzura.

A mí siempre me había gustado el chocolate, pero la canela se estaba empezando a convertir en mi nuevo sabor favorito.

Me envolvió el cuello con los brazos y la forma en la que suspiró suavemente me recorrió la columna vertebral hasta acomodarse en la zona inferior de mi vientre.

—¿Crees que podemos olvidarnos de estas semanas de mierda durante un rato? —preguntó en un susurro.

Al oír el hilo de vulnerabilidad en la voz de Jules, un proteccionismo atroz se fue abriendo paso en mi pecho, pero me obligué a hacerlo desaparecer.

Solo quedábamos para follar. Entre nosotros no había lugar para nada más.

—Cielo, en unos minutos no te acordarás ni de cómo te llamas.

Me arrodillé y, al ver la mirada sorprendida de Jules, se me encorvaron los labios. Las últimas veces que lo habíamos hecho, había sido duro y sucio. Hoy, en cambio, me apetecía darme otro tipo de festín.

Cogí la tira de las bragas con los dedos y se las bajé por debajo de la falda.

—Igual deberías taparte la boca, Pelirroja.

Dije a modo de advertencia antes de abrirle las piernas y hundirme en ella, alternando entre lengüetazos largos y suaves, y fuertes tirones de su pequeño y dulce clítoris.

Gemí. Sabía incluso mejor que su boca. La mayoría de las mujeres pensaban que a los tíos nos gustaba que supieran a frutas del bosque o lavanda o a saber qué, pero si nos comíamos un coño, queríamos que supiera a coño. Por algo lo hacíamos, joder.

Cuando le metí un par de dedos, Jules me agarró del pelo con una mano. Se los fui metiendo y sacando lentamente mientras seguía estimulándole el clítoris. Lo tenía hinchado y sensible y, cuando se lo rocé con los dientes y ella jadeó sutilmente, mi polla reaccionó en el acto.

Me obligué a mantener ese ritmo suave un poco más antes de incrementar no solo la velocidad, sino también la intensidad en que se lo chupaba y le metía los dedos para follarla hasta que sus fluidos se le empezaron a deslizar por los muslos y por mis manos. Lo lamí todo, embriagado con el sabor de Jules. ¿Quién dijo nada de agua y comida? Yo podría subsistir a base de Jules toda la vida.

Saqué los dedos y los reemplacé por mi lengua, con ganas de más.

Jules tembló a mi alrededor. Me agarró el pelo con más fuerza y gritó amortiguadamente. Al cabo de un segundo, su excitación me inundó la lengua.

Joder.

Su olor me nubló los sentidos Se retorció para intentar alejarse un poco de mí y la agarré de las caderas para que no se moviera.

—Josh... —dijo en un sordo gemido.

Cuando levanté la cabeza y vi que se estaba tapando la boca con la mano para ahogar sus propios gemidos, el flujo sanguíneo se me aceleró. Tenía las mejillas sonrojadas con el tono rosado más bello que había visto en mi vida, y los ojos le brillaban con las lágrimas de un orgasmo reprimido.

Mi polla amenazó con agujerearme los vaqueros. Me encantaba oír sus dulces gritos, pero ver que alguien se contenía cuando en realidad lo que realmente quería era explotar también tenía algo jodidamente erótico.

—Todavía no he acabado, Pelirroja. —Le di otro lánguido lengüetazo en el clítoris—. No querrás interrumpir a un hombre antes de que haya terminado de comer, ¿a que no?

Jules respondió con otro gemido.

Seguí con mi festín, chupándola, saboreándola y follándomela salvajemente con la lengua. Cuando hube terminado tuve que aguantarla con un brazo mientras me levantaba.

Me sequé la boca con el dorso de la mano y seguí degustando el sabor que aún me quedaba de Jules en la boca. Estaba excitado y la sangre me bombeaba con fuerza.

Deseé tener más tiempo para una segunda ronda, pero ya estábamos tentando a la suerte. No nos había pillado nadie, pero el aire olía a sexo y cualquiera que pasara por ahí ataría cabos enseguida.

—Siempre he querido profanar la biblioteca —murmuró Jules aferrándose a mí de una forma que no haría jamás, a excepción de cuando nos enrollábamos.

Me reí.

—Igual tacharlo de *profanar* es un poco bestia, aunque como alguien se entere de lo que acaba de pasar quizás me prohíban volver a entrar en la biblioteca.

Me palpitó la polla ansiosa por actuar, pero cuando Jules me agarró la hebilla del cinturón le cogí la muñeca y le coloqué el brazo donde estaba antes.

Me miró confundida.

—Pero...

—Luego me ocupo. No te preocupes por eso ahora.

—Josh, te tiene que doler.

Sí, me dolía. Estaba tan empalmado que era jodidamente insoportable. Aun así, una parte de mí no demasiado cuerda gozaba de la sensación.

El dolor me recordaba que seguía vivo.

—Tienes que soltarlo todo —señaló Jules, que no estaba refiriéndose solamente a un orgasmo.

—Ya me ocuparé —reiteré. Salir con una erección del tamaño del Monumento a Washington sería raro de cojones, pero la gente que había en la biblioteca tenía toda la pinta de estar tan metida en sus cosas que dudaba que fueran a darse cuenta—. No tentemos a la suerte.

—Cierto. —Cerró los ojos y su respiración se fue ralentizando.

En el aire se respiraba un apacible silencio.

Lo de hoy había sido completamente distinto a la forma en la que solíamos follar. Lo que pasaba era que a veces uno necesitaba hacerlo duro y rápido y, otras, suave y lento.

Además, podría pasarme días haciéndole sexo oral a Jules y no cansarme nunca.

Reposé la mirada en su delicado rostro y en el color sonrosado de sus mejillas un poco más de lo que debía.

—¿Quieres acompañarme a un sitio el próximo sábado? —le dije sin pensar—. No es una cita —aclaré al ver que abría los ojos como platos—. Organizamos el pícnic anual de plantilla del hospital y las enfermeras intentarán juntarme con alguien, igual que hacen cada año, lo sé. Si voy con una cita falsa, igual lo evito —añadí enfatizando el adjetivo *falsa*.

Jules arqueó las cejas.

—Esto va en contra de las normas de nuestro acuerdo.

No, si ya lo sabía, joder. No estaba seguro de qué me había poseído como para preguntárselo cuando realmente podría llevar a cualquier otra chica que conociera; sin embargo, la razón se me iba volando siempre que Jules Ambrose estaba en mi radar de visión.

Era exasperante a más no poder. Sin embargo, puestos a no poder hacer nada al respecto, podía sacarle provecho.

—Las normas están para romperlas. —Me encogí de hombros—. Mira, si alguna vez necesitas que alguien finja ser tu acompañante, puedes contar conmigo. Es más fácil que pedírselo a alguien a quien no conoces. —Como vi que todavía dudaba, añadí—: Habrá comida gratis.

No tardó en responder:

—Haré un hueco para ir.

—Genial. Luego te mando la info. —Me di la vuelta para irme, pero su voz, dulce y tentadora, me detuvo.

—Josh, ¿estarás bien?

Me quedé helado. Sentí un nudo extraño en la garganta al oír su inesperada preocupación. Tragué saliva y contesté:

—Sí. —Giré la cabeza y le dediqué una breve sonrisa—. Nos vemos el sábado, Pelirroja.

Después de salir de la biblioteca (donde, gracias a Dios, nadie se fijó en mi erección), fui directo a casa y me tomé un vaso de Macallan. El maldito *whisky* era caro, pero me lo había

regalo Alex una vez por mi cumpleaños. Lo había ido racionando a lo largo de los años y lo guardaba para las celebraciones más especiales y los días de mierda más absoluta.

Me terminé el primer vaso y me serví otro. No me toqué el empalme. En lugar de eso, me senté en el salón, apoyé la cabeza en el respaldo del sofá y me quedé escuchando el silencio.

Ver a Jules me había reconfortado mucho, sorprendentemente, pero la ligereza que había sentido en la biblioteca ya había mermado.

Me terminé la bebida y paladeé el ardor que me había dejado el alcohol en la garganta.

En ese momento, era lo único que me quitaba el frío.

27

Jules

No podía dejar de pensar en Josh ni en lo que había ocurrido en la biblioteca. Y no solo en el sexo oral (aunque había revivido ese momento en concreto en mi mente más veces de las que podía enumerar), sino en la expresión que se le había dibujado en la cara mientras me contaba que se le había muerto una paciente. En cómo me había besado, con dulzura pero desesperadamente, como si necesitara consuelo y no se atreviera a pedirlo. Y en la cara que tenía cuando se había marchado, como si cargara con todo el peso del mundo.

No debería tener todos esos pensamientos. No tenían cabida en nuestro acuerdo, pero eso no les impedía que siguieran acampando a sus anchas en mi cabeza.

—Frena, Jules —me dije mientras me dirigía hacia el parque donde tenía lugar el pícnic de la plantilla del hospital—. Déjate de tonterías.

Una familia que había por ahí me miró extrañada y aceleró el ritmo cuando pasaron por mi lado.

Genial. Ahora hablaba conmigo misma y asustaba a padres y niños.

Exhalé con fuerza e intenté manejar los nervios que sentía en el estómago a medida que me iba acercando a la entrada del parque.

Que era un pícnic, por el amor de Dios. Solo había aceptado acompañarlo porque había comida gratis, y yo jamás decía que no a eso. Tampoco era una cita de verdad.

El aire que sopló a mi alrededor me levantó el vestido de algodón hasta la cintura.

—¡Mierda! —me apresuré a bajar los volantes; ya me arrepentía de habérmelo puesto. Por fin hacía el calor suficiente como para volver a llevar vestido, pero la *app* del tiempo me la había jugado otra vez y no había especificado que haría tanto viento. Tendría que pasarme el día entero sujetándome la falda a no ser que quisiera que toda la plantilla del Hospital de Thayer viera de qué color me había puesto la ropa interior.

—¿Aún no te hemos emborrachado y ya estás enseñándoselo todo a la gente? —oí que decía Josh.

Levanté la vista y vi que estaba apoyado en la entrada con los brazos cruzados. Ya no quedaba rastro alguno de la tensión y el dolor que tenía dibujados en la cara el otro día en la biblioteca. En lugar de eso, sonreía con picardía y se le marcaba el hoyuelo; con una mirada divertida, me estudió de arriba abajo.

Una oleada de alivio me recorrió el pecho. El engreído de Josh era insufrible, pero por razones en las que no quería ahondar, prefería que fuera insufrible que verlo sufrir.

—Es un pícnic familiar, Chen —le dije mientras me acercaba a él—. Nada de alcohol.

—¿Y desde cuándo eres tú tan santurrona? —Me tiró sutilmente de la trenza y, cuando le aparté la mano de un tirón, se rio—. Trenza, zapatos planos, vestido blanco... —Su segundo escrutinio, esta vez más lento, hizo que otra corriente de palpitaciones arrítmicas se apoderara de

mi pecho y sintiera un cosquilleo en la parte inferior de la garganta. Quizás alguno de los médicos guapos que había en el pícnic podría hacerme una revisión ahí mismo, porque resultaba evidente que mis órganos internos estaban fallando—. ¿Quién eres y qué le has hecho a Pelirroja?

—Se le llama tener un armario versátil. Si tuvieras buen gusto, lo sabrías. —Le devolví el escrutinio con una mirada penetrante, aunque, visto desde fuera, no fue buena idea.

Llevaba una camiseta verde de manga corta apretada que le marcaba sus musculados hombros e igualaba el moreno de su piel. Los vaqueros no eran apretados, pero se le ajustaban lo suficientemente bien como para que se apreciaran las largas y marcadas líneas de sus piernas, y se había peinado el pelo, de normal, enmarañado. Eso, combinado con sus gafas de sol de aviador, le daban un aire a lo estrella-de-cine-de-las-antiguas-películas-de-Hollywood-disfrutando-de-un-día-por-la-ciudad que era más atrayente de lo que debería.

—La versatilidad y el gusto no van de la mano. —Josh colocó la palma en mis lumbares y me guio hacia la fiesta. Sentí otro cosquilleo en la parte inferior de la columna vertebral y este fue irradiándome por todo el cuerpo—. Esto lo sé incluso yo.

—Lo que tú digas. —Estaba demasiado distraída por esas traicioneras cosquillas como para pensar en un reproche más elaborado—. Menudo eres tú para hablar de gusto. Solo hay que ver el cuadro que tienes en la habitación.

—¿Qué le pasa?

—Que es espantoso.

—No es espantoso; es diferente. El tío a quien se lo compré me dijo que antes había pertenecido a un famoso coleccionista.

Puse los ojos en blanco.

—¿Antes había pertenecido a un famoso coleccionista y luego terminó en tus manos por arte de magia? Ya, claro. Pues, ya que estamos, me gustaría venderte algo: se llama Brooklyn Bridge.

—No seas tan *hater*. No todo el mundo está dotado con el mismo buen ojo para el arte.

—Que alguien llame a los académicos que hacen los diccionarios. Ahora «tener buen ojo» significa «tener un gusto horrible».

Josh se rio, impertérrito ante mis insultos.

—Me alegra ver que ya estás mejor, Pelirroja. Echaba de menos esa lengua venenosa.

Al acordarme de por qué tenía tan mal humor el otro día en la biblioteca, mi sonrisa desapareció. Aquella mañana, había recibido otro mensaje de texto de Max a modo de «recordatorio». Podría haberlo presionado para que demostrara que era todo una patraña, pero dudaba de que lo fuese. A Max le encantaba jugar con la gente, pero, cuando las cosas se ponían feas, no tenía escrúpulos a la hora de apuñalar a alguien por la espalda.

Y si a eso le sumábamos el estrés de la uni, las horas de estudio para prepararme para el examen de abogacía y la boda de Bridget, que estaba a la vuelta de la esquina, me superaba. El otro día estuve llorando encima de los libros de Derecho como una idiota y, en busca de una distracción y sin pensarlo dos veces, escribí a Josh.

Cuando llegó, yo ya me había recompuesto, pero no me arrepentía de haberle mandado ese mensaje. Su presencia había sido sorprendentemente terapéutica, y lo que hizo en las estanterías...

Encogí los dedos de los pies.

—Y tú ¿qué? —le pregunté. Yo no había sido la única con un humor de perros ese día—. ¿Cómo estás?

Se le ensombreció un segundo la mirada, pero luego se le volvió a dibujar una sonrisa liviana.

—Yo, genial. ¿Por qué?

—No pasa nada por hacer el duelo por que se te haya muerto alguien —le dije sin dejarme engañar por su indiferencia. No quería meter el dedo en la llaga, pero sabía que no expresar las emociones y guardárselas para uno mismo podía ser devastador—. Aunque forme parte de tu trabajo.

Se le debilitó la sonrisa, tragó saliva con tanta fuerza que se le notó en los músculos de la garganta y apartó la vista.

—Vamos a por algo de comer —dijo—. Me muero de hambre.

Pillé la indirecta y dejé el tema. Cada uno gestionaba las pérdidas a su manera. No pensaba obligarlo a que hablara de algo para lo que no estaba preparado o que no le apetecía contar.

—Si todos estáis aquí, ¿quién está en el hospital? —pregunté cambiando de tema para hablar de algo más trivial.

Josh, que tenía los hombros tensos, se relajó.

—El personal esencial sigue ahí, pero van rotando turnos para que todo el mundo pueda pasarse por el pícnic —me contó—. Es el único evento que hacemos toda la plantilla junta aparte de la fiesta de vacaciones, así que es importante para nosotros.

—¡Jules! —gritó una atractiva morena que me resultaba un tanto familiar cuando llegamos a la mesa de comida—. Me alegro de verte. No sabía que Josh venía con una cita.

—No es una cita —contestamos los dos a coro.

A nuestra respuesta le siguió un breve silencio durante el cual, a la morena, se le ensanchó la sonrisa de inmediato.

—Ya. Perdonad. —Me tendió una mano y le brillaron los ojos, divertida—. Soy Clara. Nos encontramos un día en el Bronze Gear.

Y entonces caí.

—La cita de Josh.

¿Trabajaban juntos? Y, a juzgar por cómo se habían saludado, parecía que se llevaban bien.

Una brizna de celos se adentró en mi estómago y sentí una punzada de dolor.

«Oh, no. Oh, no, no, no.» No podía sentir celos de Josh.

Olvidaos de eso. No sentía celos de Josh. El yogur del desayuno debía de estar caducado o algo por el estilo. Ese era el problema de la comida con sabor a limón: que sabía genial aunque no debiera.

Clara se echó a reír a carcajada limpia.

—Uy, no, yo no era su cita. Solo somos compañeros de trabajo. Soy enfermera en urgencias.

—Y tiene novia —añadió Josh sirviéndose un perrito caliente en el plato—. La camarera del Bronze Gear. Por cierto, ¿dónde está Tinsley?

—No es mi novia. Vamos quedando y ya. Y ahora está trabajando; no ha podido escaquearse para venir. —Clara me miró con un brillo especulativo en los ojos—. Si no eres su cita...

—Es mi cita falsa —aclaró Josh antes de que me diera tiempo a responder—. ¿Te acuerdas del pícnic del año pasado? Todo el mundo me fue poniendo a sus hijas delante de las narices hasta tal punto que casi no pude ni respirar. No quería que se repitiera la situación.

—Debió ser traumático —dijo Clara en un tono monocorde.

Sonreí al oír su sarcasmo. Ya me caía bien. Le ponía un sobresaliente a cualquier mujer que increpara a Josh.

—Lo fue. Toma. —Josh terminó de llenar el plato y me lo pasó antes de repetir con empeño

el mismo proceso, pero con otro.

Un perrito caliente con kétchup, mayonesa y salsa de pepinillos. Algo de ensalada. Un montón de patatas fritas y, para terminar, una galleta de pepitas de chocolate.

—¿En serio necesitas dos platos? —Señalé el que tenía yo en la mano—. Es demasiado, incluso para ti.

Se me quedó mirando como si tuviera monos en la cara.

—Ese es para ti —anunció—. El mío es este. —Añadió una hamburguesa y algo de ensalada de repollo al plato ya lleno.

Menos mal que a mí no me había servido. Odiaba la ensalada de repollo. La textura me daba asco.

—Ah. —Me tambaleé un poco e intenté no echar cuenta del calor que me recorría el cuerpo por debajo de la piel—. Gracias.

En lugar de responder, Josh me dio la espalda y saludó a alguien más del trabajo.

Hacer algo medio majo y automáticamente después volver a comportarse como un capullo era muy típico de él.

Mordí el perrito caliente enfadada y pillé a Clara mirándonos. Cuando vio que la estaba observando fijamente, se dio la vuelta, pero vi cómo se le sacudían los hombros de una forma un tanto sospechosa, como si estuviera riendo.

Como el CAML no formaba oficialmente parte del Hospital de Thayer, no vino nadie más del Centro, lo cual nos ahorró tanto a Josh como a mí el tener que ir explicando lo de nuestra cita falsa a Barbs y compañía. Tampoco me preocupaba que mis amigos se enteraran; no conocían a nadie que trabajara en el hospital, a excepción de Josh.

Las próximas horas me las pasé acompañando a Josh por el parque y fingiendo ser su cita cuando alguien intentaba presentarle a una hermana, hija o nieta. Lo que me dijo de que todo el mundo quería juntarlo con alguien no era mentira: intentaron emparejarlo con una docena de chicas a pesar de que yo estuviera a su lado; luego ya dejé de contar los intentos.

—No entiendo qué atractivo te ven —murmuré después de que se alejaran una enfermera y su hija, decepcionadas—. Tampoco es que seas un partidazo como para que salgan todas a la pesca. Eres como una trucha, como mucho. O como una perca atruchada, de esas con la boca tan grande.

—Bien que te gustó mi boca en la biblioteca. —La relajada respuesta de Josh hizo que se me incendiara la piel.

—Tampoco fue para tanto.

Me agarró y tiró de mí hacia su lado para susurrarme una amenazante advertencia y yo ahogué un grito.

—No me provoques, Pelirroja —me avisó—, o te tumbaré encima de la mesa de pícnic, te abriré y te follaré con la lengua hasta que tengas que ir a cuatro patas por la vida porque las piernas ya te habrán dejado de responder. —Me soltó y sonrió al hombre que se nos estaba acercando—. Hey, Micah —lo saludó como si no acabara de amenazarme con hacérmelo delante de miles de personas hacía solo un segundo—. ¿Cómo va?

Se saludaron y Josh me presentó a Micah, que me dedicó una frívola sonrisa.

—Bueno, Jules, ¿y a qué te dedicas? ¿Estudias? —El otro residente debía de tener más o menos la misma edad que Josh, pero la pretenciosidad que irradiaba chocaba con el liviano carisma de Josh. Él podía ser un arrogante, pero al menos tenía sentido de la autocrítica. Micah tenía toda la pinta de creerse un poquito demasiado que era el mejor.

—Sí. Derecho, en Thayer. Me gradúo en unas semanas.

Micah levantó las cejas.

—¿Derecho? ¿En serio?

Su evidente escepticismo me dejó tiesa.

—Sí, en serio. —Dejé mi tono amable de lado y adopté otro bien frío con la esperanza de congelarle los cojones. Habría quien le daría el beneficio de la duda a Micah, pero yo reconocía a la gente que juzgaba a los demás en cuanto la veía, y no tenía ninguna obligación de tener que ser simpática con alguien que no se molestaba en esconder su desdén—. ¿Te sorprende?

—Un poco. No tienes pinta de estudiar Derecho. —Micah descendió la vista hasta mi pecho y unos diminutos pinchazos de humillación se abrieron paso en mi interior.

A mi lado, Josh se quedó inmóvil. Su tranquila compostura fue dejando paso a una lúgubre y volátil tensión que enturbió el aire a nuestro alrededor.

—No sabía que la gente que estudia Derecho tuviera una «pinta» universal. —Resistí la tentación de cruzarme de brazos. No iba a darle a Micah esa satisfacción—. ¿Cómo se supone que es esa pinta?

Se rio sin tener la decencia, siquiera, de aparentar estar avergonzado después de que le llamara la atención.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Pues yo no —soltó Josh con un tono falsamente calmado antes de que yo pudiera contestar —. ¿A qué te refieres, Micah?

El chaval por fin se dio cuenta de que la conversación no iba a encaminarse hacia donde él quería y se sintió incómodo por primera vez en lo que iba de rato.

—Ya sabes. —Hizo un gesto con la mano en el aire para intentar restarle importancia al asunto—. Era una broma.

Josh sonrió forzadamente.

—Se supone que las bromas son graciosas.

—Relájate, tío. —Micah, que tenía la frente arrugada por la incomodidad de la situación, parecía ahora molesto—. Solo he dicho que me ha sorprendido, ¿vale?

—No, no has dicho eso. Lo que has hecho ha sido prejuzgar su inteligencia basándote en su físico, lo cual no tiene un pelo de justo, ¿no te parece? —La agradable voz de Josh iba acompañada por un sutil afilado tono letal—. Si yo fuera a prejuzgarte, por ejemplo, pensaría que eres un subnormal presuntuoso porque siempre vas con ropa de Harvard, a pesar de que solo te aceptaron porque tu apellido está grabado en el edificio de ciencia más moderno de la universidad. Pero seguro que me equivocaría. Porque, de hecho, sí que te graduaste en Medicina por la Universidad de Harvard... Casi fuiste el último de tu promoción, pero te graduaste. Y eso ya es algo.

Micah se quedó literalmente boquiabierto y a mí se me atragantó una bola de emoción en la garganta que se negaba a desaparecer.

Era incapaz de acordarme de la última vez que alguien me había defendido. Era una sensación extraña, cálida y densa, como si por mis venas corriera miel.

—Sea como sea, no me gusta que seas así de maleducado con mi cita. —Añadió Josh en un tono más severo—. Estamos en un acontecimiento laboral, así que discúlpate y márchate, y lo dejaremos aquí. Pero, como vuelvas a faltar a Jules al respeto, seré yo quien te mande a urgencias.

A Micah le temblaron las fosas nasales, pero tuvo las suficientes luces como para no

responder. Y menos cuando parecía que Josh estuviera deseando que el otro explotara para pegarle una paliza.

—Lo siento. —La fría disculpa de Micah era igual de sincera que las lágrimas de un cocodrilo. Dio media vuelta y se fue con su delgada figura temblando del cabreo.

Su ausencia dio lugar a un pesado silencio.

Josh relajó sutilmente el cuerpo, pero continuó con la mandíbula apretadísima.

Intenté tragar saliva para deshacerme del nudo que sentía en la garganta, pero fue en vano.

—No tenías por qué hacerlo.

—¿Hacer qué? —Desenroscó el tapón de la botella de agua y le dio un sorbo.

—Defenderme.

—No te he defendido. He llamado la atención a un imbécil porque estaba siendo un imbécil. —Me miró de reojo un segundo—. Además, la única persona que puede ser un capullo contigo soy yo.

Solté una vergonzosa y débil carcajada. Estaba tan acostumbrada a librar mis propias batallas que no sabía muy bien cómo responder al ver a alguien de mi lado.

Teóricamente, Josh era mi némesis, pero había acabado siendo mi aliado. Al menos, en ese momento, vaya.

—Bueno, si algo se te da fenomenalmente bien es ser un capullo. —Jugueteé con la falda entre los dedos. La suavidad del algodón me ayudaba a aplacar los nervios.

—Se me da todo fenomenalmente bien, Pelirroja. —La forma en la que Josh arrastró las palabras me envolvió como una manta calentita.

Nuestros ojos se encontraron y nos aguantamos la mirada. Una descarga eléctrica azotó el aire que nos separaba y me recorrió la columna vertebral.

Hacía años que conocía a Josh, pero esa fue la primera vez que lo estudiaba de forma tan minuciosa.

La marcada línea que dibujaban sus pómulos y bajaba discretamente hasta dar con esa fuerte mandíbula. Esos intensos ojos oscuros que parecían chocolate fundido envueltos por unas pestañas tan largas que deberían ser ilegales en los hombres. El arco que formaban sus cejas y la firme y sensual curva de sus labios.

¿Cómo no me había fijado antes en lo increíble y dolorosamente atractivo que era Josh Chen?

Intelectualmente lo sabía, por supuesto, igual que sabía que la Tierra era redonda y los océanos, profundos. Era imposible que alguien con esos rasgos, dispuestos de esa forma, no fuera hermoso.

Aun así, esa fue la primera vez que lo noté. Fue como quitarle la capa protectora transparente a una famosa obra de arte y verla, por fin, en todo su esplendor.

Josh cerró los puños a sus costados y los volvió a abrir.

—Quitarán la comida pronto —dijo brusco y con la voz rasposa, como si le doliera al hablar —. Si quieres ir a por algo más de comida, será mejor que vayamos ahora, antes de que se termine el pícnic.

La descarga eléctrica se disipó, pero su efecto permaneció cual fina capa de cosquillas en mi piel.

—Claro. Comida —me aclaré la voz—. Yo nunca le digo que no a la comida.

Nos llenamos los platos de nuevo en silencio y luego nos acomodamos debajo de uno de los grandes robles que había alrededor del parque. La mayoría de la comida había volado, pero conseguimos pillar un par de hamburguesas y un *cupcake* de chocolate para compartir.

—Parece que les caes muy bien a tus compañeros de trabajo, dejando de lado al idiota de Micah. —Corté el *cupcake* en dos mitades exactas con un cuchillo de plástico y le pasé una porción a Josh.

La cogió e hizo una mueca con la cara.

—Que no te sorprenda tanto. Soy un tío simpático, Pelirroja.

—Mmm. —Le eché una ojeada mientras comíamos. Nos habíamos peleado y habíamos follado, pero seguía sin saber demasiado de Josh.

¿Cómo podía ser que supiera tan poco de una persona a la que hacía ocho años que conocía?

—¿Siempre habías querido ser médico? Y no me vengas con bromas como que jugabas a ser médico cuando eras niño —añadí al ver cómo le brillaban los ojos—. Si puedo predecir tu respuesta antes de que la digas, es porque es penosa.

Le salió una risa profunda y respondió:

—Te lo compro. —Se recostó en el tronco del árbol y estiró las piernas con una expresión pensativa en la cara—. No sé muy bien en qué momento decidí que quería ser médico. En parte, supongo que era lo que se esperaba de mí. Que fuera médico, abogado, ingeniero... El estereotipo de lo que tiene que ser un niño chino-estadounidense. Pero por otra parte... —Dudó un segundo —. Te sonará cursi, pero es que quiero ayudar a la gente, ¿sabes? Recuerdo estar esperando en el hospital el día en que Ava casi se ahoga. Fue la primera vez que me di cuenta de que la gente que me rodeaba no viviría para siempre. Y eso me acojonó. Así que me pregunté: ¿y si yo hubiera estado con ella ese día, al lado del lago? ¿Habría podido salvarla? ¿Se habría ahogado, siquiera? Y lo mismo con el caso de mi madre: ¿y si me hubiera dado cuenta antes de que le ocurría algo y hubiese conseguido que alguien la ayudase...?

Una fuerte punzada de dolor me atravesó el cuerpo al oír cómo se le quebraba muy ligeramente la voz.

Con cautela, le coloqué una mano en la rodilla y deseé que se me diera mejor eso de consolar a la gente.

—No eras más que un niño —dije con dulzura—. Nada de eso fue tu culpa.

—Ya lo sé. —Josh reposó la vista en mi mano, que le rozaba los vaqueros tejanos. Tragó saliva con fuerza y continuó—: Pero, aunque lo sepa, sigo teniendo la sensación de que sí lo fue.

Mi dolor aumentó.

¿Cuánto tiempo habría vivido cargando con ese sentimiento de culpabilidad sin habérselo contado a nadie? Dudaba de que lo hubiese compartido con Ava, sobre todo porque se sentía culpable por ella. A lo mejor se lo había contado a Alex cuando aún eran amigos, pero me resultaba imposible imaginarme al rígido y frío Alex siendo particularmente reconfortante.

—Eres buen hermano, y también buen médico. De lo contrario, ya me habría enterado. Créeme. —Sonreí intentando que mi gesto pareciera un tanto bromista—. Yo me entero de todos los cotilleos.

Josh rio ligeramente.

—No, si ya lo sé. Cuando tú y Ava os poníais a despotricar, no callabais ni debajo del agua.

Cuando colocó su mano encima de la mía y entrelazó los dedos, me dio un vuelco el corazón. Me apretó la mano y esa simple acción valió más que mil palabras.

Hacía tres meses no habría tocado a Josh ni queriendo, y él nunca habría recurrido a mí para que lo consolara.

Pero aquí estábamos ahora: en la muestra más extraña posible de lo que podía acabar siendo nuestra relación. No éramos amigos, pero tampoco enemigos. Éramos nosotros, basta.

—¿Y tú? ¿Por qué decidiste ser abogada? —se interesó Josh.

—Aún no soy abogada. —Permanecí quieta, con miedo de que, si me movía, quizás arruinaría la frágil y terapéutica tranquilidad que se había acomodado entre nosotros—. Pero, eh..., una de mis pelis favoritas es *Una rubia muy legal*. —Josh arqueó muchísimo las cejas y yo me eché a reír—. Tú escúchame, ¿vale? La peli fue lo que me dio la idea; luego me informé un poco sobre dónde estudiar Derecho por curiosidad, y acabé cayendo en la madriguera. Cuanto más descubría del mundillo, más me gustaba la idea de... —busqué la palabra adecuada— tener un propósito, supongo; de ayudar a la gente a resolver sus problemas. Además, en algunos ámbitos del derecho se paga muy bien. —Sentí que me subían los colores a las mejillas—. Sonará frívolo, pero para mí contar con una seguridad financiera es importante.

—No es frívolo. El dinero no lo es todo, pero lo necesitamos para sobrevivir. Y quien diga que le da igual el dinero, miente.

—Ya...

Volvimos a sumergirnos en un cómodo silencio. La dorada luz de aquella tarde de primavera lo bañó todo a nuestro alrededor y fue como si estuviera viviendo en un sueño donde no había cabida para el resto del mundo. Un sueño en el que no entraban ni el pasado, ni el futuro, ni Max, ni los exámenes, ni los problemas económicos.

Qué fantasía.

—Bueno, lo que decías antes. —Josh giró la cabeza para mirarme—. Conque soy buen hermano y buen médico, ¿eh? —Separó la mano de la mía. Lamenté perder el tacto de su piel durante un breve segundo antes de que volviera a tirarme de la trenza y se le dibujara una pícara sonrisa en los labios—. ¿Eso ha sido un cumplido, Pelirroja?

—El primero y el último que te hago, así que disfrútalo mientras dure.

—Uy, lo haré. Sílaba a sílaba. —El tono aterciopelado y sugerente de su voz no se adentró en mi cerebro, sino que se precipitó directamente hacia mi sexo.

—Bien —conseguí articular.

¿Qué me estaba pasando? A lo mejor alguien había echado algo afrodisíaco a la comida, porque no debería estar así de nerviosa con Josh.

Lo que había empezado como una cita falsa había acabado convirtiéndose en una crisis existencial. Odiar a Josh era uno de los pilares fundamentales de mi estilo de vida junto a mi amor por los mokas de caramelo, mi odio hacia el cardio y mi pasatiempo en los días de lluvia, cuando me dedicaba a explorar tiendas de libros poco conocidas. Si me quitaban la aversión que sentía hacia Josh, ¿qué me quedaba?

Se me aceleró el ritmo cardíaco. «No lo pienses.»

A Josh se le desdibujó la sonrisa y en el aire quedó una intensidad que hizo que me estremeciera de pies a cabeza.

Hubo una pausa de un segundo interminable saciada de la misma carga eléctrica de antes, pero una risa cercana rompió el silencio.

Josh y yo nos separamos de inmediato de un tirón.

—Deberíamos ir...

—Tengo que irme...

Nuestras voces se mezclaron en un sinfín de excusas apresuradas.

—Tengo que hacer las maletas para irme a Eldorra —dije, a pesar de que no volábamos hasta dentro de cinco días.

Como damas de honor de Bridget, Ava, Stella y yo volaríamos antes, cortesía del *jet* privado

de Alex, para prepararnos para la boda. Josh era un invitado como los demás, pero vendría con nosotros porque ¿para qué pillar un vuelo comercial si podía volar en un *jet* privado?

—Claro. Yo me quedaré para ayudar a limpiar. —Se pasó la mano por el pelo—. Gracias por haber venido. Hemos conseguido deshacernos satisfactoriamente de todos los intentos de emparejarme con alguien.

—Gracias por haberme invitado. Me alegro de haberte servido de ayuda.

Se escurrió un incómodo segundo.

Si teníamos en cuenta nuestro acuerdo, deberíamos estar yéndonos a su casa para follar porque se suponía que esa era la piedra angular de nuestra relación, pero después de la conversación que acabábamos de tener me daba la sensación de que eso estaría... mal.

Josh debió de tener la misma impresión que yo, porque no dijo nada más aparte de:

—Nos vemos, Pelirroja.

—Chao.

Me marché a paso ligero hasta llegar a la salida del parque. No quería girarme por temor a que mi expresión me traicionara y Josh viera lo confundida que estaba.

Él trabajaba toda la semana, así que no lo vería hasta nuestro viaje a Eldorra. Podría aprovechar esos días para desconectar y recuperar nuestro equilibrio; es decir: sentirme atraída hacia él, pero sin apenas tolerarlo.

No obstante, tenía el presentimiento de que, a pesar de no saber qué había hecho que nuestro mundo se tambaleara, la acción era ya irrevocable. Y no me refería a una sola tarde, sino a todos los momentos que habían llevado a eso: nuestra tregua en el Centro, las clases de esquí, la noche en Vermont y nuestro acuerdo de relación exclusivamente carnal; lo de la noche de Hyacinth, el otro día en la biblioteca y los cientos de ocasiones en las que había pensado en Josh sin sentir el mismo enfado visceral que solía experimentar antes cuando pensaba en él.

Como vuelvas a faltar a Jules al respeto, seré yo quien te mande a urgencias.

No es frívolo.

¿Eso ha sido un cumplido, Pelirroja?

No sabía cómo gestionar mis nuevos y raros sentimientos hacia Josh, pero lo que sí sabía era una cosa: no había marcha atrás para volver a ser lo que quiera que fuéramos antes.

28

Josh

Ahora que lo veía en perspectiva, invitar a Jules al pícnic había sido la peor idea que había tenido jamás. A corto plazo, se la había jugado a las alcahuetas del hospital que querían juntarme con alguien; sin embargo, a largo plazo, había significado no poder parar de pensar, una y otra vez, en lo ocurrido aquella tarde; mi cabeza era como un disco rayado que no me atrevía a tirar.

No eras más que un niño. Nada de eso fue tu culpa.

Eres buen hermano, y también buen médico.

Cada vez que pensaba en la conversación que habíamos mantenido bajo ese árbol me entraban ganas de rebobinar y frenar el tiempo para poder quedarme en ese mismo instante para siempre.

Con el sol radiante, la comida en el regazo y habiendo llenado sutilmente el vacío que sentía en el corazón con la presencia de Jules.

Era inaceptable.

Querer follármela, vale. Pero querer llamarla porque había tenido un día de mierda, no.

Daba igual que fuera la única persona con quien pudiera hablar sin sentirme juzgado. A partir de ahora, se habían acabado los intentos de cita; no habría ni siquiera citas falsas. Por no hablar de la posibilidad de que uno de los dos se quedara a dormir en casa del otro o de que yo le dejara alguna camiseta a Jules; de eso nada.

Todavía no había echado a lavar la que le había prestado aquella noche, después de lo del Hyacinth. Me armaría de valor para hacerlo en algún momento, pero tampoco olía mal. Olía sutilmente a ella: a calidez y a canela con un toque de ámbar.

Ahora, mientras hundía la cara en su cuello y me adentraba más aún en ella para intentar saciar la continua y voraz necesidad que me invadía el estómago, me sentía embriagado por ese mismo aroma. No obstante, lo único que conseguía con cada embestida y cada beso era exacerbar dicha necesidad todavía más, y mi frustración me llevó a follarla con más fuerza y más rápidamente.

El cabecero de la cama chocaba con la pared en forma de respuesta rítmica a mis empellones mientras iba penetrando a Jules con los músculos tensos y cubierto de sudor a causa de la última media hora.

Habíamos aterrizado en Athenberg esa misma tarde, y Jules y yo debíamos de estar en la misma onda porque, veinte minutos después de haber hecho el *check in*, se personó en mi habitación y dijo una sola cosa:

—¿Quieres follar?

No mencionamos nada del pícnic, ni de la biblioteca ni de ninguna otra norma que hubiéramos roto, gracias a Dios. Ambos nos moríamos de ganas de volver a nuestro *statu quo*, y yo acaté encantado.

Ahora, si conseguía quitarme de encima esas ansias de estar con Jules a base de tirármela,

sería un hombre feliz.

—Josh. —Su agudo grito resonó por toda la habitación del hotel mientras ella se agarraba con las uñas a mi espalda y estallaba conmigo dentro.

Jules follaba igual que peleaba: feroz y fogosamente; sin tapujos. Era adictivo.

El exquisito escozor que me dejaban sus uñas ardía igual que el fuego que me corría por las venas mientras le tapaba la boca con una mano para ahogar sus gritos.

—Sssh. Despertarás a todo el mundo. —Apreté la mandíbula en un esfuerzo por reprimir también mi propio orgasmo mientras su coño se contraía a mi alrededor. Joder. Debería ser ilegal que fuera tan increíble follar con alguien—. No querrás que te oigan tus amigas, ¿a que no?

Mi *suite* estaba delante de la de Jules y Stella, y a solo dos puertas quedaba la de Alex y Ava. Alex estaba en una videollamada en la sala de conferencias que había en la planta inferior del hotel, y Ava y Stella estaban echándose la siesta para descansar antes de la despedida de soltera que habían organizado para Bridget esa noche, pero, aun así, no quería aventurarme.

Bastante riesgo estábamos corriendo ya quedando a hurtadillas delante de las narices de Ava.

Podían delatarme los golpes del cabecero, pero podría decir que el ruido provenía de otra habitación del mismo piso y colaría tranquilamente.

Jules gimió, pero, en cuanto le aparté la mano de la boca, consiguió gemir en voz baja mientras se corría por segunda vez.

Hundió la cara en mi hombro, con fuerza, y le tembló el cuerpo entero mientras se dejaba llevar en silencio.

—Buena chica —susurré—. Aguántate los gritos, Pelirroja. Soy el único que puede oír lo mucho que te gusta sentir mi polla en ese estrecho coñito que tienes.

Volvió a gemir, esta vez más fuerte.

Su coño se contrajo a mi alrededor aún más que la primera vez y un orgasmo cegador se apoderó de mí con una fuerza tan repentina e inesperada que me dejó mudo durante un segundo.

Cuando ya empezaba a recomponerme, volví a hundirme en ella para disfrutar de la sensación de sus suaves curvas ajustándose a mi cuerpo. Estar así con ella era tan jodidamente perfecto que estuve tentado de quedarme ahí para siempre y perderme en su calor.

Me permití saborear el momento un poco más antes de salir de dentro de Jules a regañadientes. Le pasé una botella de agua del minibar del hotel y se me encorvaron las comisuras de los labios al ver su expresión, satisfecha y sutilmente aturdida.

—Gracias. —Le dio un sorbo al agua; su voz sonó soñolienta y con ese tono de alegría poscoital—. Ahora me voy. Solo... —bostezó— dame un segundo.

Con solo pensar que se iría, la desilusión me azotó el pecho, pero me obligué a deshacerme de esa sensación. «Es solo sexo», me recordé a mí mismo.

—Mientras solo sea un segundo... No quiero que te acabes quedando a dormir por error. —Me acomodé a su lado en la cama. Me moría de ganas de acercarla a mí; sin embargo, en lugar de eso, eché las manos hacia atrás y apoyé la cabeza encima de estas.

Me miró enfurecida y la felicidad que antes se dibujaba en su cara dio paso a una expresión llena de ira.

—Veo que ya ha vuelto el Josh capullo.

—Nunca se había ido.

—Cómo no. —Jules saltó de la cama y se puso su camisa con un gesto de hombros.

—Que es broooma, Pelirroja. —Me incliné y la cogí de la muñeca antes de que pudiera abotonarse la parte de arriba—. Quédate un rato más, si quieres. De todos modos, Ava y Stella

están durmiendo.

Tiré de ella para que volviera a la cama. Se resistió durante un segundo, pero luego se relajó y se quedó a mi lado. Sabía que yo tenía razón. Si ahora se iba, tampoco tendría nada que hacer aparte de merodear por el hotel.

—¿Qué haréis esta noche? —quise saber.

—Cenaremos y saldremos de fiesta. —Jules encogió la nariz—. Ojalá pudiéramos organizarle una despedida de soltera en toda regla a Bridget, pero hoy es el único día que tiene un poco de tiempo libre por la noche, así que vamos a limitarnos a algo más simple.

Arqueé las cejas a más no poder.

—¿Vais a llevaros a la reina de Eldorra de fiesta? ¿En Eldorra?

—Iremos camufladas.

Me quedé mirando a Jules. No tenía claro si me estaba vacilando o no, pero ella me devolvió la mirada seria a más no poder.

—Camufladas —repetí—. Siento decírtelo, Pelirroja, pero una peluca y unas gafas de sol no serán suficientes para camuflar a la mujer más famosa de este país.

—No vamos a ponernos gafas de sol. —Se rio—. Solo los idiotas llevan gafas de sol por la noche. Nosotras hemos contratado a una maquilladora para que nos transforme la cara.

—¿Me estás puto vacilando? ¿Cómo coño queréis que una maquilladora os transforme la cara?

—Una buena maquilladora puede hacer milagros —respondió Jules remilgadamente—. Es evidente que nunca has visto un vídeo de esos de YouTube sobre transformaciones con maquillaje donde se aprecia el antes y el después.

Me froté la cara. Esa conversación era cada vez más surrealista.

—No, la verdad, porque no-me-maquillo.

—¿Y? Tampoco eres astronauta y bien que miras cómo mandan cohetes al espacio.

—Ya, porque los cohetes molan.

—El maquillaje también.

—A mí no me lo parece.

Se encogió de hombros.

—Siempre has tenido mal gusto.

—Estoy acostándome contigo, ¿no? ¿Qué dice eso de ti, entonces?

Jules estiró los brazos por encima de la cabeza y bostezó.

—Que soy un ser humano encantador y generoso que se acuesta contigo por pena cuando nadie más lo ha...

Un chillido hizo que dejara la frase a medias porque la levanté y le pegué una cachetada en el culo antes de sentarla en mi regazo. Quedó con la espalda apoyada en mi torso y yo le abrí las piernas con una mano.

—No me obligues a darte una cachetada en el coño, Pelirroja. —Le acaricié el clítoris, que seguía hinchado, con la mano, en señal de advertencia—. No seré tan amable.

Le entró un escalofrío, pero hizo presión contra mi tronco y yo la seguí acariciando mientras ella guardaba silencio.

Sí, se suponía que esto sería solo sexo y nada más, pero que la echara de mi cuarto sin dejarla descansar un poco antes de que se fuera me convertiría en un capullo, ¿no?

Le acaricié los muslos con la palma de la mano y luego hice lo propio por el estómago y los pechos. Era más reconfortante que sexual, y me flipaba lo suave que era Jules. Tenía un cuerpo

suave y caliente y que parecía haber estado hecho perfectamente a medida para mí; sus curvas encajaban en mis manos cuales piezas de un puzle que no quería acabar de completar nunca.

—¿Qué harás esta noche mientras nosotras estemos fuera? —Soltó un ruidito de satisfacción mientras le estrujaba y le amasaba los pechos suavemente.

—Iré a tomar algo. Visitaré la ciudad. —No tenía ni idea—. Ya veré.

—Alex también se quedará.

Detuve el recorrido de mi mano y luego la bajé a un costado.

—No veo qué tiene que ver eso conmigo. —La ligereza de mi tono era totalmente contraria a la repentina tensión que habían adoptado mis hombros.

El suspiro de Jules abandonó su boca y se coló en mi oído.

—Yo solo digo que es triste ver cómo os evitáis. Y dudo que para ti sea agradable ir guardándole rencor. Estar enfadado con alguien es agotador, y ya han pasado casi tres años. Quizás... —Su voz adoptó un tono más suave, más lejano, incluso, y me pregunté si no estaría hablando de sí misma también—. Quizás haya llegado el momento de perdonarlo, aunque no vayas a olvidar lo ocurrido.

Apoyé la cabeza en el cabecero y cerré los ojos.

—Puede.

No era que no quisiera. Era que no sabía cómo hacerlo. Cada vez que lo intentaba, el pasado sacaba su horripilante cabeza a la luz y me devolvía a esa época.

¿Cómo podía soltar algo que se negaba a soltarme a mí?

—Sería...

Alguien llamó a la puerta y Jules se calló automáticamente.

—¿Josh? —La voz de Ava se coló en mi habitación.

Jules se irguió automáticamente y giró la cabeza hacia mí. Nos miramos el uno al otro con los ojos abiertos como platos.

—¿Puedo entrar? Me parece que tienes mi mochila —dijo Ava—. Necesito el ordenador y está ahí dentro.

Mierda. Desvíe la vista hacia mi mochila negra. Nos compramos los dos la misma hacía ya unos cuantos años, de vacaciones.

Me separé de Jules cuidadosamente, salté de la cama y abrí la mochila. Efectivamente: ahí estaba el ordenador de Ava, metido entre su libreta y una carpeta azul. Mierda, joder.

Debí de haber cogido la suya sin querer en el aeropuerto.

Le hice una señal a Jules para que se metiera en el baño, pero seguía petrificada en mi cama; parecía un maniquí de cera de sí misma.

—¡¿Te lo puedo dar luego?! —grité con el corazón latiéndome con fuerza—. Estoy, eh..., ocupado.

Abriría la puerta y le pasaría la mochila a Ava, pero si lo hacía vería la cama.

—Necesito el ordenador. Tengo que trabajar un poco antes de la despedida de esta noche.

Joder, joder.

Fui hacia la cama y Jules por fin se movió. Se cubrió con la sábana y se escabulló tan rápidamente al baño que casi ni la vi pasar. Esperé a que hubiese cerrado la puerta antes de coger la mochila y abrir la puerta de la habitación de par en par.

—Hey. —Le pasé la mochila a mi hermana—. Ahí tienes. Hasta luego. —Traté de cerrar la puerta, pero Ava volvió a abrirla con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué estás siendo tan evasivo?

—No estoy siendo evasivo. —Una capa de sudor me acarició la frente—. Estoy mosqueado porque me has interrumpido.

—¿Y qué hacías?

—Eh..., ejercicio. —Técnicamente, era cierto. El sexo era el mejor cardio que existía—. Pensaba que tú estabas echándote una siesta.

Me miró extrañada.

—Me he despertado. —Paseó la mirada por mi pelo, enmarañado después de haberme acostado con Jules, y luego la descansó en lo tensos que tenía los hombros. Le cambió el color de la cara en el acto—. Espera... ¿Hay una chica ahí dentro? ¡¿Tú eras el de los golpes en la pared?! ¡Me has despertado!

Me entró calor de repente.

—¿Cómo puede ser? —prosiguió—. Pero si hemos llegado hace li-te-ral-men-te una hora. —Ava se llevó una mano a la boca—. Creo que voy a vomitar. No puedes acostarte con gente en lugares en los que pueda oírte yo. Ahora estaré traumada de por vida.

—Mira que llegas a ser exagerada... ¿Y qué quieres que diga? Soy el puto amo. —Sonreí engreído—. Y ahora, por favor, vete antes de que salga del baño. No hay nada que corte más el rollo que ver a una hermana pequeña husmeando donde no le corresponde.

—Créeme, no quiero... —Ava reparó en algo que quedaba detrás de mí—. Anda, qué raro. Jules tiene exactamente los mismos zapatos.

¡Mierda! Había dejado la puerta abierta por error mientras seguíamos hablando.

No podía ver la ropa de Jules, pero sus zapatos estaban a plena vista, a los pies de la cama, en medio del cuarto.

—Pues estarán muy de moda. —Me obligué a reír y contuve la imperiosa necesidad de secarme el sudor de la frente—. Ahora preferiría que no me lo hubieras contado. Lo segundo que más rápido corta el rollo es mencionar a esa diabla. En fin. —Empujé a Ava hacia el pasillo—. Me alegro de verte. No vuelvas. A no ser que quieras ver de primera mano al pibonazo en cuestión.

Fingimos arcadas los dos.

Por si no me había cortado ya suficientemente el rollo, imaginarme a mi hermana en el mismo cuarto que yo mientras me acostaba con alguien hizo que el rollo estuviera ahora ya enterrado y pudriéndose bajo tierra.

—Voy a lavarme los ojos y las orejas con lejía. —Mi hermana se estremeció.

Esperé a que hubiera vuelto a su habitación y luego cerré la puerta y apoyé la cabeza en ella. El alivio que sentía en ese momento enfrió el sudor que me cubría la piel, pero el corazón seguía latiéndome a mil por hora, como si estuviera compitiendo en las 500 Millas de Indianápolis.

—Ha estado a puntísimo de pillarnos.

Levanté la cabeza y vi a Jules asomándose por el baño con los ojos abiertos como platos.

—Esos malditos zapatos casi nos la lían. —Los señalé con el pie.

—Son mis zapatos favoritos, Josh. No tienen la culpa. —Salió del baño y cogió la ropa que tenía esparcida por el suelo—. No deberíamos haberlo hecho en el hotel. Ha sido una tontería. Si nos llega a pillar...

Hice una mueca. Jules llevaba razón. Efectivamente, había sido una tontería enrollarnos en el hotel con nuestros amigos al otro lado del pasillo, literalmente. Podrían habernos pillado en cualquier momento.

De costumbre no habría sido así de imprudente, pero...

Me quedé mirando cómo se vestía Jules, y mi ritmo cardíaco no aminoró lo más mínimo, a pesar de que ya no estuviera cabreado.

Por algún motivo, la lógica siempre salía volando por la ventana cuando algo tenía que ver con Jules.

29

Josh

Jules se fue a hurtadillas hacia su habitación después de que nos hubiésemos asegurado de que no había nadie en el pasillo y yo me quedé solo.

Estaba inquieto, así que me duché, me fui al gimnasio, volví a ducharme y vi *Fast & Furious 5* en la habitación mientras las chicas se preparaban y se iban al palacio. Solo los miembros de la realeza tenían permiso para alojarse allí, de modo que, a pesar de que las chicas fueran las damas de honor de Bridget, estábamos todos acampando en un hotel de cinco estrellas, cortesía de la Corona.

Normalmente no me costaba mantenerme entretenido mientras estaba de viaje, pero la infinidad de *paparazzi* que había en el exterior del hotel me disuadió de arriesgarme a salir.

Por desgracia, nuestro hotel, por más lujoso que fuera, carecía de actividades estimulantes. Lo de los restaurantes con estrellas Michelin y el *spa* de fama mundial estaba bien, pero yo necesitaba algo más emocionante.

Alex también se quedará.

Las palabras de Jules retumbaron en mi cabeza. ¿Qué estaría haciendo Alex? Seguramente estaría comiendo bebés y arruinándole la vida a alguien.

Cuando cayó la noche estaba tan aburrido que me planteé quedar con él.

La tentación se apoderó de mí, pero, en lugar de llamar a su puerta, fui al bar que había abajo. Antes estaba cerrado, pero cuando llegué, un delatador brillo de luz hizo que una oleada de alivio se colara en mis pulmones.

Entré y fui observando el techo de dos pisos, los lujosos sillones aterciopelados de color azul y la enorme pared de botellas resplandecientes que se exhibía detrás de la pulcra barra de madera de caoba. Le daba mil vueltas al bar más sofisticado de Washington; mil y más.

Me senté en un taburete de cuero azul y esperé a que el camarero acabara de montarlo todo. Debía de haber abierto hacía nada, porque solo había un par de clientes y el local estaba sumido en un extraño silencio que solo rompía la dulce melodía de jazz que sonaba a través de unos altavoces invisibles.

A una parte de mí le apetecía encontrarse en el meollo de una multitud; la otra, en cambio, agradecía la calma.

Igual que me ocurría en más de un aspecto de mi vida, ahora mismo, no sabía qué diablos quería.

Estaba tamborileando los dedos en la barra y mirando las botellas expuestas en busca de una buena bebida para empezar la noche cuando una voz familiar rompió el silencio:

—¿Está ocupado? —preguntó refiriéndose a un taburete.

Detuve mi movimiento. La tensión me petrificó todos los músculos.

Me giré para mirar de frente al recién aparecido mientras me arrepentía mentalmente de no

haber optado por el servicio de habitaciones, en lugar de atreverme a bajar a un espacio común donde poder encontrarme con Alex cuando él también estaba deambulando por el mismo terreno que yo.

Mi ex mejor amigo estaba a unos centímetros de mí, vestido con el mismo jersey de cuello vuelto y pantalones negros que llevaba en el avión. Parecía agotado y una punzada de dolor me azotó el pecho.

Según Ava, el insomnio de Alex había ido mejorando con los años, pero aún había épocas en las que se pasaba días sin pegar ojo y luego se iba durmiendo por ahí.

Me acordé de cuando todavía íbamos a la uni y, en alguna que otra ocasión, Alex se había quedado frito en medio de una conversación o durante una sesión de estudio.

Aunque eso ya no era cosa mía.

—No, evidentemente. —Miré hacia el asiento vacío que tenía al lado.

—No me refería a eso —respondió Alex tranquilamente.

Se me tensó la mandíbula. El cabrón nunca ponía nada fácil.

«Pues, de ser así, sí: está ocupado.»

Las palabras se pasearon por la punta de mi lengua, pero entonces la voz de Jules volvió a sonar en mi cabeza:

Estar enfadado con alguien es agotador, y ya han pasado casi tres años. Quizás haya llegado el momento de perdonarlo, aunque no vayas a olvidar lo ocurrido.

Dos años.

Dos años que parecían una eternidad y que, a su vez, habían pasado volando a la velocidad de la luz.

En todo ese tiempo, Alex y yo solo habíamos compartido un momento en el que las cosas entre nosotros habían llegado a parecer medio normales: nuestra tarde de esquí en Vermont.

Culpé a mi ramalazo de nostalgia por lo que dije a continuación:

—Todo tuyo.

Un destello de sorpresa le iluminó la cara y luego volvió a recuperar su máscara de impasividad.

Alex se sentó justo cuando el camarero terminó de prepararlo todo y se nos acercó:

—Gracias por su paciencia —dijo con un ligero acento al hablar—. ¿Qué puedo servirles?

—Para mí, un Macallan. Solo. —Alex ni siquiera miró la carta antes de pedir. En un bar tan refinado como este, seguro que tendrían Macallan; no había lugar a dudas.

El camarero asintió y desvió su atención hacia mí.

—Una Stella mismo, gracias. —Yo solo bebía Macallan de la botella que guardaba en casa, aunque ahora ya estaba vacía porque había recurrido a ella para ahogar mis penas tras la muerte de Tanya.

Ese *whisky* era demasiado caro para un bolsillo como el mío, repleto de préstamos que saldar y gracias a los cuales me había podido permitir estudiar Medicina.

—Veo que todavía no te has pasado al alcohol de verdad, ¿eh? —articuló Alex lentamente después de que el camarero nos sirviera lo que habíamos pedido.

—Veo que todavía no has encontrado el buen gusto, ¿eh? —se la devolví—. Tranquilo, tío. Puedes admitir que te gusta la cerveza; seguirán dejándote entrar en tu club de multimillonarios.

—La cerveza sabe a orina con gas —contestó marcando cada palabra con esa precisión glacial tan característica en él, aunque un matiz de diversión se asomó a la superficie—. No voy a

ponerme a hablar de buen gusto con alguien que una vez se vistió de rata por Halloween. —Guardó silencio un segundo y luego añadió—: De rata con un pañuelo rojo.

—Anda, no me toques los cojones, que fue una única vez. —Me había disfrazado de Gladiator, de Superman, de médico (no fue el disfraz más ingenioso, lo reconozco), de Wally de *¿Dónde está Wally?*, y de otros mil personajes más por Halloween; sin embargo, todo el mundo acababa sacando a colación siempre el puto disfraz de rata—. Lo hice para demostrar que podía pillar cacho con cualquiera a pesar de ir disfrazado de rata. Y lo conseguí.

Las mellizas Morgenstern. Esa noche estuvo bien.

El recuerdo de uno de mis tríos favoritos solía ponerme a cien; hoy, en cambio, no me causó ni la más mínima reacción. Ni siquiera me provocó algo de agitación o deseo.

Qué raro.

—Eso dices siempre. —Alex sonaba poco impresionado.

—Porque es verdad. Pregúntaselo a las Morgenstern.

—Lo que tú digas.

Arrugué la frente.

—Eres un capullo de cojones. No entiendo cómo llegué a ser tu amigo —refunfuñé dándole las gracias al camarero, que me estaba pasando la bebida, con un golpe de cabeza.

A Alex se le encorvaron los labios. Sin embargo, el aire que nos rodeaba se volvió más pesado con la presencia de fantasmas del pasado: ratos echando un partido de baloncesto, largas noches estudiando, fiestas y viajes de tíos y memes *random* que nos enviábamos el uno al otro a lo largo del día.

Bueno, yo le enviaba memes y él me respondía con emojis con el ceño fruncido o los ojos en blanco. Aunque Alex tenía un sentido del humor pésimo, así que tampoco esperaba que fuera a apreciar mi exquisita selección de memes.

Puede que el consejo de Jules me hubiese llevado a brindarle una tentativa ofrenda de paz, pero la verdad era que echaba de menos tener un mejor amigo. Echaba de menos tener a Alex como mi mejor amigo. Era frío, seco y cascarrabias de cojones, pero siempre había estado allí por mí. Cada vez que me había metido en líos o había tenido un mal día, Alex había estado allí para echarme un cable y apoyarme.

Le di un sorbo a la cerveza para deshacerme de la repentina opresión que sentía en la garganta. Alex le pegó un trago a su bebida en silencio.

El bar se fue llenando y en la sala enseguida se oyó suficiente barullo como para ahogar el silencio ensordecedor que se había acomodado entre nosotros.

Me terminé la birra y fui a pedir otra, pero Alex se me adelantó:

—Dos Macallans más. —Deslizó su American Express por la barra y desvió la mirada hacia mí—. Invito yo.

Mi primer instinto fue rechazar su oferta, pero tampoco era idiota como para decir que no a una copa de primera calidad gratis.

—Gracias.

—No hay de qué.

Más silencio. Joder, era doloroso de narices.

—¿Qué tal te va con Ava? —me interesé finalmente.

Mi hermana siempre hablaba entusiásticamente sobre su relación, pero era la primera novia de verdad de Alex y sentía una enorme curiosidad por saber cuál era su punto de vista. Si no lo

hubiera visto con mis propios ojos, no habría creído que Alex fuera capaz de mantener una relación duradera.

Se le relajó la expresión.

—Muy bien.

—«Muy bien» es todo un elogio, viniendo de ti. —Y no lo decía en broma. El adverbio positivo más enfático que le había oído decir hasta entonces era solo «bien».

¿Un filete *gourmet* preparado por un chef de renombre internacional? Bien.

¿Volar en *jet* privado? Bien.

¿Graduarse el primero de su promoción en Thayer? Bien.

Para ser tan listo, su abanico de vocabulario era limitado.

—Amo a tu hermana —confesó simple y llanamente.

Yo, que estaba acercándome el vaso a los labios, me quedé helado. Sabía que amaba a Ava, por supuesto, pero jamás en la vida me habría imaginado a Alex admitiéndoselo a alguien que no fuera ella.

El Alex que yo conocía tenía tolerancia cero hacia el sentimentalismo. Y si hablábamos del sentimentalismo expresado verbalmente, la tolerancia adoptaba valores negativos.

—Mejor. —Retomé el control motor de mi cuerpo. El vaso me rozó la boca y el *whisky* se deslizó hasta mi estómago, aunque el asombro de la declaración de Alex no desapareció—. Porque como vuelvas a hacerle daño, te quitaré el palo que llevas clavado en el culo y te daré de hostias con él.

—Si vuelvo a hacerle daño, te daré yo permiso para que lo hagas.

Pasó un tenso segundo antes de que yo soltara una breve carcajada.

—Has cambiado.

Una parte de mí valoraba esa transformación, pero la otra lamentaba que hubiese pasado tanto tiempo desde el punto final de nuestra amistad. Tanto tiempo había pasado que nos habíamos convertido en versiones distorsionadas de nosotros mismos; en el fondo seguíamos siendo quienes habíamos sido siempre, pero el paso del tiempo y los cambios que habían venido con este nos habían transformado.

—Todo el mundo cambia. No cambiar es como estar muerto. —Habría sido una cita inspiradora si no fuera porque Alex lo soltó con la misma emoción que contiene un cubito de hielo—. Y hablando de Ava... —Jugueteó con el vaso vacío que tenía en la mano con una expresión y una postura más taciturnas de lo habitual—. Esperaba que pudiéramos hablar antes de que las chicas volvieran.

—¿A ti qué te parece que estamos haciendo ahora? ¿Ignorarnos?

—Me refería a hablar de verdad.

Dejé de sonreír.

Ahí iba. Ya había sacado el tema estrella a colación.

Alex y yo evitamos hablar de lo ocurrido desde que nos peleamos después de que rompiera con Ava.

De que se hubiera hecho amigo mío solo para acercarse a mi padre.

De que hubiera utilizado a Ava y le hubiera roto el corazón.

De que me hubiera mentido durante ocho putos años.

Cuando Ava y él volvieron, Alex intentó ponerse en contacto conmigo de nuevo, pero yo lo había ignorado y nunca habíamos tenido una conversación real y sincera al respecto.

Ya iba siendo hora de que habláramos del tema; sin embargo, me dio un vuelco el estómago.

Estaba aterrorizado de tener que hurgar en el pasado para desterrar lo ocurrido hacía años.

—Entiendo que sigas cabreado conmigo. Lo que hice fue... traicionar tu confianza. Pero... —Alex paró un segundo; era evidente que quería dar con las palabras adecuadas. Un Alex Volkov sin palabras era algo que no se veía todos los días, y hubiera disfrutado aún más de la situación de no ser porque el ardor que me quemaba en el pecho me mantenía distraído—. Yo nunca he tenido demasiados amigos —reconoció finalmente—. La gente se juntaba conmigo porque era un chaval rico y listo y podía ayudarlos a conseguir lo que quisieran. —Fue enumerando sus cualidades de una forma tan distante y confiado de sí mismo que, más que arrogante, sonó analítico—. Eran relaciones por conveniencia. Pero tú fuiste mi primer amigo de verdad. A pesar de que mis intenciones no fueran sinceras al principio de nuestra amistad, todo lo que vino después sí lo fue.

El ardor que sentía fue *in crescendo*.

—La cagaste hasta el fondo.

—Lo sé.

Me froté la cara con la mano en un intento por silenciar el debate que estaba teniendo lugar en mi cabeza.

Habíamos llegado a una encrucijada. O me quedaba dando vueltas a lo mismo como había estado haciendo los últimos tres años, o cogía la única salida que había.

La primera opción era cómoda y me resultaba familiar; la segunda me resultaba desconocida y me asustaba a más no poder. No quería que volvieran a mentirme y a traicionarme otra vez.

Pero Jules llevaba razón. Aferrarme a ese enfado era agotador, y últimamente yo ya estaba bastante cansado, joder. Física, mental y emocionalmente.

En ciertas ocasiones, incluso respirar me suponía un esfuerzo enorme.

—Hace ya casi tres años. —Estuve a punto de tomar la opción de la salida, pero no me atreví a dar ese paso todavía—. ¿Por qué has sacado ahora el tema?

—Porque eres el tío más cabezota que conozco. Si alguien intenta presionarte para que hagas una cosa, tú irás y harás justamente lo contrario. —Sus palabras iban acompañadas de un tono irónico—. Pero la cagué y... lo siento. Por casi todo.

¿Qué cojones?

—Es la peor excusa que he oído en mi puta vida.

—No pretendo ser el tipo de persona que se disculpa tantas veces que al final se le da bien y todo.

He ahí la típica lógica de Alex.

—Sin embargo, si no hubiera hecho lo que hice —prosiguió—, nunca nos habríamos hecho amigos y mi vida... —Otra larga pausa—. Mi vida habría sido la mitad de bonita de lo que es hoy —dijo amablemente.

El escozor que me ardía en el pecho se extendió por otras partes del cuerpo y se me tensó la garganta.

—Te estás convirtiendo en un tío sentimental, Volkov. No dejes que tus adversarios en el sector laboral se enteren o te comerán vivo.

—*Au contraire*. Cuanto más sentimental sea mi vida a nivel personal, más acabo explotando en otros ámbitos. Ha sido muy lucrativo para el negocio. —Alex irradiaba satisfacción.

—No me cabe duda. —Volví a frotarme la mano mientras intentaba descifrar qué camino tomar. Al despertarme, no me había imaginado que mi día fuera a dar ese giro—. Sabes que no

podemos volver a ser mejores amigos como antes y hacer como si no hubiera ocurrido nada, ¿verdad?

Vi cómo se le tensaba la mandíbula.

—Sí.

—Pero... Si quieres que vayamos a un partido de los Nationals cuando volvamos a Washington o algo así, tampoco me opondría a la idea —añadí bruscamente.

Alex se relajó y se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Echas de menos estar sentado en el palco, ¿a que sí?

—Ni que lo jures. Estoy abierto a que me sobornes si lo que quieres es volver a caerme bien.

—Lo tendré en cuenta.

Me terminé la segunda bebida y pregunté:

—¿Cómo supiste que Ava era la definitiva?

Yo nunca me había enamorado. Tampoco es que tuviera demasiadas ganas de estarlo, pero quería saber qué había conseguido deshacer el corazón de hielo de Alex. Antes de que estuviera con Ava, creía que los robots tenían más capacidad sentimental que el tío que tenía ahora mismo sentado a mi lado.

—Me gusta estar con ella.

—No me vaciles. Sé más específico.

Suspiró.

—Es fácil estar con ella —dijo tras una larga pausa—. Aunque nuestros mundos sean esencialmente distintos, nadie me entiende mejor que Ava. Cuando no estoy con ella, desearía estarlo. Y cuando sí estamos juntos, querría que ese momento durase para siempre. Hace que quiera ser mejor persona, y cuando pienso en un mundo sin ella... —Se le tensó la mandíbula—. Me dan ganas de quemarlo todo.

Me lo quedé mirando.

—Jo-der. ¿Quién eres y qué coño le has hecho a Alex Volkov? —Le di una palmada en la espalda—. Seas quien seas, deberías escribir para la sección de asesinatos de Hallmark.

Alex me fulminó con la mirada.

—Como le cuentes a alguien lo que acabo de decir, te arrancaré la piel a pedazos con un cuchillo oxidado para alargar el dolor.

—Exacto. Así mismo. Románticamente homicida.

—Tus asientos en el palco están en la cuerda floja, Chen.

—Eh, recuerda que quien tiene que perdonarte soy yo a ti. Compórtate. —Hice un gesto al camarero para que me sirviera otra copa.

A pesar de haber hecho una coña, no podía dejar de pensar en las palabras de Alex.

Cuando no estoy con ella, desearía estarlo. Y cuando sí estamos juntos, querría que ese momento durase para siempre.

Nunca había sentido nada parecido por ninguna mujer... Excepto por una.

De repente me asaltaron imágenes de los últimos dos meses. Jules y yo bajo el árbol en el pícnic. Yo hablándole de la muerte de Tanya en la biblioteca. La forma tan adorable en la que arrugaba la frente cuando estaba concentrada y la sonrisa de satisfacción que le iluminó el rostro cuando le dije que por fin estaba lista para bajar la pista para principiantes en Vermont.

Cómo reía, cómo sabía y cómo me sentía yo cuando estaba con ella, como si nunca quisiera dejarla ir.

Había asumido que todo eso era una mezcla de lujuria y de una incipiente amistad, pero y si...

«No. No, joder.»

Me empezaron a sudar las manos. Me bebí el alcohol de un solo trago sin saborearlo siquiera.

No me gustaba Jules. La mitad de las veces que habíamos follado, lo habíamos hecho con odio hacia el otro. El sexo era espectacular, pero que me gustara tirármela no significaba que quisiera algo más con ella.

¿Qué más daba que no fuera tan mala como había pensado al principio? Seguía siendo ella.

Exasperante, sarcástica, una tocapelotas de narices... y leal. Apasionada. Tan guapa en algunas ocasiones que incluso me dolía mirarla.

¿Qué haría en un mundo sin Jules? No lo quemaría todo, pero...

Joder, ¿por qué hacía tanto calor aquí?

Me vibró el móvil. Cogí la llamada, aliviado por la distracción. Respondería a mil teleoperadores con tal de deshacerme de mis pensamientos incontrolablemente perturbadores.

—¿Sí? —No reconocía el número de teléfono, pero vi que tenía prefijo de Eldorra. Quizás llamaban de la Casa Real o algo.

—Hey, soy yo —dijo Ava. Sonaba hundida.

—¿Qué pasa? ¿No deberías estar de fiesta?

Mi breve alivio ante la distracción desapareció cuando mi hermana me contó lo ocurrido. La madre que me parió, joder. Antes había dicho que quería hacer algo más emocionante, pero debería haber entrado un poco más en detalles, hostia, porque lo que tenía en mente no era justamente esto.

—Vale. Enseguida voy... No. Ya lo hablaremos luego.

En la frente de Alex se dibujó una marcada V mientras escuchaba el final de la llamada.

—¿Qué pasa? —preguntó después de que yo colgara.

—Son Ava y las chicas. —Me levanté y me puse la chaqueta mientras salía por la puerta—. Las han detenido.

30

Jules

En mi defensa diré que tenía una buena razón para romperle la nariz al tío e iniciar una pelea en el club involuntariamente. El muy imbécil había agarrado a Ava por el culo y había empezado a frotarse contra ella incluso después de que mi amiga le dijera que parara e intentara apartarlo. Stella y yo habíamos intentado intervenir, pero con la misma suerte, así que al final hice lo que tenía que hacer. Le di un golpecito en el hombro, esperé a que se diera la vuelta y le pegué un golpe sorpresa en toda la cara.

Sus amigos saltaron al rescate y, bueno, ya podéis imaginaros cómo había acabado la cosa.

En Estados Unidos nos habrían echado del club por un incidente como ese. Sin embargo, en Eldorra, las estrictas leyes sobre la perturbación del orden público habían acabado encerrándonos a todos, Imbécil y compañía incluidos, en la encantadora prisión local.

—Al menos Br..., nuestra otra amiga, no estaba con nosotras —dije intentando ver el vaso medio lleno—. Eso sí habría sido una liada.

Ava y Stella murmuraron en señal de aprobación.

«Bridget» era un nombre común en Eldorra, pero prefería andarme con cuidado por si el oficial que nos estaba llevando hacia la salida ataba cabos. Aunque cierto era que habíamos tenido que dar nuestros nombres reales cuando nos habían fichado. Si algún trabajador había estado al tanto de la prensa rosa, enseguida verían que éramos las damas de honor de Bridget por muy buen trabajo que hubiera hecho la maquilladora.

Me coloqué bien mi peluca castaña. Entre la peluca, las lentes de contacto de colores y las espectaculares habilidades de la maquilladora, casi no me reconocía ni a mí misma ni a mis amigas. Y eso nos había permitido disfrutar de la fiesta en paz hasta que Bridget se había tenido que ir antes porque tenía una reunión por la mañana con *Vogue Eldorra*. No obstante, había insistido en que nos quedáramos y siguiéramos divirtiéndonos, ya que esa sería nuestra última noche de «libertad» antes del ajetreo de la boda.

En ese momento nos pareció una buena idea. Ahora, después de habernos pasado tres horas detenidas y ante la perspectiva de tener que enfrentarme a un Josh furioso, me parecía un error garrafal.

El miedo se me arremolinó en el estómago mientras llegábamos a la recepción.

Habíamos amortizado nuestra única llamada para contactar con Josh y pedirle que nos sacara de la cárcel. Bueno, lo había hecho Ava. Podría haber llamado a Alex, pero le daba miedo que fuera a perder los papeles, así que decidió llamar a su hermano mientras pensaba en cómo le contaría lo ocurrido a su novio. Josh también se pondría furioso, pero no tanto como Alex.

Por lo visto, no deberíamos habernos molestado.

Alex y Josh —los dos— estaban esperándonos fuera con el rostro tenso.

—¿Estás bien? —Alex cruzó la sala en dos largas zancadas y cogió a Ava por los brazos. La

preocupación le brillaba en los ojos mientras se aseguraba de que su novia no estuviera herida.

Por suerte, más allá de mis nudillos hinchados, la nariz rota del Imbécil y un par de orgullos heridos, habíamos salido indemnes.

—Sí —lo tranquilizó Ava—. En serio.

Alex apretó los labios, pero no dijo nada más. Salimos del edificio y subimos a la limusina que nos estaba esperando.

En ese lujoso interior se respiraba un aire pesado mientras Ava, Stella y yo nos íbamos quitando los disfraces y nos desmaquillábamos con toallitas para bebés que yo había metido en el bolso de mano. La maquilladora me había arreglado la nariz de modo que parecía que tuviera otra forma; me había añadido un lunar alarmantemente realista en el labio superior, y me había dibujado unas cejas más oscuras y gruesas que combinaban con el color de la peluca. Ver cómo se iba cayendo esa máscara por el reflejo de la ventana del coche mientras me iba pasando la toallita por la cara me resultó un tanto surrealista.

Josh y Alex no habían dicho nada al respecto de nuestros disfraces al vernos y ahora, mientras nos los quitábamos, seguían sin hacer ningún comentario.

Me alarmé y me dio un vuelco el estómago. Normalmente, Josh sería el primero en soltar alguna pullita arrogante; su silencio no auguraba nada bueno.

Cuando ya estábamos a medio camino del hotel, Alex volvió a hablar:

—¿Qué narices —comenzó a decir con un tono tan distante que hizo que se me erizara la piel — ha pasado?

Mis amigas y yo intercambiamos una mirada. Ava le había resumido la situación muy brevemente a Josh por teléfono antes, pero no había entrado en detalles y tampoco podíamos contarle a Alex la verdad.

—Un tío me ha metido mano y le he pegado un puñetazo —respondí tomándome cierta licencia literaria para narrar los hechos—. Y a partir de ahí se ha liado. ¿Quién iba a saber que en Eldorra había unas leyes tan estrictas en lo referente a pelearse en una discoteca?

Ava me miró sorprendida. Abrió la boca, pero yo fruncí el ceño y desvié rápidamente la vista hacia Alex antes de volver a mirar a mi amiga.

Esta volvió a cerrar la boca, aunque no parecía satisfecha con mi decisión. Sabía tan bien como yo que, como Alex se enterase de que realmente alguien le había metido mano a Ava, lo mataría, y lo último que nos faltaba era ese escándalo dos días antes de la boda de Bridget.

A Josh se le ensombreció la mirada cuando oyó mi respuesta, pero permaneció en silencio.

—Ya veo. —Alex se mostró inexpresivo, pero le apartó un mechón de pelo del ojo a Ava con más suavidad de la que lo creía capaz—. ¿Y cómo está el tío en cuestión?

Sonreí.

—Le he roto la nariz.

A Alex se le medio dibujó una sonrisa de suficiencia en los labios, pero enseguida volvió a ponerse serio.

—Mejor. He pagado una significativa suma de dinero para que no quede rastro de los cargos policiales de esta noche en vuestros historiales; como mínimo, que haya valido la pena.

Acercó a Ava todavía más a él y le dio un beso en el pelo mientras ella se acurrucaba contra su novio. Le susurró algo al oído y ella le contestó en voz baja; su respuesta hizo que a Alex se le relajaran los hombros.

Fue algo normal e informal. Nada extraordinario. Sin embargo, despertó un anhelo en mí tan virulento e inesperado que tuve que apartar la mirada.

Estaba firmemente convencida de que nadie necesitaba a otra persona para ser feliz. Si alguien quería tener una relación, genial. Si no, también genial. Lo mismo ocurría con el hecho de tener hijos, casarse, etcétera. No había ningún barómetro universal para calcular la felicidad de la gente. La vida de cualquier persona podía ser plenamente satisfactoria con o sin pareja.

Sin embargo, en algunas ocasiones, como ahora, deseaba poder experimentar esa especie de amor incondicional. Tener a alguien que se preocupara de mí en las buenas, en las malas y con todos los inevitables errores que cometía yo solita.

¿Cómo sería tener a alguien que me quisiera tantísimo que me permitiera vivir sin calcular cada paso que daba por miedo a alejar a esa persona de mí?

—¡No, no, no! —Mamá me quitó el rizador de pelo de la mano—. Mira qué estropicio. —Señaló los rizos que me había pasado una hora perfeccionando—. Alastair llegará enseguida y parece que lleve un nido de pájaros en la cabeza. ¿Cuántas veces tengo que enseñártelo? ¿De qué me sirve tener una hija si no sabe hacer bien una cosa tan sencilla?

Me mordí el labio inferior con fuerza.

—Pero yo he hecho exactamente lo que me has...

—No me contestes. —Adeline dejó la plancha, aún caliente, encima de la mesa y se pasó el peine bruscamente por el pelo, deshaciendo todo mi trabajo—. Lo has hecho a propósito, ¿verdad? Quieres que esté fea. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Ahora tendré que arreglar el desastre que has hecho.

Me mordí el labio con más fuerza todavía hasta que el metálico sabor de la sangre me inundó la boca. No estaba para nada fea. Estaba preciosa, como siempre. Mi madre ya no era tan joven como en las fotos de los concursos de belleza que tenía expuestas por toda la casa, pero seguía teniendo una piel suave y ninguna arruga. Tenía el pelo de un color caoba muy bonito y todas las mujeres de la ciudad envidiaban su figura.

Todo el mundo decía que me parecía a ella, sobre todo ahora que tenía la piel impecable y que por fin me podía poner sujetadores de los de verdad. Los chicos estaban empezando a fijarse en mí, incluido Billy Welch, el chico más mono que había en mi clase de último curso de primaria.

Pensé que mamá se alegraría de que me pareciera a ella, pero, cada vez que alguien lo mencionaba, se le ensombrecía la mirada, se excusaba y se marchaba.

—Vete. No quiero verte más. —Me miró de arriba abajo. Su enfado se multiplicó hasta convertirse en un monstruo gruñón y tangible en medio del cuarto—. ¡Márchate!

Finalmente, las lágrimas me resbalaron por las mejillas.

Salí de su habitación y entré en la mía. Cerré de un portazo y me tumbé en la cama, donde intenté ahogar mi llanto con las almohadas. Las paredes de nuestra casa eran tan finas que seguramente pudiera oírme, y mamá odiaba que llorara. Decía que era rastrero.

Mis sollozos, semejantes al hipo, resonaron por toda la habitación.

Mamá tenía derecho a estar enfadada. Tenía una cita importante con el hombre más rico de la ciudad, alguien que podría solucionarnos todos los problemas económicos si se casaban, como quería mamá.

¿Y si me había cargado la posibilidad al no peinarla bien? ¿Y si rompía con ella y mamá me odiaba para siempre?

Antes, mamá y yo éramos mejores amigas, pero ahora, a sus ojos, yo nunca hacía nada bien.

Y no paraba de enfadarse conmigo.

Cuando ya hube llorado todas mis lágrimas, me sequé los ojos con el dorso de la mano y cogí aire profunda y temblorosamente.

«No pasa nada. No pasará nada.»

La próxima vez, lo haría bien. Y entonces mamá volvería a quererme. Estaba segura.

Pestañeé para deshacerme del escozor que sentí detrás de los ojos al recordar todo eso.

Cuando ya llegábamos al hotel, me vibró el móvil, que tenía en el muslo. Me dio un vuelco el estómago cuando vi que en la pantalla aparecía una foto hecha a escondidas en la que se me veía llegando a Athenberg. Debió de sacarla algún idiota en el aeropuerto.

Max: La he visto en un blog de chismorreos. Sales favorecida, J.
Max: Aunque tanto tú como yo sabemos que, delante de una cámara, siempre sales favorecida.

Detestaba esos mensajes «inocentes» más que las manifiestas amenazas de Max. Eran un recordatorio constante de que volvía a estar presente en mi vida. Cada vez que me relajaba tan solo un poco, me llegaba otro mensaje que hacía que casi perdiera los papeles de nuevo.

Esa era su intención, evidentemente. Max quería torturarme a base de incertidumbre y, joder, lo estaba consiguiendo.

Al bajar del coche y entrar al hotel, me pasé las manos por los lados de los muslos para secarme el sudor de las palmas. Alex, Josh, Ava, Stella y yo subimos al ascensor para llegar a nuestro piso en silencio. Mis amigas desaparecieron en sus respectivas habitaciones y la voz de Josh hizo que me detuviera en seco:

—Quiero hablar contigo un minuto.

Me quedé helada. Se me revolvió el estómago otra vez, pero ahora era por un motivo completamente distinto. Lo último que necesitaba era que me echaran la bronca, y menos Josh.

Aun así, me metí en su *suite* sin rechistar. La puerta se cerró detrás de nosotros con un suave clic.

Estábamos arriesgándonos muchísimo, sobre todo teniendo en cuenta que Ava casi nos había pillado antes, pero ahora mismo eso era lo que menos me preocupaba.

Josh no dijo nada, pero tampoco hizo falta. Su silencioso juicio se clavó en mí, consabido e hiriente.

Podía imaginarme lo que estaría pensado.

Que era mi culpa. Que yo era una mala influencia. Que había vuelto a meter a Ava en problemas.

Siempre era mi culpa.

—Dilo y ya. —Me quedé mirando al televisor negro de pantalla plana que colgaba en la pared y vi lo despeinada que iba y la cara de cansada que tenía. La noche había acabado convirtiéndose en una pesadilla terrible. El único consuelo que me quedaba era pensar que Bridget se había ido antes de que todo se fuera a la mierda, así que al menos no la habíamos puesto aún más nerviosa antes de la boda.

Josh se acercó a mí lo suficiente como para que el calor que desprendía su cuerpo me envolviera y me tembló la barbilla.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja. Me pasó la mano por detrás del cuello y me acarició formando circulitos con el pulgar.

Al notar su tacto, una especie de presión se fue abriendo camino en mi pecho.

—*Sip*.

—Jules, mírame.

Apreté los labios y negué con la cabeza. Tenía miedo de que, si le hacía caso, el frágil dique que estaba conteniéndome las lágrimas fuera a romperse.

—Jules. —Josh se colocó delante de mí y me agarró la barbilla entre el índice y el pulgar; la levantó y me obligó a mirarlo a los ojos. Su férrea expresión estaba llena de una preocupación evidente—. ¿Qué pasa?

—Nada. Estoy cansada y quiero irme a dormir, así que grítame como haces siempre y acabemos ya con esto.

Se sorprendió; se lo vi en la mirada.

—¿De qué hablas?

Me froté los brazos con las manos deseando haberme puesto algo que abrigara un poco más que mi vestido supercorto de seda verde.

—De esta noche. De que han detenido a Ava por mi culpa, de que soy una mala influencia, bla-bla-bla. Ahora ya me conozco el discursito. Nunca me has visto con buenos ojos.

Se le tensó un músculo en su fuerte mandíbula.

—Yo nunca he dicho eso.

—Pero lo estabas pensando.

Josh apartó la mano y se frotó la cara.

—Admito que, cuando Ava me ha llamado, me ha cabreado que os hubierais vuelto a meter en líos, pero, por encima de todo, estaba preocupado. Y no solo por ella. —Bajó la voz—; por ti también.

—¿Por qué?

—¿«Por qué» qué?

—Que por qué te has preocupado.

El silencio inundó el espacio que nos separaba con una tensión que amenazaba con explotar en cualquier momento.

La nuez de Josh se movió con fuerza cuando tragó saliva, pero no respondió.

Me dio un vuelco el corazón. Exacto. Justo lo que yo pensaba.

—No hace falta que finjas que te preocupas por mí solo porque estemos follando.

Las falsas preocupaciones eran mil veces peores que el hecho de no preocuparse en absoluto, porque las falsas preocupaciones daban lugar a falsas esperanzas y las falsas esperanzas rompían el alma a la gente. Esa era una de las lecciones más valiosas que había aprendido de pequeña. En muchas ocasiones había pensado que algunas personas se preocupaban por mí cuando en realidad solo querían aprovecharse y, cuando ya lo habían conseguido, me abandonaban sin pensarlo dos veces. Hasta que volvían a necesitarme para algo, claro está.

—Oí lo que le dijiste —añadí con un nudo en la garganta—. A Ava.

Josh arrugó la frente.

—¿De qué estás hablando?

—Del primer año de universidad. En nuestra habitación. —Una parte de mí se avergonzaba de sacar ese tema a colación después de tanto tiempo, pero esa experiencia se había enraizado en

mí cual hiedra y su veneno me iba carcomiendo lentamente, cada año un poquito más—. Oí cómo le dijiste que dejara de ser mi amiga.

Me subí un poco más la tira de la mochila en el hombro mientras caminaba por el pasillo para llegar a mi habitación. El profesor había tenido una emergencia y no había podido llegar al campus, así que ahora podía matar el tiempo una hora más. Quizás podría ir a una de esas librerías independientes que había cerca del campus después de dejar el libro de texto.

Fuera, unas nubes grises amenazaban con empezar a llover y no había nada más acogedor que pasearse por una librería en un día de tormenta. Ya podía oír el silencioso sonido que hacían las páginas de un libro al pasarlas y sentir el dulce y único olor a libro viejo.

Me detuve fuera de mi habitación para coger la llave de la mochila. No obstante, antes de que pudiera abrir la puerta, una voz grave atravesó la fina madera.

—¿Por qué no puedes cambiar de compañera de habitación? Estoy seguro de que los responsables del alojamiento encontrarán con quién ponerte cuando les cuentes lo que pasa con Jules.

Me quedé helada y el corazón me empezó a latir peligrosamente rápido.

—Es que no quiero cambiar de compañera de habitación, Josh. —La firme negativa de Ava me tranquilizó ligeramente—. Es mi amiga.

—Hace solo dos meses que os conocéis y ya te ha metido en líos —argumentó Josh—. Mira lo que pasó con el campanario.

Sentí que me subía el calor a las mejillas. Puede que colarnos en el campanario de Thayer para beber en una zona cuyo acceso estaba prohibido para los estudiantes no hubiese sido la mejor idea del mundo, pero nos habíamos divertido y Ava había querido hacer algo insólito. Además, cuando nos pillaron los de seguridad del campus, nos regañaron un poco y luego nos dejaron ir, de modo que tampoco era que nos hubiéramos metido en un lío muy gordo ni nada por el estilo.

—No me obligó a ir a punta de pistola —lo reprendió Ava—. ¿Qué problema tienes con Jules? Llevas metiéndote con ella desde el día en que la conociste.

—Porque me basta con mirarla para saber que los líos la siguen a donde quiera que vaya. Joder, pero si ya lo has visto. —Josh suspiró—. Vale, es tu compañera de habitación, pero apenas la conoces. Puedes hacer más amigas, Ava. Esa chica es problemática. No necesitas a alguien así en tu vida.

Ya había oído suficiente.

Di media vuelta y eché a correr hacia la salida. El dolor se arremolinó en mi pecho y luego dio paso al enfado.

A la mierda Josh. Habíamos interactuado unas cuatro veces y ya estaba juzgándome por un solo incidente.

No me conocía tan bien como creía. Pero yo ya sabía una cosa: lo odiaba.

El moreno de Josh perdió color.

—Eso fue hace siete años —se defendió con un hilo de voz—. La gente cambia, y sus opiniones también.

—¿Y la tuya? Porque hasta que empezamos a acostarnos, seguías tratándome igual que en la

uni.

Se estremeció.

—Mira, no debería haber dicho todo eso, pero... soy muy protector con Ava, sobre todo después de lo que pasó cuando éramos pequeños. Sabes tan bien como yo que confía ciegamente en los demás y, a veces, confía en la gente equivocada. Ahora sé que tú no formas parte de ese grupo, pero en esa época casi ni te conocía. Estaba preocupado y mi reacción fue desproporcionada.

—¿Y los cinco años que siguieron a esa discusión? —No lograba deshacerme del dolor que me causaban esos recuerdos—. No te caí nunca bien.

—¡Porque yo no te caía bien a ti! —Josh se pasó la mano por el pelo. Lo tenía tan cerca que podía sentir la frustración que emanaba de su cuerpo—. Entramos en ese ciclo de insultos y odio mutuo y no supe cómo salir de él.

—¿Y qué ha cambiado ahora? Aparte de que nos estemos enrollando.

—No es... —Josh titubeó y el nudo que yo sentía en la garganta se ensanchó.

—Ahí está. —«No llores. No llores»—. Deja de fingir que estás preocupado por mí, Josh. Es de hipócritas.

Le temblaron las fosas nasales y, por primera vez en lo que iba de noche, vi que le brillaban los ojos con enojo.

—Para estar tan enfadada conmigo por haberte juzgado, ahora eres tú quien está juzgándome a mí que te cagas.

—Eso no significa que no esté en lo cierto.

No pude acabar de decir lo que tenía en mente porque Josh acortó la distancia que nos separaba y hundió su boca en la mía. Lo agarré por los brazos, librándome del dolor que sentía en el pecho mientras mi cuerpo respondía al suyo.

—¿Eso quieres, entonces? —refunfuñó con los labios pegados a los míos—. ¿Solo sexo y nada de sentimientos?

—Ese ha sido el plan desde el primer momento. —Me obligué a sonar despreocupada—. A no ser que no seas capaz de hacerlo.

—Es como si vivieras por y para tocarme los huevos, Pelirroja. —Me agarró las muñecas con una fuerza exagerada y luego me soltó—. Arrodíllate.

Antes de que mis rodillas tocaran el suelo, Josh ya se había desabrochado el cinturón y los pantalones, y una ola de calor se fue abriendo paso en mi vientre.

Esto. Esto era lo que yo dominaba.

Nada de conversaciones profundas o amistades o esperanza en cuanto a un futuro en concreto. Solo sexo. Era lo que siempre había dado y lo único que quería la gente de mí.

Cuando Josh me penetró, cerré los ojos y me perdí en las sensaciones que me provocaba su cuerpo encima del mío. Me tocaba como si fuera la canción más erótica del mundo y, a pesar de todas las emociones de la noche, conseguí correrme con tanto brío que incluso pude dejar la mente en blanco momentáneamente.

Pero esa agradable sensación postorgásmica se desvaneció y la presión que antes había sentido en la caja torácica volvió a mí con más fuerza que nunca.

Las ásperas inhalaciones de Josh eran ensordecedoras en medio del silencio, y una horripilante y absurda parte de mí quería quedarse aquí y escuchar cómo respiraba para siempre.

—Apártate.

Seguíamos en el suelo. Estaba atrapada bajo su cuerpo y notaba su aliento en la espalda cada

vez que cogía y soltaba el aire.

—Jules... —Su voz rasposa me friccionó los nervios, hechos añicos.

Esto era un error. Todo era un error.

—He dicho que te apartes. —Lo empujé, me levanté y me alisé la ropa con las manos temblorosas.

Josh me miró con una expresión llena de arrepentimiento y de algo más que no supe identificar, pero me fui y él no articuló palabra.

Esperé a llegar a mi habitación y meterme en la ducha antes de derrumbarme bajo el pesado manto de la noche.

La detención, Max, Josh, TODO. Me azotó absolutamente todo hasta que terminé sentada en el suelo, abrazada a mí misma y permitiéndome llorar de verdad por primera vez en años.

Mis lágrimas se fueron mezclando con el agua y permanecí ahí hasta que la temperatura se enfrió y a mi alrededor no hubo sonido alguno, solo silencio.

31

Jules

Me permitía autocompadecerme una vez al año así que, después de haberme desmoronado de aquella forma en la ducha, me recompuse y aparté los pensamientos de Max y de Josh de mi cabeza hasta que hubiera pasado la boda.

Por suerte, la Casa Real nos mantuvo ocupadas con los ensayos, los actos previos a la boda y las clases de protocolo. No me di ni cuenta y, de repente, ya solo quedaba media hora para la ceremonia.

Bridget, Ava, Stella, Sabrina —la cuñada de Bridget y su madrina de bodas según dictaba el protocolo— y yo estábamos reunidas en la *suite* nupcial para revisar que todo estaba en orden antes de entrar en la catedral donde se celebraría la boda.

Siete mil invitados. Emitido en directo para que lo vieran millones de espectadores alrededor del mundo.

Los nervios hicieron acto de presencia en mi estómago.

—Ya sé que os lo he repetido varias veces, pero muchísimas gracias por haber venido. —A Bridget le brillaron los ojos llenos de emoción mientras paseaba la vista entre nosotras—. Soy consciente de que las preparaciones han sido agotadoras y de que tener que aguantar el escrutinio de la gente no es nada fácil, así que gracias de verdad.

—No nos lo perderíamos por nada del mundo. —Stella le apretó la mano y en sus ojos brilló una mezcla de felicidad y melancolía.

Yo sentí esas mismas emociones contradictorias mientras el reloj iba avanzando y cada vez quedaba menos para la ceremonia. Estaba inmensamente feliz por Bridget, sobre todo después de lo que habían tenido que superar con Rhys, pero su boda marcaba el fin de una era.

Mis amigas y yo estábamos creciendo. Ya no éramos las estudiantes jóvenes y sin preocupaciones de hacía unos años. Hacía tiempo que habíamos dejado de serlo, pero, por alguna razón, la boda de Bridget lo ponía todavía más en relieve que su coronación.

Ya no habría más viajes improvisados de fin de semana, ni sesiones de *spa* a altas horas de la madrugada en nuestro dormitorio, ni quedadas para tomar café y pastas en el Morning Roast para ponernos al día.

Ahora, Ava vivía con Alex y estaba todo el día viajando por trabajo. Bridget era reina, literalmente, y estaba a punto de casarse. Y Stella estaba tan ocupada con la revista y su blog que, aunque fuéramos compañeras de piso, casi ni la veía.

Sin embargo, cuando sí estábamos juntas, era igual que en los viejos tiempos, y jamás subestimaría esos momentos.

—Dile a Rhys que o te trata bien o tendrá que responder ante nosotras —añadió Stella.

A pesar de su amenaza, sabíamos que no teníamos de qué preocuparnos. Rhys ya trataba a Bridget como a una reina incluso antes de que ascendiera al trono.

La dulce risa de Bridget delató su emoción.

—Lo haré.

Alguien llamó a la puerta. Freja, la secretaria de Comunicaciones de la Casa Real, entró y agachó la cabeza para saludar a Bridget.

—Alteza. ¿Está lista?

Por primera vez en todo el día, a Bridget le cambió la expresión a una más bien inquieta, pero enderezó los hombros y asintió.

Volvimos a comprobar que tanto los peinados como el maquillaje siguieran impecables y fuimos desfilando hacia abajo, donde atravesamos el largo pasillo que conectaba la casa de huéspedes con la antigua catedral.

Las puertas se abrieron y me olvidé de absolutamente todo, excepto de que no podía tropezar mientras seguía el interminable recorrido hacia el altar.

Primeros ministros. Miembros de la realeza. Celebridades. Josh.

Estaban todos entre el público, mirándome. Sin embargo, de todos los pares de miles de ojos que había allí, hubo un par en particular que me quemó con la mirada cuando pasé por delante de los bancos reservados para la familia y los amigos cercanos del novio y la novia.

El corazón me empezó a latir con más fuerza.

Ocupé mi sitio en el altar y fijé la vista en la entrada, dispuesta a no mirar al hermano de cierta amiga, que estaba entre la multitud.

«No mires. No mires. No mires.»

Bridget entró del brazo de su abuelo, el antiguo rey Edvard, y los allí presentes guardaron silencio, asombrados.

Al otro lado del altar, Rhys permanecía singularmente quieto. Clavó la vista en los ojos de Bridget y se le iluminó la cara con tanto amor que incluso sentí que se me contraía el corazón. Aunque hubiese caído un meteorito en la catedral, Rhys no habría logrado apartar la vista de Bridget.

La sonrisa que le dedicó esta a Rhys fue visible incluso a través del velo de encaje. Ese momento tan natural e íntimo entre ellos dos hizo que me diera la sensación de estar estorbando, a pesar de que hubiera miles de invitados a nuestro alrededor.

Pestañeé para deshacerme de las lágrimas que me empañaban la vista. No estaba llorando. Estaba expulsando un exceso de humedad. Solo eso.

No obstante, en cuanto el arzobispo dio comienzo a la ceremonia, no pude evitar pasear la mirada por los bancos para apaciguar mis emociones. Lo último que necesitaba era ponerme a llorar mientras emitían la boda de Bridget por televisión.

Atisbé a unos cuantos miembros de la realeza europea a quienes reconocí, una cantante de pop internacionalmente conocida y la emergente estrella del fútbol europeo Asher Donovan antes de fijarme en Josh.

«Suerte que no querías mirarlo.»

Estaba sentado en la segunda fila, detrás de la familia real, y ese esmoquin negro lo hacía irresistible. Tal y como se había peinado el pelo, se le acentuaban las finas pero marcadas líneas de los pómulos, y sus oscuros ojos de color carbón se posaron en los míos con una mirada tan ardiente que incluso me atravesó la piel.

Pum. Pum. Pum.

Los latidos de mi corazón ahogaron la voz del arzobispo mientras la mirada de Josh me hacía prisionera.

Debía apartar la vista antes de que mi cara le profesara al mundo entero lo que yo todavía no estaba lista para aceptar.

Y el hecho de que no pudiera me atemorizaba más aún de lo que jamás lo harían cualquier chantaje o monstruo de mi pasado.

32

Josh

Si las bodas normales ya eran largas de por sí, las reales eran interminables.

La novedad de estar rodeado de las personalidades más ricas y famosas del mundo fue pasando a segundo plano cuanto más rato pasaba sentado en ese banco de madera que me estaba dejando el culo cuadrado. Me alegraba por Bridget y Rhys, pero no podía dejar de pensar en Jules.

La forma en la que dejamos la conversación la otra noche me carcomía por dentro y, si no lo aclarábamos pronto, perdería la puta cabeza.

Me la quedé mirando mientras ella seguía de pie en el altar. Llevaba el mismo vestido lila que las otras damas de honor y su ramo de flores también era igual que el del resto de las chicas; sin embargo, Jules brillaba de tal manera que resultaba imposible apartar la vista de ella.

Paseé la mirada por sus facciones y me fijé atentamente en la frondosa curva de sus labios y los ángulos de su rostro. Cuando sonrió al ver entrar a Bridget, me dio un vuelco el corazón.

Había quien sonreía con la boca, pero Jules lo hacía con toda la cara. El brillo en los ojos, la forma tan adorable en que arrugaba la nariz, ese sutil pliegue en la mejilla... Verla sonreír era como ver el cielo lleno de estrellas.

Cuando fue deslizando la vista por los bancos, entré en tensión. Como avanzara un centímetro más..., solo uno...

Nuestros ojos se encontraron. Y nos aguantamos la mirada.

Unas chispas abrasadoras me recorrieron la columna vertebral con tal fuerza que casi me caigo del asiento. Me agarré la rodilla con fuerza con la mano mientras veía cómo a Jules le iba desapareciendo la sonrisa y su expresión cambiaba, como si acabara de darse cuenta de algo, igual que yo.

La música que envolvía la catedral se disipó y a mí me azotó la repentina necesidad de salir disparado hacia el altar, sacarla de ahí y llevármela a algún sitio donde pudiéramos estar los dos solos.

No había suficiente con un poco de contacto visual. Necesitaba... Joder, no sabía ni lo que necesitaba. Disculparme, darle una explicación, hacer que volviera a sonreírme como lo había hecho antes de lo de la otra noche.

No había hablado con Jules desde la noche de la fiesta de despedida de Bridget. Cuarenta y ocho horas y su ausencia ya me estaba comiendo vivo.

Cuando no estoy con ella, desearía estarlo. Y, cuando sí estamos juntos, querría que ese momento durase para siempre.

Una pátina de sudor me cubrió las palmas de las manos.

Había rememorado esa noche una infinidad de ocasiones.

Las lágrimas que le humedecían los ojos. El dolor que se escondía en su voz al decirme que

me había escuchado hablando con Ava. La forma en la que se había ido, sin más, después de habernos acostado.

Había sido la primera vez que habíamos acatado fehacientemente las normas del acuerdo. Incluso los polvos rápidos que habíamos echado al principio habían acabado con una breve conversación. Pensé que me alegraría de eso, pero lo único que quería era meterla en mi habitación y besarla hasta arrancarle todo el sufrimiento.

Me aseguraba de cumplir todas mis promesas, pero mi juramento de hacer que nuestra relación volviera a ser puramente sexual había muerto más rápido que una polilla acercándose a una lámpara.

Bridget avanzó hacia el altar y me obstaculizó la vista durante un segundo. Cuando la novia hubo pasado, Jules ya había apartado la mirada. Ahora tenía los ojos puestos en el arzobispo y lo observaba tan obstinada que me planteé que estuviera obligándose a no mirarme a mí.

Me agarré a los laterales del banco con ambas manos.

Estábamos en la misma sala, pero la echaba tantísimo de menos que haber perdido ese momento de contacto visual hizo que sintiera una punzada de dolor en el corazón.

¿Qué cojones decía eso de mí?

Cuando no estoy con ella, desearía estarlo. Y, cuando sí estamos juntos, querría que ese momento durase para siempre.

Las manos empezaron a sudarme con más ahínco.

No podía ser porque... No podía ser que yo...

Los últimos dos meses me pasaron por la mente a una velocidad vertiginosa. Imágenes de todo lo ocurrido entre Vermont y la otra noche se mezclaron en una confusa sarta de recuerdos hasta que lo entendí y sentí que me ardían los pulmones.

Me cago en la puta.

Cuando la ceremonia hubo terminado y se dio paso a la recepción, yo era un manojo de nervios y tenía las emociones a flor de piel. Al ver a Jules riendo con Asher Donovan cerca de la pista de baile, estallé.

Había intentado hablar con ella en distintas ocasiones desde que habíamos salido de la catedral, pero ella siempre tenía alguna obligación de dama de honor que cumplir.

Ahora que por fin estaba libre, ¿se dedicaba a ligar con el maldito Asher Donovan?

Ni de puta coña.

Fui hacia ellos decidido y, con las prisas, casi tiro al suelo al primer ministro de Dinamarca. El corazón me latía aún más desbocado y posesivo a cada paso que daba.

Mía. Mía. Mía.

Hasta ese momento, Asher había sido uno de mis ídolos del mundo deportivo; ahora, sin embargo, quería arrancarle los puñeteros ojos por mirar a Jules de esa forma. Como si pudiera ser suya cuando, clara e irrevocablemente, me pertenecía a mí.

Al ver que me acercaba, Asher arqueó las cejas.

—Disculpa. —Le dediqué una sonrisa forzada—. Me gustaría hablar con Jules.

Ella se tensó de inmediato. En lugar de mirarme, continuó con la vista puesta en el otro chico.

Me ardió la sangre.

Nunca me había puesto tan celoso por una mujer en la vida, y no me gustaba nada esa sensación. Era como si yo fuera un tren circulando a toda velocidad y descontrolado por la ladera

de una montaña y estuviera a punto de colisionar.

—Claro. —Los ojos verdes de Asher destellaron llenos de diversión—. Encantado de haberte conocido, Jules.

—Lo mismo digo. —Ella le sonrió y el fuego que me recorría las venas se intensificó todavía más—. Ya quedaremos cuando vuelvas a estar por Washington. Ahora ya tienes mi número.

¿Quedar? ¿Número? ¿Qué coño?

—Será un placer. —Asher le dio un beso en la mejilla. Una sensación de posesividad, ardiente y bastante fea, me sacudió el pecho. Quería arrancarlo de su lado y propinarle una bofetada en su estúpida cara de niño bonito—. Nos vemos.

Jules esperó a que se hubiera alejado lo suficiente como para no oírnos antes de girarse hacia mí.

—Tú dirás.

—¿Qué coño ha sido eso? —Intenté, en vano, controlar el tono territorial de mi gruñido.

—¿Qué ha sido el qué?

Al oír su respuesta tan relajada e impersonal, se me tensó la mandíbula.

—Eso. —Señalé hacia donde se había marchado la estrella de fútbol—. Con Asher. ¿Por qué cojones tiene ese tu número de teléfono?

—Porque se lo he dado. —Jules levantó las cejas—. ¿Por eso nos has interrumpido de repente? Porque estábamos en medio de una conversación y, a no ser que tengas algo primordial que decir, me gustaría continuarla.

Estuve tentado de sentarla en mi regazo y azotarla a modo de castigo por el insolente tono con el que me estaba hablando. No obstante, dejando a Asher de lado, teníamos que hablar de algo más relevante.

Ya nos ocuparíamos luego de él.

—Tenemos que hablar. A solas. —Miré a mis amigos, pero estos estaban demasiado ocupados en la pista de baile como para prestarnos atención.

—Estoy ocupada, Josh. Tengo obligaciones de dama de honor que cumplir.

—Ya las has cumplido.

Bridget y Rhys ya habían bailado y habían cortado el pastel, y todos los invitados estaban bailando, emborrachándose o cotilleando por los laterales.

Líderes mundiales: eran exactamente iguales que nosotros.

—Oh, por supuesto. —Jules se llevó la mano al pecho—. Difiero de tu larga experiencia como dama de honor. Evidentemente, conoces a la perfección todo lo que implica.

Apreté los puños. Estábamos volviendo a nuestra antigua forma de ser. En otra ocasión, me lo habría tomado como una señal de normalidad y lo habría agradecido; ahora, en cambio, me cabreaba sobremanera.

—Sal fuera en cinco minutos, Pelirroja, o te acostaré encima de mi regazo y te azotaré el culo aquí en medio, delante de todos los malditos reyes, reinas y presidentes del mundo entero —refunfuñé.

Las mejillas de Jules se tiñeron de un color rosado.

—A mí no me digas lo que tengo que hacer.

—Pues no me tientes.

Me di la vuelta y salí de la sala de baile decidido.

Jules debió percatarse de la verdad que se escondía en mi amenaza porque, exactamente cinco minutos después, apareció fuera con la mandíbula apretada.

Fuimos bajando por el pasillo hasta llegar a una salita cuya puerta estaba abierta. Entramos, cerré tras de mí y luego... silencio.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. El aire que nos rodeaba estaba cargado de heridas del pasado y palabras por decir.

Nunca me has visto con buenos ojos.

Oí lo que le dijiste. A Ava.

¿Y qué ha cambiado ahora? Aparte de que nos estemos enrollando.

El enfado que había sentido al verla con Asher se fue disipando lentamente y fue reemplazado por una sensación de culpabilidad y vergüenza. No sabía que Jules nos había estado escuchando, pero, aun así, seguía sintiéndome un capullo por todo lo que dije.

—¿De qué quieres hablar? —se interesó Jules con la misma tensión en sus palabras que en sus hombros.

—Quiero... —Dudé y deseé contar con algo más adecuado que las palabras—. Disculparme.

En su día, pedirle disculpas a Jules Ambrose me habría resultado tan doloroso como cortarme la lengua a mí mismo. Ahora, en cambio, las palabras me salieron de la boca con bastante facilidad.

Entendía por qué Jules se sentía molesta. Tenía razón. Había sido un capullo.

Debería haberme disculpado la otra noche, pero su declaración me pilló tan por sorpresa que no fui capaz de dar con las palabras adecuadas. No solo en relación con lo ocurrido con Ava, sino también para dar respuesta a todas las preguntas de Jules.

¿Y qué ha cambiado ahora? Aparte de que nos estemos enrollando.

«Todo.»

Eso era lo que debería haberle contestado, pero fui demasiado ciego como para verlo y un gallina sin igual como para decirlo.

Teníamos un acuerdo basado en el sexo, pero la cosa nunca había ido solo de eso. Incluso cuando creía que la odiaba, ya me estaba ablandando por Jules. Cada sonrisa, cada risa y cada conversación socavaban la imagen que me había hecho de ella mentalmente hasta que lo único que me quedó fue alguien a quien no conocía, pero a quien no podía dejar marchar.

—Ya te disculpaste —apuntó.

—No, no lo hice. —Di otro paso más hacia ella—. Siento haberle pedido a Ava que dejara de ser tu amiga. Fue una gilipollez.

Jules apartó la mirada.

—No importa.

—No, sí que importa. Mi intención no fue que nos escucharas, pero lo hiciste. Te hice daño, y lo siento.

Negó con la cabeza. Una lágrima le resbaló por la mejilla y la luz de la luna la hizo resplandecer. Sentí que se me rompía un poco el corazón.

—Hace tiempo nunca me habrías pedido perdón.

—Hace tiempo era un imbécil.

—¿Y quién ha dicho que no lo sigas siendo?

Se me dibujó una sutil sonrisa en los labios, pero desapareció en cuanto Jules volvió a hablar:

—¿Qué estamos haciendo, Josh? Se suponía que esto iba a ser sexo y nada más.

Eso me repetía yo una y otra vez a mí mismo. No obstante, estaba harto de fingir que nuestro acuerdo no se había convertido en algo que las normas no podían controlar, y pensar que Jules

creía que la estaba utilizando para follar, aunque ella misma hubiera accedido a ese trato, hacía que el corazón se me encogiera a más no poder.

Yo no tenía problema alguno en acostarme con alguien sin que hubiera ningún tipo de atadura sentimental. Joder, si era lo único que hacía desde que había empezado a tener relaciones sexuales. Pero con Jules no era igual; con ella me sentía como si me hubiera puesto un traje hecho a medida para mí y siguiera sin quedarme bien.

—Lo que se supone que tiene que ser algo y lo que realmente es son dos cosas distintas, Pelirroja.

Hala, ahí. Acababa de admitir algo disfrazándolo sutilmente de ambigüedad.

Mi frase se quedó colgando en el aire. Reinaba un silencio tan sepulcral que incluso oí cómo se le había acelerado la respiración a Jules y todos los ruiditos de las manecillas del reloj de pie que había en una esquina.

Tic. Tic. Tic.

No sabía en qué momento había dejado de odiar a Jules y había empezado a morirme de ganas de estar con ella. Lo único que sabía era que ahora me sentía así y no quería volver atrás por nada del mundo.

—Quizás no deberían serlo.

Me quedé helado.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté con un tono calmado para disimular la repentina avalancha que me corría en ese momento por las venas.

Jules levantó la barbilla, pero percibí cómo le temblaba ligeramente la voz.

—Quiero decir que deberíamos quedar con otra gente. El acuerdo que tenemos no es excluyente. Ya va siendo hora de que le saquemos provecho a esa cláusula.

Una bestia repugnante y oscura se asomó en mi interior y se enredó en mi corazón.

—Los cojones.

Además, ¿con quién coño querría quedar ella? ¿Con Asher Donovan? El hijo de puta tenía una mala reputación de donjuán increíble y ni siquiera vivía en Washington.

—Eran las normas —señaló Jules.

—Las normas cambian.

—No. —Dio un paso hacia atrás y en sus ojos apareció un atisbo de pánico—. Con nosotros no.

—Hasta ahora no te había supuesto ningún problema romper las reglas.

Me acerqué a ella; Jules retrocedió. Un baile simple e interminable que acabó cuando su espalda terminó chocando con la pared y su boca estaba a menos de dos centímetros de la mía.

—¿De qué tienes tanto miedo, Pelirroja? —Mi aliento le rozó la piel.

—No tengo miedo de nada.

—Y una mierda.

—Se suponía que tenía que ser algo simple.

—Pues no lo es.

Con ella nunca nada había sido simple.

Jules era la persona más complicada y fascinante que había conocido en la vida.

Cerró los ojos.

—¿Qué quieres de mí? —me preguntó con un tono de resignación en la voz.

Otra lágrima le acarició la mejilla y se la sequé con el pulgar. Una férrea sensación de proteccionismo se estaba apoderando de mí.

No sabía lo que quería de Jules, pero sabía que la quería a ella. Sabía que perseguía todos mis pensamientos e invadía mis sueños hasta convertirse en lo único que lograba ver. Y sabía que, cuando estaba con ella, era una de las pocas veces en las que me sentía vivo de verdad.

—Te quiero a ti. —No hacía falta que decorara mis palabras con florituras; ya eran suficientemente poderosas de por sí—. No vamos a quedar con más gente, Pelirroja. Me importa una mierda que las condiciones iniciales del acuerdo fueran otras. ¿Quieres saber por qué?

Tragó saliva con fuerza y ese movimiento alteró las delicadas líneas de su garganta.

—¿Por qué?

Agaché la cabeza y entrelacé la mano con su pelo para acercarla todavía más a mí.

—Porque eres mía —dije con la boca pegada a la suya—. Como dejes que otro hombre te toque, Jules, vas a descubrir que soy capaz de cargarme la vida de alguien con la misma facilidad con la que puedo salvársela.

33

Jules

Porque eres mía. Como dejes que otro hombre te toque, Jules, vas a descubrir que soy capaz de cargarme la vida de alguien con la misma facilidad con la que puedo salvársela.

Las palabras de Josh iban sonando en mi cabeza cual increíble y aterrador disco rayado. Ya habían pasado cuatro días y yo seguía sin encontrar el botón de pausa.

Incluso ahora, mientras escribía en el ordenador del CAML, notaba el susurro de la declaración de Josh recorriéndome la piel.

Nuestra conversación terminó después de que él pronunciara esas palabras. Luego volvimos a la fiesta. El corazón me latía con fuerza y la sangre me corría ávida por las venas. Era como si Josh hubiese querido grabarme las palabras en la mente, y lo había conseguido.

¿De qué tienes tanto miedo, Pelirroja?

«De todo.»

Yo siempre había sido la chica que quedaba con gente para pasarlo bien, la que iba de flor en flor y alejaba a los tíos antes de que se me acercaran demasiado. Porque tenía miedo de que se alejaran si se acercaban y veían quién era realmente, como si mi verdadero yo no fuera suficiente.

Porque no había sido suficiente ni para mamá ni para Max. Y, a veces, no era suficiente ni para mí.

Sin embargo, Josh había visto lo peor de mí, había dado por sentado lo peor de mí, y aun así quería quedarse. Lo cual era suficiente como para desencadenar la más peligrosa de las emociones: la esperanza.

«Ha visto gran parte de lo peor de ti», me susurró mi conciencia, burlona.

No sabía nada de mi pasado ni de lo que había hecho por dinero. Y nunca lo sabría. No, si yo podía evitarlo.

—Jules.

Me sobresalté y el corazón me dio un vuelco antes de relajarme de nuevo.

—Hey, Barbs.

La recepcionista estaba apoyada en mi cubículo, dando golpecitos en la pantalla de mi ordenador.

—Es hora de irse, cielo. La oficina ya ha cerrado.

Miré a mi alrededor y me sorprendí al ver que, en efecto, ahí no quedaba nadie. Ni siquiera había visto salir al resto.

—Claro. —Me froté la cara con una mano. Joder, estaba superempanada—. Déjame que lo cierre todo y salgo.

—Por mí no tengas prisa. —Me miró especulativa—. Me ha sorprendido que Josh no haya venido para celebrar lo del caso de los Bower. Era su día libre.

Habíamos conseguido limpiar los antecedentes penales de Terence Bower y esa misma mañana nos habían informado de que había conseguido un trabajo gracias al cual su familia podría tirar adelante mientras su mujer se recuperaba. Para nosotros era un gran logro; sin embargo, a pesar de que yo había estado trabajando en ese caso desde el primer día en el que pisé el CAML, mi entusiasmo fue más bien poco.

Estaba demasiado ocupada preocupándome por mi vida como para celebrar la de otra persona, por más que me alegrara por esa familia.

Aun así, cuando oí el nombre de Josh, sentí mariposas en el estómago.

—No sé, tendrás que preguntárselo —dije mientras guardaba el documento en el que estaba trabajando y cerraba la sesión.

—Mmm. Pensaba que tú lo sabrías, como os lleváis bien y tal. —Un destello travieso iluminó la mirada de Barbs—. Formaríais una pareja muy bonita.

—¿Eso crees? —Sentí que me ruborizaba, pero mantuve un tono monocorde—. Creo que la mayor parte del atractivo recaería en mí.

Barbs se echó a reír.

—¿Ves? Eres justo lo que ese chico necesita. Está rodeado de demasiada gente que se lo consiente todo. Todas las mujeres lo adulan y no cuestionan nada de lo que dice o hace. —Negó con la cabeza—. Necesita a alguien que lo ayude a poner los pies en el suelo. Qué pena que no te interese... ¿o me equivoco?

Se inclinó hacia mí y, en ese momento, comprendí por qué el personal del Centro la llamaba «la alcahueta de la oficina».

—Buenas noches, Barbs —dije por toda respuesta, categóricamente.

Barbs se rio.

—Buenas noches, cielo. Ya hablaremos. —Me guiñó un ojo y regresó a su escritorio.

Recogí mis cosas. En efecto, era extraño que Josh no hubiera venido, pero quizás estuviera recuperando horas de sueño. Había estado haciendo horas extras en el hospital para compensar los días que había faltado al trabajo para poder viajar a Eldorra. No lo había visto desde que volvimos a Washington, y había estado indecisa sobre si mandarle un mensaje o no.

Después de cómo dejamos las cosas, me parecía feo que la primera interacción que tuviéramos después de la boda no fuera cara a cara.

Y, por otro lado, todavía no sabía cómo responder a su implícita sugerencia de que cambiáramos el acuerdo que teníamos.

Me sonó el móvil y abandoné mis caóticos pensamientos.

Estaba tan distraída que respondí sin ni siquiera mirar quién me llamaba.

—¿Sí?

—¿Puedo hablar con Jules Miller, por favor? —preguntó una voz femenina que no me resultaba para nada familiar.

Me quedé petrificada al oír mi antiguo nombre. Estuve tentada de decir que se habían equivocado, pero la curiosidad ganó al instinto de supervivencia.

—Soy yo. —Me acerqué el teléfono aún más al oído.

—Señorita Miller, la llamo del Hospital de Whittlesburg. Se trata de Adeline Miller. —La mujer adoptó un tono más delicado—. Lo siento pero tengo malas noticias.

El estómago me dio un vuelco enorme. «No.»

Sabía lo que me iba a decir incluso antes de que volviera a hablar.

—Siento comunicarle que la señora Miller ha fallecido esta tarde...

Apenas oí el resto de la frase que se fue colando por mi oído.
Adeline Miller.
Mi madre.
Mi madre había muerto.

34

Josh

Alguien llamó al timbre justo después de que acabara de pelearme con la maleta para cerrarla. El inesperado sonido me sobresaltó y solté la carcasa del equipaje; este volvió a abrirse otra vez y cayó al suelo con un fuerte golpe.

—Mierda.

Me iba a Nueva Zelanda en cuatro días. Desde la vez en que una compañía aérea me perdió la maleta en la que llevaba mis tarjetas coleccionables de béisbol firmadas cuando tenía doce años, nunca más había facturado el equipaje, de modo que llevaba una hora metiendo con calzador, en una minúscula maleta de mano, todo lo que necesitaría para hacer senderismo durante una semana.

Todo mi esfuerzo, al garete.

—Más vale que sea importante. —El cabreo me recorrió las venas mientras salía de mi cuarto y me dirigía hacia la entrada.

Abrí la puerta de par en par, listo para abroncar a quienquiera que hubiera fuera. En cuanto vi quién era, sin embargo, el humor de perros que tenía se desvaneció.

—Hey. —Jules se abrazó la cintura; estaba pálida y le brillaban sospechosamente los ojos—. Perdona por haber aparecido sin avisar, pero no... no sabía dónde... —Se le desarmó la débil sonrisa que tenía en los labios—. No quería estar sola.

Se le entrecortó la voz en la última palabra y un alud de preocupación me invadió el cuerpo.

—¿Qué perdona ni qué leches? —Abrí todavía más la puerta y, mientras Jules entraba, la recorrí con la mirada para ver si estaba herida. No tenía sangre ni moratones; solo esa mirada perdida en los ojos. El dolor se me clavó en el estómago cual navaja—. ¿Qué ha pasado?

—Mi madre. —Jules tragó saliva con fuerza—. Me han llamado del hospital y me han dicho que ha tenido un accidente de tráfico. Y ha... ha... —Se le escapó un sollozo.

No hacía falta que terminara la frase para que dedujera lo que había ocurrido. Esperaba sentir compasión o incluso un poco de dolor empático hacia ella; sin embargo, nada me habría podido preparar para el estallido que sentí en el pecho.

Un minúsculo sollozo de Jules y todos los explosivos que había escondidos en mi interior detonaron, uno a uno, hasta que sentí un dolor apabullante en los pulmones que se fue extendiendo por todo el cuerpo. Esa sensación me aturdió la cabeza y me estrujó el corazón con tanta vehemencia que tuve que obligarme a respirar para amortiguar la aflicción.

—Ven aquí, Pelirroja. —La voz me sonó entrecortada y ni yo mismo la reconocí.

Extendí los brazos. Jules se acurrucó contra mí y hundió la cara en mi pecho para ahogar el llanto. Tuve que dedicar todos mis esfuerzos en reprimir una reacción más que visible; no quería exacerbar la salvaje sensación que agitaba el ambiente, pero, joder, qué doloroso era verla sufrir. Más de lo que me imaginaba.

—Sssh. —Apoyé la barbilla en su cabeza y le acaricié dulcemente la espalda en círculos mientras deseaba poder hacer que se sintiera mejor. Hubiera hecho cualquier cosa, hubiera hecho tratos con quien fuera con tal de aliviar su dolor; sin embargo, a pesar de todo lo que había aprendido con el paso de los años, resucitar a los muertos no formaba parte de la lista—. Tranquila. Todo irá bien.

—Lo siento —dijo entre sollozos—. Sé que esto... esto no fo-forma parte del acuerdo, pe-pero A-Ava está en u-una sesión de fotos, y Ste-Stella aún no ha llegado a ca-casa y...

—Deja de disculparte. —La abracé con más fuerza—. No tienes que pedir perdón por nada. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—Pero qué ha-hay del...

—Jules. —Dejé de acariciarla un momento—. Calla y deja que te abrace.

Rio un segundo con lágrimas en la voz y luego estas continuaron brotándole de los ojos. A la mierda: si en ese segundo se había sentido mejor, me servía. Me habría servido incluso medio segundo. Lo que fuera.

Sus sollozos acabaron transformándose en sorbos y la guie hacia el sofá.

—Ahora vuelvo.

Esta semana no había tenido tiempo de ir a comprar, así que pedí algo por el móvil y le preparé una taza de té en la cocina. Mi madre decía que no había problema que no pudiera arreglarse con una taza de té y, a pesar de que yo ya casi no tomaba, siempre tenía un poco por si acaso.

Té y un dispensador de agua caliente: dos elementos esenciales en un hogar chino.

Al pensar en mamá sentí un pinchazo en el corazón. Murió cuando yo era pequeño, pero la muerte de un progenitor nunca acaba de superarse.

Jules nunca hablaba de su familia, así que había dado por sentado que había algo de tirantez con su madre, pero eso no quitaba que siguiera siéndolo.

Volví al salón y le pasé la bebida.

—No lo habrás envenenado, ¿no? —Su áspera voz escondía un filo de su insolencia habitual.

Me sentí ligeramente aliviado y, al ver el guiño a una conversación que habíamos tenido en el pasado, sonreí.

—Bébete el maldito té, Pelirroja.

A Jules se le medio dibujó una sonrisa en los labios. Dio un pequeño sorbo a la bebida y yo me senté a su lado, en el sofá.

—Me han llamado mientras estaba en el Centro —me contó con la vista puesta en la taza—. El otro coche se saltó un semáforo y se la llevó por delante. Murieron todos en el acto. Los del hospital buscaron entre sus cosas y encontraron mi teléfono... Yo era la única familia que le quedaba. —Levantó la vista para mirarme, acongojada—. Yo era la única familia que le quedaba —repitió—. Y llevaba siete años sin hablarle. Tenía su teléfono. Podría haberla llamado, pero... —Tragó saliva con fuerza—. Me iba diciendo a mí misma que ya lo haría el año siguiente; que el año siguiente la llamaría y lo arreglaríamos. Nunca lo hice. Y ya no podré hacerlo nunca.

Una gruesa capa de lágrimas contenidas arropó la voz de Jules.

Y el dolor que yo sentía en el pecho se convirtió en una piedra.

—No sabías que ocurriría esto —respondí con dulzura—. Fue un accidente que podría no haber pasado.

—Pero si no lo hubiera ido posponiendo... —Jules negó con la cabeza—. Lo peor es que no creí que fuera a sentirme... así. —Se señaló a sí misma—. Cuando me fui, mi madre y yo no nos

llevábamos bien, por decirlo finamente. Me pasé años... enfadadísima a más no poder por lo que hizo. Pensé que, cuando muriera, me sentiría aliviada, pero... —Cogió aire profundamente—. Yo qué sé. No sé ni lo que siento. Tristeza. Enfado. Vergüenza. Arrepentimiento. Y, sí, algo de alivio. —Agarró la taza con tanta fuerza que los nudillos de los dedos se le emblanquecieron—. ¿Me hace eso una persona horrible?

—Por lo que parece, tú y tu madre teníais una relación complicada, y es normal que sientas todo esto, incluido el alivio.

Yo lo veía a diario en el hospital. Algunos pacientes se quedaban en una especie de limbo entre la vida y la muerte; al final, cuando morían, sus familias pasaban el duelo, pero también sentían cierto consuelo al ver que sus seres queridos habían dejado de sufrir. No lo decían, pero se les veía en los ojos.

Pasar el duelo no era estar triste y punto; era un cúmulo de emociones envuelto en una oscura mortaja.

La situación de Jules no era exactamente la misma, pero la teoría podía extrapolarse.

—Créeme. Soy médico —añadí sonriendo de medio lado—. Lo sé todo.

A Jules se le escapó una risa débil y el peso que yo sentía en el corazón disminuyó sutilmente. Dos risas en menos de una hora. Me lo tomé como una victoria.

—¿Te llevabas bien con tu madre? —se interesó—. Antes de...

Se me desvaneció la sonrisa.

—Sí. Era la mejor madre del mundo, hasta que se divorciaron. La cosa se puso fea y ella se perdió. Se sumió en una depresión. Y cuando la incriminaron y la culparon por haber intentado asesinar a Ava..., bueno, ya sabes lo que pasó. —Se me formó un nudo en la garganta—. Al igual que tanta otra gente, yo también pensé que había tratado de ahogar a Ava. Los médicos y la policía dijeron que no había sido más que una crisis emocional, pero yo me pasé semanas sin dirigirle la palabra. Apenas nos habíamos reconciliado cuando murió por una sobredosis de antidepresivos.

El rostro de Jules adoptó una expresión empática.

—Se parece un poco a mi historia. Al menos, el principio. —Recorrió el borde de la taza con el dedo—. Cuando era pequeña, mamá y yo nos llevábamos bien. Mi padre nos abandonó antes de que naciera, así que solo nos teníamos la una a la otra. Le encantaba arreglarme y pasearme por la ciudad como si fuera una muñeca o un accesorio sin igual. A mí no me importaba: me encantaba jugar a eso y a ella le hacía feliz. Pero cuando me hice mayor la gente empezó a prestarme más atención a mí que a ella, los hombres, sobre todo, y a mamá todo eso no le gustó nada —prosiguió haciendo énfasis en la última palabra—. Nunca me lo dijo, pero se le veía en los ojos cada vez que alguien me hacía un cumplido. Dejó de tratarme como a su hija y me empezó a tratar como si fuera su competencia.

Joder.

—¿Estaba celosa de su propia hija?

Intenté que mi pregunta no sonara a reprimenda, sobre todo porque la mujer acababa de morir, pero se me retorcieron las tripas solo con pensar que una madre pudiera querer competir con su propia hija.

Jules rio sin gracia.

—Así era mi madre. Estaba acostumbrada a ser el centro de atención: la reina del baile de bienvenida, la reina del baile de graduación, la reina más guapa. Ganó un montón de concursos de belleza de joven y nunca superó el fin de sus días gloriosos. A pesar de hacerse mayor, mamá

seguía siendo guapísima, pero no soportaba no ser la más guapa. —Respiró profundamente—. Mi madre no fue a la universidad; prefirió ser modelo, pero nunca se ganó la vida a lo grande con eso. Después de que naciera yo, empezaron a darle menos trabajos y acabó siendo camarera en un bar. No vivíamos en una ciudad demasiado cara. Podríamos haber vivido decentemente, pero tenía un problema enorme a la hora de ahorrar y contrajo un montón de deudas en ropa, maquillaje, tratamientos de belleza..., básicamente, cualquier cosa que la ayudara a salvar las apariencias. El dinero nunca nos llegaba. Había días en que lo único que ingería era la comida de la cafetería del colegio, y muchísimas veces llegaba a casa aterrorizada de pensar que ese mismo día nos desahuciarían.

Le acaricié la espalda cariñosamente a Jules, a pesar de lo tensa que se me había quedado la mandíbula mientras escuchaba cómo había sido su infancia.

¿Quién cojones antepondría la ropa y el maquillaje antes que comprar comida para alimentar a su hija?

Pero yo mismo había sido testigo de la fealdad del mundo en suficientes ocasiones como para saber que ese tipo de gente existía de verdad, y detestaba que Jules hubiera crecido con alguien así a su lado.

—Cuando yo tenía trece años, Alastair, el hombre más rico de la ciudad, fue al bar donde trabajaba mi madre y se fijó en ella —continuó—. Se casaron al año siguiente. Nos mudamos a una casa grande, a mí me daba una paga generosa y me dio la impresión de que todos nuestros problemas ya habían desaparecido. Pero Alastair siempre... —la breve pausa de Jules fue suficientemente larga como para que el terror que vagaba por mi cuerpo se solidificara— me miraba y me decía cosas que me hacían sentir extremadamente incómoda, como, por ejemplo, que tenía unas piernas muy bonitas o que debería ponerme faldas más a menudo —explicó—. Pero no me tocaba, y yo tampoco quería que la gente pensara que estaba exagerando solo porque me había halagado un poco, así que no dije nada. Luego, a los diecisiete, hubo una noche en la que mamá salió con sus amigas; Alastair entró en mi habitación y...

Me quedé petrificado.

—¿Y qué? —Mis palabras resonaron con una pasividad tan escalofriante que incluso me costó creer que hubieran salido de mi boca.

—Me dijo un montón de cosas como que tenía que ser más agradecida por todo lo que él había hecho por mí y por mi madre, y después me dijo que podía demostrarle lo agradecida que estaba... ya sabes cómo.

La ira me nubló la visión y tiñó el mundo con una capa de pintura al rojo vivo. Una oscuridad poderosa me recorrió el pecho y se fue abriendo paso hábil pero lentamente, como un monstruo que arrulla a su presa haciéndole creer que está a salvo antes de atacarla.

—¿Y qué pasó luego? —pregunté en un tono monocorde y con calma, a pesar de que mis palabras fueran acompañadas por una cortante tensión.

—Me negué, evidentemente. Le grité que se fuera de mi habitación y lo amenacé con contarle a mi madre lo que me había dicho. Él se rio, sin más, y me dijo que mamá jamás me creería. E intentó besarme. Traté de apartarlo de mí, pero Alastair tenía demasiada fuerza. Por suerte... —al decir esa palabra, se le dibujó una mueca en los labios— mamá llegó temprano y nos pilló antes de que Alastair pudiera... hacer algo más. El hombre se inventó un cuento y le dijo que había sido yo quien había intentado seducirlo, y mi madre le creyó. Me dijo que era una zorra por haber intentado seducir a su marido y me echó de casa esa misma noche.

La rabia que sentía era cada vez mayor, y se iba expandiendo por mi cuerpo e intensificando

hasta cargarse cualquier valor moral que hubiera en mí.

Me había hecho médico para salvar vidas, pero quería arrancarle la piel a pedazos a Alastair y ver cómo su vida se iba acabando poco a poco.

—Pude sacar suficiente dinero como para subsistir unas cuantas semanas antes de que Alastair me congelara las cuentas —siguió Jules—. Y, eh..., fui haciendo un poco de esto y un poco de lo otro en la ciudad hasta que me gradué. Luego me marché para ir a la uni y no he vuelto desde entonces.

—¿Dónde está Alastair ahora?

Como lo pillara, ya podía rezar, porque no tendría ningún reparo en convertir mi fantasía homicida en realidad.

Cuando se trataba de monstruos que se aprovechaban de chicas jóvenes o de alguien que me importara, me pasaba la ley por ahí abajo. La ley no siempre ejercía justicia.

—Murió en mi penúltimo año de uni —me contó Jules—. Hubo un incendio en casa. Yo seguía informándome sobre lo que pasaba en la ciudad, llámalo mórbida curiosidad, y vi la noticia en los periódicos locales. Se rumoreaba que había sido provocado, pero la policía no encontró pruebas, así que el caso quedó abierto, pero sin resolver.

La muerte de Alastair debería haberme sosegado, pero lo único que hizo fue cabrearme todavía más. Me importaba una mierda que se hubiese quemado vivo; el muy cabrón murió tan tranquilo.

—Mi madre había salido con sus amigas, de modo que a ella no le pasó nada, pero resulta que Alastair le dejó una miseria —prosiguió Jules—. No sé dónde acabó el resto de su fortuna, pero, para variar, mi madre se pulió la herencia en menos de un año. Pasó de tenerlo todo a no tener nada otra vez. —Sonrió amargamente—. Eso también lo leí en la prensa local. Cuando vives en una ciudad tan pequeña como Whittlesburg y eres tan rico como Alastair, todo lo que te pasa a ti y a tu familia acaba siendo de dominio público.

Se me tensó un músculo en la mandíbula.

—¿Y nadie cuestionó el hecho de que echaran a una chica de diecisiete años de casa para que se las apañara sola?

—No. Los vecinos de la ciudad fueron contando rumores de que yo robaba a Alastair porque tenía un problema con las drogas —dijo en tono monocorde—. Fueron diciendo que habían intentado ayudarme, pero que no lo habían conseguido, que estaban desesperados, bla-bla-bla.

Me cago en la puta.

—Lo peor es que yo aún quería arreglar las cosas con mi madre, sobre todo después de que muriera Alastair. Era mi madre, al fin y al cabo. La única familia que me quedaba. Así que la llamé, saltó el buzón y le dejé mi número de teléfono. Le pedí que me llamara porque quería hablar con ella. Pero nunca lo hizo. —Jules agarró la taza con más fuerza—. Me hirió tanto el ego que no volví a ponerme en contacto con ella. Pero si no hubiera dejado que el orgullo se entrometiera...

—La comunicación es cosa de dos. —Parte del enfado que sentía se desvaneció y lo reemplazó un profundo dolor hacia la niña pequeña que lo único que deseaba era el amor de su madre—. También te podría haber llamado ella. No te fustigues tanto.

Ahora en serio: su madre parecía una mujer desequilibrada de cojones, pero eso me lo callé para mis adentros. No hay que hablar mal de los muertos y tal.

—Ya. —Jules suspiró. La aflicción que sentía se le marcó en la frente, pero por lo menos había dejado de llorar—. En fin, ya basta de hablar del pasado. Es deprimente. —Me dio un

golpe en la rodilla con la suya—. Como psicólogo tampoco serías extremadamente penoso.

Casi me reí con solo pensarlo.

—Créeme, Pelirroja, sería un psicólogo malísimo. —Sería eso de «consejos vendo y para mí no tengo»—. Es solo que tengo experiencia con familias desestructuradas, ya está.

Llamaron a la puerta.

Me levanté del sofá a regañadientes, fui hacia la puerta y volví con un par de bolsas grandes de papel marrón.

—*Comfort food* —señalé mientras sacaba las cajas de comida para llevar de la bolsa.

Macarrones con queso. Sopa de tomate. *Cheesecake* de caramelo salado. Sus platos favoritos.

—No tengo hambre.

—Come. —Le acerqué la sopa—. Necesitarás esa energía luego. Y bebé más agua o te vas a deshidratar.

Jules me pagó con una diminuta sonrisa.

—Hablas igual que un médico.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Tú siempre te lo tomas todo como un cumplido.

—Claro. No veo por qué querría insultarme la gente. —Quité la tapa a la caja de macarrones —. Soy adorable a más no poder.

—A la gente que es adorable a más no poder no les hace falta ir repitiéndolo. —Jules le dio un pequeño sorbo a la sopa antes de volver a dejarla.

—La mayoría de la gente no es como yo. —Cogí un trozo de *cheesecake* con el tenedor y se lo pasé. Dudó un segundo y luego aceptó.

Comimos en un agradable silencio durante un rato hasta que Jules dijo:

—Tengo que ir a Ohio pronto. Para el funeral. Pero mi graduación es el sábado y tengo que prepararlo todo, y ni siquiera sé cuánto cuestan los vuelos. No serán demasiado caros, ¿no? Pero como tengo que pillarlos ya... Y tengo que pensar dónde me quedaré y...

—Respira, Pelirroja. —Le puse las manos en los hombros para tranquilizarla. Ya volvía a respirar aceleradamente y se le veía en los ojos que estaba agobiada—. Vamos a hacer lo siguiente: primero acabamos de comer y luego, mientras tú te duchas, yo busco vuelos, hoteles y funerarias. Cuando tengamos todo eso solucionado, ya nos centramos en los detalles. Y no vas a ir a Ohio hasta que te hayas graduado. Has sobrevivido a tres años infernales estudiando Derecho, así que vas a recoger el diploma, ¿estamos?

Jules asintió. Parecía demasiado aturdida como para llevarme la contraria.

—Bien. —Le pasé el resto del *cheesecake*—. Toma. Demasiado dulce para mí.

Después de comer, Jules se duchó mientras yo gestionaba la logística del viaje. Por suerte, volar a Ohio no era caro y Whittlesburg tenía un máximo de dos hoteles, cinco *bed and breakfast* y un montón de moteles con pintas más bien sospechosas a las afueras de la ciudad, así que la elección tampoco resultaba difícil. Una búsqueda de Google rápida también me ayudó a dar con una funeraria con buenas reseñas y precios razonables.

Cuando Jules salió del baño, yo ya lo tenía todo preparado en el ordenador. Le echó una ojeada rápida y luego lo reservamos.

—Gracias. —Se hundió en mi cama y se pasó la mano por el pelo; aún seguía algo perdida, pero al menos parecía un poco más animada que antes—. No tenías por qué hacerlo. —Señaló el ordenador.

—Ya, pero es mejor que ver en la tele programas de mierda que ya han echado y he visto una

decena de veces.

Jules rio por la nariz. Al ver mi maleta, abierta, abrió los ojos de par en par.

—Espera. Tu viaje a Nueva Zelanda. Había olvidado que era...

—No es hasta la semana que viene. Me voy el lunes. —Sentí una desagradable sensación en el estómago. Irme a Nueva Zelanda me hacía muchísima ilusión, pero, de repente, mi entusiasmo había amainado.

—Te divertirás mucho. —Jules bostezó. Llevaba una camiseta vieja de Thayer que le había prestado que le rozaba los muslos, y las largas ondas pelirrojas de su pelo mojado le acariciaban los hombros.

De mis vistas favoritas en el mundo —el Monumento a Washington al alba, el color de las hojas en otoño en Nueva Inglaterra, la extensión de océano y jungla que se abría ante mí al acabar una larga caminata en Brasil—, creo que ver a Jules con mi camiseta ocupaba el primer puesto.

—Descansa un poco —le dije con voz ronca, perturbado por la extraña sensación de calor que se había apoderado de mis venas—. Es tarde y has tenido un día largo.

—Son las nueve, abuelo. —Volvió a bostezar.

—¿Ah, sí? Pues no soy yo a quien parece que le estén a punto de entrar moscas en la boca. —Apagué el ordenador y las luces, y dejé solo la lámpara de mi mesita de noche encendida—. A la cama. Ya.

—Eres un mandón. Te juro que —otro bostezo— no sé cómo —otro bostezo más— la gente te sopor... —El refunfuño somnoliento de Jules fue sonando cada vez más apagado hasta que se le cerraron los ojos del todo.

La tapé con la colcha, con cuidado para no despertarla. Tenía la piel más pálida de lo habitual, y seguía con la punta de la nariz y la zona de alrededor de los ojos algo rojas, pero se había quedado dormida insultándome. Si eso no era prueba suficiente de que ya se encontraba mejor, no sabía qué podría serlo.

Apagué la luz de la mesita y me acosté a su lado.

Aún teníamos que terminar la conversación que habíamos empezado en la boda de Bridget. ¿Lo del acuerdo seguía en pie o las cosas se habían convertido en algo distinto? No tenía ni idea. No sabía qué cojones éramos ni qué estábamos haciendo. No sabía qué le rondaba a Jules por la cabeza.

Pero ya nos ocuparíamos de eso otro día.

Le pasé un brazo por la cintura y acerqué a Jules a mi pecho. Y, por primera vez desde que empezamos con el acuerdo, dormimos juntos.

35

Jules

Los días que siguieron a la muerte de mi madre estuve algo aturdida. Cuando me desperté a la mañana siguiente, Josh ya se había ido a trabajar, pero encontré el desayuno esperándome en la cocina con una nota e instrucciones donde me contaba, paso a paso, lo que tenía que hacer a continuación: a qué funeraria tenía que llamar, qué tenía que preguntar y qué tenía que preparar para el viaje.

Me ayudó más que cualquiera de las típicas frases que se decían en momentos como esos.

Fui tachando tareas de la lista a medida que avanzaba, pero parecía un robot actuando por inercia. No sentía nada. Era como si me hubiera plantado en casa de Josh, me hubiera deshecho de todos mis sentimientos y ahora no me quedara nada dentro.

No sabía por qué había recurrido a Josh cuando nuestra relación ya era lo bastante complicada, pero fue la primera persona que me vino a la mente mientras intentaba pensar qué hacer.

Fuerte. Reconfortante. Lógico. Era todo cuanto necesitaba justo cuando lo necesitaba.

Ahora, mientras escuchaba la retahíla de detalles de última hora en boca del propietario de la funeraria de Whittlesburg, deseaba que Josh siguiera aquí conmigo. No tenía ni pies ni cabeza, claro. Josh tenía que trabajar, no podía simplemente venirse a Ohio conmigo. Además, se había ido a Nueva Zelanda esta mañana y no volvería hasta la próxima semana.

Al pensar en eso sentí una punzada en el corazón.

—Esto es todo lo que necesitamos. Creo que ya lo tenemos todo listo para mañana. —El director de la funeraria se levantó y me tendió la mano—. De nuevo, la acompaño en el sentimiento, señorita Ambrose.

—Gracias. —Sonreí forzadamente. Había utilizado «Ambrose» porque, legalmente, «Miller» ya no formaba parte de mi nombre, pero al oírselo decir a ese hombre me sonó extraño. «Ambrose» era mi vida en Washington; «Miller», la de aquí.

Dos vidas, dos personas distintas.

Pero aquí estaba yo, Jules Ambrose, en Ohio, e incluso me parecía más surrealista de lo que me había imaginado.

Le estreché la mano rápidamente y me fui. Anduve a paso ligero hacia la salida hasta que el calor dorado del sol me envolvió la piel. Sin embargo, en cuanto salí de los límites oscuros y deprimentes de la funeraria, no supe adónde ir.

Hacía solo dos días había subido al escenario del Nationals Park en Washington, le había estrechado la mano al decano y había recogido mi diploma de Derecho.

Tres años de esfuerzo —siete, si contábamos los años previos destinados a estudiar para poder entrar en Derecho— condensados en una hoja de papel.

Era maravilloso y decepcionante a la vez.

En realidad, casi ni me acordaba de la graduación. Había sido visto y no visto, y tuve que disculparme con mis compañeros por no unirme a ellos en la cena porque tenía que preparar mi maleta para venir a Ohio. Me fui a la mañana siguiente —es decir, ayer— y hasta ahora no había hecho más que preparar el entierro. Sería una ceremonia pequeña y simple, pero tener que decidirlo todo era agotador.

Volvería a Washington mañana, después del funeral, que tendría lugar por la mañana. Ahora tenía que pensar qué haría hasta entonces, ya que me quedaban la tarde y la noche aún por delante. Y en esta ciudad no había mucho que hacer.

Me quedé mirando el folleto caído en la acera, el montón de coches oxidados que había al otro lado de la calle y los edificios de ladrillos marrones que se erguían uno al lado del otro como si fueran un grupo de viajeros haciendo parada para descansar. Al final de la calle, un grupo de niños jugaba a la rayuela y el amortiguado son de su risa era la única señal de vida en el estancado aire de la ciudad.

Whittlesburg, Ohio. Una ciudad diminuta al lado de la gigantesca Columbus, extraordinaria únicamente por su absoluta ordinariez.

Volver a estar aquí era como pasearme por un sueño. Me daba la impresión de que me iba a despertar en cualquier momento, y que me iba a poner a buscar el botón para posponer la alarma mientras el ruidoso secador de pelo de Stella se colaba en mi cuarto a través de la puerta.

En lugar de la alarma, un bus pasó a toda velocidad, me ensució con el tubo de escape y me sacó de mi trance.

«Qué asco.»

Reanudé el paso. La funeraria estaba por el centro, así que no tardé demasiado en llegar al distrito social y financiero de Whittlesburg, que venía a ser media docena de edificios de negocios pegados uno al lado del otro.

No estaba soñando.

Estaba aquí de verdad. Ahí estaba la cafetería-restaurante donde mis amigos y yo íbamos a tomar algo después de los bailes del colegio. Y la bolera donde nos llevaban de excursión en primaria, y la tiendecita de antigüedades con muñecas que daban más miedo que otra cosa expuestas en el escaparate. Todo el mundo estaba convencido de que la tienda estaba encantada y, cuando pasábamos por delante, echábamos a correr como si los espíritus que merodeaban dentro fueran a perseguirnos y a secuestrarnos si nos quedábamos demasiado tiempo ahí delante.

Volver a Whittlesburg era como viajar con una máquina del tiempo. Aparte de que una cadena de restaurantes había abierto una nueva y resplandeciente sucursal aquí y de la cafetería que había ahora donde antes se encontraba la lavandería de Sal, no había cambiado en absoluto en comparación con hacía siete años.

Agaché la cabeza e hice caso omiso del grupo de chicas adolescentes que me miraban, curiosas, desde la esquina. De milagro, todavía no me había cruzado con nadie que conociera, pero era cuestión de tiempo. Me daban miedo las preguntas que pudieran hacerme cuando ocurriera.

Lo que pasaba con las ciudades pequeñas era que la gente se acordaba siempre de todo. Para bien o para mal.

Al llegar al hotel, suspiré aliviada. Pasaba de hacer algo para entretenerme en esta ciudad. Lo único que me apetecía era encerrarme en mi habitación, pedir servicio de habitaciones y pasarme la noche viendo tele de pago a la carta.

Metí la mano en el bolso para buscar mis...

—Hola, Pelirroja.

Me quedé helada con la mano metida dentro de la *tote bag*. La incredulidad hizo que me diera un vuelco el corazón y se me aceleraran los latidos hasta que fueron tan fuertes que sentí que me iba a estallar la cabeza.

Pum. Pum. Pum.

No podía ser él. A lo mejor el batido que me había bebido de un tirón a la hora de comer me había helado el cerebro y ahora estaba experimentando una alucinación por culpa del azúcar.

Porque no podía ser él ni-de-coña.

Sin embargo, cuando levanté la cabeza, vi su sudadera gris favorita. Llevaba esa bolsa de deporte gastada colgada del hombro. Y, cuando sonrió con tanta delicadeza que echó abajo mi coraza, su peculiar hoyuelo hizo acto de presencia.

—Sorpresa. —La voz de Josh me envolvió cálidamente—. ¿Me echabas de menos?

—Eh... Tú... —Abrí y cerré la boca en lo que supuse que pareció una imitación profundamente lamentable de un pez globo—. Pero ¿tú no tenías que estar en Nueva Zelanda?

—Cambio de planes. —Se encogió de hombros como quien no quiere la cosa, como quien cambia de opinión a la hora de pedir algo para cenar, no para cambiar un vuelo internacional—. Prefiero estar aquí.

—¿Por?

Pum-pum-pum. ¿Era normal que a alguien le latiera el corazón tan rápido?

—Quiero visitar el Museo de Ganchillo.

A lo mejor me había quedado dormida en la funeraria y había entrado en una dimensión desconocida, porque esto era demasiado paradójico como para ser real.

—¿Qué?

—El Museo de Ganchillo —repitió—. Es mundialmente conocido.

El Museo de Ganchillo era la atracción por excelencia de Whittlesburg, pero no era mundialmente conocido ni de broma.

La Torre Eiffel, el Machu Picchu, la Gran Muralla China... ¿y el Museo de Ganchillo Betty Jones? Eh..., no.

—Conque es mundialmente conocido, ¿eh? —Una cosa rara y con alas se movía por mi estómago. Y no quería que parase nunca.

—Ajá. —A Josh se le marcó aún más el hoyuelo—. Hablaban de él en una revista que estaba ojeando en el aeropuerto y me ha parecido tan inspirador que he decidido cambiar el vuelo en el último minuto. El ganchillo es muchísimo mejor que navegar por Milford Sound.

Me emocioné y sentí un nudo en la garganta.

—Bueno, Dios me libre de cuestionar tu pasión por el ganchillo. —«No llores en medio de la recepción»—. ¿Y te alojas en este hotel?

—Depende. —Josh se metió la mano en el bolsillo sin apartarme la vista—. ¿Quieres que me quede aquí?

Una pequeña y asustadiza parte de mí quería decir que no. Sería facilísimo subir corriendo a mi habitación, encerrarme ahí hasta que el funeral de mamá terminase y luego marcharme y hacer como si este viaje no hubiese ocurrido nunca.

Pero estaba harta de salir corriendo. Estaba harta de luchar contra el mundo y contra mí misma a la vez; harta de fingir que todo iba bien cuando en realidad me costaba un mundo mantenerme a flote.

No pasaba nada por agarrarme a un bote salvavidas, fuera cual fuera.

El mío, aparentemente, era Josh Chen.

Asentí muy sutilmente con la cabeza porque no me atrevía a hablar.

A Josh se le relajó la expresión.

—Ven aquí, Pelirroja.

Eso era todo cuanto necesitaba.

Fui volando hacia él y hundí la cara en su pecho mientras Josh me envolvía en un abrazo. Olía a jabón y a cítrico, y el tacto de su sudadera con mi piel era muy suave.

Las miradas curiosas del recepcionista y otros huéspedes del hotel eran abrasadoras. Mañana seríamos la comidilla de la ciudad, de eso estaba segura, pero me daba igual.

Por primera vez desde que había aterrizado a Ohio, pude respirar.

36

Josh

Lo de volar a Ohio no lo había planeado.

Fui al aeropuerto para irme a Nueva Zelanda, pero, mientras estábamos embarcando, yo solo podía pensar en Jules. En lo que estaría haciendo, en cómo estaría, en si habría llegado bien. Las excursiones y actividades que llevaba meses planeando, de repente, me parecían igual de interesantes que ver cómo se seca la pintura.

Así que, en lugar de volar al segundo destino en mi lista de cosas que hacer antes de morir (después de ir a la Antártida), fui directo al mostrador y compré un billete a Columbus.

Cambié Nueva Zelanda por Whittlesburg. Estaba mal de la puta cabeza y ni siquiera era capaz de cabrearme por esa decisión.

—Agárrate —dijo Jules mientras girábamos a la izquierda, hacia una calle rodeada de árboles —. Empieza la batalla y estás a punto de flipar como nunca.

Después de dejar la maleta, la había convencido para que me acompañara al museo. Quizás podría haber elegido una excusa un tanto más interesante que visitar el Museo de Ganchillo, pero me había enterado de su existencia en el bus de Columbus a Whittlesburg y aparecía como la mayor atracción de la ciudad. Y si era así por algo sería, ¿no?

Arqueé las cejas.

—¿Acabas de decir «empieza la batalla»? Pero ¿tú en qué mundo vives?

—Para tu información, el personaje de Stanley Tucci lo dice en *El diablo viste de Prada*, y es increíble, tanto Stanley como la película.

—Ya, pero ¿cuántos años tiene Stanley?

Jules me miró de reojo.

—Me parece una broma poco apropiada, sobre todo teniendo en cuenta el detallado *tour* gratuito que te acabo de dar.

Reprimí una sonrisa.

—Ha sido un paseo de quince minutos, Pelirroja.

—Durante los cuales te he enseñado el mejor restaurante de la ciudad, la bolera, la tienda que tuvo un cameo en una película de Bruce Willis y, por si fuera poco, la peluquería donde me corté el pelo cuando llevé flequillo en el instituto, que fue una breve aunque horrorosa época —señaló —. Esta información no tiene precio, Chen. No aparece en ninguna guía.

—Estoy bastante seguro de que las tres primeras sí aparecen en las guías. —Le tiré de un mechón de pelo—. ¿No te gusta el flequillo?

—Para nada. Ni el flequillo ni la sombra de ojos rosa. Ni de coña.

—Mmm, pues yo creo que el flequillo te quedaría bien. —A Jules le quedaría bien todo.

Incluso ahora, con esas bolsas lilas debajo de los ojos y la tensión que se le notaba alrededor de la boca, estaba jodidamente preciosa y no podía dejar de mirarla.

Con el paso de los años, físicamente seguía bastante igual, pero algo había cambiado.

Y no era capaz de decir qué.

Antes, Jules me parecía objetivamente guapa. Era algo que sabía todo el mundo, pero a mí no me llamaba particularmente la atención.

Ahora me parecía guapa hasta el punto en el que quería hundirme en ella y dejar que llenara cada rincón de mi alma hasta que me hubiera devorado. Me daba igual si moría en el intento porque, en un mundo en el que la muerte era mi pan de cada día, Jules era lo único que me hacía sentir vivo.

—No, créeme. Pero, bueno, dejemos de hablar de mi pelo. —Señaló el edificio que teníamos delante con el brazo—. He aquí el mundialmente conocido Museo de Ganchillo Betty Jones.

Me la quedé mirando mientras nos acercábamos a la entrada.

—Impresionante.

Sería incapaz de decir de qué color era el edificio aunque me amenazaran a punta de pistola.

Al cabo de media hora y unas cuantas aburridísimas exposiciones, por fin conseguí salir del trance en el que estaba y al cual me había inducido Jules, pero enseguida deseé no haber salido de ahí.

—¿Qué coño es esto? —Señalé un... ¿perro de ganchillo azul? ¿O era un lobo? Fuera lo que fuera, tenía la cara asimétrica y sus pequeños y brillantes ojos redondos nos miraban amenazantes a través de la tarima en la que descansaba, como si estuviera molesto porque hubiéramos invadido su espacio personal.

Eso me pasaba por andar distraído. Como acabara muerto a manos de un juguete encantado, sí que me cabrearía.

Jules miró con los ojos entrecerrados la plaquita dorada que había debajo del lobo-barra-perro.

—Fue uno de los juguetes favoritos de la hija de Betty —leyó—. Hecho a mano por una reconocida artesana local que se lo regaló por su quinto cumpleaños.

—Tiene toda la pinta de ser demoníaco.

—Qué va. —Se quedó mirando el juguete y este nos devolvió el gesto. Habría jurado que había gruñido con el hocico—. Pero, eh..., sigamos.

—¿Sabes qué? Creo que ya he visto suficiente ganchillo por hoy. —Ya había visto el Museo. Había llegado la hora de pirarnos de aquí antes de que los juguetes cobraran vida a lo *Noche en el Museo*—. A no ser que quieras seguir estudiando colchas y juguetes posesos.

Jules hizo una mueca.

—¿Estás seguro? Has abandonado tu viaje a Nueva Zelanda para venir a este museo, mundialmente conocido. Ya que te has gastado tanto dinero, deberías aprovecharlo.

—No, si ya lo he hecho. —Y, además, me había ganado más de una pesadilla. Le puse la mano en la lumbar a Jules y la guie hacia la salida—. Yo ya estoy, créeme. Prefiero ver el resto de la ciudad.

—Ya lo hemos visto casi todo mientras veníamos aquí. Lo que queda es la zona residencial.

Madre mía.

—Seguro que nos hemos dejado algo. ¿Cuál es tu lugar favorito?

Fuera nos recibió la tenue luz del atardecer. La *golden hour* ya estaba dando paso al crepúsculo y en las aceras, mientras caminábamos, se veían largas sombras.

—Ha cerrado hace una hora —dijo Jules.

—Bueno, pero yo quiero verlo igualmente.

Me miró extrañada, pero se encogió de hombros.

—Si insistes.

Al cabo de diez minutos llegamos a una tienda de libros que parecía un tanto antigua. Se encontraba entre una tienda de segunda mano y un antro de comida china para llevar, y en las oscuras ventanas de la librería se leía CRABTREE BOOKS en rojo.

—Es la única librería de la ciudad —me contó—. Nunca se lo dije a mis amigos porque leer no se consideraba algo guay, pero me encantaba pasar el rato aquí, sobre todo los días de lluvia. Venía tan a menudo que me aprendí de memoria todos los títulos que había en las estanterías, pero, aun así, me gustaba seguir pasándome los fines de semana. Era reconfortante. —Se le dibujó una sonrisa burlona en la cara—. Además, sabía que aquí no me encontraría a nadie que conociera.

—Era tu refugio.

La nostalgia hizo que le cambiara la expresión.

—Exacto.

Al imaginarme a una versión adolescente de Jules colándose en una librería para esconderse de sus amigos sonreí. Hacía solo unos meses, cuando únicamente conocía a la Jules mordaz y fiestera, no me lo habría creído. Pero ahora no me parecía descabellado.

En realidad, a excepción de la noche de la despedida de Bridget, hacía mucho tiempo que no veía a Jules salir de fiesta como lo hacía en la universidad. Joder, hacía mucho tiempo que yo tampoco salía como lo hacía en la universidad.

La primera impresión que tenemos de alguien es la que se queda grabada más tiempo en nuestra mente; sin embargo, al contrario de lo que muchos piensan, hay gente que sí cambia. La única pega es que la gente cambia más rápido que nuestros prejuicios.

—¿Cuál es tu libro favorito? —Quería saberlo todo de Jules. Qué le gustaba, qué detestaba, qué libros leía y qué música escuchaba. Cualquier tipo de información, por poca que fuera, que me ayudara a colmar la insaciable necesidad que sentía de ella.

—No puedo elegir solo uno. —Parecía consternada—. Es como pedirle a alguien que elija un único sabor de helado.

—Fácil: *rocky road*, en mi caso; en el tuyo, caramelo salado. —Al ver que fruncía el ceño, sonreí—. Tu sabor favorito es el de caramelo salado, para todo.

—Para todo tampoco —musitó—. Vale. Si tuviera que elegir un solo libro y basándome únicamente en la de veces que lo releí... —Se sonrojó—. No te rías, porque sé que es un cliché y un libro de niños, pero... *La telaraña de Carlota*. La familia que vivía en nuestra casa antes de que llegáramos mi madre y yo se dejó un ejemplar ahí y fue el único libro que tuve de pequeña. Estaba tan obsesionada con la historia que incluso me negaba a que mi madre matara las arañas por si alguna era Carlota.

Se me ensanchó la sonrisa.

—Es adorable, joder.

Jules se sonrojó aún más.

—Era pequeña.

—No estaba siendo sarcástico.

Jules sonrió sutilmente. Nos fuimos alejando de la tienda de libros, pero no volvió a decir nada más.

Ya casi era la hora de cenar, así que paramos a comer en la cafetería-restaurante que Jules describió como «el mejor restaurante de la ciudad» antes de volver al hotel.

—Las hamburguesas están riquísimas. —Miró la carta y se le iluminó la expresión—. Es una de las pocas cosas que he echado de menos de Whittlesburg.

—Te haré caso. —Miré los reservados de vinilo rojo, el suelo de cuadros blancos y negros, y la gramola vieja que había en una esquina—. Este lugar me recuerda a un plató de rodaje de los ochenta.

Jules rio.

—Seguramente sea porque al primer propietario del local le encantaban las películas de los ochenta. Cuando iba al insti, solíamos venir siempre aquí. Era nuestro punto de encuentro. Una vez...

—¿Jules? ¿Eres tú?

Jules empalideció.

Me giré hacia quien había hablado, con los músculos tensos y listo para pelearme. Sin embargo, al ver quién había al lado de nuestra mesa, se me destensó el cuerpo y me quedé confundido.

Era una mujer de unos veintipico, pero el maquillaje y el corte de pelo bob de color platino hacían que pareciera mayor. Llevaba un top arrapado de color rojo y miraba fijamente a Jules con una expresión expectante.

—¡Eres tú! —exclamó—. ¡Jules Miller! No me lo puedo creer. ¡No sabía que habías vuelto! ¿Cuánto hace que no nos vemos?, ¿siete años?

«¿Miller? ¿Qué coño?»

Miré a Jules, que le dedicó a la chica una sonrisa claramente falsa.

—Algo así, sí. ¿Qué tal, Rita?

—Uy, ya sabes... Casada, con dos criaturas y trabajando en la peluquería de mi madre. Igual que todas las demás, excepto por lo del curro. —A Rita se le iluminó la mirada con interés mientras desviaba la vista hacia mí—. ¿Y este quién es?

—Josh —dije al ver que Jules no decía nada. No añadí ninguna etiqueta. Tampoco sabría cuál utilizar.

—Encantada de conocerte, Josh —ronroneó Rita—. No solemos ver a muchos tipos como tú por aquí.

Me obligué a sonreír educadamente.

Rita parecía bastante inofensiva, pero la tensión que irradiaba Jules era tan densa que incluso podía saborearla.

—¿Qué has hecho durante todo este tiempo? —Rita volvió a centrar su atención en Jules al ver que yo no le seguía la conversación—. Desapareciste de la nada. Ni adiós ni leches.

—Estudiar.

Jules no entró en detalles, pero la otra chica insistió un poco más.

—¿Dónde?

—Es una uni pequeña. Dudo que te suene.

Arqueé las cejas. Thayer era una universidad pequeña, pero era una de las más reconocidas del país. Me apostaba mi carrera en Medicina a que, a la mayoría de la gente, sí que le sonaría.

—Bueno, pues menos mal que te fuiste en su día. —Rita suspiró—. Este sitio te quita las ganas de vivir, tía. Pero ¿qué le vamos a hacer? —Se encogió de hombros—. Por cierto, siento mucho lo de tu madre y Alastair. Yo no me lo podía ni creer. Parecía sacado de una telenovela.

—¿El incendio? Fue hace años —señaló Jules.

—No. A ver, también, pero no estoy hablando de eso. —Rita sacudió una mano al aire—. ¿No

te has enterado? Pillaron a Alastair acostándose con la hija de uno de sus socios. La chica tenía dieciséis años, así que, técnicamente, en el estado, no estaban haciendo nada ilegal, pero... —Se estremeció con exageración—. Bueno, que su socio se puso hecho una fiera cuando se enteró. Se rumorea por ahí que se cargó la mitad del negocio de Alastair y que este tuvo que endeudarse hasta las cejas para mantenerlo a flote. Por eso tu madre heredó tan poco cuando murió; porque a Alastair no le quedaba nada más. Hay quien dice que también fue ese mismo socio el que prendió fuego a la casa, pero nunca sabremos si es cierto.

Manda narices. Todo esto sonaba a telenovela del mediodía, pero me bastó con desviar la vista hacia Jules para aplacar mi incredulidad.

Jules se quedó quieta, mirando a Rita con los ojos como platos. Tenía la tez del mismo color que las servilletas de papel blancas que había en la cajita de metal de la mesa.

—¿Qué...? ¿Mi madre lo sabía? ¿Cómo es que no salió en los periódicos?

—La familia de Alastair se ocupó de que la prensa no lo publicara —le contó Rita, que demostraba estar encantada de saber algo de lo que Jules no tenía ni idea—. Lo llevaron todo muy por lo bajo, pero alguien se fue de la lengua. ¿Te lo puedes creer? Pobrecita, tu madre. Aunque siguió con él después de enterarse de todo, así que... —Dejó la frase ahí y carraspeó—. Bueno, ¿y cómo es que has vuelto?

—Eh... —Jules pestañeó por fin—. Mi madre murió hace unos días.

Un silencio extraño y pesado retumbó en el aire.

—Oh. —Rita se aclaró la voz de nuevo y miró alrededor del local. Se sonrojó a más no poder —. Lo siento mucho. Oye, tengo que irme, pero me ha gustado verte otra vez y, esto..., cuídate.

Se marchó a toda prisa y casi tira a un camarero al suelo.

Adiós y hasta nunca.

—¿Una vieja amiga? —pregunté.

—Más bien digamos que me copiaba los exámenes de mates. —Jules estaba recobrando el color de la piel, pero en su rostro se veía que seguía en *shock*—. Como has podido comprobar, se entera de todos los cotilleos de la ciudad.

—Sí... —La miré preocupado—. ¿Cómo te sientes ahora que te has enterado de eso de Alastair?

En parte, me alegraba de que el hombre hubiese acabado en la ruina, pero Jules ya tenía suficiente con la muerte de su madre como para tener que preocuparse también por los fantasmas del asqueroso de su padrastro.

—Me ha pillado desprevenida, pero no me sorprende; no sé si tiene mucho sentido lo que digo. —Cogió una profunda bocanada de aire—. Me alegro de que Rita me lo haya contado. Sé que son solo rumores, pero, si lo pienso bien, la historia encaja: por qué mamá heredó tan poco dinero, las misteriosas circunstancias en las que se prendió fuego su casa... Al menos Alastair pagó, aunque fuera un poco, por todo lo que hizo.

—Y ahora está muerto.

—Y ahora está muerto —repitió Jules. Se le escapó una breve risa por la nariz—. No hace falta que volvamos a hablar de ese capullo.

—Estoy de acuerdo.

La camarera llegó con nuestra comida y esperé a que se hubiera ido para cambiar de tema.

—Conque Jules Miller, ¿eh?

Jules hizo una mueca.

—Me cambié el apellido. Miller era el de mi madre. Después de marcharme de Ohio, quería

empezar de cero, así que solicité realizar un cambio de nombre legal.

Casi me ahogo con el agua.

—¿Y cómo coño no sabía yo eso? Ava nunca me ha dicho nada.

—Porque Ava no lo sabe. No es nada, solo un nombre. —Jules jugueteó con la servilleta—. Tampoco es importante.

Si no fuera importante, no se lo habría cambiado, pero me mordí la lengua.

—¿Cómo se te ocurrió «Ambrose»?

Se destensó un poco y en su rostro se dibujó una breve expresión de picardía.

—Suena bien.

Me entraron ganas de reír.

—Bueno, hay peores razones para elegir apellido —señalé seco—. ¿Se te hace raro haber vuelto?

Jules guardó silencio un minuto antes de responder.

—Es gracioso. Antes de venir, Whittlesburg se había convertido en un monstruo para mí, mentalmente hablando. Tenía tantos malos recuerdos... También los había buenos, pero la mayoría eran malos. Pensé que volver sería una pesadilla, pero, aparte de lo de Alastair, lo demás ha sido... normal. Ni siquiera ha estado tan mal haberme encontrado a Rita.

—Los monstruos que habitan en nuestra imaginación suelen ser peores que los de la vida real.

—Sí... —respondió Jules en voz baja antes de mirarme—. ¿Y qué hay de tus monstruos, Josh Chen? ¿Son peores en tu imaginación que en la vida real?

Silencio. Pasó un segundo durante el cual sopesé mi respuesta.

—Michael me manda cartas casi cada semana —confesé finalmente. Admitirlo me dejó un regusto amargo, como si hubiera estado guardando algo tanto tiempo que se había podrido antes de ver la luz del sol—. No las abro. Las tengo en el cajón de mi escritorio y van acumulando polvo. Cada vez que me llega una nueva, me digo que la tiraré. Pero nunca lo hago.

Me miró como compadeciéndose y le brillaron los ojos.

Si alguien entendía la trivialidad de desear un arco de redención que no llegaría nunca era Jules.

—Tú mismo lo has dicho. Los monstruos que habitan en nuestra imaginación suelen ser peores que los de la vida real. —Puso una mano encima de la mía—. Nunca sabremos si es verdad hasta que nos enfrentemos a ellos.

Sentí que se me encogía el corazón. Jules enterraría a su madre al día siguiente y ahora mismo me estaba reconfortando ella a mí.

No sabía cómo había podido pensar en algún momento que Jules era insoportable porque, por lo visto, era jodidamente extraordinaria.

37

Josh

Al día siguiente acompañé a Jules al entierro de su madre. Además del pastor y del personal de la funeraria, fueron pocos los vecinos que acudieron al funeral, y la ceremonia fue bastante discreta.

—¿Te gustaría decir algunas palabras antes de que demos descanso a Adeline? —le preguntó el pastor después del panegírico.

Jules negó con la cabeza.

—No —susurró—. No quiero decir nada.

Le cogí la mano y se la estreché para tranquilizarla, aunque me hubiese gustado haber podido hacer algo más para ayudarla. Jules no me miró, pero también me estrechó la mano suavemente.

El pastor asintió, el personal de la funeraria metió el féretro en el suelo y ahí terminó el funeral.

Fue, y cito a Jules, «decepcionante». Sin embargo, mientras miraba dónde daban sepultura a Adeline, sentí un nudo en el estómago.

Décadas de vida que acababan de esa forma, y las únicas personas que estaban ahí para decirle adiós eran su hija y un completo desconocido. Una vida entera de sueños, de miedos, de logros y de remordimientos a la que había puesto fin un accidente fortuito.

Era deprimente de cojones.

Me permití nadar en la melancolía un poco más antes de apartarla a un lado y ponerle la mano en el codo a Jules, cuidadosamente. El pastor y los de la funeraria ya se habían ido, pero ella no se había movido de su sitio desde que había terminado la ceremonia.

—Deberíamos ir tirando. El vuelo sale dentro de poco.

Hoy solo había un vuelo nocturno de Columbus a Washington, así que teníamos que volar juntos sí o sí.

—Cierto. —Jules cogió aire profundamente y lo soltó despacio—. Gracias por acompañarme —dijo mientras nos dirigíamos hacia la salida—. No tenías por qué hacerlo, de veras.

—Ya, pero quería. —Se me dibujó una media sonrisa—. A saber en qué lío te habrías metido si te hubiera dejado sola.

—Hay un sinfín de posibilidades —respondió ella solemnemente—. ¿Estás seguro de que no quieres que te enseñe la comisaría de Whittlesburg antes de irnos?

—No me cabe ninguna duda de que es fascinante, pero tampoco hace falta. —Estudié a Jules con la mirada e intenté descifrar en qué estaría pensando—. ¿Cómo estás?

—Sorprendentemente bien. —Se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja y prosiguió —: Creo que ya no estoy tan en *shock*; ahora solo estoy... resignada, diría. Nunca podré despedirme de mi madre ni arreglar las cosas con ella. —Dudó un momento—. Oye, ya sé que el vuelo sale pronto, pero ¿podemos hacer una parada de camino al aeropuerto? No tardaré demasiado.

—Sí, claro. —Íbamos con el tiempo justo, pero no iba a decirle que no después del funeral de su madre.

Al cabo de quince minutos, llegamos a una casa pequeña y destartalada que había a las afueras de la ciudad. La pintura azul de la fachada se caía a pedazos y, cuando Jules giró el pomo de la puerta, esta se abrió.

—Es la casa que mi madre alquiló antes de morir —me contó al ver mi mirada confundida—. Cuando les conté a los propietarios que había muerto, me dijeron que podía venir a recoger sus objetos personales. No tenía intención de hacerlo, pero...

—Te entiendo. —Era la última oportunidad de Jules. Seguramente no volvería a Ohio nunca más.

Entramos en la casa. No había demasiados muebles a excepción de un sofá, un televisor y una mesa que servía tanto de mesa de salón para comer como de mesa de centro. En el fregadero encontramos una pila de platos por fregar y, en el alféizar de la ventana, una maceta con flores marchitas.

Tenía un aire misterioso, como si la casa estuviera esperando a una dueña que nunca regresaría.

Seguí a Jules hasta la habitación y, mientras ella se acercaba a un montón de fotos que había en la cómoda, yo me quedé en la puerta. En todas las fotos salía una preciosa mujer pelirroja que seguro que era su madre. En una se la veía en una lujosa fiesta, sonriente y con un vestido de noche; en otra, la estaban coronando Miss Teen Whittlesburg, a juzgar por lo que ponía en la banda que le habían puesto.

No había fotos de nadie más; ni siquiera de Jules.

—Pensaba que al menos tendría, aunque fuera, una mía —murmuró Jules mientras pasaba la mano por la foto de su madre en el concurso de belleza adolescente—. Todos estos años... —Sacudió la cabeza y se rio de sí misma—. Menuda chorrada. Yo seguía teniendo esperanza, pero a Adeline nunca le importó nadie más que no fuera ella misma.

Sentí una creciente punzada de dolor en el pecho. Ni los padres de Jules ni los míos habían sido un ejemplo a seguir, pero detestaba ver cómo perdía la esperanza.

—Lo siento, Pelirroja.

—Qué va. —Jules bajó la mano y me miró—. Ya podemos irnos. Tenemos un vuelo que coger y yo ya tengo lo que quería.

—¿Y qué querías?

—Pasar página.

Pasar página.

Aquellas palabras retumbaron por mi cabeza durante todo el trayecto al aeropuerto.

Quizás eso mismo tenía que hacer yo con Michael. Llevaba tres años evitando ponerme en contacto con él, pensando que sería la solución a mi problema. Pero solo había servido para que todos los pensamientos relacionados con él se volvieran cancerígenos y me consumieran lentamente, de forma invisible, y me fueran chupando el alma hasta dejar únicamente una cáscara de mi propio cuerpo.

Los monstruos que habitan en nuestra imaginación suelen ser peores que los de la vida real.

Y, entonces, un repentino y cegador rayo de claridad me atravesó cual espada.

—¿Estás bien? —me preguntó Jules tras pasar el control de seguridad. Whittlesburg estaba tan cerca de Columbus que tardamos menos de una hora en llegar al aeropuerto—. Parece que estés delirando.

—Ajá —respondí fascinado todavía por mi reciente descubrimiento. Era tan jodidamente evidente que me sentía como un completo idiota por no haberlo pensado antes; sin embargo, cuando se trataba de nuestra propia vida, uno siempre estaba cegado.

No me apetecía en absoluto volver a ver a Michael, pero sería como arrancar una tirita de golpe. Cuando lo hubiera hecho, podría avanzar. Estaba seguro.

Pasar página.

Todo este tiempo, había tenido la respuesta delante de mis narices.

—Hemos pasado dos días enteros juntos y no nos hemos matado. —Jules arqueó una ceja mientras pillábamos unos bocadillos y unas patatas de un mostrador y nos sentábamos en una de las mesas de la zona de restaurantes. El avión no salía hasta dentro de setenta y cinco minutos, así que todavía nos quedaba algo de tiempo—. Estamos progresando.

—Ha sido un día y medio como mucho. —Sonreí y agradecí que hubiéramos pasado a hablar de algo un poco más ligero, teniendo en cuenta la pesada conversación que habíamos tenido por la mañana. Jules estaba triste, se le veía en la mirada, pero estaba más que dispuesta a dejar el pasado atrás—. Todavía falta un rato hasta llegar a casa.

—Muy tranquilizador. —Le dio un mordisco al bocadillo, se lo tragó y, en un tono dubitativo, añadió—: He estado pensando en lo que dijiste en la boda de Bridget.

Se me aceleró el corazón.

—¿Ah, sí?

—Puede que tengas razón. —No me miró, pero las mejillas se le tiñeron de un tono rosado—. Con eso de que lo que se supone que tiene que ser algo y lo que realmente es son dos cosas distintas.

Mi pulso, acelerado, enseguida se convirtió en una especie de huracán. Sentí un calor que se me propagaba por el pecho y me llenaba las grietas que se habían ido formando a lo largo de los años.

—Siempre tengo razón. —Fue todo lo que pude decir para contener una sonrisa.

Yo nunca había querido tener una relación cerrada. Eso siempre venía acompañado de demasiadas expectativas y, para ser sincero, nunca me había gustado nadie lo suficiente como para tener más de tres citas con esa persona.

Ponerme, sí. ¿Gustarme? No.

Pero con Jules... Joder, ni siquiera sabía cómo había ocurrido. Me gustaba incluso cuando me sacaba de quicio, lo cual venía a ser la mitad de las veces. Nuestras discusiones me encendían más que cualquier conversación con otra persona y, cuando hablábamos, Jules era la única persona que sentía que me entendía. La única persona que me veía más allá de mi faceta de médico, de mujeriego, de adicto a la adrenalina y de cualquier otra máscara que me pudiera poner con tal de esconder las complicadas e imperfectas verdades que ocultaba debajo de todas esas capas.

Tragué saliva para deshacerme del extraño nudo que se me había aposentado en la garganta y Jules puso los ojos en blanco.

—Él siempre tan humilde.

—También.

Se le ensanchó la sonrisa y nos aguantamos la mirada un segundo antes de que Jules volviera a adoptar una expresión seria.

—Entonces, ¿qué se supone que tenemos que hacer?

Buena pregunta. No tenía experiencia alguna en todo esto de tener pareja, pero...

—Se supone que deberíamos tener una cita. —Cuando Jules abrió los ojos de par en par, estallé en una carcajada—. No te sorprendas tanto. Es una cita, Pelirroja, no una pedida de mano.

—Solo faltaría —escupió, a pesar de que en los ojos se le veía que continuaba estando nerviosa—. Tampoco sería mi primera cita.

Al oír esas palabras, se me desdibujó la sonrisa de los labios.

Jules había tenido otras citas, evidentemente. Pero que fuera verdad no significaba que me apeteciera pensar en ello.

Un filo de posesividad se fue desatando en mi estómago y tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no interrogarla y pedirle el nombre completo, el número de teléfono y la dirección de todos los malditos tíos que la hubieran tocado hasta la fecha.

—Conmigo sí. —Le limpié un poquito de salsa que tenía en la comisura de los labios. Le rocé el labio inferior con el pulgar y una enigmática satisfacción se apoderó de mí al notar que se le entrecortaba la respiración—. Cuando tengas esa cita conmigo, será la mejor que hayas tenido en tu vida.

—Tu ego no conoce fronteras, de verdad te lo digo. —La disnea de su voz aplacó el golpe de su insulto.

Me incliné y cambié el pulgar por mis labios.

—Hagamos una apuesta, Pelirroja. —Le rocé la boca con la mía; no fue un beso, sino una promesa—. Apuesto a que, después de nuestra cita, serás incapaz de volver a pensar en otro hombre que no sea yo.

La última parte sonó más bien como un gruñido.

Jules tragó saliva con tanta fuerza que incluso lo oí.

—Estás generando unas expectativas muy altas, Chen.

Recuperé la sonrisa de antes.

—Tranquila. Yo nunca genero expectativas que no pueda cumplir.

38

Jules

Fue raro. Me había ido a Ohio pensando que sería una pesadilla y, al volver, me di cuenta de que había sido una catarsis.

Ese viaje juntó las piezas complicadas y confusas de mi vida y las convirtió en un nítido alivio.

Alastair estaba muerto y ya no podría volver a hacerme daño.

Mi madre estaba muerta y, por más que me martirizara con los «y si...», ya no iba a volver.

Max seguía suponiendo una amenaza, pero llevaba un tiempo en silencio, por más extraño que pareciera. Hasta que no volviera a dar señales de vida, yo tampoco podría hacer mucho.

Y Josh... Josh era uno de los pocos puntos positivos en el desastre que era mi vida. Pasar de ser enemigos con derecho a roce a estar saliendo fue como saltar de un acantilado: podía acabar siendo lo más estimulante de toda mi vida o un desastre sin igual.

Pero ya tenía suficientes remordimientos. No quería que Josh también formara parte de la lista.

A veces, o vas a por todas o te arriesgas a quedarte estancada toda la vida.

—¿Qué te parece? —me di la vuelta lentamente para que Stella examinara mi *outfit*.

Hoy, Josh y yo teníamos nuestra primera cita oficial. Por más que hubiese intentado engatusarlo, amenazarlo y sobornarlo, no había soltado prenda sobre dónde íbamos, así que no tenía ni idea de cómo tenía que vestirme. Lo único que me había dicho había sido que me pusiera mona, pero no demasiado, lo cual no ayudaba en absoluto, jolín.

Después de pasarme un buen rato pensando en qué ponerme, me había decantado por un vestido veraniego azul con sandalias, y me había recogido el pelo en una cola de caballo para no morir con el sofocante calor del mes de junio. Era un atuendo mono, coqueto y suficientemente informal como para ir a pasear por el parque, pero también iba arreglada como para ir a un restaurante bonito.

O eso esperaba.

Stella me miró de arriba abajo y me dio el visto bueno con el dedo pulgar.

—Perfecto.

Gracias a Dios. No tenía tiempo de cambiarme. Ya llegaba tarde.

Como Josh no podía venir a recogerme a casa, habíamos quedado en Georgetown, tal y como me había pedido.

Al verlo esperándome en el lugar indicado, sentí mariposas en el estómago.

Camisa blanca abotonada. Vaqueros oscuros. Despeinado. Tan increíblemente guapo que incluso me dolió el corazón.

En parte deseaba que siguiéramos odiándonos, porque nuestra relación no era ideal para mi salud cardiovascular.

—Hey, Pelirroja. —Al reparar en mí, a Josh se le encendió la mirada—. Me alegro de verte vestida de forma presentable por una vez en la vida.

—Me alegro de verte vestido como un ser humano por una vez en la vida. —Lo estudié con la mirada igual que había hecho él—. ¿Cuánto te ha costado el traje de piel de persona para cubrir tus cuernos demoníacos y piel de serpiente habituales?

—Soy tan encantador que me ha salido gratis —respondió arrastrando las palabras.

—Me da a mí que quien te lo haya vendido sencillamente tenía miedo de que fueras a sofocarlo con tu enorme ego si no te ibas rápidamente.

Su risa me envolvió las entrañas como si fuera caramelo fundido: con dulzura y densidad.

—Joder, cómo te he echado de menos.

Eché a andar a su lado mientras avanzábamos por la calle en dirección a nuestro misterioso destino.

—Nos vimos hace tres días.

—Ya.

Las mariposas empezaron a aletear con más fuerza. Joder. Cuando no era un capullo, Josh podía llegar a ser muy... cariñoso.

—¿Piensas decirme adónde vamos ahora? —La curiosidad me podía. ¿Por qué no me había pedido que quedáramos directamente donde íbamos a tener la cita en lugar de encontrarnos en una esquina cualquiera?

Suspiró pesadamente.

—Pacieeencia.

—No sé lo que es, pero suena aburrido. —Me miró de reojo y reprimí mis ganas de reír.

—Eres insoportable.

—No paras de repetírmelo, pero bien que me has echado de menos y me has organizado una cita. ¿Qué dice eso de ti?

—Que me flipan los castigos preciosos.

Me mordí el labio para evitar que se me acabara de formar una sonrisa en los labios.

—Deberías hacértelo mirar. No parece muy saludable.

—Ya lo he hecho. Me temo que no existe ningún remedio para eso.

Tropecé con un adoquín que se movía y, de no haber sido por Josh, que me agarró de la muñeca, habría acabado con la cara estampada en el suelo.

—Cuidado —me dijo con la mirada divertida. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, el muy cabrón—. No quiero que te caigas.

—No me caeré —solté altiva mientras, roja como un tomate, me alisaba el vestido.

Al cabo de unos cinco minutos, por fin nos detuvimos delante de una minúscula tienda con una marquesina a rayas y las palabras «APOLLO HILL BOOKS» inscritas en las ventanas, en color dorado. El escaparate estaba tan lleno de libros que impedía ver el interior de la tienda y, en la acera, dos carretas de color azul Klein se quejaban del peso de los tomos en descuento.

Ahora entendía por qué Josh no había querido que nos viéramos aquí directamente: la calle era estrecha y solo había espacio para peatones y bicicletas. No había espacio para los coches. Y lo mismo ocurría con las calles de alrededor.

—Bienvenida a la mejor librería de la ciudad. —Josh hizo un exagerado gesto con el brazo para señalar el edificio y sonrió al ver mi cara de estupefacción.

—¿Cómo puede ser que nunca hubiera oído hablar de este sitio? —Se me aceleró el corazón solo con pensar en lo que habría detrás de esa puerta blanca de madera. Descubrir una nueva

librería era como descubrir un nuevo tipo de joyas preciosas: emocionante, asombroso y un tanto surrealista—. Llevo años viviendo aquí.

—Abrió hace unos meses y todavía no la conoce demasiada gente. Me he enterado de su existencia porque resulta que la dueña es la amiga del primo de otro residente. —Josh abrió la puerta.

Fue entrar y enamorarme. Pero no enamorarme sin más. Fue enamorarme perdidamente, de golpe y porrazo, seducida por las estanterías repletas de libros que llegaban literalmente al techo, por las pilas de libros magníficamente desordenadas en la mesa ovalada que residía en medio de la tienda, y por el dulce y almizcleño aroma a libros viejos. La moqueta, de un intenso color esmeralda, contrastaba con las paredes, pintadas de un sutil color crema, y el acogedor brillo que iluminaba el espacio provenía de unas cuantas lámparas de araña de hierro forjado.

Era la librería de mis sueños hecha realidad.

—¿Qué te he dicho? —La voz aterciopelada de Josh me acarició la columna vertebral de arriba abajo—. La mejor librería de la ciudad.

Aparte de la propietaria de la tienda, Josh y yo éramos las únicas personas que había ahí dentro. Me costaba creer que, al otro lado de la puerta, siguiera existiendo el frenético ritmo de la ciudad. Aquí había tanta calma que parecía que hubiéramos entrado en un mundo secreto creado solo para nosotros.

—Es la única vez que admitiré que tienes razón. —Paseé la mano, cuidadosamente, por encima de un montón de libros que había cerca. En la tienda había una mezcla de obras recién publicadas y libros de segunda mano, y yo quería estudiarlos todos—. ¿Vamos a pasarnos la cita entera viendo libros? Porque me parece un planazo.

—Algo así. —Josh se apoyó en el lateral de una estantería y se metió la mano en el bolsillo; una bellísima representación de la indiferencia—. Yo empezaría con tu libro favorito de la infancia.

—¿Por?

—Confía en mí. —Señaló hacia la sección de niños con la barbilla.

El calor de la mirada de Josh me acarició la piel mientras yo iba explorando por las estanterías hasta encontrar lo que andaba buscando. Solo había tres ejemplares de *La telaraña de Carlota* y supuse que, en alguno de ellos, habría una nota o algo así.

Que se hubiera acordado de un detalle tan insignificante de la conversación que tuvimos en Ohio hizo que sintiera un cosquilleo por todo el cuerpo.

«Céntrate, Jules.»

Cogí uno de los ejemplares de la estantería y fui hojeándolo. Nada fuera de lo normal.

Repetí la acción con el segundo ejemplar. Nada.

Pero entonces abrí el tercero y una hoja de papel cayó al suelo. La recogí y, al leer las palabras que Josh había garabateado meticulosamente, se me dibujó una sonrisa en los labios.

Tu comida favorita, pero tienes que prepararla tú.
E3, R4, n.º 10.

—¿Me has preparado una yincana por una librería? —pegué un salto, incapaz de contener la emoción.

—Una yincana y una adivinanza. —Josh sonrió y le apareció el hoyuelo—. Tengo que asegurarme de que tu inteligencia cumple con mis estándares, Pelirroja. Yo no salgo con tontitas.

—Tiene sentido. Alguien tiene que ser el cerebrito de la pareja.

La dulce sonrisa de Josh se coló en mi interior.

—Sigue la pista para resolverlo antes de ir de chulita, monada. Si lo consigues, hay premio.

Me afané. Me encantaban los premios. Tenía una caja entera de certificados, trofeos y medallas que había ganado en el instituto y en la uni.

—¿Qué es?

—Ya lo descubrirás. O quizás no. —Se encogió de hombros—. Ya veremos.

Entre nuestra conversación y la emoción de la yincana, se me puso la piel de gallina. Sin embargo, resistí el deseo de continuar nuestra sesión de intercambio verbal y volví a centrarme en la pista.

Tu comida favorita, pero tienes que prepararla tú se refería, sin duda alguna, a algún libro de cocina italiana.

Y en cuanto a lo de *E3 R4 n.º 10*... Me estrujé el cerebro para intentar descifrar lo que significaba. Era una yincana, así que la pista tenía que llevarme a un recetario en concreto. Los libros estaban organizados por orden alfabético según el apellido del autor, así que ¿qué me indicarían los números?

Miré las estanterías intentando...

Devolví la atención a una señal impresa con el número uno. Estaba en el lateral de la estantería que me quedaba más cerca.

Los libros no estaban numerados, pero las estanterías sí, y cada una tenía distintas repisas. Estantería, repisa. E3 R4.

Sección de libros de cocinas, estantería tres, repisa cuatro... n.º 10. ¿El décimo libro de la repisa?

Habría que intentarlo.

Se me aceleró el corazón mientras me dirigía con determinación a la repisa en cuestión y contaba los libros de izquierda a derecha. «Uno, dos, tres, cuatro...»

El número diez era un libro de recetas italianas.

La adrenalina me corría por las venas. Miré triunfante a Josh, que trató de reprimir una sonrisa en vano, y entonces fui hojeando el libro hasta encontrar una segunda nota.

Ahora que ya había descifrado el código, esta pista era más fácil de seguir. Me llevó a una gruesa guía de Italia que encontré en la sección de viajes. De ahí fui a la sección de arte, donde una biografía de Miguel Ángel me guio hasta un romance sobre un pintor que se enamoraba de su vecina, quien se convirtió en su musa.

La nota que hallé en la novela no tenía ninguna pista. En lugar de eso, había una frase escrita:

Jules, ¿quieres salir conmigo?

¿Era posible que un ser humano se derritiera literalmente? Porque esa era la única explicación que le encontré al hecho de que me fallaran las rodillas y se me licuaran las entrañas. Me convertí en una bola de pura (y únicamente) emoción unida a unos intensos latidos y una sarta de mariposas.

—Ya estamos teniendo una cita, tonto. —Me dolían las mejillas de tanto sonreír.

La traviesa expresión de Josh se distorsionó hasta convertirse en algo más tierno.

—Pensé que sería mejor que te lo preguntara formalmente antes de dirigirnos hacia la próxima parada.

—¿Y eso dónde es?

—Ya lo verás. Gracias, Luna. —Josh se despidió de la sonriente propietaria de la librería con un gesto de la cabeza y ella le ofreció una bolsa llena de libros.

Me había concentrado tanto en la yincana que ni siquiera me había dado cuenta de que la propietaria me había estado siguiendo y había ido cogiendo todos los libros que contenían una pista mientras yo avanzaba hacia la siguiente sección.

—Los libros son tuyos —señaló Josh—. Así diversificas tus lecturas. De nada.

Me dejó tan estupefacta que fui incapaz de dar con una buena réplica.

—¿Cómo has organizado todo esto?

—Como te he dicho, Luna es la amiga del primo de un chaval que trabaja conmigo. Me ha ayudado ella. Además, le he traído un huevo de libros a cambio de eso, así que los dos hemos salido ganando.

—Es... —«No llores.» Sería humillante, pero que Josh se hubiera molestado tanto para organizarme una cita...

Sentí un nudo en la garganta. Le dijimos adiós a Luna y salimos de la librería.

—Jules Ambrose sin palabras. Debería haberlo hecho hace tiempo —bromeó Josh—. Me habría ahorrado muchísimos quebraderos de cabeza.

—Qué gracioso. —Ya había vuelto a encontrar mi voz—. Bueno, ¿dónde está el premio que me has prometido?

—Te lo daré después.

Entrecerré los ojos.

—¿Me estás timando, Josh Chen?

Se le dibujó una sonrisa traviesa en los labios.

—Puede. —Nos detuvimos delante de Giorgio’s, un pequeño restaurante italiano que estaba escondido en una calle secundaria. La luz de las velas iluminaba las ventanas y, cuando Josh abrió la puerta, una dulce melodía de jazz se me coló en los oídos—. Supongo que tendrás que confiar en mí.

Hacía tres meses no habría confiado en Josh Chen ni aunque me estuviera ahogando y él fuera mi única cuerda salvavidas. Ahora, ni siquiera lo pensé dos veces antes de seguirlo a él y a la recepcionista hacia una mesa que había en una esquina al final del restaurante.

—No iba a hacerte cocinar —dijo Josh refiriéndose a la primera pista de la yincana—. No quiero morir por intoxicación alimentaria.

—Rápido, deja tu trabajo en el hospital. Deberías ser humorista. —Hojeé la carta—. Hemos llegado hasta aquí, así que entiendo que he cumplido con tus estándares de intelectualidad y soy oficialmente el cerebrito de la relación.

—Entre otras cosas —respondió Josh en voz baja.

Empecé a pasar las páginas de la carta más despacio. Levanté la cabeza y, al ver la intensa mirada de sus ojos, me dio un vuelco el estómago.

—¿Otras cosas?

Se le fueron encorvando lentamente los labios hasta delinear una sonrisa.

—No intentes pescar cumplidos, Pelirroja.

—No pesco. Odio pescar. —«Pero ¿qué estás diciendo?» Aun así, estaba tan nerviosa que fui incapaz de quedarme quieta o permanecer con el pico cerrado y seguí divagando—: Ya que hemos sacado el tema, ¿por qué los tíos siempre ponéis fotos pescando en las *apps* para ligar? Corta un montón el rollo, sinceramente.

—Yo no lo hago, y tampoco tienes que preocuparte por eso.

—¿Por qué no?

—Porque ni tú ni yo vamos a salir con nadie más, Pelirroja —respondió Josh tan directo y con tal sosiego que sus palabras se me grabaron en la piel como si solo pudieran ser verdad.

Nuestra camarera llegó y me salvó de tener que dar con una respuesta elocuente. Total, mis esfuerzos habrían sido en vano. Si ni siquiera podía centrarme en la comida, imaginaos conseguir juntar las miles de palabras que formaban parte de mi vocabulario para construir una frase coherente.

En lo único que sí podía centrarme era en el hombre que tenía sentado delante. En el grosor de su labio inferior, la sombra de su hoyuelo, la áspera caricia de su voz y el dorado brillo de su piel bajo esa tenue luz.

No entendía cómo había llegado a pensar, en su día, que Josh era insufrible, porque ahora podría quedarme aquí y escucharlo hablar para siempre.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste en Eldorra? ¿Eso de perdonar aunque no olvide? —Josh se frotó la barbilla—. Pues Alex y yo vamos a ir a ver un partido la semana que viene.

Una agradable sorpresa se apoderó de mí.

—Qué bien.

—Ya veremos. Es un capullo integral; el intento quizás me haga más mal que bien.

Reí.

—Cierto. Pero capullo lo ha sido siempre, y bien que fuisteis amigos durante años.

—Eso también es verdad. Es raro porque, al principio, cuando nos conocimos, conseguir que se abriera fue complicado de cojones. Y esa era su forma de intentar ser amable. En otras ocasiones habría dado por perdida la amistad con alguien así, pero... —Josh arrugó la frente—. Yo qué sé. Supongo que pensé que Alex necesitaba un amigo. Por más rico que seas, siempre necesitas contar con el apoyo de alguien. Alguien que no esté a tu lado por la pasta.

Sus palabras me ablandaron.

—Eres una buena persona, Josh Chen.

—Solo a veces. —Rio avergonzado—. Tenías razón, ¿sabes? Esa vez que, después de haber ido al Black Fox, dijiste que me aferraba al rencor porque era lo único que me quedaba.

El Black Fox. Me daba la sensación de que había pasado un siglo desde esa noche. En ese momento estábamos coléricos y nos dijimos cosas verdaderamente hirientes; sin embargo, si pudiera volver atrás en el tiempo y cambiar algo, no lo haría. Esa noche nos había llevado a donde estábamos ahora. E incluso con la reciente muerte de mi madre y el espectro de Max acechándome, estaba feliz donde estaba porque, por una vez en mi vida, no me sentía sola.

—Yo no diría que sea lo úúúnico que te queda para aferrarte —me corregí.

El resto del restaurante pasó a segundo plano y el silencio se sentó entre nosotros, tirante y saciado con un millón de palabras por decir.

El estadillo de emociones que vi en la mirada de Josh se me clavó en el pecho y atravesó un escudo cuya existencia yo misma desconocía.

El resultado fue caótico: mi corazón se volvió vulnerable, se me descontroló el pulso y, en el estómago, una bandada de mariposas fugitivas alzó el vuelo.

—Cuidado, Pelirroja. —La dulce advertencia de Josh hizo que se me pusiera agradablemente el vello de punta de una forma—. Como sigas diciendo cosas así, puede que no te suelte nunca.

De repente me entró mucho calor. Me estaba empezando a marear por la falta de oxígeno, pero, por más que intentara respirar, sentía que no era suficiente. Cada bocanada de aire que

tomaba me recorría cual descarga eléctrica y me encendía desde el interior.

De no haber sido porque sonaron las campanillas de la puerta de entrada y me hicieron volver al presente, me habría desmayado ahí mismo, en aquella esquina del Giorgio's. Al sonido de la puerta le siguió una voz clara y fría.

—Alex Volkov. Mesa para dos.

Josh y yo apartamos la mirada y nos giramos hacia la entrada del restaurante. Ambos horrorizados.

Alex y Ava se encontraban cerca del atril de la recepcionista. Todavía no nos habían visto. Alex estaba ocupado mirando a Ava y ella estaba ocupada hablando con la camarera, pero era solo cuestión de tiempo. El restaurante era minúsculo.

—Madre mía. —Aparté la vista y me cubrí el lateral de la cara con una mano—. ¿Qué hacemos?

Alex y Ava creían que Josh y yo seguíamos odiándonos mutuamente. Si hubiéramos estado en algún lugar más informal, hubiéramos podido decir que nos habíamos cruzado accidentalmente; sin embargo, estar sentados en la misma mesa, a la luz de las velas, en un romántico restaurante un viernes por la noche no tenía nada de accidental.

—Tenemos dos opciones —anunció Josh en voz tan baja que resultaba casi inaudible—. Una: nos quedamos, tenemos un par de agallas y asumimos las consecuencias. O dos: nos escabullimos por la puerta trasera como cobardes antes de que nos vean.

Nos quedamos mirando el uno al otro.

—La segunda —gesticulamos con la boca al unísono.

Por suerte, ya habíamos pagado. El reto sería llegar a la cocina sin que nos vieran Alex y Ava.

Nos mantuvimos de espaldas al resto de los comensales mientras nos dirigíamos hacia las puertas batientes. No queríamos echar a correr y llamar la atención de la gente, pero, a cada segundo que pasaba, más me daba la impresión de que se me iba a salir el corazón del sitio.

Nos colamos en la cocina de milagro antes de que nuestros amigos pudieran vernos. Una vez dentro, echamos a correr y el personal nos miró sobresaltado.

—¡Eh! —gritó uno de los jefes de partida—. ¡No pueden estar aquí!

—¡Perdón! —grité girando la cabeza para mirarlo—. ¡Queríamos felicitar al chef!

—Los *pappardelle al ragù* estaban exquisitos —añadió Josh—. ¡Un diez!

—Voy a llamar al encargado. —El jefe de partida alzó la voz—. ¡Sergio!

Mierda.

—¡Vamos, vamos, vamos! —Josh me agarró de la mano y tiró de mí hacia la salida. Acabamos en el callejón que había detrás del restaurante justo cuando un hombre que supuse que sería Sergio nos gritó algo ininteligible. No dejamos de correr hasta que estuvimos unas cuantas manzanas más abajo y yo me incliné para coger aire.

—Joder —resoplé. El cardio no era lo mío y se notaba—. No me puedo creer lo que acabamos de hacer.

—Al menos hemos sido generosos con la propina. —Al capullo de Josh ni siquiera le faltaba el aire—. Ya les pondremos una buena reseña en Yelp: «Buena comida y una cocina limpia. Lo vimos con nuestros propios ojos».

Por alguna razón, el comentario de Josh me pareció divertido. Volví a encogerme, pero esta vez muerta de la risa. Al cabo de un segundo, Josh se unió a mí.

Quizás fuera la comida, la adrenalina del casi encontronazo con nuestros amigos o el fresco aire de la noche, pero la euforia se apoderó de mí.

Nunca me había sentido tan increíble e indescriptiblemente viva.

Se nos fue apagando la risa, pero el globo de placer que sentía en el pecho no se desinfló.

—Bueno, dime, Pelirroja. —La comisura de los labios de Josh seguía encorvada en una sonrisa—. En una escala del uno al diez, ¿qué tal la cita?

—Mmm... —Me di golpecitos en la barbilla—. Siete con cinco, y lo redondeo al ocho por la yincana.

—Conque ocho, ¿eh? —Dio un paso hacia mí.

El corazón se me aceleró un poco.

—Ajá.

—¿Qué tengo que hacer para que suba al diez? —Bajó la mirada hacia mi boca.

—Hombre..., aún me debes un premio. —¿Esa voz exaltada y jadeante era la mía?—. Cumple tus promesas, Chen.

—Tienes razón. —Josh me envolvió la mano con una cara y me acarició el labio con el pulgar. Unas chispas eléctricas me recorrieron la piel—. Qué maleducado por mi parte dejarte en espera.

Se inclinó y me besó. Su tacto era suave como una pluma, pero me recorrió entera, de pies a cabeza.

—¿Qué tal ahora? ¿Ya hemos conseguido el diez? —me susurró con la boca pegada a la mía.

—Eh... —Tenía la cabeza inundada de placer—. El nueve, quizás.

—Mmm. Eso no me sirve. —Volvió a besarme, esta vez con más ahínco. Su lengua se abrió paso entre mis labios y, cuando los abrí, se coló en mi boca. Una neblina de lujuria me fue anegando el cerebro mientras la lengua de Josh exploraba por mi boca y su mano me agarraba, posesiva, de la cintura. Cuando se separó, casi no me acordaba ni de mi nombre—. ¿Y ahora qué tal?

—Nueve con cinco —carraspeé después de una larga y vertiginosa pausa.

—Nueve con cinco. —Me agarró de la coleta con la otra mano, tiró de ella sutilmente y sentí ese gesto directamente en mi sexo—. ¿Estás jugando conmigo, Pelirroja? —me preguntó con voz sedosa.

—¿Eso ha sido una queja?

Se le encendió la mirada, divertido, aunque en ella también vi algo más que hizo que unas cálidas sortijas se retorcieran en mi interior.

—En absoluto.

Esta vez me besó con más rudeza, con más urgencia.

Me hundí en ese beso y dejé que el tacto y el sabor de Josh me llevaran a un lugar donde solo existíamos él y yo.

Una vez leí en alguna parte que lo contrario del amor no era el odio, sino la indiferencia. Las llamas de odio y pasión ardían con la misma fogosidad.

Era incapaz de señalar el momento justo en que mis sentimientos por Josh cambiaron. Ni siquiera sabía lo que sentía por él en ese momento exactamente.

Lo único que sabía era que ardía por Josh, y no quería que las llamas de ese fuego se apagaran nunca.

39

Josh

—Tío, cómo lo echaba de menos. —Estiré las piernas delante de mí y pillé una birra—. No hay nada mejor que el área vip.

—Claro. Por algo se llama así. —Alex estaba sentado a mi lado, siguiendo el partido con la mirada. Los Nationals jugaban contra los Dodgers y, en la quinta entrada, iban perdiendo por dos puntos. Podría ser peor.

Yo era más de baloncesto, pero los partidos de los Nationals resultaban más entretenidos. Alex y yo lo habíamos convertido en una tradición en nuestros años de universidad. Cuando nos apetecía hablar de algo de lo que no queríamos que se enterara la gente del campus, íbamos al campo de los Nationals y dejábamos el partido en segundo plano mientras charlábamos de nuestras mierdas.

Bueno, yo hablaba de mis mierdas y Alex suspiraba y me recordaba lo estúpidos que eran los demás. Era como ir a terapia, solo que aquí había deporte, cerveza y un mejor amigo cascarrabias.

No me había dado cuenta de lo mucho que me ayudaban esas sesiones hasta que terminaron.

Claro que eso sería teniendo en cuenta que dicho mejor amigo no contara como el causante de mis problemas.

—Tío, sigues en periodo de prueba —señalé—. Nada de sarcasmo hasta que hayas aprobado.

—Eso no formaba parte del trato.

—No teníamos ningún trato.

—Precisamente.

Fulminé a Alex con la mirada.

—¿Tú quieres que te perdone o no?

—Te soborné con asientos vip para el partido y aceptaste, lo cual significa que ya me has perdonado. —Sonrió—. A eso se le llama «acuerdo en la sombra».

Permanecí con el ceño fruncido un poco más hasta que al final cedí y me reí.

—*Touché*.

Le di un sorbo a la bebida. Pensé que se me haría raro volver a una de nuestras tradiciones después de tanto tiempo, pero fue como si no hubiéramos dejado de hacerlo nunca.

Me vibró el móvil y, al leer el mensaje entrante, sonreí.

Jules: ¿Qué tal va la cita con tu *bro*? ¿Debería preocuparme?

Yo: Ya veremos. Alex sabe cómo tratar bien a un tío, pero tú eres más guapa.

Jules: ¿Me estás diciendo que no sé cómo tratarte bien?

Yo: Te pasas la mitad del tiempo insultándome, Pelirroja.

Jules: No es mi culpa que seas masoca.
Jules: Perdóname por satisfacer tus fetiches

Volví a reír.

Yo: Ese no es mi fetiche, cariño.
Yo: A lo mejor necesitas que te recuerde lo que SÍ lo es.

Mi mano en su cuello. Sus uñas clavándose en mi piel. Sus gemidos y súplicas mientras hago que se vuelva prácticamente loca antes de follármela sin piedad.

Mandé ese último mensaje para chincharla, pero una ola de calor me abrasó la sangre con solo pensarlo.

Jules y yo no nos habíamos enrollado desde que estuvimos en Ohio. Ahora que estábamos saliendo, quería hacerlo como era debido y, en un ataque de pura estupidez, yo mismo había estipulado la norma de nada-de-sexo-hasta-la-tercera-cita.

Era una gilipollez como una catedral, sobre todo porque ya nos habíamos acostado anteriormente, pero me pareció que era lo que tenía que hacer. O quizás sí que era masoca. Me estaba machacando a mí mismo porque en el fondo me moría de ganas de acostarme con ella, y Jules tampoco es que estuviera disfrutando en exceso de ese tiempo de privación sexual.

Lo de la norma de la tercera cita tampoco hubiera estado tan mal si dispusiéramos de tiempo para tener citas. Por desgracia, a mis horarios del hospital y al trabajo de Jules en el Centro se la sudaba completamente nuestra vida sexual, así que aún no habíamos tenido una segunda cita siquiera.

No me sorprendería que mi polla se rebelara antes de que llegara la fecha. Que cogiera y abandonara el barco por simple negligencia.

Aparecieron tres puntos que me indicaron que Jules estaba escribiendo; luego desaparecieron y volvieron a aparecer:

Jules: Pues sí ;)
Jules: Mejor recuérdamelo varias veces para que no se me olvide.

Reprimí un torturado gemido.

Yo: Me estás matando, joder.
Yo: Paremos antes de que tenga que pasarme el resto del partido con una maldita erección.
Yo: Aunque puede que ya sea demasiado tarde.

Jules: Gallina.

Yo: Búrlate de mí tanto como quieras, Pelirroja.
Yo: Me acordaré de cada una de tus palabras la próxima vez que te folle.

Me guardé el móvil en el bolsillo antes de hacer algo estúpido, como pirarme del partido, ir a su casa y cumplir mi amenaza.

Pero ahora que lo pensaba...

—¿Quién es la chica? —Las palabras de Alex se desplomaron encima de mis fantasías

pornográficas cual cubo de agua fría.

Partido de béisbol. Área vip. Reconciliación con Alex.

Venga.

Carraspeé y me retorcí en el asiento para intentar disimular el persistente efecto que había tenido en mí ese intercambio de mensajes con Jules.

—¿Cómo narices has sabido que era una chica?

—Te delata la cara. —Un poco más abajo, se oyó un fuerte quejido cuando los Dodgers volvieron a anotarse otra carrera—. Mientras escribías tenías la cara de quien está asquerosamente colado por alguien.

—No tenía cara de estar colado por nadie. —Me terminé la cerveza y cogí otra. ¿Era la quinta o la sexta? No estaba seguro. Cada vez la toleraba más y, últimamente, tenía que beber mucho para estar medio contento—. Además, mira quién fue a hablar. La próxima vez que Ava te escriba te sacaré una foto de la cara para que veas cuál se te queda a ti.

En lugar de morder el anzuelo, Alex ladeó la cabeza. Su curiosidad se convirtió en astucia.

—No es solo sexo. Estáis saliendo.

La madre que lo parió.

—Yo nunca he dicho eso.

—Lo has insinuado.

—Qué va.

—Claro que sí.

Suspiré exasperado.

Joder, a la mierda lo de tener un mejor amigo. Eran unos sabelotodos sobrevalorados.

—Vale. Puede —dije haciendo énfasis en esa palabra— que esté saliendo con alguien. —Intentar llevarle la contraria a Alex era como intentar clavar gelatina en una pared: inútil y una pérdida de tiempo—. No la conoces.

—Yo no estaría tan seguro. Conozco a mucha gente.

—A ella no. —Si se lo decía a Alex, este se lo contaría a Ava, y prefería engullir litros de agua del río Potomac que tener esa conversación con mi hermana.

Ahora entendía cómo se había sentido mientras había estado saliendo con Alex a mis espaldas.

—Mmm. —Alex se recostó en el asiento y me atravesó con la mirada—. Josh Chen con novia seria. Pensé que nunca llegaría este día.

—Yo podría decir lo mismo de ti.

—A veces, la gente cambia. Y, a veces, conocen a gente que hace que quieran cambiar.

—Y, a veces, la gente suena como una galleta de la fortuna.

A excepción de alguna ocasión en la que soltaba alguna perla inigualable, los consejos de Alex solían ir de salvajemente perturbadores (como la vez en que sugirió que chantajeara a un profesor que la había tomado conmigo porque lo había corregido en clase) a irritantemente confusos.

—Hablando de cambiar... —Dudé un segundo antes de proseguir—: Michael me ha estado enviando cartas. Todavía no he abierto ninguna, pero a lo mejor voy a visitarlo algún día de estos. A la cárcel.

Aún no se lo había contado a Ava, y tampoco estaba seguro de hacerlo en ningún momento. Mi hermana por fin había superado lo de Michael y yo no quería volver a arrastrarla hacia ese embrollo.

Sin embargo, Alex era la única otra persona que quizás pudiera entender la importancia de estas palabras.

Permaneció inmóvil y se le tensó el rostro hasta llegar a parecerse a una roca. Puede que Michael no fuese quien hubiera asesinado a su familia, pero sí que había intentado asesinar a Ava. Y, a ojos de Alex, el delito era el mismo.

—Ya veo. —Cero inflexión—. ¿Y cuándo irás a visitarlo?

—No lo sé. —Me quedé con la vista puesta en el partido, aunque en el fondo no le estaba prestando atención—. El próximo día que tenga libre, supongo. Ni siquiera sé lo que le diré.

«¿Qué tal la comida en la cárcel?

»Oye, papá, ¿siempre quisiste crecer y convertirte en un asesino frustrado, o te inspiraste en las series de crímenes basadas en hechos reales que le gustaban a mamá?

»Eres un pedazo de mierda y ojalá te odiara tanto como debería.»

Me froté la cara con la mano. Me resultaba agotador solo pensarlo.

Tenía que hablar con él, pero eso no significaba que me apeteciera hacerlo.

Alex guardó silencio un largo minuto más y luego me sorprendió de cojones al decir:

—Quizás deberías abrir las cartas.

Me pilló por sorpresa y se me escapó la risa.

—¿Estás de coña? Pensé que intentarías disuadirme para que no fuera a verlo.

—Ese hombre es escoria y, si pudiera, me quedaría mirando cómo se desangra —dijo Alex fríamente—. Pero es tu padre y, mientras sigas evitando enfrentarte a él, siempre tendrá cierto poder sobre ti. Y el cabrón no se lo merece.

Sus palabras sonaron alarmantemente parecidas al consejo que me había dado Jules.

En mi fuero interno, ya sabía que necesitaba pasar página. No obstante, oír cómo lo decía Alex, de una forma tan escueta y poco sentimental, fue un golpe duro.

—Ya. —Eché la cabeza hacia atrás y me quedé mirando el techo mientras abandonaba la idea de fingir estar siguiendo el partido—. ¿Está mal que una parte de mí desee que tuviera una buena excusa para hacer lo que hizo? Sé que no hay excusa que valga, pero... Joder. Yo qué sé. —Me froté la cara con la mano otra vez, deseando poder expresar la confusión que me carcomía por dentro.

—Ava tenía sentimientos encontrados hacia él, y a quien intentó matar fue a ella. —A Alex se le ensombreció la mirada—. Es difícil soltar a quien te ha criado.

—¿A ti también te pasa?

El tío de Alex fue quien estuvo detrás del asesinato de su familia y había muerto en un misterioso incendio poco después de que la verdad saliera a la luz.

Nunca hice pregunta alguna respecto al incendio porque estaba convencido de que no quería saber la respuesta. Cuando Alex estaba involucrado en algo, era mejor permanecer desinformado. Generalmente.

—No.

Sacudí la cabeza, exasperado, aunque nada sorprendido, por su seca respuesta.

—¿Crees que debería visitar a Michael?

—Creo que deberías hacer lo que sientas que necesitas para dejarlo atrás. —Alex volvió a centrar su atención en el partido. Los Nationals habían vuelto a marcar mientras no estábamos mirando y ahora solo iban perdiendo por un punto—. No dejes que te arruine la vida más de lo que ya lo ha hecho.

Las palabras de Alex me retumbaron por la mente lo que quedaba de partido.

Cuando volví a casa y abrí el cajón de mi escritorio, todavía las oía. Un grueso fajo de cartas descansaba en ese cajón de madera oscura, esperando a que las cogiera.

Creo que deberías hacer lo que sientas que necesitas para dejarlo atrás.

Era paradójico lo rápido que había saltado, literalmente, de un acantilado, de un puente o de un avión. Sin embargo, cuando tenía que hacer frente a algo personal, a algo que realmente importaba, me sentía como un niño en el borde de una piscina por primera vez en su vida.

Asustado. Inseguro. Nervioso.

Tras otro minuto de pausa, me senté en la silla, abrí el primer sobre y empecé a leer.

La sala de visitas del centro penitenciario de Hazelburg se parecía más a una cafetería de instituto que a una prisión. Había una docena de mesas blancas repartidas por aquel inhóspito suelo gris y, a excepción de unos cuantos cuadros paisajísticos genéricos, las paredes carecían de decoración alguna. Se oía el zumbido de las cámaras de vigilancia que había en el techo, unos *voyeurs* silenciosos de las reuniones que tenían los prisioneros con sus familiares.

Fui moviendo la pierna nerviosamente, pero al final me agarré la rodilla con la mano para obligarme a parar.

Las mesas estaban suficientemente cerca como para que pudiera enterarme de las conversaciones que estaban teniendo lugar a nuestro alrededor; sin embargo, algunos fragmentos de las cartas de Michael que se iban reproduciendo en mi memoria ahogaban los demás sonidos. Las había leído tantas veces durante la semana después de abrirlas que tenía las palabras grabadas en el cerebro.

¿Qué tal va la residencia? ¿Se parece en algo a «Anatomía de Grey»? Solías hacer bromas y decir que, si algún día llegabas a ser residente, apuntarías todas las imprecisiones de la serie en un diario. Si tienes uno, me encantaría verlo...

Acabo de ver «Atrapado en el tiempo». A veces, la vida en la cárcel es así... Es como vivir el mismo día una y otra vez...

Feliz Navidad. ¿Harás algo especial para las fiestas este año? Sé que los médicos tenéis que trabajar en vacaciones, pero espero que puedas cogerte unos días. Quizás puedas ir a ver las auroras boreales en Finlandia como siempre has querido...

El contenido de las cartas era general e inocuo, pero incluía suficientes bromas que solo él y yo entenderíamos y recuerdos compartidos que hacían que pasara las noches en vela.

Al leerlas, casi habría creído que Michael era un padre normal que escribe a su hijo en lugar de ser el cabrón psicópata que era.

Se abrió la puerta y apareció un hombre vestido con un mono naranja.

Hablando del papa de Roma...

Me dio un vuelco el estómago.

Tenía el pelo algo más canoso y las arrugas un tanto más pronunciadas, pero, por lo demás, Michael Chen seguía igual que siempre.

Rígido. Calculador. Severo.

Se sentó delante de mí y un estruendoso silencio tensó el aire que nos separaba como si fuera

una banda elástica a punto de petar.

Los guardias nos observaban desde un lado de la sala. El peso de su escrutinio era el tercer participante en la inexistente conversación que estábamos manteniendo.

Finalmente, Michael habló:

—Gracias por haber venido.

Era la primera vez que oía su voz en tres años.

Me estremecí. No estaba preparado para la nostalgia que me provocó.

Era la misma voz que me había calmado cuando estaba enfermo, la misma que me había animado después de perder un partido de baloncesto y la misma que me había gritado cuando me pilló después de que me escapara para salir de fiesta con un carné de identidad falso en el instituto.

Era mi infancia: lo bueno, lo malo y lo desagradable. Todo envuelto en un tono sordo y profundo.

—No he venido por ti. —Me apreté el muslo con más fuerza.

—Entonces, ¿por qué has venido? —A excepción del segundo en que se le ensombreció la cara, Michael no manifestó expresión alguna ante mi fría respuesta.

—He... —Las palabras se me atascaron en la garganta y Michael sonrió, astuto.

—Estás aquí, así que intuyo que has leído mis cartas. Sabes lo que he vivido estos tres años, lo cual no viene a ser gran cosa. —Se rio lastimosamente de sí mismo—. Háblame de ti. ¿Cómo va el trabajo?

Estar aquí sentado hablando con mi padre como si hubiéramos quedado para tomar un puto café era surrealista. Pero se me había quedado la mente en blanco y no pude pensar en qué hacer, más allá de seguirle el juego.

—Bien.

—Josh. —Michael volvió a reír—. Dime algo más aparte de eso. Llevas queriendo ser médico desde que ibas al instituto.

—Las residencias son como son. Trabajar mucho hasta tarde. Ver a muchas personas enfermas y ver cómo mueren otras tantas. —Sonreí forzadamente un segundo—. Todo eso lo conoces bien.

Michael hizo una mueca.

—¿Y tu vida amorosa? ¿Estás quedando con alguien? —Hizo caso omiso de mi último comentario—. Ya estás llegando a esa edad en la que va tocando sentar la cabeza y formar una familia pronto.

—Todavía no he cumplido ni los treinta. —A decir verdad, no sabía si quería tener hijos. Y, en caso de querer tenerlos, no sería hasta dentro de muuucho tiempo. Necesitaba conocer más mundo antes de sentar la cabeza e irme a vivir a una casa a las afueras de la ciudad con una cerca de madera blanca.

—Ya, pero primero tienes que salir con la chica unos cuantos años —argumentó Michael—. A no ser que ya estés saliendo con alguien. —Al ver que no respondía, Michael arqueó las cejas —. ¿Estás saliendo con alguien?

—No —mentí, en parte porque quería fastidiarlo y en parte porque no se merecía saber nada sobre Jules.

—Ah, bueno, no me mates la esperanza.

Seguimos con nuestra charla trivial, sacando temas mundanos, como el tiempo o la próxima temporada de fútbol para evitar el tema del que nadie se atrevía a hablar. Aparte de haberle

propiciado un puñetazo en toda la cara, nunca lo había confrontado con el tema de Ava.

Y eso me pesaba en el estómago cual bloque de hormigón. Ignorarlo me parecía mal, pero tampoco me veía capaz de destrozar nuestra ligera, aunque en parte forzada, conversación.

«Lo siento, Ava.»

Después de ir flotando a la deriva durante tres años, podía fingir que volvía a tener padre. Por más egoísta y jodido que fuera, quería saborear esa sensación un rato más.

—¿Qué tal la cárcel? —Casi me reí de mi vana pregunta, pero tenía curiosidad, en serio. Las cartas de Michael detallaban minucias de su día a día, pero no entraban en detalles sobre cómo estaba sobrellevando su encarcelamiento.

¿Se sentiría triste? ¿Avergonzado? ¿Enfadado? ¿Se llevaría bien con el resto de los presos o adoptaba una posición más bien resguardada?

—La cárcel es la cárcel. —Michael sonó casi alegre—. Es aburrida e incómoda, y la comida está malísima, pero podría ser peor. Por suerte... —Se le iluminó la mirada con un brillo oscuro —. He hecho algunos amigos que han podido ayudarme.

Cómo no. No sabía cómo iban los líos en el mundo de los presos, pero Michael siempre había sido un superviviente.

No sabía si me sentía aliviado o cabreado de ver que no estaba pasándolo peor.

—Por cierto... —Michael bajó más la voz hasta convertirse casi en inaudible—. Me han pedido un favor a cambio de su, eh..., amistad.

Una sospecha glacial me heló el cuerpo.

—¿Qué clase de favor?

Supuse que con «amistad» se refería a «protección», pero a saber. En las prisiones pasaban cosas muy raras.

—La vida en la prisión es... complicada —anunció Michael—. La gente hace muchos trueques y hay líneas que uno no quiere cruzar. Pero algo en lo que todo el mundo estará de acuerdo es en lo muy valiosos que son algunos productos. Como los cigarrillos, el chocolate, el ramen instantáneo... —Hizo una breve pausa—. O los medicamentos.

Si los medicamentos ya eran valiosos en la vida real, en el mercado negro de la cárcel debían ser como el oro.

¿Y quién tenía fácil acceso a los medicamentos? Un médico.

Sentí que se me arremolinaban las entrañas y me daban un vuelco.

En su día, habría concedido el beneficio de la duda a mi padre, pero ahora ya había aprendido mi lección. Quizás fuera cierto que me echaba de menos y que quería arreglar las cosas entre nosotros. Al fin y al cabo, me había estado mandando cartas durante dos años.

Pero, a fin de cuentas, Michael Chen solo miraba por su propio bien.

—Ya veo... —Me obligué a mantener una expresión neutral—. No me sorprende.

—Siempre has sido listo. —Michael sonrió—. Tanto como para ser médico, claro está. Se lo he comentado a mis amigos y me han preguntado si te importaría echarnos un cable.

Tenía cojones que me pidiera que le pasara medicamentos en medio de la sala de visitas. Hablaba bajo y dudaba que los guardias lo oyeran, pero quizás ellos también estuvieran metidos en este enredo. En algunas cárceles, los presos eran quienes daban la cara, pero el sistema entero era corrupto de narices.

—No has cambiado en absoluto, ¿eh? —Ni siquiera me molesté en fingir que no sabía de lo que me estaba hablando.

—Claro que he cambiado —me contradijo Michael—. Reconozco que lo que le hice a Ava

estuvo mal, pero solo podré arreglar las cosas si sigo con vida. Y la única forma de seguir con vida es siguiéndoles el juego. —Se le tensó la mandíbula—. No te haces a la idea de cómo es vivir aquí. De lo difícil que es sobrevivir. Dependo de ti.

—Pues quizás podrías haberlo pensado mejor antes de intentar asesinar a mi hermana —solté haciendo especial énfasis en las últimas cuatro palabras. El enfado que había ido acumulando no explotó, sino que me salió de dentro, lento pero con firmeza, igual que los gases tóxicos que contaminan el aire.

Por primera vez desde que había entrado en la sala, a Michael se le cayó la máscara de «padre arrepentido» y sus ojos me atravesaron como puñales.

—Te crie. Te alimenté. Te pagué un año en Centroamérica. —Escupió cada palabra como si fueran balas—. A lo mejor la cagué, pero eso no quita que siga siendo tu padre —dijo remarcando las dos últimas palabras.

El principio de devoción filial que me habían inculcado desde pequeño. Quizás, en parte, por eso me costaba tanto cortar el vínculo con Michael, porque una parte de mí sí que sentía que le debía algo por todo lo que me había dado de pequeño. Tuvimos una casa bonita y disfrutamos de lujosas vacaciones familiares. Cada año, en Navidad, me compraba lo último que había salido al mercado y me pagó los estudios en Thayer, una de las universidades más caras del país.

Sin embargo, la ciega obediencia también tenía un límite, y mi padre lo había cruzado miles de veces.

—Te agradezco todo lo que hiciste por mí de pequeño. —Apreté los puños bajo la mesa hasta que me quedaron los nudillos blancos—. Pero ser padre va mucho más allá de cubrir las necesidades básicas de los hijos. Va de confianza y de amor. Oí cómo se lo confesabas todo a Ava, papá —recalqué esa última palabra—, pero lo que no oí fue una puta disculpa...

—No digas palabrotas —me cortó—. Es indecoroso.

—Ni tampoco una buena explicación de por qué lo hiciste —proseguí—. Y diré putos tacos si me puto apetece porque, te lo repito: ¡intentaste asesinar a mi hermana!

El pulso se me aceleró tanto que notaba cómo rugía y cómo me latía el corazón contra la caja torácica. Ahí estaba la explosión que había estado esperando. Tres años de emociones contenidas que salieron a borbotones todas a la vez y se llevaron por delante aquel efímero vínculo afectivo.

El resto de los presos permaneció en silencio. Uno de los guardias se me acercó a modo de advertencia, pero no llegó a interrumpirnos.

A Michael le tembló el ojo.

—Eres mi hijo. No puedes dejar que me pudra aquí.

Sonaba como un disco rayado.

Los genes que compartíamos eran la última excusa que le quedaba y lo sabíamos los dos.

—Has sobrevivido dos años. Estoy seguro de que podrás sobrevivir otros veinte más. —Me levanté tras haberme vaciado de cualquier sentimiento hacia él. Tenía el corazón hueco, la insensibilidad se había apoderado de mí y una capa de frío me cubría la piel.

Había deseado con todas mis fuerzas que, de alguna forma, mi padre pudiera redimir lo irredimible. Que pudiera darme una buena razón sobre por qué había hecho lo que había hecho o que, por lo menos, se hubiera mostrado genuinamente arrepentido. Pero ahora resultaba brusca y cegadoramente evidente que, si bien era capaz de fingir darnos amor, era incapaz de sentirlo.

A lo mejor me quería a su manera, pero también estaba dispuesto a utilizarme. Si no le servía de nada (si no tuviese acceso a los medicamentos que tanto necesitaba y si no fuera su único vínculo con el mundo exterior), me apartaría de una patada sin pensarlo dos veces.

—Josh. —Michael rio de forma forzada—. No irás en serio.

—Eres mi padre por consanguinidad, pero no eres mi familia. Nunca lo serás. Estoy seguro de que tus amigos lo entenderán —le dije marcando el énfasis en *amigos* y con un sabor amargo en la lengua—. No volveré a visitarte, pero te deseo lo mejor.

—Josh. —El pánico se apoderó de su mirada y, a este, le siguió un aturdido dolor. Quizás fuera la primera emoción real que le había visto mostrar en muchísimo tiempo, pero ya era demasiado tarde.

En algún momento teníamos que soltar a la persona que había sido en el pasado o que quizás podría ser y ver quién era en realidad. Y Michael Chen se había convertido en una persona a quien yo no quería llamar *mi padre*.

—Siéntate —me dijo—. No tenemos por qué hablar de los medicamentos. Háblame de tus viajes. Siempre te ha gustado viajar. ¿Cuál es tu próximo destino?

Me alejé con un escozor en los ojos.

—Josh. —El pánico se coló en su voz—. ¡Josh!

No respondí ni me despedí de él.

Firmé al salir y seguí andando hasta que el flameante calor que caía fuera de la prisión me abrasó.

Ya podía pasar página, pero nadie me había advertido de que pasar página fuera a ser así. Era una sensación muy puta, que se agarró con uñas y dientes a mis huesos y me despedazó el corazón hasta conseguir que el simple hecho de respirar me costara un mundo.

Sin embargo, en lugar de intentar mitigarla, la acogí con los brazos abiertos. Porque, a pesar de que el jodido dolor fuera desgarrador, demostraba que seguíamos vivos, y solo podíamos curarnos después de haberlo superado.

40

Jules

Alguien llamó al timbre menos de un minuto después de que yo terminara mi clase de repaso *online* para el examen de abogacía.

Faltaba menos de un mes para la prueba, lo cual significaba que esos días vivía por y para el estudio hasta pasada la fecha. Nada de salir, nada de ir a tomar el café con mis amigas para ponernos al día y nada de citas pomposas con Josh. Cuando nos veíamos, Josh y yo no hacíamos gran cosa; a veces quedábamos y yo estudiaba mientras él preparaba café o pedía comida para llevar.

Sin embargo, cuando abrí la puerta y lo vi ahí plantado y con aquella expresión de piedra, todos mis pensamientos sobre el examen de abogacía desaparecieron.

—He ido a ver a Michael. —El vacío de su voz me dijo todo cuanto necesitaba saber sobre cómo había ido su visita.

Hostia.

—¿Y cómo estás? —No pregunté por los pormenores porque no eran relevantes. Lo que sí era relevante era cómo estaba gestionando Josh todo eso.

Abrí más la puerta para que pudiera entrar. Stella estaba trabajando y yo tenía la casa sola durante unas cuantas horas.

—Como te imaginas. —Josh me dedicó una sonrisa asimétrica, pero tenía los músculos visiblemente tensos. Reparó en mi ordenador portátil, abierto, y en los libros—. Perdona, no quería interrumpir tus horas de estudio. Sé que estás ocupada...

—No te preocupes por eso. De todos modos, pretendía hacer una pausa. —Llevaba seis horas seguidas estudiando y tenía la vista cansada de tanto mirar la pantalla.

Me venía bien una distracción, aunque hubiese preferido que fuera una más alegre.

Me dejé caer en el sofá, al lado de Josh.

—¿Quieres hablar del tema? —le pregunté—. Suelo cobrar por mis servicios terapéuticos, pero como estás bueno te ofreceré una sesión de cortesía de quince minutos.

—Exacto, estoy bueno. —Asintió—. Igual que tú. Empezamos con buen pie.

—Bueno, yo tengo muchísima experiencia con narcisistas dementes. A fin de cuentas, vivo en Washington.

La áspera risa de Josh me acarició el corazón.

—Bien visto.

Seguí sonriendo un poco más hasta que volví en mí.

—Ahora en serio. ¿Cómo estás?

Apoyó la cabeza en el respaldo.

—Triste. Cabreado. Resignado a la idea de que mi padre y yo nunca vamos a reconciliarnos. Y —tragó saliva con fuerza y se le tensaron los músculos de la garganta— aliviado de que por

fin pueda dejar todo esto atrás. Leí sus cartas. No eran más que patrañas para manipularme emocionalmente. Michael no cambiará nunca, y verlo y cortar cualquier vínculo con él ha sido doloroso. Pero ya tengo lo que necesitaba.

—Pasar página —señalé en voz baja.

—Eso es. —Se giró para mirarme con aquellos ojos oscuros llenos de autocrítica—. Me he dado cuenta de lo estúpido que he sido al ir posponiendo enfrentarme a él durante tanto tiempo. He vivido tres años estancado cuando podría habérmelo quitado de encima mucho antes y seguir adelante.

—No has sido estúpido. —Le envolví la mano con la mía y le di un apretón—. No estabas preparado. No se trata solo de enfrentarnos a algo. Se trata de darnos tiempo para estar listos. Para ver qué queremos.

—Ya. —Me dio un golpe en la rodilla con la suya—. No eres tan mala terapeuta como pensaba.

Me llevé la mano al pecho y fingí sentirme ofendida.

—¿Te ofrezco una sesión gratuita y me pagas con insultos?

—Te encanta que te insulte.

—Adivina qué, listillo: a nadie le gusta que lo insulten.

—¿Quieres que comprobemos si esta teoría es cierta? —me interrogó Josh bajando la voz.

Y así, sin más, la tensión en el aire cambió. La fuerte emoción que se respiraba en el ambiente dio paso a una chisporroteante electricidad que me recorrió la piel y me fluyó por las venas. Hacía demasiado tiempo desde la última vez que había mantenido relaciones sexuales, y cada mirada y cada palabra prendían más chispas a mi excitación.

Pero eso no iba solo de sexo. A veces, la única forma de purgar nuestros sentimientos era a través de un acto físico. Una catarsis en su estado más puro.

Si esto era lo que Josh necesitaba después de haber ido a ver a Michael a la cárcel, se lo iba a dar.

—¿En qué estabas pensando? —Josh había estado ahí para mí cuando había necesitado distraerme de todo lo de Max. Ahora me tocaba a mí devolverle el favor... lo cual tampoco me suponía un problema.

En sus ojos todavía se vislumbraba una sombría tensión, pero la sonrisa sedosa de sus labios era pura maldad.

—Desvístete, Pelirroja.

Una pulsación pertinaz se apoderó de mi entrepierna al oír su dulce orden.

Me levanté y le aguanté la mirada mientras me liberaba el primer botón de mi camisa del ojal. Una calidez atesorada abrasó las sombras de sus ojos y me consumió con sus llamas.

—¿Qué clase de hombre obliga a una mujer a hacer todo el trabajo? —Repetí la acción anterior con el segundo botón—. No sabía que fueras tan haragán, Chen. —Tercer botón—. ¿O es que tienes ansiedad por trabajar y eso te está frenando?

Bajé la vista directamente hasta su ingle, pero al ver su erección se me secó la boca de golpe.

Se me había olvidado lo grande que la tenía. Lo duro que le gustaba.

Cuarto botón.

Una anticipación nerviosa me recorrió entera cual creciente marea.

—Es gracioso que me sigas insultando como si no fuera a dejarte luego sin palabras —señaló Josh la mar de tranquilo cuando me deshice de la camisa con una sacudida de hombros y dejé que cayera al suelo—. ¿O es que quieres que lo haga?

Una llamarada de fuego me abrasó las mejillas.

Me contoneé para quitarme los pantalones; me temblaban los dedos.

—Ya decía yo. —Sonrió astuto—. La ropa interior también. Y luego ve a tu cuarto.

Tenía el aire acondicionado a tope, pero el calor de su mirada mientras estudiaba mi desnudez me templó de arriba abajo.

Me siguió. Sus pasos eran prácticamente inaudibles y él era como un depredador acechando a su presa dispuesta.

Cuando llegamos a mi habitación, sentí los nervios a flor de piel. Sin embargo, al ver que Josh abría mi armario e iba pasando perchas antes de coger algo de una de ellas, los nervios se transformaron en confusión.

—¿Qué...? —murmuré al ver que tenía mis fulares de seda en las manos.

Me dio un vuelco el estómago. Ay, Dios.

Se envolvió los fulares en el puño para que no arrastraran por el suelo.

—A la cama, Jules.

En otra ocasión me habría resistido más, pero estaba demasiado húmeda y dolorida como para no acatar sus órdenes.

El colchón se hundió bajo mi propio peso. Josh no tardó ni dos segundos en unirse a mí y, cuando me empujó para tumbarme en la cama y me ató las manos a los postes del cabecero, me quedé sin aliento.

—¿Qué haces? —El rugido que sentía en los oídos apenas me permitía oír mi propia voz. Tenía los pezones tan duros que incluso me dolían y mis fluidos me resbalaron por los muslos a causa de la exposición de imágenes pornográficas que se colaron en mi mente.

—Como crees que soy tan vago... —Fue bajándome por el cuerpo y yo pegué un aullido cuando me separó las piernas y me ató los tobillos a los postes del final de la cama—. Igual debería demostrarte que tienes razón.

Josh saltó de la cama para admirar su obra. Me tenía abierta de brazos y piernas, atada a la cama y, cuando me di cuenta de que tenía una visión perfecta de lo cachonda que estaba —con el clítoris hinchado y palpitándome, y los muslos húmedos por mi excitación—, una racha de calor me azotó la cara.

Pero a la que se giró y abrió el cajón de la mesita de noche, el terror se coló en mis venas.

«No lo hará.»

—Josh, ni se te ocurra, joder.

—¿Que ni se me ocurra el qué? —Sonaba completamente inocente, pero, cuando encontró lo que andaba buscando, una sombra le brilló en los ojos.

Al ver el lubricante y uno de mis juguetes favoritos —un vibrador de doble punta con succionador de clítoris—, una capa de sudor me recorrió la frente. Ese juguete costaba un ojo de la cara, pero con razón. En menos de treinta segundos, conseguía que llegara a un orgasmo espectacular.

Aunque también podía tenerme a puntísimo durante horas; todo dependía de la velocidad y la intensidad a las que lo programara.

—No me hace gracia. —Tiré de la tela, pero Josh me había atado con tanta destreza que no se movió ni un poco.

—Si quieres que te desate, solo tienes que decírmelo. —Josh apoyó la cadera en la cómoda con un posado exasperantemente casual—. Te desataré y te dejaré en paz. ¿Quieres eso?

Apreté la mandíbula, pero permanecí callada.

—Ya me parecía... —Se me acercó y me paseó la punta del vibrador por el clítoris con la suavidad necesaria para hacer que una descarga llena de sensaciones me atravesara el cuerpo entero, pero sin concederme la fricción que tan desesperadamente necesitaba.

Apreté los puños. No pensaba darle la satisfacción de responder.

Su discreta risa se coló en mi cuerpo y me acabó de estimular todavía más las terminaciones nerviosas.

—Puedes resistirte tanto como quieras, pero tu coño te delata una y otra vez. Estás puto chorreando, Pelirroja. —Me metió un dedo dentro y yo me clavé las uñas en las palmas de las manos en un intento por contener un gemido.

—Mira que eres tozuda. Tsss. Veamos qué podemos hacer al respecto.

Apartó la mano. Al cabo de un segundo, sentí el suave frescor del lubricante goteándome y me estremecí.

No era virgen en cuanto a lo del sexo anal se refería, pero hacía bastante tiempo que no lo había practicado, así que, al ver que Josh utilizaba más gel del habitual para prepararme, lo agradecí.

—Estás tan guapa así, atada y esperando mi polla. —Su aliento me patinó por el cuello antes de dejar paso a su lengua. Me besó y me provocó justo en mi punto sensible de la nuca mientras me metía el vibrador con una lentitud agonizante—. Pero primero nos divertiremos un poco. Como soy tan vago y tal...

—Josh... —Un grito ahogado sustituyó mi quejido cuando acabó de meterme el juguete hasta el fondo, llenándome hasta causar cierta incomodidad en ambos lados—. Fóllame y punto, joder.

—Lo haría, pero soy un haragán, ¿recuerdas? Mejor dejo que hagan el trabajo por mí.

Encendió el virador y solté un grito ahogado. La incomodidad que sentía hacía un momento se fue desvaneciendo y dio paso a un ardiente e intenso placer.

Oh, Dios.

No podía pensar. No podía respirar. En lo único que podía concentrarme era en las sensaciones que me iban encendiendo a medida que las vibraciones resonaban por mi cuerpo. Me froté con la cama, desesperada por correrme, pero, tal y como me había atado Josh, casi no me podía ni mover.

Lo único que podía hacer era quedarme ahí tumbada, esclava de sus caprichos mientras me tocaba como si fuera la canción de tortura más exquisita del mundo.

Rápido. Lento. Rápido. Lento. Llevándome al límite una y otra vez hasta convertirme en un charco de pura e inexorable necesidad.

—Tienes razón. —Su tono estaba cargado de lujuria y, de no haber estado al borde de la locura, habría disfrutado más del hecho de que esto fuera un martirio tanto para mí como para él —. A veces merece la pena quedarse de brazos cruzados y observar.

Josh estaba sentado en la esquina y se tocaba la polla, observando mi cuerpo desnudo con una mirada ardiente mientras yo me retorcía e intentaba deshacerme del amarre.

—Por favor —sollocé—. No puedo... Josh... Necesito sentirte dentro de mí. Por favor.

Ya no podía más. Si no me corría pronto, me moriría. Estaba segurísima.

El vibrador se detuvo y yo me puse tensa, expectante al ver que se levantaba y caminaba hacia mí. El colchón se hundió bajo su peso cuando se sentó a horcajadas encima de mí; sin embargo, en lugar de quitarme el juguete y penetrarme, soltó el mando y me acarició los pechos con ambas manos.

—Creo que todavía no has aprendido la lección, Pelirroja. —Su voz aterciopelada chocaba

con la severidad con la que me pellizcaba los pezones.

Me juntó los pechos y coló la polla entre ambos. Cogí aire profundamente. Sentí cómo le goteaba líquido preseminal, que acabó en mi piel y le permitió embestirme con más fuerza.

Jamás le habría dejado hacer esto a otro tío, pero... Joder.

Sentir la dureza de su erección entre la suavidad de mis pechos avivó las llamas que quemaban mi cuerpo con tanto ímpetu que pensé que iba a explotar.

En el momento en que Josh aceleró el ritmo, follándome las tetas cada vez más rápido hasta acabar rozándome la barbilla con el glande con cada empellón, empecé a jadear sutilmente en lugar de respirar.

—Joder, tus tetas son perfectas —gruñó. Embistió unas cuantas veces más antes de que unos gruesos hilos de semen me cubrieran la cara y el pecho.

Apenas me dio tiempo de recobrar el aliento antes de que Josh me limpiara algo del semen que tenía en la barbilla con la polla y me la metiera en la boca. Tragué con empeño, demasiado azorada por la lujuria como para hacer algo distinto aparte de lo que él quería.

Acababa de hundirla hasta el fondo cuando el vibrador se volvió a encender.

Me sacudí instintivamente. Tiré de los fulares; el desespero que había sentido anteriormente volvió a apoderarse de mí a la vez que una ola de placer me recorría entera.

Iba a morirme así: atada, cubierta de semen y con ansias de llegar al orgasmo. Mi cerebro ya se estaba cortocircuitando y, si no conseguía liberar el estallido que se estaba formando dentro de mí, me quemaría desde el interior.

—Has dicho que querías sentirme dentro de ti. —Josh me la quitó y me limpió algo más de semen de la cara antes de volver a embestirme la boca con la polla—. Deberías haber especificado más, cariño.

Solté una ahogada protesta antes de que Josh me volviera a limpiar una y otra vez hasta que me hube tragado todo su semen y él volvió a estar duro como una roca.

—Te gusta, ¿a que sí? —gruñó. Me miró con una expresión llena de deseo mientras me la metía y me la sacaba de la boca—. Te gusta que te folle la cara y te llene todos los agujeros como una buena putita.

—Mmphf. —Apenas oí mi respuesta, a modo de gemido, pues el zumbido del juguete y el rugido que oía en las orejas lo ahogó.

Estaba que ardía: tenía todas las terminaciones nerviosas en llamas y cada segundo era una eternidad de exquisita tortura.

Estaba en el cielo, el infierno y todo lo que cupiera entre medias.

Josh gruñó otra vez antes de volver a salir de mí. Me quitó el juguete despacio y yo gemí ante el proveniente vacío. Después de haber estado tan llena durante tanto rato, no notar nada dentro de mí era como sentir que me faltaba algo.

A todo esto le siguieron los fulares de seda, uno a uno, hasta que al final quedé completamente liberada.

—Qué buena chica. —Josh me secó una lágrima de frustración que me había resbalado por la mejilla—. Te has tragado hasta la última gota de semen. Eso se merece una recompensa, ¿no crees? Me metió el pulgar en la boca para que saboreara mi propia y salada necesidad.

—Por favor... —Solté un grito ahogado y no terminé la frase al sentir que me penetraba y se hundía en mí hasta el fondo con una fácil embestida.

—Joder. —Al penetrarme, su voz sonó gutural—. Qué bien te entra mi polla, Pelirroja. Es como si tu coño estuviera hecho a medida para mí.

A pesar de sus sucias palabras, su tacto al besarme era suave y nos acomodamos en un ritmo más lento y pausado. A diferencia de las otras veces en las que nos habíamos enrollado, ahora no tenía la impresión de estar follando; tenía la impresión de estar haciendo algo más dulce, más íntimo.

Tenía la impresión de estar haciendo el amor.

El hormigueo que sentí en la parte inferior de la columna fue subiéndome solo con pensar en eso.

Cerré los ojos y empecé a respirar en *staccato*. Era demasiado. El beso de Josh, cómo me dilataba, la sensibilidad de la masturbación de antes que me había hecho llegar al límite...

El orgasmo estalló en mi interior inevitable e inesperadamente. Me arqueé en la cama con un grito agudo y ni siquiera pude recomponerme antes de que Josh acelerara el ritmo y me embistiera con tanta fuerza que un segundo orgasmo se manifestó acto seguido, después del primero.

—Eso es. Grita para mí, Pelirroja. Suéltalo todo. —Josh coló la mano entre nosotros e hizo presión en mi hinchado y necesitado clítoris con el pulgar—. Me encanta cómo te corres alrededor de mi polla.

Y me corrí, una y otra vez hasta quedar agotada, extenuada y sin fuerzas para seguir gritando.

Ahí fue cuando caí rendida en la cama. Tenía el cuerpo dolorido a causa de aquellos cegadores orgasmos que incluso me hacían encoger los dedos de los pies. Josh volvió a ralentizar el ritmo y se corrió despacio, acompañando el acto con un gruñido.

—Buena chica. —Me apartó con dulzura el pelo de la frente y me dio un largo beso—. Lo has hecho muy bien.

Al oír sus palabras, el orgullo no me cupo en el pecho. Daba hasta vergüenza.

Rodó hacia mi lado y me pasó un brazo por los hombros para acercarme a él. Cuando me acarició lentamente el brazo con el dorso de la mano, se me puso la piel de gallina.

—¿Sabes qué? Eres el primer tío con el que me he acostado en mi habitación. —La soñolienta satisfacción que sentía fue la que me llevó a admitir eso mientras me acurrucaba aún más a su lado.

En realidad, nunca me había quedado haciendo mimos después de acostarme con alguien. Pensé que no me gustaría, pero claramente me había estado perdiendo algo.

Josh detuvo la mano antes de continuar acariciándome el brazo.

—El primero y el último, Pelirroja.

Al oír su sutil gruñido, me reí.

—¿Tan posesivo eres?

—Por supuesto que sí. —Levantó la mano para agarrarme del cuello. Su tacto, firme y posesivo, hizo que otra descarga eléctrica me recorriera la columna vertebral—. No me gusta compartir.

—Saber compartir es una virtud, Josh.

—Me la suda completamente. Yo no comparto. A ti no.

Se me entrecortó la respiración. Una dorada ola de calor se me esparció por el pecho y me encendió desde el interior.

Como no supe qué responder, le di un beso en el hombro y disfruté del momento.

Debería salir de la cama. Stella iba a llegar pronto y mi ropa seguía esparcida por el salón, pero es que todavía no podía separarme de Josh.

«Un minuto más y me levanto.»

Hundí la cara en su pecho, empapándome de su calor y de su olor. Entre Michael y Max, nuestras vidas estaban azotadas por el caos, pero al menos podíamos encontrar momentos temporales de paz como este.

—Gracias —dijo en voz baja, rompiendo el silencio—. Por estar aquí. Lo necesitaba.

—No hay de qué. —Levanté la cabeza y, al ver la pincelada de vulnerabilidad que tenía en la mirada, sentí una punzada en el corazón—. Pero como vuelvas otra vez con esa artimaña de masturbarme sin dejar que llegue al orgasmo, te cortaré la polla.

A Josh se le iluminó la cara con una resplandeciente sonrisa.

—Disfrutarías de más credibilidad si no te hubieras corrido alrededor de mi polla en múltiples ocasiones, Pelirroja.

Levanté la nariz y sentí que me sonrojaba.

—Estaba fingiendo.

—Mmm. —Josh agachó la cara y me acarició el cuello con la nariz—. Sé cuándo algo es real y cuándo no. Y tus orgasmos lo eran. —Me recorrió la línea de la mandíbula con la nariz antes de besarme dulcemente los labios—. Y esto también.

El dolor que sentía en el pecho se esparció hasta colárseme detrás de los ojos y de la nariz.

No me veía capaz de hablar, así que giré la cara hasta que logré controlar mis emociones.

No solía confiar en la gente. Podía contar con los dedos de la mano las personas en quien confiaba de verdad, y jamás pensé que Josh sería una de ellas. Pero la vida tiene la costumbre de sorprendernos cuando menos lo esperamos y, por una vez, me dio igual.

Josh y yo permanecimos envueltos por un cómodo silencio hasta que el reloj dio la hora y media y, a regañadientes, se separó de mí.

—Voy a la ducha —anunció—. Stella llegará pronto, ¿no?

—Sí. —Suspiré. Quería muchísimo a Stella, pero en aquel momento deseé haber vivido sola.

Josh me dio un último beso antes de levantarse de la cama y salir de mi habitación. Al cabo de un minuto, el lejano sonido de la ducha se coló por la puerta.

Incluso en su ausencia, aún podía sentir su olor y me hubiese encantado poder embotellarlo y llevarlo siempre conmigo.

Si mi yo del pasado viera a mi yo actual, me habría pegado una bofetada por ser tan pastelona. Pero me gustaba eso de poder confiar tanto en alguien como para apoyarme en él y aportarle la suficiente confianza como para que recurriera a mí cuando tuviera un mal día.

Me quedé mirando el techo, incapaz de contener mi torpe sonrisa.

Me hubiera quedado ahí tumbada toda la tarde, o al menos hasta que Josh hubiera salido de la ducha, de no haber sido por la llamada entrante que interrumpió mis cursis divagaciones mentales.

—Hola, Jules.

Me parecía increíble la facilidad con la que dos simples palabras te podían cambiar el humor.

Al oír la voz de Max, una espina se me clavó directa en el pecho e hizo explotar el globo de atolondramiento que sentía mientras una pátina de sudor frío me cubría las palmas de las manos.

—¿Qué quieres? —Aún oía el ruido del agua de la ducha, pero eché un vistazo rápido a la puerta entreabierta de mi habitación por si Josh aparecía por aquí otra vez, de repente.

—Me hace gracia que me lo preguntes —dijo Max—. Acabo de decidir ahora mismo cuál es el favor que necesito que me hagas. Qué maravilla, ¿verdad? Como has estado tan... ansiosa por saber qué era.

El terror me cayó como pesas de plomo en el estómago.

—Escupe, Max —refunfuñé—. No tengo tiempo para tus jueguecitos.

Max suspiró.

—¿Y eso de tener paciencia qué, J.? Bueno, da igual. Como tienes tantas ganas de saberlo, te lo voy a decir. Necesito que pilles algo por mí. Tengo a unos... amigos en Ohio que están muy pero que muy interesados en un artículo.

Que pilles; o sea, que robara.

El peso de plomo se volvió todavía más latoso.

—Ya te enviaré la foto y la dirección por mensaje. —Casi podía visualizar la engreída sonrisa de Max—. He tardado un poco en descubrir dónde estaba. De nada, por cierto, por haber hecho la parte ardua de la tarea. Lo único que tendrás que hacer tú es lo que mejor se te da: mentir y robar.

Max colgó antes de que yo pudiera responder.

El muy cabrón. Si alguna vez tenía la oportunidad de hacerlo, le cortaría la polla y le obligaría a comérsela.

Por desgracia, mientras él siguiera teniendo ese maldito vídeo mío, no había nada que yo pudiera hacer. De modo que me quedé mirando el móvil y esperando a que me llegara su mensaje.

En cuanto lo recibí, tuve que pestañear un par de veces para asegurarme de que lo estaba viendo bien.

No podía ser. Aun así, por más que mirara el teléfono, la imagen seguía siendo la misma.

Se me heló la sangre.

Era la foto de un cuadro. El lienzo estaba lleno de salpicaduras marrones y verdes que recordaban al vómito y, en los bordes, algunos detalles dibujados con unas minúsculas manchitas amarillas que no tenían sentido alguno.

Era una pieza horrorosa, pero eso no era lo que me molestaba, sino el lugar donde la había visto antes.

El objeto que Max quería que robara era el cuadro de la habitación de Josh.

41

Jules

—¿Estás bien, cariño? —Barbs me miró preocupada—. Has estado muy callada durante todo el día, y eso en ti no es normal.

—Sí. Es que estoy estresada por el examen. —Me obligué a sonreír y me serví un poco más de café. No debería estar bebiendo cafeína a estas horas del día, pero, total, tampoco conseguiría dormir. La directriz de Max para que robara el cuadro de Josh me había dejado en vela cada noche desde la llegada de su mensaje hacía tres días.

—Te irá genial; no tengo ninguna duda. —Barbs abrió la nevera y me pasó un plato con tarta de manzana envuelto en film transparente—. Toma. La tarta siempre lo mejora todo.

Esta vez, mi sonrisa fue más genuina.

—Gracias, Barbs.

—Para eso estamos, cielo. —Me guiñó un ojo y se fue con su querida taza de té Earl Grey en la mano.

Le di un sorbo al café e hice una mueca al notar su amargura. Había un montón de cosas que me encantaban del Centro, pero el café no era una de ellas.

Mientras me tragaba la bebida, me quedé mirando la pantalla bloqueada de mi teléfono, esperando a que se iluminara y apareciera otro mensaje de Max. Pero no ocurrió.

Había sido muy claro. Tenía una semana para robar el cuadro de Josh o se me habría acabado el chollo.

Ya habían pasado tres días, con lo cual solo me quedaban cuatro de margen.

Di otro sorbo al café y el líquido se coló por el agujero equivocado. Estallé en un sinfín de tos con tanta fuerza que parte de la bebida cayó fuera de la taza y me quemó la mano.

—¡Joder! —resoplé. Dejé lo que me quedaba de café en la encimera y metí rápidamente la mano en agua fría mientras seguía tosiendo sin parar.

—¿Va todo bien?

Al oír la voz de Josh detrás de mí, me sobresalté. Al hacerlo, tiré la taza y derramé el resto de la bebida, que me manchó toda la parte delantera del vestido.

—¡Joder! —repetí con más vehemencia que antes.

Estiré el brazo para coger servilletas de papel, pero Josh se me adelantó. Cogió un puñado del dispensador y limpió el café que me resbalaba por la pierna mientras yo intentaba salvar mi ya arruinada vestimenta.

Era imposible. La mancha ya había calado la tela y había teñido gran parte de la falda azul de un marrón espantoso. Al final desistí y tiré la servilleta a la basura a la vez que soltaba un pequeño gruñido, frustrada.

—Yo diría que ya tengo la respuesta. —Josh me miró preocupado y con una diminuta expresión divertida—. ¿Mal día?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Mis poderes de deducción son uno de mis muchos impresionantes talentos —bromeó—. Dejando lo del café de lado, llevas todo el día distraída.

—Estoy estresada por el examen. —Farfullé mi excusa para todo. Para ser sincera diré que sí que estaba estresada por el examen, lo cual no significaba que fuera mi principal fuente de estrés.

Sentí una punzada de culpabilidad en el estómago.

Me había pasado los últimos tres días pensando en cómo librarme del dilema de Max, pero no se me ocurría ninguna solución factible que no implicara revelar la verdad sobre mi pasado.

Quizás mis amigas no me juzgarían, pero me aterrorizaba pensar en la posible reacción de Josh. Se había pasado años pensando que yo era una persona horrible o, por lo menos, una pésima influencia. Lo último que quería, ahora que nuestra relación por fin estaba progresando, era demostrar que la primera impresión que había tenido de mí era cierta.

—Bueno, si necesitas un compañero de estudio, resulta que conozco a un chaval terriblemente atractivo e inteligente. —Josh hizo una pausa—. Estoy hablando de mí, por cierto.

A pesar de la tensión que sentía, se me escapó una risita.

—Cómo no. Te agradezco la oferta, pero me distraerías más que me ayudarías.

—Te entiendo. Mi físico ha distraído a muchas alumnas. Me temo que es uno de los inconvenientes de tener esto. —Se señaló su innegablemente espectacular cara.

—Es excepcionalmente espantosa. —Le di una palmadita en el hombro—. Pero, tranquilo, estoy segura de que no te juzgaban. Hoy en día, la gente es mucho más abierta de mente.

Su risa me envolvió la piel cual manta de terciopelo.

—Joder, me muero de ganas de follarte ahora mismo.

Yo no tenía nada de mojigata; sin embargo, al oírle pronunciar aquellas palabras de forma tan directa y en medio de la cocina del Centro, una ola de calor me recorrió el cuello en dirección descendiente.

—Jooosh.

—¿Sí? —Arqueó una ceja—. Total, tendrás que quitarte el vestido para cambiarte. Qué mejor...

—¿Interrumpo algo? —La voz de Ellie hizo que detuviéramos nuestra conversación.

Ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que había entrado.

Di un paso atrás de inmediato e hice una mueca al clavarme la dura encimera en la parte inferior de la columna.

—Jules se ha echado el café encima y la estaba ayudando a limpiarse. —Me señaló el vestido enseguida. Su expresión era una máscara que fingía amabilidad profesional, pero en sus ojos aún podía apreciarse ese brillo diabólico.

—Ufff, qué putada. —Ellie arrugó la nariz—. Espero que el vestido no sea nuevo.

—No. ¿Tienes una cita? —cambié de tema *ipso facto*.

Faltaban diez minutos para que cerrara la oficina y Ellie ya se había cambiado. Se había quitado el *blazer* y los pantalones de trabajo y había sustituido el atuendo por un vestido y tacones.

Se sonrojó.

—Esto, eh... Voy al cine con Marshall.

Reprimí una sonrisa. Por fin había superado su *crush* por Josh y había centrado su atención en Marshall. No estaba segura de si el beso que le había dado yo a Marshall había tenido algo que

ver —siempre encontrábamos a alguien más deseable cuando veíamos que otra persona lo encontraba atractivo—, pero me alegraba de ver que la cosa había avanzado.

Por razones para nada egoístas, por supuesto.

—Bueno, debería irme. Solo he venido a por el cargador; me lo he dejado aquí a la hora de comer. ¡Buenas noches! —Ellie desenchufó su cargador de la toma de corriente que había al lado del microondas y salió pitando.

—Nosotros también deberíamos irnos, pero por separado, para que nadie sospeche nada. —Josh me miró juguetón—. Te espero en nuestra esquina en veinte minutos.

—No tenemos una esquina —señalé.

—Ahora sí. —El hoyuelo de Josh hizo una gloriosa aparición—. Calle Veintitrés con Mayberry. En veinte minutos, Pelirroja. Te espero.

Se fue antes de que pudiera rebatirle nada.

Sacudí la cabeza, pero fui ordenando mi escritorio con una lentitud deliberada hasta que todo el mundo se hubo marchado de la oficina y solo quedamos Barbs y yo.

—Venga, cielo. A mí no se me va a parar el tiempo —señaló la puerta con una mano impaciente— y tú eres demasiado joven como para pasarte un minuto más de lo necesario en esta oficina.

—Siempre me dices justo lo que quiero oír.

—Es mi deber. —Se despidió con un gesto de la maño y añadió—: Buenas noches.

—Buenas noches.

No tardé más de cinco minutos en llegar a la calle Veintitrés con Mayberry. Tal y como me había prometido, Josh me estaba esperando en la esquina. Estaba apoyado en una farola con las manos en los bolsillos. En cuanto me vio, le dio un golpecito a su reloj.

—Diecinueve minutos. Casi llegas tarde, Pelirroja.

—Pues menos mal que no ha sido el caso —dije demasiado distraída como para poder pensar en una respuesta ingeniosa. Era incapaz de pensar en algo que no fuera cómo sacar a colación su cuadro sin levantar sospechas.

A lo mejor podía convencerlo de que se deshiciera de él. Aunque eso sería igualmente engañoso porque yo sabía que era un cuadro valioso y él no, pero seguía siendo mejor que robárselo.

—El otro día estaba comprando *online* y vi algunos artículos de arte muy bonitos —dije como quien no quiere la cosa—. Mejores que la monstruosidad que tienes en tu habitación.

—¿Monstruosidad? —Josh se llevó la mano al pecho—. Me ofendes, Pelirroja. Ese cuadro es una clara representación del buen gusto. Apuesto a que, si lo subastáramos, la gente pagaría un ojo de la cara.

Si supiera cuánta razón tenía...

—Tú bien que lo compraste por cuatro duros en una liquidación de patrimonio. —Me obligué a acompañar mi tono de un ligero sarcasmo—. Así que discúlpame si no te creo.

—No todo el mundo sabe valorar lo que tira. —Josh me rodeó la cintura con un brazo—. Algún día te encantará tanto como a mí.

Los latidos de mi corazón ahogaron el sonido de nuestros pasos al andar.

—Lo de que te encanta no va en serio, ¿no?

Me miró extrañado.

—A ver, no me colaría en un edificio en llamas para salvarlo de la destrucción, pero le tengo cariño. Me recuerda al campamento de arte.

Su respuesta me pilló muy por sorpresa.

—¿Fuiste a un campamento de arte?

—Sí, un verano, cuando tenía ocho años. —Hizo una mueca—. Me sirvió para darme cuenta de que el arte, eh..., no es mi fuerte. Así que me pasé al baloncesto.

—Guau. —De repente lo entendía todo—. Con razón tienes un gusto tan penoso para el arte. ¡Te recuerda a ti!

A modo de reprimenda, Josh me dio un cachetazo en el culo y yo me reí.

—No me puedo creer que acabes de admitir que no eres el mejor en algo —dije mientras llegábamos a su casa—. Recuérdame que apunte la fecha en el calendario. Esto es un momento histórico.

—Qué graciosa. —Abrió la puerta y esperó a que yo entrara antes de hacerlo él—. No vayas contándolo por ahí, porque no muestro mis debilidades con cualquiera. Mi falta de talento artístico es un tema muy sensible.

—¿Ah, sí? —Traté de contener la sonrisa, pero no lo logré—. Ahora me siento especial.

—Deberías. Aunque a veces puedes llegar a ser jodidamente enervante y una tocapelotas...

Se me desdibujó la sonrisa.

—¡Oye!

—Eres una de las pocas personas en quien confío. —Me envolvió con los brazos por la cintura y me acercó a él con una expresión más relajada—. Jamás pensé que fuera a decir esto, sobre todo teniendo en cuenta nuestro pasado, pero incluso cuando no nos aguantábamos, siempre pude confiar en ti porque sabía que serías sincera conmigo. Después de lo que pasó con Michael y Alex... —Tragó saliva y se le movió la nuez—. Eso significa más de lo que puedas llegarte a imaginar.

Sus conmovedoras palabras cargaron de peso la ligereza que había acompañado nuestra conversación hasta hacía un momento.

Ay, Señor.

—Eh... —La culpabilidad se meció en mi estómago como las olas del mar en pleno temporal. «Díselo»—. Josh, mi...

«Mi ex me está chantajeando. Tiene un vídeo en el cual aparezco teniendo relaciones sexuales con un tío *random* y dejando que me haga cosas obscenas para que así él pudiera robarle. Soy una ladrona y una mentirosa, y tus instintos sobre mí han sido ciertos desde el principio.»

Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero se negaban a salir. Escondía un secreto y no era pequeño. Había sido una delincuente, y había un vídeo mío teniendo relaciones sexuales con un hombre que, para mí, era casi un completo desconocido.

Entendería que, después de enterarse, Josh se alejara de mí.

Solo con pensarlo se me encogió el corazón.

—Ya me conoces —conseguí articular finalmente—. Si tengo un único defecto es que soy sincera como la que más. —Me esforcé para dibujar lo que esperaba que colase como una sonrisa.

—Énfasis en *defecto* —bromeó—. Pero no pasa nada. No todo el mundo puede ser tan perfecto como yo.

Me rozó la boca con sus labios, me agarró por detrás del cuello y me besó profundamente.

Le devolví el beso, intentando grabar cada detalle en mi memoria.

El cálido sabor a *whisky* de sus labios. La firmeza de su tacto. Su aroma limpio y embriagante, y cómo sus músculos encajaban con mi cuerpo.

Cuidé ese beso como si fuera el último que nos dábamos porque, dependiendo de cómo evolucionaran los siguientes días, quizás no habría otro.

42

Jules

Cuatro días después, asalté la casa de Josh.

A ver, *asaltar* igual es una expresión un poco fuerte porque sabía dónde guardaba la llave de repuesto; lo que Josh desconocía es que yo había entrado en su casa mientras él seguía en el trabajo. Además, tenía que hacer que pareciera que alguien había entrado a la fuerza.

Después de una semana dando vueltas en la cama y atormentándome, por fin había trazado un plan. No era el mejor plan del mundo porque dependía de la suerte y de que me ayudara alguien a quien apenas conocía, pero de eso ya me ocuparía llegado el momento.

En primer lugar, tenía que robar el cuadro y quitarme a Max de encima antes de la fecha límite. Luego me encargaría de deshacerme del control que ejercía sobre mí; en otras palabras: tenía que destruir el vídeo en el que salía yo manteniendo relaciones sexuales.

Mientras escrudiñaba la maceta con plantas que tenía Josh en el porche, sentía mi propio pulso en los oídos. Josh tenía turno de noche y no volvería hasta la mañana; aun así, cada vez que se movía una ramita o pasaba un coche, yo me quedaba petrificada.

Al cabo de unos cuantos minutos buscando en la oscuridad —no quería encender la linterna del móvil y alarmar a los vecinos—, vi el pálido resplandor plateado de la llave. Volví a colocar bien la tierra antes de abrir la puerta y colarme en la silenciosa casa.

Sin el calor de Josh, todavía era más amenazante. Cada sombra era una guarida para los monstruos; cada crujido, un disparo que perforaba mis nervios ya hechos añicos.

Llevaba un gorro de punto y una capa de sudor me envolvió la frente mientras atravesaba el salón y me dirigía hacia su cuarto. Por suerte, la habitación de Josh no era el Louvre y la obra tampoco era la *Mona Lisa*. Solo tenía que descolgar el cuadro del gancho y meterlo en mi enorme carpeta.

Nada de alarmas estridentes ni de guardias de seguridad irrumpiendo por la puerta a punta de pistola.

Resultaba incluso espeluznante de lo fácil que era.

Cuando alguien confiaba en ti, no tenías que esforzarte demasiado para burlar su protección.

La culpabilidad se abrió camino en mi pecho mientras inspeccionaba el cuarto de Josh para ver qué más podía hurtar. Si le robaba solo el cuadro, sería demasiado sospechoso.

No tuve el coraje de mangarle el ordenador, pero pillé un reloj de muñeca, un pequeño fajo de dinero en efectivo para emergencias que tenía escondido en el fondo del cajón de los calcetines y el iPad. Lo guardaría todo bien guardado hasta que pudiera devolvérselo una vez mi plan hubiera funcionado, con un poco de suerte.

Me sonó el móvil mientras le desordenaba la habitación y abría todos los cajones.

Con el desconcierto, me di un golpe en la cadera con la punta de la cómoda.

—Mierda.

Debería haber silenciado el teléfono. Había sido un descuidado error de principiante y, mientras abría el mensaje, me maldije por haberlo cometido.

Stella: ¿Canguro o koala?

Era la pregunta encriptada que utilizábamos para asegurarnos de que la otra estaba bien. Solo nosotras conocíamos la respuesta sinsentido a esa interrogación, así que, en caso de que nos secuestraran o algo por el estilo, nadie podía fingir ser nosotras por mensaje.

Respondí rápidamente:

Yo: Sugus de fresa.

Si íbamos a volver más tarde de lo habitual, Stella y yo siempre nos avisábamos. A la mierda eso de esperar veinticuatro horas antes de hacer saltar las alarmas en caso de que tu compañera de piso hubiera desaparecido hacía un día; si alguien se metía con una, la otra se enteraría casi de inmediato.

Pensé que Stella llegaría a casa más tarde. Me había dicho que tenía que trabajar en un evento, y normalmente solían durar hasta medianoche.

Stella: :) ¿Cita?
Stella: Uno de estos días tendrás que decirme quién es el Chico Misterio.

Sabía que estaba saliendo con alguien; lo que no sabía era con quién.

Me quedé mirando sus mensajes un segundo más antes de volver a guardarme el teléfono en el bolsillo. No tenía tiempo para contarle los detalles de mi relación con Josh. Si no sacaba el plan adelante, no habría nada que contar porque se habría terminado.

Una náusea que me resultaba familiar se apoderó de mi estómago.

—Basta —susurré—. Mi plan funcionará.

«Mi plan funcionará. Mi plan funcionará.»

Fui repitiéndome ese mantra en silencio mientras acababa de desordenarlo todo para fingir un robo-medio-de-mentira-medio-de-verdad. Dejé la puerta de la entrada abierta, volví a plantar la llave en la maceta y recé por que no entraran ladrones de verdad antes de que Josh volviera a casa.

Como vivía cerca de Thayer, su vecindario estaba espeluznantemente tranquilo en verano. Nada de ruidosas fiestas en casa, nada de alumnos charlando mientras iban de casa al bar o viceversa, y nadie que pudiera pararme mientras me alejaba calle abajo con mi botín.

Mi yo racional sabía que no había nada manifiestamente sospechoso en una mujer andando por la noche con una carpeta en la mano. Mi yo paranoico, en cambio, estaba convencido de que la carpeta era como una señal de neón que le gritaba al mundo entero que era una persona terrible.

«¡Mentirosa! ¡Ladrona! ¡No confiéis en ella!», gritaba la carpeta.

Genial. Ahora oía voces de objetos inanimados.

Agarré la carpeta con más fuerza y aceleré el paso hasta que llegué a la estación del metro. Una vez allí, volví a coger el teléfono y escribí a Max:

Yo: Lo tengo.
Yo: Te lo dejo ahora.

No quería tener el cuadro más rato del necesario.

Max: Son casi las once de la noche. ¿Dónde están tus modales?
Max: A no ser, claro está, que quieras darme algo más...

Su sugerencia hizo que me entraran ganas de vomitar. Bastante asco me daba ya pensar que en su día me había acostado con él. Me prendería fuego antes que dejar que me volviera a poner una mano encima.

Yo: Mándame la dirección, Max.
Yo: O tiro el cuadro al Potomac.

No iba a hacerlo, evidentemente, pero si tenía cualquier posibilidad de tocarle los huevos, lo haría.

Max: Ya no eres divertida, J.

A pesar de su queja, me envió la dirección. Una búsqueda rápida en Google me dijo que se trataba de un hotel cerca de barrio NoMa.

Max me consideraba una amenaza tan insignificante que ni siquiera se molestó en esconderme su paradero. No sabía si sentirme aliviada u ofendida.

Cuando llegué al hotel, la recepcionista ni siquiera me miró. Crucé el vestíbulo y cogí el ascensor para subir al noveno piso.

La falta de seguridad no me sorprendió. Aquel lugar no era precisamente el Ritz-Carlton. Había trozos de papel de pared separados del yeso y enroscados en tiras amarillas, la moqueta era tan delgada que notaba el suelo de madera que se escondía debajo y el pasillo apestaba a humo de tabaco.

Me detuve dubitativa frente a la puerta de la habitación de Max. Quedar con él en medio de la noche en un hotel cuestionable no era la mejor idea del mundo. Max siempre había desestimado la violencia física y decía que era una técnica de manipulación «inferior», pero ese era el Max de hacía siete años. Y la gente podía cambiar mucho en siete años, sobre todo si había pasado gran parte de ese tiempo entre rejas.

Justo cuando estaba a punto de marcharme y mandarle un mensaje con una excusa sobre por qué al final no había podido ir, se abrió la puerta.

—Jules. —Max sonrió; parecía sospechosamente normal, con sus vaqueros y su camiseta blanca de algodón—. Me he imaginado que serías tú. —Repiqueteó la pared con los nudillos—. Las paredes son finas. He oído tus pasos a la legua.

—Felicidades. —Le tiré la carpeta. Había guardado el resto de las pertenencias de Josh en otro bolso que llevaba escondido dentro de la chaqueta—. Aquí tienes tu estúpido cuadro.

—¿Aquí? ¿En medio del pasillo? —Chasqueó la lengua—. Qué malas formas. ¿Y si nos ve alguien?

—Estoy bastante convencida de que podríamos traficar con drogas en el vestíbulo y no se percataría ni un alma.

—Quedarse en un hotel como este tiene sus ventajas. —Aun así, Max dio un paso hacia atrás para entrar en su habitación y quedar fuera del ángulo de visión de cualquiera que estuviese caminando por el pasillo; una vez dentro, sacó el cuadro. Lo examinó con una sutil mueca en la cara—. Es verdaderamente espantoso.

—Pues devuélvelo. —Había que intentarlo.

Max rio entre dientes.

—Me alegra ver que todavía tienes sentido del humor. No. —Volvió a meter la pintura en la carpeta—. Cuesta un pastón.

—Vale. Ahora que ya lo tienes —dije con brusquedad—, entiendo que te marcharás pronto.

Max me miró fijamente y yo aguanté la respiración con la esperanza de que mordiera el anzuelo y me dijera cuándo tenía pensado irse. Necesitaba saber de cuánto tiempo disponía para ejecutar la segunda parte de mi plan.

—Tranquila. El fin de semana ya estaré fuera —me contó arrastrando las palabras—. Pero eso no significa que no vuelva a ponerme en contacto contigo más adelante, si te echo de menos. Solíamos pasarlo muy bien juntos.

Me callé una réplica mordaz. Cuanto más tiempo me quedara aquí, más probabilidades había de que metiera la pata. Además, no quería darle a Max la satisfacción de ver cómo me sacaba de mis casillas.

Di media vuelta y me dirigí al ascensor sin contestarle. Llegué al metro sin que se produjera ningún incidente y, mientras el tren pasaba zumbando por el túnel en dirección a Logan Circle, me sentí más aliviada.

Fase uno, completada.

Era demasiado tarde para poner en marcha la fase dos, así que, al volver a casa, fui directa a mi habitación. Con un poco de suerte, Stella ya estaría durmiendo y no tendría que responder a ninguna de sus preguntas sobre dónde había estado.

Me desvestí, me metí en la ducha y dejé que el agua caliente me ayudara a deshacerme de la pegajosa pátina de culpabilidad que se me había pegado a la piel.

Era más de medianoche. Max tenía el cuadro y Josh llegaría a casa en menos de siete horas.

Ya no podía dar marcha atrás.

Un aire pesado y lleno de vapor me obstruía las fosas nasales a cada somera respiración cuando me imaginaba la reacción de Josh al ver el «allanamiento de morada».

«No. No pasa nada. Se lo devolveré todo, incluido el cuadro.»

Quizás. Con algo de suerte.

La cabeza me iba a mil por hora mientras yo repasaba qué diría al día siguiente. Tenía que pensar en qué le diría a Josh, que sabía que inevitablemente me contaría que le habían entrado a robar, y qué le diría a la persona que iba a ayudarme.

Mi plan era simple, pero se aguantaba por una parte de realidad y otra de esperanza.

Pero funcionaría. Tenía que funcionar.

No había otra opción.

43

Josh

Algo no iba bien.

Mi casa tenía el mismo aspecto que cuando me había ido la noche anterior —las cortinas estaban corridas y las plantas que tenía en el porche estaban bien ordenadas y alineadas contra la pared—, pero aun así sentí que ocurría algo.

Miré a mi alrededor y me puse en alerta. Al no ver a nadie espiando desde detrás de los arbustos ni apuntándome con un fusil de francotirador a través de la ventana de algún vecino, me acerqué al porche con cautela.

En lugar de utilizar la llave que llevaba encima, giré el pomo y la puerta se abrió sin oponer resistencia. Me sorprendí, pero no demasiado.

Confirmaba lo que mi instinto ya había predicho: alguien había entrado en mi puta casa.

Abrí la puerta del todo. El corazón me latía con fuerza más por el cabreo que por el miedo. Dudaba que el ladrón siguiera aquí. La mayoría entraban a robar por la mañana, cuando la gente estaba trabajando. Si habían venido por la noche sería porque me habían estado espiando. Sabían que a veces tenía turno nocturno.

Aquella transgresión hizo que se me erizara la piel. Me dieron arcadas al pensar que alguien me había estado observando y había estado planeando en qué momento entrar a robar en mi casa, pero ahora no tenía tiempo para pensar en eso.

Primero tenía que ver qué me habían robado.

El sentido común me llevó a llamar al 911 y luego mirar si me habían robado algo de mucho valor. La tele seguía ahí, y la PlayStation y el balón firmado por Michael Jordan que me había regalado Ava cuando cumplí veintitrés, también. Era como si no hubieran tocado nada de la casa.

Casi me convencí de que eran todo paranoias mías y de que simplemente me había olvidado de cerrar la puerta al salir... hasta que entré en mi cuarto.

—La madre que los parió.

Me habían saqueado los cajones, me habían tirado la ropa, había botellas rotas esparcidas encima de la cómoda y me fijé en un espacio notoriamente vacío en la pared, donde antes tenía el cuadro expuesto. El ladrón me había destrozado la habitación.

Hazelburg era una de las ciudades más seguras del país, por eso no me había molestado en instalar ningún sistema de seguridad. ¿A qué fuerza cósmica había cabreado como para que me ocurriera esto?

La furia volvió a mí en una turbadora ola mientras seguía haciendo inventario de mis pertenencias. Sorprendentemente, no se habían llevado mi ordenador, pero lo que sí faltaba eran el cuadro, el dinero en efectivo para emergencias, el iPad y un reloj. Nada de demasiado valor, pero jodía igual.

El hecho de que alguien hubiera entrado en mi habitación y hubiese hurgado entre mis cosas

sin permiso hizo que se me acelerara el pulso.

Necesitaba beber algo fuerte y pasar un buen rato con un saco de boxeo para calmar la ira, pero antes tenía que esperar a que llegara la poli.

Cuando aparecieron, un agente barrió el cuarto en busca de pruebas mientras otro me tomaba declaración. Después de que enumerara lo que me habían robado, el policía frunció el ceño.

—¿O sea que los ladrones se han llevado cuatro objetos cuyo valor asciende a unos doscientos dólares en total, pero han dejado el portátil? —Sus palabras rebosaban escepticismo.

No lo culpaba. Yo tampoco lo entendía, joder.

—A lo mejor se han asustado por algo y se han ido antes de poder cogerlo. —Era la única explicación que se me ocurría.

—Mmm. —El agente arrugó todavía más la frente—. De acuerdo. Haremos todo lo que podamos para dar con el delincuente y recuperar sus objetos, pero quiero serle sincero: solo se acaba resolviendo el trece por ciento de los casos de robo.

Ya me lo imaginaba, pero en ese momento me dio la impresión de que el policía estaba tirando la toalla antes de empezar.

—Lo entiendo. —Me obligué a sonreír forzadamente—. Toda ayuda sirve. Gracias, agente.

La policía se fue al cabo de poco rato sin ninguna pista y, al marcharse, se llevaron consigo mi esperanza de recuperar lo que me habían robado. En una semana, este robo estaría acumulando polvo en el último puesto de sus casos por resolver.

El día no paraba de ir de mal en peor.

Entré en la cocina y abrí una botella de vodka mientras llamaba a Jules. Ella no podría hacer nada, pero necesitaba hablar con alguien y fue la primera persona que me vino a la mente.

—Hey, ¿qué tal?

Al oír su voz, se me destensaron sutilmente los músculos.

—Alguien ha entrado en mi puta casa a robar. —Llené un vaso de vodka y me lo bebí de un trago. El frío ardor del licor extinguió algunas de las llamas que desprendía mi cólera—. Se han llevado unos cuantos trastos. La policía se acaba de ir y me han dicho que investigarán el caso, pero, a estas alturas, el cabrón que lo ha hecho ya se debe de haber ido del estado.

Jules inhaló sorprendida y lo oí desde el otro lado de la línea.

—Madre mía.

—Sí... —Dejé el vaso, vacío, en el fregadero y puse a Jules en altavoz mientras iba hacia mi cuarto. Ahora que la policía había despejado la zona, tenía que ocuparme de limpiar el desorden que había provocado el ladrón—. Has tenido la suerte de que se han llevado ese cuadro que tanto detestabas. —Intenté destensar el ambiente—. ¿Has contratado a alguien para que me robara, Pelirroja? Porque si tanto querías deshacerte de la pintura, me lo podrías haber pedido y ya. Por ti, la habría tirado.

—Qué gracioso. —Su sonrisa sonó forzada, o quizás me lo pareció a mí a causa de la falta de sueño—. ¿Quieres que vaya?

—*Nah*. —Quería verla, pero ya tenía suficiente con lo suyo como para tener que aguantar mis mierdas—. Tú acaba de estudiar. Luego me paso, por si necesitas una pausa.

No tenía que fichar para el siguiente turno hasta bien entrada la tarde.

—Vale. —Le noté algo extraño en la voz—. Josh, eh... Siento que te haya pasado eso.

—No importa. A ver, es una putada, pero, poniéndolo en perspectiva, podría haber sido peor. Al menos estoy vivo.

—Ya —respondió en voz baja—. Empiezo las clases de repaso pronto, pero hablamos luego,

¿vale?

—*Sip*. Te... —Me quedé petrificado al darme cuenta de lo que estaba a punto de decirle—. Quedamos así —respondí sin convicción.

Colgué con el corazón aceleradísimo por el miedo.

¿Qué-cojones?

A lo mejor era por el alcohol, pero casi le había dicho las dos palabras que me había pasado la vida intentando evitar. Unas palabras que jamás creí que fuera a decirle a Jules. Y, sin embargo, en ese momento, me había parecido tan natural que casi se me escapan sin darme cuenta.

No había sido el resultado de una claridad cegadora y repentina igual que ocurría en las pelis. No habíamos compartido un intenso momento de contacto visual tras una conversación profunda ni un beso especial después de una cita mágica.

Había sido el resultado del cúmulo de un millón de pequeños momentos: la forma en la que Jules había intentado distraerme con su propaganda marina mientras veíamos *Buscando a Nemo*, su silenciosa compasión cuando le hablé de la muerte de mi paciente, su sabor y cómo su cuerpo encajaba con el mío como si fuera la última pieza del puzle de mi vida.

Había pasado de ser la última persona que quería tener cerca a ser la primera a quien recurría cuando necesitaba consuelo o sencillamente hablar con alguien.

Ojalá pudiera decir que no tenía ni idea de cómo había llegado hasta aquí, pero había ido avanzando lenta aunque constantemente hacia este momento desde aquel primer beso. Joder, incluso desde antes de ese día, con lo de Vermont y la tregua del CAML.

Pero había estado demasiado ciego como para darme cuenta de que la dirección de mi GPS había cambiado.

Hacía diez minutos, solo podía pensar en el robo de mi casa. Ahora, en cambio, eso no era más que una señal en mi radar.

Tenía que gestionar un problema de mucha más envergadura.

Es un acuerdo estrictamente físico.

Nada de enamorarse.

Pelirroja, tú te enamorarás de mí antes de que a mí se me pase la idea por la cabeza siquiera.

Los latidos de mi corazón se acentuaron.

—Jo-der.

44

Jules

Me subió el desayuno por la garganta y tuve que hacer un sobreesfuerzo para tragármelo de nuevo tras terminar la llamada con Josh.

Tenía la sensación de ser más falsa que una copia de la *Mona Lisa* colgada en el vestíbulo de un motel de mala muerte.

¿Has contratado a alguien para que me robara, Pelirroja? Porque si tanto querías deshacerte de la pintura, me lo podrías haber pedido y ya. Por ti, la habría tirado.

Me pasé la palma de la mano, sudada, por el muslo.

Stella ya se había ido a trabajar, así que me había quedado sola con los gritos de mi conciencia.

«Eres una mentirosa y una persona horrible. Josh tenía razón desde el principio», se burlaba la traicionera voz de mi subconsciente. «Eres lo peor que le haya ocurrido jamás.»

—Cállate.

«Por eso siempre acabas sola. Por eso nadie te quiere. No te mereces...»

—Cá-lla-te.

Me puse a andar de un lado al otro del salón, tratando de ahogar las inseguridades que iban sacando su horripilante cabeza.

No era mala persona. A veces tomaba malas decisiones, pero eso no me convertía en una mala persona. ¿Verdad que no?

Se me adhirió la camisa a la piel del sudor.

—No pasa nada. Tengo un plan. Se lo devolveré todo y me desharé de Max. —Pronunciar esas palabras en voz alta alivió un poco las náuseas que sentía.

No podía permitirme el lujo de autocompadecerme si quería ejecutar el resto del plan, así que me di cinco minutos más para autodespreciarme y luego me enderecé, salí del apartamento, cogí el ascensor y subí al piso de arriba.

Había llegado la hora de iniciar la fase dos.

Mientras Max siguiera teniendo ese vídeo, tendría ventaja. Y yo no era tan ingenua como para creer que se iría por más que lo «compensara». Solo conseguiría quitármelo de encima de una vez por todas si me deshacía del vídeo. No sabía si era posible destruir todas las copias de un archivo digital de forma permanente, pero estaba tan desesperada que, por lo menos, tenía que intentarlo.

La única razón por la cual no lo había hecho antes había sido porque no tenía ni idea de cómo hacerlo y no quería arriesgarme a que me saliera mal y cabrear a Max.

Sin embargo, la otra noche, mientras estaba tumbada en la cama, despierta y con la vista puesta en el techo de mi nuevo y lujoso apartamento, me di cuenta de que había una persona que

quizás supiera algo de informática y pudiera ayudarme a poner mi plan en marcha: Christian Harper; es decir, mi arrendador; es decir, el exjefe de Rhys.

Bridget nos había dicho que quien había rastreado a la persona que había filtrado las fotos en las que salían ella y Rhys el año pasado había sido Christian. No era exactamente lo mismo que borrar un vídeo del cual podía haber decenas de copias circulando por el ciberespacio, pero había que intentarlo.

El ascensor emitió un pitido y las puertas se abrieron.

Eché a andar por el pasillo hasta la puerta de Christian, que parecía una fortaleza, y llamé al timbre mientras rezaba por que estuviera en casa. No lo había visto más que un par de veces desde que Stella y yo habíamos firmado el contrato: la primera en la boda de Bridget, a la que asistió gracias a su relación con Rhys, y la segunda cuando me lo crucé en el vestíbulo.

Ayer me pasé por la oficina de Pam y no paré hasta que me hubo confirmado hasta cuándo se quedaría Christian en la ciudad. Ella soltó alguna observación mordaz del estilo «El señor Harper no está interesado en chicas como tú» —énfasis en el *tú*—, pero a mí me daba igual que pensara que quería seducir a Christian. A mí Pam me daba igual.

Volví a llamar al timbre. Max se iba este fin de semana. Si Christian no estaba en casa, estaría jodida.

Tenía un plan, pero eso no significaba que el plan fuera bueno. Dependía, en gran medida, de la suerte, y lo único que podía hacer era esperar que los dioses se apiadaran de mí y me echaran un cable.

Incluso había cogido prestado uno de los cristales de manifestación de Stella, por si me ayudaba.

Me quedé mirando la puerta, cerrada. «Venga, venga, venga...»

Cuando ya estaba a punto de aceptar la derrota, la puerta se abrió y aparecieron unos brillantes ojos de color ámbar y unos marcados pómulos.

Solo eran las ocho de la mañana, pero Christian ya iba vestido con un exquisito traje hecho a medida. Entre eso, su pelo perfectamente peinado hacia atrás y esa barba bien rasurada, parecía que llevara horas trabajando y cerrando distintos acuerdos multimillonarios.

—Señorita Ambrose. —Su calmada y suntuosa voz llenó el aire con todo su esplendor—. Un placer volverla a ver. ¿Qué puedo hacer por usted? —Miró detrás de mí, como si esperara que hubiese alguien más.

—Buenos días. Me gustaría pedirle un favor. —Fui directa al grano. Cada segundo contaba y, además, Christian Harper no parecía el tipo de hombre al que le gustara andarse por las ramas.

—Un favor. —Le brillaron los ojos, divertidos, como el *whisky* iluminado por el resplandor de una hoguera.

—Sí. —Levanté la barbilla para intentar controlar los nervios. Era paradójico que estuviera pidiéndole un favor cuando, precisamente, había sido un favor lo que me había llevado a mi situación actual, pero el universo siempre había tenido un pésimo sentido del humor—. Ayudó a Bridget y Rhys con ese... problema el año pasado y, si pudiera ayudarme con una cosa a mí también, le estaría muy agradecida. Se trata de una cuestión, eh..., digital, y tengo entendido que en estos temas usted es el mejor de los mejores.

Que nos halagaran un poquito nunca hacía daño, ¿no?

—Le estaba devolviendo un favor a Rhys, no haciéndole uno. —Christian no pareció ni inmutarse por mi cumplido—. La pregunta es: ¿por qué debería ayudarla? —Su sonrisa, aunque educada, no hizo más que afilar su ya cortante pregunta.

Titubeé.

—P-porque... ¿es buena persona?

Me había reducido el alquiler mensual a una miseria en comparación con el precio inicial sin ningún tipo de compromiso. Al menos, no que saltara a la vista.

A lo mejor debería haber elaborado un poco más mi plan.

La sonrisa de Christian desapareció.

—Su mayor error, señorita Ambrose, sería dar por sentado que soy buena persona —respondió con un tono de voz suave.

El desasosiego me recorrió la espalda. Aun así, insistí. No tenía otra opción.

—No tiene que ser buena persona para ayudarme. Le devolveré el favor.

Teniendo en cuenta que yo no sabía absolutamente nada sobre Christian Harper, hacer aquella promesa fue un movimiento osado. Podía acabar en la misma situación en la que me encontraba con Max, pero con él. Sin embargo, era amigo de Rhys, y él era leal; eso ya decía algo, ¿no?

—Rhys era mi mejor trabajador, un exmilitar de las Fuerzas de Operaciones Especiales de la Marina y el futuro príncipe consorte de Eldorra —señaló Christian—. ¿Qué puede ofrecerme usted?

—¿Asesoramiento legal profesional?

—Pago a un equipo de abogados por anticipado para que me asesoren.

—¿Un pastel personalizado de Crumble & Bake a modo de agradecimiento?

—Yo no como dulces.

Eso no podía ser. ¿Qué clase de monstruo no comía dulces?

Me mordí el labio inferior mientras intentaba dar con otra alternativa.

—¿Mi gratitud eterna? Lo elogiaré delante de todas mis amigas.

Christian ladeó la cabeza con una mirada pensativa.

Tenía que ser una broma. Lo había dicho en plan coña.

—Un favor suyo a cambio de uno mío —dijo—. Y decidiré cuál más adelante.

El recelo se hizo hueco en mi estómago. Sonaba sospechosamente igual a lo que me había pedido Max, aunque con él la situación era aún más turbia.

—¿Qué clase de favor?

Juro por Dios que como Christian me pidiera que me acostara con él...

—Nada sexual ni ilegal —me garantizó, aunque sus palabras no aliviaron mi preocupación. Tenía una experiencia de mierda con lo primero—. Esa es mi oferta. ¿La toma o la deja?

Aceptar un favor por determinar no era una brillante idea, pero no podía permitirme el lujo de planear algo a largo plazo ante una emergencia inminente. Además, Christian era el director ejecutivo de una respetada organización, no un delincuente como el pedazo de escoria de Max.

«Ojalá no me arrepienta de esto.»

—La tomo.

A Christian se le iluminó la mirada.

Me daba la sensación de que acababa de sellar un pacto con el diablo y no conseguía quitármela de encima. Pero, quisiera el favor que quisiera en el futuro, valdría la pena con tal de disipar la negra nube de mi vídeo sexual de una vez por todas.

¿No?

—Excelente. —Abrió más la puerta—. No tengo ninguna otra reunión hasta las ocho y media. Tiene once minutos.

Lo seguí por el ático y le conté mi situación: lo del vídeo, las amenazantes extorsiones de

Max, mis ansias por deshacerme definitivamente de la grabación. Me salté la parte en la que antes yo robaba para conseguir dinero; ni a Christian le hacía falta saber eso ni yo tenía tiempo de entrar en detalles.

—Ya veo. —Parecía que mi dilema incluso le aburriera.

En parte me molestaba que no le diera importancia a la gravedad del asunto, pero en parte tenía la esperanza de que su tranquilidad fuera sinónimo de que había solución.

Christian no volvió a pronunciar ni una palabra hasta que llegamos a su biblioteca privada. Había dos paredes cubiertas con estanterías repletas de libros de arriba abajo y en las demás se esculpían unos recovecos enormes tallados por las ventanas que, a su vez, bañaban la sala de la radiante luz matutina.

En medio de la habitación, había un hombre con un traje que parecía igual de caro que el de Christian. Estaba hablando por teléfono, en italiano, a una velocidad vertiginosa y con una expresión que evidenciaba su enojo; en cuanto nos vio, colgó abruptamente.

—Dante, confío en que todo va bien —dijo Christian, obviando el hecho de que el otro hombre acababa de sonar como si quisiera matar a alguien a plena luz del día.

Dante forzó una breve sonrisa.

—Por supuesto que sí. —Desvió la vista hacia mí y sentí su ávida curiosidad por toda la piel.

Parecía algo mayor que Christian; debería tener unos treinta y pico, quizás, pero eso le sumaba encanto. No era objetivamente atractivo como Christian, pero rezumaba una fuerte masculinidad que haría perder la cabeza a más de una mujer. Su grueso y oscuro pelo y su figura musculada tampoco estaban nada mal.

—No sabía que tuviera compañía —le comenté a Christian. Me parecía un poco temprano como para tener una reunión a esas horas, pero ¿yo qué iba a saber? El director ejecutivo era él.

—Yo ya me iba. —Dante me tendió la mano. Me fijé en unos relucientes gemelos con unas minúsculas uves grabadas que llevaba en las mangas de la camisa—. Dante Russo.

—Jules Ambrose.

Asintió escuetamente y le lanzó una indescifrable mirada a Christian.

—Luego seguimos con la conversación. Se acaba de morir mi abuelo. —Anunció aquella noticia como quien decía que se iba a comprar al súper.

Yo me quedé estupefacta y abrí los ojos como platos, pero Christian ni pestañeó siquiera.

—Claro.

Una vez Dante se hubo marchado, Christian se acercó al ordenador que tenía en una esquina y tecleó algo. Al cabo de un minuto, la impresora escupió una hoja de papel y él me la tendió, junto con un bolígrafo.

Los gemelos resplandecieron al entrar en contacto con la luz y me di cuenta de que tenían gravadas las mismas uves que las que había visto en los gemelos de Dante.

—Fírmelo y yo me ocupo de lo del vídeo.

Leí el texto por encima.

—¿Tiene un contrato para los favores? —pregunté haciendo énfasis en la última palabra. Era un acuerdo tipo en el que se enumeraban las condiciones de nuestro trato pero, en caso de que yo lo incumpliera, me responsabilizaba de pagar... Pestañeé para asegurarme de que lo estaba leyendo bien—. ¡¿Dos MILLONES de dólares?! Esto tiene que ser una broma.

—Yo no hago bromas con los negocios, y cualquier cosa que requiera mi tiempo y mis habilidades la considero un negocio. —Christian señaló el papel con la cabeza—. Como imagino que ya sabrá, señorita Ambrose, los contratos protegen a ambas partes. Si se diera el caso de que

yo no pudiera cumplir mi parte del acuerdo, el contrato se anularía. En caso de que lo incumpliera, yo también me haría responsable de pagar dos millones de dólares. Es lo justo.

Sí. El problema era que, para él, pagar dos millones no era nada y para mí era imposible.

—Esas son mis condiciones. Todavía no hemos firmado nada, así que aún puede echarse atrás. —Se encogió de hombros con suma elegancia—. Usted elige.

Acababa haciéndole un favor por determinar o le debería dos millones de dólares...

La incertidumbre me asaltó la cabeza.

¿Cuántas probabilidades había de que me pidiera que hiciera algo realmente terrible? Me había dicho que no se trataría de nada sexual ni ilegal.

Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que me arrepintiera de haber aceptado sus condiciones, pero mis ansias por deshacerme de Max eran superiores a todo lo demás.

Garabateé mi firma en la línea pertinente y le devolví el contrato. Christian firmó a continuación.

Hala. Habíamos hecho negocios, oficialmente.

—Es bastante complicado eliminar algo para siempre cuando ya está en el mundo digital, pero no es imposible —anunció Christian.

Para mí.

Oí aquella insinuación en su frase alta y clara.

La congoja que sentía en el estómago se atenuó un poco. No lo conocía demasiado, pero sabía que Christian Harper era jodidamente bueno en lo suyo. No había creado la empresa de seguridad de más alto *standing* del mundo a base de holgazanear.

—Sin embargo, lo que sí que necesitaré será que me ayude en una parte del plan. Puedo pedirles a mis hombres que se ocupen ellos, pero será mucho más fácil si lo hacemos así. —Christian sonrió—. Lo que tiene que hacer es...

45

Jules

Volví al hotel de Max al día siguiente, por la tarde.

Las instrucciones que me había dado Christian eran sencillas, por no decir fáciles, y no tenía sentido alargar lo inevitable.

Solo había dos opciones: o el plan salía bien, o fracasaba.

Llamé a la puerta de la habitación de Max con los nudillos, plenamente consciente del hombre que había escondido en un nicho al final del pasillo. Christian había enviado a uno de sus hombres para que me acompañara. Kage se esperaría donde Max no pudiera verlo hasta que yo hubiese entrado en su cuarto y, a continuación, él vigilaría todo lo que ocurría a través de mi colgante, que escondía una magnífica cámara. Por lo visto, Kage tenía una especie de aparato capaz de desactivar el lector de tarjetas de la puerta por si la cosa con Max se ponía fea.

—Jules. —Max me dedicó una amable sonrisa, pero me miró sospechoso—. No esperaba volver a verte por aquí. ¿Has vuelto a por tu... comisión? —Bajó la mirada hasta mi pecho.

Se me erizó la piel ante su lascivo escrutinio, pero me obligué a seguir actuando medio civilizadamente para poder entrar en su habitación.

—No, pero tengo que contarte algo importante sobre el cuadro. —Paseé la vista por el pasillo, paranoica por si alguien nos oía—. Mejor hablamos dentro.

Max entrecerró los ojos. Por un segundo, temí que fuera a rechazar mi propuesta; sin embargo, al cabo de unos largos y agonizantes segundos, abrió un poco más la puerta para dejarme pasar.

Entré y estudié el cuarto con la mirada, en busca de su ordenador. Si lo había guardado...

Al ver el ordenador abierto en el escritorio, me sentí aliviada. Gracias a Dios. Si no lo veía, Kage hubiera tenido que distraerlo para que yo pudiera buscar el aparato, pero ahora me resultaba mucho más fácil.

—¿Qué querías decirme? —Al ver que yo permanecía en silencio, Max se impacientó.

Me giré para mirarlo mientras caminaba hacia atrás para acercarme al escritorio.

—Creo que el cuadro que te di es falso. —Me metí las manos en el bolsillo de la sudadera con tanta naturalidad como pude.

Cerré los dedos alrededor del diminuto artefacto que me había dado Christian y tosí discretamente para que no se oyera el sutil pitido que sonó al encender el dispositivo.

Era una herramienta de piratería que Christian había desarrollado personalmente. Me había contado cómo funcionaba, pero yo no había pillado la terminología técnica. Lo que sí sabía era que tenía que estar a menos de un metro y medio del aparato que se deseara hackear y que no se podía encender hasta que estuviera a esa distancia; de lo contrario, se conectaría a una red distinta. O algo así.

Confiaba en que Christian supiera lo que hacía, así que seguí sus instrucciones al pie de la

letra a pesar de que solo entendía la mitad de lo que me había contado.

—¿El que robaste de la casa de tu novio? No. —Me sobresalté, sorprendida, y Max sonrió—. ¿Pensabas que no sabía que te estabas tirando al médico? Después de haber localizado el cuadro, tuve que hacer un reconocimiento de su casa. Te vi entrando y saliendo de ahí a cualquier hora del día. No hay que ser un genio para imaginar qué estabais haciendo. —Su sonrisa adoptó una forma más desagradable—. La que nace puta, puta muere.

La ira hizo que me subieran los colores.

—¿Eso es lo mejor que se te ha ocurrido? Insultar ya está desfasado, Max. O te buscas otra forma de ofenderme, o ni te molestes en encontrarla; al fin y al cabo, si he venido aquí ha sido para ayudarte.

«Venga, Christian.»

Me dijo que el dispositivo tardaría dos minutos en conectarse al ordenador y que, luego, necesitaría entre cinco y diez minutos más para encontrar el vídeo, todo eso dependiendo de cuántos archivos tuviera Max. Visto con perspectiva, había tenido suerte de que Max me hubiese enviado aquellos pantallazos para tocarme las narices a lo largo de las últimas semanas, porque ahora Christian podría utilizarlos para saber qué buscar. De no haber sido así, el *software* de Christian tardaría muchísimo más en analizar todos los vídeos.

Habíamos quedado en que me mandaría un mensaje cuando hubiera encontrado y destruido todas las copias existentes. Había personalizado el tono de su contacto para que, en cuanto recibiera el mensaje, supiera que era él sin tener que mirar el móvil.

—¿Para ayudarme? —Max se me quedó mirando con aún más sospecha que antes—. ¿Y por qué ibas a hacer tú eso?

—Porque no quiero que vuelvas luego y me eches la culpa. Quiero que esto —nos señalé a los dos— termine cuanto antes. —Eché una ojeada rápida al reloj. Mierda. No habían pasado ni cinco minutos. Tenía que seguir sacando tema de conversación—. ¿Cómo sabes que el cuadro no es falso?

—Mis amigos me lo han confirmado —dijo secamente—. Además, todo el mundo piensa que es una mierda de cuadro. Nadie haría una copia falsa de eso, Jules. —Se me acercó. Al entrar en contacto con aquella moqueta de papel de fumar azul, sus pasos sonaron pesados.

Me obligué a no soltar un gruñido. Kage seguía esperando fuera, pero estar encerrada en la habitación de un hotel con Max me daba pánico y sentía que el corazón se me iba a salir de sitio.

—Pero ¿qué tiene ese cuadro de especial? Es horroroso. —Debería haberme puesto algo más aparte de la sudadera; se me pegaba a la piel y me estaba sofocando. El calor que sentía en el tronco me fue subiendo hacia la cara y me daba la impresión de que me iba a quemar viva en una especie de incineradora propia.

—El valor y la belleza de algo no siempre van de la mano. —Max me miró de arriba abajo en una evidente insinuación—. Ese cuadro es uno de los pocos que pertenecieron a un famoso coleccionista europeo. En según qué círculos, se pagaría muchísima pasta por él, pero lo vendieron en una liquidación de patrimonio por error y fue pasando de propietario en propietario hasta que lo localicé y vi que lo tenía tu novio, en su casa. Llegar hasta ahí nos costó mucho papeleo y sobornos, pero lo conseguimos. —Le brillaron los ojos mezquinamente divertidos—. Imagínate la ilusión que me hizo descubrir tu vínculo con el propietario actual. Fue como si la suerte me hubiese caído del cielo.

No, si ya. Era como si el pasatiempo de la suerte fuera tocarme los ovarios.

—¿Le contaste algo del cuadro? —se interesó Max—. ¿O le hiciste una mamada de la hostia

y te lo dio sin rechistar?

—Al menos él sabe qué hacer con la polla, a diferencia de otros —dije con zaherimiento—. Chupársela no me supone ningún esfuerzo.

Max quería meter el dedo en la llaga de las inseguridades del pasado, pero me negué a dejar que me humillara por disfrutar del sexo, joder.

Los tíos se acostaban con distintas mujeres y los alababan por ser unos casanovas, pero si las mujeres hacíamos lo mismo, nos tachaban de zorras. Era un doble rasero anticuado a más no poder, y yo ya estaba hasta los mismísimos.

Sentí una ola de satisfacción al ver lo rojo que se ponía. Una verdad universal sobre los hombres: no hay nada que les hiera más el ego ni que los cabree más que cuestionar su virilidad.

—Cuidado, Jules. —Las palabras de Max iban acompañadas de una ira helada, pero se le iba cayendo la máscara. Se veía en la forma en que le temblaba el ojo y en cómo le latía una vena en la frente. Bajo toda esa falsa «amabilidad» había un mierdas frágil que estaba a un insulto de explotar.

Tragué saliva para deshacerme de la inquietud que sentía. «No pasa nada. Kage está justo fuera.»

—Solo tengo que darle a un botón. Eso es todo lo que tengo que hacer para que todo el mundo se entere de lo zorra que llegas a ser. Me pregunto qué dirá tu novio cuando vea a otro tío follándote por detrás y corriéndose en tu cara. O qué dirán los de Silver & Klein cuando vean lo que hace una de sus posibles futuras trabajadoras en su tiempo libre. —Ladeó la cabeza y le resplandecieron los ojos con malicia—. A lo mejor lo subo a alguna página porno. Así cobraría. Hoy en día, es complicado conseguir curro después de haber estado en la cárcel. Uno tiene que hacer lo que sea con tal de poder comer.

El aparato de metal se me clavó en las palmas. Sentía que me quedaba sin aire solo con pensar en la posibilidad de que el vídeo acabara en Internet y pudiera verlo todo el mundo; solo con pensar que tíos a los que no conocía de nada se pajearan viendo uno de los peores momentos de mi vida.

No debería haber provocado a Max tan rápidamente. ¿Y si Christian no conseguía borrar el vídeo? ¿Y si se olvidaba de una copia? ¿Y si...?

Sonó la dulce melodía del tono personalizado del móvil de Christian.

Ese mismo que le había puesto para saber que ya había terminado.

Sentí que se me desbocaba el corazón. Ahora que ya había llegado el momento, era incapaz de decir nada. ¿Hasta qué punto podía confiar en que Christian habría hecho lo prometido de verdad? Podría haberse dejado un archivo muy fácilmente. En el ciberespacio, nada desaparecía por completo. Además, ¿y si Max tenía una copia física del vídeo?

Sentí que las paredes a mi alrededor se iban cerrando y me aprisionaban entre un empapelado floral de color amarillo y el olor a moho.

«No puedo respirar, no puedo respirar, nopuedorespirarnopuedorespirarnopuedorespirar...»

La música volvió a sonar otra vez, rompiendo, impaciente, el silencio. Christian debería estar viéndolo todo a través de la cámara y preguntándose por qué no había dicho o hecho nada más.

Cogí aire profundamente.

Había llegado hasta aquí. Ya no había marcha atrás.

—De hecho —dije—, quizás te interesaría mirar el móvil. A ver si sigues teniendo el vídeo. En el ciberespacio, las cosas siempre se acaban perdiendo.

Max se me quedó mirando y unas perlas de sudor me bañaron la frente. Casi podía ver cómo

lo estaba encajando todo: mi inesperada visita, cómo había seguido sacando tema para que la conversación no muriera, por qué me había vuelto tan insolente de golpe.

A la que lo pilló, le dio un toque al teléfono y fue mirando la pantalla, cabreado.

Gruñó y yo recuperé el aliento.

Ya estaba. Al menos, ya no tenía el vídeo en el móvil.

Max pasó por mi lado sin decir ni una palabra y fue directo al ordenador. Tecleó frenéticamente; en medio de ese silencio, cada tecla que pulsaba sonaba como un disparo.

Fui hacia la puerta sin quitarle los ojos de encima. Su reacción me lo diría todo: si Christian había destruido todas las copias que poseía Max o si todavía le quedaba alguna en algún rincón.

Cuando por fin levantó la vista, su rostro se transformó en una expresión de ira y a mí me fallaron las rodillas, aliviada.

Después de años preocupándome por el vídeo, por fin había desaparecido.

Ya no había nada que me atara a él.

—¿Qué has hecho? —preguntó entre dientes.

—Apropiarme de lo que me pertenece: el control sobre mi propio cuerpo. —La pesada presión que sentía en mi interior desapareció de forma tan repentina que, de no haber sido porque estaba aterrada de que cualquier movimiento que pudiera hacer fuera a quebrar este delicado sueño, habría salido volando. Aquella presión me había acompañado durante tanto tiempo que ni siquiera me había dado cuenta de su presencia hasta que se hubo disipado—. Y también quiero que me devuelvas el cuadro. No te pertenece, ni a ti ni a tus amigos.

Max se movió tan rápidamente que ni siquiera tuve tiempo de pestañear antes de que me agarrase la muñeca con toda la fuerza del mundo. Sentí un dolor que se me subió por todo el brazo y solté un grito.

—Zorra de mierda... —Solo llegó a decir esa media frase, porque entonces unas manos tatuadas lo apartaron de mí de un tirón y lo tiraron a un lado como si no fuera más que una muñeca de trapo.

Kage.

Había entrado en el cuarto sin que nos diéramos cuenta.

—A la señorita, ni tocarla —gruñó Kage.

Max, que estaba en *shock*, escupió mientras miraba al otro hombre, un tipo musculado y de casi metro noventa.

—¿Y tú quién coño eres?

Kage se cruzó de brazos. No respondió.

—El cuadro, Max. —Todavía me dolía la muñeca que me había agarrado antes, pero hice como si nada—. ¿Dónde está?

Él apretó la mandíbula, cabreado, pero no fue tan tonto como para poner a prueba hasta qué punto podía ser violento Kage.

—En el armario —espetó—. En la carpeta.

Miré a Kage y este asintió. Él vigiló a Max mientras yo cogía la carpeta del armario y abría la cremallera. El cuadro estaba dentro de aquella tela negra, sano y salvo, y horrible como siempre.

Gracias a Dios.

—Esto no se ha acabado —soltó Max mientras yo me dirigía hacia la puerta. Había intentado controlar su evidente ira, pero en sus ojos brillaban el enfado y el terror. Entendí que a sus «amigos» no les haría demasiada gracia que hubiera perdido el cuadro.

—¿Crees que acabas de resolver todos tus problemas porque te has deshecho del vídeo y has

recuperado el cuadro? Porque sigues siendo una zorra y una mentirosa. Y, en algún momento, tu novio lo descubrirá todo y te abandonará, como todo el mundo. Como yo mismo había pensado hacer antes de que te escabulleras en plena noche cual cobarde.

Me detuve en el marco de la puerta. Max estaba intentándolo todo para desestabilizarme. Algunos de sus comentarios no me afectaron; otros, en cambio, rascaron la costra de algunas heridas que aún estaban sanando y volvieron a sangrar.

Me imaginé a Josh descubriéndolo todo y una pátina de sudor me cubrió las palmas de las manos.

—A lo mejor acelero un poquito el proceso y todo. Puedo avisar al señor médico de quién fue exactamente la persona que allanó su casa. Seguro que agradecerá saber la verdad. —El veneno de las palabras de Max se me filtró en las venas.

El gruñido grave de Kage llenó el aire. Dio un paso hacia Max, pero estiré el brazo para frenarlo.

Esta batalla no le tocaba librarla a él.

—¿Sabes qué, Max? Que sí se ha acabado. —Se me resbaló la tira de la carpeta—. Ya no tienes el vídeo. No tienes ninguna prueba de nada de lo que ocurrió en Ohio. Si la tuvieras, ya la habrías utilizado. Y puedes intentar —enfaticé esa palabra— contárselo a Josh, pero me creerá a mí antes que a ti. Ya no puedes chantajearme.

Max empalideció. Apretó los puños y empezó a respirar superficialmente.

Sin su coraza hecha a base de extorsión, parecía más pequeño. Débil, igual que el Mago de Oz al correr la cortina.

En mi estómago brotó una extraña e inesperada semilla de compasión. A pesar de las terribles cosas que Max había hecho, también me había salvado de mi madre después de que esta me echara de casa. Cierto es que me arrastró por un camino del que no me sentía orgullosa, pero, sin él, quizás hubiera acabado siendo una vagabunda.

Si me dieran la oportunidad, no dudaría en cortarle las pelotas, pero Max tenía razón. Estaba en deuda con él. No le debía dinero ni mi cuerpo, pero sí algo de reconocimiento por la historia que compartimos y que me permitiría marcharme de una vez por todas con la conciencia limpia.

—Siento que hayas estado en la cárcel todo este tiempo —dije—. Siete años es mucho, y entiendo que estés enfadado. Pero ahora ya has salido y tienes la oportunidad de empezar de cero. No te sigas aferrando aún más a tu antigua vida. —Tragué saliva con fuerza—. Es fácil quedarse atrapado en las viejas costumbres y en nuestras heridas, pero si sigues persiguiendo algo que ya no existe, nunca serás feliz. Ha llegado el momento de que dejes el pasado atrás. Yo ya lo he hecho.

Me fui y dejé a Max colorado y solo en la habitación del hotel.

Miles de pensamientos me asaltaron la cabeza mientras Kage y yo bajábamos al vestíbulo en ascensor.

Ha llegado el momento de que dejes el pasado atrás. Yo ya lo he hecho.

Pero no lo había hecho. No del todo.

Había pensado en volver a dejar los objetos robados en casa de Josh y dejar que fuera él quien descifrara por qué iba el ladrón a hacer algo así. Sin embargo, si lo hacía, mis mentiras seguirían siendo una carga toda la vida. Incluso en el caso de que Josh nunca descubriera lo ocurrido, yo sí lo sabría. Y cada vez que me besara, cada vez que me sonriera, yo sabría que le estaba escondiendo algo. Y eso me destrozaría a mí y, a la larga, a los dos.

¿Cómo se podía construir una relación a base de mentiras?

Pista: no se podía.

Las puertas del ascensor se abrieron. Crucé el vestíbulo sin apenas reparar en la espantosa moqueta naranja y aquellos andrajosos sofás.

Dejar el pasado atrás no significaba enterrarlo bajo unos nuevos cimientos y esperar que nadie fuera a encontrarlo. Significaba sacar la fealdad al descubierto y responsabilizarse de todo.

Nadie podía sanar sin aceptar sus errores.

En cuanto Kage y yo salimos del hotel, mis pensamientos se volvieron claros como el agua.

Sabía lo que tenía que hacer.

Tenía que contarle la verdad a Josh.

46

Josh

—Estás de un buen humor increíble. —Clara arqueó una ceja divertida mientras yo fichaba al terminar mi turno—. ¿La razón no empezará por «J» y acabará por «ules»?

—Ni confirmo ni desmiento —respondí casi silbando.

Dejando de lado el robo de hace unos días, mi semana había sido redonda. Había dejado todo lo de Michael atrás, Alex y yo estábamos empezando a recuperar nuestra amistad de nuevo y las cosas en el curro habían sido bastante tranquilas. Cuando trabajas en urgencias, eso significa que no ha muerto ningún paciente y que no se han producido accidentes con múltiples víctimas, a pesar de que sí habíamos tenido un caso bastante desagradable de un tío con un soplete.

Además, Jules haría el examen de abogacía en una semana, así que pronto podríamos volver a tener citas de verdad.

Yo ya había organizado nuestra primera cita postexamen: iríamos a pasar el fin de semana a Nueva York para ver un reestreno exclusivo de *Una rubia muy legal: el musical*, que solo estaría en la ciudad durante un tiempo limitado. Eso encajonado entre zamparnos un montón de comida riquísima y follar todavía más.

Tendría que volver a cambiar turnos para poder disfrutar de ese fin de semana que, con lo que ganaba como residente, me saldría por un ojo de la cara, pero Jules se lo merecía. Hacer el examen de abogacía eran palabras mayores.

—Vale. No me lo digas, pero ya lo intuyo yo. —Clara puso los ojos en blanco, simpática—. Un día de estos tendrás que reconocer que estáis saliendo, o el resto de las enfermeras no dejarán de ir detrás de ti para emparejarte.

—Lo reconoceré el día en que tú reconozcas que estás saliendo oficialmente con Tinsley. —Clara frunció el ceño y yo sonreí. Llevaba meses saliendo con Tinsley, pero seguía negándose a hacerlo oficial. Y luego la gente decía que yo era el que tenía problemas con el compromiso...—. Ya decía yo...

—Adiós, doctor Chen —contestó seca.

Reí y me despedí con la mano antes de irme.

Había quedado con Alex para ir a tomar algo esta noche, aunque todavía faltaban unas horas. Aún me daba tiempo de ducharme y echarme una minisiesta, quizás incluso pudiera buscar algunas cosas por Internet para el viaje a Nueva York. Había oído hablar de un sitio de postres cuyo helado de caramelo salado era increíble, o eso decían.

Marqué el código de seguridad al llegar a casa y la puerta se abrió. Después de lo ocurrido, una de las primeras cosas que hice fue instalar un sistema de seguridad. Me lo había recomendado Alex, así que di por hecho que sería bueno.

A ver, había sido el décimo que me había recomendado. Los nueve primeros eran caros de cojones, pero al menos este entraba dentro de su *top ten*.

Al terminar de ducharme, ya estaba medio dormido, pero el timbre me despertó de golpe.

Me puse unos pantalones de chándal y abrí la puerta. Me encontré con una grata sorpresa al ver a Jules ahí plantada.

—Hey, Pelirroja. —Le dediqué una sonrisa socarrona—. No puedes estar lejos de mí, ¿eh? Normal. —Me señalé a mí mismo—. Si es que mírame.

Iba sin camiseta. Y no quería farolear ni nada, pero mis abdominales eran una obra de arte, joder.

—Si hubiera sabido que tenías compañía, me habría esperado —respondió con sequedad. Llevaba una carpeta grande, de las de dibujo, lo cual me resultó raro porque Jules no dibujaba. A lo mejor había ido a comprar—. No quería interrumpir tu encuentro romántico semanal con tu ego.

—Diario —la corregí—. El amor propio es importantísimo para la autoestima. Pero, como estás buena, te dejo que nos interrumpas. —La invité a pasar y cerré la puerta antes de plantarle un beso en los labios—. ¿Has venido porque necesitabas una pausa entre tanto estudiar?

—Eeeh... Algo así. —Jules se acomodó el pelo detrás de la oreja; parecía nerviosa, lo cual no era normal en ella.

—Bueno, pues que sea una pausa breve. Estoy encantado de verte, pero quiero que lo petes en el examen. —Ahora me puse yo un poco nervioso—. Tengo una sorpresa para ti, para cuando ya hayas acabado.

—Qué ganas.

Al oír aquella respuesta tan poco entusiasta, arrugué la frente. Normalmente me habría perseguido e interrogado hasta que cediera y acabara diciéndole qué era.

—¿Estás bien?

—Sí. No. A ver, es que tengo que contarte algo. —Cogió aire profundamente sin mirarme a los ojos—. Es sobre el cuadro que te robaron.

—Vaaale... —Entorné los ojos—. No me vas a hacer comprar ese que vimos el otro día por Internet, ¿no? Ese de los perros jugando al póquer, quiero decir. Mola y tal, pero seguro que lo tienen miles de personas.

—No. —Rio forzadamente—. En realidad, la historia tiene gracia. Tengo el cuadro. El tuyo.

Fruncí más el ceño, confundido.

—¿Has encontrado una copia?

—No. —Jules jugueteó con la carpeta—. El original. El que te robaron de la habitación.

Se me desdibujó la sonrisa. Un mal presagio me recorrió la piel como si de una capa de hielo se tratase. ¿Cómo coño había encontrado el cuadro si ni siquiera la policía tenía pista alguna?

—¿De qué me estás hablando?

En lugar de responder, Jules fue abriendo la cremallera de la carpeta poco a poco y sacó el cuadro.

Me lo quedé mirando estupefacto.

Ahí estaba, en todo su esplendor marrón y verde. Nunca me había dado cuenta de lo desdeñosa que era esa obra, que me sonrió altiva, provocándome con su canturreo:

Sé algo que tú no sabes. Y, cuando te enteres, no te va a gustar...

—Hay más. —A Jules le temblaba la voz con tanta violencia que parecía una versión distorsionada de sí misma.

El mal presagio que sentía se convirtió en un recelo glacial cuando vi que metía la mano en el bolso y sacaba los otros tres objetos.

«No.»

Los dejó en la mesita de café con las manos igual de temblorosas que su voz.

«No, no, no.»

—Dime que has perseguido al ladrón y lo has recuperado todo. —El rugido que sentía en los oídos no me permitía oírme la voz—. Dime que el ladrón ha tenido una crisis de conciencia y lo ha dejado todo en el porche mientras yo estaba duchándome y tú lo has encontrado. ¡Joder, Jules, dime algo!

Algo distinto a lo que sospechaba, que se me había instalado como un nudo en la garganta y no me dejaba respirar.

—Lo robé yo. —La confesión de Jules me atravesó y se me clavó en el pecho como si acabaran de dispararme. El dolor me recorrió el cuerpo y me hizo estremecer—. Lo siento muchísimo. Yo no quería hacerlo. Me estaba chantajeando, y no supe qué hacer aparte de seguirle el juego, y...

El rugido de mis oídos fue cada vez más fuerte y acalló su ambigua explicación. Sus palabras se mezclaron en una especie de mancha oscura que pintó el mundo de un horrible tono gris y de un violento color rojo.

Jules era la artífice y yo estaba atrapado en una pesadilla surrealista que ella misma había maquinado.

—¿Quién? —solté en referencia a lo último que recordaba haber oído.

Tenía el cerebro aturdido, y tuve que hacer un sobreesfuerzo para escupir la palabra.

Jules se abrazó a sí misma.

—Max.

Max. El tío que conocí en el Hyacinth.

Una rabia acuosa y oscura me corrió por las venas y se coló en mi voz al oír el nombre de ese capullo engreído.

—Cuéntamelo todo desde el principio.

Escuché, atónito, mientras Jules me lo iba contando todo con mayor detalle: los trabajos que había hecho en Ohio, su relación con Max, lo del vídeo en el que salía ella manteniendo relaciones sexuales, el chantaje de él, que había sido ella quien había entrado a robarme, y cómo había conseguido deshacerse del vídeo y recuperar el cuadro.

Cuando hubo terminado, el silencio fue ensordecedor a más no poder.

—Lo siento. —Jules tragó saliva—. Debería habértelo contado antes, pero no quería arruinar lo que teníamos justo cuando empezábamos a llevarnos bien. No sabía cómo ibas a reaccionar y pensé...

—¿Qué pensaste?

—Pensé que, si te contaba lo de mi pasado, estaría demostrando que todas aquellas cosas horribles que habías pensado de mí eran ciertas. —Con cada palabra se le fue apagando un poco más la voz, como si se estuviese dando cuenta de lo jodidamente estúpida que sonaba.

Mi rabia se incrementó. Se escapó de mis venas y me envolvió el pecho entero, vaciándolo hasta que no quedaba nada más.

La mitad de mi ira iba dirigida a Max por lo que le había hecho a Jules.

La otra mitad...

«Respira.»

—Ya veo. —Por más que lo intentara, fui incapaz de aunar una pizca de amabilidad. La sangre se me heló hasta convertirse en un cubito sólido y doloroso, y temía que el mínimo

movimiento fuera a romperlo, que fuese a fragmentarlo en miles de témpanos que fueran a despellejarme desde el interior—. ¿Y por qué me lo estás contando ahora?

—Porque no quería seguir mintiéndote. Jamás he querido mentirte, pero... —Jules cogió una bocanada de aire y se armó de valor—. Quería que tú y yo empezáramos de cero, sin secretos ni mentiras.

—Ya veo —repetí. El frío que sentía en el pecho descendió unos cuantos grados más—. Te perdono.

Jules titubeó. Se le dibujó una expresión confundida en la cara al oír mis palabras con el frío tono que las acompañó.

—¿De verdad?

—Sí. —Sonreí, lo cual se me hizo raro; fue como contorsionar la boca para lograr un gesto que ya no era capaz de hacer—. Ven aquí, Pelirroja.

Su apodo me dejó un sabor amargo en la boca.

Dudó un segundo y se acercó a mí.

Estaba pálida y tenía unos oscuros círculos alrededor de los ojos. Aun así, seguía siendo la traicionera más hermosa que había visto en toda mi vida.

Le agarré el cuello por detrás y le acaricié la piel con el pulgar antes de acercarla a mí y besarla con tanto ímpetu que gimió de dolor.

—¿Te ha dolido?

Jules negó con la cabeza, tensa.

—Mejor. —La besé con más suavidad y le acaricié los labios con la lengua—. No deberías haberme mentido, Pelirroja —susurré—. Ya sabes que odio a los mentirosos.

Sentí que le temblaban sutilmente los hombros.

—Ya lo sé.

—Pero... —Le paseé la boca por la mandíbula y, luego, por el cuello—. Eres tan guapa... Eres tan dulce bajo la armadura llena de espinas que llevas... Sabes cosas de mí que nunca nadie más sabrá. —Hinqué los dientes en la curva que le unía el cuello al hombro—. ¿Cómo voy a enfadarme contigo?

Le colé la mano debajo de la falda y le acaricié el coño. Jules gimió, pero, esta vez, no estaba húmeda.

Aunque esto tenía solución.

Le metí la mano debajo de la ropa interior y la acaricié hasta qué me empapó los dedos y su cuerpo se fundió con el mío.

Mis movimientos eran fríos. Mecánicos. Los había repetido un millón de veces. Vi cómo abría la boca, gemía y se quedaba sin aire, apática.

La polla, empalmada e irritada, hizo presión contra la cremallera. Se trató de una reacción física, más que otra cosa, pero era la única parte de mi cuerpo que seguía sintiéndose viva.

Jules estaba temblando, a punto de llegar al orgasmo, pero entonces aparté la mano de un tirón.

—Arrodíllate de una puta vez.

Al oír mi ruda orden, Jules se sacudió. No obstante, tras dudar un segundo, se fue arrodillando lentamente sin rechistar.

—¿Quieres? —Le levanté la barbilla para obligarla a mirarme a los ojos—. Si no quieres, dímelo, Pelirroja. Es tu última oportunidad.

Le solté la barbilla y le tiré la cabeza hacia atrás con una mano mientras, con la otra, me

liberaba la polla.

—Si quieres que pare, tócame la pierna.

Se la metí hasta el cuello sin previo aviso. A Jules le vinieron arcadas ante tal brusca invasión; se le llenaron los ojos de lágrimas, pero permaneció con las manos apoyadas en su regazo.

Le tiré del pelo con ambas manos y le follé la boca, metiéndosela cada vez más hondo hasta que el obsceno sonido de mis pelotas contra su barbilla se fundió con su ahogado gorgoteo.

Me la quedé mirando y apreté la mandíbula. Verla arrodillada frente a mí, con lágrimas en los ojos y el rímel corriéndosele por las mejillas mientras ella se atragantaba con mi polla, hizo que me invadiera una irracional oleada de furia.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, lo cual resultó ser un error porque unas imágenes indeseadas enseguida empezaron a aporrearme el cerebro.

Vermont. El centro. Hyacinth. El pícnic. Ohio.

Cada pieza del puzle que conformaba nuestra relación hasta entonces había sido contaminada.

Y no era por la magnitud de las mentiras de Jules. Me importaba un bledo aquel estúpido cuadro y los otros tres objetos. Era por la confianza.

Lo único que yo quería era sinceridad, y lo único que había conseguido Jules había sido decepcionarme.

La tensión se apoderó de mis entrañas.

Abrí los ojos y le saqué la polla de la boca. Una pátina de sudor me cubría la piel y el corazón me latía fuerte y dolorosamente.

Jules tenía unas pintas catastróficas: el pelo enmarañado, los labios hinchados y las mejillas llenas de lágrimas. Me miró y aquellos enormes ojos de color avellana me dijeron algo que yo no quería oír.

—De cuatro patas.

No podía ni mirarla; sin embargo, incluso si me la tiraba por detrás, en mi cerebro no paraban de aparecer imágenes suyas.

Cómo le brillaba el pelo cuando le daba el sol. Las llamas que le abrasaban los ojos cuando me insultaba. El suave tacto de su mano con la mía y cómo se le encorvaba muy sutilmente la boca hacia la derecha cuando sonreía.

Sentí una sofocante presión en el pecho.

Jules estaba a punto de correrse. Lo notaba por cómo respiraba y por cómo se contraía alrededor de mi miembro.

Resultaba incluso gracioso: a veces estaba en total sintonía con sus movimientos y, otras, era como si no la conociera en absoluto.

Me incliné hasta que prácticamente le rocé la oreja con la boca.

—¿Recuerdas que te he dicho que te perdonaba? —Estiré el brazo hacia delante para pellizcarle el clítoris—. Estaba mintiendo.

Mis palabras y su orgasmo se juntaron en uno, y ella soltó algo que era entre un gemido y un sollozo mientras yo me corría justo después de que lo hiciera Jules.

Me separé de ella y me erguí. Jules se desplomó en el suelo y lloró sigilosamente, con los hombros temblorosos y la falda del vestido arrugada en la cintura.

—¿Qué tal es eso de que te mientan, Jules? —Parecía que esas palabras, crudas y llenas de enfado, hubieran salido de la boca de otra persona, de la de alguien más cruel de lo que yo jamás me había imaginado capaz de ser—. Jode, ¿a que sí?

El hielo de mis venas ya se había derretido. Me estaba ahogando desde mi interior, y una parte

de mí quería ceder, hundirse bajo la superficie y no volver a salir nunca más.

Michael. Alex. Jules.

Tres de las personas en las que más había confiado me habían apuñalado por la espalda. Las traiciones de Michael y de Alex me habían dolido, pero la de Jules... Jules sabía lo mucho que me había afectado lo ocurrido con los otros dos.

En parte entendía por qué no me lo había querido contar antes. Emocionalmente, en cambio, me resultaba imposible evitar que el dolor derivado de sus acciones infectara todos los recuerdos que teníamos juntos.

Cuidado, Pelirroja. Como sigas diciendo cosas así, puede que no te suelte nunca.

Eres una de las pocas personas en quien confío. Incluso cuando no nos aguantábamos, siempre pude confiar en ti porque sabía que serías sincera conmigo.

Se me incendiaron las mejillas.

Si es que yo era imbécil a parir.

Jules se dio impulso para levantarse del suelo y me miró. Unas enormes manchas rojizas le cubrían la cara y el cuello. Había dejado de llorar; no obstante, en medio de ese silencio, su respiración sonaba extrañamente fuerte y superficial.

—Creo que lo más justo es que lo nuestro se acabe con un polvo de despedida. —Una cruel sonrisa se me dibujó en los labios. Aquella inexorable presión se apoderó de mi garganta y me costó un mundo poder hablar—. Al menos te vas con un orgasmo, así que no digas que nunca te di nada. Aunque echaré de menos ese estrecho coño que tienes. Nadie lo hace mejor que tú. Es tu mejor cualidad.

Estaba enormemente dolida, se le veía en la cara, y esa imagen me marcó como un atizador ardiente.

En ese momento, solo odiaba a una persona más que a ella: a mí mismo.

—Lo que hice estuvo mal, y lo siento. —La voz de Jules revelaba una diminuta pizca de su intensidad habitual—. Pero ahora mismo estás siendo cruel.

—¿Sí? —me burlé—. Hostia, pues lo siento. Como habrás comprobado, ser majo no me ha servido de mucho en el pasado. —Me escocían los ojos.

Mirarla me dolía. Oírla me dolía. Me dolía todo.

—Hostia, Jules, me lo podrías haber contado. ¿Tan mal considerado me tenías como para pensar que te juzgaría por las cosas que habías hecho cuando otra persona te estaba manipulando?, ¿como para pensar que no te habría apoyado y nos habríamos deshecho de ese cabrón juntos? Entiendo que no me contaras la verdad ese día en el Hyacinth, pero después de lo de Ohio... —Apreté la mandíbula—. Eso es lo que más me duele, joder, que yo pensé que podía confiar en ti, pero tú no pensaste lo mismo de mí.

A Jules le tembló la barbilla. Tenía la mano cerrada en un puño, se la llevó a la boca e hizo presión. Bajo esa tenue luz, le brillaban los ojos.

—Si me hubieras pedido el cuadro, te lo habría dado. —Se me quebró la voz—. Te habría dado todo lo que quisieras.

Un angelado sollozo se coló por su puño, y a este le siguió otro y otro hasta que la respiración entrecortada de Jules llenó todo el aire.

Me la quedé mirando, inmóvil, mientras ella hiperventilaba. Me dolían los músculos del esfuerzo que estaba haciendo para no moverme.

Odiaba esa parte de mí que aún quería reconfortarla. Era una parte que nada entendía de supervivencia, que necesitaba tanto a Jules que incluso le pasaría un cuchillo para que me

apuñalara con tal de que ella fuera lo último que viera antes de morir.

Jules tenía razón. Yo era masoca.

—Vete.

Al oír mi orden, Jules se estremeció.

—Josh, por favor. Te juro que no...

—Ve-te.

—Te quie...

—Ni se te ocurra decirlo. —Una descarga de adrenalina hizo que se me acelerara el pulso. «Respira. Tú solo respira, joder»—. He dicho que te vayas, Jules. ¡Pírate, joder!

Por fin se movió. A medida que se acercaba a la puerta, sus sollozos se fueron oyendo cada vez menos. Una vez se hubo ido, cerré y luego... silencio.

La tensión que me había mantenido firme hasta entonces estalló.

Me incliné, apoyé las manos en las rodillas y, en silencio, noté cómo unos escalofríos me recorrían el cuerpo de arriba abajo. La presión que sentía en el interior me estranguló todos los órganos vitales, pero, por más que creciera, se negó a explotar y permaneció ahí, sofocándome.

Jules se había ido, pero yo aún la sentía. Estaba en todas partes: en cada rincón de mi habitación, en cada uno de mis pensamientos y en cada latido de mi corazón.

La necesidad visceral de destrozar todo lo que me recordara a ella hizo que saltara del sofá y fuera directo hacia mi habitación. Hurgué en el cajón de mi escritorio hasta encontrar las entradas para ir a ver el musical de *Una rubia muy legal*; las rompí en pedazos y me sentí perversamente satisfecho al ver el confeti de las hojas destrozadas volando hacia la papelera.

Lo siguiente en probar la misma suerte fue la camiseta que le dejé la primera noche que se quedó a dormir en mi casa, el tique de la cena en Giorgio’s, que había guardado en secreto cual estúpido *souvenir* de nuestra primera cita, y el cojín que todavía olía a ella. Todo aquello que pudiera recordarme mínimamente a nosotros, por pequeño que fuera, acabó destrozado y en la basura.

Cuando hube terminado, mi cuarto estaba igual que me sentía yo: vacío.

Incapaz de soportar la desnudez de mi habitación, fui hacia la cocina y pillé la primera botella de *whisky* que encontré.

Me hubiese preocupado por lo mucho que estaba bebiendo últimamente, pero es que todo eso me importaba una mierda. Yo solo quería ahogar la constante presencia de Jules. Tampoco me estaba emborrachando hasta desmayarme cada noche...

Ni siquiera me esmeré en vaciar el líquido en un vaso. Eché la cabeza hacia atrás y tragué directamente de la botella.

No sé cuánto bebí, pero tampoco me importaba.

Me limité a beber y a beber hasta caer en la oscuridad del olvido, y los pensamientos de Jules por fin desaparecieron de mi mente.

47

Jules

¿Recuerdas que te he dicho que te perdonaba? Estaba mintiendo.

Mientras andaba a trompicones hacia el metro, las palabras de Josh retumbaban en mi mente cual incesante escarnio.

¿Recuerdas que te he dicho que te perdonaba? Estaba mintiendo.

¿Que te perdonaba? Estaba mintiendo.

Estaba mintiendo.

Estaba mintiendo.

Las lágrimas me nublaron la vista; no tenía claro si estaba yendo en la dirección correcta, pero me daba igual. Necesitaba alejarme y punto.

Alejarme de las crueles palabras de Josh, de su fría mirada y de su vengativo tacto.

Alejarme de lo que ya sabía: que la había cagado y la única culpable de todo eso era yo.

La gente decía que era mejor haber querido a alguien y perderlo que no haberlo querido nunca.

Lo que nunca decía nadie era lo duro que resultaba haber estado con la persona a la que querías, perderla y que esta persona te mirara como si fueras lo que más odiaba en el mundo. Josh nunca me había mirado así, ni siquiera cuando pensaba que me odiaba.

Me pasé el dorso de la mano por las mejillas, pero fue como intentar barrer el agua para devolverla al océano. Totalmente inútil.

Cabía la posibilidad de que, cuando Josh descubriera la verdad, reaccionara mal, y yo lo sabía. Lo que no me esperaba era que fuera a reaccionar tan mal.

Lo peor era que Josh llevaba razón. No había confiado en él como para pensar que me apoyaría si se lo contaba todo. Mis inseguridades me habían cegado y, aterrada de pensar que podía destrozar una de las pocas cosas bonitas que tenía en la vida, había convertido esta destrucción en una profecía autocumplida.

A Josh le había dado igual lo del vídeo y el estúpido cuadro. Lo único que le había importado era que yo le había mentido.

Menuda imbécil estaba hecha, joder.

Si me hubieras pedido el cuadro, te lo habría dado. Te habría dado todo lo que quisieras.

El dolor me volvió a afligir cuales agujas clavándoseme en el pecho. El corazón me ardía, como si alguien lo hubiera echado a unas ardientes brasas, y era incapaz de llenarme los pulmones de aire. A lo mejor era porque me dolía incluso respirar.

Cada bocanada de aire que tomaba, cada latido de mi corazón, cada pestañeo. No eran más que funciones habituales del cuerpo, pero me dolían todas y cada una de ellas.

Incluso mi propio cuerpo me odiaba.

Volví a secarme la cara en el momento en el que vi la estación de metro. Ya casi estaba.

Seis paradas hasta llegar a la estación que más cerca quedaba de mi piso y luego cinco minutos andando hasta el edificio.

Seis paradas. Cinco minutos.

Sobreviviría.

—Serénate antes de que la gente empiece a llamar a la policía —me dije entre sollozos.

Ya había llamado la atención de unos cuantos transeúntes que parecían alarmados y preocupados. Hablar en alto conmigo misma seguramente tampoco ayudase.

Por suerte el metro entró justo cuando yo llegué al andén, de modo que no tuve que esperar. Decidí subirme al vagón más vacío y me quedé prácticamente hecha un ovillo en una esquina, viendo cómo los oscuros túneles pasaban a la velocidad de la luz. Mi demacrado reflejo me devolvía la mirada desde la otra ventana: pelo enmarañado, regueros de rímel por toda la cara y ronchas al rojo vivo en la piel, como si me acabase de dar un repugnante brote de urticaria.

¿Tan mal considerado me tenías como para pensar que te juzgaría por las cosas que habías hecho cuando otra persona te estaba manipulando?, ¿como para pensar que no te habría apoyado y nos habríamos deshecho de ese cabrón juntos?

Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas poder volver atrás en el tiempo y retomar las decisiones de todo lo referente con Max.

Se suponía que iba para abogada. Una persona lógica, razonable, estratégica. Sin embargo, con Max y con Josh había sido justo lo contrario.

¿Cómo la había cagado tanto con mi propia vida?

Volví a abrir los ojos; no quería darle demasiadas vueltas. Sería una tortura.

Me quedé mirando cómo pasaban las paradas del metro sin demasiada emoción.

Tenleytown. Van Ness. Cleveland Park. Woodley Park-Zoo/Adams Morgan.

Cuando llegué a mi parada y me dirigí al Mirage, los sollozos habían dado paso a un frío entumecimiento.

Caminé por el oscuro y silencioso apartamento. Mis pasos sonaban estrepitosamente fuertes al andar por los suelos de madera. Stella no estaba en casa, así que no tuve que dar explicaciones sobre por qué iba con esas pintas catastróficas.

Solo quería dormir hasta que se hiciera de día, pero logré ducharme rápidamente antes de meterme en la cama. Mis movimientos eran firmes y mecánicos, como si estuviera en otra parte.

Ojalá fuera el caso.

A pesar de que el agotamiento me iba cerrando los ojos, no podía dormirme, así que me quedé mirando el techo y escuchando el silencio.

A lo mejor era cosa de mi imaginación, pero de repente olía la colonia de Josh, de la última vez que se había quedado a dormir. Si cerraba los ojos, casi podía fingir que estaba aquí, con la cabeza hundida en mi cuello y su fuerte cuerpo envolviéndome.

—Eres el primer tío con el que me he acostado en mi habitación.

—El primero y el último, Pelirroja.

—¿Tan posesivo eres?

—Por supuesto que sí. No me gusta compartir.

—Saber compartir es una virtud, Josh.

—Me la suda completamente. Yo no comparto. A ti no.

Algo cálido y húmedo me recorrió la mejilla. Su salado sabor me humedeció los labios, y entonces me di cuenta de que estaba llorando otra vez.

A diferencia de los sollozos anteriores, estas lágrimas no emitían sonido alguno. Eran unos

gritos silenciosos que tenía atrapados en el pecho y que me calaban, sofocantes, hasta los huesos.

Ni siquiera me molesté en limpiármelas. Me quedé ahí tumbada, con la vista puesta en la oscuridad y dejando que se me comiera viva.

48

Jules

Lo único bueno de mi ruptura con Josh era que tenía más tiempo y estaba más motivada para estudiar para el examen de abogacía. Antes ya estaba motivada, pero no había nada como sentir la necesidad de mantenerte distraída después de que te rompieran el corazón para echarle más horas a algo.

Me tomé una excedencia de una semana del Centro y aproveché para hacer un último maratón de estudio.

Diana a las 7.00 h de la mañana.

Desayuno y ducha.

Ver las clases grabadas y tomar apuntes hasta el mediodía.

Hacer ejercicios y practicar ensayos.

Cena seguida de una pausa.

Practicar preguntas de la otra parte del examen.

Y vuelta a dormir.

Me fijé el mismo horario cada día con el miedo de que, si no lo cumplía, caería en un agujero negro del que no podría salir.

Las rutinas iban bien. Tener una rutina me ayudaría a no tener que tomar decisiones o pensar en algo que no fuera el siguiente punto en mi lista de cosas por hacer.

Claro que eso solo duró hasta que hice el examen de abogacía. Luego...

Me quedé mirando la hoja que tenía delante:

> Un hombre y su mujer deciden abrir una tienda de bicicletas con el hermano de la mujer. Presentaron un artículo de organización para poder crear una sociedad de responsabilidad limitada..., alquilaron un espacio comercial con escaparate..., firmaron un contrato para la compra de 150 neumáticos de bicicleta...

Pestañeé y sacudí la cabeza antes de volver a leer toda la información con más detenimiento. La migraña se acomodó en la parte trasera de la sien, pero ya casi había llegado a la meta.

Tras seis horas de examen, esta era la última pregunta; la última del primer día, al menos. Al día siguiente tenía un examen de respuesta múltiple, pero ya me preocuparía por eso mañana.

El ruido del lápiz se me coló en los oídos mientras iba tomando notas en el papel antes de apuntar la respuesta definitiva en el ordenador.

> ¿Qué S. R. L. son gestionadas por sus propios propietarios y cuáles por un administrador ajeno a los miembros de dicha sociedad? Explicar.
> ¿El contrato de los neumáticos es vinculante para la S. R. L.? Explicar.

Etcétera.

Terminé literalmente un minuto antes de que se acabara el tiempo. Envié el examen en

formato electrónico y me desconecté de la página mientras esperaba sentirme aliviada o emocionada. Después de tantos años yendo a clase y de tantos meses estudiando, ya había hecho la mitad del examen que determinaría el futuro de mi carrera profesional.

Pero no sentí ni una cosa ni la otra.

Solo me sentía... vacía.

—Creo que me ha ido bien —dijo una mujer que tenía cerca hablando por teléfono. Era otra aspirante a abogada que reconocía del centro de pruebas. A la otra línea del teléfono, alguien le dijo algo que le hizo reír—. Para... Sí, claro. Cenamos juntos esta noche. Te quiero.

Sentí un nudo en la garganta.

En un universo paralelo, yo estaría hablando con Josh por teléfono y haciendo planes para celebrarlo con él. Sería un plan tranquilo, porque al día siguiente tenía otro examen; aunque, conociendo a Josh, organizaría algo a lo grande.

Una cena en mi restaurante favorito, un masaje en casa, un polvo para ayudarme a «desestresarme»...

—Para ti, cualquier excusa es buena con tal de echar un polvo, ¿eh? —bromeé. Me quité la chaqueta y la tiré en el sillón antes de que Josh me agarrase por la cintura y me diera la vuelta.

—¿Quién ha dicho que necesite una excusa? —Se le marcó el hoyuelo en la mejilla—. Quieres follar conmigo a todas horas, Pelirroja. Admítelo. Pero, ya que lo mencionas... —Me acarició el muslo en dirección ascendente y se me entrecortó la respiración—. Haber hecho ya la mitad del examen de abogacía es un gran motivo. Se merece una celebración.

—¿Ah, sí? —Intenté permanecer con cara de póquer, pero me resultaba un poco difícil porque él me iba acariciando el clítoris en círculos con el pulgar.

Una ola de calor se acomodó en la parte inferior de mi vientre.

—Mmmmm. —A Josh le brillaron los ojos, travieso—. Ya sabes lo que dicen: tantos exámenes y ni una recompensa hacen de Jules una chica muy sosa.

—Eso no lo dice absolutamente nadie.

—Yo sí, y soy una de las dos personas que importan. —Me rozó la boca con los labios—. Y hablando de recompensa...

El ruido del ascensor se cargó mi fantasía y esta se quebró en un millón de punzantes esquirlas.

No me encontraba en su salón después de haber disfrutado de una romántica noche juntos fuera. Estaba en el frío pasillo de un anodino edificio en el centro de la ciudad, con retortijones y el corazón encogido mientras perdía a Josh.

Otra vez.

Una parte estúpida e ingenua de mí esperaba que apareciera por arte de magia y me sorprendiera, como si fuéramos los protagonistas de una comedia cursi y romántica. Pero no lo hizo, por supuesto.

Se me aceleró la respiración. El frescor del aire acondicionado me caló hasta los huesos y el eco de unos pasos acercándose adquirió un tono amenazante.

«Tengo que salir de aquí.»

Por desgracia, el ascensor que se abrió iba hacia arriba, no hacia abajo, y el otro tenía pinta de haberse quedado atascado en la sexta planta.

En lugar de esperar, abrí la puerta de las escaleras. Solo estaba en el tercer piso, así que llegaría a la entrada enseguida.

Creo que lo más justo es que lo nuestro se acabe con un polvo de despedida.

Aunque echaré de menos ese estrecho coño que tienes. Nadie lo hace mejor que tú. Es tu mejor cualidad.

Otra punzada de dolor me atravesó el cuerpo al recordar sus palabras. Josh siempre sabía cómo llegar a mí, tanto para bien como para mal.

Y, aun así, lo echaba tanto de menos que me dolía incluso respirar.

—Ven aquí, cielo.

—Pero ¿tú no tenías que estar en Nueva Zelanda?

—Prefiero estar aquí.

No lo había visto desde que rompimos. No se había pasado por el Centro y había ignorado todas mis llamadas y todos mis mensajes. Pero si...

—Necesito que me devuelvas el cuadro, Jules.

Giré la cabeza y me dio tiempo a ver unos ojos azules y un pelo castaño antes de que Max me empotrara contra la pared.

—No lo tengo —dije prácticamente sin aire—. Lo he tirado.

No quería que fuera a por Josh. Christian me había prometido que vigilaría a Josh por si los «amigos» de Max intentaban volver a robar el cuadro, pero no era una solución sostenible.

No había querido tirarlo sin antes devolvérselo a Josh. Merecía saber la verdad. No obstante, cuando se lo confesé todo la otra noche, también le conté que corría peligro y esperé que fuera lo suficientemente listo como para deshacerse de esa obra de arte antes de que los colegas de Max se plantaran en su puerta.

—No me vengas con milongas, Jules. Sé cuándo mientes. —El aliento de Max olía a *whisky*. No había ni rastro de aquella máscara pulcra y caballerosa que tanto le gustaba mostrar. Sus ojos desprendían una sensación de pánico desenfrenada y se le dibujó una fea mueca en los labios. Una ligera pátina de sudor le recorría la frente, haciendo que le brillase bajo los fluorescentes de la escalera.

Estaba como descontrolado. Desquiciado.

El corazón me latía desbocado, con fuerza, y un sabor pesado y muy fuerte me llenó la boca.

—Como no lo encuentre, me matarán. —Una gota de sudor le resbaló por la sien—. Necesito ese cuadro. Y tú vas a ayudarme.

—Ya te lo he dicho, lo he tirado. —El corazón me iba tan deprisa que hubiera podido desmayarme.

Oía los pasos de la gente al otro lado de la puerta, tan cerca y a la vez tan lejos.

«¿Por qué nadie va por las escaleras, leches?»

Sentía un grito lleno de frustración atrapado en el pecho. De entre todos los días que podría haber cogido las escaleras, algo que nunca hacía, lo había tenido que hacer hoy.

Debería haber mentido y seguirle el rollo a Max hasta que hubiera podido conseguir ayuda, pero me faltaba el oxígeno y era incapaz de pensar con claridad.

Además, ¿y si Max le hacía daño a Josh? ¿Y si...?

—Menuda zorra, estúpida de mierda. —Max estaba ejerciéndome tanta presión en la garganta con su antebrazo que casi no podía ni respirar. Me agarré con todas mis fuerzas a él para apartarlo, pero era demasiado fuerte—. Todo esto es culpa tuya. Me has arruinado la vida. Te

pedí un favor, Jules, un único favor a cambio de siete años, y ni eso has podido hacer. —Su pesada respiración me azotó la cara con nubes de alcohol.

Borrachera y desespero. La combinación más peligrosa.

—A lo mejor debería cobrármelo de otra forma —dijo con un tono de voz tan desagradable que hizo que se me pusieran los pelos de punta. Max me puso la mano en la entrepierna—. Veamos si tu coño sigue siendo tan estrecho como para conseguir que me corra.

Se me empezó a nublar la vista. Las extremidades empezaron a pesarme más aún y cada vez me costaba más respirar, así que hice lo único que podía hacer: le pegué una patada con la rodilla en los cojones con toda la fuerza que me quedaba.

Su grito se oyó por toda la escalera. Me soltó y se dobló de dolor.

Me di solo un segundo para disfrutar del dulce aire que me llegaba a los pulmones antes de echar a correr hacia la salida, pero no había dado ni dos pasos cuando una mano me empujó por la espalda. Ni siquiera me dio tiempo a gritar. Caí escaleras abajo. Me di con algo frío y duro con la cabeza, y vi muy rápidamente cómo se abría la puerta de las escaleras antes de que todo se volviera oscuro.

49

Josh

—Te has olvidado de preguntarle si tenía alguna alergia —solté—. ¿Cómo voy a tratar bien a un paciente si me falta información importante? Estamos en urgencias, Lucy. No podemos permitirnos ni el más mínimo error.

Ante mi severo tono, Lucy reculó.

Solía tener una maravillosa relación profesional con las enfermeras, pero ahora me irritaba en exceso el olor a antiséptico que llenaba el aire, el ruido del personal de enfermería tecleando en el ordenador, el chirrido de los zapatos al andar por el suelo de linóleo... Básicamente, todo.

Hice caso omiso de la mirada incendiaria de Clara, que estaba un poco lejos de mí. No era culpa mía que la gente fuera una incompetente.

—Lo siento —se disculpó Lucy con la cara pálida—. Me aseguraré de que no se me olvide la próxima vez.

—Bien. —Di media vuelta y fui hacia la izquierda sin ni siquiera despedirme.

—No te agobies —oí que le decía Clara—. Ha sido el primer error que has cometido desde que empezaste a trabajar aquí. Lo estás haciendo muy bien. —Al cabo de un minuto, vino a por mí, con el mismo cabreo que me corría a mí por las venas—. Doctor, ¿puedo hablar contigo? A so-las.

—Estoy ocupado.

—Seguro que puedes hacer un hueco. —Tiró de mí para llevarme al lado más cercano del pasillo. Unos cuantos médicos y enfermeras pasaron por nuestro lado, demasiado ocupados con sus cosas como para prestarnos atención—. Pero ¿a ti qué diantres te pasa?

Me miró fijamente a los ojos, preocupada y enfadada a partes iguales.

—No me pasa nada. Estoy haciendo mi trabajo. Bueno, lo estaría haciendo de no ser porque cierta enfermera me está entreteniendo. —Le devolví la mirada, molesto.

—¿Y tu trabajo implica enemistarte con todo el personal de urgencias? Porque, en ese caso, has conseguido el título de Empleado del mes —anunció Clara con frialdad—. No sé qué te pasa, pero llevas siendo un grosero toda la semana, así que te voy a dar un consejo como enfermera y como amiga tuya que soy: déjate de gilipolleces o te cargarás todo por lo que tanto has trabajado en los últimos tres años. A nadie le caen bien los médicos que son unos capullos. —Me clavó el dedo en el pecho—. Siguiente paciente. Habitación número cuatro. Ahora mismo no tenemos tiempo para tu mal humor, así que te sugiero que dejes lo que coño te pase de lado y pares de joder a los que tienes alrededor. ¿Quieres hacer tu trabajo? Pues hazlo.

Se marchó decidida, giró la esquina y desapareció.

Clara tenía razón. Me había estado comportando como un capullo de primer grado. Lo de la semana pasada me había trastocado y lo había pagado con cualquiera que estuviera cerca de mí.

Al acordarme de Jules y de cómo habíamos roto, se me tensó la mandíbula, pero ahora mismo

no podía rayarme con eso.

Tenía trabajo, y bastante tiempo había perdido ya.

Miré la información del paciente en el sistema en línea del hospital antes de entrar en la habitación. Era una chica de veinticinco años que se llamaba...

Al ver aparecer las letras en la pantalla se me heló la piel.

Jules Ambrose.

«Tiene que ser una broma.»

Tenía que ser otra Jules Ambrose. El universo no podía tener un sentido del humor tan malo.

Sin embargo, cuando abrí la puerta de la habitación número cuatro, ahí estaba ella, como si acabara de salir de mi más hermosa pesadilla.

Me devolvió la mirada, sorprendida. Tenía un corte feo en un lado de la frente y vérselo fue como recibir un puñetazo en el estómago.

Jules. Herida.

El tiempo se ralentizó en un doloroso e interminable segundo. El silencio era tan fuerte que incluso podía contar cada una de mis pulsaciones.

«Una. Dos. Tres.»

Si creíais que una semana era tiempo suficiente para limar las afiladas puntas de mi dolor, os equivocabais. Me rasgaron las entrañas e hicieron que volviera a sangrar de nuevo, pero eso no fue nada comparado con la preocupación que me carcomía por dentro.

¿Cómo narices se había hecho ese corte? ¿Y si se le había infectado? ¿Y si Jules...?

Se movió y el sutil sonido del cuero por fin me sacó de ese trance.

En esta habitación, no éramos expareja.

Jules era una paciente y yo, su médico. No teníamos tiempo de darle vueltas a nuestra historia personal ni de agobiarnos por un cortecito de nada... por más que me doliera en el alma verla sangrar.

—Soy el doctor Chen —me presenté en un tono profesional y cortante; por suerte, pude mantener mi agitación interna a raya.

Trataría a Jules como a cualquier otro paciente. Como a cualquier otro que no conociera.

Cuanta más distancia interpusiera entre nosotros, mejor.

—Hola, doctor Chen. Me llamo Jules. —El intento de sonrisa más diminuto del mundo le acarició los labios y me robó todo el puñetero aire que me quedaba en los pulmones.

«Céntrate.»

Gracias a Dios, el médico adjunto no estaba aquí. Como residente de tercer año, solía presentarme a los pacientes antes de avisarlo a él, quien atendería al paciente en cuestión después de que yo le hubiera dado la información pertinente.

De haber estado aquí, no le habría gustado lo distraído que estaba. Siempre que tenía la cabeza en otra parte, él se daba cuenta.

Clara ya se había encargado del ABC —apertura de las vías aéreas, búsqueda de la respiración y circulación—, de modo que pasé directamente a las preguntas con la esperanza de que me ayudaran a mantenerme con los pies en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —Permanecí con la vista puesta en el portapapeles como si fuera lo más fascinante del mundo. Cuanto menos la mirara, menores serían las probabilidades de que acabara rompiéndome cual paraguas barato un día de tormenta. Seguía cabreado con ella. Que se hubiera hecho un poco de daño no iba a cambiarlo.

«Está bien. No es más que un corte.»

—Me he caído por las escaleras —me contó en voz baja.

Se me heló la mano una milésima de segundo antes de seguir tomando nota. El corazón me latía con tanta fuerza que ni siquiera oí las siguientes palabras que pronuncié:

—¿De cuántos escalones estamos hablando?

—¿De unos doce? No estoy segura.

Joder. Una pátina de sudor me cubrió la piel al imaginarme a Jules hecha un ovillo en el rellano de unas escaleras. Casi alargué el brazo para tocarla como lo habría hecho si aún siguiéramos juntos, pero me obligué a dejar mis emociones a un lado y pasé a examinarle las extremidades para ver si tenía alguna herida.

No encontré nada físico, más allá del corte que tenía en la frente y un par de moratones, pero eso no significaba que no tuviera nada más.

Al imaginarme lo peor que le podía pasar en caso de tener alguna herida interna, empecé a sudar un poco más.

«Para. Es tu paciente. Y punto.»

—¿Te has dado en la cabeza? —A juzgar por el corte, resultaba evidente, pero tenía que preguntárselo.

Jules asintió.

—¿Te has desmayado?

—Sí.

Tragué saliva y seguí con la batería de preguntas:

«¿Tomas anticoagulantes?» No.

«¿Posibilidad de embarazo?» No.

—¿Te duele algo en concreto ahora mismo?

Mi pregunta se quedó en el aire, cargada con un significado distinto.

A pesar de lo que había ocurrido entre nosotros, imaginarme a Jules herida hacía que me resultara jodidamente difícil respirar.

—La cabeza, el hombro y las lumbares.

—¿Y el cuello? —Le toqué las cervicales y exhalé en silencio, aliviado, al ver que no se quejaba—. ¿Te duele?

Jules negó con la cabeza.

—No. Solo me duele donde te he dicho. Al menos, físicamente.

El dolor que sentía en el pecho aumentó y sentí que me faltaba el aire.

Se me había olvidado lo mucho que me gustaba ese sonido: el sonido de Jules, sin más, recordándome que, por fatal que estuviera el mundo, al menos tenía una cosa buena.

Al menos, hasta hacía poco.

Apreté la mandíbula y seguí examinándola físicamente tan rápido como pude.

—Vale. Pediré que te hagan un TAC, por si acaso. —Mis palabras, secas, retumbaron por esa habitación de luces fluorescentes y se llevaron consigo cualquier tipo de dulzura—. ¿Cómo es que te has caído por las escaleras?

Hubo un largo silencio antes de que respondiera:

—Me han empujado.

Me la quedé mirando. Estaba seguro de que no lo había oído bien.

—Te han empujado —repetí.

Jules asintió con los labios apretados.

—Estaba bajando por las escaleras después de acabar el examen de abogacía. Iba distraída y

sin prestar demasiada atención a lo que ocurría a mi alrededor. Esa persona... me ha pillado por sorpresa y, cuando he intentado escaparme, me ha empujado. Me he dado en la cabeza y me he desmayado. Al despertarme, estaba en la parte trasera de un taxi con una mujer que había visto en el centro de pruebas. Me ha dicho que acababa de entrar por las escaleras cuando ha oído cómo me caía, aunque no ha visto a nadie. Me ha dejado en el hospital y, bueno, aquí estoy.

Me detalló los hechos como si nada, pero la forma en la que le temblaba sutilmente la voz me decía que aquel incidente la asustaba más de lo que quería demostrar.

Una rabia tóxica se coló lentamente en mis venas.

Me había cabreado en distintas ocasiones, pero nunca de esa manera.

—¿Quién? —pregunté con un tono tan calmado que ni siquiera se notó la violencia que se estaba gestando en mi estómago—. ¿Quién te ha empujado?

Acababa de decir que la habían pillado por sorpresa. Y, a juzgar por su tono, había sido alguien a quien Jules conocía.

Intuí la respuesta antes de que ella me lo confirmara:

—Max.

Vi el temor en su mirada, como si le diera miedo cuál pudiera ser mi reacción al escuchar ese nombre, y con razón, joder.

Max. El tío que tenía un vídeo de Jules manteniendo relaciones sexuales. Que le había hecho chantaje para que me robara. Que le había puesto las putas manos encima y se había cargado lo único bonito que tenía en la vida: lo nuestro.

Mi ira fue creciendo cada vez más, tiñendo el mundo del mismo color que la sangre.

—Vaya. —No dejé que se notara todo lo que sentía en el pecho—. Voy a pedirte el TAC. Ahora vuelvo.

Salí de la habitación y cogí el móvil. Tardé menos de dos segundos en mandarle un mensaje a Alex.

Yo: Necesito que encuentres a alguien.

50

Josh

Lo más positivo de tener a un mejor amigo moralmente cuestionable era que, cuando hacías algo moralmente cuestionable, no te juzgaba.

Alex no me preguntó por qué quería dar con Max; lo localizó y punto. Tardó menos de una hora, ya que, según él, Max había dejado un rastro de migas digitales tan evidente que incluso la persona más opuesta a la tecnología y con menos conocimientos del tema lo podría haber rastreado.

Cuando lo encontramos tomándose unas copas en un antro cual alcohólico, Max ya llevaba un pedo considerable y solo tuvimos que prometerle unas cuantas bebidas más, drogas y chicas para que mordiera el anzuelo.

Dejé que fuera Alex quien hablara y yo pillé otro coche por si Max me reconocía, pero estaba tan borracho que ni siquiera se dio cuenta de nada hasta que llegamos a una silenciosa casa, apartada de todo, a las afueras de la ciudad.

Pero ya era demasiado tarde.

—Te tiene que haber cabreado muchísimo. —Alex se aseguró con tanto detalle de que Max estuviera bien atado que parecía un científico examinando un espécimen particularmente interesante con un microscopio—. Tú sueles hacer las cosas de otra forma.

Apreté los puños.

Max estaba atado a una silla en medio del sótano, con cinta en la boca y sacudiéndose en un intento por conseguir liberarse. Se le había pasado el efecto del alcohol y sus ojos me indicaron que iba asimilando la crudeza de la situación.

Bien.

Quería que sintiera cada segundo de lo que estaba por venir.

—La otra forma no me sirve. —La idea que había reprimido durante el turno en el hospital volvió a mí y ahogó todas las dudas que me pudieron haber asaltado.

Era médico. No buscaba peleas y había jurado no hacerle daño a nadie. Pero el Josh que había hecho esa promesa era distinto al que había en esta habitación. Incluso los recuerdos de esa persona eran borrosos y estaban sepultados bajo el peso de los acontecimientos de las últimas semanas.

Me acerqué a Max y le arranqué la cinta de la boca de un tirón. No me preocupaba que pudieran oírnos. Aquella casa era el escondite secreto de Alex, donde venía a alejarse de la ciudad cuando necesitaba estar solo, pero no disponía del tiempo necesario para poder irse más lejos; además, estaba tan bien insonorizada y contaba con tanta seguridad que el Pentágono no tenía nada que envidiarle.

—Sabes quién soy. —No era una pregunta.

Max conocía mi identidad, se le notaba por cómo apretaba los labios y por cómo le ardían los

ojos, con una llama de animadversión llena de pánico.

—Jules me lo ha contado todo. Lo de Ohio, lo del cuadro, el chantaje, todo. —Me agaché hasta que nuestras caras quedaron a la misma altura—. Deberías haberte escapado de la ciudad cuando aún podías. Quedarte aquí fue una decisión muy estúpida. Y empujar a Jules escaleras abajo, todavía más.

Vi, por el rabillo del ojo, que Alex arqueaba una ceja. Sin embargo, no mostró apenas reacción ante lo que yo estaba contando, ni siquiera cuando mencioné a Jules.

—Se lo merecía. —Tal y como me había imaginado, Max no negó mi acusación. Seguro que sabía que no le serviría de nada—. A los que querían el cuadro no les ha hecho ni pizca de gracia que lo haya perdido. Van a matar. —Una perla de sudor le recorrió la frente—. Jules me jodió y pensó que podría salirse con la suya sin que sus actos tuvieran consecuencias. Después de todo lo que hice cuando éramos jóvenes... No tenía trabajo ni casa, y yo la recogí. ¿Crees que me apetece quedarme en esta ciudad de mierda? No puedo volver a Ohio; no sin el cuadro. ¡Se lo merecía!

A cada palabra que decía, fue levantando un poco más la voz hasta que se le formó espuma en la boca. Su ácido aliento con olor a *whisky* perfumó el aire que nos separaba e hizo que las tripas me dieran un vuelco del asco.

—A mí me parece que esto es un tema personal. Si te juntas con gente problemática, tendrás que pagar las consecuencias. Lo único que me importa —lo agarré por el hombro y ejercí presión con los dedos hasta que chilló de dolor— es que le has hecho daño. Has cometido un grave error, Max.

—Me sorprende que sigas posicionándote a su favor después de lo que hizo —jadeó Max. La malicia se unió al resentimiento que desprendió su mirada—. Te hizo más mal que bien al devolverte el cuadro. Mis amigos vendrán a por ti, y no son tan majos como yo.

Pero yo no era tan jodidamente idiota. Ya había tomado medidas para mitigar esa posibilidad, pero Max no tenía por qué saberlo.

—Tampoco iba a matarla. Solo quería asustarla. Acojonarla un poco para que volviera a echarme un cable. —Max paseó la vista por la habitación en busca de una ayuda inexistente—. No es justo que Jules siga saliéndose de rositas después de todo lo que hizo. He estado entre rejas por algo que hicimos los dos y, mientras tanto, ella ha ido a una buena universidad y ha hecho unas amistades bien posicionadas. No-es-justo. ¡Me lo debe!

Sonaba igual que un irritable crío en pleno berrinche temperamental.

—Si se metió en esos líos fue por tu culpa. —Le apreté el hombro aún más—. No vayas de mártir inocente.

—Cuánto la proteges para ser alguien que te ha mentido y te ha robado. —A Max se le encorvaron los labios; sus ansias por que le diéramos una mínima oportunidad eran muy superiores a su sentido de supervivencia—. ¿Por qué? ¿Por su coño? Recuerdo que estaba bastante bien, sobre todo la primera vez que sangró con mi polla. No hay nada como desvirgar a una tía. Aunque seguro que ahora ya está muy gastada...

Su frase se quedó a medias, interrumpida por el grito que soltó cuando le estampé el puño en la cara.

La ira ensombreció los bordes de mi visión. El mundo se fue haciendo cada vez más estrecho hasta que solo pude pensar en la feroz y absorbente necesidad que sentía de infligir tanto dolor como fuera posible al tío que tenía delante.

Pero quería que fuera una pelea justa. Así podría soltarlo todo sin sentirme culpable.

Puse la mano. Alex me dejó un cuchillo en la palma y yo corté las cuerdas con las que

habíamos atado a Max.

Este saltó de la silla, pero lo agarré por el cuello antes de que pudiera dar dos pasos siquiera; lo empujé y volví a propinarle un puñetazo.

El gratificante ruido de unos huesos partiéndose llenó el aire, seguido por un grito de dolor.

Le había partido la nariz. Max se la agarró con una mano y me pegó con la otra. Esquivé su patoso intento casi sin esfuerzo y volví a estamparle el puño en la mandíbula para, acto seguido, oír cómo le crujían los huesos de nuevo.

El sonido de mi sangre era puro júbilo y la tormenta que sentía en mi interior por fin se estaba desatando. Cada golpe, cada salpicadura de sangre que me manchaba la cara iban liberando, poco a poco, la presión que sentía en el pecho.

Aquella violencia desenfrenada inundó el aire, y no tardé demasiado en oír cómo otro hueso roto daba paso al húmedo sonido de la carne ensangrentada.

El sudor y la sangre me nublaron la vista, pero no me detuve. Las imágenes de las heridas de Jules y las previas provocaciones de Max me iban bombardeando el cerebro.

Yo no quería hacerlo. Me estaba chantajeando...

Cuando he intentado escaparme, me ha empujado...

¿Por su coño? Recuerdo que estaba bastante bien, sobre todo la primera vez que sangró con mi polla.

Una nueva oleada llena de ira me recorrió el cuerpo y le di con tanta fuerza a Max que este acabó desplomado en el suelo. Fue arañando el pavimento con las manos mientras intentaba gatear para escaparse, pero no encontraría ninguna salida.

—P-por favor —me suplicó balbuceando con un tono húmedo—. Para. Por favor...

Apenas lo oí.

No era solo por lo de Jules. Era por lo de Michael, por lo de Alex y por cada paciente que había perdido en urgencias. Era por cada golpe, por cada decepción y frustración que había ido reprimiendo a lo largo de los últimos años. Lo solté todo con Max hasta que este dejó de suplicarme y se quedó tumbado en el suelo, sin fuerzas.

El corazón me latía desbocado, lleno de adrenalina. Debería haberlo hecho antes. Eso era justo lo que necesitaba.

Eché el brazo hacia atrás, dispuesto a pegarle otra vez, pero unas firmes manos me agarraron por los bíceps y me hicieron retroceder.

—Josh. —La voz de Alex fue como si hubieran echado un jarrón de agua fría a las llamas que me consumían—. Basta.

—Suéltame —escupí. Hice fuerza para soltarme, desesperado por volver al ataque, para seguir desahogándome—. Todavía no he acabado.

—Claro que has acabado. Como sigas, lo vas a matar. —Alex me dio la vuelta sin soltarme los brazos y me miró serio y fijamente—. Si es lo que quieres, adelante, pero sé que no lo es.

—No lo sabes. —Mi agitada respiración retumbó por aquella sala vacía.

No había ningún mueble en el sótano, a excepción de esa silla, una mesa, un fregadero industrial y una nevera. No quería ni pensar qué tipo de actividades solía llevar a cabo aquí Alex. Seguramente sería algo parecido a lo que acababa de hacer yo.

—Sé que no eres el tipo de persona que quiere cargar con la muerte de alguien —dijo pausadamente—. No eres un asesino, Josh. Además, míralo. Ya le has dejado las cosas claras.

Me quedé mirando al tío inconsciente que había en el suelo. La cara de Max era una mezcla de sangre y magulladuras. Un charco de cierto líquido oscuro y pegajoso le envolvía al cuerpo y,

de no haber sido por cómo se le hinchaba y deshinchaba el pecho ligeramente, habría pensado que estaba muerto.

Y había sido cosa mía. Mía.

Alex ni siquiera le había puesto un dedo encima.

Cuanto más miraba a Max, más se me iba ralentizando el ritmo cardíaco. El suave goteo del fregadero que había en una esquina me recordó al goteo de la sangre, y de repente fui ultraconsciente del líquido cobrizo que me manchaba la cara y la ropa.

Le había pegado hasta casi matarlo.

La bilis me subió por la garganta.

Me solté de Alex y fui hacia el fregadero. Fui soltando arcadas hasta irritarme la garganta y hasta que se me humedecieron y me empezaron a escocer los ojos.

No había comido nada desde antes de empezar el turno, así que no devolví nada, pero eso no impidió que las náuseas se apoderaran de mi estómago.

¿Qué cojones había hecho?

Secuestro. Asalto con agresión. Y seguramente había cometido una decena de delitos más que, como alguien descubriera, acabarían con mi carrera profesional.

Mi idea inicial había sido que Max pagara por lo que le había hecho a Jules, y había acabado utilizándolo cual saco de boxeo humano.

«Mierda.»

Abrí el grifo y me humedecí la cara con la esperanza de poder limpiarme la sangre, pero la marca permaneció allí incluso después de que el color rosado del agua fuera desapareciendo por aquel lavamanos de acero.

Cuando por fin levanté la cabeza con la piel entumecida por el frío del agua, vi a Alex a mi lado. Apoyó la cadera en el fregadero, con una expresión impasible.

—¿Ya estás mejor?

—Sí. No. No lo sé. —Me froté la cara, húmeda, con una mano y me quedé mirando a Max, que seguía inconsciente. Me volvió a dar un vuelco el estómago—. ¿Qué hacemos con él?

—Tranquilo, no irá a la policía. —Alex se le acercó y empujó la torpe figura de Max con desprecio—. Solo le traería problemas.

Cierto. Hacía solo unos cuantos meses que Max había salido de prisión y ya había cometido un asalto a mano armada y se había metido en una conspiración de hurto mayor. Si la poli miraba sus antecedentes, estaba jodido.

—¿Y si luego viene a por nosotros? —cuestioné.

—Por favor... No es más que un ladrón raso intentando jugar en una liga superior a la suya. —Alex no parecía nada sorprendido—. Además, si lo que ha dicho es verdad, ya tiene suficientes problemas de los que preocuparse como para intentar vengarse de nosotros. Quien quiera tu horrendo cuadro se encargará de mantener a Max ocupado.

—No es horrendo —gruñí—. Es diferente, y vale muchísima pasta.

Tras la confesión de Jules, había intentado vender el cuadro. Me traía malos recuerdos y, tal y como había dicho Max, las personas que lo querían vendrían a por mí si me lo quedaba. Por suerte, aún no se había dado dicha situación. Supongo que no confiaban lo suficiente en Max como para que acabara aquello que Jules había empezado.

La única forma de quitarme a los misteriosos «amigos» de Max de encima sin joder al siguiente propietario era vendiéndoselo a alguien a quien nadie se atreviera a robar.

Ayer, por fin, encontré al comprador adecuado, y quedamos en que firmaríamos el contrato en

un par de días, cuando él hubiera vuelto de un viaje de negocios.

Di por sentado que, quienquiera que fuera detrás de la obra, sabría que lo había vendido. Sin embargo, el comprador me había prometido hacer pública la transacción por si los otros no estaban al corriente.

—Ya basta de hablar del cuadro. Aunque Max no vaya a llamar a la poli, no podemos dejarlo aquí. —De lo contrario, moriría desangrado, y Alex tenía razón. Yo no era un asesino. Sería incapaz de seguir con mi vida a sabiendas de que alguien había muerto en mis manos.

Volví a sentir unas inmensas ganas de vomitar.

—Necesita atención médica.

El suspiro de Alex derramaba exasperación a borbotones.

—Tú y Ava. Siempre con la conciencia por delante. El parentesco es innegable —murmuró —. Vale. Mandaré a alguien para que se ocupe de él.

—Para que se ocupe de él ¿en plan...?

Otro profundo suspiro.

—En plan médico, Josh. No voy a matarlo. Apenas lo conozco.

—Vale.

Con Alex, siempre era mejor asegurarse de las cosas.

Me sugirió que fuera a ducharme arriba y que me pusiera una de sus mudas de recambio mientras él se ocupaba de la situación, y así lo hice.

Cuando salí, ya no había ni rastro de Max, y Alex estaba sentado en su salón, mirando algo en el móvil.

—¿Qué coño...? ¿Tienes elfos mágicos en casa o algo así? —Me dejé caer a su lado en el sofá.

La ducha no me había ido mal. No me sentía bien, pero sí mejor que antes, a pesar de que las imágenes de la figura ensangrentada de Max me perseguirían durante bastante tiempo.

Me sentía culpable. Tragué saliva.

—No. Tengo a un equipo muy competente y muy bien pagado. —Alex ni siquiera levantó la vista del teléfono—. Además, te has pasado una hora en la ducha. Incluso una abuela de avanzada edad podría haberse ocupado de Max en ese rato.

—Y una mierda. Me he duchado en diez minutos como máximo.

—Según el reloj, has tardado más.

Miré el reloj de pie que había en la esquina. Alex tenía razón. Hacía más de una hora que me había metido en la ducha.

Añadí, mentalmente, la pérdida de conciencia del paso del tiempo a la larga lista de cosas por las que preocuparme.

Cerré los ojos e hice presión con el puño en la frente.

—¿Qué cojones me está pasando?

Me sentía como un pasajero que no sabía que estaba en un tranvía descarrilado hasta que miraba por la ventana y veía el terreno hacia el cual se estaba dirigiendo a toda velocidad.

Un día tenía una vida increíble —era popular, conseguía todo lo que me proponía, tenía una familia maravillosa y unos amigos geniales— y, al siguiente, todo se había puesto a arder con tanta fuerza que solo quedaban cenizas.

—Si es por lo de Max, no te sientas tan mal. Ese tío es escoria; era evidente que iba a acabar así. Pero sobrevivirá. —Alex me miró—. Antes no has acabado de responderme. ¿Ya estás mejor?

No me gustaba nada tener que admitirlo, pero...

—Sí.

La oscura nube que me había estado persiguiendo en los últimos tres años seguía ahí, pero ya no pesaba tanto. Era más llevadera.

—Bien. Y ahora cuéntame lo de Jules.

—Por el amor de Dios... —Abrí los ojos y fulminé a Alex con la mirada. Una nueva tensión me recorrió la columna vertebral e hizo que se me petrificaran los músculos—. No hay nada que contar, pero si tienes curiosidad... Es una chica de metro setenta, pelirroja, con los ojos de color avellana...

—Acabas de pegar a un tío hasta casi matarlo porque le ha hecho daño —soltó Alex—. No finjas que Jules no te importa; no me insultes.

Me agarré el puente de la nariz arrepintiéndome, aunque no por primera vez, de la decisión que tomó mi yo de dieciocho años de hacerse amigo del tío que tenía sentado a mi lado.

Aun así, después de haber mantenido mi relación —mi antigua relación— con Jules en secreto durante tanto tiempo, sería agradable poder hablar del tema con alguien..., por más que dicho alguien tuviera la capacidad emocional de un ladrillo.

—¿Prometes que no se lo contarás a Ava? —Todavía no estaba listo para tener esa conversación.

—Prometo no sacar el tema. Pero, si me lo pregunta directamente, le contaré la verdad. —Alex se encogió de hombros—. Lo siento.

No había oído a nadie que lo sintiera menos en toda mi vida. Pero las probabilidades de que Ava preguntara por mí y por Jules eran bajas; mi hermana todavía creía que nos odiábamos.

Al cabo de un largo minuto de deliberación, le conté la historia completa a Alex, empezando por la tregua que acordamos con Jules mientras estuviéramos en el Centro y acabando por su visita a urgencias.

Cuando terminé, volví a sentir cierta presión en el pecho, y Alex se me quedó mirando con un extraño brillo de incertidumbre en los ojos.

—¿Qué?

—El noventa y nueve por ciento de personas de este planeta son idiotas —anunció—, y siento informarte de que tú formas parte de esta cifra.

Fruncí el ceño a más no poder.

—Estoy convencido de que en el fondo no quieres recuperar nuestra amistad.

¿Dónde había quedado lo de ser un lameculos? ¿Y los halagos? Había dejado su empresa y se había ido al puto Londres por Ava, ¿y ahora era incapaz de empatizar un poco conmigo y decirme: «Qué putada, tío»? Si es que siempre me tocaba pringar a mí.

—Si tanto te molesta, luego te mando un ramo de flores —dijo Alex, seco—. Pero, primero, escúchate. Estás enamorado de Jules, a saber por qué, ¿y te cabrea que te haya mentido ahora que ya te he contado la verdad?

Se me tensaron los hombros.

—No estoy enamorado de Jules.

—Casi matas a un tío por ella.

—¿Y? Tú casi matas a alguien a diario. No es nada del otro mundo.

—No me cambies de tema; no es lo tuyo. —Alex se quitó una pelusa de los pantalones con un movimiento rápido—. ¿Crees que no quiero recuperar nuestra amistad? Pues te diré aquello que dices que tanto quieres oír: la verdad.

—¿Y cuál es?

—Que eres un jodido cabezota que está demasiado ciego como para ver lo que tiene delante de las narices.

La tensión que sentí fue tan fuerte que incluso me dio jaqueca.

—He cambiado de opinión. No quiero oír la verdad.

Alex siguió hablando como si yo no hubiera dicho nada.

—Puede que Jules te mintiera, pero también te contó la verdad por voluntad propia. Si hubiera seguido con el pico cerrado, seguramente nunca te habrías enterado de lo que había hecho. La gente solo se confiesa así, espontáneamente, por una razón: porque quiere empezar de cero. Y la única razón por la que alguien quiere empezar de cero cuando su relación ya va bien es porque se ha dado cuenta de algo.

—*Ve-te.*

—*Te quie...*

—*Ni se te ocurra decirlo. He dicho que te vayas, Jules. ¡Pírate, joder!*

El corazón me palpitaba con tanta fuerza contra el pecho que sentía que me iba amoratando la caja torácica con cada doloroso latido.

—No hace falta que te diga qué es ese *algo* —prosiguió Alex—, eres listo de sobra como para pillarlo. Aunque dices que no te lo contó antes porque tenía miedo de cuál sería tu reacción; porque no pensaba que fueras a apoyarla. Ahora, dime: ¿cómo reaccionaste cuando te lo explicó?

El oxígeno fue desapareciendo de la sala.

De dolorosa nada. Cada bocanada de aire que tomaba era absolutamente insoportable.

—No soy el mayor fan de Jules, pero eres mi amigo y quiero que seas feliz. —A Alex se le relajó muy sutilmente la expresión, si bien la crudeza de sus palabras no disminuyó—. Pero no puedes ser feliz si te niegas a ver la realidad y miras a otro lado pensando que puedes alejarte de ella sin más y olvidarla. Te lo dice uno que en su día intentó hacer lo mismo con alguien a quien ama. Serás un desgraciado hasta que no resuelvas esta situación.

Nunca había oído a Alex utilizar tantas palabras en tan poco tiempo. De no haber estado ocupado repitiéndomelas mentalmente, aún me habría sorprendido más.

No te lo contó antes porque tenía miedo de cuál sería tu reacción. Ahora, dime: ¿cómo reaccionaste cuando te lo explicó?

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos con fuerza otra vez.

—Pfff, joder.

¿Qué coño había hecho?

51

Jules

Mi visita al hospital fue una mezcla de pruebas y reconocimientos. Tenía un corte en la cabeza, unos cuantos moratones un tanto feos, un esguince en el hombro y una leve conmoción cerebral; por lo demás, había tenido bastante suerte. Podría haber sido mucho peor.

A pesar de la conmoción, decidí acabar el examen de abogacía al día siguiente. Quería quitármelo de encima. Además, era un examen de opción múltiple; en el peor de los casos, podría marcarme un triple y rezar por que estuviera bien.

Entregué el examen. La administradora me sonrió y yo le devolví el gesto, cansada.

Había acabado. La suerte estaba echada.

No sabría si había probado hasta octubre, de modo que, ya puestos, podría celebrarlo durmiendo las próximas... setenta y dos horas.

Al salir de la sala de pruebas, estaba tan agotada que me pesaban las extremidades. Sin embargo, ahora que ya había terminado el examen, no podía dejar de pensar en mi visita al hospital el día anterior.

Era consciente de que Josh trabajaba en urgencias, por supuesto, pero no esperaba encontrármelo, aunque tampoco sabía muy bien por qué.

Al acordarme de su indiferente y frío reconocimiento, me dio un vuelco el corazón. No es que pensara que fuese a venir corriendo hacia mí y a perdonarme solo porque me había hecho daño, pero sí esperaba algo más de... ¿afectuosidad?, ¿empatía? No obstante, Josh me trató como si fuera otra paciente más a quien no conocía personalmente.

Competente y educado, pero sin emoción alguna.

«No pienses en eso. Ahora no.»

Rayarme demasiado era lo que me había jodido ayer. De no haber estado tan distraída, Max no me habría podido pillar tan por sorpresa.

Una fría capa de sudor me cubrió la piel. No pensaba que fuera tan estúpido como para volver al día siguiente, pero, ante situaciones desesperadas, la gente toma medidas desesperadas. Me imaginaba que sus «amigos» no estarían muy contentos de que hubiera perdido el cuadro y Max querría venganza por lo ocurrido en el hotel.

Había subestimado su inclinación hacia la violencia física.

Aunque si algo me pasaba a mí siempre, era que la gente que me rodeaba nunca acababa siendo como yo creía.

Aceleré el ritmo para poder meterme en el ascensor antes de que se cerraran las puertas. Estaba hasta los topes y olía ligeramente a atún y a sudor, pero seguía siendo mejor que ir por las escaleras. Aunque me pagaran todo el dinero del mundo, no volvería a bajar por ahí.

Me subí un poco la tira del bolso y encontré consuelo en el espray de pimienta y la táser que llevaba dentro. Me los había prestado Stella, que siempre los llevaba encima desde su breve

aunque espantoso encuentro con un acosador el año pasado.

Cual reconocida *influencer*, mi amiga tenía que lidiar con gente muy pesada, pero ese tío se pasó de la raya. Le había mandado unas cartas asquerosas en las que especificaba todo lo que quería hacerle y también le había enviado por mensaje unas cuantas espontáneas suyas por la ciudad; eso la asustó tanto que incluso fue a la policía, aunque no sirvió de nada. Por suerte, el acosador en cuestión dejó de contactarla al cabo de unas semanas y Stella no volvió a saber de él.

Y todo eso solo lo sabía yo porque vivíamos juntas. Si a Stella no le hubiera preocupado que ese tío se presentara en nuestra casa, ni siquiera me lo habría contado. Tenía la mala costumbre de callarse todos sus problemas.

Las puertas del ascensor se abrieron.

«Gracias a Dios.»

Me gustaba el atún, pero no me gustaba el olor del atún mezclado con el sudor y media docena de perfumes distintos.

Crucé la entrada muerta de ganas por irme a casa y comerme otro tarro de helado. Me había zampado tantos Ben & Jerry's a lo largo de la última semana que me sorprendía no haber explotado.

Ya casi había llegado a la salida cuando dos palabras hicieron que me detuviera:

—Hey, Pelirroja.

Al oír esa voz, aquí, llamándome por ese apodo, se me aceleró el pulso.

«No. Es imposible.»

Mi mente estaba volviendo a jugarme una mala pasada. Era imposible que Josh estuviera aquí después de cómo me había tratado el día anterior.

Un nudo cargado de emoción se me instaló en la garganta.

Varias personas pasaron por mi lado y me miraron extrañadas. Yo estaba ahí, plantada en el suelo de mármol, aunque en el fondo quería moverme. Os prometo que quería, pero mi cuerpo se negaba a obedecerme. Solo fui capaz de quedarme mirando hacia la salida con las mismas ganas de llegar ahí que de permanecer en mi burbuja ilusoria para siempre.

¿Y si era él de verdad? ¿Y si realmente estaba aquí? ¿Y si...?

Vi una sombra avanzando por el suelo bañado por la luz del sol. Alguien se puso delante de mí y me bloqueó la vista que tenía de la salida.

Levanté la mirada lentamente, estudiando aquel cuerpo vestido con una camisa; su pecho, aquellos amplios hombros y una marcada barbilla. Y entonces mis ojos encontraron los de Josh.

A mi corazón se le escapó un quejido, como si fuera un animal deseando que lo consolara la única persona capaz de hacerlo.

—No tenía claro que me hubieras oído. —Se metió las manos en los bolsillos. Unas estiradas cejas cubrían su preocupada mirada, pero se le dibujó una sonrisa en los labios—. ¿Qué tal el examen?

—Eh..., bien. —Era incapaz de creer lo que estaba pasando. Era surrealista.

Josh parecía una persona distinta a la del día anterior, y no me refería solamente a ese cambio de actitud radical. Ya nada quedaba de ese pulcro médico; ahora, en su lugar, había alguien más hosco, más curtido. Llevaba una barba de dos días que le cubría mejillas y barbilla, le había empalidecido ligeramente la piel y su pelo estaba tan enmarañado que parecía que se lo hubiera tocado con las manos miles de veces. En su mirada se atisbaba un claro arrepentimiento, y me dio un vuelco enorme el estómago.

Solo podía arrepentirse de una cosa y...

«No lo pienses.»

Me mordí la mejilla por dentro hasta que el sabor a cobre me envolvió la boca. Me negaba a hacerme ilusiones para que luego viniera Josh y volviera a destrozarlas.

—¿Podemos ir a hablar a alguna parte? —Josh se hizo a un lado para dejar pasar a alguien—. Tengo... —Guardó silencio un segundo y tragó saliva con tanta fuerza que se le marcaron los músculos de la garganta—. Necesito decirte algo.

—Puedes decírmelo aquí. —Me froté las palmas de las manos a ambos lados de los muslos discretamente. Tenía la falda pegada a la piel a pesar de las heladas corrientes del aire acondicionado y pasaba de tener calor a tener frío en cuestión de segundos.

—Vale. —En lugar de llevarme la contraria, Josh señaló con la barbilla hacia un pasillo que quedaba a un lado—. Al menos apartémonos del medio antes de que nos atropellen. Si los abogados ya son agresivos, los aspirantes a abogados todavía lo sois más.

Su hoyuelo se asomó prudentemente.

Al verlo, me derretí. De entre las tres cosas que más echaba de menos, su hoyuelo ocupaba la segunda posición, justo después de cómo besaba y antes de sus juguetones insultos.

Y, si bien en mi interior se escondía un sinfín de emociones, mi exterior permaneció intacto. Por más que lo intentara, fui incapaz de dibujar una sonrisa.

El hoyuelo desapareció y Josh tragó con fuerza otra vez.

No sé cómo, pero conseguí que me respondieran las piernas. Nos dirigimos hacia el pasillo en silencio y Josh fue girando los pomos de las puertas hasta que una cedió. Daba a una oficina que estaba vacía. No había ni un mueble, solo una pizarra blanca y una moqueta azul. El silencio que reinaba ahí era tal que incluso podía oír mi propio pulso.

Entré y jugueteé con la manga de mi blusa de seda con los dedos; aquel movimiento mecánico y familiar me tranquilizó.

—¿Qué haces aquí? ¿No tendrías que estar trabajando?

—Pedí un cambio de turno para tener el día libre. —Josh cerró la puerta y me estudió la cara. Su lento y meticuloso escrutinio hizo que una ola de calor me envolviera el cuerpo—. Quería asegurarme de que estabas bien.

No sé si fue el delirio, el agotamiento o una mezcla de los dos, pero reí. Mi risa sonó extraña, como el motor de un coche que arranca después de haber estado una semana sin que nadie lo usara.

—Estoy bien, pero no te has tomado el día libre para venir y presentarte aquí solo para saber cómo me encuentro. —Un dolor que ya conocía se acomodó en mi pecho—. Ayer me trataste tú. Ya sabes cómo estoy.

—Ya que sacas el tema... —A Josh se le desdibujó por completo la sonrisa—. A lo mejor pareció que no me... preocupara, y lo siento.

Me encogí de hombros como si me diera igual.

—Eres médico. Estabas siendo profesional y haciendo tu trabajo. Yo no soy nadie para pedir más.

—No soy solo tu médico, Jules.

El aire que tenía en los pulmones me sofocó.

—También eres el hermano de mi mejor amiga.

—Soy más que eso. —Dio un minúsculo paso hacia mí y yo retrocedí instintivamente.

Levanté la barbilla forzándome a no llorar. Ya había derramado suficientes lágrimas por él.

—Ya no.

Nadie lo hace mejor que tú. Es tu mejor cualidad.

Por más que me repitiera esas palabras, no dejaban de dolerme.

Eso era lo que pasaba con alguien que te había visto en tus mejores y peores momentos: que sabía cómo llegar a ti, sabía qué palabras te harían más daño.

Josh movió la mandíbula, pero, en lugar de rebatirme ese argumento, cambió de tema tan de repente que casi me dio un latigazo cervical.

—Ayer encontré a Max.

—¿Que qué? —Esto resultaba cada vez más surrealista.

—Que encontré a Max —repitió—. No va a volver a molestarte nunca. Alex y yo nos aseguramos de ello.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —Nada de lo que me estaba diciendo tenía sentido—. ¿Se lo has contado a Alex? ¿Qué hicisteis? No lo habréis matado, ¿no?

En parte, solo estaba bromeando. Tampoco me destrozaría que Max muriera, pero no quería que Josh corriera riesgos por mí. No pondría las manos en el fuego por Alex, pero ¿por Josh? Él no era un asesino, y si había hecho algo en un ataque de cólera, lo perseguiría el resto de sus días.

Imaginármelo sufriendo así fue peor que cualquier chantaje o palabras hirientes.

—No, pero no me faltaron ganas. —Una cruda sonrisa se le dibujó en la cara—. Alex me calmó. Alex. No voy a aburrirte con los detalles, pero te prometo que le dejamos las cosas bien claras. Max no volverá a ponerse en contacto contigo.

—¿Por qué lo hiciste? —La esperanza sacó su traicionera cabeza y yo volví a esconderla. Esperanzarme solo me traía decepciones—. Cuando me viste ayer en el hospital, te dio igual.

Los ojos de Josh se ensombrecieron y pasaron de un vivo color chocolate a un perturbador e infinito color obsidiana.

—¿Que me dio igual? —Volvió a avanzar hacia mí y reculé de nuevo.

Seguimos con nuestro baile al son de los latidos de mi corazón, y no paramos hasta que mi espalda acabó empotrada contra la fría pared y Josh me envolvió con el calor de su cuerpo. Cuando habló de nuevo, el grave y peligroso timbre de su voz hizo que un escalofrío me recorriera toda la columna vertebral.

—Cuando entré en esa habitación y te vi herida casi pierdo los papeles; me importó un bledo mi trabajo. Quería matar a Max por haberte puesto las manos encima, y no es una hipérbole, Jules. Si hubieras visto las pintas que tenía ese tío cuando acabé con él... —Su aliento me rozó la piel—. Tiene suerte de seguir con vida. Pero como se le ocurra respirar siquiera en la misma dirección que tú, le extirparé las entrañas y lo ahorcaré con ellas. Así que no, Pelirroja, no me da igual. Me importas tanto que incluso me aterroriza.

Yo ya estaba volviéndome a caer por una inevitable espiral y lo único que amortiguaba la caída eran sus palabras. El aire iba cantando una dulce melodía mientras yo me precipitaba hacia una muerte casi segura.

La silenciosa promesa de violencia que acababa de hacer debería haberme asustado. Sin embargo, crepitó por mis venas cual corriente eléctrica.

—Me odias. —Me faltaba el aire y me dolía todo; deseaba con todas mis fuerzas que lo que acababa de decir fuera verdad, pero me aterraba equivocarme.

—Nunca te he odiado.

—Mentira.

Rio dulcemente y el sonido de su voz llenó cada molécula de aire que reposaba entre nosotros.

—Vale, quizás te odié un poco en su día. —Se le desvaneció la sonrisa y su mirada adoptó un aire serio—. No sé qué me has hecho, Pelirroja, pero he pasado de querer matarte... a estar dispuesto a matar por ti.

El estómago me dio un vuelco todavía más fuerte. Mil burbujas doradas revolotearon por mi interior hasta que tuve la sensación de ser un globo que volaba con el viento.

No sabía lo que había cambiado desde la semana pasada, cuando Josh...

¿Recuerdas que te he dicho que te perdonaba? Estaba mintiendo.

El globo petó con tanta rapidez que parecía que lo hubieran pinchado con el filo de una espada.

Josh no era cruel. No manipulaba los sentimientos de las personas para divertirse. Sin embargo, la semana pasada se había pasado tanto que casi había alcanzado los niveles de crueldad de Alex.

¿Y si esto era otro de sus enrevesados juegos? Me había dicho todo cuanto quería oír, pero no me fiaba de ese repentino cambio de ciento ochenta grados. La gente no podía deshacerse de la ira que él había demostrado sentir en solo una semana.

—¿Por mí o por mi «estrecho coño»? —lo interrogué citándolo. Me tembló la barbilla—. Es mi mejor cualidad, ¿no?

Se le dibujó una mueca de dolor en la cara.

—Jules...

—No puedes hacerme esto. No es justo. —La promesa que me había hecho a mí misma de no llorar se rompió justo en el instante en que una lágrima me rozó la mejilla—. Que la haya cagado no significa que puedas seguir torturándome. Tenemos que parar.

Se le escapó un gruñido del pecho.

Josh me secó la lágrima con el pulgar, con un tacto infinitamente dulce, pero sus ojos irradiaban intensidad.

—Ni parar ni leches —refunfuñó—. Yo no. Nosotros no.

—La semana pasada me echaste de tu casa. —Una nueva sensación de dolor me estrujó los pulmones—. Me follaste y luego te deshiciste de mí, igual que hace todo el mundo.

Lo había hecho porque estaba cabreado, y con razón, pero acordarme de sus palabras..., de cómo me había mirado...

Había cogido mi mayor inseguridad, la había convertido en un arma y la había apuntado hacia mí.

Josh empalideció y la expresión de dolor que se le había dibujado en la cara se intensificó hasta convertirse en algo tan visceral que, de no haber estado yo tan aterrada, habría echado abajo todas mis murallas.

Por más que quisiera volver con Josh, no podía dejar que me utilizaran o me manipularan de nuevo.

—Ha pasado solo una semana. ¿Qué ha cambiado? —Otra lágrima me rodó por la mejilla—. ¿Echas de menos el sexo? ¿Es eso?

—¡No! No es... —Josh se pasó la mano por el pelo—. Es cierto, no reaccioné bien cuando me contaste la verdad. No reaccioné nada bien. Me pilló por sorpresa, y lo ocurrido en los últimos años me había dejado tan trastocado que estallé de la forma más cruel que pude. —Tragó saliva con tanta vehemencia que se le movió la nuez—. Todas las personas en quienes he confiado me han mentido. Pero tú... A ti te conté cosas que nunca le había contado a nadie. Cosas que incluso me dolía admitirme a mí mismo. Tu traición fue más dura que cualquiera de las otras juntas, pero

el error fue mío. Fui yo quien se equivocó al pensar que me habías traicionado cuando, en realidad, también eres la única persona que me ha contado la verdad por voluntad propia. No esperaste a que te pillara, aunque seguramente podrías habértelo callado para siempre y yo no me hubiese enterado nunca. Y fui... —Se le quebró la voz—. Fui un idiota. Y lo siento. Y te quie...

—Para. —No podía respirar—. Déjame ir. Por favor.

Tenía que pensar. Tenía que procesarlo todo. Todo eso era demasiado y yo no podía... No podía...

Volví a tomar una bocanada de aire de forma superficial, lo cual no consiguió mitigar el mareo.

—No puedo. —Su tono de voz estaba lleno de agonía—. Haré todo lo que quieras, menos eso. —Josh bajó la boca y noté los fuertes latidos de su corazón contra el mío.

Me giré antes de que pudiera besarme porque estaba muerta de miedo de pensar que, si cedía un poco, Josh iría a por todas y rompería lo poco que aún quedaba entero de mí.

Se detuvo. Su respiración estaba cargada de arrepentimiento.

—No puedo dejarte ir, Pelirroja. Sería más fácil que me pidieras que me desgarrara el corazón con mis propias manos, joder. —Me secó otra lágrima de la cara—. Sí, cometiste un error, pero yo fui cruel y dije cosas que no debería haber dicho nunca.

Josh me hundió la cara en el cuello. Sentí algo húmedo en la piel y me di cuenta de que no era la única que estaba llorando.

—Lo siento —confesó con voz ronca—. Siento haber reaccionado de esa forma. Siento haber explotado contigo cuando solo estabas intentando hacer lo correcto. Siento no haberte escogido a ti como te mereces cuando eres todo cuanto siempre he querido.

Un sollozo se apoderó de mi garganta.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —Fue repitiendo el mismo mantra mientras me dejaba besos por el cuello y la mandíbula—. Lo siento muchísimo, joder.

Josh se acercó a mi boca y detuvo sus labios justo encima, esperando que le diera permiso. Esperando que lo perdonara.

Me quedé mirando al suelo. Mis esfuerzos por no hacerme esperanzas eran tantos que me escocían los ojos.

—Por favor. —Su derrotada súplica se coló entre los muros de mi resistencia—. Dime qué tengo que hacer, Pelirroja. Haré lo que sea.

—Yo... —Entre el incidente del día anterior con Max, el examen de abogacía y cómo se me bloqueaban las ideas cada vez que Josh estaba cerca, era incapaz de pensar con claridad. Un leve dolor se me acomodó en la sien y me nubló la mirada—. Necesito espacio. Solo necesito... Necesito...

A cada bocanada de aire que tomaba, menos oxígeno inhalaba.

Quería creer a Josh, de veras. Y, en ese embrollo, parte de la culpa también era mía. ¿No era yo quien quería que me perdonara por haberle mentido?

Sin embargo, ahora que había llegado el momento, había algo intangible y exasperante que no me permitía aprovechar la ocasión.

¿Y si me estaba mintiendo otra vez?

¿Y si yo volvía a equivocarme y Josh se marchaba para siempre?

¿Y si un día se despertaba y decidía que había sido él quien había cometido un error?

¿Recuerdas que te he dicho que te perdonaba? Estaba mintiendo.

¿De qué me sirve tener una hija si no sabe hacer bien una cosa tan sencilla?

La que nace puta, puta muere.

Nadie lo hace mejor que tú. Es tu mejor cualidad.

El batiburrillo de voces en mi cabeza hizo que el dolor se intensificara severamente. Las paredes se fueron cerrando a mi alrededor hasta que la aspereza fantasmal de aquel yeso blanco me arañó la piel e hizo que se me revolvieran las entrañas.

No tenía claustrofobia, pero a veces mis pensamientos me encerraban en una especie de jaula tan pequeña que me sofocaba con cada respiración.

—No puedo lidiar con esto ahora mismo. —Pestañeé en un intento por aclararme la visión—. Dame... Dame algo de tiempo. Necesito pensar.

Las últimas cuarenta y ocho horas habían convertido mi vida en un caos, y tenía que aclararme antes de hacer nada más.

Josh exhaló tembloroso.

—Jules...

—Por favor. —Se me quebró la voz.

Él cerró los ojos un segundo y luego me dio un beso en la frente.

—Vale. —Suspiró con pesadez y esa acción se me clavó en el pecho—. Tómate todo el tiempo que necesites. Esperaré.

No sé por qué, pero sus palabras hicieron que sintiera una nueva punzada de dolor en el corazón.

—¿Por qué?

Nunca me había esperado nadie. Era incapaz de imaginar que alguien fuera a hacerlo ahora.

—Porque eres la mujer con la que quiero estar. Hoy, mañana, dentro de un año o en unas cuantas décadas; eso nunca va a cambiar. —Los labios de Josh me rozaron la piel antes de que se apartara con la cara llena de conmoción—. Soy humano, Pelirroja. He cometido errores en el pasado y cometeré muchos más en el futuro. Pero hay un error que no pienso cometer en la vida: dejarte marchar. Mientras haya la mínima posibilidad de que estemos juntos, no te dejaré ir. Porque la posibilidad de estar contigo es mejor que la realidad de estar con cualquier otra persona.

Un líquido salado me resbaló por las mejillas.

—Así que, como te he dicho... —Josh me secó la lágrima—, esperaré. Esperaré el tiempo que haga falta.

52

Jules

Me tomé el viernes y el lunes libres y volví al Centro el martes por la mañana, más confundida que nunca. Me había pasado los últimos días dándole vueltas al tema, pero seguía sin saber qué hacer con Josh. Cuanto más lo pensaba, más me dolía la cabeza, así que agradecí volver al trabajo para mantenerme ocupada. Al menos, estaría distraída del exagerado lío que era mi vida personal.

Por suerte, habían entrado bastantes casos nuevos en mi ausencia, de modo que estuve entretenida hasta bien avanzada la tarde, cuando oí repiquetear las campanillas que había encima de la puerta de entrada.

Habíamos cerrado para comer, así que seguro que era alguien que trabajaba aquí... o algún voluntario.

Cuando me di la vuelta y vi a Josh, el corazón me dio un salto. Iba vestido con su atuendo de trabajo, zapatillas incluidas.

Todo el mundo se había ido a la cocina o a comer fuera, con lo cual solo estábamos él y yo.

—Hola. —Sin saber muy bien cómo, aquella palabra consiguió atravesar el seco desierto de mi garganta.

—Hola. —Josh se detuvo al lado de mi escritorio y paseó la vista por el corte vendado que tenía en la frente. Tragó saliva y se le notó el movimiento en el cuello—. ¿Cómo va ese corte?

—Bien. Sobreviviré. —Conseguí dibujar una sonrisa—. ¿No deberías estar descansando ahora mismo?

Ahora que lo tenía más cerca, me fijé en los círculos púrpura que le envolvían los ojos y las marcas de cansancio que tenía alrededor de la boca.

—Debería, pero quería verte.

Una bandada de mariposas me revoloteó por el estómago, haciéndome cosquillas a su paso.

—Oh.

«¿Oh?» Por el amor de Dios, parecía idiota, pero es que había perdido todas mis capacidades como para actuar de forma adecuada.

A Josh se le encorvaron los labios y dejaron entrever un sutil atisbo de amargura. Había mantenido su promesa de darme espacio para pensar, pero el aire que nos separaba retumbaba con tantas palabras por decir que incluso me estaba ahogando en ellas.

La frustración se abrió paso en mi estómago. ¿Qué diantres me pasaba? ¿Por qué no podía olvidarme de todo y volver con él como quería? No estaba enfadada por las dolorosas palabras que me había dedicado. Entendía por qué había estallado de esa forma, pero por algún motivo no conseguía avanzar.

Josh abrió la boca, como si quisiera decir algo, pero la cerró de inmediato y fue hacia su escritorio. Nos pusimos a trabajar envueltos por un tenso silencio hasta que me sonó el móvil e

interrumpió mi penoso intento de concentrarme en el caso más reciente del Centro.

Me sorprendí al ver quién era. Habíamos intercambiado números de teléfono en la boda de Bridget, pero la verdad era que no esperaba volver a saber de él.

—Hey, Asher —saludé al responder.

Josh dejó de teclear.

—Hey, Jules. —Asher Donovan arrastró las palabras pausadamente al otro lado del teléfono —. Perdona que te llame de repente, pero es que mañana tengo que pasarme por la ciudad por un viaje de último momento y quería ver si te aparecería ir a tomar algo. Me encantaría que nos pusiéramos al día.

—Esto... —Asher era guapísimo, encantador y un atleta mundialmente conocido. Debería haberme emocionado su invitación, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que había disfrutado del breve encuentro que compartimos en la boda de Bridget a raíz de las travesuras de cierto miembro de la realeza británica embriagado.

No obstante, en ese momento, yo no estaba pensando en la idea de irme a tomar algo con el hombre al que la revista *People* describía como «el mejor soltero en el sector deportivo». En lugar de eso, estaba intentando con todas mis fuerzas no mirar al hombre que tenía sentado a menos de tres metros.

El calor que desprendía la mirada de Josh me atravesó la piel y me distrajo tantísimo que ni siquiera me impresionó el hecho de estar al teléfono con el mismísimo Asher Donovan.

El universo me lo estaba mandando todo a la vez, de veras. Lo bueno y lo malo.

—Tampoco sería en plan cita —añadió Asher—; más bien solo un par de amigos pasando el rato. Y..., a ver, eres la única persona que conozco que vive aquí, pero aunque no lo fueras seguiría quedando contigo.

—Me alegro de saberlo. —Reí—. Pero es que mañana... —La verdad era que solo me apetecía dormir toda la noche, igual que llevaba haciendo la última semana, aunque quizás también me vendría bien salir. Me sentiría más humana y menos como una triste concha pasando por las distintas etapas de su vida—. Venga, vale. ¿En el Bronze Gear a las seis? Es un bar que hay en el centro.

El calor que sentía en el lado izquierdo se convirtió en una ardiente hoguera. A pesar del helado aire acondicionado y de mi ligera blusa, perlas de sudor se acomodaron entre mis pechos y tuve que esforzarme con todo mi ser para no desviar la mirada hacia Josh.

—Perfecto —contestó Asher—. Vendré camuflado. Gorra de béisbol y camiseta azul.

—¿En serio funciona? —Dudaba que una simple gorra de béisbol pudiera mantenerlo en el anonimato. Su cara no era fácil de olvidar.

—Te sorprendería. La gente ve lo que espera ver, y nadie espera verme tomando algo en un bar de Washington un miércoles por la noche. Nos vemos, Jules.

—Chao.

Cuando colgué, el silencio era tal que habría jurado que podía oír el flujo de mi sangre a través de las venas.

—¿Asher Donovan? —preguntó Josh. Era una pregunta sin más, pero el apretado tono de su voz lo delató.

—Sí. Va a estar por la ciudad y quiere ir a tomar algo.

Más silencio.

¿Por qué narices hacía tanto calor aquí dentro? Me aparté el pelo de los hombros y por fin miré a la izquierda. Josh estaba apretando la mandíbula con tanta fuerza que me sorprendió que

no se le rompiera.

Se me detuvo un segundo el corazón.

—No es una cita —añadí con cautela.

No sabía por qué había tenido la necesidad de aclarárselo. Josh y yo ya no estábamos juntos, y mi encuentro con Asher era puramente platónico. Sin embargo, al ver la fija expresión de Josh, me sentí culpable y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Puede que tú pienses que no es una cita —Josh me dedicó una triste sonrisa antes de que volviera a poner la vista en el ordenador—, pero créeme, Jules: cualquier tío que te dejara escapar teniendo la mínima oportunidad de estar contigo sería un idiota.

—Creí que podía parar en Washington, pillar unas cuantas setas venenosas y utilizarlas para preparar algo especial para antes del partido —dijo Asher—. ¿Qué te parece?

—Genial. —Jugueteé con la pajita.

Tal y como habíamos acordado, Asher y yo quedamos la noche siguiente para ir a tomar algo en el Bronze Gear. En otra ocasión, habría querido que me contara hasta el más mínimo detalle de su última riña con otra estrella de fútbol europeo, pero estaba tan distraída que era incapaz de prestar demasiada atención a nuestro diálogo.

¿Qué estaría haciendo Josh en ese momento? Dormir, seguramente. Después de un largo turno ese día, se había vuelto a presentar en el Centro a pesar de que Barbs le había insistido para que se fuera a casa. Josh tenía toda la pinta de caer rendido en su propio escritorio.

—*¿No deberías estar descansando ahora mismo?*

—*Debería, pero quería verte.*

La risa de Asher me devolvió a la realidad.

—Una parte de mí se siente ofendida al ver que estás ignorándome descaradamente —anunció con un tono más seco que la ginebra que había en su copa—; la otra está intrigada.

Me sonrojé. Era cierto: estaba siendo una compañía malísima.

Además, estaba convencida de que Asher no estaba acostumbrado a que pasaran de él, y no solo porque le hubieran dado un Balón de Oro. De no ser un jugador de fútbol tan bueno, se ganaría perfectamente la vida como supermodelo.

Pómulos marcados, ojos verdes, pelo oscuro... Y yo no sentía nada más allá de la previa frustración por todo el tema de Josh.

A veces me cabreaba a mí misma por un sinfín de razones.

—Tu ego podrá soportarlo —dije jovial para intentar deshacerme de mi melancolía—. Aunque me sorprende que lo de la gorra funcione de verdad.

Asher se había bajado tanto la gorra de béisbol que le tapaba la mitad de la cara; además, aquellos vaqueros y la camiseta que había escogido nada tenían que ver con los elegantes atuendos que llevaba normalmente. Una gruesa barba de dos días le cubría las mejillas de la mandíbula, que solía llevar perfectamente afeitadas. Aun así, me resultaba increíble que un montón de gente pasara por nuestro lado sin volverse para mirarlo siquiera.

Asher tenía razón. La gente veía lo que esperaba ver.

—Bueno y ¿por qué has venido a Washington? —me interesé, cambiando de tema—. Dijiste que había sido algo de último minuto.

—Si te lo cuento, mi agente me mata. —Se terminó la bebida—. Pero tengo distintas reuniones en Estados Unidos y una es precisamente en Washington.

Me costaba creer que los medios de comunicación no hubieran hecho eco de su viaje a Estados Unidos. Aunque debo admitir que yo no estaba atenta a las noticias deportivas, así que a lo mejor sí que lo habían mencionado y yo ni siquiera lo sabía.

—¿Te resulta extraño ser tan famoso? —quise saber. No podía ni imaginarme cómo debería ser tener a la gente observando todos mis pasos.

—Antes sí, pero ahora ya me he acostumbrado. —Sonrió con sarcasmo—. ¿Puedo contarte un secreto? —Asentí y él prosiguió—: Nunca quise ser famoso.

Arqueé las cejas a más no poder.

—Venga ya...

Había famosos que se escondían para no estar en el punto de mira, pero parecía que Asher se sintiera como pez en el agua. Siempre salía con una nueva supermodelo, conducía los coches más rápidos del mercado y asistía a las mejores fiestas.

—En serio. —Se recostó en la silla—. A veces, ser un don nadie es, en cierto modo, liberador. Nadie espera nada de ti y no tienes tanta presión; en mi caso, solo estamos mi pasión por el deporte y yo. Me pasé muchísimo tiempo en la retaguardia porque me daba miedo hacerme famoso. ¿Yo, un don nadie de Berkshire, fichando para los mejores equipos y jugando contra los mejores jugadores del mundo? No me lo merecía. Pero me encanta el fútbol, el fútbol europeo, quiero decir, y esa forma de pensar acaba afectando a mi forma de jugar. No me di cuenta hasta que me lo dijo mi entrenador, y ahora... —Asher se encogió de hombros—. Como te decía, ya me he acostumbrado a la fama, pero lo más importante es que puedo jugar con todo mi potencial. Solo tuve que dejar de ponerme palos en las ruedas.

No me lo merecía.

Aquellas palabras retumbaron en mi mente y me llenaron los pulmones con una repentina y helada certeza. Oh, Dios. Quizás la razón por la que yo...

—Basta de hablar de mí —dijo Asher—. Hablemos de por qué ese tío lleva quince minutos mirándome como si quisiera arrancarme la cabeza. —Señaló hacia alguien que me quedaba detrás con la barbilla.

¿Lo habría reconocido ya alguien?

Me di la vuelta y la certeza que había sentido se convirtió en estupefacción al ver a Josh sentado a una mesa un tanto alejada de nosotros. Como yo estaba de espaldas a la puerta, no lo había visto entrar.

En lugar de apartar la mirada, Josh me la aguantó con una evidente tensión en sus oscuros ojos y en la mandíbula. De repente, una descarga eléctrica irrumpió en el aire e hizo que se me encendieran los nervios.

—Es el tío de la boda, ¿no? —Asher volvió a llamar mi atención. Le brillaban los ojos, divertido—. ¿Estáis saliendo?

—Yo no lo llamaría así. —Ya no.

La diversión de su mirada se intensificó.

—O sea que es complicado.

—Por decirlo de algún modo, sí. —Complicado, difícil y una de las pocas experiencias bonitas que había vivido hasta la fecha.

Aunque ya no estaba mirando a Josh, todavía podía sentir las chispas de aquellos dos segundos de contacto visual.

No me lo merecía.

Solo tuve que dejar de ponerme palos en las ruedas.

Cualquier interés que hubiera podido tener en continuar tomando algo con Asher desapareció.

—Lo siento, pero...

—Ve. —Me hizo un gesto con la mano—. De todos modos, tenía la impresión de que nuestra noche no se alargaría demasiado. Y estoy prácticamente convencido de que la gente me está empezando a reconocer, así que escápate mientras puedas.

Le seguí la mirada y vi que venían dos tíos directos hacia nosotros, con los ojos puestos en Asher y entusiasmadísimos, como si fueran sus mayores fans.

Ups.

—Buena suerte.

Asher rio.

—Gracias, por la suerte y por haberme hecho compañía durante unas cuantas horas. Si alguna vez te pasas por Manchester, avísame.

—Lo haré.

Me marché justo en el mismo instante en el que esos tipos llegaron a nuestra mesa.

—¿Eres Asher Donovan? —le preguntó uno—. ¡Soy superfán tuyo! El gol que marcaste el año pasado contra el Barça...

Sacudí la cabeza con la esperanza de que, cuando todo el mundo se hubiera dado cuenta de quién era Asher, no lo atosigaran demasiado. Pero, como bien había dicho él, ya estaba acostumbrado a eso. Me daba a mí que se las podría arreglar solito.

Yo, en cambio, tenía algo más importante de lo que ocuparme.

En lugar de ir hacia Josh, salí del bar y me quedé en la esquina de la acera. Cada vez había más gente en el Bronze Gear y no quería hablar allí.

Tal y como imaginé, Josh apareció en menos de un minuto.

—Muy discreto no eres —señalé. A pesar del bochorno veraniego, se me puso la piel de gallina.

—No he venido a ser discreto, Pelirroja. —Se detuvo justo enfrente de mí.

Unas gotitas de calor se desprendieron del aire y me calaron hasta llegar a las venas.

—¿Y entonces a qué has venido? —Traté de sonar despreocupada a pesar del aleteo de mariposas que sentía en el pecho—. ¿Me estás acosando, Josh Chen?

—¿Estás intentando olvidarme, Jules Ambrose?

Al oír su oscuro tono, tragué saliva.

—Porque, de ser el caso —siguió Josh a la vez que daba otro paso hacia mí—, que sepas que no va a funcionar.

Las mariposas enloquecieron.

—Te tienes en un pedestal terriblemente alto —apunté.

Una gran sonrisa se le dibujó en la cara.

—Te prometí que te daría todo el tiempo que necesitaras, y lo haré. Pero no pienso quedarme sentado esperando mientras vas de citas con otros tíos, Pelirroja.

—Ya te dije que no era una cita.

—Y yo te dije que yo no comparto. A ti no. —La ardiente mirada de Josh se clavó en la mía —. Me importa una mierda que ese tío sea multimillonario y que tenga la cara estampada en todas las revistas del mundo. Podría ser el jodido rey de Inglaterra, y aun así nunca te daría lo que yo sí estoy dispuesto a darte.

Ya tenía los pelos de punta, pero se me tensaron todavía más.

—¿Y qué es?

—Todo. —Acortó la distancia que nos separaba hasta que su boca quedó a unos pocos centímetros de la mía. Me mantuve firme, pero la descarga de electricidad que había sentido antes volvió a mí aún más intensamente y me corrió ávida por las venas. Había unas cuantas personas más en la acera; no estaban lo suficientemente cerca como para oírnos, pero tampoco me importaba. Cuando tenía a Josh cerca, era como si el resto del mundo no existiera—. Mi corazón. Mi alma. Mi dignidad. ¿Qué quieres que haga, Jules? —Se le quebró la voz en unos pedazos punzantes y dolorosos—. ¿Quieres que te suplique? Joder, dímelo y yo me arrodillo.

Sentí que se me humedecían los ojos. Me dolía el pecho y sacudí la cabeza.

¿De qué tienes tanto miedo?

La pregunta que me había hecho Josh en la boda de Bridget retumbó en mi cabeza. En su día no había sabido darle una respuesta, pero ahora ya lo sabía.

Tenía miedo de mí.

Incluso cuando había empezado a pillarme por Josh, una parte de mí sabía que lo nuestro no funcionaría mientras siguiera ocultándole mi secreto. Sin embargo, ahora que ya lo sabía todo, me aterrorizaban otras cosas: que me hiciera daño, que yo no fuera a ser suficiente, y que me quisiera de verdad cuando en realidad no me lo merecía.

Ya no era aquella niña pequeña de Ohio, pero había ciertos aspectos de la infancia tan enraizados en nuestro interior que se convertían en una parte de nosotros sin que nos diéramos cuenta siquiera. Después de pasarme casi toda una vida sin que nadie me quisiera, ahora que alguien se negaba a marcharse, yo no sabía cómo gestionar la situación.

A lo mejor ya era hora de que aprendiera.

—Prométeme que lo nuestro es de verdad —susurré.

Necesitaba saberlo; asegurarme, de todas las formas posibles, de que no volvería a romperme el corazón. Estaba tan cansada de resistirme y sabotear mi propia vida... Después de pasarme años nadando contracorriente, ya iba siendo hora de zambullirme en algo que quería de verdad, sin importarme adónde me llevara.

Al fin y al cabo, no había nada tan valiente como hacer una promesa... y mantenerla.

Josh me agarró la cara con ambas manos.

—Te lo prometo. —En sus labios se dibujó una diminuta sonrisa y su mirada buscó la mía con una prudente esperanza—. Me temo que vas a tener que quedarte conmigo para siempre.

Sus palabras me atravesaron la piel y envolvieron cada parte de mi cuerpo con su calor.

«Suéltalo ya, Jules.»

Dudé solo un segundo y al final mis labios se separaron en una tímida invitación.

Una expresión de alivio se dibujó en la cara de Josh antes de que se lanzara y su boca cubriera la mía para besarme de forma casi desesperada y con tanta pasión que me hizo encoger los dedos de los pies. Me fundí en él, saboreando su sabor y volviendo a sentirlo.

La presión que se había adueñado de mi corazón me fue abandonando y todos mis nervios recobraron vida.

Había besos que se sentían incluso en los huesos. Ese lo sentí en el alma.

—Doce días, ocho horas y nueve minutos. Me he pasado cada segundo pensando en ti. —Josh me rozó la boca con los labios mientras hablaba—. Antes pensaba que sabía lo que quería: ser médico, vivir aventuras, ser el más popular de todos, la persona que mejor cayera de la sala... Pensaba que todo eso me haría feliz, y lo hizo. Temporalmente. Pero tú... —Apoyó la frente en la mía—. Tú eres la única capaz de hacerme feliz para toda la vida.

Solté un sonido que quedó a medio camino entre una risa y un sollozo.

—Cuidado, Chen. Como sigas diciendo cosas así, puede que no te suelte nunca —dije utilizando las mismas palabras que había pronunciado él en nuestra primera cita.

Aquel hermoso hoyuelo que tenía volvió a aparecer en todo su esplendor.

—Eso espero. —Me agarró por detrás del cuello con una mano y me plantó otro beso en los labios, esta vez con más dulzura—. Por si no te ha quedado claro, te quiero, Jules Ambrose; incluso cuando me vuelves loco, joder. Sobre todo cuando me vuelves loco.

—Eso es porque eres masoca. —Fui incapaz de reprimir una sonrisa—. Pero no pasa nada. Yo también te quiero.

Era la primera vez que le decía eso a un chico, pero no me resultó extraño. Fue como si aquellas dos palabras siempre hubieran estado allí, en la punta de la lengua, esperando a que llegaran el momento y la persona adecuados antes de salir de mi boca.

La mano de Josh permaneció inmóvil.

—Repítelo —me pidió.

—Te quiero —exhalé con una energía increíble por todo el cuerpo y el corazón lleno a rebosar, tanto que pensé que iba a explotar en cualquier momento.

Una sonrisa socarrona se abrió paso entre los labios de Josh.

—Cómo no. Si es que soy adorable, joder, menos cuando estoy siendo un capullo..., que fue el caso durante la semana siguiente a tu confesión sobre lo del cuadro. —Desvió la vista hacia el grupo de adolescentes que nos estaban mirando y me di cuenta de que estábamos empezando a llamar la atención de los transeúntes—. Pero quizás deberíamos seguir con esto en un lugar más íntimo...

Mi apartamento solo quedaba a dos manzanas. Stella no estaba en casa y, justo al cruzar la puerta de mi habitación, Josh volvió a besarme y se arrodilló ante mí.

—Doce días, doce orgasmos. —Me levantó la falda y sentí el cálido roce de su aliento en la sensible piel de mis muslos—. Me parece lo más justo, ¿no crees?

Unas cuantas llamas empezaron a arder en la parte inferior de mi estómago.

—¿Qué...?

Mi pregunta sufrió una muerte indigna cuando Josh me bajó las bragas y me paseó la lengua por el clítoris.

«Oh, Dios.»

Agarré a Josh por el pelo mientras me lamía y succionaba hasta que el orgasmo se apoderó de mí. No me dio ni tiempo de recomponerme. Volvió a hundir la cabeza entre mis piernas y enseguida me convertí, de nuevo, en un cuerpo jadeante. Si no hubiera sido porque sus fuertes manos me agarraban por las caderas y me mantenían firme, ya habría caído rendida al suelo.

Aun así, a pesar de los orgasmos que me fueron azotando y el denso olor a sexo que se respiraba en el aire, lo que estábamos haciendo no tenía pinta de ser sexo sin más.

Más bien éramos dos personas haciendo el amor.

53

Josh

—Esto no era lo que tenía en mente cuando has dicho que siguiéramos la noche en tu casa. —Mi cojín amortiguó el suave refunfuño de Jules.

Contuve una carcajada mientras le enfriaba el hombro con un paquete de hielo envuelto en una toalla.

—En ningún momento he dicho cómo íbamos a seguir la noche.

Después de haberme disculpado minuciosamente en su apartamento, cogimos un tren en dirección a mi casa antes de que apareciera Stella. Al llegar, le pedí a Jules que se tumbara en mi cama para que pudiera curarle las heridas.

En unas semanas estaría completamente recuperada, pero imaginármela sufriendo, aunque fuera un poco y temporalmente, hacía que se me encogiera el corazón.

—Se sobreentendía. Me siento engañada. Engatusada. Falsamente informada. —Jules levantó la cabeza para lanzarme una mirada asesina—. ¿Dónde ha quedado el polvo de reconciliación, Chen?

Solté una carcajada.

—¿No has tenido bastante con los orgasmos de antes?

Le pasé los dedos por el cuello antes de llegar a su cara y apartarle un mechón de pelo del ojo. Me había pasado todo el trayecto en tren sin poder quitarle los ojos de encima por miedo a que, si apartaba la mirada demasiado tiempo, Jules fuera a desaparecer.

Había muchísimas razones por las cuales podría no haberme perdonado por cómo la traté y, de haber tomado esa decisión, no la habría culpado.

Pero menos mal que no había sido el caso, joder.

Me follaste y luego te deshiciste de mí, igual que hace todo el mundo.

Sentí una punzada de dolor en el pecho al acordarme de sus palabras.

Dios, si es que era un capullo integral.

—El sexo oral no es lo mismo. —Las palabras de Jules se transformaron en un leve suspiro cuando le besé el cuello y acaricié suavemente su humedad.

—¿Quieres que esté dentro de ti, Pelirroja?

Se estremeció de arriba abajo.

—Sí.

Yo ya estaba empalmado, pero se me puso aún más dura al oír la esperanza que se desprendió de su voz entrecortada; sin embargo, me mantuve firme—. Tienes un esguince en el hombro, Jules, por no hablar de todos los moratones. Tus heridas podrían empeorar.

Volvió a suspirar, esta vez con menos ganas.

—Esto me pasa por salir con un médico, ¿a que sí?

—Ajá. —Se me encorvó la comisura de los labios al verla tan exasperada—. Pero salir con un

médico también tiene sus ventajas. Por ejemplo... —Le metí un dedo dentro mientras seguía acariciándole el clítoris con el pulgar—. Se me da muy pero que muy bien la anatomía.

El quejido de Jules se convirtió en un continuo de gemidos mientras se arqueaba con mi mano dentro. Le fui besando el pecho y el estómago, que tenía al aire, y sus gemidos se convirtieron en un grito cuando le abrí las piernas y le paseé la lengua por el sexo. Con fuertes lengüetazos, chupándoselo y succionándolo. Alabándola como si fuera un penitente y ella, mi salvación.

—Josh... Me... —El suave grito ahogado de Jules se me clavó directo al corazón—. Contigo dentro. Por favor. Quiero correrme teniéndote dentro.

Me detuve y gruñí. El corazón me latía con tanta fuerza que lo notaba en cada parte del cuerpo y sentía que la polla me iba a explotar en cualquier momento.

—Me vas a matar, Pelirroja.

No deberíamos hacerlo. Estaba herida; no de forma grave, pero aun así... Lo más inteligente sería esperar a que estuviera curada del todo.

Aunque no podía negarle nada mientras me suplicara de esa forma, por el amor de Dios.

Muy a mi pesar, levanté la cabeza y me erguí hasta quedar a la misma altura que ella.

—Hoy no lo haremos tan brusco, ¿vale? —Le aparté otro mechón de pelo de los ojos.

Jules asintió con tanto entusiasmo que casi volvió a reír, pero a la que me coloqué el condón y la penetré centímetro a centímetro hasta llenarla por completo, la risa se desvaneció.

Su gemido y el mío se fundieron en uno.

Estar dentro de ella era increíble, joder. Lo tenía estrecho y húmedo; estaba hecho para mí, como si Jules fuera aquella pieza de mi vida que me había faltado siempre.

Una pátina de sudor me envolvió la piel debido al esfuerzo de contener un orgasmo y gruñí suavemente, a modo de advertencia, cuando Jules se contrajo a mi alrededor.

—No puedo evitarlo. —Su respiración se volvió jadeante—. La tienes demasiado grande.

Aunque pasáramos tan solo unos días sin enrollarnos, Jules tenía que volver a acostumbrarse al tamaño de mi miembro otra vez.

—Pero la recibes maravillosamente. —Se la saqué y volví a metérsela suave y lentamente. Jules se retorció un poco, pero sus músculos se fueron relajando poco a poco y sentí que el orgullo me invadía el corazón—. Así. Justo así. Lo estás haciendo muy bien.

A Jules se le dibujó una expresión de placer en la cara.

—Josh...

—Tu coño está hecho para mí, Pelirroja. Toda tú estás hecha para mí. —Fui acelerando un poco y mi respiración se volvió más pesada. Aquel ritmo lento y sensual era totalmente opuesto a nuestra forma de follar, brusca, impetuosa; sin embargo, en cierto modo, era incluso más sexi.

Podía saborear cada penetración y cada gemido de Jules mientras el sexo se llevaba por delante cualquier mal recuerdo que tuviera de la última vez que habíamos estado juntos.

—No te cortes —solté al ver que se mordía el labio inferior. A juzgar por lo tensos que tenía los músculos, estaba a punto de correrse y yo lo sabía—. Quiero oír cómo gritas con esa dulce voz.

Bajé la mano para frotarle el clítoris y ejercí la suficiente presión como para acabar de llevarla al clímax mientras empezaba a ir un poco más rápido. Jules chilló de placer. Arqueó la espalda y, al notar cómo le palpitaban las paredes vaginales a mi alrededor, gruñí.

Verla así hizo que se me ensanchase el pecho. Corriéndose con todas sus fuerzas y tan hermosa que no habría podido apartar la mirada de ella aunque me estuvieran amenazando a punta de pistola.

—Así. —Le acaricié la mejilla con el pulgar y me incliné para besarla. Apasionadamente—. Buena chica —susurré—. Me encanta oír cómo gritas por mí.

Mi polla enseguida reaccionó a los gemidos de Jules y no tardé demasiado en correrme con otro fuerte gruñido.

Me aparté a un lado porque no quería darle un golpe en el hombro y nos quedamos ahí tumbados en un alegre silencio hasta que recobramos el aliento.

El sexo era una pasada, pero ¿esto? ¿Disfrutar de la compañía del otro después? Esto era todavía más increíble.

Me apoyé en un costado, abracé a Jules por la cintura y la acerqué a mí. Antes de estar con ella, las carantoñas siempre me habían dado absolutamente igual, pero me encantaba tenerla entre mis brazos. Sentía que era... como tenía que ser.

—¿Qué tal el hombro?

—Sigue en su sitio. —Yo fruncí el ceño y Jules rio—. Está bien, ¿lo ves? Nos hemos acostado y no me he muerto.

—No me hace gracia. —No quería ni bromear con la idea de que Jules muriera—. Luego volveré a mirártelo, por si acaso.

—De acuerdo, doctor Chen —me vaciló—. ¿Le ofreces estas revisiones tan hábiles a todo el mundo o es que yo soy especial?

—Solo se las ofrezco a mis pacientes más testarudos, irritantes y tocapelotas. A aquellos en quienes no puedo dejar de pensar. Por suerte —le acaricié la curva del culo con la palma de la mano—, solo tengo una paciente así.

A Jules se le entrecortó la respiración.

—Qué suerte la mía.

—Pues sí —respondí con una sonrisa socarrona en los labios.

—Mira que llegas a ser arrogante. —Rio y luego volvió a ponerse seria—. ¿Todavía tienes el cuadro? Los socios de Max vendrán a buscarlo y no...

—Ya me he ocupado del tema.

—¿Cómo?

—Ya lo verás.

Jules arrugó la nariz.

—Qué enigmático estás, ¿no?

—Es una sorpresa, Pelirroja. Ya lo verás —repetí.

Jules resopló y dejó el tema, pero estaba intrigada, se le notaba. No había nada que consiguiera llamarle más la atención que una sorpresa.

Ahora solo tenía que pensar cómo revelárselo... después de conseguir recuperar las entradas para el musical qué había destrozado la semana pasada. Podría hacerlo todo a la vez.

Le acaricié dulcemente la espalda con los nudillos de la mano mientras disfrutaba del simple hecho de oírla respirar. Jules bostezó y me hundió la cara en el pecho. Ahora que empezaban a amainar los efectos de la euforia poscoital, el cansancio cubrió el rostro de Jules y le ensombreció los ojos.

—Tarde o temprano, vamos a tener que contárselo a Ava —murmuró—. En algún momento.

—No me lo recuerdes. —Hice una mueca con solo imaginarme la reacción de mi hermana—. ¿Cuánto crees que deberíamos esperar? ¿Un año? ¿Una década?

—Una década, o quizás mejor un siglo. Sí, yo creo que un siglo está bien. Estará muy... —A Jules se le fue apagando la voz.

Bajé la vista para mirarla. Se había quedado frita; así, sin más.

Entre lo ocurrido con Max, el examen de abogacía y nuestra reconciliación, debía estar agotada.

Ya nos preocuparíamos más adelante por lo de Ava.

De momento, quería disfrutar de los ratos que eran nuestros y de nadie más.

54

Josh

Le acaricié la espalda a Jules con cariño mientras salíamos del ascensor y nos dirigíamos a un apartamento que parecía recién sacado de las páginas de *Architectural Digest*.

Paredes de color gris claro, suelos de mármol negro y algunos toques dorados. Era una casa de soltero en toda regla, aunque, a diferencia de hacía algunos años, ahora contaba con ciertos toques femeninos que le aportaban un aire un poco más dulce: un ramo de azucenas blancas por aquí, una acuarela por allá...

—Saldrá bien —le susurré a Jules.

Los dos la habíamos cagado a nuestra manera, pero por fin podíamos dejar el pasado atrás y avanzar juntos... después de saltar un último obstáculo.

—Para ti es fácil decirlo —respondió también en voz baja—. Compartís genes. Yo no.

—Te quiere más a ti que a mí.

—Mmm... Ahí llevas razón.

Cuando Ava nos recibió en la entrada del ascensor privado que llevaba al piso que compartía con Alex, dejé de reír y bajé inmediatamente la mano.

Por fin nos habíamos armado del valor suficiente como para contarle la verdad a Ava una semana después de reconciliarnos. Sin embargo, todo ese valor salió volando cuando la expresión de mi hermana cambió, pasando de una alegre sonrisa a una mirada llena de sospecha, al ver que llegaba con Jules al lado.

La había llamado y le había dicho que iba a pasarme por ahí, pero había omitido que también vendría Jules. No quería que atara cabos antes de que pudiéramos decírselo nosotros mismos.

Aunque igual no fue mi mejor jugada. Quizás debería haber dejado que digiriera el *shock* antes de quedar con ella.

«Maldita sea, Chen.»

Bueno, ahora ya era demasiado tarde. Ya estábamos en el baile y tendríamos que bailar.

Le dediqué mi más encantadora sonrisa.

—Hey, hermanita. Hoy estás especialmente deslumbrante. Toma. —Le pasé una cajita donde había un pastel *red velvet* de Crumble & Bake, su favorito—. Te he traído un regalo.

Ava no lo cogió. Alternó la mirada entre Jules, que estaba a mi lado con una exagerada sonrisa, y yo.

—¿Qué hacéis aquí los dos? —Era evidente que cada vez sospechaba más—. No iréis a pedirme que vuelva a hacer de mediadora otra vez para solucionar uno de vuestros conflictos, ¿no? Porque ya sois adultos.

Jules y yo intercambiamos una rápida mirada.

A lo mejor deberíamos haber pensado en un plan mejor que traerle un pastel a Ava para ponerla de buen humor.

Alex apareció detrás de mi hermana y arqueó una ceja cuando vio la cajita de Crumble & Bake.

¿En serio? ¿Este es vuestro plan? No tenía ni que decirlo; tenía muy claro lo que pensaba Alex.

Lo fulminé con la mirada. *Cállate.*

Él respondió sonriendo con superioridad.

Capullo.

Era como si se hubiera olvidado de que quien estuvo un tiempo saliendo con mi hermana a escondidas y sin contármelo había sido él.

—Mejor lo hablamos mientras comemos algo de pastel —canturreó Jules—. No hay nada como un buen *red velvet* para empezar bien la noche.

Ava se cruzó de brazos.

—Más vale que me siente antes de que me contéis lo que hayáis venido a decirme, ¿verdad?

—Quizás sí. Es probable. —Carraspeé—. Definitivamente, sí.

Nos acomodamos los cuatro en el salón: Ava y Alex en un sofá, y Jules y yo enfrente. El sol ya se estaba poniendo y los tenues rayos de luz que se colaban por las ventanas dividían el salón en una mitad oscura y una mitad más cálida.

La caja de pastel seguía en la mesita de café que nos separaba, esperando a que alguien la abriera.

—A ver, la razón por la cual estamos aquí juntos es, eh..., porque hemos venido juntos —anunció Jules.

Alex suspiró y se frotó la cara con la mano.

—Y la razón por la cual hemos venido juntos es porque... —«Venga, tío. Es como una tirita: hazlo de golpe y luego afrontas las consecuencias»—. Estamos saliendo —confesé.

Ava se nos quedó mirando con cara de póquer.

—En plan romántico —aclaró Jules.

—En plan novios —añadí.

Más silencio.

Ava no se había movido ni un ápice desde que habíamos empezado a hablar, y eso era una mala señal.

Una perla de sudor se fue deslizando por mi columna vertebral.

No era normal. No debería tener miedo de mi hermana pequeña. No obstante, estaba acostumbrado a lidiar con una Ava charlatana; la Ava callada era más bien aterradora.

Y entonces hizo lo último que me habría esperado. Se echó a reír a carcajada limpia. Se tapó la cara, agitó los hombros y Jules y yo nos miramos, preocupados.

Joder, ¿acababa de hacer que mi hermana enloqueciera?

—Qué buena —soltó Ava entre respiraciones—. Casi me lo trago. —Intentó ponerse seria, pero no lo consiguió y volvió a echarse a reír enseguida.

—Eh... —Me había imaginado que esta conversación podría ir de mil formas, pero jamás me habría imaginado a mi hermana perdiendo la razón.

Jules me dio un golpe en la rodilla con la suya.

—Que cree que va de broma —dijo en voz baja.

—Ya lo veo. —Me aclaré la garganta—. Avita...

—Estoy impresionada de que hayáis dejado vuestras diferencias de lado durante el suficiente tiempo como para planear todo esto, de verdad os lo digo. —La risa de Ava cedió un poco,

aunque mi hermana continuó sonriendo.

—Ava...

—¿Me la estáis devolviendo por lo de Vermont? Porque ya hace meses de ese fin de semana y yo no tenía ni idea de que solo iba a haber una cama.

—¡Ava, que no va en broma!

Mi confesión retumbó por toda la sala, seguida de un pesado y aturdido silencio.

La sonrisa de mi hermana desapareció.

—Que no va... —Alternó la mirada entre Jules y yo de nuevo, y vio lo tensos que estábamos y que nuestros muslos se rozaban. Se le dibujó una expresión de horror en la cara—. ¿Estáis saliendo en serio? Pero ¿cómo es posible? ¡Si os odiáis!

—Bueeenooo... —dije arrastrando las vocales—. Ya no.

Jules intervino:

—Hemos estado trabajando juntos en el Centro...

—La cosa empezó como un lío sin ataduras...

—No imaginamos que fuera a pasar esto...

Nuestras voces se fueron superponiendo la una a la otra hasta que Ava levantó la mano y nos cortó.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

Hice una mueca de dolor.

—Eh... Pues, esta vez, una semana.

—¿Cómo que «esta vez»?

Mierda. Definitivamente deberíamos haber preparado un guion.

Como ya era demasiado tarde, Jules y yo se lo contamos todo a Ava, empezando por nuestro acuerdo puramente sexual y terminando por nuestra reconciliación de hacía una semana. No entramos en los pormenores del tema de Max y le dijimos que hubo un malentendido para cubrir el expediente de por qué habíamos roto; por lo demás, fue un resumen bastante completo.

Cuando hubimos terminado, a Ava se le había teñido la piel de un ligero tono verdoso y me fulminó con la mirada.

—¿Me estás diciendo que llevas meses acostándote con mi mejor amiga? —Señaló a Jules—. ¿Y que tú llevas meses acostándote con mi hermano? ¡Me parece increíble que no me lo dijeras antes!

Jules se encogió de hombros.

—Nunca encontraba el momento adecuado para contarte que me estaba tirando a tu hermano.

El tono verdoso en la piel de Ava se intensificó.

—¡Pero si tú hiciste lo mismo con él! —Señalé a Alex, que nos miraba con cara de aburrimiento. Ni siquiera intentó echar un cable. Traidor—. Estuvisteis meses saliendo a escondidas. No seas hipócrita.

—No es lo mismo —se quejó Ava—. Nosotros no nos odiábamos enardecidamente, le dimos la vuelta a la tortilla a la situación y empezamos a enrollarnos.

—Sé que lo que te estamos contando es cuando menos sorprendente dadas mis viejas... desavenencias con Josh. —Jules se mordió el labio inferior hasta hacerlo desaparecer—. Pero como trabajamos juntos en el Centro y nos vemos tanto, ha surgido sin más. La cosa es que, como no sabíamos hacia dónde iría todo esto, preferimos no decirte nada hasta que estuviéramos un poco más seguros para que no fuera todo aún más raro.

—Ya. —Ava cerró los ojos y cogió una profunda bocanada de aire—. Alex, tráeme un

cuchillo.

Palidecí.

—¡Hey, hey, hey! —Levanté una mano y acerqué a Jules a mí con la otra—. Que soy tu hermano. Me quieres. ¿Recuerdas cuando te daba las últimas bolitas de Milk Duds en el cine? Qué tiempos aquellos...

Ava pasó de mí hasta que Alex volvió con el objeto que le había pedido.

Lo miré con el ceño fruncido. O sea que iba a morir así: traicionado una vez más por mi mejor amigo y apuñalado por mi propia hermana. Ni Julio César había sufrido una muerte tan tétrica.

El corazón me empezó a latir con más fuerza. Ava cogió el cuchillo, se inclinó hacia delante... y abrió la caja del pastel. Cortó una porción y le dio un mordisco.

Silencio.

—¿Crees que debemos decir algo más? —me preguntó Jules en voz baja.

—Sigue con el cuchillo en la mano —respondí susurrando—. Mejor esperamos.

Nos quedamos mirando a Ava mientras acababa de comer con una expresión indescifrable en la cara. No obstante, cuando volvió a hablar, su tono no fue tan duro como antes.

—¿Vais muy en serio?

La angustia que sentía en el pecho se fue mitigando. Reconocía esa voz. Estaba volviendo en sí.

No me preocupaba que fuera a retirarnos la palabra para siempre solo porque habíamos estado saliendo a sus espaldas, pero tampoco quería pasarme semanas sin hablar con mi hermana.

—Ya no quiero matarla cada vez que la veo, así que sí, bastante —bromeé antes de volver a ponerme serio—. Oye, sé que para ti esto tiene que ser raro de cojones, pero te prometo que no habríamos venido a contártelo si no fuéramos en serio. ¿Recuerdas lo que te pregunté cuando me enteré de que estabas con Alex? ¿Recuerdas lo que me dijiste? —Miré a Alex, que ahora parecía más interesado—. Pues siento lo mismo por Jules.

—Ava. —Estaba en shock. *Me la quedé mirando, tratando de entender un mundo que, de repente, estaba patas arriba. Mi hermana y mi mejor amigo. Mi mejor amigo y mi hermana—. ¿Lo... quieres?*

Hubo una breve pausa.

Cuando Ava volvió a hablar, lo hizo en voz baja, pero segura de sí misma.

—Sí. Lo quiero.

La Ava del presente se me quedó mirando un poco más; luego se levantó y señaló la cocina con la cabeza.

—Quiero hablar contigo. A solas.

Me levanté y Jules me miró nerviosa. Respondí a su gesto con lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizante antes de ir hacia la cocina con mi hermana.

—Lo que me acabas de decir, ¿lo decías de verdad? —Me preguntó Ava cuando ya estuvimos alejados de los otros dos y no podían oírnos—. Eso de lo que sientes por ella.

—Sí. —Se me relajó la expresión—. La quiero, hermanita. Puede que todavía nos peleemos o discutamos en alguna ocasión, pero... sé que es ella.

Preferiría pelearme mil veces con Jules que estar con alguien con quien cada día fuera todo

fácil.

Porque yo no quería algo fácil. Yo la quería a ella.

—Vale. —Ava suspiró. Por fin se le relajaron los hombros y una mueca de culpabilidad le atravesó el rostro—. No quería ser tan dura contigo, sobre todo porque tú fuiste muy comprensivo conmigo y con Alex, pero es que sé cómo eres con las mujeres y sé cómo es Jules con los hombres. Los dos detestáis el compromiso y no quiero que le rompáis el corazón al otro. Si eso ocurriera, no podría posicionarme a favor de nadie; os quiero a ambos. Dicho esto —me clavó el cuchillo sin punta en el pecho—, como le hagas daño, te mato.

—¿Qué te hace pensar que voy a ser yo quien haga daño a Jules? Yo podría ser perfectamente el dañado.

¿Existía «dañado» como sustantivo? Si no, acababa de inventarme una nueva palabra.

—Te-mato —repitió Ava enfatizando las palabras y acompañándolas con más golpes de cuchillo.

—Lo he pillado. —Sonreí—. ¿Significa eso que no te importa que estemos saliendo?

—Supongo —contestó mientras se le iba ensanchando la sonrisa—. Mi mejor amiga ha conseguido que mi hermano se arrodillara por una tía. Buen trabajo, Jules.

Fruncí el ceño para reemplazar mi previa sonrisa.

—No ha conseguido que me arrodille. Bueno, metafóricamente hablando, al menos.

Esta vez, a quien le desapareció la sonrisa fue a mi hermana.

—A ver, vamos a establecer una regla. No quiero que insinúes ni me hables de absolutamente nada acerca de tu vida sexual. Nunca. —Fingió arcadas.

Me reí y la acerqué a mi pecho para abrazarla. La despeiné un poco igual que cuando éramos pequeños y me gané un amortiguado quejido.

—De acuerdo, pero lo mismo te digo.

—Vale. —Ava me apartó la mano y se pasó la suya por el pelo mientras soltaba otro gruñido; sin embargo, su cara de pocos amigos enseguida adoptó una expresión más dulce—. Me alegro de que estés contento, en serio. Sé que has pasado una época complicada por... todo. Yo siempre voy a estar a tu lado, pero me alegro de que también tengas a alguien como Jules. A veces puede llegar a ser un poco... dramática —los dos reímos—, pero es una de las personas con el corazón más grande que conozco.

Me emocioné y noté un nudo en la garganta.

—Lo sé. —Abracé a Ava con más fuerza y le di un beso en el pelo—. Gracias, Avita.

A pesar de que en ocasiones nos sacáramos de quicio el uno al otro, tenía mucha suerte de que Ava fuera mi hermana. Antes de conocer a Alex, si tenía algún problema de cualquier tipo, lo hablaba con ella, y viceversa. Ahora que éramos mayores y cada uno tenía su propia vida, no nos contábamos tanto nuestras confidencias, pero siempre estaríamos allí el uno para el otro.

55

Josh

Cuando volvimos al salón, Ava se llevó a Jules, supongo que para tener una conversación similar a la que había tenido conmigo, pero sin entrar en temas fraternales. Sin embargo, en lugar de quedarse en el apartamento, se fueron pitando a un bar que quedaba cerca para que Ava pudiera «intentar olvidar eso de "me estaba tirando a tu hermano"».

Sinceramente, pensé que se habían ido del piso para planear cómo atacarme luego en grupo (las conocía muy bien), pero estaba tan aliviado tras haber obtenido el visto bueno de Ava en cuanto a mi relación con Jules que lo demás me daba igual.

Después de que se hubieran ido, me acerqué a Alex, que estaba cerca de la pared de ventanales, pensativo.

—Me sorprende que no hayas ido con ellas. —Me coloqué a su lado y me quedé observando las vistas de la ciudad que se abrían ante nuestros ojos. La luz del crepúsculo convertía el cielo en una paleta de claros tonos rosados y lilas, y ese mar de edificios brillaba con el resplandor de unas luces que lo asemejaban a una moqueta de diminutas joyas—. Sueles estar pegado a Ava.

Alex llevaba paranoico con la seguridad de Ava desde que su tío la secuestró; incluso contrató a un guardaespaldas para mi hermana hasta que ella se hartó de su constante sombra. Fue motivo de una gran discusión entre ambos, pero finalmente Alex cedió y bajó un poco el nivel de protección.

—Estamos trabajando en ello. —Sonaba sutilmente contrariado—. Dice que soy demasiado paranoico.

—Es que lo eres. Y te lo digo yo, que soy su hermano y me preocupo muchísimo por su bienestar.

Emitió un sordo gruñido, irritado, pero dejó el tema.

—Si no me he ido con ellas, también ha sido por otra cosa. Tengo que... quiero contarte algo.

Su atípica torpeza me llevó a arquear las cejas.

—Vale. Aunque espero que no sea otra confesión sobre una mentira de hace ocho años, porque te juro por Dios...

—¿Quién es el paranoico ahora? —Alex se frotó la mandíbula con la mano y frunció el ceño.

Cuanto más lo veía dudar, más curiosidad sentía. A Alex no solía resultarle complicado expresarse. A excepción de Ava, le importaba una mierda todo el mundo como para preocuparse por cómo se tomaba la gente sus comentarios.

—Yo no he crecido con una familia —dijo al fin—. Como ya sabes, asesinaron a mis padres y a mi hermana cuando yo era pequeño, y mi tío era un psicópata. —Alex era la única persona capaz de hablar de unos hechos tan bárbaros con tan fría sinceridad—. Tampoco es que creciera con muchos amigos a lo largo de mi vida, lo cual tampoco me supuso un grave problema; la mayoría de la gente que conozco no me cae bien. Tenía mis negocios y otros proyectos, y eso me

bastaba. —Tragó saliva con fuerza—. Pero entonces os conocí a ti y a Ava. Al principio me irritabais bastante con vuestra insistencia para acatar las formalidades sociales y con vuestra predisposición a ver lo mejor de la gente, por más estúpida que resulte esta idea. —Me reí por la nariz, pero sentí que una sensación extraña me oprimía un poco el pecho—. Pero... —Alex volvió a dudar—. También visteis lo mejor de mí. Sois las únicas personas que habéis visto algo en mí más allá de mi cuenta bancaria, mi estatus o mis conexiones empresariales. Puede que tengamos algunos puntos de vista distintos sobre la vida y sobre cómo hacer ciertas cosas, pero tú y Ava... sois lo más parecido que tengo a una familia —sentenció con un tono de voz más dulce.

Ay, mierda. Como se me humedecieran los ojos por algo que saliera de la boca de Alex, me lo restregaría toda la vida.

Aunque sabía lo mucho que le había costado aceptarlo. Alex tenía lo mismo de sentimental que un puercoespín de suave; no obstante, pifias aparte, era un buen amigo, a su manera. Era leal, incondicional y estaba dispuesto a absolutamente todo por la gente a la que quería.

—Joder, macho, deberías haberme avisado de que te ibas a poner sentimental y demás. Habría traído más pañuelos de papel.

Aquellas palabras me salieron más entrecortadas de lo que me hubiese gustado.

Alex sonrió sutilmente.

—Estoy diciendo las cosas como son; no estoy siendo un sentimental. Y hablando del tema... —Se llevó la mano al bolsillo y sacó una pequeña caja aterciopelada—. Me gustaría formalizar la relación.

¿Tenía un problema en los oídos o había notado cierto nerviosismo en la voz de Alex?

Me lo quedé mirando impasiblemente. Una parte de mí sabía dónde quería llegar, pero mi cerebro iba un poco más lento.

—¿Qué relación?

—La familiar. —Abrió la cajita y me deslumbró.

Me cago en la leche, joder.

El Wollman Rink se quedaba pequeño al lado del anillo que descansaba en medio del cojín aterciopelado de la caja. Yo no entendía mucho de diamantes, pero sabía que este costaba, como mínimo, una cantidad de cinco cifras.

Resplandecía cual estrella fugaz al caer la noche. El aro de platino, decorado con diamantes más pequeños, hizo que brillaran unos prismas de los colores del arcoíris por toda la sala, y, a ambos lados de la almohadita, se leía: *Harry Winston*.

—Quería decírtelo antes de pedirle la mano a Ava. —Alex logró cerrar la cajita antes de que me quemase la retina—. Ya sabes lo que siento por ella, así que no voy a aburrirte con los detalles. Y tampoco me gusta nada la antigua tradición de tener que pedir permiso a alguien para casarse. Dicho esto, sé lo importante que es tu opinión para Ava. Para mí también lo es y, aunque no la necesite... —tragó saliva con fuerza—, me gustaría contar con tu aprobación.

A sus palabras las siguió un ensordecedor silencio.

Alex. Pidiéndole matrimonio a Ava. Se convertiría en mi cuñado.

Unos pensamientos inconexos aunque relacionados entre sí se pasaron por mi cabeza. Hostia santa. Supe que Alex y mi hermana estarían juntos para siempre desde el día en que me enteré de que él había dejado su empresa para estar con ella. Recuperó el negocio después de que Ava lo hubiese perdonado, pero el simple hecho de que Alex hubiese considerado hacer algo tan drástico ya me demostró que estaba enamorado de verdad.

Aun así, jamás me habría imaginado que fuera a pedirle que se casaran tan pronto, ni tampoco que fuera a pedirme permiso.

Alex nunca le pedía permiso a nadie.

—No quería pedirle matrimonio hasta que tú y yo hubiéramos... resuelto algunas de nuestras diferencias. —Con la cara tensa, Alex me dedicó una mirada penetrante—. No quería poneros en una situación peliaguda a ninguno de los dos.

En el pozo de emociones que era mi pecho en ese momento, por fin pude encontrar las palabras.

—No si al final resultará que se te está pegando la forma de ser de mi hermana. Hasta suenas humano.

—Se me da bien imitar a la gente.

Se hizo el silencio un momento antes de que se me escapara la risa.

—Joder, Volkov, no me mates de un infarto antes de la boda. Ava se cabreará.

A Alex se le encorvaron los labios.

—¿Me estás dando tu aprobación de forma implícita?

—No te flipes. —Me puse serio—. Tienes razón: nuestros puntos de vista son muy distintos y, con el paso del tiempo, hemos tenido nuestros, eh..., baches. Sigo pensando que eres un capullo el ochenta por ciento de las veces. Pero... acompañaste a mi hermana a casa cada día durante un año cual Romeo enloquecido. Siempre pones su seguridad y su bienestar por delante de los tuyos, y eso en tu caso es decir muchísimo, leches. —Tragué con fuerza—. Ava es mi única hermana. Es la única familia que tengo de verdad. Siempre la he cuidado y no me fío de que esté con cualquiera, pero sí me fío de ti.

Si de algo estaba seguro era de que Alex era capaz de jugarse la vida por Ava. Podría ser un capullo con el resto de la sociedad, pero sabía que siempre cuidaría de mi hermana.

Le di una palmada en la espalda y sentí que la presión que notaba en el pecho se intensificaba.

—Así que sí, tienes mi maldita aprobación. Pero no la mates con el anillo; este pedrusco es grande que flipas.

Un extraño brillo le atravesó la mirada a Alex, pero desapareció en cuanto pestañeó. Se le escapó una risa que parecía más bien de alivio.

—No le pasará nada. Es más fuerte que tú.

—En eso tienes razón. —A pesar de su ciego optimismo y de lo que algunos llamarían ingenuidad, Ava había superado todas las adversidades que la vida le había ido lanzando por el camino. Sacudí la cabeza, incrédulo—. No me puedo creer que vaya a tener que aguantarte toda la vida como cuñado.

No tenía ninguna duda de que Ava diría que sí, pero tener a Alex Volkov como cuñado..., válgame Dios.

—Mira qué suerte tienes. —Alex continuó sonriendo muy discretamente, pero su mirada se volvió seria—. Por cierto, también quería pedirte algo a ti.

—Alex —me llevé la mano al pecho—, a Ava no le va a gustar que me lo pidas a mí también. La bigamia es ilegal en Washington.

—Qué gracioso. —Fue hacia la barra, sirvió un par de vasos de *whisky* y me pasó uno—. Si Ava dice que sí...

—Dirá que sí.

Unos nervios un tanto irreconocibles en Alex le atravesaron la mirada y luego desaparecieron bajo su frío tono verdoso.

—Cuando diga que sí, voy a necesitar un padrino. —Pasó el pulgar por el vaso. A pesar del relajado tono de su voz, tenía los hombros tensos—. Como eres mi mejor amigo y una de las pocas personas a quien soporto tener al lado durante más de cinco minutos, tómatelo como que te lo estoy pidiendo oficialmente.

Ay, joder. Volví a sentir una oleada de emociones en el pecho y esta vez se fue espesando hasta que se me formó un nudo en la garganta.

Antes de nuestra discusión, Alex había estado ahí por mí: en cada partido, en cada crisis y en todas mis emergencias. Era la única persona en quien confiaba aparte de mi familia, y yo era la única persona con quien él intercambiaba más de doce palabras seguidas.

Habíamos sido mejores amigos, aunque él nunca me hubiera llamado así, al menos, no estando yo delante. Esta había sido la primera vez.

—Depende. —Me salió una voz rasposa y tuve que carraspear. No iba a llorar por ese cabrón. Hoy no, Satanás—. Uno: ¿me otorgas plena autoridad para organizar tu fiesta de despedida tal y como considere conveniente? Dos: ¿me darás asientos en el palco de por vida para ir a ver cualquier deporte que me apetezca? Y tres: ¿me dejas dar una vuelta con tu Aston?

Alex exhaló con tanta pesadez que casi pensé que iba a desplomarse.

—Dentro de ciertos límites, sí y no.

Uno y medio de tres. No estaba mal. Total, tampoco esperaba que aceptara la tercera propuesta. Nunca dejaba que nadie condujera su preciado coche.

—Me sirve. —Levanté el vaso—. Ya tienes padrino.

—Entusiasmado estoy.

—Me muero de ganas del fiestón que nos pegaremos en Las Vegas —dije ignorando su sosa respuesta—. ¿Qué narices? Hagámoslo más a lo grande. Tal y como me recuerdas constantemente, eres multimillonario, con el «multi» delante. Vayámonos a Macao. No, a Mónaco. No, a Ibi...

—No te adelantes a los hechos, que todavía no me he declarado.

—Pero lo harás y así ya estaré preparado. —Al ver cómo apretaba la mandíbula Alex, dejé de sonreír—. Dirá que sí —repetí con un tono más calmado—, no te preocupes.

Los nervios de Alex hicieron nuevamente acto de presencia en su mirada.

—No me preocupo. —Volvió a pasear el pulgar por el vaso de *whisky* hasta que se le relajaron ligeramente los hombros—. Pero a Ibiza no. Detesto las fiestas en las islas.

—Hecho. —De todos modos, Mónaco me parecía más divertido—. Por una pedida de mano épica y por un fin de semana de despedida de soltero todavía mejor. —Levanté el vaso otra vez; Alex brindó conmigo y esperé a que ambos nos hubiéramos bebido el contenido para añadir—: Sería tu padrino sin los palcos, eh.

El hielo de sus ojos se quebró y dejó entrever una finísima capa de afabilidad.

—Lo sé.

Pasó un intenso segundo antes de que ambos tosiéramos simultáneamente y soltáramos una extraña risa. Como Alex se parase a pensar demasiado en la sentimentalidad del momento, se quedaría petrificado, y yo no quería que mi hermana se casara con una estatua, literalmente.

—Ahora que ya hemos hablado del tema... —Le pasé un brazo por el hombro y lo guie hacia el sofá—. Hablemos de cómo conseguiremos que nunca olvides tu fiesta de despedida. Se me ocurre que podríamos pedir que nos trajeran tigres, hacernos tatuajes...

—No.

Pasé de su negativa aguafiestas.

—De hecho, ¿qué te parecería bucear en jaulas entre tiburones? Podríamos ir a pasar el fin de semana a Sudáfrica...

Exasperado, Alex se frotó la cara con la mano mientras yo seguía soltando ideas e intentaba contener una sonrisa.

¿Yo tocándole los cojones mientras él fingía estar irritado?

Era como en los viejos tiempos, aunque mejor, porque ahora ya no había mentiras ni secretos de por medio.

Toda gran amistad tenía capítulos.

Y este era el principio de uno nuevo.

56

Jules

—¡Ya estoy! ¡Ya he llegado! —Stella entró corriendo por la puerta con el pelo volando alrededor como si fuera una oscura nube—. ¿Qué me he perdido?

Miré fijamente a la morena que tenía delante y la fulminé con la mirada, desesperada.

—¡Ava!

—No ha sido culpa mía. —Se le iluminó la mirada, risueña—. Stel ha preguntado qué estábamos haciendo, se lo he dicho y..., bueno, puede que le haya soltado el bombazo.

Llevábamos dos horas tomándonos unas copas en un bar que había cerca de su apartamento y, durante ese rato, Ava me había acribillado a preguntas sobre mis sentimientos por Josh, nuestra relación y los planes de futuro que teníamos. Creo que en gran parte estaba bromeando, pero no por eso dejé de sudar la gota gorda como si acabara de correr la maratón de Nueva York.

—Nada excepto un interrogatorio digno de la CIA —dije antes de terminarme mi vodka con arándanos rojos mientras Stella se sentaba a mi lado.

Debía haber venido directa del trabajo; sin embargo, en lugar de llevar puesto un aburrido traje, iba con un vestido de lino blanco precioso y un collar turquesa que le resaltaban el moreno. Las ventajas de trabajar en una revista de moda, supongo.

—Lo dudo mucho. —Stella se apartó un rizo del ojo—. No me puedo creer que no me dijeras nada. ¿Has estado saliendo con Josh todo este tiempo? ¿Él era el Chico Misterio?

Me sonrojé.

—A mí no me culpes. Mira cómo estás reaccionando. Sinceramente, no creo que sea para tanto. —¿Qué más daba que Josh y yo nos hubiéramos odiado la mayor parte del tiempo desde que nos conocía Stella? La gente cambia—. Ni que estuviese saliendo con el papa de Roma.

—Me resultaría más creíble que salieras con el papa —canturreó Stella.

—Qué graciosa. Me troncho con vosotras. —A pesar de mis refunfuños, me dolían las mejillas de tanto sonreír.

A juzgar por sus bienintencionadas bromas, mis amigas parecían alegrarse genuinamente por mí (bueno, después de que Ava se hubiera recuperado de su *shock* inicial). Y, ahora que todos sabían que Josh y yo estábamos juntos, me había quitado un peso enorme de encima.

Lo de ir quedando a escondidas tenía su aquel, pero no me gustaba nada mentir a mis amigas.

—Al menos todavía no se lo has contado a Bridget. —Le di un golpe a Ava con el pie por debajo de la mesa. No hacía falta que me abordaran todas mis amigas a la vez.

Ava se puso colorada.

—Bueno, ya que lo mencionas...

Como si hubiese esperado a ese preciso momento, la pantalla de mi móvil se iluminó con una llamada entrante de FaceTime de cierta reina europea.

—¡Ava!

—¿No esperarías que me fuera a callar las noticias? Yo nunca soy la primera en enterarme de nada. —Levantó las manos—. Además, Bridge también está en el grupo de chat.

Suspiré, pero era demasiado tarde como para callármelo todo de nuevo, así que respondí la videollamada.

La cara de Bridget ocupó toda la pantalla.

—¿Estás saliendo con Josh Chen? —preguntó sin preámbulo alguno—. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Hola, alteza. Buenas tardes a usted también —contesté enfáticamente—. ¿Qué tal todo?

—No me vengas con esas. —Bridget se subió un poco más la tela de color verde que llevaba en el pelo. Debía de haberse cambiado para irse a la cama, porque no llevaba ni un gramo de maquillaje en la cara y, en la parte inferior de la pantalla, se le veía un poco el top del pijama de seda—. Cuéntamelo todo. Quiero saber absolutamente todos los detalles. Como ahora estoy en Europa, siempre me pierdo todo lo bueno.

—¿No tienes que cumplir con ninguna obligación real o algo por el estilo ahora mismo?

—Son las doce de la noche, Jules, y mis obligaciones reales consisten en pelearme con ministros que insisten en comportarse como niños de primaria. Por favor, deja que me divierta un poco. —Una voz masculina masculló algo sin que se lo viera en cámara. Bridget se giró para susurrarle algo y luego volvió a mirarme—. Rhys te manda saludos.

Movió la cámara para que pudiera ver a Rhys, que me saludó con la mano desde la cama, al lado de ella. Sus ojos grises le brillaban con un destello de confusión.

Exhalé otra vez, pero volví a contar la historia de nuevo, empezando por la tregua del Centro. Al terminar, Bridget y Stella me estaban mirando fijamente, boquiabiertas.

—Guau. Es... —Bridget sacudió la cabeza. Yo había apoyado el móvil en un vaso para que las tres pudiéramos verla—. En cierto modo, me parece surrealista que Josh y tú estéis juntos, pero a la vez también me parece lo más lógico del mundo.

—¿O sea que ahora ya no os peleáis? —preguntó Stella con una expresión esperanzada.

—*Nop*. Nos peleamos más aún —respondí alegre—. Luego echamos unos increíbles po... —«Polvos cabreados», iba a decir, aunque frené en seco al ver que abría los ojos de par en par, alarmada—. Tú ya me entiendes.

Stella arrugó la nariz.

—No, y tampoco quiero. Nunca podré volver a mirar a Josh con los mismos ojos.

—Algún día lo entenderás. —Stella no quedaba con demasiados chicos, aunque no era por falta de interés por parte de estos; a mi amiga le salían pretendientes de debajo de las piedras todos los días. Lo que pasaba era que, para ella, el romance no era una prioridad—. Ya basta de hablar de mí. ¿Y tú qué?

—¿Yo qué? —Me miró con recelo.

—Eres la última que queda. —Se me iluminó la cara, traviesa—. ¿Quién será el hombre que te haga caer rendida a sus pies?

—Cuando lo encuentres, avísame —respondió seca—. Mientras tanto, estoy intentando no morir con Anya.

Anya era su jefa y la jefa de dirección de la revista *DC Style*.

Mientras Stella nos hablaba de su última sesión de fotos que, por lo visto, incluía a una supermodelo resacosa, una serpiente pitón viva y más de tres litros de aceite para bebés, en la televisión que colgaba justo por encima de la barra del bar apareció una imagen que me resultaba familiar y me llamó la atención.

Me quedé petrificada y sin aliento. Moreno de ojos azules con una barba incipiente en la mandíbula y una expresión seria.

Max.

No tenían el volumen puesto, pero los subtítulos que iban apareciendo me permitieron enterarme de lo ocurrido:

El cuerpo fue encontrado en la habitación de un hotel en Baltimore. La víctima, Max Renner, fue apuñalado repetidamente y murió allí mismo. Renner había salido hacía poco de prisión, donde había cumplido condena por hurto mayor, y se cree que tenía vínculos con una organización criminal de Ohio. La policía sospecha que los responsables del asesinato sean otros miembros de la misma organización, y el FBI...

Max estaba muerto.

Después de tantos años y de tanta angustia estaba muerto.

Supongo que sus socios por fin lo habían pillado.

Aparte de algo de alivio, sentí... nada. Ni siquiera venganza porque me hubiese tirado por la escalera.

Lo había dejado en el pasado definitivamente.

Volví a centrar la atención en mis amigas. Stella palideció al mirar algo en el teléfono mientras Ava y Bridget hablaban sobre el próximo viaje diplomático de esta última a Argentina.

Me preocupé un poco.

—¿Todo bien? —Casi nunca la veíamos inquieta.

—Sí. —Stella guardó el móvil en el bolso de nuevo y sonrió, pero fue una sonrisa un tanto forzada—. Cosas del trabajo; ya me ocuparé luego.

—Deberías encontrar un trabajo en el que te trataran mejor —dije con delicadeza—. Eres buena. Incluso podrías dedicarte a tu blog a tiempo completo.

Stella ganaba un montón de dinero gracias al patrocinio de marcas.

—Quizás en un futuro.

Pillé la indirecta de su discreta respuesta y dejé el tema a pesar de que seguía preocupada. Stella se callaba todos sus problemas e inquietudes. A la larga, le acabaría pasando factura, pero ahora no era el momento de hablar de ello.

Volvimos a unirnos a la conversación de Bridget y Ava, y al final acabamos hablando de la promoción que le habían ofrecido a esta en el trabajo. Ya era más de medianoche en Eldorra, pero Bridget no se fue a dormir para poder seguir hablando con nosotras.

Me emocioné y se me encogió el corazón.

Era como en los viejos tiempos, como cuando pedíamos pizza y charlábamos hasta las tantas de la madrugada en nuestra habitación de la residencia universitaria.

Ahora ya no teníamos dieciocho años, pero seguíamos siendo nosotras. A pesar de que una viviera en un continente distinto y de que no nos viéramos tanto como solíamos hacerlo antes, nuestra amistad seguía siendo más fuerte que una roca.

Era reconfortante saber que, por más que cambiaran ciertas cosas, otras permanecerían siempre igual.

57

Jules

—¿De qué va la sorpresa? —me puse de puntillas, incapaz de contener la curiosidad mientras nos dirigíamos al ascensor de un lujoso edificio de apartamentos en Upper East Side—. Dímelo, ¡por favor! La intriga me está matando.

Esa misma noche, Josh me había sorprendido con un viaje a Nueva York para ver el último espectáculo del reestreno del musical de *Una rubia muy legal*, y me había dicho que tenía otra sorpresa para antes de irnos al día siguiente. Me había pasado todo el trayecto en coche intentando sonsacárselo, pero él se había obstinado en no soltar prenda.

—Pelirroja, llegaremos literalmente en cinco minutos. —Josh le dio al botón que nos llevaría al ático y mi curiosidad aumentó un poquito más—. ¿No has oído hablar de la palabra *paciencia*?

Divertido, me dio un azote en el culo a modo de castigo y me reí.

Llevaba en una nube desde que Josh y yo habíamos vuelto. Me ponía a canturrear en los momentos más inesperados —mientras ponía el lavavajillas o mientras esperaba el metro— y me dolían las mejillas de tanto sonreír. Ni siquiera el estrés que me generaba la espera de los resultados del examen de abogacía conseguía aplacar la ingravidez de mi pecho.

No había nada más empalagoso en el mundo que alguien enamorado, pero me daba igual. Existían cosas peores que ser cursi. Además, el caramelo también era muy empalagoso y estaba riquísimo.

Cuando llegamos al ático, una mujer con un espectacular vestido blanco buscó nuestros nombres en una lista y nos hizo pasar con una sonrisa en los labios.

—Bienvenidos a la exposición, señor Chen y señorita Ambrose. La galería queda a su derecha.

—¿Exposición? —Miré los muebles, modernos y elegantes, y las paredes de cristal que daban a Central Park. Aquel lugar parecía una residencia privada, no un museo.

—Es un coleccionista privado. Ha organizado una fiesta para presentar sus nuevas adquisiciones. —Josh me guio por un largo pasillo de mármol iluminado por una claraboya de cristal abovedada. La pared estaba decorada por decenas de cuadros expuestos en marcos dorados, y los invitados se paseaban elegantes por ahí, champán en mano.

Cuando Josh puso la vista en un vaso de aquel espumoso líquido dorado, le apreté la mano y pregunté suspicaz:

—¿Y cómo has conseguido que nos invitaran a esta exposición? —¿A quién conocería Josh en Nueva York?

Su engreída sonrisa hizo que me saltaran un montón de alarmas.

—Aquí tienes tu respuesta. —Tiró de mí y seguimos avanzando por el pasillo hasta llegar a un cuadro en concreto.

Me quedé boquiabierta.

—¿Estás de broma? ¿Cómo es posible?

Era el horrendo cuadro de la habitación de Josh, el que tanta penuria me había costado el mes pasado. Solo que, ahora, en lugar de estar en un cuarto de Hazelburg, estaba expuesto en el apartamento de un multimillonario, entre un Monet y un De Kooning.

—Lo vendí. No quería que quien fuera que estuviera detrás del cuadro volviera a por mí, así que me aseguré de que la venta fuera lo más mediática posible. Si quieren tocarle las narices al nuevo propietario... —Josh se encogió de hombros—, allá ellos.

—Madre mía. —Debía admitir que se trataba de una jugada maestra, aunque seguía sin entender cómo alguien tan rico estaba dispuesto a pagar para tener un cuadro tan feo en su casa.

Max estaba fuera del mapa, pero yo seguía curiosa por saber quién era aquella persona tan intimidante como para disuadir a los delincuentes con quienes se había juntado mi ex.

—¿Y quién es el nuevo propietario? —me interesé.

—Yo.

Su voz me resultaba familiar. Me di la vuelta y arqueé las cejas a más no poder al ver a quién tenía delante. Solo lo había visto una vez, pero reconocería aquel brillante pelo oscuro y aquella increíble piel aceitunada en cualquier parte.

Dante Russo sonrió.

—Me alegro de volver a verlos. Espero que estén disfrutando de la fiesta.

Conque yo no era la única que se acordaba de habernos visto en la biblioteca de Christian...

—Sí, gracias. Una galería preciosa —contesté con amabilidad.

Me apunté mentalmente que tendría que buscar a Dante en Google más tarde. Había oído su nombre en alguna otra parte en el pasado, pero ahora no lo ubicaba.

Bajó sutilmente la cabeza a modo de reconocimiento.

—La apreciación por el arte forma parte de mi negocio familiar. Bienes de lujo —aclaró al ver que fruncía el ceño, confundida—: moda, joyas, vinos y licores, productos de belleza y cosmética. Todo forma parte del imperio Russo. —Sus palabras fueron acompañadas por un tono autocrítico.

«Por supuesto.»

Enseguida caí. Habido leído acerca del Grupo Russo recientemente en una revista; era el grupo de bienes de lujo más grande del mundo.

Dante era el director ejecutivo. Según el artículo, el grupo contaba con uno de los equipos de seguridad más implacables del sector corporativo. Se contaba por ahí que una vez su jefe de seguridad pilló a un tipo intentando colarse en la casa del ejecutivo mientras él se había ido de viaje de negocios. El desventurado ladrón acabó un mes en coma con las dos rótulas rotas, la cara desfigurada y todas las costillas hechas añicos.

El ladrón se había negado a dar nombres y no había nada que demostrara que todo eso se lo había hecho Dante, pero se quedó con esa reputación.

Con razón Josh estaba tan convencido de que los socios de Max no vendrían a por el nuevo propietario.

Seguimos charlando un poco durante unos minutos hasta que, tras dudar un segundo, dije:

—Lamento lo de su abuelo.

Enzo Russo había fundado el Grupo Russo hacía sesenta y cinco años. Era una auténtica leyenda de los negocios, y su funeral había aparecido en todos los titulares hacía unas semanas.

Dante no se mostró consternado por la muerte de su abuelo; sin embargo, dado que el funeral había sido hacía relativamente poco, me pareció que sería educado darle el pésame. Además, yo

estaba allí cuando recibió la noticia en la biblioteca de Christian.

Sus marcados rasgos adoptaron una férrea expresión.

—Gracias. Es un detalle. —Miró detrás de mí—. Van a tener que disculparme, pero acaba de llegar mi prometida. —No sonaba para nada entusiasmado. ¿A este hombre le caía bien alguien? —. Por favor, acaben de disfrutar de la fiesta. —Hizo un gesto con la cabeza para despedirse y se marchó. Su alta y musculada figura destacaba entre todos los allí presentes. Al final del pasillo, una preciosa mujer asiática se lo quedó mirando con una expresión entre nerviosa y desafiante mientras él se le acercaba. La prometida, supuse.

—Pagaría por ver cómo intentan robarle —confesé—. Buen trabajo.

Josh sonrió con suficiencia

—Eso intento. ¿De qué lo conoces? —parecía más curioso que preocupado.

—Coincidimos en casa de Christian cuando fui a pedirle ayuda con lo de Max. —Vi que un camarero se nos acercaba con una bandeja de champán; negué con la cabeza de inmediato.

—Anda. ¿Me lo parece a mí o todos los ricos se conocen? —preguntó Josh.

—Pues no me sorprendería. Su círculo tampoco es tan grande. —Volví a desviar la vista hacia el cuadro. A diferencia de los demás, este no tenía ninguna placa grabada con el título, el nombre del artista y la procedencia de la obra—. Oye, ¿y esta preciadísima pieza no tiene nombre?

—Se ve que sí. Cuando lo compró, Dante ya lo conocía. —Josh volvió a cogerme la mano y avanzamos hacia el siguiente cuadro—. Se llama *Magda*.

58

Josh

A pesar de todo el lío con el cuadro, había una parte positiva: se lo había vendido a Dante por una cantidad ingente de dinero. Tampoco me daría como para dejar de trabajar, pero sí me serviría para pagar los préstamos universitarios, despilfarrar en citas como Dios manda con Jules y empezar a tener un colchón económico de cara al futuro.

Estaba bastante convencido de que Dante había infravalorado la pieza de arte al negociar conmigo, pero a tomar por saco. Me alegraba de haberme quitado el cuadro de encima.

Empujé la puerta del Centro con más alegría de lo que lo había hecho en los últimos meses. Acababa de terminar un turno de nueve horas, pero a Jules solo le quedaban unas cuantas semanas en el CAML y quería pasar tanto tiempo con ella como me fuera posible antes de que empezara a trabajar en Silver & Klein.

Lo primero que vi al llegar fueron unas cuantas personas amontonadas alrededor del escritorio de Jules y aleladas con no sé qué.

—Pero esto qué es, ¿un centro de trabajo o una fiesta? —solté mientras me acercaba a ellos —. ¿Qué pasa aquí?

—Es la hora de comer, Josh. —Ellie se apartó el pelo por encima del hombro—. Nos merecemos un descanso, ¿o no, Marsh?

Marshall se la quedó mirando con cara de enamorado perdido.

—Por supuesto.

Pobre chaval. Estaba tan colado por ella que, si Ellie se lo hubiera pedido, se habría tirado por un puente.

Aunque a mí me pasaba lo mismo con Jules, así que yo no era nadie para decir nada.

—Hey, Pelirroja. —Le puse la mano cuidadosamente en el hombro y resistí la tentación de darle un beso.

Ya se había enterado todo el personal del Centro de que estábamos saliendo; aun así, delante de nuestros compañeros de trabajo, seguíamos manteniendo la profesionalidad. Nada de demostraciones de afecto públicas, aunque cuando estábamos solos era incapaz de no robarle algún que otro beso.

—Hola. —Levantó la vista y me sonrió. Joder, debería ser ilegal que un gesto tan diminuto consiguiera que se me ensanchara tanto el corazón.

—Hola. —Le devolví la sonrisa.

Unas claras vibraciones eléctricas crepitaron en el aire y volví a desear, una vez más, que estuviéramos solos en lugar de estar rodeados por media docena de trabajadores del Centro.

La gente a nuestro alrededor suspiró, algunos con ensoñación y otros fingiendo sentirse irritados.

—Ya sabía yo que haríais una pareja muy bonita —dijo Barbs con una mirada ufana—, pero

nadie me creía.

Cuando les contamos que estábamos juntos hacía un par de semanas, Barbs se puso tan contenta que incluso hizo una inmensa tarta de arándanos que trajo al Centro al día siguiente. Según decía, la había preparado para celebrar su primer éxito como alcahueta del CAML, por más que ella no hubiese tenido nada que ver con el hecho de que Jules y yo estuviéramos saliendo.

Aunque cierto es que fue Barbs quien me insistió para que fuera a ver a Jules a la cocina el día que esta empezó a trabajar aquí, de modo que quizás sí que se merecía cierto reconocimiento. Si me hubiese enterado cualquier otro día de que Jules trabajaba en el Centro, a lo mejor nunca le habría ofrecido una tregua y no estaríamos donde estábamos ahora.

Además, Barbs no había sido tan insoportable como Clara, que cuando se enteró me sonrió a más no poder como diciendo: «Te lo dije».

—En ese aspecto, todo el atractivo recae en mí —bromeé y Jules me pegó un codazo.

A Barbs se le ensanchó la sonrisa.

—Mira qué gracia, ella dijo lo mismo.

—No me sorprende. —Le acaricié el pelo a Jules—. La pobre a veces delira.

—Mírate en el espejo, Chen —espetó Jules—. Eso si no se ha roto ya por tener que verte cada día.

Tanto yo como el resto de los allí presentes reímos.

—*Touché*, Pelirroja. *Touché*. —Me incliné por encima de su hombro y le eché una ojeada al móvil—. Bueno, ¿qué estáis mirando?

—Jules nos está enseñando fotos de la pedida de mano de su mejor amiga. —Los canosos rizos de Barbs se agitaron con entusiasmo—. ¡Mira qué anillo! Me sorprende que la pobre chica no se haya caído, con lo que tiene que pesar ese pedrusco.

Sacudí la cabeza mientras Jules iba pasando fotos de la pedida de mano de Alex y Ava en el teléfono.

Alex se le había declarado oficialmente durante el fin de semana. Como el cabrón nunca hacía nada a medias, se había llevado a Ava a Londres con la excusa de ir a ver una exposición fotográfica especial y se lo pidió en la galería donde se reconciliaron en su día.

La boda estaba prevista para el próximo verano, pero ya habían empezado con las preparaciones, y Jules, Stella y Bridget serían las damas de honor. Ava no sabía a quién elegir de las tres, así que se quedó con todas.

—Esta deberían enmarcarla y colgarla. —Barbs se inclinó y le dio un golpecito a la pantalla en el momento en que Jules llegó a la última foto.

Salía Alex arrodillado y Ava tapándose la boca con una mano y con los ojos vidriosos. Habían vaciado y redecorado la galería entera para el evento con hiedras con lucecitas parpadeantes de donde colgaban unas cuantas polaroid que Ava había sacado de ellos dos, una mesa con velas y flores en medio de la sala, y pétalos de rosa azules esparcidos por el suelo. El destello de la caja del anillo abierta era cegador incluso en ese plano de dos dimensiones.

También era la única foto de Alex en la que lo había visto notoria e intensamente nervioso.

Me froté las manos. Dios, qué ganas de poder restregárselo por la cara la próxima vez que lo viera. Un Alex nervioso, inmortalizado para toda la eternidad.

El universo me adoraba.

Todos continuaron comentando un rato más la foto, embobados, hasta que se fueron a sus respectivos escritorios y Jules y yo fuimos hacia la cocina, donde no había nadie, «a por más

café».

En cuanto se cerró la puerta, le agarré la nuca con ambas manos y la acerqué a mí para saludarla como es debido. Sabía a caramelo y a café, y saboreé aquella dulzura durante un minuto antes de apartar la boca de la suya.

—Hola. —Al pronunciar aquella palabra, mis labios rozaron los suyos.

—Hola. —La sonrisa de Jules me acarició el pecho cual cálido rayo de luz—. ¿Así saludas a todas tus compañeras de trabajo, doctor Chen? Porque es extremadamente inapropiado.

—Solo a las irritantes y tocapelotas. —Le mordí el labio inferior sutilmente a modo de castigo por haberme vacilado—. La única forma de conseguir que se callen es besándolas.

—Pues que no se enteren las enfermeras o se te echarán todas encima. Las tendrás tocándote las narices todo el tiempo.

—Menos mal que no me interesa ninguna enfermera. Además... —Le acaricié la nuca dibujando círculos con el pulgar—. Nadie me toca las narices tanto como tú.

Jules se acomodó para sentir mejor mi tacto.

—Eres encantador.

—Es una de mis muchas excelentes cualidades —anuncié arrastrando las palabras—. Bueno, y ¿cómo va la organización de la boda? ¿Ava ya se ha convertido en el monstruo de las novias o qué?

—Josh, se comprometió hace cuatro días, literalmente. Sigue en Europa.

Alex había alargado el viaje para que pudieran visitar Francia y España después de su paso por Londres.

—Oye, que yo no tengo experiencia en esto. No sé cómo funcionan estas cosas.

Jules suspiró.

—Aún tardaremos un poco en tenerlo todo en marcha, pero... —Vi que se le dibujaba una expresión dubitativa en la cara—. Hablando de bodas: estamos llegando a cierto punto en nuestras vidas que... Bridget está casada. Ava, comprometida...

—Ajá.

—¿Tú... quieres casarte en un futuro no muy lejano?

Detuve el recorrido de mi pulgar.

—¿Y tú? —Me la quedé mirando atentamente para atisbar cualquier tipo de reacción.

Solo llevábamos unos cuantos meses saliendo, pero cualquier momento era bueno para hablar de lo que esperábamos de cara al futuro.

Nos quedamos mirando el uno al otro un segundo antes de responder aturulladamente los dos.

—No, todavía no tengo estabilidad financiera...

—Aún tengo que acabar la residencia y hacer el examen final...

—Quiero hacer muchas cosas antes de...

—Viajar mucho...

Nuestras palabras se superpusieron las unas a las otras.

Jules rio y se tapó la cara con las manos.

—Oh, gracias a Dios. No es que no quiera casarme nunca ni tener hijos, pero ahora...

—No es el momento —terminé la frase por ella—. Estoy totalmente de acuerdo.

Tenía claro que quería pasar el resto de mi vida con Jules, pero casarse implicaba unas responsabilidades financieras que ninguno de los dos podía afrontar en ese momento.

Además, cuando nos casáramos, quería darle a Jules una boda de ensueño. Quería que nuestra luna de miel fuera jodidamente espectacular. Pero todo esto tendría que esperar mientras yo

estuviera aquí atado con mi residencia, y mientras Jules fuera ganando experiencia como abogada primeriza.

—Antes nos queda mucho mundo por ver. —Le acaricié la mano con el pulgar—. Y quiero verlo todo contigo.

Jules se sonrojó.

—¿Me acabas de hacer una promesa, Chen? Porque a mí estas cosas no se me olvidan.

Sonreí y me pregunté cómo cojones no había atinado antes en el hecho de que Jules y yo encajábamos perfectamente.

—Es más que una promesa, Pelirroja. Te lo garantizo.

Epílogo

Un mes después

Jules

—Ábrelo.

—No.

—Jules. —Josh me puso las manos en los hombros—. Aparezca lo que aparezca en esta pantalla, estarás bien. Me tienes aquí. La intriga es más dolorosa que cualquier resultado.

—Para ti es fácil decirlo. —Desvié rápidamente los ojos a mi ordenador y la página de acceso a los resultados de mi examen de abogacía me devolvió la mirada—. En tu caso, el resto de tus días no está determinado por una mísera nota.

Había esperado muchísimo tiempo; sin embargo, ahora que ya habían publicado los resultados, quería lanzar el ordenador a la otra punta de la habitación y hacer como si no hubieran salido las notas. A veces era mejor vivir en la ignorancia.

Al acordarme de todas las adversidades del momento, se me encogió el estómago. Había hecho el examen justo después de romper con Josh y herida porque el psicópata de mi ex me había empujado por unas escaleras.

Las probabilidades de aprobar no eran demasiado altas.

—Esto no determinará el resto de tus días. —La calmada voz de Josh consiguió relajarme un poco—. Si no has aprobado, seguirás intentándolo hasta que apruebes. Y algún día serás una superabogada, Pelirroja. Confía en ti. Además... —Me besó la frente—. Es mejor mirarlo y quitártelo de encima que dejar que la incertidumbre te carcoma por dentro.

—Ya. Tienes razón. —Cogí una profunda bocanada de aire.

No pasaba nada. Estaría bien. Si no había aprobado el examen, tampoco sería el fin del mundo.

A ver, sería el fin de mi mundo, pero no sería el fin del mundo en general.

Fui hacia mi ordenador y puse el nombre de usuario y la contraseña con las manos temblorosas. El desayuno me fue dando vueltas por el estómago y me arrepentí de haber devorado de aquella forma los gofres de arándanos que había preparado Josh.

Cuando el informe de calificaciones empezó a cargarse, cerré los ojos y sentí que el corazón me latía con muchísima fuerza.

«Míralo y quítatelo de encima. No pasará nada.»

Josh seguía detrás de mí y volvió a apoyarme las manos en los hombros. Su acérrima presencia era reconfortante.

Terminé por abrir los ojos y enfocar bien para ver el resultado total, que aparecía al final de la página.

«295.»

Tardé un poco en procesar la cifra, pero luego chillé bien alto.

—¡He aprobado! —Salté y me di con la rodilla en la mesa, pero ni siquiera noté el dolor. Me giré y abracé a Josh por el cuello con una sonrisa tan amplia que incluso me dolían las mejillas —. ¡He aprobado, he aprobado, he a-pro-ba-do!

Josh rio y me hizo girar.

—¿Qué te dije? Felicidades, Pelirroja. —Sonaba realmente orgulloso—. Ahora ya puedes mantenerme con tu pedazo de sueldo de abogada mientras yo sigo dejándome la piel en la residencia para ir ascendiendo poco a poco.

Empezaría a trabajar en Silver & Klein en una semana. En parte, me daba pena dejar el Centro, pero esperaba encontrar alguna forma de poder seguir trabajando con el CAML. Lisa me había comentado que estaban interesados en colaborar con algún bufete de abogados especializado en derecho de sociedades para ampliar los servicios del Centro, y mi intención era proponer dicha colaboración a Silver & Klein cuando ya estuviera afincada en mi nuevo puesto de trabajo.

Mientras tanto, Josh ya había empezado su cuarto y último año de residencia. Cuando terminara, haría los exámenes finales y se convertiría en médico con todas las de la ley.

Estábamos perfectamente encaminados para conseguir la carrera profesional que siempre habíamos soñado, pero la verdad es que lo que más feliz me hacía era saber que tenía a Josh a mi lado mientras recorría ese camino. Así cada logro sabía mejor y cada fracaso, un poco menos amargo.

—Ya sabía yo que eras un cazafortunas. —Ya había pagado sus préstamos universitarios, y todavía le quedaba dinero de sobra para vivir cómodamente durante unas cuantas décadas, todo gracias a la venta del cuadro, pero lo vacilé de todos modos—. Solo me quieres por el dinero. Me acabas de dejar muerta. Helada. Escandalizada...

Josh me acalló con un beso.

—Tú tranquila. —Bajó la voz y me fue recorriendo el muslo con la palma de la mano—. Puedo pagarte en especies.

Se me aceleró el corazón y, cuando llegó a la hendidura de mi entrepierna, contuve un gemido. Ya estaba empapadísima, cosa que me confirmó la alegre mirada de Josh. Cuando la cosa iba de sexo, él siempre se las daba de erudito.

Y detestaba que me encantara tanto.

—No te creo —exhalé—. Primero tendrás que demostrármelo.

—Te veo muy negociadora. —Me apartó las braguitas hacia un lado y me acarició el clítoris con el pulgar—. ¿Y qué tipo de demostración quieres? ¿Que te folle hasta que hayas olvidado cómo te llamas? ¿Que te coma ese dulce y pequeño coño hasta que te corras en toda mi cara? ¿O quizás —me metió un dedo y lo encorvó hasta dar en un punto que hizo que me temblara todo el cuerpo— prefieres que llene cada uno de tus agujeros como la buena putita que eres?

Se me escapó un gemido al imaginarme lo que me acaba de decir. Mis juguetes sexuales ya nos habían acompañado en otras ocasiones, y la última vez que me los había puesto mientras él me follaba la boca...

Un escalofrío de placer me atravesó el cuerpo.

—¿Qué quieres, Pelirroja? —Josh me metió otro dedo—. Dímelo.

—Eh... —Tuve dificultades para formular una respuesta coherente, pero es que estaba demasiado distraída con el lento movimiento de sus dedos entrando y saliendo de mí.

Sentí que se me iba formando un charco lleno de electricidad en la entrepierna.

—Tsss, deberías mejorar tus habilidades verbales. Pero, como hoy me siento generoso y tenemos que celebrar que has aprobado el examen de abogacía, te haré una demostración de prueba de las tres...

Josh tenía razón con lo de mis habilidades verbales porque, cuando hubo acabado sus demostraciones al cabo de tres horas, no me notaba el cuerpo e incluso me costaba recordar cómo me llamaba.

—Mmph. —El sueño se apoderó de mí y se me fueron cerrando los párpados. Habíamos ido del salón a su cama, y yo solo quería hundirme entre sus cojines y no moverme nunca de allí—. Buena prueba.

La dulce risa de Josh me acarició la piel mientras él me daba un beso en el hombro.

—¿Qué te parecería una demostración entera, no solo una prueba? —Me acarició la curva del culo y las mariposas que dormían en mi estómago volvieron a alzar el vuelo.

—Para —me quejé medio aterrorizada, medio excitada—. Como tenga otro orgasmo, me voy a morir.

Las probabilidades de que mañana andara con naturalidad ya eran prácticamente nulas.

—Vale, vale. Te concederé una prórroga. —Josh volvió a reír antes de girarse para coger el móvil—. De hecho, te he comprado un regalo porque sabía que aprobarías el examen. —Se le marcó más el hoyuelo—. Bueno, nos he comprado un regalo

Mi curiosidad le ganó el pulso a la somnolencia y me desperté de golpe.

—¿Un juguete? ¿Lencería? ¿El *Kamasutra*?

—No, Pelirroja. —Me dio un golpecito en la nariz con un dedo y le brillaron los ojos, extremadamente divertido—. Quítate esas guarradas de la cabeza.

Hice una mueca mientras él buscaba algo en el teléfono.

—Mira quién fue a hablar, el que vive pensando en esas guarradas constantemente.

Josh me dio un cachetazo en el culo con delicadeza y me pasó el aparato.

—Vigila o la prórroga durará más de lo que creías.

Pasé del cosquilleo que me causaron sus palabras y miré atentamente el documento que había en la pantalla. Parecía... ¿un billete de avión?

Cuando por fin conseguí leer aquellas diminutas letras, ahogué un grito.

—¿Nueva Zelanda? ¡¿Nos vamos a Nueva Zelanda?!

—A principios del próximo año, cuando yo vuelva a tener vacaciones. Aunque he comprado billetes flexibles para que podamos cambiar las fechas en caso de que no puedas pedir una semana de fiesta en tu nuevo trabajo. —La sonrisa de Josh casi me deslumbró—. ¿Te hace ilusión?

—¿Estás de coña? ¡Es Nueva Zelanda! —Me dio un vuelco el estómago al imaginarme montañas nevadas y aguas de un color azul cristalino. Además de Estados Unidos, solo había estado en Eldorra, Canadá, México y algunas islas del Caribe. Nueva Zelanda era uno de los sitios a los que quería ir antes de morir—. Y, si no hubiera aprobado, ¿qué? —le pregunté mientras volvía a mirar los billetes para asegurarme de que no estaba soñando.

No, no era un sueño. Los billetes eran reales, tenían fecha y destino, y uno estaba a mi nombre. Era todo real.

Josh se encogió de hombros.

—Pues te los habría dado para animarte.

Me emocioné y sentí un nudo en el pecho y otro en la garganta.

—Josh Chen, a veces eres... —Dejé el móvil a un lado y lo besé. Al carajo el caramelo salado. Nada sabía mejor que él, que sabía a menta y a sexo—. Soportable.

—¿Soportable? —Arqueó una ceja—. Qué mal. Se supone que tengo que ser insufrible, y tú... —Enredó las manos en mi pelo y tiró de él con suavidad—. Tú se supone que tienes que odiarme.

Le clavé las uñas en el muslo hasta que oí cómo cogía aire entre dientes.

—Si yo te odio.

Una sonrisa se le fue dibujando en los labios lentamente.

—Demuéstramelo.

Le clavé todavía más las uñas en la piel, fui bajándole las manos por el pecho y me senté a horcajadas encima de él. Le agarré el pelo con fuerza; Josh volvió a azotarme y yo hice una mueca; esta vez me había dado con tanta fuerza que el golpe retumbó por todo mi cuerpo.

Los fluidos me resbalaron por los muslos y gemí. Ni rastro quedaba ya de mi adormecimiento.

A la mierda el andar con naturalidad. Total, estaba sobrevalorado.

Cuatro meses después

Josh

—Si me muero, te arrastraré hasta el infierno y te atormentaré toda la eternidad. —Jules me agarró por la cintura con un brazo mientras caminábamos arrastrando los pies hasta el borde de la plataforma; estaba más pálida de lo normal.

A nuestras espaldas, el instructor de *puenting* se aseguró por última vez de que lleváramos los arneses bien atados.

—Si te mueres, yo también me muero, Pelirroja. —Sonreí y le di un beso en la mejilla—. Acabar en el infierno contigo me parece lo más paradisíaco del mundo.

Su tensa expresión se relajó.

—Eso ha sido cursi de cojones, Josh.

—Ya, ¿y? Estoy lo suficientemente bueno como para poder permitirme decir estas cosas. —Miré el río que teníamos debajo—. Además, creo que deberías de ser maja conmigo. No querrás que nuestras últimas palabras sean insultos, ¿no?

Era nuestro último día en Nueva Zelanda y estábamos en el puente Kawarau, en Queenstown, para hacer algo de *puenting*. Jules se había tomado todas las otras actividades con filosofía: paracaidismo, parapente, tirarnos con el Shotover Canyon Swing... Pero nunca la había visto tan nerviosa como ahora.

Empalideció todavía más.

—No digas eso.

—Es broma, es broma. —La abracé fuerte por la cintura—. No nos pasará nada. Confía en mí.

—Eso espero, porque si no te juro que dejaré que Cerbero te arranque los genitales de un mordisco.

Sonreí. Me encantaba cuando se ponía violenta.

—¿Preparados? —preguntó el instructor, que nos estaba agarrando por la parte trasera de los arneses.

Miré a Jules. Esta cogió aire y asintió.

—Sí —respondí.

El corazón me latió con fuerza al pensar en esta actividad.

El instructor nos empujó con cuidado y...

Saltamos. Rápido y con fuerza. Oímos cómo silbaba el viento mientras caíamos en picado hacia las aguas turquesas del río Kawarau.

El grito de Jules se mezcló con mi eufórica risa.

Joder, cuánto lo había echado de menos. La energía. La adrenalina. La sensación de estar tan vivo que las chispas que sentía dentro de mí serían capaces de hacer que el mundo ardiera a mi alrededor.

Pero no era solo por el *puenting*. Era porque estaba viviendo esa experiencia con Jules. Nada ni nadie podía hacerme sentir tan vivo como ella.

Le agarré la boca para darle un beso y distraerla del movimiento de la cuerda. A la mayoría de la gente le asusta sobremanera el momento en el que la cuerda se extiende y se enrosca de nuevo, y Jules ya estaba bastante nerviosa.

Se le tensaron los músculos, pero cuando empecé a besarla con más ímpetu y la agarré por la cintura para que se sintiera protegida, se le relajaron otra vez. Mientras descendíamos, no volvió a gritar.

Me sentí superorgulloso. «Esa es mi chica.»

Al final de nuestra última caída libre nos esperaba una balsa. Los dos miembros del personal nos desabrocharon los arneses y caímos boca arriba en un amortiguador que parecía una especie de colchón.

—Jo-der —resolló Jules después de recobrar el aliento.

Giré la cabeza para mirarla.

—Ya te dije que iba a ser espectacular.

—No sé yo si «espectacular» es la palabra adecuada para definirlo. He visto cómo me pasaba la vida por delante. —Ella también se giró y nos quedamos mirándonos el uno al otro. Tenía las mejillas sonrosadas a causa del viento y el pelo esparcido a su alrededor cual nube rojiza y sedosa. Era tan jodidamente bella que incluso me dolía el pecho al mirarla—. Pero, ya solo por ese beso, ha merecido la pena.

—No tenemos nada que envidiarles a Spiderman y Mary Jane.

—Para nada.

Sonreímos y permanecimos en un cómodo silencio mientras la balsa nos acercaba a la orilla.

Tras una semana llena de actividades, por fin podíamos disfrutar de un momento de paz.

Una parte de mí quería quedarse aquí y explorar Nueva Zelanda con ella para siempre. La otra, en cambio, se moría de ganas de vivir el resto de nuestras vidas juntos, en casa.

Yo estaba terminando mi último año de residencia. Jules estaba progresando en Silver & Klein y ya la habían puesto a trabajar en un caso enorme con un socio sénior. Además, nos habíamos ido a vivir juntos hacía un mes para poder maximizar el tiempo que pudiéramos compartir, dados nuestros ajetreados horarios. Nos habíamos puesto de acuerdo para poder encontrar una casa que quedara entre su oficina y el hospital.

Eso significaba que ahora Stella vivía sola en el Mirage. Había conseguido llegar a un pacto con el propietario para no tener que pagar la parte de alquiler de Jules hasta que finalizara el

contrato. Eso alivió un poco a Jules, que se sentía culpable por haber dejado a su amiga en la estacada en su antiguo apartamento, aunque Stella insistía en que no pasaba nada.

Nueva Zelanda era una fantasía; Washington, una realidad. Ambas cosas eran bastante increíbles.

—¿Todavía me odias? —susurré entrelazando mis dedos con los suyos.

A Jules le brilló la mirada, traviesa, y me apretó la mano.

—Siempre.

Sonreí.

—Bien.

Escena extra 1
Josh

—Te veo muy negociadora. —Le aparté las bragas hacia un lado y le acaricié el clítoris con el pulgar. Al notar la humedad que me envolvía los dedos, se me empalmó la polla—. ¿Y qué tipo de demostración quieres? ¿Que te folle hasta que hayas olvidado cómo te llamas? ¿Que te coma ese dulce y pequeño coño hasta que te corras en mi cara? ¿O quizás —le metí un dedo y lo encorvé hasta dar en un punto que hizo que Jules ahogara un grito— prefieres que llene cada uno de tus agujeros como la buena putita que eres?

Se le escapó un gemido. Sus juguetes sexuales ya nos habían acompañado en otras ocasiones y, aunque puede que a algunos tíos solo les guste utilizar su polla cuando se acuestan con alguien, a mí no me importaba en absoluto echar mano de algo más. Yo siempre estaba dispuesto a probar cosas nuevas y, si dichas cosas acababan en orgasmos..., bueno, no me quejaría ni de broma.

—¿Qué quieres, Pelirroja? —Le metí otro dedo—. Dímelo.

—Eh... —Se le sonrojaron las mejillas y se le movieron los párpados a pesar de tener los ojos cerrados.

—Tsss, deberías mejorar tus habilidades verbales. Pero, como hoy me siento generoso y tenemos que celebrar que has aprobado el examen de abogacía, te haré una demostración de prueba de las tres...

Me arrodillé y le quité las bragas; Jules volvió a gemir. Verla tan hinchada y con los jugos resbalándole por mí hizo que la polla se me pusiera más dura que una roca.

Le apoyé las piernas en mis hombros y le fui besando el muslo en dirección ascendente. Tenía la piel más fina que la seda, y el sutil temblor de sus extremidades no hizo sino ponerme más aún.

Podría vivir a base de Jules la vida entera y no cansarme nunca.

Cuando llegué al centro de su excitación, aplané la lengua e hice presión encima del clítoris antes de chupárselo lentamente.

Jules me agarró el pelo y soltó un grito ahogado.

—Josh...

—Ya lo sé, cariño. —Repetí el mismo gesto—. Pero esto solo acaba de empezar. —Me detuve un momento y volví a hundir la cabeza entre sus piernas, follándomela con la lengua y devorándola como si llevara días sin comer.

Dios... Ella, su sabor y los pequeños gemidos que soltaba siempre que se lo comía. Era el mayor subidón de la historia.

Jules no tardó ni cinco minutos más en correrse y empaparme la lengua con su orgasmo. La sangre me corría ardiente por las venas mientras le limpiaba los jugos con la lengua. Como no estuviera dentro de ella pronto, explotaría, joder.

Le di un momento para que se recompusiera; luego me levanté y la penetré. Jules gimió de nuevo cuando la levanté, le acomodé las piernas alrededor de mi cintura y la llevé a la habitación con la polla aún hundida en su coño.

Apreté la mandíbula al notar la fricción que generaba ese movimiento, pero conseguí no tirármela en el suelo del salón como un animal. Había un momento y un lugar para eso, pero Jules acababa de aprobar el examen de abogacía y yo quería tomármelo con calma para celebrarlo, por así decirlo.

Cuando llegamos a mi habitación la tumbé en la cama y cogí dos de nuestros juguetes favoritos de su colección. Y digo *nuestros* porque, vaya, siempre los utilizábamos juntos y uno de los dos lo había comprado yo como regalo de aniversario.

Le dejé uno delante.

—Demuéstrame lo que sabe hacer tu boquita.

Jules obedeció, se llevó la cabeza del dildo a los labios y empezó a chupar. Mi respiración se volvió más pesada.

La polla, que estaba muy viva y empalmada, me empezó a palpitar, pero la ignoré tanto como pude mientras preparaba a Jules con algo de lubricante. Ya estaba acostumbrada a utilizar juguetes anales, de modo que no tardó demasiado en estar lista, pero quería que se sintiera lo menos incómoda posible.

Cuando yo ya estuve satisfecho con las previas, le fui metiendo el tapón anal lentamente y lo encendí. El zumbido de las vibraciones casi ahogó el amortiguado gemido de Jules.

Se arqueó hacia mí y esa fue toda la invitación que necesité para penetrarla con una fuerte aunque suave embestida.

Soltamos un par de gemidos a la vez, si bien el suyo continuó sonando algo amortiguado a causa del juguete que tenía en la boca. Joder. Nunca dejaba de alucinarme lo increíble que era estar dentro de Jules; lo tenía estrecho y húmedo, y se adaptaba tan perfectamente a mí que no sabía dónde acababa yo y dónde empezaba ella.

Cerré los ojos y apreté los dientes. «Brócoli. Coles de Bruselas. Remolacha.» Fui pensando en tantas malditas verduras como pude para no descargar de inmediato cual virgen que acaba de follar por primera vez y aceleré el ritmo.

Se la saqué y dejé solo la punta dentro de Jules antes de volver a metérsela hasta el fondo una y otra vez, hasta que el sonido de mi piel chocando con la suya se unió a mis gruñidos y a sus gemidos.

—Sigue chupando, cariño. —La agarré de la cadera sin quitarle los ojos de encima para mirar cómo movía la cabeza hacia delante y hacia atrás mientras ella disfrutaba con el juguete. Aunque no era yo quien estaba dentro de su boca, verla chupar con tanto entusiasmo era jodidamente erótico—. Lo estás haciendo genial. Así, perfecto.

Y, mientras tanto, yo seguía follándomela. Metiéndosela y sacándosela cada vez más y más rápido hasta que sentí que una ola de electricidad se iba formando al final de mi columna. Gruñí por última vez antes de que el orgasmo se apoderara de mí e hiciera que me ardieran todos los nervios. Jules gritó a la vez y el coño se le contrajo alrededor de mi polla, haciendo que no me quedara ni una gota de semen dentro.

Esperé a que se nos ralentizara la respiración antes de sacársela definitivamente y tirar el preservativo.

—Estoy jodidamente orgulloso de ti, Pelirroja. —Le di un beso en el hombro mientras ella se dejaba caer en la cama, exhausta.

—¿Por haber aprobado el examen de abogacía o por algo más? —preguntó con la voz amortiguada por la almohada.

Reí y le quité el tapón con cuidado. Lo envolví con un pañuelo de papel de la cajita que tenía en la mesita de noche y lo dejé a un lado para limpiarlo más tarde.

—Por ambas cosas. —Le volví a dar un beso en el hombro y me tumbé a su lado para que quedáramos cara a cara.

—Mmm. Bueno, esta celebración ha estado bien. —Jules se estiró y bostezó. Ni teniéndola tan cerca era capaz de encontrarle un simple defecto. Era perfecta en todos los sentidos—. Te doy un sobresaliente, Chen.

—Oh, si todavía no he acabado contigo. Solo te estoy dejando reposar para no cansarte. —La acerqué a mí—. Tengo muuuchos planes hoy para ti.

—¿Ah, sí? —A Jules se le encorvó la boca en un intento por contener la risa.

—Ajá. Más vale que descanses un poco ahora que puedes, porque la segunda ronda empieza en diez minutos. —Le di un beso en el pelo y, a continuación, la acerqué más a mi pecho y me quedé escuchando cómo se le iba normalizando la respiración, adoptando un ritmo suave y constante.

Jules y yo teníamos una vida sexual sólida, pero los momentos así siempre serían mis favoritos. Me gustaba quedarme tumbado a su lado, ambos satisfechos y escuchando cómo latía el corazón del otro.

No necesitábamos palabras ni acciones para ser felices.

Solo nos necesitábamos a nosotros.

Escena extra 2

Jules

—No vamos a colgar esto en casa. —Me crucé de brazos e hice una mueca con los ojos puestos en el horrendo cuadro de color rojo y naranja que llevaba Josh—. El valor de la propiedad se reducirá a cero.

Acabábamos de volver de comprar algunas cosas para arreglar nuestro nuevo hogar y, aunque antes no había conseguido evitar que Josh comprara aquella monstruosidad, tenía la esperanza de conseguir ser algo más... convincente al llegar a casa.

—En primer lugar, es una obra de arte preciosa. —Hizo caso omiso a mi protesta y colgó aquella aberración al lado de un espejo con bordes dorados que teníamos en la pared—. Y, en segundo lugar, estás dramatizando.

—En primer lugar, no, no es una obra de arte preciosa. Y, en segundo lugar, siempre dramatizo. —Entorné los ojos—. Además, ¿qué se supone que representa?

—Una puesta de sol, por supuesto.

De *por supuesto*, nada. Más bien parecía que a alguien se le hubiese caído un refresco de naranja encima de un lienzo y que se hubiera restregado por él mientras le sangraban, en abundancia, múltiples heridas.

—Bueno, pues es la puesta de sol más fea que he visto en mi vida... ¡Hey! —chillé cuando Josh me agarró y me tiró encima de su hombro. Lo vi todo del revés y la sangre me bajó a la cabeza—. ¡Bájame!

—Nada de *bájame* hasta que aceptes que este cuadro es una obra de arte.

—Vale, es una obra de arte. Una obra de arte mala.

Una carcajada interrumpió el segundo chillido que solté a modo de protesta cuando Josh me azotó la nalga, advirtiéndome con la suficiente dulzura como para mostrarse travieso pero con la rudeza justa como para que el golpe me escociera.

—Como digas una palabra más, hoy no cenarás pasta —refunfuñó, aunque le noté un hilo juguetón en la voz—. Comerás salmón y ensalada de repollo.

La sonrisa me desapareció inmediatamente y casi me entraron ganas de vomitar con solo pensar en esa combinación de alimentos.

—Ni se te ocurra.

Aquel era uno de los pocos días en que tanto Josh como yo librábamos, así que habíamos organizado una cita casera. Él cocinaría y yo me encargaría de elegir la música y de poner la mesa.

Si alguien me hubiera dicho en la universidad que un día estaría así de ilusionada de tener una cita tan sencilla, me hubiese reído y le habría preguntado qué se había fumado. Yo siempre había dicho que las cosas, cuanto más a lo grande se hicieran, mejor: ir a tomar unas copas y a bailar en

el nuevo bar de moda de la ciudad, ir en globo aerostático, hacer un crucero por el río Potomac al atardecer... Ese tipo de cosas eran mi talón de Aquiles.

Sin embargo, a pesar de que Josh y yo ya habíamos hecho todo eso, con él prefería quedarme en casa. No necesitábamos recurrir a ninguna actividad al aire libre para pasárnoslo bien, y me gustaba tener a Josh solo para mí... siempre y cuando no fuera tan cruel como para hacerme comer ensalada de repollo.

—Uy, pues no dudaría, así que pórtate bien. En cuanto a la cena de hoy, tengo la sartén por el mango. —Josh anduvo hacia la cocina y me sentó en la encimera. Nuestra casa contaba con una planta semiabierta, sin paredes que separaran la cocina y el comedor del salón.

Exhalé medio mareada, en parte por el repentino cambio de posición y, en parte, por el embriagante y puro perfume de Josh. Llevábamos saliendo oficialmente casi un año; sin embargo, cada vez que lo veía, las mariposas de mi estómago revoloteaban con el mismo entusiasmo.

Se acomodó entre mis piernas y me abrazó por la cintura.

—¿Qué te parece si hacemos lo siguiente? Nos quedamos el cuadro y, a cambio, te preparo la mejor pasta que hayas comido en toda tu vida.

Arqueé una ceja.

—Te tienes muy creído lo de tus habilidades culinarias, doctor Chen.

Aunque cierto era que cocinaba maravillosamente bien. Me había ahorrado cientos de dólares desde que habíamos empezado a salir porque sus platos eran mejores que la mayoría de los que pudiera pedir en cualquier restaurante.

—Puedo creérmelo. —El hoyuelo de Josh hizo una devastadora aparición—. Bueno, ¿cómo lo ves? ¿Trato hecho?

Miré el cuadro que estaba detrás de Josh durante un largo minuto y finalmente exhalé.

—Vale, pero como la cena no sea espectacularmente increíble, voy a pedir un reembolso y Mr. Puesta de Sol Espantosa irá directo a la basura.

Rio y me dio un pico.

—De acuerdo. Y ahora ve a prepararte mientras yo me pego la currada del siglo en la cocina por ti.

—Eres el rey del drama.

—Dijo la *drama queen*.

Touché. Sí, yo era la reina del drama, y estaba orgullosa de ello. Era mejor que ser aburrida.

No pude evitar sonreír mientras saltaba de la encimera y me iba hacia la habitación. Josh y yo nos habíamos ido a vivir juntos hacía medio año, justo después de Año Nuevo, pero habíamos estado tan ocupados que a duras penas habíamos tenido la oportunidad de decorar la casa como queríamos.

Hasta hacía un mes, solo teníamos los cuatro muebles principales: el sofá, la cama, la mesa del salón y la mesita de té. A esto, ahora se le sumaban los *souvenirs* de Nueva Zelanda, entre los cuales había un hermoso reloj de kauri y figuritas de pounamu, que teníamos esparcidos por nuestra casa de dos habitaciones, y las (cuestionables) elecciones estéticas de Josh se mezclaban con las mías en todas las estancias. Su horroroso cuadro de una puesta de sol y mi alfombra peluda de color rosa. Su cabezal de cuero negro y mi cojín decorativo rojo con forma de labios.

Eran elementos que no deberían pegar, pero pegaban. Igual que nosotros.

Mientras Josh preparaba la cena, me metí en la ducha y me arreglé con esmero, como si fuéramos a cenar a un restaurante de cinco estrellas. Que fuéramos a tener una cita en casa no era

excusa para no estar espectacularmente radiante.

Cuando hube terminado de arreglarme el pelo, maquillarme y ponerme mi vestido de seda favorito de color verde, el aroma de ajo, tomates y queso se olía por toda la casa y se me hizo la boca agua.

Me dirigí hacia la cocina y me rugieron las tripas. Sin embargo, al ver el salón, me detuve, boquiabierta.

Sin saber muy bien cómo, en el transcurso de dos horas, Josh no solo había acabado de cocinar, sino que también había convertido nuestro salón en una escena que parecía sacada de una película romántica.

Había bajado las luces, de modo que la mayoría de la luz procedía de las velas que había esparcido por toda la sala. Sus llamas le daban un brillo dorado al salón y hacían que aquel espacio habitualmente funcional adoptara un aire acogedor y muchísimo más íntimo. Había puesto un mantel de hilo blanco en la mesa, donde descansaba nuestra vajilla de porcelana —la mejor que teníamos—, una botella de vino tinto y un pequeño centro de rosas naranjas, mis flores favoritas.

Josh estaba de pie al lado de la mesa, sonriendo discretamente. Se había cambiado y, en lugar de la camiseta, llevaba una camisa blanca, una chaqueta, y unos vaqueros oscuros.

—Es la primera cita de verdad que tenemos en un mes, así que he pensado que debería subir un poco el listón. —Me paseó la vista por el cuerpo, de arriba abajo y con tanta lentitud que sentí que una hoguera se iba abriendo paso en mi interior. Las mariposas que vivían en mi estómago retomaron el vuelo, aunque no era algo que les costase demasiado últimamente—. Estás muy guapa, Pelirroja.

Me había quedado demasiado alucinada como para conseguir responder decentemente.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

Josh se encogió de hombros.

—No tardo mucho en cocinar y me he colado en nuestra habitación mientras te duchabas para cambiarme. —Se le ensanchó la sonrisa—. Es que tú tardas un montón.

—No es verdad. —Cuarenta y cinco minutos tampoco era tanto. Además, las chicas tenemos que exfoliarnos y arreglarnos bien antes de una cita.

Fui hacia la mesa y pasé la mano por el mantel.

—Pero se suponía que la mesa la tenía que poner yo.

—He pensado que podía hacerlo yo, así podremos pasar a lo bueno enseguida. —Josh apartó la silla y esperó a que me hubiera sentado antes de hacerlo él y acomodarse justo delante de mí —. Ahora ve y dime que no es la mejor pasta que has comido en tu vida.

—Qué engreído. —Enrollé la pasta con el tenedor y me la llevé a la boca para probarla, tal y como él me había pedido. La mezcla de sabores fue como una explosión en mi boca y no pude sino gemir ante tal placer—. Es... —tragué y volví a mirar rápidamente aquel horrible cuadro— está...

—¿Sí? —Josh arqueó una ceja.

—Riquísimo —confesé a regañadientes. No podía mentir. Aquel plato estaba delicioso, pero admitirlo significaba que tendría que vivir con esa feísima representación de una puesta de sol en casa durante Dios sabía cuánto tiempo.

Suspiré y Josh rio.

—No te pongas tan triste, Pelirroja. Todo a su debido tiempo; acabarás cogiéndole cariño a *Solecito*.

—Dime por favor que no le has puesto *Solecito* a esta cosa.

—Le pega. —Se le relajó la expresión—. Ahora en serio: me alegro de que hayamos podido organizar todo esto. Te echaba de menos.

Mis mariposas enloquecieron.

—Nos vemos todos los días.

—Ya lo sé.

Le di un sorbo al vino en un intento por deshacerme del nudo que sentía en la garganta. A pesar de llevar un año saliendo con él, todavía me resultaba extraño que Josh me quisiera de aquella forma.

Con todo su corazón, con todas sus fuerzas y de manera incondicional.

La antigua Jules habría dudado repetidamente de esta relación y de los sentimientos de Josh hacia mí; por suerte, ahora ya había superado esas inseguridades... casi del todo. A veces intentaban volver a colarse en mi subconsciente, pero me bastaba con mirar a Josh para vencerlas.

Dejé la copa y me acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja sin apartarle la mirada a Josh.

—Doctor Chen... ¿Quién iba a decir que pudieras ser tan romántico?

—No lo era, hasta que apareciste tú. —Su sonrisa volvió a hacer acto de presencia y creo que se debió a que mis mejillas acababan de teñirse de un tono escarlata—. Pero dejémonos de pasteladas antes de que te explote la cara y me arruine esta espectacular comida.

—Baja de la nube, Chen. En esta mesa solo caben dos personas; tu ego tendrá que buscar otro sitio donde sentarse.

—Perdona, cariño, pero mi ego y yo vamos siempre de la mano. —Josh volvió a llenar las copas—. Bueno, ¿qué tal van los planes para la despedida de soltera? Antes he escrito a Ava y solo hace que hablar de España.

Íbamos a celebrar la despedida de soltera de Ava en Barcelona, en septiembre, antes de que se casara en Vermont en octubre.

—Bien. —Ava se había negado a elegir solo una dama de honor, así que Bridget, Stella y yo nos habíamos repartido la organización de la fiesta, aunque Stella y yo nos ocupábamos un poco más que Bridget, porque esta tenía que gobernar un país y tal—. He encontrado un bar con un *rooftop* increíble...

Josh y yo hablábamos cada día; por más ocupados que estuviéramos, siempre conseguíamos llamarnos aunque fueran dos minutos o mandarnos algún que otro mensaje entre turnos de hospital y mis largas noches leyendo con detenimiento los casos de Silver & Klein. No obstante, momentos como el de ahora eran los que me daban vida, los ratos en los que podíamos compartir los detalles más pequeños e insignificantes de nuestras vidas —como el nuevo *food truck* que había visto yo en Farragut Square o el peliculón de los noventa que Josh había descubierto y que veríamos en nuestra próxima noche de cine— y reír o preocuparnos juntos.

Las relaciones se construían a base de pequeños momentos, no con grandes gestos.

Desde que habíamos empezado a salir, Josh y yo habíamos hecho senderismo por la Cordillera Azul, habíamos practicado *puenting* y paracaidismo en Nueva Zelanda, y habíamos cenado en los mejores restaurantes, pero no necesitábamos nada de eso para ser felices.

Solo nos necesitábamos el uno al otro.

—¿Qué me dices de la cita de hoy? ¿Ha cumplido con tus altas expectativas? —bromeó Josh mientras recogíamos después de haber cenado.

—Un diez, Chen. Bien hecho. —Dejé los platos en el fregadero antes de abrazarlo por el cuello—. Pero se te ha olvidado una cosa.

Josh arrugó la frente.

—¿Qué?

—Una segunda ronda de postres. —Le di un beso y sonreí al verlo respirar profundamente—. ¿Qué te parece si continuamos con la cita en la habitación? Ya fregaremos luego los platos.

Su dulce aunque intensa risa hizo que se me humedeciera el sexo enseguida.

—Me gusta como piensas, Pelirroja.

Tal y como ya suponía, no llegamos a fregar los platos esa noche. Nuestra cita no terminó hasta altas horas de la madrugada, y a mí solo me quedaba una cosa por decir:

Fue la MEJOR cita de la historia.

¡Gracias por leer *Twisted Hate*! Si te ha gustado este libro, me harías muy feliz dejando una reseña en la(s) plataforma(s) que prefieras.

Las reseñas son como propina para los autores. ¡Todas ayudan!

Con mucho amor,

Ana

Contacta con Ana Huang

Grupo de lectoras: facebook.com/groups/anastwistedsquad
Página web: www.anahuang.com
BookBub: www.bookbub.com/profile/ana-huang
Instagram: www.instagram.com/authoranahuang
TikTok: tiktok.com/@authoranahuang
Goodreads: www.goodreads.com/anahuang

Agradecimientos

En primer lugar, MIL gracias a mis lectoras alfa y beta Brittney, Sarah, Rebecca, Aishah, Allisyn, Salma y Kimberly, y a mis especialistas alfa, Logan, Aya, Alexa y Ashley por vuestro increíble *feedback* y por ayudarme con vuestro conocimiento del ámbito médico y legal. Visteis la historia cuando aún estaba muy verde, con erratas incluidas, y vuestros comentarios hicieron que un tosco borrador se convirtiera en algo que me enorgullece compartir con el mundo.

A Christa Désir y al equipo de Bloom Books, por hacer que trabajar con ellos sea magnífico y por hacer brillar esta novela.

A mi agente Kimberly Brower, por ser una estrella. Muchísimas gracias por guiarme y animarme siempre.

A Amber, por estar siempre ahí cuando me rayo (es decir: el noventa y nueve por ciento de las veces) y ser una asistente extraordinaria.

A mi editora, Amy Briggs, y a la correctora Krista Burdine, por hacer las maravillas que solo vosotras sabéis hacer.

A Amanda de E. James Designs, por esta preciosa portada, y al equipo de Give Me Books, así como al de Wildfire Marketing, por ayudarme a que no pierda los nervios durante el mes de lanzamiento de la obra.

Y, finalmente, a mis lectoras, blogueras, *bookstagrammers* y a todas aquellas personas que habéis apostado por mi libro: ¡OS QUIERO! Nunca superaré lo increíble que sois y lo mucho que me animáis, y me alegro muchísimo de poder contar con cada una de vosotras.

Besos,

Ana

Twisted Hate
Ana Huang

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Twisted Hate*
© del texto: Ana Huang, 2022
© de la traducción: Mariona Gastó, 2023

© Ilustración de la cubierta: @jamesdesigns
Fotografía de cubierta: tomertu/Shutterstock

© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

ISBN: 978-84-08-28004-0

Conversión a libro electrónico:

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


9788408280040_epub_cover.jpg